

ANN BENSON

LADRÓN  
DE ALMAS



novela histórica

Lectulandia

Nantes, 1440, la abadesa Guillemette se entera de que están desapareciendo niños y comienza a investigar.

Los Angeles, 2002, la detective Lany Dunbar acude a una llamada que comunica la desaparición de un adolescente y, durante su investigación, descubre que hay muchos más.

Difícil encuadrar esta obra en un sólo género, dado que son dos novelas en una. La primera es una recreación pormenorizada de la vida del asesino Gilles de Rais y la segunda una investigación policial en la Norteamérica actual, por lo que se podría incluir tanto en histórica como en misterio.

Lectulandia

Ann Benson

# Ladrón de almas

ePUB v1.0

Socrates 30.01.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Ladrón de almas*

Ann Benson, 2002.

Traducción: Alberto Coscarelli

Ilustraciones: Miniaturas de las cantigas de Alfonso X el Sabio. Gianni Dagli/Corbis

Diseño/retoque portada: Alicia Sánchez

Editor original: Socrates (v1.0)

ePub base v2.1

*Para Gary con amor*

## AGRADECIMIENTOS

Quiero manifestar mi agradecimiento por su ayuda y aliento a mi agente, Deborah Schneider, a la sublime guía y paciencia de mi editor, Jackie Cantor, y al apoyo de mi marido y mis hijas, que me fue como siempre ofrecido con todo cariño. Además, quiero dar las gracias a los muchos agentes de la ley, incluido mi esposo, quienes me ofrecieron sus consejos profesionales, y al juez del Tribunal de Menores de Connecticut, quien me ayudó con las complejidades de algunos procedimientos judiciales. El profesor Arnold Silver fue más que generoso al facilitarme documentación de su extensa biblioteca.

## NOTA DE LA AUTORA

Esta es una obra de ficción basada en parte en hechos reales que tuvieron lugar en el siglo xv. El barón Gilles de Rais, la figura real en la que está basado el personaje de Barbazul, cometió los espantosos actos descritos en la sección histórica de este libro. Fue compañero de armas de Juana de Arco, y en un tiempo fue el propietario de más tierra en lo que es la Francia actual que cualquier otra persona tuviese antes o desde entonces. Es verdad que dilapidó su fortuna en toda clase de excesos aberrantes. Su arresto, juicio, condena y posterior ejecución están bien documentados, y he intentado hasta donde ha sido posible describir los acontecimientos tal cual sucedieron en la realidad. Los jueces, los acusados y las víctimas aparecen con sus nombres reales. La mayor parte de los otros personajes secundarios son de mi creación. No obstante, Guillemette La Drappière es el nombre de su ama de cría, aunque poco más se sabe de esta mujer.

Las partes nuevas de la historia son absolutamente ficticias, pero los policías de Los Ángeles y Boston aparecen con los nombres de inspectores de policía reales, tanto en activo como retirados.

# Uno

Las bonitas casas de la entrada de Nantes se quedaban atrás rápidamente mientras entraba en el túnel formado por los árboles; era la peor parte del viaje a Machecoul. Lejos de la luz, en la oscuridad. No puedes evitar sentirte muy pequeña entre estos gigantes revestidos de cortezas, con aquellas nudosas ramas que podían extenderse en cualquier momento, como los dedos del diablo, para introducirte en el oscuro perfil de algún agujero, donde me fundiría en la eterna agonía de mis propios pecados.

Como siempre, recé, porque poco más se puede hacer. Dios Todopoderoso, no dejes que me quiten los pulgares, porque sin mis pulgares no podré sujetar la aguja, y una vida donde no pueda coser no vale la pena ser vivida.

Con cada nuevo paso, hundía las manos más profundamente en los pliegues de las mangas. Mis preciosos dedos quedaron ocultos por completo, de nuevo a salvo.

Encontraron la carta. Las yemas de mis dedos notaron las pequeñas irregularidades a lo largo de los pliegues del pergamino, a pesar de lo relativamente reciente de su llegada desde Aviñón. Llegó con otros documentos importantes enviados por Su Santidad a mi propio maître, Jean de Malestroit, quien como obispo de Nantes conoce tantos de los más profundos secretos de Dios. Aunque soy su compañera más cercana, ni siquiera puedo comenzar a entender los muy importantes temas que Su Santidad somete a la consideración de Su Eminencia, y en honor a la verdad tampoco lo deseo. Me siento impulsada por una desesperada urgencia maternal a pasar por alto las preocupaciones del mundo en favor de los preciosos pensamientos sobre mi primogénito. La fecha, escrita con la mano fuerte y cariñosa de mi hijo en una esquina, correspondía a siete días atrás: 10 de marzo de 1440. Me salto la larga bendición del comienzo —después de todo, él es un sacerdote— y repito el resto en mi mente mientras camino.

Estas son excelentes noticias, bruscas e inesperadas. Ahora soy amanuense en toda regla de Su Gracia; ya no debo trabajar a las órdenes de otro hermano, sino que respondo directamente al propio Cardenal. Cada vez con mayor frecuencia soy llamado a sus habitaciones para tomar nota de asuntos importantes. Pareciera como si por obra de algún milagro hubiese decidido ponerme bajo su protección, aunque no consigo entender por qué me encuentra apropiado para tanto honor. Me abre la puerta a la esperanza de que pueda ser ungido con un ascenso oficial antes de lo que podía esperar...

Cuán maravilloso, cuán precioso, cuán... cuán abismalmente poco; preferiría muchísimo más tener al hombre en persona a mi lado. Pero Su Eminencia Jean de Malestroit aborrece las quejas, así que no me entregaré a ellas, Dios no quiere que él me aborrezca por tal debilidad. Continúo con mi recitación, que quizá no sea muy del agrado de las ardillas y los zorros, mis únicos oyentes. Da a mis pasos una



tranquilizadora firmeza, por muy falsa que pueda ser.

Pienso en ti todos los días y me regocijo al saber que tú estarás aquí, en Aviñón, dentro de no muchos meses, para ver de primera mano lo preciosa que ha llegado a ser mi vida. Estoy profundamente agradecido a mi señor Gilles por su influencia, que permitió conseguir esta posición para mí cuando no era más que un joven hermano con unas perspectivas muy limitadas.

Mi propia gratitud está teñida de una cierta amargura; la bondad del barón Gilles de Rais era tal que yo, en un tiempo su aya, debo permanecer aquí en Bretaña, y mi hijo, prácticamente su propio hermano, está a muchos días de viaje en Aviñón. Es casi como si tuviese algún propósito al tenernos separados.

Sin embargo, ¿cómo podría ser algo así?

Tienes que informarme más de lo que pasa en Nantes en tu próxima carta, *maman*; no hace mucho hemos tenido por aquí a un peregrino que habló de sucesos en el norte, de las tribulaciones de este gentilhomme, de los triunfos de dicho señor y de los amoríos de aquella dama; estamos ansiosos por conocer todas estas noticias. Pero yo mismo me siento especialmente intrigado por saber el significado de una cantinela que recito; no recuerdo la totalidad de la letra, pero una parte decía: «*Sur ce, l'on lui dit, en se merveillant, qu'on y mangeout les petits enfants*».<sup>[1]</sup>

No sé lo que significa, ni, en honor a la verdad, deseo saberlo. Desde luego no en este momento, cuando estoy en evidente peligro de ser devorada yo misma por Dios sabe qué vil y monstruosa bestia. Sé mejor que la mayoría que tales bestias están aquí, a menudo invisibles, con sus malvadas mandíbulas pacientemente abiertas.

Un bendito rayo de luz se filtra entre las copas de los árboles y titila. ¿Se ha posado un pájaro en una rama, o ha sido mi aliento, largamente contenido, expulsado con excesiva rapidez? Siempre estoy desesperada por la luz; todo el mundo habla con ilusión de un tiempo después del final de las guerras, como si alguna vez se acabaran, cuando la iluminación dejará de ser un lujo como es ahora. Pocas veces desperdiciamos la luz no natural en mirarnos los unos a los otros cuando queda lo más mínimo de luz del día, porque hay usos más sabios; siempre los hay para las pequeñas gracias de la vida más que para las tonterías que escogemos para gastarlas.

En una ocasión se suministró luz en abundancia para el placer del barón De Rais en su residencia de Champtocé, y yo —en aquellos días, madame Guillemette La Drappière, esposa de Étienne, el leal servidor de mi señor— me podía bañar en ella casi a placer. Ahora dependo de Dios para que me suministre luz, aunque en estos días me gusta tanto Dios como antes de que me convirtiera en la Madre Superiora, o, como al severo Jean de Malestroit le complace llamarme, *ma soeur en Dieu*. Una mujer mejor que yo podría apreciar el refugio de una adecuada —no, incluso pródiga— existencia. Con tantas mujeres que se quedan sin dientes por falta de comida, tendría que estar muy agradecida por mi buena fortuna. Pero no es la vida que anhelo,

ni la vida que tenía y quería. Sin embargo, cuando mi amado marido falleció, prácticamente todos excepto yo misma estuvieron de acuerdo en que era lo mejor para mí.

Mi dulce Étienne luchó bravamente con el barón De Rais bajo el estandarte de la Doncella en la gran batalla de Orleans en una jornada donde se perdieron muchos hombres valientes. Una flecha disparada por un arquero inglés le traspasó el muslo, Dios maldiga su diabólica puntería. Su pierna se infectó, como a menudo ocurre con las heridas profundas. La comadrona —desgraciadamente, no teníamos un médico, aunque nadie hubiese dudado en afirmar que ella era casi tan buena como cualquier físico— insistió en que para salvarle la vida había que amputar el miembro. Él se negó en redondo.

—¿Cómo puedo yo, un soldado y un leñador, servir adecuadamente a mi señor De Rais si soy un inválido? —me preguntó.

La suya no fue la honrosa muerte en el campo de batalla que todos los guerreros desean en lo más profundo de sus corazones, sino un lento deslizarse en el dolor y la degradación. Cuando finalmente fue llamado para recibir la recompensa del soldado, mi desatendido puesto en el servicio de la casa del barón De Rais ya había sido confiado a una mujer más atenta a sus obligaciones. De haber heredado propiedades, hubiese tenido la seguridad de conseguir un nuevo esposo. En cambio me aceptó Dios.

Ahora pongo todo mi empeño en ser útil, porque no podría soportar que me desplazaran de nuevo. Soy la discreta sombra de Su Eminencia, quien como obispo de Nantes y canciller de Bretaña sirve a dos amos muy exigentes: uno absolutamente divino, el otro brutalmente mortal. Quién de los dos amos le gobierna más es algo que a menudo está determinado por los intereses de cada uno más compatibles con los suyos en el preciso momento, pero en los trece años de servicios que llevo aquí he llegado a respetarlo profundamente a pesar de este lamentable fallo de su carácter, que pocos aparte de mí pueden apreciar.

De todas maneras, no es la vida que anhelo.

—Debo ir a Machecoul —le dije aquella mañana—. Debo atender algunas pequeñas tareas, algunas compras... —le expliqué—. Cosas que solo se pueden encontrar en aquel mercado.

—El viaje hasta Machecoul no es muy largo, pero quizá tendría que considerar si no sería más conveniente que fuera una de las jóvenes.

Hice bien en disimular mi enfado.

—Es una buena caminata, pero todo apunta a que será un día muy bonito y estaré muy bien, estoy segura. Además prefiero escoger las cosas que necesito yo misma en vez de confiar en los ojos de otro.

—El hermano Damien puede desatender sus obligaciones por un día... Quizá

podría ayudarle a cargar las compras.

Tengo faltriqueras suficientes para todo aquello que quizá compre.

—Le molestará que lo aparten de sus árboles. Y nada de lo que compre será pesado; necesito agujas, y unos cuantos hilos. Algunas de sus sobrepellizas necesitan zurcidos con hilos de colores, aquellos que no conseguimos teñir correctamente nosotros mismos.

—Ah, bueno, de acuerdo, esas son cosas de las que entiendo muy poco, alabado sea Dios. Se las cedo muy alegremente. —Enarcó las cejas—. Y también cualquier otro asunto que tenga más allá de las compras.

Esperó mi reacción. Su deseo de presionarme en este punto era tan fuerte que lo percibí claramente, pero le respondí con un gesto contenido.

—Bien, creo que no hay nada más que decir al respecto, pero tenga cuidado y no se esfuerce demasiado.

—Por supuesto, Eminencia. No haré nada que pueda perjudicar mis obligaciones.

—Desde luego —murmuró. Entendí que podía marcharme cuando reanudó la lectura del texto que tenía sobre la mesa, pero cuando ya estaba a punto de salir, añadió—: Que Dios la acompañe.

La bendición me hizo sonreír.



Nuestra abadía es un edificio antiguo, y cuando se construyó las personas tenían los miembros un poco más pequeños que los nuestros, o al menos eso es lo que se puede deducir de los esqueletos enterrados en nuestras criptas. Se aprenden muchas cosas de los huesos, y de los dientes; uno de mis hijos tiene un diente roto que reconocería en cualquier parte. El caso es que las proporciones de mi habitación, y dentro de ella, la cama, son muy pequeñas. La escogí porque está situada en la parte del patio, porque la luz siempre es intensa. En el invierno uno de los hermanos coloca un pergamino aceitado en la ventana para evitar las corrientes, porque no puedo soportar verla tapada con una cortina durante tantos meses. La verdad es que no hay mucho que ver, pero hay luz, y no tengo que sufrir el traqueteo de los carros antes del alba cuando los campesinos pasan por el otro lado del muro, camino del mercado.

Pero no son siempre las intrusiones del exterior las que estorban nuestro sueño. Cosas en las que no deseaba pensar habían perturbado mi descanso durante los minutos de una larga e inquieta noche —fantasmas, demonios, horribles monstruos en el bosque oscuro—, las pesadillas de una niña en las garras de una bruja imaginaria. He dejado muy atrás el tiempo cuando las menstruaciones que se agostan obligan a una mujer a levantarse con los ojos muy abiertos en plena madrugada para después caminar arriba y abajo en un estado de agitación hasta que canta el gallo; aquellas indignidades vinieron y pasaron, y ahora mi sueño pocas veces se ve

interrumpido, ya sea por la desvela o los sueños. Pero cuando me desperté esta mañana, tenía los párpados pegados. Sin duda había llorado durante lo poco que había dormido, pero no recordaba haberlo hecho.

A menudo me arrodillo junto a mi camastro a la hora de dormir, cierro los ojos muy fuerte y uno las manos como haría una niña. Dejo abierta la puerta de mi habitación, así si alguien pasa creerá que estoy sumida en lo que pareciera un ferviente éxtasis religioso. La mayoría de las veces lo hago solo por las apariencias, pero anoche mi devoción bordeó el frenesí mientras suplicaba a Dios que permitiera a madame Le Barbier encontrar a su hijo, si Dios no es la cruel burla que últimamente creo que es.

Mientras guío a la columna de mis hermanas de regreso al convento para desayunar, el padre Damien me alcanza.

—Dios la bendiga, madre.

Siempre me llama madre como si lo dijera de verdad. Le estoy infinitamente agradecida.

—Y a ti, hermano.

—Hace un día precioso, ¿verdad? Aunque un poco frío. La noche fue fresca.

Tiene un entusiasmo un tanto irritante, pero no es más que una manifestación de su vitalidad juvenil, y por lo tanto absolutamente comprensible. A menudo me olvido de que es un sacerdote; sin los hábitos sería un joven caballero en la flor de la edad; de haber tenido algo más que heredar de su familia, quizá ahora tendría una pequeña finca de su propiedad. Para ser un hombre que no había escogido su propia vocación, realizaba sus tareas admirablemente, y con un vigor exasperante.

—Cuando tengas la edad que tengo yo, no te agradará tanto como ahora el helor de la mañana —le prometí—. Pero el sol no tardará mucho en calentar.

—Es algo de agradecer. Su Eminencia dice que hoy iréis a Saint-Honoré. Una parroquia muy bonita. Pero me sorprendió que nuestro maître os concediera el permiso.

Así que Jean de Malestroit ya había ordenado a este joven que me acompañara. Aunque fuera extraño, me sentí complacida por un momento, es decir, hasta que me dominó el enfado.

—Esta es una toca, no una cadena —repliqué—. ¿Es que no puedo ir de viaje allí donde escoja?

—Bueno, con la paz tan cerca, me preguntaba la razón.

—No hay ninguna razón más allá de la compra de algunas cosas necesarias —respondí después de una pausa.

—Ah. —Esbozó una sonrisa cómplice—. Solo preguntaba por qué esta mañana parecéis... sin fuerzas. Cansada, quizá. Como si cargarais con un peso.

No me había mirado en nuestro único espejo, pero supuse que las lágrimas

derramadas mientras dormía habían dejado sus huellas en mi rostro. Agaché la cabeza y me mantuve en silencio mientras caminábamos.

—¿Hay algo de lo que os querríais confesar, madre?

«Bendíceme, hermano, aunque seas más joven que mi hijo, porque he cometido la grave transgresión del exceso de curiosidad, y también el pecado de un exceso de emociones».

—No, hermano, muchas gracias. Mis pecados no son hoy demasiado urgentes.

—El día es joven —replicó.

—Y todavía queda tiempo para pecar. —Nos despedimos con una carcajada.

A partir de aquel momento, me encargué como todas las mañanas de vigilar las tareas de la limpieza. Mi energía provocó un sinnúmero de miradas de malhumor por parte de las jóvenes novias de Dios que trabajaban para beneficio de la Iglesia bajo mis órdenes. Mientras daba una vuelta por los mercados antes de dejar la ciudad, vi que todo aquello que supuestamente necesitaba estaba disponible aquí mismo, probablemente en mucha más abundancia y surtido que en Machecoul. Sin duda Jean de Malestroit lo sabía, a pesar de su declaración de feliz ignorancia. Tendría que haber sido más astuta, me reproché a mí misma.

El trozo de queso y la rebanada de pan que había guardado en la faltriquera comenzó a golpear contra mi pierna. Abandoné el recitado de la carta de mi hijo Jean y comencé a canturrear una tonadilla al ritmo de los golpes. Una variedad de sonidos sonaban entre los árboles: crujidos de ramitas, el rumor de las hojas, el gorjeo de algún pájaro. Con cada paso, casi esperaba que lo desconocido que acechaba entre los matorrales a cada lado del camino saltara sobre mí para cogerme. Pensé en madame Le Barbier, que debía de haber atravesado este bosque la noche anterior después de su inútil súplica a Jean de Malestroit; los alojamientos a lo largo de esta ruta eran escasos y seguramente muy caros incluso para una próspera tendera. Había dejado la abadía cuando ya estaba muy oscuro, alumbrada con la luz de una tea. Sin duda el brazo le debía de doler muchísimo cuando llegó a este punto.

Tenía miedo; el miedo en este bosque era algo razonable y correcto, porque hay bestias por todas partes. No los legendarios leones dorados de Etiopía, ni tampoco los osos blancos de las tierras del norte que nuestros valientes caballeros habían matado con sus rutilantes espadas, según contaban los relatos que nos emocionaban junto a la chimenea en las noches de invierno. Aquí en el bosque hay bestias horribles con largos colmillos y cerdas hirsutas, que gruñen y escarban la tierra, cuya terrible furia brilla en sus ojos demasiado pequeños por sus enormes cabezas deformes.

Había sido en unos matorrales como estos cerca del palacio de Champtocé donde Guy de Laval, padre de mi señor Gilles de Rais, se había topado con el jabalí que lo había matado.

Aquel día su excursión por el bosque había estado marcada por el infortunio

desde el primer momento, o al menos eso fue lo que Étienne me dijo después. Su caballo preferido se había lesionado un tobillo, y su ojeador habitual había pillado la gripe y no podía salir de la letrina el tiempo suficiente para rezar por su curación, y ya no digamos para ir de cacería. Con el paso del tiempo llegamos a creer que todas estas crueles circunstancias, habían sido obra del diablo. Como tuvo que serlo su asaltante, un belicoso jabalí. Se trataba de un animal de piel gruesa, plagado de cicatrices, que Guy de Laval ansiaba cazar, dado que la bestia le había eludido desde hacía tanto tiempo que abatirla se había convertido en una cuestión de honor. De no haber sido porque mi señor Guy se sintió dominado por el deseo de sacar algún partido de un día funesto, quizá no hubiese cometido la tontería que ni siquiera un cazador novato hubiese hecho: permitir que el jabalí le atacara de frente con sus largos colmillos y así convertirse él mismo en la presa.

Sus dos infortunados ojeadores le habían arrastrado por el áspero terreno en unas improvisadas angarillas mientras él mismo se sujetaba las vísceras para que no se escaparan por la herida. «¡Se negaba a apartar las manos del vientre! No pudimos montarlo en el caballo...». Nunca olvidaré su visión, el sufrimiento y el terror en su rostro, desconocidos para un valiente cazador que siempre había mantenido nuestras mesas tan bien surtidas con succulentos tesoros. Circularon mil rumores y hubo muchísimas culpas por repartir, pero no hombros sobre los cuales echarlas.

«Étienne —dije cuando nos encontramos en mitad del escándalo—. ¿Puede ser verdad lo que dicen? ¿Pudo Jean de Craon haber arreglado todo esto?».

No hubiese sido de extrañar en aquel viejo brutal y codicioso cuya hija, Marie, había tenido la desgracia de ver morir a su marido. Escuché decir cosas que no quería creer, susurros de traición. «Jean de Craon untó las palmas de los ojeadores con un poco de oro, y cuando se presentó el momento oportuno, miraron en otra dirección».

A Gilles le correspondía heredar las enormes posesiones de su padre, salvo las aportadas al matrimonio por su madre, quien, como complaciente hija de Jean de Craon, haría aquello que le mandara hacer su padre con las propiedades en ausencia del marido. Mi señor Jean de Craon era un amo cruel que sabía muy bien que le resultaría muchísimo más fácil controlar al joven e inexperto Gilles de Rais que al maduro e inteligente padre del muchacho. Las especulaciones, los susurros, las veladas acusaciones se multiplicaban; nadie entre nosotros sabía qué creer excepto que el poder dentro de Champtocé no tardaría en cambiar de manos, un conocimiento que resultaba inquietante.

Resultaba difícil no llegar a la conclusión de que Jean de Craon había tenido efectivamente algo que ver en la muerte de Guy de Laval y que todo tipo de maldades pueden anidar en el corazón de un hombre. ¿Cómo si no se podía explicar que esos ojeadores y escuderos, siempre tan leales y cumplidores en todos sus años de servicio, se encontraran de pronto demasiado lejos para acudir en su ayuda?

De todas maneras, el animal era un demonio y sin duda sabía que el dolor de sus viejas heridas había sido provocado por mi señor Guy.

«Como si hubiese estado poseído por un demonio de la más terrible calaña, la bestia se ensañó con los intestinos de mi señor Guy y movió los colmillos con verdadera furia hasta sacar una buena parte de las entrañas... que mi señor Guy intentó volver a meter desesperadamente».

Luego, según contaron esos testigos, el jabalí desapareció sin más, cumplida su malvada tarea.

Aunque también presencié la muerte de mi Étienne muchos años más tarde, debo confesar que no soy capaz de entender el terror de encontrarse a las puertas de la muerte hasta que no llegue mi hora. ¡Madre de Dios, ya fue bastante horrible tener que mirar! Durante los dos primeros días, Guy de Laval reclamó con desesperación los servicios de cualquiera que pudiese ayudarlo y envió jinetes en todas las direcciones. Él, que había tenido tanto poder, riquezas e influencia no conseguía ahora encontrar a nadie que pudiese darle la más mínima esperanza, ni por todo el oro de Bretaña. Nuestra maravillosa comadrona le suministró opio para mitigar su dolor, pero se negó a decir una falsedad: que el amo moriría, juró, era tan cierto como que el sol sale y se pone. Y que no habría para él muchos más amaneceres y ocasos.

A medida que la verdad de este juramento fue calando en él, comenzó a comportarse como el gran guerrero que siempre había demostrado ser. Mi señor Guy se ocupó de los preparativos de su propia muerte con gran decisión. A pesar de los terribles dolores, convocó a todos aquellos hombres en quien podía confiar para que cumplieran su voluntad respecto a sus hijos, incluidos los propios hijos.

El joven René de la Suze era todavía un niño y apenas si llegaba a comprender el significado de los acontecimientos que se producían a su alrededor. Hizo poco más aparte de mirar a su padre moribundo con una expresión vacua sin una comprensión verdadera de aquello que se avecinaba.

En cambio, el primogénito de Guy, Gilles de Rais, que entonces tenía once años, parecía asumirlo todo con una comprensión atribuible a alguien mayor. Mientras que René tenía miedo en presencia de su padre herido, su hermano mayor Gilles no permitía que lo apartaran sino que presenciaba incluso los momentos más terribles. Hizo saber que quería estar presente cuando cambiaban los vendajes de su padre y aplicaban nuevos ungüentos. Mientras todos los demás comenzaban a abandonar a Guy de Laval y a inclinarse por Jean de Craon, Gilles permaneció junto al lecho de su padre.

Yo, que le conocía tan bien, quizá fui la única en advertir que la noble devoción del hijo por su padre moribundo estaba manchada con una inquietante fascinación. A pesar de mi cariñosa tolerancia por lo que debía ser una interpretación equivocada de la gravedad de nuestra aflicción debida a la falta de experiencia, también me

inquietaba haber observado este comportamiento.

«El chico está absolutamente cautivado por todo este horror, y temo por la pureza de su alma —le comenté a Étienne—. La comadrona se queja de que no la deja en paz a la hora de hacer su trabajo sino que incluso mete sus manos en la herida cuando ella cambia los vendajes».

Sentí un muy fuerte estremecimiento al recordar esta curiosidad en alguien de tan tierna edad, que tendría que haber sido todavía inocente de mórbidas preocupaciones. Todas las damas del castillo hablaban mal de Marie de Craon a su espalda, como si ella hubiese fomentado este extraño interés en su hijo.

Las habladurías continuaron hasta que también ella murió, repentinamente y sin ninguna explicación, cuando aún no había pasado un mes del fallecimiento de su esposo. Entonces ella se convirtió en una santa, y yo, la nodriza, en la arpía que había pervertido a su hijo.

De pronto me di cuenta de que me había detenido en pleno bosque. Me pregunté cuánto tiempo llevaba así. El seco y cristalino sonido de las hojas y el murmullo del viento hicieron que me estremeciera; la sacudida me libró de las garras de mis sombríos recuerdos. Las imágenes imborrables de aquel poderoso jabalí todavía desfilaban por mi mente: la pesada cabeza con su largo hocico rematado con un arma feroz, las afiladas pezuñas que podían arrancar grandes terrones de tierra con un solo golpe y hacer trizas la carne.

El rumor de las hojas, el crujir de las ramitas, los ruidos detrás de mí entre los árboles...

«Le dije que enviara a algunas de las jóvenes. —Eso es lo que diría Su Eminencia cuando finalmente encontraran mi cadáver destrozado y tinto en sangre—. Podría haber permitido que el hermano Damien la acompañara. Pero no quiso escuchar. Guillemette nunca escuchaba a nadie».

Pensar en él mientras se refocilaba en tal santurrona exactitud fue toda la inspiración que necesitaba para redescubrir el uso de mis piernas, que me llevaron sin problemas lejos de ese lugar de peligro hasta un pequeño claro donde los árboles estaban bien espaciados y el sol iluminaba con fuerza. Descansé en la seguridad de la bendita luz hasta que mi corazón se calmó y recuperé el aliento necesario para continuar, cosa que hice con renovada decisión. El sol ya estaba muy alto cuando salí por fin del camino del bosque y me encontré en el campo abierto frente a Machecoul. No muy lejos estaba la plaza del mercado, donde a estas horas reinaría la máxima actividad, y donde encontraría la seguridad de la muchedumbre: granjeros, labriegos, herreros, quincalleros y panaderos, todos anunciando sus productos a voz en cuello; las mujeres que regateaban para conseguir el mejor precio, la ocasional prostituta que supuestamente yo no debía ver. Cruzabas un lodazal para comprar una pastilla de jabón que más tarde utilizarías para limpiar aquel mismo barro del dobladillo de un



vestido o de una capa, un inútil viaje circular que todas las esposas, salvo las de la nobleza, hacen en algún momento de sus vidas. Las mismas esposas que podrían estar cotilleando junto a una propicia ventana abierta, el mostrador de un tenderete o, más probablemente, junto al pozo. Tan agradable familiaridad siempre me hacía añorar los días del pasado cuando tenía algo que decir de mí misma: mi marido, mis hijos, las intrigas del castillo.

Me reproché la ilusión. Después de tantos años de reclusión, ya no me quedaba de esa clase de sociabilidad. Me detuve y permanecí totalmente sola en la hierba alta. No había nadie cerca, así que me quité la toca y retiré el broche de mi cabello. Cayó sobre mi espalda como una cascada del color de las nubes de tormenta. Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos, y sacudí la cabeza hasta que mis cabellos quedaron sueltos.

«Ah, Guillemette —decía mi marido—, tus cabellos... pueden hacer que canten los pájaros».

Abrí los ojos y no vi ningún pájaro que cantara sino a un halcón que volaba lánguidamente muy alto. Se lanzó en picado para apresar a algún infortunado ratoncillo o musaraña, que nada sabía de su inminente encuentro con un afilado pico. Cómo podía Étienne soportar que una criatura asesina como un halcón se posara en su brazo era algo que me superaba, pero cuando mi señor Gilles se aficionó a la cetrería, le correspondió a Étienne acomodarse a los requerimientos de su pasión por aquella práctica.

Resultaba demasiado sencillo entretenerse con tales recuerdos cuando no tenía puesto el sombrero de Dios. Así que, a pesar de lo muy agradable que resultaba tener la cabeza descubierta, volví a ponerme la toca y arreglarme adecuadamente. Desaparecieron los recuerdos de las pasiones de mi señor y continué caminando hacia el pueblo.

El bullicio era evidente por todas partes, porque se aproximaba la Paz, y había que hacer una infinidad de preparativos. Hablé con el primer hombre de aspecto amistoso que se cruzó en mi camino, y le di los buenos días.

—Buenos días, madre —contestó, con mucha amabilidad.

—Busco a una mujer, una tal madame Le Barbier, una costurera de la parroquia de Saint-Honoré. ¿Podría decirme, por favor, dónde la puedo encontrar?

El rostro del hombre enrojeció casi en el acto, y por su expresión me pareció que iba a santiguarse en cualquier momento.

—Allí —respondió tras un largo silencio. Señaló hacia el este y tuve que protegerme los ojos para ver algo porque el resplandor del sol era muy fuerte—. Pasad el pozo y luego entre las dos primeras casas que encontraréis a la izquierda. Un poco más allá hay una casa redonda. Ella vive allí.

Asentí con un gesto y comenzaba a darle las gracias, cuando él me interrumpió.

—Que Dios la guarde a ella —añadió—, y a vos.

Se alejó de prisa. Me dejó con la boca abierta y la mano levantada; un montón de palabras de gratitud y desconcierto escaparon de mis labios. Pero seguramente no las escuchó, porque susurraba algo nerviosamente, sonaba casi como una canción.

Algo sobre niños pequeños...

Había más cosas que quería preguntar; hice un intento, sin mucho entusiasmo, de llamarle, pero para entonces ya se había alejado en exceso y no sabía su nombre. Gritar «señor» para detenerlo hubiese hecho que se giraran una docena de cabezas, y yo no quería llamar la atención.

Sus indicaciones fueron óptimas. La casa redonda de la modista daba a un patio que compartían otras dos, aunque ambas eran construcciones alargadas que podían albergar animales además de personas. El oficio de madame Le Barbier podía ser tan lucrativo como cualquier otra actividad burguesa, y probablemente se podía permitir no tener animales dentro de su casa. La mujer que recordaba de tantos años atrás hubiese estado orgullosa de su prosperidad.

Sin embargo ese día tenía en su patio el mismo fango que todos sus otros vecinos del pueblo fuera de Machecoul; era una aflicción universal, sobre todo en estos días de la primavera. Me recogí las faldas y de puntillas crucé la charca. Llamé a la puerta de tablas, y luego esperé, sin soltar las faldas.

Seguí esperando.

—¿Quién llama? —respondió finalmente una voz desde el interior.

—¿Madame Le Barbier?

Después de una pausa, escuché repetida la pregunta, aunque esta vez más clara.

Me pareció una pérdida de tiempo andarme con rodeos.

—Soy la hermana Guillemette. Estaba presente cuando anoche acudisteis a visitar a Su Eminencia. Me gustaría hablar con vos sobre esa cuestión.

Se escuchó un claro bullicio en el interior, y luego se abrió la puerta. Madame Le Barbier estaba desaliñada, como si acabara de levantarse de su camastro; ¿había estado acostada en su jergón a una hora en que se suponía que el trabajo, no el dormir, era la norma? No pude menos que pensarlo.

—¿Qué queréis? —preguntó con un tono cargado de sospecha.

—Quiero hablar con vos del tema que os llevó anoche a la abadía.

Estábamos preparándolo todo para vísperas aunque todavía no habíamos encendido las antorchas en la catedral cuando se presentó madame Le Barbier; el obispo no encenderá ni una sola vela en la casa de Dios hasta que no se vea las manos, porque insiste en que Dios lo ve todo incluso en la oscuridad. Cuán diferente de mi señor Gilles que adora ser visto y proyecta sobre sí mismo la luz más brillante durante toda la noche a pesar de su gran coste. Su inmensa fortuna le permite comportarse con tal imprudencia, una cualidad que desapruedo claramente. Incluso

ahora que ya es un hombre hecho y derecho, aprovecho cualquier oportunidad para reprocharle sus despilfarros. Él siempre se ríe afectuosamente sin hacer el menor caso de mi preocupación. Siente una curiosa afinidad con las personas humildes como yo misma, aunque no es de extrañar, porque cuando vino a este mundo lo recibieron manos plebeyas, que eran precisamente las mías. La señora Marie no podía contener las convulsiones; habían llamado a la comadrona demasiado tarde. De no haber estado yo allí para cogerlo, hubiese hecho una entrada mucho menos digna de la que correspondía a un infante que crecería para poseer más de Francia y Bretaña que sus respectivos gobernantes.

Fue uno de los nacimientos más violentos que había presenciado; todas lo consideramos como un terrible portentoso. Cuando finalmente llegó la comadrona, tuvo trabajo más que de sobra con la pobre madre exhausta. Sin embargo, él tenía tan buen aspecto como se podía esperar de cualquier bebé, el miembro unificador de dos poderosas familias cuyas riquezas y posesiones superaban todo lo imaginable.

El mío fue el primer rostro que vio, y mía la primera teta de la que mamó su boquita hambrienta. Recuerdo que en aquel momento pensé al ver sus ojos tan oscuros y profundos, que si la naturaleza hacía lo debido, llegaría a ser un muchacho apuesto como correspondía a su elevada posición. Aquellos fueron días de felicidad y grandes promesas.

«Madame Agathe Le Barbier», había dicho el hermano Damien cuando la anunció.

Inmediatamente había recordado a una mujer robusta, campechana, de considerable ingenio. Pero la mujer que entró era pequeña comparada con lo que recordaba y cualquier cosa menos campechana e ingeniosa. Vestía unas prendas astrosas, algo del todo incomprensible para alguien que había sido una próspera modista. Era puro hueso debajo de los voluminosos pliegues de su vestido.

Cuando yo amamantaba —me pareció que habían pasado muchos años desde que había amamantado a mis dos hijos además de a mi señor Gilles— era incapaz de conservar una onza de carne en mis huesos dado el esfuerzo que representaba. Mis caderas parecían haberse consumido sin más, y mis propias faldas arrastrarían de no haberlas ajustado todo lo que pude. Étienne había conseguido engordarme un poco con cerveza. Dios le bendiga; le gustaba que estuviese rellenita. En cambio, madame Le Barbier ya no tenía edad para amamantar niños.

Me sentí obligada a hablar. «Su Eminencia, si me permitís una palabra antes de comenzar...».

Él había enarcado su magnífica ceja, sin duda la manifestación de su poder, en un gesto de franca desaprobación. Estos gestos eran un triste desperdicio en un clérigo; él tendría que haber sido un cortesano.

—Conozco a esta mujer —le había susurrado sin que ella nos escuchara—. Una

costurera muy hábil en su oficio, lo suficiente como para confeccionar las prendas de mi señor, que se enorgullece mucho de su apariencia.

—Demasiado orgullo —afirmó él con un tono agrio.

—Ha envejecido mucho más de lo que sería propio de su edad —añadí—. Era una mujer apuesta y lozana. No puedo menos que preguntarme si...

Entonces pudo más la impaciencia del obispo.

—Guillemette, si no tienes nada más sustancial que decirme además de chismes, escucharé lo que ella tenga que decirme.

Aporté sin que nadie me lo pidiera más información sobre el propósito declarado de su visita.

—Su hijo debe de tener ahora unos quince o dieciséis años. —Por un instante lamenté que el tiempo nos separara de nuestros más queridos recuerdos—. Era un bebé precioso y, oh, ¡tan saludable! Si disfrutó de una buena infancia, tiene que ser un muchacho apuesto, quizá más de lo habitual.

La modista iba con mucha frecuencia a las habitaciones del barón De Rais con piezas de telas, muestras de botones y otros complementos, porque como Su Eminencia se había apresurado a señalar, y no sin aprobación, a mi señor le encantaba vestir con elegancia. Una de aquellas ocasiones permanece en mi memoria y todavía me acosa. Mi señor llegaba tarde a la cita que tenía con el patrón de madame, una ocurrencia bastante habitual, dado el alboroto que se producía cuando hacía su entrada en el momento más inesperado. Madame había dejado a su bebé con una niña para que lo cuidara, pero en aquel momento el niño estaba enfermo y no dejaba de llorar. La niña se había visto obligada a dárselo. La madre acababa de calmarlo cuando el barón De Rais entró en la habitación con paso enérgico. Ella se volvió para ocultar al niño de su vista para no ofenderle, pero mi señor Gilles vio al pequeño. Se acercó sin más a madame y se lo quitó de los brazos. El bebé comenzó a llorar de nuevo, esta vez como si le estuviesen torturando.

El barón De Rais lanzó al niño al aire varias veces con una fascinación que me inquietó, aunque no puedo decir exactamente el motivo.

—Vaya, ángel mío —dijo—. ¿De qué tienes miedo? No soy un demonio.

Luego se echó a reír y acarició los cabellos rubios del pequeño.

Qué poco adecuada resultaba aquella atención si se pensaba un poco: un gran señor en la plenitud de su virilidad, que se entretenía en jugar con el bebé de una modista, cuando otros muchos asuntos le esperaban. Pero en aquel momento no le dediqué más atención, porque la niña se llevó al hijo de madame, y, después de todo, ¿no había hecho yo lo mismo con aquel señor cuando solo era un bebé? Me atrevería a decir que mucho más que su madre. Luego nos vimos envueltas en el bullicio de la tarea: medir, probar, seleccionar los detalles; todo era tan absorbente que me olvidé de mis preocupaciones. También había que ocuparse del vestuario de la señora

Catherine; no hubiera estado bien que nuestro señor vistiera con tanta elegancia mientras que su esposa parecía una pordiosera, aunque ni yo ni nadie podíamos decir que él se fijara en la señora.

Como solía ser habitual, madame y yo charlábamos amablemente mientras trabajábamos; me refiero a después de que ella se recuperó de la agitación por el incidente. No le impresionaban mucho aquellos que estaban por encima de ella quizá porque había visto a tantos nobles desnudos, y eso le permitía estar en su presencia con una cierta naturalidad. Ahora, transcurridos tantos años, aparentemente había perdido aquella naturalidad. Tartamudeó un poco cuando le dijeron que hablara.

—Mi hijo es un muchacho que cumplió los dieciséis años el mes pasado.

Había acertado al calcular su edad.

El obispo se había mostrado perplejo, y con razón; ese no era un tema de su incumbencia, sino del magistrado.

—¿Cuál es el problema con el muchacho? —le preguntó.

—No puedo responder, porque simplemente ha desaparecido. Hace trece días lo envié a que llevara unos calzones y no ha vuelto.

Abrí la boca dispuesta a intervenir, pero la severa mirada de Jean de Malestroit me lo impidió. Sabía lo que estaba pensando, que el muchacho se había escapado como algunas veces hacen los muchachos, o que el dinero que debía cobrar lo había derrochado o perdido. Permanecí quieta y en silencio, en contra de mis inclinaciones. Luego él hizo exactamente lo que debía hacer: le aconsejó que fuera a ver al magistrado.

Ella ya estaba en la puerta cuando se volvió para decir:

—Han desaparecido otros niños y él no ha atendido las denuncias de los padres.

«Allí comen niños pequeños», había escrito Jean.

Durante unos momentos, el obispo y yo habíamos permanecido callados.

Por fin, reuní el coraje para hablar. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciar mis palabras, él se me adelantó.

—No paso por alto, Guillemette, que debes sentir una gran simpatía por esta mujer. Pero ella debe seguir mi consejo. Tú lo sabes mejor que nadie. Ahora, continuemos, porque Dios está impaciente.

No se puede hacer esperar a una deidad.



Transcurrió otro momento de inquietante silencio, esta vez en la puerta de madame Le Barbier. Después preguntó:

—¿Tenéis alguna autoridad que no pusisteis de manifiesto anoche?

—Me apena responder que ninguna. Vengo por caridad y con el deseo de ayudar si puedo.

—Que Dios perdone mi impertinencia, madre, pero ya tuvisteis la ocasión para ayudarme y no lo hicisteis. —Sus palabras eran duras y su expresión furiosa, y muy poco podía decirle en mi defensa. También me enojó haberme quedado muda durante su súplica.

—Soy una humilde subordinada de Su Eminencia, como cualquier otro. Pero sí que hablé en vuestro favor después de marcharos.

Era un pobre consuelo, pero su expresión se suavizó al escucharlo.

—¿Habéis tenido éxito?

—Bueno... no mucho.

—Entonces, ¿para qué habéis venido? ¿Solo para aumentar mi sufrimiento?

—No, madame, juro que no era ese mi propósito. Eso sería una crueldad.

No nos habíamos movido de nuestras posiciones relativas, ella en el umbral, yo con los pies en el barro.

—Por favor —le supliqué—, ¿puedo entrar y hablar con vos?

Pareció dominarla una profunda amargura; me miró con dureza.

—¿De qué serviría? Vos, una abadesa, acabáis de decir que podéis hacer muy poco por mí, y podéis comprender lo bastante cómo se me rompe el corazón para ofrecerme un verdadero consuelo. —Hizo el gesto de cerrar la puerta.

Tendí la mano para detenerla y, para mi propia sorpresa, lo conseguí. El dobladillo de mis faldas se hundió en el fango.

—Estáis en un error, madame —repliqué—. Estoy aquí porque lo comprendo y porque hay cosas que me gustaría saber.

Es curioso cómo algunas palabras suenan exactamente como lo que significan.

*Dirrrrrrrgggggggge.*

La triste marcha fúnebre «Scotland the Brave» sonaba en mi cabeza, con tambores y bombos. Notaba las primeras señales de un dolor de cabeza. Pero ahora nuestro compañero detective Terry Donnolly estaba ante las puertas azules del cielo de los policías, hasta donde le habían acompañado los sonos de la banda en este excepcional día gris en Los Ángeles. Todos estaban de acuerdo en que era el tiempo más apropiado para un funeral. Gracias a Dios, porque desde mi punto de vista el sol hace que un funeral no tenga el menor sentido.

Los asistentes se habían desbandado y la mayoría se encaminaba hacia los coches patrulla aparcados en los estrechos caminos del cementerio. Benicio Escobar estaba a mi lado; sacudía la cabeza. Pasamos lentamente junto a un grupo de jefes muy apiñados que compartían algo muy secreto que solo conocían aquellos que ocupaban los más altos cargos.

Las únicas palabras que escuchamos de sus susurros fueron «él mismo». Se lo había bebido todo y más.

—Hacen que parezca que se hubiera suicidado. No lo hizo. Lo mató el trabajo.

—Venga, Ben... No hagas esto. No cambiaré nada.

Le habían realizado la autopsia casi en el acto. Las muestras de tejidos y fluidos habían sido recogidas y catalogadas con mucho esmero, y los resultados llegaban deprisa.

—Tuvo un infarto, por amor de Dios. Eso está muy claro.

La noticia había circulado rápidamente por la división cuando se produjo. Le habían mantenido con respiración hasta que llegó a la unidad de cuidados intensivos, donde uno de los médicos le había abierto el pecho sin perder ni un segundo.

Le había estallado el corazón. La lesión era tremenda, y, respirara o no, estaba muerto en el instante que ocurrió. Murió por un corazón roto imposible de reparar.

—Sabes, odiaba a ese gigante irlandés cuando nos emparejaron, pero se hizo conmigo. Nos hicimos amigos, buenos amigos.

Toqué el brazo de Ben para consolarlo.

—Déjalo pasar.

Escobar se sorbió los mocos y se enjugó unas lágrimas con las puntas de los dedos.

—Quizá si Terry hubiese dejado pasar unas cuantas cosas aún estaría hoy aquí.

Para eso no tenía respuesta.

Caminamos al ritmo del eco de las gaitas. Los gaiteros ya habían guardado los instrumentos y se habían marchado, pero su música flotaba en el aire. Cuando

llegamos al coche, conseguí apagar «Scotland the Brave», aunque tan pronto como desapareció fue reemplazada por «Minstrel Boy».

Fue necesario que «She loves you» sonara en la radio para borrarla de una vez por todas. Me fui a mi casa e intenté relajarme antes de comenzar mi turno a las seis.

Cuando entré en la sala de la división, reinaba una calma poco habitual. No sonaban los teléfonos, no se escuchaban chistes ni la estática de las radios o el pitido agudo de los móviles. Sucede a menudo cuando se regresa de un acto oficial triste; por alguna razón desconocida, los pervertidos se quedan en casa, como si fuera en contra del espíritu deportivo meterle mano a un chico mientras todos los miembros de la división de Delitos contra la Infancia están en un funeral.

La calma no duró mucho. Sonó el teléfono en la mesa de Terry Donnolly. Escuché gritar al sargento de la mesa de entrada:

—¿Quién está allí?

Eché una ojeada. Escobar estaba en los lavabos, y no había nadie más a la vista.

—Dunbar —respondí, muy a pesar.

—Pues será mejor que atiendas la llamada, Pandora.

Me gustaría que no me llamaran así. Pero lamento decir que no es una broma; por lo visto estoy condenada a pillar los casos que cargan con todos los problemas del mundo. Así que miré el teléfono y pensé: «No toques esa cosa, te meterás en un lío de cuidado», una idea absolutamente estúpida porque en esta división la gente no llama solo para decir: «Hola, ¿qué tal estás?». Tienen que pasar primero por los filtros de rigor: los polis de calle, los detectives, quizá un par de sargentos, y después escuchas: «Me han robado el coche y mi bebé está en el asiento trasero»; o «Están cocinando algo que huele fatal en la casa del vecino y tienen un niño de cuatro años»; o «Alguien está usando al crío como un saco de arena». Nunca es: «Buenas tardes, señora, ¿cómo está usted? ¿Le gustaría probar nuestra nueva aspiradora de gran potencia durante noventa días, sin ningún compromiso?». Siempre es algo que no es agradable.

Además, resultaba siniestro que el teléfono sonara en la mesa de Donnolly, precisamente cuando acabábamos de enterrarlo.

—Delitos contra la Infancia. Habla la detective Lany Dunbar.

—Mi hijo no está.

Problemas.

—¿Qué quiere decir no está? —le pregunté a la mujer.

—Desaparecido. No está.

Detesto decirles lo que solemos pensar cuando escuchamos «mi hija, mi hijo, ha desaparecido» y aborrezco decirles cuántas veces las escuchamos. Los chicos se van por multitud de razones, y no siempre lo hacen únicamente los problemáticos. Montones de buenos chicos absolutamente normales se escapan, y lo hacen por los



motivos más extraños que puedas imaginar. Por eso mismo, no entramos en acción hasta que descartamos primero las posibilidades más comunes.

Le pedí a la interlocutora que me diera su nombre.

Me lo soltó como un latigazo.

—Ellen Leeds.

Me hice cargo de que podía sentirse un poco tensa en esas circunstancias.

—Señora Leeds, ¿ya se ha presentado en su casa algún agente?

—No, llamé al 091 y me pasaron directamente con usted.

Tendría que tratarse de algún telefonista nuevo.

—Por favor, dígame su dirección y número de teléfono.

Me dio la información.

La mesa de Escobar era la más cercana. Necesitaba una hoja de papel; su lugar de trabajo siempre es un caos. Pero, en contra de todas las probabilidades, es sorprendentemente productivo. Anoté la dirección y el teléfono, y luego le dije:

—Tendrá que esperar un momento. Enseguida estaré con usted.

Llamé al sargento de la comisaría de su barrio y le pedí que enviara un coche patrulla a aquella dirección con orden de que me esperara. La llamada le daría unos segundos para tranquilizarse, pero no quería hacerla esperar demasiado. Tendría que responderme a una serie de preguntas bastante ofensivas destinadas a descartar todas las tonterías. «¿Cuándo fue la última vez que castigó físicamente a su hijo?» es una que a todos les encanta.

Mi propia mesa estaba penosamente ordenada. Cuando necesitaba un lápiz sabía exactamente dónde meter la mano, y si no tenía punta guardaba un sacapuntas eléctrico en el cajón derecho. Solía tenerlo en una esquina de la mesa pero me desapareció un par de veces. Solo porque soy una detective se me ocurrió buscarlo en la mesa de Frazee.

Tenía un montón de libretas nuevas en el segundo cajón de la derecha, que ya no chirriaba porque había puesto aceite en las guías el día anterior. El placentero sonido que produjo cuando se deslizó por las guías me hizo sonreír.

Aquella fue quizá la última vez que sonreí.

Con la libreta abierta y el lápiz afilado, apreté el botón del teléfono para restablecer la comunicación.

—Señora Leeds, lamento haberla hecho esperar.

—Detective Dunbar, mi hijo está en alguna parte, solo y asustado. Cada segundo es precioso.

Cosas así todavía me duelen, pero tenemos que seguir el procedimiento, sobre todo en estos casos, porque la triste verdad es que casi siempre hay algún amigo o algún íntimo —ya no podemos decir «pariente» porque las estructuras familiares han cambiado notablemente— detrás de la desaparición de un chico.

—Comprendo perfectamente la angustia que padece en estos momentos. Lamento decirle que debo hacer una serie de preguntas, algunas de las cuales pueden molestarla. Pero confío en que usted comprenderá que debemos aclarar inmediatamente algunas cosas para poner en marcha la búsqueda de un desaparecido. Nos evitará un montón de papeleo.

—Pues adelante, pregunte. Sin embargo, le puedo decir ahora mismo que alguien se lo llevó. Así, sin más.

Adiós al procedimiento.

—¿Qué le hace pensar tal cosa?

—No es de la clase de chicos que se escapan.

Nunca lo son.

—Estoy segura de que es así, pero tenemos que eliminar esa posibilidad. Así que, por favor, tenga un poco de paciencia. Solo tardaremos unos minutos y después pasaremos a los detalles específicos. ¿Su hijo vive con usted?

—Nathan. Sí, vive conmigo.

—¿Qué me dice de su padre?

—Estamos divorciados. Él vive en Tucson.

—¿Algún otro hijo?

Titubeó unos segundos antes de responder.

—No.

—¿Algún otro adulto en la casa?

—No. Solo nosotros dos.

—¿Qué edad tiene Nathan?

—Cumplió los doce años en julio.

—¿En qué curso estaba en la escuela?

—Séptimo.

—Dice que está usted divorciada. ¿Cómo son las relaciones que mantiene con el padre de Nathan?

—Tolerablemente cordiales.

Le habían hecho la misma pregunta antes y tenía la respuesta preparada. Me pregunté quién se lo había preguntado, y anoté en mi libreta un recordatorio para averiguarlo.

—¿Qué hay de la relación de Nathan con su padre?

—Se adoran el uno al otro.

—¿Con qué frecuencia se ven?

—No muy a menudo. Quizá una vez al mes. Mi ex viene en avión todas las veces que puede. Nathan pasa las vacaciones en Arizona.

—¿Cuándo fue la última vez que se vieron?

—Hace una semana. El padre de Nathan vino aquí.

—Necesitaré que me diga cómo y dónde ponerme en contacto con él antes de acabar esta conversación.

—Por supuesto.

Inspiré profundamente antes de formularle la siguiente pregunta. Estoy segura de que ella me escuchó.

—Señora Leeds, ¿tiene usted un compañero habitual de cualquier tipo?

Siempre detesto esta pregunta. Mi primer impulso es decir amigo o novio, pero eso es algo que ya tampoco podemos hacer. Cada vez es más ridícula la forma en que debemos hablar. Frazee recibió una vez una llamada sensacional: una voz femenina dijo: «Mi amante ha desaparecido». Después de la habitual tanda de preguntas, Frazee le pidió la descripción. Tardó veinte minutos en deducir que la denunciante era un travesti, y que el amante desaparecido era en realidad una mujer pero descrita como un hombre; lo que refleja esta historia es que no siempre puedes dar por sentadas cosas por el aspecto que tienen las personas o por lo que dicen: la gente hace y dice todo para mostrarse diferente de como es en realidad.

—No tengo un novio, si es a eso a lo que se refiere. Salgo con alguien de vez en cuando, pero no hay nadie en especial o importante. Y nadie que haya tenido contacto alguno con Nathan.

—Por lo tanto, no es posible que se marchara con alguien sin decírselo.

—No, al menos que yo recuerde. —Entonces se puso tensa de verdad—. Detective, ¿no cree que ya he agotado todas las demás posibilidades?

Dejé pasar el comentario sin ninguna reacción.

—¿Cuándo comenzó a sospechar que algo no iba bien?

—Hace un par de horas. Esta mañana se marchó a la escuela a la hora habitual; esa fue la última vez que lo vieron. Suele encontrarse con otro par de chicos en la esquina de casa, pero no siempre. Cuando lo hacen, van juntos hasta la escuela. Solo está a tres calles de aquí.

Cuando me dio la dirección recordé que era un edificio de apartamentos en una de las mejores zonas del barrio. Habíamos tenido un caso de suicidio en aquella casa un par de años antes de que yo entrara en la división, y yo había sido la agente que había llegado primero al lugar de los hechos.

Conozco el edificio —dije, sin darle más explicaciones—. Bonito y en una buena zona.

—Y segura; al menos eso creía —señaló Ellen Leeds.

Pero no lo bastante segura.

Así comenzó la búsqueda de la proverbial aguja, aquella que tiene la desagradable costumbre de meterse en el pajar en el momento menos oportuno. La descripción de Nathan se transmitió inmediatamente a todos los coches patrulla y a las comisarías. Varón adolescente, de un metro sesenta y tres de estatura, complexión delgada,

cabellos rubio oscuro, ojos azules. Probablemente vestido con una cazadora roja o marrón y vaqueros. Zapatillas, pero todos llevan zapatillas; hubiese sido algo destacable si hubiese calzado alguna otra cosa. Los polis que hacían las rondas por la ciudad escucharían la descripción en sus radios, y durante un par de horas estarían atentos y vigilantes en la búsqueda del chico. Luego llegaría otra llamada, se enviaría la descripción de otra aguja y la imagen de Nathan comenzaría a confundirse con las de todos los otros adolescentes desaparecidos. Pasaría a formar parte de aquella masa informe de niños no encontrados, aquellos niños cuyas imágenes felices en los envases de leche hacen que nos sintamos tan ufanos de nuestro éxito a la hora de criar a nuestros hijos.

Estábamos a punto de acabar nuestra primera conversación telefónica cuando Ellen Leeds me preguntó:

—¿Cuánto tiempo cree usted que tardarán en encontrarlo?

—No hay manera de responder a esa pregunta hasta que lo encontremos. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance.

Responderle cualquier otra cosa hubiese sido una desagradable mentira, aunque la probable verdad tampoco era precisamente agradable.

Durante todo el trayecto hasta su barrio le di vueltas al tema; algunas veces tenemos suerte y los encontramos; algunas veces regresan a casa sin más después de pasar toda la noche fuera y recibimos una llamada de disculpa de los padres, que no solo están furiosos sino también muy avergonzados por no haber interpretado a tiempo las señales de lo que su hijo estaba a punto de hacer. Claro que también son muchas las veces que nadie nos avisa cuando vuelven a sus casas, y nosotros continuamos dedicando esfuerzos, tiempo y dinero a la búsqueda de un pobre pichón extraviado que ya ha regresado al nido. Eso es algo que me irrita de verdad.

Pero cuando las cosas van en serio, nuestro promedio de éxito es humillantemente bajo. Las posibilidades de que encontráramos a Nathan Leeds si él no quería que lo encontraran —o si su secuestrador no quería que lo encontráramos— eran muy pequeñas. Sencillamente no tenemos los recursos para la clase de búsqueda que acabe dando con el paradero de un chico secuestrado si es que todavía está vivo, y recalco el todavía. Los voluntarios son la mejor carta, pero hay que organizarlos y para eso hace falta disponer de personal, que es lo que no tenemos.

Había un par de coches patrulla aparcados delante del edificio de apartamentos de Ellen Leeds. Hablé un momento con los agentes; conocía a uno de ellos, pero el otro era nuevo. Cuando yo era agente tenía un montón de razones para vincularme con mis hermanos y hermanas de armas. Los vestuarios eran un lugar magnífico para confraternizar. Pero los inspectores visten de paisano, así que casi nunca voy por allí.

Había unas cuantas personas delante del edificio, atraídas por la presencia de los coches de la policía. La seguridad era buena; había que pasar dos timbres para entrar

en el vestíbulo. El piso de la señora Leeds estaba en el quinto, en la parte de atrás, así que imaginé era el lado tranquilo, dado que la calle que pasaba por detrás era de una sola dirección.

Había un cartel de bienvenida pintado a mano en la puerta, uno de esos carteles alegres y hogareños. La mujer que atendió a mi llamada era sorprendentemente pequeña y delgada, cosa que me llevó a pensar si sería la misma mujer que había hecho la llamada. La voz había sonado como si perteneciera a alguien más grande.

—¿La señora Leeds?

—Sí.

—Soy la detective Dunbar. —Le entregué una de mis tarjetas. Ella se apresuró a cogerla pero no se molestó en mirarla.

—Pase.

Entré en el piso; estaba inmaculadamente limpio y decorado con colores cálidos. Muy hogareño y seguro. Cerró la puerta, y escuché el chasquido de un cerrojo y cómo se deslizaba una cadena de seguridad. Era una mujer precavida.

—Veo que la seguridad es buena en el vestíbulo y aquí también —comenté.

—Preferiría que pusieran un guardia en la entrada, al menos durante la noche. En parte me decidí por este edificio por la seguridad. Pedí un piso por encima de la segunda planta para evitar que alguien entrara y se llevara a mi hijo por alguna ventana.

Era una irónica y amarga referencia al famoso secuestro de Polly Klass, una niña de doce años que se habían llevado por la ventana mientras las tres compañeras que pasaban la noche con ella lo presenciaban horrorizadas. En aquel momento la madre dormía en una habitación vecina; ¿se imaginan los cojones del delincuente? Nunca existió ninguna duda de lo que le había ocurrido: no se trataba de que hubiera decidido tomarse un respiro de «nada de videojuegos hasta que hayas terminado de hacer los deberes». Sus padres eran personas importantes y muy bien relacionadas, y de inmediato dedicaron a la búsqueda una gran cantidad de efectivos. Lo lamentable de todo el asunto es que probablemente aún estaba con vida y a no más de cuarenta metros de la casa cuando una pareja de policías interrogaron al secuestrador que había tenido una avería en el coche. Un cabrón con suerte. Al final lo pillamos. Demasiado tarde para Polly, pero lo pillamos.

Así y todo, si Leeds creía que la desaparición de su hijo provocaría el mismo tipo de respuesta, tendría que desengañarla.

Me señaló un sofá y me ofreció algo de beber, que rehusé cortésmente. No podemos ser demasiado sociables, porque es difícil tener el control si te comportas como un visitante o un invitado, sobre todo si eres una mujer. Nos sentamos en butacas opuestas y abrí la libreta.

—Por favor, cuénteme la secuencia de los hechos.

La observé mientras hablaba. Algunas veces puedes saber si las personas están mintiendo; sus miradas se vuelven esquivas y se le tensan los músculos faciales. Nos preparan para estar alertas a la aparición de determinadas señales cuando hacemos las entrevistas. Una persona que no esté diciendo toda la verdad a menudo desviará la mirada, porque es difícil mirar a alguien a la cara y mentirle con todo descaro a menos que seas un psicópata, y en contra de creencia general, estos no abundan.

Pero en los padres cuyos hijos han desaparecido, aparece otro factor: se culpan a ellos mismos, sea o no con fundamento; el sentimiento de culpa oscurece el cuadro. Ellen Leeds se miró las manos mientras hablaba, cosa que hacía más difícil analizar sus expresiones.

—Volví a casa del trabajo a la hora de costumbre. Nathan tiene un compañero y me turno con su madre para ocuparnos de los chicos. Hoy le tocaba ir a casa de George. Su madre y yo tenemos coordinados los horarios de forma tal que siempre una de las dos esté con los chicos por la tarde. Gracias a Dios ambas podemos trabajar desde casa. Los chicos no necesitan una vigilancia directa, solo tener a un adulto disponible por si pasa algo. Era un buen acuerdo y funcionaba estupendamente, hasta ahora.

—¿Cómo vuelve Nathan a casa desde allí?

—Él llama y yo voy a buscarle. Por lo general alrededor de las seis y media o las siete, porque la cena está incluida en el arreglo.

—Tiene sentido.

—Sí. —Sacó un pañuelo de papel de una caja que estaba en la mesa de centro entre las dos butacas y se sonó la nariz—. Es agradable saber que no tienes que volver corriendo a casa para improvisar la cena.

Me entraron ganas de sonreír y decirle: «Sí, lo sé», porque era exactamente lo que hacía todos los días, cuando trabajaba en turno normal. La semana anterior me habían pasado provisionalmente al último turno porque habían enviado a un gran número de inspectores a un curso sobre terrorismo biológico, y necesitaban alguien para el turno de noche. Así que mis hijos estaban ahora con su padre y le tocaba a él volver a casa corriendo a preparar la cena, para variar. Era agradable saber que a él le tocaría escuchar la cantinela: «No me gustan el pastel de carne ni los escalopes de pollo con queso». Ver comer a Evan te pone de los nervios; no le gusta nada. Frannie se come todo lo que ve, pero nada que sea bueno para ella. En lo que se refiere a Julia, todavía no he descubierto cuáles son las cosas que le gustan. Afortunadamente ninguno de ellos es alérgico a ningún tipo de comida, porque si no creo que me hubiera vuelto loca.

No era el momento más adecuado para pensar en mis propios problemas.

—Ya van a dar las ocho —escuché que decía la señora Leeds.

—¿Solía llamarle antes de esa hora?

Una expresión culpable apareció en su rostro mientras asentía, cosa que complicó todavía más el análisis de sus reacciones.

—No llamé porque estaba disfrutando de la tranquilidad. Como trabajo en jornada completa, tengo que descuidar muchísimas cosas. No tengo tiempo para hacer ninguna de las cosas que me hacen feliz. Cogí el bordado y me senté a bordar por primera vez en meses.

Pobre mujer; probablemente no volvería a bordar nunca más.

—No obstante, cuando vi que se hacía tan tarde decidí llamar, y la madre de George me dijo...

La emoción la ahogó durante unos segundos. No hice ni dije nada, solo la observé.

—Me dijo que George le había dicho que Nathan no había ido hoy a la escuela.

—¿Por lo general le avisan cuando sucede eso?

—No. No suelen hacerlo. Me refiero a que si el niño no va a la escuela, dan por hecho que está en casa enfermo y que los padres lo saben.

Era un error que lamentaría durante el resto de su vida.

—De acuerdo —asentí en voz baja—. Tendremos que establecer un horario para todos los que vieron hoy a Nathan y para todos aquellos que esperaban verlo y no lo hicieron.

—Llamé al director de la escuela en cuanto acabé de hablar por teléfono con Nancy, la madre de George. Él llamó a la maestra de la clase de Nathan y su respuesta fue que Nathan no había ido a la escuela.

—¿No la tienen informatizada?

—Todavía no.

«Director, maestra», anoté en mi libreta.

—Tendremos que hacer una lista de contactos. Continúe, por favor.

—Eso es todo. Sencillamente no se presentó donde tenía que estar.

—¿La escuela no tiene establecido ponerse en comunicación con los padres cuando se presenta una de estas situaciones?

—No.

Era difícil de creer, pero la reglamentación no lo obligaba. Yo misma me ocuparía de que estuviera en vigor a partir del día siguiente.

Ellen Lees me guió por la ruta que hubiese seguido Nathan para ir a la escuela. Necesitaba recorrerla con ella para saber cuál era; luego la llevaría a su casa y volvería a recorrerla sin que ella me vigilara. Solo se tardaba un par de minutos en coche, durante los cuales no dejé de espiar de reojo a la señora Leeds para ver si reaccionaba de alguna manera ante cualquier cosa en particular. Todo lo que vi fue una tremenda expresión de angustia.

Cuando aparqué el coche delante de su edificio me preguntó:

—¿Volverá a subir conmigo al piso?

Era casi una súplica.

—Ahora mismo no. Tengo que ocuparme de algunas cosas. Pero me pondré mañana en contacto con usted, mientras avancen las investigaciones. —Evité decir si avanzan—. La llamaré para pedirle más detalles.

—¿Qué hará usted ahora mismo, mientras mi hijo está Dios sabe dónde, quizá herido, o quizá en las manos de algún monstruo?

«Estaré rascándome la cabeza y preguntándome qué hacer».

—Señora Leeds, por favor no saque conclusiones apresuradas. —Por desgracia, era una conclusión lógica—. Ya he enviado una foto de Nathan. Dentro de unos minutos la tendrán en los ordenadores de todos los coches patrulla junto con una descripción. También la enviarán a los departamentos de las comunidades vecinas. Todos los policías estarán alerta por si ven a su hijo.

—¿No van a organizar una búsqueda de verdad?

Me tomé unos momentos para preparar la respuesta.

—Por la mañana, cuando sea más práctico, organizaremos algo si las pistas que encontremos esta noche lo justifican.

—Me gustaría ir a la comisaría con usted. Quiero ayudar en todo lo que sea posible.

«No, no, no».

—Señora Leeds, no creo conveniente que lo haga.

—Pero si surge alguna cosa y me necesita, ya estaría allí y...

—La llamaré y enviaré un coche a recogerla si surge alguna cosa. Probablemente no le gustará escucharlo, pero lo mejor que puede hacer ahora mismo es volver a su piso, intentar relajarse y descansar.

—¿Cree usted que seré capaz de dormir?

No lo creía.

—Sé que esto es difícil, señora Leeds. Pero por ahora no puede hacer otra cosa que esperar.

—Solo esperar.

—Sí. En el caso de que llamara Nathan... —Me interrumpió.

—Por lo tanto se supone que debo volver a mi piso, donde mi hijo vive conmigo, y se supone que debo esperar allí a que él llame o se presente.

—Señora, me volveré a poner en contacto con usted lo más pronto posible. Pero hay algunas cosas que debo hacer para conseguir que esta investigación se ponga en marcha correctamente.

Salió del coche, pero antes de cerrar la puerta, se volvió para mirarme con una expresión acusadora.

—¿Puede decirme qué se supone que debo hacer ahora mismo? ¿Debo subir a mi



piso, y mirar mi casa donde nada me parecerá lo mismo, porque todo ha cambiado?

—Señora Leeds, lo siento, de verdad, pero tenemos unos procedimientos que seguir...

Cerró de un portazo. Corrió hacia la entrada principal del edificio. La observé mientras abría la primera puerta del vestíbulo, luego la segunda. El gran edificio moderno se la engulló.

Era medianoche. Demasiado tarde para llamar a mis hijos al piso de su padre para decirles que los quería con locura. Su padre, Sam Kevin, estaría en su perfecto derecho de sentirse indignado, y la creencia general de que mamá estaba un poco trastornada se vería reforzada. Así que hice la segunda cosa más satisfactoria que podía hacer: me puse a trabajar.

Llamé a dos unidades para que se reunieran conmigo en el aparcamiento. Dejamos los coches allí y, linternas en mano, buscamos en las dos aceras de la primera calle. No sé exactamente lo que buscábamos; si había alguna minúscula prueba o manchas de sangre, no las veríamos hasta que se hiciera de día. Así y todo, sabíamos que la escena del delito no sería mejor de la que teníamos ahora, si es que aquello era una escena del delito. Volvió a dominarme la sensación de estar buscando una aguja en un pajar. Era como recorrer el universo para encontrar un asteroide en particular. Siempre me hacía sentirme pequeña y estúpida.

Sin embargo, teníamos que empezar por alguna parte. Recogimos un montón de trozos de papel, aunque ninguno de ellos parecía tener relación alguna con un alumno de séptimo, ninguna notificación escolar, nada que pudieran parecer hojas de deberes. De todas maneras metimos los papeles en una bolsa de pruebas, porque nunca se sabe. Un buen detective es casi siempre una rata que lo guarda todo; yo desde luego lo soy, aunque me fijo en lo que recojo.

Durante el día casi no había soplado viento; gracias a Dios era demasiado pronto para los vientos de Santa Ana,<sup>[2]</sup> pero de todas maneras nos quejábamos. Ahora mismo agradecía que el aire estuviera en calma; de lo contrario cualquier cosa que pudiera haber acabaría arrastrada por el viento.

Doblamos por la segunda de las tres calles. Desde donde nos encontrábamos veía las dos terceras partes superiores del edificio de donde había salido Nathan aquella mañana. Eso significaba que quizá había alguien que hubiese visto alguna cosa.

Esta calle era más residencial que la primera: verjas, setos, aceras más anchas. Dividimos el terreno y nos separamos. Metí la linterna entre los arbustos y aparté ramas mientras miraba en aquellos lugares donde las ardillas suelen ser las únicas observadoras. Me dolía la espalda de agacharme tanto, pero me resistí al dolor y me concentré. Un par de veces vi el resplandor de unos ojos rojos. Se escuchaban unos ligeros ruidos mientras una variedad de diminutos cuadrúpedos buscaban refugio. El súbito canto de un grillo acabó con la leve pátina de calma que había conseguido

mantener. Aparté las hojas secas de palma que invariablemente acaban amontonadas debajo de los arbustos; lo hice con mucho cuidado, porque tienen los bordes afilados como navajas. Sonaron como cáscaras de cacahuete.

Se hizo un profundo silencio cuando uno de los agentes gritó:

—¡Aquí hay algo!

## Tres

Han transcurrido muchos años desde el día cruel en que mi Michel sencillamente desapareció en la flor de su belleza y vigor juvenil, y solo he conseguido adormecer en parte —a través de una casi constante flagelación de mi alma— el dolor de la pérdida. Uno nunca olvida la agonía de perder a un hijo; únicamente puede confiar en que los recuerdos se borrarán con el tiempo. Así es como debería ser; el espíritu del niño perdido debe permanecer para siempre en el corazón de aquellos que le querían, para que allí se mantenga vivo. A menudo me he preguntado por qué Dios decidió encomendarme este trabajo, el de que la esencia del niño que fue Michel La Drappière me fuese encomendado para preservarlo. ¿Cómo se puede preservar la dulce inocencia, la adorable curiosidad, la creciente profundidad de su carácter? Ni siquiera tengo un retrato, salvo aquel que pasa todos los días por mi memoria mientras estoy despierta para dirigirse a mi corazón que sueña. Es alto y delgado, pero sus miembros muestran la promesa de la fuerza que tendrán. Tiene los ojos del mismo color del cielo claro de abril. ¿Cómo se guarda su ternura, el cariño de su abrazo, el humor de su voz que se quiebra? Son innumerables los momentos en que he sentido que sencillamente no tengo las fuerzas necesarias.

Al principio madame Le Barbier se asombró cuando se lo dije; luego soltó los más ácidos insultos; me apretó las manos con tanta fuerza que temí por los huesos de mis dedos. La harapienta mujer me abrazó con una violencia inusitada mientras lloraba con lágrimas de una pena indescriptible, por mí, por ella misma, por nuestros hijos perdidos, por la tortura inacabable que yo había conocido y que ella padecería. Sufrió un vahído tan fuerte que comencé a creer que perdería el conocimiento. La ayudé a entrar y la senté en un banco tapizado, donde se apoyó en mi hombro mientras sucumbía a los más amargos sollozos. Cuando por fin se agotaron sus lágrimas, descansó la cabeza en mi regazo y continuó hipando hasta que se quedó adormilada.

Sabía, aunque quizá otros no lo sepan, que no había palabras para mitigar su dolor, ninguna expresión de consuelo para calmar el sufrimiento que había comenzado en el momento de la pérdida y que, si mi propia experiencia había revelado alguna verdad, nunca se acabaría. Madame necesitaba que alguien se sentara en silencio a su lado mientras se entregaba a vaciar el alma de sus pesares, algo que le parecería un esfuerzo absolutamente inútil durante mucho tiempo. Una bondad similar me había ofrecido en mis horas de desesperación, aunque parezca una ironía, una novia de Cristo que había entrado en el convento (aunque fuera voluntariamente, lo que no fue mi caso) cuando falleció su marido. Era muy conocida por su generosidad y lo demostró dedicándome tanto tiempo sin juzgarme en ningún momento; cuando a las demás damas del castillo se les agotó la paciencia para

soportar mis llantos y lamentaciones, cuando incluso la tolerancia de Étienne iba desapareciendo, ella era la única en cuya presencia podía encontrar alivio. Me animó a entrar de nuevo en la luz que tanto amaba por el sencillo procedimiento de negarse a permitir que me desvaneciera en la dulce y tranquilizadora oscuridad que me llamaba tras la desaparición de Michel. Entonces me había parecido que vivir en la luz sería demasiado; sentí que siempre llevaría la marca de una vergüenza incalificable, que me separaría del compañerismo y la amistad de aquellos que no estaban marcados como yo.

Me había convencido a mí misma más allá de cualquier duda de que la desaparición de Michel había sido la consecuencia de alguna falta que yo había cometido, algún terrible fallo, y que la tragedia se hubiera podido evitar si yo hubiese estado más alerta, más atenta, hubiese sido mejor madre, un halcón que vigila a su polluelo. Creer que había sido sencillamente una cosa fortuita, que Dios por alguna razón había perdonado a mi señor Gilles y en cambio había puesto la mano sobre mi hijo, era algo demasiado terrible de soportar, porque me arrebatava toda esperanza de seguridad en este mundo. Resultaba mucho más consolador decirme a mí misma que existía una razón y que mi fracaso a la hora de cuidar a mi hijo era la causa. Después de todo, siempre necesitamos encontrar a alguien para que cargue con la culpa. Pero mi querida hermana en Dios me hizo comprender que aquello que Él pone en marcha no se puede alterar, a pesar de nuestros desesperados esfuerzos por torcer Su voluntad con nuestras buenas acciones. Con el tiempo, he sido capaz de perdonarme hasta cierto punto, pero ha sido algo terriblemente lento.

Mi mano descansó en la cabeza de madame; casi esperaba sentir las mismas recriminaciones a través de sus cabellos. Estaba decidida a hacer por ella lo que habían hecho por mí tantos años antes, dado que éramos dos eslabones en una larga e ininterrumpida cadena de dolor. Permanecí sentada mientras ella dormía con la cabeza en mi regazo, y pensé que aún había días en que mi dolor me parecía absolutamente vivo, aunque fuera viejo para todos los demás.

Cuando finalmente abrió los ojos y se sentó, su rostro mostraba las huellas de las lágrimas y sus ojos estaban hinchados y enrojecidos. Con una punta de su delantal, le enjuagué el resto de las lágrimas. Me miró mientras lo hacía, y sus ojos me rogaban que le respondiera a su muda pregunta: «¿Esto se acabará alguna vez?». Deseé poder contestarle que sí. Pero hubiese sido una mentira.

Se levantó del banco y comenzó a pasearse por la habitación. La observé en silencio aunque había muchas cosas que quería decirle y preguntarle. Cuando finalmente habló, su voz era temblorosa, aunque eso no me preocupó mucho; tuvieron que transcurrir muchos meses después de la muerte de mi hijo para que mi voz volviera a sonar con la fuerza suficiente para ser escuchada más allá de mis oídos. Étienne siempre me decía que hablara más alto, algunas veces con un tono

mucho más brusco del que yo esperaba. Parecía como si él, gracias a las características naturales de su sexo, se hubiera rehecho mucho más rápido que yo, si bien noté cierta dureza en él después de la muerte de Michel. Yo tenía la sensación de que nunca conseguía atravesar del todo la coraza que a menudo se ponen los hombres para protegerse de las profundas emociones que no les sirven en las tareas que se les requiere que hagan, sobre todo en las muy desagradables tareas de la guerra. ¿Cómo puede un hombre sentir pena por el guerrero cuya cabeza debe cortar y no obstante descargar el golpe mortal? Sería imposible.

—Vuestro hijo, ¿cómo se llamaba? —la escuché susurrar.

—Michel —contesté—. La Drappière.

Esperé; no dio muestra alguna de conocerme. Después de unos momentos le pregunté:

—No me recordáis, ¿verdad?

Me miró con atención.

—No —respondió—. Lamento decir que no. ¿Nos conocemos, madre?

Era lógico que ambas hubiéramos cambiado tanto; trece años dejan sus huellas en el orden natural de las cosas. Dios no quiere que seamos atractivas como las viudas jóvenes, que todavía pueden parir hijos y que han de ser las primeras en reclamar a los hombres que no se han llevado las guerras.

—Nos veíamos con bastante frecuencia cuando mi marido servía en Champtocé, y yo con él —añadí.

Aunque mis dedos todavía estaban entumecidos por el apretón de madame Le Barbier, me quité la toca. La dejé sobre la mesa de la modista y me acomodé algunos cabellos sueltos.

Me miró, y poco a poco apareció en su rostro una expresión de reconocimiento.

—Madame La Drappière —susurró—. Por supuesto.

—Sí, soy yo. Hubo un tiempo en que me llamabais Guillemette.

—Nunca... yo nunca hubiese creído que...

«... fuera capaz de tolerar una vida de servicio en la iglesia», pensé para mis adentros. Por curioso que parezca, el sentimiento me pareció un cumplido.

—No es una vida escogida del todo voluntariamente. —Cerré y abrí varias veces la mano para estimular la circulación en los dedos—. Mi marido murió como consecuencia de las heridas sufridas en Orleans.— No tuve necesidad de explicar nada más.

Madame Le Barbier movió la cabeza adelante y atrás lentamente mientras se sorbía los mocos.

—Al menos estáis provista.

—Eso sí —contesté—, y no estoy tan sola como estaba en mis últimos días al servicio de mi señor. Todos aquellos a los que conocía y apreciaba allí habían

desaparecido. La abadía es un lugar agradable, donde soy útil; gozo de la confianza de Su Eminencia, que depende de mí en algunas cosas menores.

—Así es. Lo observé anoche.

Me sorprendió saber que había observado alguna cosa en su estado de desesperación, pero una vez que su memoria se vio incitada por el reconocimiento, comenzó a recordar también otras cosas.

—Recuerdo a vuestro hijo... —manifestó—, pero era mayor de lo que creía.

—Estáis pensando en mi primogénito, Jean —le dije—. Él es, era, mayor que Michel. Ahora es sacerdote. En Aviñón.

—¿Sacerdote? —Su sorpresa fue notable—. ¿Lo permitieron?

«De ninguna manera —había dicho Étienne cuando Jean manifestó por primera vez su deseo de entrar en el sacerdocio—. No te tomarán en consideración. Tú serás un soldado como yo. Deja que tu hermano, Michel, entre al servicio de Dios, como le corresponde por ser el menor».

—No tenía ninguna aptitud para las artes de la guerra —añadí—, ni el más mínimo interés...

«Michel está más que dispuesto a empuñar las armas. Te lo suplico, Étienne, por el bien de nuestros hijos, deja que Jean vista los hábitos».

—Fue una tarea colosal, pero conseguí prevalecer sobre mi marido para que permitiera a Michel, en lugar de a nuestro primogénito, que aprendiera el manejo de las armas. Con el tiempo llegó a comprender que era lo más conveniente para ambos. Michel acababa de comenzar con la práctica de las armas cuando él...

Habían pasado tantos años y aun así apenas si podía decirlo.

—... él desapareció —susurré.

Mi voz me abandonó por unos momentos, durante los cuales la modista se unió a mí en un reconfortante silencio.

—Así que Jean está en Aviñón... —comentó finalmente—. Dicen que es una bonita ciudad, donde hace buen tiempo. Pero está tan lejos...

—Nunca he viajado allí, aunque Su Eminencia ha tenido muchas audiencias con el Santo Padre durante mi servicio. Dice que es una ciudad muy bonita y acogedora, sobre todo el palacio donde vive Su Santidad. Echo mucho de menos a Jean, pero él parece feliz con su trabajo, y además tengo planes para ir a visitarlo dentro de unos pocos meses, cuando Su Eminencia viaje a Aviñón.

Vi una expresión de sincero placer en su rostro.

—¡Qué maravilla es saber que hará ese viaje! Aunque será un viaje arduo.

—Nunca he tenido miedo a recorrer mundo; es más, siempre lo he considerado como algo placentero. Aquello que me espera al final del camino hace que las dificultades del viaje en sí parezcan una minucia. —Di una palmada en la faltriquera—. Me escribe a menudo; llevo las cartas conmigo hasta que me las aprendo de

memoria. Pero no es lo mismo, madame, que tender la mano y acariciar su mejilla.

—Por favor, me llamo Agathe. —Sonrió con amargura—. Somos hermanas, *n'est-ce-pas?* Con algo tan fuerte como las almas de nuestros hijos para unirnos, tendríamos que ser íntimas.

Se echó a llorar una vez más. La abracé hasta que cesó el llanto.

—De acuerdo, Agathe —asentí—. Debes decirme todo lo que sepas de lo que le sucedió a Georges.

Se mordió el labio inferior.

—Ah, madre...

—Guillemette —le corregí.

—Guillemette. —Intentó sonreír, pero sin alegría—. Hay momentos en los que me es imposible no hablar de lo ocurrido, pero ahora mismo es como si me acabara de pedir que caminara hasta Tierra Santa y regresara en una semana.

No dije nada y le acaricié suavemente la mano para consolarla. Se sorbió los mocos una vez más, y luego comenzó su doloroso relato.

—Mi patrón, el sastre Jean Peletier, un hombre muy respetado, todavía viste a la señora Catherine de vez en cuando, aunque la mujer tiene todo el aspecto de un fantasma. Algunas veces, cuando se presenta la ocasión, también viste al señor Gilles, si bien ya no le hacemos tantas prendas desde que mi señor se ha aficionado tanto a los viajes.

Los relatos de sus periplos eran legendarios; se hablaba de lujosas caravanas, de multitud de acompañantes y sirvientes, todos vestidos con las más caras ropas.

—Nunca parece dispuesto a quedarse durante mucho tiempo en alguno de sus castillos —comenté—. Llama la atención su tendencia a la vida nómada. Nunca dio ninguna muestra de ello en la infancia.

—Ah, pero pudo observarla en su padre. No dejábamos de confeccionar prendas al barón Guy para uno u otro viaje. Por qué se estropeaban tanto sus atuendos de viaje es algo que nunca entenderé. Pero ahora mi señor Gilles pasa largas temporadas en Champtocé, o al menos eso dice monsieur Peletier; lo ha sabido por boca de un sastre que conoce allí. Nosotros solo le servimos cuando está en Machecoul. —Vaciló un instante y luego añadió—: Tenemos algunas dificultades para cobrar lo que debe, así que ya no buscamos servirle.

Gracias a Dios no había sido responsabilidad mía enseñarle al joven Gilles cómo administrar su dinero; no quiero imaginar las peleas que hubiéramos tenido. Aquella desagradable tarea recayó en Jean de Craon, que aterrorizó con una consumada crueldad a su nieto para que le obedeciera en todo, pero así y todo no consiguió inculcarle ni una pizca de sensatez en la administración del dinero. Casi escucho a Jean de Malestroit cuando decía: «Si le das un pescado a un hombre, se lo comerá y luego volverá a tener hambre, pero si le enseñas a pescar, nunca más volverá a estar

hambriento». Esto no podía ser más cierto en lo referente a la riqueza de mi señor, que le fue entregada sin ninguna tutela; por lo tanto, cuando llegó a la mayoría de edad y no se le pudo contener, fue todo lo manirroto que se podía ser.

—Quizá todos sus viajes sean para escapar de aquellos con quienes está en deuda —señalé.

—Sin ninguna duda. Sin embargo, monsieur Peletier aún consiente en hacer algún trabajo para mi señor de vez en cuando; dice que así mostrará sus productos ante los ojos de la nobleza y bien podría ser la manera de atender a aquellos que sí pagarán. Lo considera una inversión razonable. Mi Georges es...

Se interrumpió en mitad de la frase y contuvo el aliento como había hecho yo cuando hablaba de Michel, y luego soltó la respiración lentamente antes de continuar, esta vez con un mayor cuidado en la elección de las palabras.

—Monsieur Peletier tomó a Georges como aprendiz, antes de...

De nuevo, tartamudeó en busca de las palabras correctas.

—En cualquier caso, el chico le acompañaba en sus visitas al castillo de mi señor aquí en Machecoul. Las cosas que me contaba eran inquietantes: fantásticos relatos sobre el trato que le daban en el castillo, algunas veces el paje llamado Poitou, y en ocasiones el barón Gilles en persona. El hombre no paga sus deudas, pero vive a todo lujo y trata a sus invitados, incluso a los plebeyos, como si fuesen miembros de la realeza. En cuanto a por qué tanto interés en un mero aprendiz...

Ella no recordaba aquel día, tantos años atrás, cuando mi señor le arrebató a su bebé Michel.

«Vamos, ángel mío, ¿de qué tienes miedo?».

Me guardé mis recuerdos y respondí:

—Estoy de acuerdo en que no parece muy apropiado.

—Georges comenzaba a hablar con envidia de todo el lujo que veía. Yo no lo aprobaba, y le dije que debía aceptar agradecido su posición. Por supuesto, no hizo el menor caso de mis consejos, pero ¿qué podía hacer yo? Era un aprendiz. Casi un hombre. Fuera de mi control.

—Cuando se es un trabajador, resulta difícil no ambicionar una vida como la que tiene mi señor.

—Yo también lo veía todo, y sin embargo siempre supe cuál era mi lugar. Pero los jóvenes de hoy en día parecen haber olvidado que la prosperidad llega a través del trabajo honesto y la diligencia. —Se encogió de hombros con una expresión de cansancio—. ¿Qué sabe nadie a esa edad que esté más allá de sus propios deseos? Se dejará conquistar por el primer ofrecimiento. Desde luego estaba muy influenciado por el tal Poitou, una persona que no me atrevo a describir, excepto para decir que me provocaba inquietud en la piel, como si mil arañas estuviesen corriendo sobre mi cuerpo. Georges regresaba a casa y hablaba de las promesas de grandes beneficios



que el paje le había hecho en nombre de mi señor, de las compensaciones que recibiría si le confeccionaba las prendas, a pesar incluso de que a mi hijo le faltaba mucho para dominar el oficio. De los materiales, de las agujas, de las mejores y más caras tijeras; me parecían cosas demasiado inverosímiles como para aceptarlas de buena fe. La última promesa que le escuché repetir fue que le darían un caballo.

—¿Un caballo? —Sí que era una promesa de poco fiar—. Un regalo verdaderamente excepcional.

—*Oui, mère*, lo es. Excesivo a todas luces. Naturalmente estaba entusiasmado.

—Como lo hubiese estado cualquier joven.

—Le dije que debía desconfiar de una generosidad inmerecida. Pero de todas maneras fue al castillo, contra mis deseos, para tomar posesión del animal el día señalado. De esto hace quince días. Antes de que se marchara le di un par de calzones para que los entregara de paso y le rogué que los cobrara. Se echó a reír y me respondió que iría a entregarlos con su caballo, que a partir de entonces sería un placer realizar dichas tareas y que las haría con mucho gusto para mí. —Bajó la cabeza y una lágrima rodó por su mejilla—. Es un buen chico. Siempre ha sido un buen hijo.

No quise perturbar los buenos recuerdos que había conseguido salvar de su desaparición, así que permanecí en silencio durante unos momentos. Cuando me pareció apropiado hacerlo, le pregunté:

—¿No se ha encontrado ningún rastro de él desde entonces?

—Ni uno solo.

—¿Preguntaste en el castillo?

—Mi marido no me permitió que lo hiciera. Dijo que le correspondía a él como padre del muchacho. Fue a Machecoul pero volvió únicamente con las palabras de que Georges no se había presentado a recoger el caballo y que el animal se lo habían dado a otro.

—¿Se sabe quién le dijo tal cosa?

—Una vez más fue el tal Poitou, el paje de mi señor.

—¿No le hizo ninguna pregunta más?

—Mi marido consideró que no era conveniente sospechar de nadie más aparte de su propio hijo.

Su resentimiento era evidente. No solo había perdido a su hijo, sino que también había perdido la confianza en su marido; una situación lamentable.

—¿Has preguntado si alguien más le vio aquel día?

—Claro que sí, madre. Por supuesto.

Esta vez nada de Guillemette, o el más familiar *mère*, sino madre. Nuestra incipiente intimidad ya comenzaba a resentirse por la agudeza de mis preguntas. Qué tonta había sido por haberle hecho la pregunta; yo misma había perseguido a todos en

Champtocé con la misma pregunta hasta que llegaron a aborrecerme más que a la peste.

—André Barbé me dijo que había visto a Georges recogiendo manzanas a primera hora de la tarde. Le vio detrás de la casa donde vive la familia Rondeau; allí tienen un huerto. A él no le gustan mucho las manzanas. Cuando me enteré, llegué a la conclusión de que las había estado recogiendo para el caballo.

—¿Nadie más mencionó haberle visto?

—Nadie más.

¿Cuántas veces había rastreado las últimas horas de Michel a partir de lo que me habían dicho otras personas? Demasiadas para contarlas.

—Este hombre, el tal Barbé, ¿te comentó alguna cosa más aparte de que había visto a Georges?

—Eso fue todo. No vio a Georges marcharse del huerto. Tampoco lo vio nadie más. Se lo he preguntado a muchas personas. Pero Barbé me dijo algo más. —Se llenó los pulmones como si quisiera armarse de valor—. Me dijo que se había encontrado con un hombre, un forastero, en el camino entre Machecoul y Nantes. Cuando Barbé le comentó que era de Machecoul, el forastero pareció inquietarse y le recomendó que vigilara a sus hijos, porque corrían peligro de ser raptados. Le canturreó una copla que había escuchado Dios sabe dónde; las palabras decían: «*Sur ce, l'on lui dit, en se merveillant, qu'on y mangeout les petits enfants*».

Me quedé boquiabierta. Era la misma frase que me había escrito Jean en su carta, las palabras que al recordarlas habían estimulado mi atención por su caso, las mismas que había escuchado vagamente del nervioso desconocido que me había indicado cómo llegar hasta aquí. Pero Georges tenía dieciséis años; no era un niño pequeño, desde luego no tan pequeño como para que se lo comieran. Pero no todos los chicos de dieciséis años tienen el tamaño de un hombre.

—Agathe —pregunté en voz baja—, ¿Georges era corto de talla?

—Aún no había llegado a desarrollarse del todo.

—¿El tal Barbé te dijo de qué ciudad venía el forastero?

—De Saint-Jean-d'Angély.

Una distancia considerable. Pero las noticias sorprendentes viajan deprisa, sobre todo por las carreteras oscuras.

Me quedé con Agathe Le Barbier durante otra hora más porque insistió, aunque quedaba muy poco que decir sobre el asunto que me había traído a su casa. Necesitaba de mi consuelo, y hubiese sido un insulto no ofrecérselo. En el período de mi dolor más profundo por la desaparición de Michel, caminar diez pasos me había parecido algo imposible hasta que alguien me forzó a que lo hiciera. Madame Le Barbier había caminado desde el pueblo, a través del bosque, hasta la iglesia de la abadía; se había presentado, mal entrazada, ante el obispo y ante mí para contar un

relato mal recibido. Luego había vuelto a encontrar el camino de regreso a casa en la vil oscuridad. Hoy había soportado los aguijonazos de mis preguntas. Esta era una mujer con un gran temple que merecía mi más absoluto respeto.



Ahora me tocaba a mí mostrar el mismo temple. Mientras caminaba deprisa a través del bosque cada vez más oscuro en mi camino de regreso a la abadía, entre sombras, baches y ramas amenazadoras, mantuve mi terror a raya con una distracción del todo diferente: ¿Qué forma asumiría la magnífica ceja de Jean de Malestroit como expresión de su desagrado cuando le repitiera las palabras de la modista?

—... alguien le contó, asombrado, que allí se comían a los niños. —¿Tú lo escuchaste?

—Sí, en una coplilla, Eminencia, de boca de un hombre que me indicó el camino. También me lo comentó otra persona a quien se lo habían dicho previamente, que lo había escuchado de otra...

No le mencioné la participación de madame Le Barbier en esta cadena de noticias, ni tampoco la de Jean; me parecieron superfluas y solo le distraerían del meollo del asunto.

—Pero eso mismo fue exactamente lo que me dijo el hombre, sin que ni una sola palabra fuera distinta de las que me dijo, o así al menos jura el testigo...

—Guillemette, te he dicho infinidad de veces que no debemos hacer caso de las murmuraciones...

—Esto no es un chisme —repliqué con firmeza, aunque me temblaban las rodillas—. Me lo dijeron en el curso de mis averiguaciones. —Por fin me decidí a sacar de la faltriquera la carta de Jean y la abrí, con más violencia de lo que era necesario—. Mirad, aquí está, directamente desde Aviñón, escrito de puño y letra de mi querido hijo. Todo está relacionado íntimamente con el propósito por el que fui hasta allí.

No pude reprimir una exclamación. Me había delatado. Una sonrisa casi perversa apareció en el rostro del obispo.

—Entonces sin duda lo entendí mal —comenté—. Creía que habías ido a Machecoul para comprar hilos y agujas.

Pillada en la mentira, intenté encontrar alguna excusa.

—Así es, Eminencia. Ese fue el propósito original.

—Guillemette, no tienes motivos para mentirme. No soy un hombre tan poco comprensivo como para que una mujer deba recurrir a la mentira.

Por todos los santos, si ese hombre casi te invitaba a mentir al ser tan estricto. Pero no era el momento de hablar de este tema; eso solo se podía hacer en un momento más relajado, cuando él quizá se mostraría más receptivo a una crítica útil. Agaché la cabeza en una actitud sumisa y confié en que me sacaría del apuro.

—Por favor, os pido disculpas, Eminencia, por mi falta de confianza en vuestra equidad. Confieso que deseaba hablar de nuevo con madame Le Barbier, y que hubiese tenido que decíroslo.

Su expresión se suavizó.

—Sí, tendrías que habérmelo dicho.

—No obstante, necesitaba todas aquellas cosas, y dado que iba a Machecoul, me pareció que bien podía aprovechar la ocasión para interesarme en este otro asunto.

Él miró mis manos vacías.

—Entonces, ¿has guardado los paquetes antes de venir a verme?

«¡Virgen santa, sálvame!».

—No...

—¿Dónde están?

—¡No hay ningún paquete! —exclamé, impaciente—. No encontré nada que fuese de mi agrado. No sé por qué hoy tenían muy poco que ofrecer en el mercado.

La ceja volvió a hundirse por una esquina.

—¿Ningún paquete?

—Ninguno —respondí dócilmente.

—Vaya. Quizá todos los vendedores estaban hoy aquí, en Nantes; es una pena. A menudo vuelves de tus visitas al mercado con más compras de las que deseabas hacer. Y cuando vuelves te pasas horas hablando de las maravillas de tus compras, algo que he llegado a atribuir a tus esfuerzos para justificar los desembolsos de nuestra tesorería. Unos esfuerzos que debo confesar muchas veces espero con gran contento, porque resplandeces y es un placer comprobar lo imaginativa que llegas a ser a la hora de encontrar uso para las cosas que compras. Hoy has regresado con las manos vacías y sin historias, excepto unos descabellados rumores de gente que come niños.

—Al menos no le han costado...

—... nada porque tampoco tienen valor alguno.

Por un instante me pregunté asombrada si Étienne me había conocido tan bien como parecía hacerlo este hombre.

—Debo confesar que el asunto del muchacho desaparecido me distrajo un poco. Pero al menos no desperdiicé ningún dinero.

—No, solo tiempo. Y un poco me parece una expresión muy suave para describir tu distracción de hoy. Solo me queda confiar en que no te verás dominada por ella.

—Eminencia, atendí mis obligaciones antes de marcharme. Admito que uno de mis propósitos prevaleció sobre todos los demás a medida que avanzaba el día. Sin embargo, debéis aceptar que este es un tema que vale la pena averiguar; han desaparecido unos niños y no se ha encontrado explicación. Niños. Acepto que no son hijos de nobles, pero...

—Solo sabemos con certeza de la desaparición de uno.

—Los rumores que hablan de la desaparición de otros no cesan. —Mi voz sonaba tan aguda que hasta a mí me resultó molesta—. Vos sabéis todo lo que ocurre aquí. No dudo de que vuestros consejeros os han hablado del tema.

—Exageras. Hay muchas cosas que no sé. Y mis «consejeros» como tú los llamas con tanta amabilidad, no me han dicho ni una palabra.

Un hombre con tanto poder como él, con tantas cosas que proteger, sin duda contaría con una amplia red de espías para mantenerlo informado de todo lo que ocurría en su diócesis. Se enteraría de lo que necesitaba y quería saber sin excesivas dificultades.

—No entra en el orden natural de las cosas que desaparezcan unos niños —repliqué—. No dudo que podréis descubrir qué ha pasado con ellos.

—Hermana, ¿estás sugiriendo que les ha sucedido algo antinatural, si de verdad hay un plan preconcebido? Tendría mucho más sentido pensar que estos jóvenes se han fugado o que han desaparecido debido a alguna desgracia y que sus restos aún no han sido encontrados. Además, hablamos de unos pocos niños, no de docenas. Si se tratara de docenas, la situación sería muy diferente.

—Quizás haya una docena. Sería una medida de prudencia determinar su número antes de descartar las desapariciones como algo que no se aparta de lo normal.

—Oh, bah, una pérdida de tiempo.

Dejé pasar unos momentos de frío silencio antes de decir:

—No opinaríais lo mismo si se tratara de vuestro hijo. —Miré los objetos del culto que estaban preparados en una bandeja—. Vuestros preparativos están completos. Con vuestro permiso, Eminencia, me retiraré a mi habitación. Para mis oraciones. Creo que quizá el viaje me ha trastornado un poco.

Sin esperar a su respuesta, agaché la cabeza y caminé hacia la puerta. Entonces sentí su mano sobre mi hombro. Me volví para mirarle con una expresión furiosa.

—Me disculpo, Guillemette. —Era la viva imagen de la contrición, al menos en aquel momento—. Tienes razón, estoy mal preparado para comprender tus sentimientos en este tema.

Una sonrisa de gratitud pugnó por asomarse a mi rostro, pero la reprimí y aproveché la ventaja que me había dado en este momento estratégico; ni la doncella de Orleans lo hubiese hecho mejor.

—Eminencia, permitid que averigüe si hay más, y si los hay, entonces pediré vuestra bendición para seguir con mis averiguaciones.

Su arrepentimiento quizá no llegaría al extremo de aprobar una petición tan atrevida.

—¿Es necesario que te recuerde las obligaciones que tienes aquí?

—No es necesario.

—Tendrías que recorrer la campiña; es algo sin duda peligroso.

—Soy una abadesa. Nadie me hará ningún daño.

—Una abadesa es una mujer. Hay hombres capaces de abusar de la Santísima Virgen, si se les presentara la ocasión.

—Iré, de todas maneras —insistí, con una aparente valentía—. Y si me lo prohibís, me quitaré esta toca, y entonces no me podréis prohibir absolutamente nada sino los sacramentos.

—Que Dios te maldiga por tu obstinación.

—Al contrario, Eminencia. Dios me recompensará por mi valentía. Ya lo veréis.

—Solo Él sabe si le complacen cualquiera de esas características. Haz como te plazca, Guillemette, porque lo harás de todas maneras. —Luego añadió con cierto reparo—: Si consideras que esto es digno de tu tiempo, entonces supongo que deberé confiar en tu juicio. Pero, por favor, sé discreta. No queremos provocar un revuelo innecesario entre la gente.

Era un regalo, pero que tenía un precio, porque después de bendecirme con su permiso, sencillamente tenía que rematarlo con una severa advertencia.

—No permitas que esto te consuma.

—Haré todo lo posible. —Me incliné en señal de despedida, dispuesta a marcharme, pero Jean de Malestroit me sujetó suavemente por el brazo para impedírmelo.

—A Dios le complacería que le rezaras aquí más que en tu habitación.

Sí, Dios y qué más. Era Su Eminencia quien me quería allí. Asentí con toda la dignidad de que fui capaz.

—Bien —dijo Jean de Malestroit. Cogió la bandeja y dio un par de pasos hacia la puerta, pero volvió atrás y la dejó de nuevo sobre la mesa. Exhaló un suspiro—. Algún día Dios me hará pagar por mis fallos de memoria. Hay una carta para ti. De Aviñón. —Sacó un rollo de pergamino.

*Jean.* Mi corazón me dio un brinco en el pecho mientras mi mano se apresuraba a coger la misiva. Su Eminencia estaba en lo cierto. Nunca podría comprender mi pasión.

Ellen Leeds había dicho roja, y esa cazadora tiraba más a marrón con la luz que teníamos, así que intenté no excitarme demasiado. Estaba muy satisfecha con la formación básica en temas de investigación que actualmente recibían todos los agentes, porque a este no se le había ocurrido recogerla. Esto fue algo muy importante en este caso; cuando me puse de rodillas y miré de cerca con luz de la linterna, vi un pequeño trozo de papel arrugado encima de la cazadora.

Una pequeña tira de papel; quizá un recibo. Quizá lo había arrastrado el viento hasta allí, pero como apenas si soplabla parecía poco probable. Eché una ojeada al entorno para medir la brisa; no se movía ni una hoja a lo largo de toda la acera. El pequeño trozo de papel se balanceaba precariamente en una de las mangas, cerca del codo. Si el viento lo había traído hasta allí, lo más lógico hubiese sido que se adhiriera a alguno de los pliegues o entre la prenda y el suelo. Pero estaba colocado sobre una parte lisa de la tela. Si había llegado hasta ese punto después de la cazadora y si se trataba de un recibo, como sospechaba, tendría impresa una hora.

Lo dejamos en el lugar. Uno de los agentes caminaba con la rueda de medir y cantaba las medidas. Me pegué al suelo y tomé un par de fotos, mientras rogaba que fueran útiles. Algo se escabulló cuando se produjo el destello. Hice un bosquejo en mi libreta, donde apunté la distancia desde dos puntos fijos: una boca de incendio y una farola, dos objetos que difícilmente serían movidos en el próximo par de días. Cuando todo quedó debidamente registrado, recogí las dos cosas, las guardé en sendas bolsas de plástico y escribí las etiquetas. Excepto por unas pocas ramitas y hojas que no se desprendieron cuando la recogí, la cazadora se veía limpia y en perfecto estado.

El trozo de papel, tal como había supuesto, era un recibo. La impresora necesitaba un cambio de cartucho, porque apenas si se leía lo escrito. Por un instante me pregunté si estaría allí desde mucho antes y la brisa lo habría arrastrado hasta la cazadora. Pero con un esfuerzo conseguí leer las letras y los números: era por la compra de una caja de leche y un paquete de cigarrillos en una tienda que no estaba ni a una calle del lugar, hecha aquella mañana a las ocho y dos minutos, hora a la que con toda probabilidad la cazadora ya estaba en el suelo.

No encontré gran cosa en los bolsillos, al menos nada que me permitiera identificarlo como perteneciente a Nathan Leeds. No había ningún nombre cosido o escrito en la tela; a los doce ya no estaría dispuesto a tolerar que su madre hiciera tal cosa, como mi propio hijo, Evan, que a la misma edad casi me crucificó cuando me descubrió con un rotulador en una mano y su cazadora nueva en la otra.

«Mamá, ¿qué haces? Ya no soy un crío... La madre de Jeff dejó de marcarle la ropa hace dos años».

Saqué dos envoltorios de chicles y tres monedas. No estaba el billeteero; seguramente lo guardaba en la mochila. Mientras los agentes continuaban con la búsqueda por la zona, regresé al coche para guardar las bolsas con las pruebas y echarle otro vistazo a la foto que me había dado la madre de Nathan. Era una foto de exteriores, y no recordaba lo que llevaba puesto. No era la cazadora en cuestión, sino una camiseta. El dibujo de esta mostraba la silueta malvada de una bestia de afilados colmillos, en un círculo formado por las palabras *La Brea Tar Pits*. Tenía un aspecto que asustaba.

Ahora mismo estaría muy asustado. Si es que continuaba vivo.

Llegaron más coches patrulla y los agentes acordonaron la escena. Algún pobre novato se pasaría toda la noche sentado en un coche al final de la cinta que marcaba la zona para evitar que los curiosos tocaran nada. Lo primero que haría por la mañana sería presentarme con un equipo que recorrería el sector palmo a palmo con la luz del sol. Hubiese podido pedir que trajeran una batería de luces de gran potencia, pero no hay nada como la luz del sol para una búsqueda a fondo, porque nunca ves las mismas cosas con la luz artificial. Y el secuestro, si es que de eso se trataba, se había producido hasta donde sabía a la luz del día. Se pueden aprender muchísimas más cosas, quizá intuir sea la palabra más precisa, cuando se pueden reproducir las condiciones en las que se cometió un delito.

Era la una de la mañana y sabía que la madre de Nathan estaría despierta, probablemente sentada junto al teléfono. Eso es lo que yo hubiese hecho de haber estado en su lugar. Olí el olor del tabaco cuando Ellen Leeds abrió la puerta. Una muy delgada columna de humo ascendía perezosamente del cigarrillo que tenía en la mano izquierda. Se apresuró a esconder la mano a la espalda. Quizá yo había fruncido la nariz sin darme cuenta.

—No suelo fumar en el piso —se disculpó.

—Ahora mismo yo estaría fumando como una chimenea si estuviese en su lugar.

Hizo un gesto con la mano libre para invitarme a pasar y cerró la puerta en cuanto entré; volví a escuchar el ruido del cerrojo y la cadena.

—Sé que es muy tarde —le dije para justificarme—, pero pensé que querría que le avisaran inmediatamente si surgía cualquier cosa.

No podía ver la bolsa de plástico con su contenido. Estaba metida en un bolso de lona que llevo en el coche. No me gusta ir exhibiendo las pruebas de un delito delante de todo el mundo; procuro mantenerlas fuera de la vista si es posible.

La esperanza que iluminó su rostro le quitó varios años de encima.

—¿Lo han encontrado?

—No, lamento decirle que no hemos dado con su paradero. Sin embargo, hay una prueba que quisiera enseñarle.

Los años reaparecieron con saña.



—¿Qué clase de prueba? —susurró, temerosa.

—Una cazadora.

Cerró los ojos muy fuerte y permaneció en silencio durante unos segundos. Luego los volvió a abrir y preguntó:

—¿Hay manchas de sangre?

—No. Al menos no que se vean a simple vista. Un examen más a fondo podría descubrir alguna cosa, y la llevaremos al laboratorio para que la analicen, pero a mí me parece que está limpia. Por supuesto, es tan solo una primera impresión.

Intentó coger la bolsa. La aparté y la mantuve cerrada.

—Lo siento. No puedo permitir que la toque, porque si la contamina perderá valor como prueba si hay que presentarla en un juicio. No obstante, necesito que la identifique como una prenda de Nathan si es que puede.

Descorrí el cierre de plástico de la bolsa y le mostré un trozo de la cazadora. Como no podía ser de otra manera, inmediatamente acercó la mano, pero se contuvo y la apartó.

—Necesito ver la etiqueta —dijo—. La cazadora de Nathan es de la marca Harmony. Tendría que llevar una etiqueta negra con unas notas musicales y la palabra *Harmony*. Creo que las puntadas son de hilo azul.

Lo eran.

Tres horas de sueño no es mucho para aguantar, pero entre mis hijos que a veces me tienen levantada toda la noche y mi trabajo —que me saca de la cama o me impide que me acueste con una regularidad que llega a ser molesta— supongo que me he acostumbrado. Evan dormía como un lirón, y Frannie casi nunca tenía problemas para dormir. En cambio Julia no pegó ojo hasta cumplir los cinco años. No lloraba, pero quería jugar, y hablaba sin cesar desde su camita hasta que alguien se despertaba. Lo único que deseaba era compañía, pero a su padre no se le ocurría ni por esas levantarse para ir a jugar con ella. Tenía que ser yo. Claro que cuanto mayor me hago, más me cuesta recuperar las horas de descanso perdidas. Para la hora en que regresé a la comisaría, escribí todos los informes necesarios, envié un par de teletipos y describí la etiqueta de la prenda, estaba tan despierta y alerta como si me hubiese bebido una cafetera yo sola.

A las siete de la mañana ya estaba de nuevo en el lugar de los hechos, una hora antes de mi horario de llegada habitual a la comisaría. Los tipos de pruebas aún no habían llegado, pero el agente de guardia seguía allí. Le mostré la placa al chico y le dije que yo era la responsable. Me indicó con un ademán que podía pasar, como si necesitase su permiso.

Cada escena del crimen tiene su personalidad propia. Me gusta situarme en el centro de mis escenas y captar sus matices. Algunos de los muchachos creen que estoy loca, pero mi promedio de solución de casos es superior al de todos los demás

en la división, así que tampoco dicen mucho más.

La calle era una discreta mezcla de casas pequeñas y tiendas. No había mucha actividad, ni siquiera cerca de la zona acordonada. La mayoría de las tiendas eran de las que abrían tarde: una charcutería para gourmets, un salón de peluquería, una bodega. Me hubiera gustado ver una tienda de donuts y así tener la posibilidad de que alguien hubiese visto algo. Delante mismo del lugar donde habíamos encontrado la cazadora, había un viejo cine con la entrada tapiada y un cartel que anunciaba que estaban haciendo obras de remodelación. Pasaron unas cuantas personas camino de sus trabajos, pero solo una de ellas se detuvo para preguntar qué había pasado. Se lo dije y le pregunté por el vecindario.

—La mayoría son gente trabajadora, no se meten en problemas, y todos nos ocupamos de nuestros propios asuntos.

—¿Sabe usted a qué hora se marcha la mayoría?

No lo sabía. Pero yo estaba allí más o menos a la misma hora que habían secuestrado a Nathan, y el lugar aparecía casi desierto. Era muy probable que nadie del vecindario hubiera visto nada.

Cuando regresé a la comisaría eran las ocho, y ya me sentía agotada. Había dormido muy poco y había tenido la pesadilla habitual: estoy en mitad de la calle y hace tanto frío que se me congelan los mocos. Voy calzada con sandalias y mi única prenda es un top pero la nieve me llega a las rodillas. Me abro paso entre la nieve rumbo a Dios sabe dónde; nunca sé cuál es mi destino. Solo corro, y siento cómo arrastro las piernas en la nieve. Esta vez monto en un caballo que parece un mutante sacado de *La guerra de las galaxias*, como la bestia que despanzurra Luke Skywalker para meterse dentro y mantenerse caliente mientras espera a que Han Solo venga a rescatarlo. Juro que en el sueño olí el hedor pútrido del animal.

¿Dónde está George Lucas cuando lo necesitas? Aquella mañana me hubiesen venido de perlas unos cuantos efectos especiales. Las enormes ojeras, el pelo hecho un asco. Funcionaba a base de adrenalina y no tenía bastante. Cuando me levanté para explicar el caso en la reunión informativa de la mañana, tenía la sensación de que iba a vomitar en cualquier momento. Uno de los muchachos me dijo después:

—Tienes una pinta espantosa.

—Vale. Tú debes ser detective.

De allí me fui directamente al despacho del teniente Fred Vuska para darle un informe más detallado. Fred es un buen hombre que hace de defensor de los intereses de la gente de la división ante sus superiores, que a veces se comportan como unos auténticos cretinos. Pero el pobre tipo tiene que aguantar muchas presiones políticas. Siempre le toca hacer de puente entre las personas que hacen el trabajo —nosotros— y las personas que teorizan sobre cómo tendríamos que hacerlo, conocidos por los demás como «ellos». Lo que menos necesitaba ahora de mi parte era una solicitud

para disponer de más personal para realizar una búsqueda exhaustiva de Nathan Leeds.

—Todas las patrullas estuvieron buscando al chico durante la noche. Nadie lo vio. En cualquier caso, tampoco sabes a ciencia cierta que lo hayan secuestrado. Todavía puede ser que se escapara de su casa.

—Encontramos su cazadora.

—Quizá se le cayó, o la tiró porque no le gustaba. No tienes idea de la cantidad de cazadoras que pierden mis hijos.

—Tengo el presentimiento de que el chico no se escapó.

—¿Basado en qué?

Me hubiese gustado responderle: «En esa cosa que tenemos las chicas y vosotros no, eso que llamamos intuición». Pero hubiese sido una respuesta irrespetuosa y sexista, y hubiese tenido que aguantar toda una exhibición de machismo.

—Vi la casa, hablé con la madre...

—¿Has hecho más entrevistas?

—Solo una con una vecina, pero fue algo muy rápido y la mujer no tenía nada que decir.

Me miró con una expresión de incredulidad.

—Lany, ve y haz tus entrevistas. Si encuentras alguna cosa más que te haga creer que no se escapó, ven a verme y le echaremos otra ojeada.

—Por amor de Dios, el chico tiene doce años.

Ahora salió el cínico.

—¿Quieres ver algunos chicos de doce años? Venga, te llevaré a dar una vuelta por la playa de Venice, y les preguntaremos a todos aquellos vagos que rondan por allí cuántos años tienen. Saca el culo de aquí y ve a ver qué averiguas.

Las nuevas normas no parecían haber calado en Fred.

No sé qué hubiese dado por tener una llave de la entrada del edificio de Ellen Leeds. Podía tocar el timbre y pedirle que abriera, pero esperaba que subiera a su piso para ponerla al día, y por el momento, estaba demasiado nerviosa como para tratarla con diplomacia. Así que esperé a que apareciera alguien, le mostré mi placa, y entré en el vestíbulo.

Tardé unos segundos en orientarme y decidir cuáles eran los pisos que me interesaban. Eran los situados en la esquina a partir de la tercera planta; todos los demás eran demasiado bajos o tenían la orientación equivocada. Esto me simplificó la tarea; no tendría que visitar toda el ala oeste del edificio.

Llegué al lugar sobre las nueve y media, así que no encontraría a muchos en sus casas. Tendría que conformarme con lo que encontrara y rogar que surgiera una pista. El primer piso que probé estaba vacío, así que escribí: «Por favor, póngase en contacto conmigo» en una de mis tarjetas y la pasé por debajo de la puerta. El

ocupante del cuarto piso estaba en casa cuando toqué el timbre, pero se enfadó mucho porque trabajaba en un turno de doce de la noche a ocho de la mañana y acababa de meterse en la cama. Afirmó que el día anterior había llegado a su casa alrededor de las nueve y media, hora para la cual el secuestro (si se trataba de un secuestro) probablemente ya se había cometido y el secuestrador hacía rato que se había ido. Anoté su nombre y el de su empresa para verificarlo, luego le di las gracias y me disculpé por haberlo despertado.

Tampoco había nadie en el quinto piso, y dejé otra tarjeta. En el sexto, ya me disponía a escribir otra tarjeta cuando finalmente abrió la puerta una mujer muy mayor, cuyo perfume tremendamente dulzón me devolvió inmediatamente a los años sesenta. Iba muy bien vestida y llevaba sus cabellos azules arreglados en un peinado impecable. Ya se había puesto sus perlas y lápiz de labios, mucho más del que yo usaba. Unos pequeños restos de rojo se extendían por las arrugas que tenía sobre su labio superior.

—Pase, pase —dijo al ver mi placa. No le había mencionado el motivo de mi visita, pero me di cuenta de que no le importaba. Un visitante es un visitante, y yo era una policía, por lo tanto alguien seguro. Los viejos y los niños piensan de esa manera.

—¿Puedo ofrecerle una taza de café o té?

—Oh, no, muchas gracias, señora. —Aún no le había preguntado el nombre. Me observó mientras me acercaba al ventanal. La calle que me interesaba ver apareció ante mi vista sin ningún obstáculo. En una mesa de centro cerca de una butaca con muchos cojines había unos prismáticos del tipo de los que usan los observadores de pájaros.

—Tiene usted una vista muy bonita —comenté.

—Sí, así es. Por eso alquilé este piso.

La razón de Ellen Leeds había sido muy diferente.

—Creo que fui la primera inquilina —añadió—. Eso fue hace, oh, déjeme ver, veinte años. Están esperando a que me muera para poder alquilarlo a alguien más joven por muchísimo más dinero.

No pude evitar la sonrisa.

—No lo dudo —afirmé. Cogí los prismáticos—. ¿Es aficionada a observar los pájaros?

—Lo hago, pero no en serio. Tenía un amigo, murió hará unos diez años, a quien le encantaba. Los prismáticos eran suyos.

Los volví a dejar en la mesa con mucho cuidado.

—Ahora la mayoría de las veces solo miro lo que pasa en el mundo exterior.

«Por favor, por favor, por favor», supliqué para mis adentros.

—Señora...

—Señora Paulsen.

Anoté el nombre en la libreta.

—Me pregunto si ayer por la mañana alrededor de las siete y media o un poco más tarde estaría usted mirando a través de su ventana. Un chico que vive en este mismo edificio se ha perdido, y la última vez que le vieron fue cuando salía para ir a la escuela.

Enarcó muy poco las cejas.

—Así que esa es la razón de todo aquel jaleo.

—Sí.

—Bueno, tendré que hacer un poco de memoria. —Se sentó en su butaca con mucha decisión—. Déjeme ver, ayer por la mañana... Me levanté a la hora habitual, las seis y cuarto, y me di una ducha. Luego tomé mi café y abrí el periódico; hay un chiquillo que me lo trae hasta la misma puerta, y leí las noticias, hasta las siete. Encendí el televisor para ver *Today*, me encanta Al Roker.

Continuó describiendo las minucias de su rutina matinal. Sonaba tan agradable, que se me pusieron los dientes largos.

—Estaba en la ventana a esa hora. Recuerdo a los niños que iban a la escuela. Hay una niña que siempre va muy arreglada; su madre la viste de maravilla, y ella va saltando por toda la acera; me recuerda mi manera de caminar cuando iba a la escuela. Siempre llevábamos vestidos, y no como ahora en que apenas si se tapan.

—Dice que tenía puesto *Today* en la tele; ¿recuerda de qué hablaban o hacían mientras estaba usted en la ventana y vio a los chicos?

—Sí, por supuesto. Estaba esa señora que sale con las telas y los adornos, y explica cosas de decoración.

Martha Stewart. Llamaría a la emisora y pediría que me dijeran la hora exacta de la transmisión del espacio. Saqué la foto de Nathan Leeds y su madre de mi cartera y se la entregué.

—¿Vio usted a este niño cuando iba a la escuela?

Observó la foto durante unos segundos.

—Sí, lo vi. Pero ayer no fue caminando hasta la escuela como hace siempre.

«Oh, por favor, por favor». Mi corazón comenzó a latir un poco más rápido.

—¿A qué se refiere, señora Paulsen?

—Verá, ayer subió al coche cuando estaba a media manzana, delante de la pequeña casa blanca.

Precisamente donde habíamos encontrado la cazadora. Pero había dicho «el» coche, no «un» coche.

—Describame el coche, por favor.

—Oh, no hace ninguna falta. Puede bajar al garaje y verlo usted misma. Por supuesto, tendrá que esperar hasta tarde. Los días que ella sale, no suele regresar hasta la hora de la cena.

¿Ella? No lo comprendía.

—¿Quiere decir que alguien de este edificio lo recogió en la calle?

—No alguien, querida. Su madre.

No sé por qué estaba tan furiosa. Ella tendría que haber figurado entre los primeros sospechosos. Sencillamente no me había parecido que encajara en el tipo.

Pero Susan Smith tampoco, al menos para el mundo exterior. Andrea Yates... bueno, ¿qué se puede decir de ella? Smith al menos estaba cuerda. Montó todo un numerito. Un ladrón de coches negro, y una mierda, pero los polis que llevaron el caso eran muy buenos y la calaron. Leí que los investigadores comenzaron a sospechar de ella al día siguiente de la desaparición de sus hijos. «La historia era demasiado perfecta», comentó uno de ellos. Lloraba, pero no cuando debía. A mí me parece que ha de ser muy retorcida, muy malvada, una madre que le haga daño a sus propios hijos. Para matarlos tiene que convertirse en algo así como un monstruo alienígena.

Había un artículo sobre la Smith incluido en una de nuestras clases sobre perfiles de los sospechosos. Un loquero dedicó no sé cuántas horas a entrevistarla y a analizar por qué había hecho algo tan inimaginable como encerrar a sus hijos en un coche y después despeñarlo mientras los chiquillos chillaban y lloraban; el tipo tenía toda clase de teorías sobre mandatos genéticos y pulsiones psicológicas profundamente arraigadas. La mujer mató a sus hijos, explicó, porque el hombre con quien quería casarse no tenía ningún interés en cuidar de ellos. Solo quería cuidar los propios.

El loquero añadió que aquel era el «comportamiento biológico natural» por parte del hombre; esas fueron sus palabras exactas, las recuerdo porque me puse hecha una fiera. Los machos, proclamó, tienen la «necesidad reproductiva de eliminar a los rivales» y así disponer de cosas que pueden necesitar sus propios hijos. Comentó que si la madre tenía hijos de otro hombre, ella continuaría dedicándoles su atención en detrimento de cualquier otro hijo que pudiera tener con el nuevo hombre, y esto podría poner en peligro la supervivencia de su propio material genético.

¡Y una mierda! Los hombres son mejores. Y al menos el tipo fue sincero con ella. Claro que una rata sincera sigue siendo una rata, y él no tendría que haberse liado con una mujer casada y con hijos pequeños, porque lo único que encontraría serían problemas. En cuanto a la propia Susan Smith no tengo palabras para calificar a nadie que cometa un infanticidio.

Sin embargo, tendré la oportunidad de hablar con Ellen Leeds, y encontraré las palabras. Montones y montones de palabras. Y a paseo con las clases, no serán comprensivas ni respetuosas.

## Cinco

Mamá, aquí en Aviñón, la primavera está bien avanzada. El río desborda con las últimas lluvias y por todas partes hace calor. Toda la tierra se prepara para el glorioso renacimiento de nuestro Señor, y cada día reboso de felicidad cuando me levanto de mi cama, porque tengo muchas cosas que agradecerle a Dios.

Sé que aún debe hacer frío en el norte, pero aquí ya hemos tenido varios días de calor. Anhele quitarme esta abrigada prenda y vestirme con otras más ligeras.

No había nadie a la vista. Toqué el dobladillo de mi velo y dije en voz alta: «Ay, mi querido hijo, comprendo muy bien tu deseo de desvestirte».

Sus cartas siempre estaban llenas de dulces palabras, gárrulas de una manera íntima, pero pocas veces comunicaban noticias importantes, porque su trabajo requería discreción. Sin embargo, en esta misiva había una maravillosa ampliación de aquello que había escrito previamente:

Todos los días asumo nuevas responsabilidades y resulta evidente que soy merecedor de la más amplia confianza; corren rumores de que muy pronto seré ascendido... Hay momentos en los que no comprendo cómo es que soy merecedor de tan buena fortuna... Una vez más me siento obligado a decir lo muy agradecido que estoy a mi *frère de lait* Gilles por la ayuda que ha significado su influencia.

Agradecidos servidores de mi señor, ambos; Jean y yo éramos tan parecidos... Mucho más que él y su padre, que era el guerrero que Jean nunca hubiese sido. Pero Étienne y Michel habían sido padre e hijo hasta la médula: en sus maneras, en sus preferencias y desagradados, en sus expresiones. El parecido entre ellos era tan sorprendente como para que mi señor Gilles continuara comentándolo, incluso mucho después de que Michel ya no estuviera con nosotros.

«Mellizos —me decía—, más que padre e hijo, y ambos tan apuestos y hermosos. Tu Michel tenía el rostro de un ángel».

También mi Étienne, pero eso era una cuestión de opiniones. No obstante, no podía estar más de acuerdo con la valoración que hacía mi señor.

Mi querido hijo —le escribí antes de partir—, me siento muy orgullosa de los progresos en tu posición. Pero a mí no me sorprenden ni me pregunto la razón. No pasará mucho antes de que me escribas para decirme que te han hecho monseñor, y mi corazón se anima al pensar en los honores que te aguardan. La influencia de mi señor Gilles fue útil a la hora de conseguir que te llevaran a Aviñón, desde luego, pero todos estos progresos te los has ganado con tus propios méritos, no a través de la influencia de mi señor, que últimamente está decaído.

Hay una intriga aquí en Nantes...

Le informé de lo que había averiguado en la conversación con madame Le Barbier, desde el principio al fin.

Escuché repetir la misma copla que tú escribiste en tu carta anterior, donde se hablaba de comerse a los niños. Su Eminencia me desalienta pero no me ha prohibido que lo haga, y por lo tanto recorreré los pueblos para hablar con la gente y escuchar lo que tengan para contarme.



No dudo que debí parecerle muy extraña a todos aquellos que se cruzaron en mi camino e interrogué hasta la extenuación; una abadesa que recorría los alrededores de Nantes, interesada en saber si habían desaparecido niños. Aunque buscaba aquello que Su Eminencia probablemente volvería a descartar como chismes, estaba segura de que yo misma provocarían muchísimos más.

«Por todos los santos —comentarían al pie de una ventana o delante de algún tenderete del mercado—, la reverenda madre se ha vuelto loca... lo vi con mis propios ojos».

No importaba. Abandoné el convento del palacio del obispo de Nantes el martes de la semana anterior a la Pascua para averiguar si el relato del viajero de Saint-Jean-d'Angély, el que había llegado a Aviñón transformado en copla, era el resultado de un suceso real o la invención de algún pobre lunático, que Dios se apiade de aquellos que están muy influidos por la luna. Me dieron un asno como cabalgadura, no un caballo. «Se apañará mucho mejor con este animal mientras viaje sin compañía», me había asegurado el mozo de cuadra. En otras palabras, nadie intentará robárselo. Esto me hizo pensar; por un momento consideré la posibilidad de quitarme la fina cadena de oro que había heredado de mi madre, que yo llevaba siempre alrededor del cuello. Hasta el momento que ella entregó su alma a Dios, cuando mi Étienne aún vivía, siempre había llevado la cadena en su cuello. Nunca dijo quién se la había dado, si mi padre, o si era quizá una parte de su dote. En los últimos años, cuando parece haberse convertido en una parte de mi cuerpo, me he preguntado si no habrá sido el regalo de alguien que no era mi padre; quizá un leal admirador, o algún pretendiente anterior de quien nunca había hablado. Mi madre siempre fue una mujer hermosa, al menos hasta que la enfermedad le consumió toda la carne y la dejó con el aspecto de un saco de huesos.

Falleció casi sin que nadie se diera cuenta, porque aquel mismo día ocurrió un muy desagradable incidente en el seno de la familia De Rais. La señora Marie de Craon de Laval tenía un perrito faldero con el rabo curvo y el pelaje muy corto color arena, que le había traído como obsequio un mercader desde el otro lado del mar del sur, más allá de Tierra Santa, de un lugar donde la piel de algunos de sus moradores era más oscura que el más oscuro de los moros, aunque yo no daba mucho crédito a una afirmación tan descabellada. Ella lo quería muchísimo, hasta un punto que casi resultaba repugnante. El animal parecía incapaz de ladrar y en cambio emitía unos



agudos sonidos plañideros, que desagradaban mucho al señorito Gilles, quien para vengarse, martirizaba al perro sin la menor compasión. Sabía que tenía celos del animal, que recibía muchas más atenciones de la señora Marie que él mismo. Así que cuando encontraron al perro muerto y colgado del rabo, nadie dudó quién era el autor de la fechoría. No se veían marcas en el cuerpo del animal, así que no sabíamos cómo lo habían matado. Pero estaba bien muerto.

«Él lo estranguló», afirmó la comadrona.

¿Cómo podía ella saberlo?

«Mirad debajo del pelo en el cuello; veréis los morados. Los he visto iguales cuando los hombres combaten a mano limpia después de perder las armas».

A menudo me preguntaba por qué madame Catherine Karle parecía observar a mi señor con tanta atención. Era ella quien había llegado tarde a su brusco nacimiento. Tantas veces había dicho que había sido un nacimiento aciago, cargado de terribles portentos.

Por supuesto, la señora Marie estaba absolutamente desconsolada, pero su desconsuelo era por la pérdida del perro, y no por el malvado comportamiento de su hijo. «No es más que un niño», decía a menudo, como si eso pudiera disculpar las viles conductas de que muchas veces hacía gala sin previo aviso. Por ser una concienzuda servidora, asumí por ella la carga de sufrir por su comportamiento, y llegué a la conclusión como cualquier otra nodriza que tendría que haber estado más atenta a su fuerza moral, más firme con sus rabieta, mejor modeladora de su carácter.

«No te corresponde a ti moldear su carácter», me repetía Étienne. Nunca le contradije; era la pura verdad, no me correspondía.

Guy de Laval no hizo nada por castigar a su hijo. Tuvo que intervenir el formidable Jean de Craon para arrancarle la confesión. El joven Gilles temblaba ante la presencia de su abuelo, que no era hombre dispuesto a tolerar las tonterías de nadie. Gritó una razón tras otra para justificar por qué había dejado al pobre animal para que su madre se lo encontrara, con los ojos desorbitados y la lengua fuera de la boca.

«El perro chillaba tanto que se hacía insoportable; el perro no obedecía a nadie; el perro era el mismísimo demonio».

Cuánto deseé escuchar una sola palabra de remordimiento; nunca se dijo ninguna, ni tampoco se exigió a Gilles de Rais que hiciera penitencia por aquel acto de salvajismo. Pero no tuve ninguna ocasión de corregirle en este aspecto: tenía que lavar y vestir el cadáver de mi madre; prepararlo para el descanso eterno. En cualquier caso, dicha lección la hubiese tenido que impartir con mucha discreción, porque el patriarca Jean de Craon no toleraría mi intromisión como tampoco toleraba la de los demás.

La cadena de oro que había cogido del cuello de mi madre golpeaba suavemente

contra mi piel al ritmo que marcaba el andar del burro mientras subía el empinado sendero. Ya no me sentía desilusionada por la falta de una montura mejor sino satisfecha porque la bestia con su paso seguro atacaba las subidas y bajadas con gran pericia. Sin embargo, a medida que pasaba el día, mi satisfacción fue decayendo; el burro rebuznaba cada vez más a medida que aumentaban las dificultades del terreno, y a última hora de la tarde sus protestas me habían provocado un fuerte dolor de cabeza.

Así y todo, nunca se me hubiera ocurrido estrangularlo para lograr silencio.

Me detuve en muchas pequeñas aldeas para que la bestia bebiera y darme a mí misma un momento de respiro a tanto bamboleo sobre su lomo. En cada una de ellas encontré un poco, y también una historia digna de ser escuchada.

«Tenía siete años, hermoso como un querubín, hasta que un día desapareció; un chiquillo tan bueno... Nunca dio a sus padres motivo de queja...».

«No sabemos qué se ha hecho de él, si está vivo o muerto, porque no se ha encontrado ningún rastro desde que desapareció».

Yo llevaba en la faltriquera las cartas de Jean de Malestroit, que había sido muy generoso en sus demandas a mi favor, todas las cuales fueron atendidas y en muchos casos sobrepasadas. Había intentado disuadirme hasta el último minuto, con la excusa de los peligros que me acecharían. Pero pocas veces se asalta a las novias de Cristo; ¿qué sentido tenía arriesgar el alma inmortal cuando había muchas otras vírgenes a mano, todas ellas más jóvenes? Las madres de los reyes eran presas fáciles; la propia Violante de Aragón había sufrido el bandidaje de mi señor Gilles en uno de sus momentos más idiotas. Cuando decidió ser su propia «libre compañía» y robarla mientras ella viajaba. Pero una monja, al menos una abadesa, no tenía nada que temer.

En la parroquia de Bourgneuf, no lejos de Machecoul, había un convento que no estaba mal para lo que suelen ofrecer los conventos; me había alojado allí hacía muchos años cuando había formado parte del séquito del barón De Rais en uno de sus viajes. Aunque no era un edificio imponente, lo vi a lo lejos iluminado por el sol poniente. La idea de disfrutar de un cómodo santuario me resultó encantadora, y animé a la bestia con el susurro de unas promesas que pareció comprender.

Una madre superiora sorprendentemente joven me recibió en el patio cuando el sol se ocultaba detrás de los muros. Después de leer mis cartas, se presentó respetuosamente como la hermana Claire, aunque para todos los demás era la Madre. Le expliqué mi misión brevemente, cosa que provocó que apareciera en su rostro una expresión de curiosidad; a mí me pareció que detrás se ocultaba un interés más que casual.

¿También ella había escuchado la historia? Confiaba en tener una charla muy reveladora.

Tal como se esperaba de su parte, me invitó a pasar la noche en el convento. Cuando acepté, ella misma me llevó hasta la sala central de la abadía, de techos abovedados y con vidrieras. No había nadie más aparte de nosotras, porque las hermanas estaban terminando las tareas del día. Desde allí me acompañó a una habitación muy bien arreglada, que tenía más o menos las mismas dimensiones de la mía en Nantes. Le di las gracias.

—Es una habitación muy acogedora.

—No tenemos las comodidades que tenéis en Nantes, pero nos arreglamos bastante bien. ¿Queréis cenar?

—Sí, si queda alguna cosa. Pero no es necesario que me preparen nada especial.

—Tonterías. Los viajeros siempre tienen un plato en nuestro convento.

Una joven novicia, que no pronunció palabra, me sirvió una deliciosa cena consistente en una sopa de nabos bien espesa y pan tierno. La abadesa vigiló cada uno de los movimientos de la muchacha con una mirada de águila, y no dudé en que más tarde los fallos que hubiese cometido al servirme le serían señalados para corregírselos, por supuesto con mucha gentileza. La cena fue seguida por una copa de hipocrás, que desafortunadamente no era de la misma calidad del que servían en la mesa del obispo. Pero lo disfruté de todas maneras y agradecí la relajación que me aportó la bebida alcohólica. Cuando la conversación recayó sobre los motivos de mi viaje, la hermana Claire se mostró muy atenta y no dijo palabra mientras le explicaba la visita a madame Le Barbier.

—¿Por qué cree que este es un asunto que concierne al obispo? —me preguntó la abadesa—. Hay niños que desaparecen. Sobre todo en tiempos tan malvados como los que corren.

—Eso fue precisamente lo que dijo Su Eminencia. Le recomendó que acudiese al magistrado.

—Un sabio consejo, quizá...

—Ella ya había ido a verle —repliqué—, y no consiguió ayuda. El obispo me ha dado su consentimiento para que realice algunas investigaciones en la región, y cuando considere que tengo las informaciones necesarias y suficientes, se las transmitiré para que él decida.

La abadesa se persignó.

—Una de las tareas más desagradables que se puedan emprender.

—Así es, terrible —asentí—. Pero no me importa viajar. —Bebí lentamente un trago del vino con especias, no fuera a ser que se me soltara demasiado la lengua—. Confío en que no tardaré mucho. Tengo otras obligaciones cuyo alcance conocéis muy bien. Espero completar esta averiguación en unos pocos días, y sospecho que lo haré, si tenemos en cuenta que hoy, en cada lugar, me han contado historias de niños desaparecidos.

La abadesa enarcó las cejas al escuchar estas palabras.

—Hubiese preferido que no fuese así, si me hubiesen encomendado la tarea —manifestó.

El vino me hizo más atrevida de lo que era conveniente. Me adelanté en mi asiento y dije con un tono grave:

—La asumí por propia voluntad, casi tuve que rogar. Recibí muy poco apoyo por parte de Su Eminencia.

—Es una tarea que le corresponde al magistrado —señaló la hermana Claire—. Así y todo, no deja de parecer extraño que el obispo no considerase necesario presionarlo. Si lo que habéis escuchado es verdad, y están desapareciendo inocentes... bueno, entonces, habría que hacer algo al respecto.

¡El acuerdo entre hermanas es tan dulce!

—Es lo que creo —afirmé—. En Saint-Jean-d'Angély se cuentan historias de que en Machecoul se comen a los niños, viajeros que se encuentran por casualidad repiten historias parecidas, personas que no se conocen las narran como advertencia, y después aparecen en cartas enviadas desde Aviñón. El pueblo llano le está dedicando una gran atención a este fenómeno, mientras aquellos que estamos en las escaleras del cielo parecemos no hacer el menor caso.

—Quizá sea por las consecuencias si se conociera la verdad. Cosas que por ahora no alcanzamos a comprender en su exacta medida.

De nuevo, ella había manifestado un pensamiento que yo aún no me había atrevido a expresar.

—Con mucho gusto hablaré del tema con los habitantes del pueblo en vuestro nombre si no tenéis inconveniente —me ofreció—. Os evitaría tener que ganaros su confianza. La gente de por aquí es muy suya y se no se fía de los forasteros.

Se trataba de un ofrecimiento muy generoso y lo acepté, agradecida.

—Si no es mucha molestia, ¿podría recibir aquí en la abadía a quienes puedan aportar alguna información referente a los niños desaparecidos?

—Me parece algo muy oportuno y conveniente. —Se levantó ágilmente—. Ahora es hora de ir a acostarse, sin duda estaréis muy cansada.

Lo estaba. La hermana Claire me cogió del brazo, me acompañó hasta mi habitación y se marchó después de darme un feliz descanso. La cama tenía una gruesa capa de paja fresca y un buen colchón de plumas, y de pronto fui muy consciente de mi agotamiento después de viajar todo el día. Por muy protegidas que tuviera las nalgas, las consecuencias de montar durante horas se hacían notar; por la mañana, estaría rígida, al menos durante un rato, y todavía me quedaban por lo menos otros dos días de lo mismo.

Junto a la pared había una silla y un poco más arriba un ventanuco por el que entraba la luz de una luna casi llena. Tuve mucho cuidado en evitarla mientras me

sentaba en la silla para quitarme mi calzado cubierto de polvo, no fuera a ser que me trastornara como había hecho con tantos otros. Me quité el velo y el hábito, y me quedé solo con la camisa de lino blanco. Encima de la cabecera de la cama había un crucifijo de plata, como un recordatorio del lugar donde me encontraba, aunque no necesitaba la cruz para recordar el motivo por el que estaba allí.

«Señor, Dios mío —recé, casi con sinceridad—, permite que todo esto no sean más que suposiciones y habladurías».

Me acosté en la cama, me tapé con el hábito, y me dormí profundamente. En algún momento de la larga noche, mi reposo se vio interrumpido por un sueño del perro colgado de la señora Marie, pero ahora se había transformado en Cerbero, el guardián de las puertas del infierno, que me obligó con sus furiosos ladridos a cruzar la laguna Estigia y seguirlo. Comprendí que no tenía otra elección.



El desayuno fue más que abundante: leche caliente, pan tierno, manzanas, y unas peras muy dulces que sacaron de la despensa para agasajarme. La conversación entre nosotras fue muy cándida y amistosa si se tiene en cuenta que apenas si nos conocíamos. Lo atribuí en parte a los efectos de una maravillosa bebida que me ofreció la abadesa, una muy aromática y deliciosa infusión preparada con las hojas de unas plantas traídas de Oriente. La había endulzado con miel para contrarrestar su sabor natural, que a ella le parecía un tanto amargo. A mí me pareció muy agradable al paladar, y disfruté con su efecto tonificante.

—Una bebida poco habitual y mundana —comenté.

Se escuchó el roce de la tela de su hábito en la madera de la mesa cuando estiró la mano para servirme otro trozo de pera en mi plato.

—En un tiempo fui una mujer de mundo —replicó con una cálida sonrisa—. Quiero decir, cuando era joven.

Entonces, me correspondiera o no, le pregunté:

—¿Sois viuda?

—Oh, no. —Soltó la carcajada—. Tomé los hábitos siendo una solterona.

—¿Por vuestra propia decisión?

—No me lo pareció en su momento —contestó después de una muy breve pausa—. Fui prometida en casamiento cuando era una niña, un excelente compromiso en opinión de mi familia, algo muy ventajoso para todos nosotros. Excepto que mi prometido resultó ser el hombre más aborrecible que puso Dios en esta tierra. Una bestia repugnante con los hábitos más despreciables. Hubiese preferido morir antes que traer a sus hijos a este mundo.

¿Era posible que esa sinceridad y el hablar sin tapujos fueran la consecuencia de beber hipocrás a una hora tan temprana? Me dije que no y que seguramente los

efectos de la reconfortante tisana con miel le habían soltado la lengua.

—Entonces, ¿decidisteis que os convenía más venir aquí?

Me sonrió con una expresión conspiradora.

—¿Fue decisión vuestra ir a Nantes?

Era una pregunta muy íntima, planteada sin ambages, y supuse que ella ya conocía la respuesta.

—No —respondí—. Había fallecido mi esposo y mi primogénito es un sacerdote que no podía mantenerme.

—Ah, sí. Cuántas veces ocurre eso. No obstante, encuentro que las hermanas que ingresan en el convento después de haber vivido en el mundo real son mucho más sabias y más útiles que quienes toman el velo cuando son unas jóvenes vírgenes.

No podía estar más de acuerdo con ella.

—Cuando llegué aquí todo esto era mucho menos —hizo un amplio gesto con la mano mientras buscaba la palabra adecuada— cómodo. Mi padre intentaba hacerme comprender las consecuencias de rehusar al casamiento que me había concertado, así que me envió al peor de los lugares posibles. Pero me había educado bien, y no tardé en destacar entre las demás novicias. El convento estaba casi en ruinas; cuando me hicieron abadesa me ocupé de la restauración.

—Un trabajo realmente magnífico —afirmé mientras echaba una ojeada. Las paredes de piedra revocadas se veían impecables, y todas las superficies de madera habían sido aceitadas con mucha diligencia; relucían suavemente y el olor que desprendían resultaba muy agradable. No se apreciaba ni una mota de polvo en los vitrales. Si bien los edificios que albergaban las abadías y los conventos de Nantes eran todos mucho más grandes, no había ninguno que se pudiera comparar con este en mantenimiento y pulcritud. Había utilizado sus capacidades mucho mejor de lo que yo lo había hecho en mi abadía.

—La sumisión y la lealtad me han servido mucho y bien —añadí—, pero cada vez que intento ser inteligente, parece volverse en mi contra.

—Aquí no tengo a ningún obispo que me incordie.

—Ah, muy cierto —exclamé.

—Su Eminencia Jean de Malestroit es un hombre bien conocido por su terquedad.

—Otra gran verdad —murmuré—. Así y todo, me permitió emprender este viaje, a pesar de que iba en contra de su criterio. Claro que si tenemos en cuenta que también es canciller, quizá hizo esta concesión porque podría favorecer a sus intereses, o a los del duque Jean.

—Una explicación lógica —afirmó la hermana Claire. Se inclinó un poco para susurrarme un consejo—. Debéis observarle y descubrir qué impulsa sus acciones en este asunto; así encontraréis la manera de conseguir que os conceda lo que deseáis. En este sentido, todos los hombres, incluso los sacerdotes, son como los maridos. —

Se rió discretamente y añadió—: Al menos es lo que me han dicho, dado que nunca he tenido ninguno.

La abadesa había enviado a una novicia a primera hora de la mañana, mucho antes de que desayunáramos. La joven había ido directamente a la aldea más próxima y junto al pozo, como hubiese hecho cualquier buen pregonero, anunció que yo buscaba información sobre los niños desaparecidos. Era una muchacha del pueblo y resultó ser la mejor de las emisarias posible, porque no había pasado ni una hora cuando se presentó una mujer. A mí me pareció incluso menos, quizá porque la abadesa me sirvió otra taza de su maravillosa infusión, que tenía el curioso efecto de hacer que me sintiera mareada pero no ebria. Creo que había dejado una huella en el suelo de piedra después de varios viajes de ida y vuelta a la letrina, pero me sentía muy animada a pesar de lo penoso de mi misión y recibí a mi visitante con entusiasmo.

—Marguerite Sorin —la presentó la abadesa cuando hicieron pasar a la mujer—. Madame es una doncella. Algunas veces trabaja en la casa unida al convento, y también para varias de las familias más importantes del pueblo.

Madame Sorin me saludó cortésmente y se sentó. La abadesa, mi *soeur en Dieu*, se volvió con la intención de retirarse.

—Madre, por favor quedaos, si os apetece.

Pareció complacida al escuchar la invitación, y volvió a sentarse. Me dirigí a la mujer que había venido para hablar conmigo.

—Madame Sorin, le agradezco mucho su presencia.

La mujer asintió casi con ansiedad.

—No podía dejar de hacerlo después de lo que dijo la joven hermana.

Solo podía imaginar los adornos que la novicia había agregado al pregón.

—¿Tenéis una historia que contarme referente a algún niño desaparecido?

—Sí, madre, así es.

En primer lugar le pregunté el nombre del niño. No tenía mayor importancia, pero me dije que me sería más sencillo imaginármelo si conocía su nombre.

—Bernard le Camus —respondió—. No es, o era, porque mucho me temo que ese sea el caso, un chico del pueblo. Es, era, no sé cómo decirlo, de Bretaña. Vino aquí el año pasado desde Brest, donde vive su familia, para alojarse con el señor Rodrigo. Lo enviaron para que aprendiera francés, porque solo hablaba bretón, y su padre decidió que sería una gran desventaja hablar una sola lengua, y más todavía si era esa. Tenía grandes ambiciones para su hijo, o al menos eso es lo que hemos sabido desde entonces.

—Un padre muy sabio, al menos en esa decisión. —Hablar bretón no le hubiese servido de nada a su hijo si pretendía prosperar—. ¿Qué edad tiene el muchacho?

—Trece años cuando desapareció, según el padre. Vino aquí el año pasado en

busca de su hijo, quizá al cabo de un mes de la desaparición. Por lo tanto, calculo que ahora tendrá catorce, aunque no se me ocurrió preguntarle al padre el día y el mes del nacimiento. El pobre hombre lo estaba pasando muy mal la última vez que hablamos.

Era algo que comprendía perfectamente.

—¿Cómo y dónde conoció al muchacho?

—El señor Rodrigo había contratado mis servicios para que atendiera al chico durante su estancia en el pueblo. Yo iba todas las mañanas para servirle el desayuno, vaciar el orinal, lavar y remendarle la ropa, todas esas cosas que hubieran hecho su madre o su nodriza, y naturalmente nos hicimos muy amigos. Su conocimiento del francés todavía era escaso, pero progresaba rápidamente. Nos entendíamos bastante bien. No tengo hijos, aunque sí muchas hijas, así que para mí fue un cambio muy agradable.

—Da toda la impresión de que habíais llegado a cogerle un gran cariño y que os preocupabais mucho de su bienestar.

—Le cuidaba lo mejor que podía. Pero no podía estar allí a todas horas para vigilarlo. —En su rostro asomó una expresión de profunda pena y remordimiento.

Conocía muy bien aquellos sentimientos e hice todo lo posible por consolarla.

—Por supuesto que no, hija mía. No debéis reprocharos nada. Dios no espera una vigilancia perfecta.

—No es Dios quien lo espera, sino yo —replicó, muy apenada—. Un día vi a Bernard que hablaba con un extraño; tuvo que ser en agosto, aunque creo que hacia finales de mes. Las cigüeñas se mostraban inquietas y se preparaban para remontar el vuelo. Era un hombre de aspecto extraño, aunque *hombre* no parece la palabra más adecuada; era de constitución menuda y con una silueta casi femenina. En un primer momento creí que era una mujer vestida con ropas de hombre, pero, Dios mío, ¿quién haría semejante cosa, excepto en las fiestas y en los torneos, donde a veces es moda entre las personas de alta cuna? Más tarde me enteré del nombre de aquel personaje; se llama Poitou, si bien también me han dicho que ese es el nombre de la ciudad donde nació, que su verdadero nombre es Corrilaut. Me inquietó mucho verle con Bernard, porque me pareció que lo toqueteaba de una manera demasiado amistosa para mi gusto. Y el chico era tan puro, de muy buena naturaleza, y muy complaciente. Le hubiese resultado muy fácil a cualquiera aprovecharse de Bernard. Así que cuando se marchó Poitou, le pregunté al chiquillo: «¿Qué quería ese hombre?».

—¿Y él le respondió...?

—Nada —contestó la mujer, con gran desencanto—. Ni una palabra. Solo que Poitou le había advertido que no comentara con nadie lo que hablaron en el encuentro. Se lo volví a preguntar, con mayor vehemencia que antes, que me dijera de qué habían hablado, pero así y todo, Bernard no abrió la boca. Le advertí que muchas veces los extraños hacen tentadoras ofertas para engañar a los niños y que no



debía creer en grandes promesas, porque casi nunca eran verdad. Una vez más, no me hizo caso y no descubrió nada. No volví a tener otra oportunidad para preguntárselo, porque aquella fue la última vez que le vi.

La abadesa y yo intercambiamos una mirada pesimista.

—¿Cuándo os disteis cuenta de que el muchacho había desaparecido?

—No fui yo quien se dio cuenta, sino el señor Rodrigo. A última hora de la tarde fue a buscar al chico a su habitación y se encontró con que las prendas de abrigo y los zapatos estaban allí, pero ni rastro de Bernard.

Me recliné en la silla y me pregunté en voz alta:

—¿Dónde podría ir un chico sin sus zapatos?

Fue la abadesa quien respondió a mi pregunta.

—¿A qué lugar sino a uno donde le habían prometido darle unos nuevos? Para un muchacho con pocos recursos, un par de zapatos no es un regalo insignificante. — Exhaló un sonoro suspiro y añadió—: Si no eran zapatos, entonces sería otra cosa; se dejó seducir por algo que no podía tener de ninguna otra manera, al menos hasta no labrarse una posición.

Poitou. El nombre sonaba en mi cabeza como una campana.

—Madame, me estáis diciendo que no visteis al muchacho marcharse con Poitou, pero que adivinasteis nefastas intenciones de su parte hacia Bernard. Me pregunto cómo habéis llegado a esa conclusión.

—Fue algo bastante obvio, madre —respondió con un tono más alto—. Por la manera desvergonzada que toqueteaba al chico. ¿Qué otra cosa podría querer de aquel inocente? No puedo más que creer que abrigaba malas intenciones y pretendía hacerle algún daño. Las mujeres nos damos cuenta de esas cosas.

Es así, aunque resulte del todo incomprensible. Insistí con mucho cuidado para no intranquilizarla todavía más.

—¿No creéis posible, madame, que Bernard sencillamente decidiera escapar de casa? Es algo que suelen hacer los chicos a esa edad. Sobre todo cuando son animosos, como parece el caso de este jovencito.

—Todos los que pueden acaban por regresar, madre, después de haberse divertido. Es un mundo cruel cuando uno decide aventurarse solo.

Cuánta razón tenía.

—¿Quizá aborrecía los estudios y no quería enfrentarse con su padre si los abandonaba?

La mujer sacudió la cabeza con mucha vehemencia.

—A menudo hablaba de lo mucho que le gustaban sus estudios. También quería aprender latín. Si el padre tenía grandes ambiciones para él, Bernard no le iba a la zaga.

—¿Podría haber algún otro motivo para su súbita desaparición? ¿No podría ser

que el señor Rodrigo le tratara con crueldad, o fuera demasiado estricto en las normas de su casa?

—El señor Rodrigo es el hombre más bondadoso y cortés de todo el pueblo. Le profesaba un gran cariño y era generoso a más no poder con Bernard, y sufrió mucho con la desaparición del muchacho.

Le formulé unas cuantas preguntas más, sin que ninguna de ellas consiguiera aportar algún dato importante. No llegamos a ninguna conclusión sobre la desaparición del muchacho. Le di las gracias a la señora Sorin por habernos contado su relato, y la mujer se marchó después de saludarnos con mucho respeto.

La entrevista me había agotado. El cansancio debió reflejarse en mi rostro, porque la abadesa se apresuró a ofrecerme un tentempié; sobre todo, otra taza de su infusión.

—También hay galletas si os apetecen —dijo.

Decliné el ofrecimiento.

—Ahora mismo tengo el estómago un tanto revuelto.

—Os aconsejo que aprovechéis para comer y beber algo ahora que tenéis la oportunidad.

—Es que ahora mismo no tengo hambre —protesté.

—La tendréis, o, por el otro lado, quizá no os apetecerá probar ni un bocado.

Acababa de plantearse un nuevo misterio.

—¿Por qué?

La hermana Claire unió las manos.

—Hay algunas personas que esperan para veros.

—¿Algunas personas?

Después de exhalar un suspiro, me dijo cuántas. Me persigné para no desmayarme.

Una nube de humo salió del piso cuando Ellen Leeds abrió la puerta. Sus cabellos eran un desastre y llevaba las mismas prendas que había vestido la noche pasada. La muy hija de puta no se había acostado.

—Buenos días, señora Leeds. Lamento molestarla tan temprano. Pero confiaba en que la encontraría en casa. —Me mostré todo lo simpática y amable que pude.

—¿Dónde se supone que debo ir? No iba a ir al trabajo. Quiero decir, ¿qué pasaría si Nathan intentara ponerse en contacto conmigo, o si alguien lo encuentra y me llama...?

Esta maravillosa actriz seguramente se había leído a fondo *El manual de los niños perdidos*, en la versión publicada por Susan Smith. Asentí comprensivamente ante su doloroso dilema y entré sin esperar a su invitación.

—Quiero preguntarle algunas cosas más sobre su trabajo de ayer, pero primero hay que aclarar otros puntos. Me interesa saber el pacto que tiene con su empleador.

La traducción es: «Quiero comprobar con su jefe la hora exacta de su entrada y salida en el día de ayer».

—Trabajo en la Rama de Olivo.

—Ah. Tiene que ser un trabajo muy interesante. —Se trataba de una muy conocida organización no gubernamental cuyo objetivo era conceder préstamos para crear pequeñas empresas en los países del Tercer Mundo, a partir de la teoría de que cuando la gente pobre comienza a comer todos los días y se hace rica, se vuelve muy pacífica y sus sociedades se estabilizan. Son bastante agresivos a la hora de buscar fondos, hasta el punto de que se habían producido algunas denuncias. Me pregunté si para ella solo sería un trabajo o si había algún tipo de creencia detrás de la elección de sus empleos.

Respondió a la pregunta antes de que pudiera formularla.

—Supongo que algunos de los trabajos son interesantes. Pero el mío se parece más a la televenta. Administro las listas de donantes y superviso el sistema informático que empleamos para introducir los datos de los donantes. No estoy en las trincheras dedicada a enseñarle a las viudas de Etiopía a administrar sus casas. Claro que también tiene sus ventajas, la más importante es que puedo hacer gran parte del trabajo desde casa.

—No obstante, ayer estuvo allí.

—Sí —admitió con un tono muy amargo—. De lo contrario hubiese estado aquí, y hubiese sabido lo de Nathan mucho antes.

Deseaba presionarla un poco más, ver si la podía pillar en alguna cosa, pero era demasiado pronto. Necesitaba mantenerla desprevenida un poco más.

—¿Recuerda a qué hora se marchó ayer, señora Leeds? Estoy intentando

establecer un horario exacto de los hechos ocurridos durante la mañana.

No hizo ningún gesto, no se inmutó, ni pareció alterarse en lo más mínimo por la pregunta.

—No tengo una hora fija para salir de casa porque no tengo que estar allí hasta las nueve y está bastante cerca, no son más de quince minutos en coche, quizá veinte si hay mucho tráfico. Es agradable disfrutar de un poco de soledad en la oficina, puedo hacer muchísimas más cosas cuando no hay gente que me distraiga. Así que por lo general salgo a las ocho. Nathan se marcha un poco antes, así que no tengo ninguna razón para salir más tarde. Creo que ayer salí de casa alrededor de las ocho menos veinte. No lo sé exactamente, pero tuvo que ser alrededor de esa hora. Nathan se había marchado solo unos pocos minutos antes de que yo saliera.

—¿Qué camino sigue para ir al trabajo?

—Salgo del aparcamiento, giro a la izquierda y después a la derecha para seguir por Montana.

Eso era en dirección este. No podía cruzarse con Nathan que iba hacia la escuela. Esto me llevó a preguntarle:

—Si se marchaban más o menos a la misma hora, ¿por qué Nathan iba a pie a la escuela?

—Le gusta —me respondió—. Le da sensación de independencia. Es una suerte para él estar tan cerca de la escuela. Hay muchos chicos que tienen que ir en el autobús, pero a él le gusta ir por sus propios medios. Es un crío con mucha imaginación y muy suyo; está siempre soñando despierto, y cuando va a la escuela no deja de hablar solo y demorarse por el camino. Algunas veces creo que se comporta de una manera muy extraña, pero aparentemente le resulta beneficioso. Y por mi parte quiero que tenga todos los beneficios posibles.

En más de una ocasión les recuerdo a mis hijos, sobre todo a Evan, cuando protestan, las caminatas que me pegaba cuando iba a la escuela en Minnesota. Trece kilómetros de ida y otros tantos de vuelta siempre en medio de la nieve. Algo muy lejos de las tres manzanas bien calientes. Así y todo comprendí lo que quería decirme: es una gran cosa tener tiempo para pensar en tus cosas.

Si ella necesitaba que desapareciera por algún motivo —la historia de Susan Smith apareció de nuevo en mi mente—, ¿por qué no se lo llevó sin más al garaje, le hizo subir al coche, y cometió el delito en algún lugar lejos de la vista pública? ¿Por qué demonios tuvo que recogerlo a plena luz del día y en una jornada laboral?

Comenzó a parecerme que la señora Paulsen se había imaginado algunas cosas.

Estaba un tanto enfadada conmigo por no recordar de mi primera visita si ella llevaba gafas. Cuando abrió la puerta no las llevaba, pero había unas gafas colgadas de un cordón alrededor de su cuello.

—Lamento tener que molestarla de nuevo, señora Paulsen. Quiero repasar un par

de cosas con usted, si es que tiene tiempo.

—No es ninguna molestia, pase por favor. —Me dedicó una sonrisa acompañada por un guiño—. Si hay algo que tengo en abundancia es tiempo. Ahora mismo estaba resolviendo el crucigrama.

Señaló una silla junto a la ventana. Sobre la mesa de centro, junto a los prismáticos, estaba el periódico abierto en la sección de pasatiempos y el grueso tomo de un viejo diccionario que explicaba el uso de las gafas.

—Solo son una o dos cosas que quiero tener bien claras. Si pudiéramos acercarnos a la ventana...

—Ella no le hizo daño, ¿verdad?

Me sorprendió un poco la brusca pregunta. Pero la anciana había tenido tiempo para reflexionar sobre las cosas que le había preguntado y sus propios recuerdos y había llegado a una conclusión lógica, similar a la mía.

—Todavía no puedo decir lo que sucedió, no serían más que conjeturas. Por eso estoy aquí de nuevo. Las circunstancias de la desaparición del chico son un tanto confusas y necesito tenerlo todo bien ordenado. En estos momentos, la señora Leeds no es sospechosa de la desaparición de su hijo.

La anciana señora Paulsen emitió un rápido «ejem» y enarcó las cejas. Por un instante me pareció que se disponía a cotillear sobre la vida y milagros de Ellen Leeds; desde luego su expresión era exactamente de «permítame que le diga».

Hice un esfuerzo para no reaccionar.

—Si pudiéramos acercarnos a la ventana... —insistí.

Caminó hacia la ventana; sus pasos eran cortos pero pisaba muy segura. Me pregunté si alguna vez se aventuraba a salir, o si este apartamento y el edificio eran todo su mundo.

—¿Podría señalarme aproximadamente dónde estaba usted cuando vio a la madre de Nathan recoger a su hijo?

—¿Nathan? No sabía su nombre. Era el segundo nombre de mi difunto marido.

—El mundo es un pañuelo.

—Sí, ¿verdad? Bueno, estaba más o menos por aquí. —Se volvió hacia el exterior. Me puse a su lado y miré a través de la ventana.

—¿Cuándo advirtió por primera vez la presencia del coche?

Pensó durante unos segundos antes de responder.

—No puedo decir que advertí la presencia del coche. Yo estaba mirando a través de los prismáticos y el coche apareció en el campo de visión. La verdad es que no lo vi acercarse al chico. Sencillamente apareció a la vista.

Le señalé los prismáticos.

—¿Puedo?

Los cogió y me los dio. Ya me había olvidado de lo mucho que pesaban. Me pasé

la correa alrededor del cuello —te puedes hacer mucho daño si se caen y te pegan en un pie— y los acerqué a mis ojos. Tuve que ajustar el enfoque.

—¿A partir de qué punto comenzó a seguir a Nathan?

—¿Ve la boca de incendio?

Moví los prismáticos hasta que la enfoqué.

—La tengo.

—Cuenta tres farolas. En aquel punto.

Estaba mucho antes de la zona acordonada. Quedaba casi media manzana hasta el lugar del probable secuestro.

Como si hiciera falta una explicación a su curiosidad, dijo:

—Me gusta mirar a ese chiquillo. Tiene una manera muy curiosa de caminar, y resulta interesante. Toca todo lo que encuentra en su camino, todas las verjas, algunos de los setos... cuando vuelve la cabeza ves que mueve los labios. Creo que canturrea mientras camina.

Aparté los prismáticos y esperé a recuperar la visión normal, luego cogí la libreta y anoté que debía preguntar si Nathan era disléxico. Como mi hijo, que hacía muchas de esas mismas cosas.

—Dice que el coche entró en su campo de visión. ¿De dónde venía?

—Venía de este lado.

Por lo tanto, la puerta del pasajero daba al bordillo.

—¿El chico subió al coche mientras usted miraba a través de los prismáticos?

—Sí. Eso fue lo que pasó. Pero... bueno, quizá no sea más que una tontería, y ni siquiera sé si es importante...

—Todo puede tener un significado, señora Paulsen. Hable con toda libertad y no se preocupe de que alguien pueda creer que sea una tontería.

—Fue un tanto extraño. Él titubeó. Como si no estuviese muy seguro de algo. También vi que perdió la chaqueta. Se le cayó de la mochila.

«Sí, sí, sí...».

—¿Se le cayó y él no la recogió?

—Sí. Se quedó enganchada en las ramas del seto. Ahora que lo pienso, me pareció extraño que su madre no le hiciera recogerla. Claro que los chicos de ahora no valoran las cosas que les compran los padres como hacíamos nosotros. Tenía toda la intención de bajar y dejarle una nota a la madre para decirle que se le había caído. Pero después me olvidé.

Alguien había tenido que aparecer más tarde y la había llevado a puntapiés hasta meterla entre los arbustos, media manzana más adelante. Probablemente otro chico. Quizá el mismo tipo que había arrojado el recibo.

—¿Recuerda alguna cosa más? Por pequeña e insignificante que sea, aunque le parezca que no significa nada.

Se llevó una mano a la barbilla y pensó durante unos momentos, con mucha concentración.

—No, lo siento. Es todo lo que recuerdo. Al menos ahora mismo. Algunas veces me cuesta un poco recordar las cosas. No es como cuando era joven. Entonces tenía muy buena memoria, sobre todo para los números.

Estaba segura de que recordaba su primer número de teléfono, pero no lo que había tomado para desayunar.

—Muchas gracias, señora Paulsen. Ha sido usted una gran ayuda.

—Oh, ha sido un placer ayudarla. Me pongo enferma cuando escucho que las familias tienen problemas. Es terrible cómo están las cosas en estos tiempos.

Hasta el más tonto de los abogados defensores la haría trizas. Pero era un comienzo.

Fred Vuska estaba de muy mal humor; aborrece estas cosas tanto como yo.

—¿Quieres que Frazee se meta en esto contigo? Se lo sacará en menos que canta un gallo.

Spence era nuestro padre confesor; era capaz de hacer que un esquimal confesara que sudaba en unos cinco minutos. Muchas veces presenciábamos sus interrogatorios porque conseguía que la gente deseara tanto descargar su conciencia que a veces confesaban cosas que no habían hecho.

—Todavía no. Estoy intentando ganarme su confianza. No quiero que se espante.

—¿Qué hay del chico? ¿Alguna novedad?

Sacudí la cabeza lentamente. Permanecimos sentados en silencio durante un minuto muy ocupados en mirarnos las uñas.

—Está perfectamente bien y escondido en alguna parte, o está muerto —dije.

—Sí, comparto tu opinión.

—¿Queda algún dinero en el presupuesto para pagarle a un psicólogo? Me ayudaría comprender qué puede motivar a alguien a hacer esto. Entonces podría abordarla y conseguir alguna cosa.

—Hay dinero, y mucho. No lo hemos gastado porque todos esos gurús están ocupados escribiendo libros por un dineral o intentando cazar terroristas. Quizá si lo pides de rodillas conseguirías contratar uno para el año que viene.

—No había pensado en eso.

—Podrías hablar con Erkinen. Sabe mucho de estas cosas.

El psicólogo de nuestro departamento era más conocido por sus despistes que por sus conocimientos, al menos entre la tropa.

—No se me había ocurrido.

—Sí. Es un tipo que está al día. Llámale.

No perdería nada, sobre todo a la vista de la escasez de especialistas en perfiles psicológicos de la posguerra.

—Lo haré, pero mientras tanto buscaré a Ellen Leeds en el ordenador a ver si sale algo.

—Cuanto antes mejor. Me gustaría resolver este caso sin tardanza.

Decía lo mismo en todos los casos y nadie le prestaba la menor atención. Pero esta vez, creo que lo decía de verdad. La inquietud se apodera de la división cuando desaparece un buen chico. A ninguno de nosotros nos gustan las cosas que nos vemos obligados a pensar, pero considerar todas las posibilidades es parte del trabajo. Detesto decirles cuáles son las estadísticas de los abusos; son abrumadoras las cometidas por alguien a quien el niño conoce. Eso es lo que los hace tan increíbles, que un ser humano pueda aprovecharse de una posición de confianza tan sagrada. Me refiero a tu propio hijo, al hijo de tu hermana, a tu nieto, o a tu sobrino... ¿qué clase de degenerado tienes que ser? No me costaría tanto entenderlo, bueno, no tanto, si hubiese de por medio problemas de ira o de control de impulsos, porque estos a veces se pueden resolver. Los chicos son muy capaces de pincharte allí donde más duele; los míos lo hacen. Hay ocasiones en las que me cuesta no levantarles la mano. Y eso que soy policía, además de una persona adulta. Hay muchísimas personas que no entienden lo que le pasa a los chicos porque ellas mismas no son adultas cuando los tienen.

Pero para aquellos que establecen una relación de confianza como una manera de acercarse a un chico y después les hacen daño con toda intención, hay un lugar especial en el infierno. Al menos eso es lo que le pido a Dios.

No había tenido mucho trato con Errol Erkinen, el psicólogo de nuestro departamento. Recordaba que se había doctorado en psicología forense y que había escrito unos cuantos libros sobre el tema, pero había olvidado del todo lo amable que era.

—Oh, encantado de hablar con usted, detective —afirmó—. Realmente encantado.

Bien podría haber dicho ansioso. Tienes que estar un poco loco para diagnosticar y emitir un juicio sobre aquellos que cometen actos delictivos realmente demenciales, y si no recordaba mal, Erkinen cumplía con este requisito.

—Todo lo que he hecho hoy ha sido ir a buscar un café de la máquina. Es curioso, he estado muy ocupado durante las últimas dos semanas. Por lo visto, todo el mundo necesitaba hacerme una consulta sobre conductas anormales.

No tuve el valor de decirle que él era la descarga de los muy atareados muchachos del FBI.

—Yo llevaré los bocadillos.

—Perfecto.

Mientras introducía en el ordenador los datos de Ellen Leeds, caí en la cuenta de que no le había preguntado el apellido de soltera. Si no obtenía ningún resultado, la



llamaría para preguntárselo, cosa que seguramente le haría sospechar por dónde iban mis pensamientos. Sin embargo, no resultó necesario. Dejé la hoja impresa en la mesa de Fred.

—A Ellen Leeds la investigaron hace catorce años atrás por un presunto abuso infantil cuando encontraron muerto en la cuna a su primer hijo de ocho meses. La muerte fue atribuida finalmente a causas naturales.

—¿Síndrome de muerte súbita infantil? —preguntó.

—Aparentemente. Según el investigador, ella le dijo que el bebé no se despertó cuando esperaba que lo hiciera, así que se acercó a la cuna y descubrió que no respiraba.

—¿Hasta qué punto es fácil simular un síndrome de muerte súbita?

—No lo sé. El informe del médico forense dice que no había ninguna marca en el cuerpo del bebé. Claro que hubo una mujer de Nueva York que lo hizo en ocho ocasiones.

—Aquello fue en Nueva York.

Puse cara de hacer pucheros.

—Sí, ya sé que te cae fatal ese lanzador tan bocazas que tienen —comentó Fred—. Pero no permiten que los jugadores de béisbol hagan autopsias, ni siquiera en Nueva York. Tienen médicos forenses, lo mismo que nosotros. El caso conmovió al público. Todo el mundo se compadecía de la pobre mujer que había perdido ocho hijos por culpa del síndrome de muerte súbita. Hasta que por fin alguien comenzó a sospechar. Resultó ser que ella disfrutaba con la atención que le dispensaban cada vez que moría uno de sus hijos.

—Me pregunto si no será lo que está pasando en este caso. El chico es demasiado grande para sufrir el síndrome, pero tiene la edad adecuada para que lo pille el coco. Sin embargo, la madre se comporta con mucha discreción. No habla con los periodistas ni aporrea la puerta del alcalde. No parece que esté buscando llamar la atención.

—Quizá se dio cuenta de que se estaba metiendo en un lío muy gordo cuando ya era demasiado tarde.

—En ese caso, tendría bastante con la reaparición de Nathan e inventarse cualquier excusa. Amenazarlo si no le sigue el juego. Puedes hacer que un chico no abra la boca.

—Si aparece, quiero que Spence lo entreviste.

—Yo también.

Cuando volví a mi mesa para recoger el bolso y el arma, parpadeaba la luz roja del teléfono. Mi hija Frannie me había dejado un mensaje. Se había olvidado de llevarse los zapatos de claqué a la casa de su padre y los necesitaba para la clase de la tarde. ¿Podía llevárselos a la escuela de danza antes de las tres?

Me enfadé, pero se me pasó enseguida cuando imaginé cómo sería si ella desaparecía sin más de la faz de la tierra.

El psicólogo del departamento es un finlandés larguirucho llamado Errol Erkinnen. Es atractivo si te gustan los tipos con los huesos a flor de piel y pinta muy nórdica. Su madre era una fan de Errol Flynn, de ahí su nombre aliteral. De todas maneras, lo llamamos Doc. Es muy buen oyente, y le bastó con escuchar los hechos una sola vez para comprender el caso y mis preocupaciones. Nadie lo diría al ver su despacho: era una leonera. Había carpetas y cuadernos por todas partes; no había ni una sola superficie despejada. Las cajas de cartón llenas de expedientes se amontonaban contra una de las paredes. En las estanterías hasta el techo no cabía ni un papel más. Pero nunca tenía ningún problema para aparecer con el papeleo cuando lo necesitábamos. Supongo que tenía una organización mental que la mayoría de nosotros no comprendíamos. Las personas inteligentes son de esa manera. Fue directamente al meollo del tema.

—De acuerdo, lo primero es que, si tienes a una madre que ha hecho desaparecer a su hijo, lo más probable es que te encuentres con algún tipo de enfermedad mental. Una depresión, quizá el síndrome de Munchausen por poderes, pero puede que no sea algo demasiado visible. ¿Recuerdas el caso de la mujer de Texas que ahogó a sus cinco hijos en la bañera, uno tras otro?

—Por supuesto, aunque no había ninguna duda de que estaba loca.

—Sí. Saltaba a la vista, y además se suponía que estaba en tratamiento. Pero su visibilidad la convierte en una excepción. La mayoría lo disimulan. Tendrás que tenerlo presente cuando la entrevistes.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres que sea amable y cariñosa con ella?

—Solo si te da por ahí —respondió con una sonrisa.

Me puse de los nervios.

—Vamos, ya sabes a lo que me refiero.

—Lo sé. Perdona. Quería decir que debes tenerlo presente en las preguntas que hagas y en la manera de hacerlas cuando la entrevistes.

—He leído algo sobre el síndrome, pero no sé gran cosa de él.

—Es un síndrome bastante raro, a pesar de lo mucho que se ha mencionado últimamente en las noticias. En pocas palabras, la madre o la cuidadora —utilizo el femenino porque casi siempre es una mujer, y la mayoría de las veces la madre— disfruta con la atención que recibe cuando tiene un hijo enfermo, así que provoca deliberadamente la enfermedad del hijo para recibir dicha atención. ¿Has visto *El sexto sentido*?

—Sí.

—La niña era envenenada por la madre, y la mujer acosaba al niño para que relatara su historia y de esta manera salvar a su hermanita; aquel era un caso clásico,

ficticio pero muy bien representado, de una madre con el síndrome de Munchausen por poderes. Por supuesto, también hay otros diagnósticos que podrían encajar. La madre puede ser una psicótica, una depresiva, o sufrir alucinaciones. Hay muchísimas condiciones que podrían llevarle a hacer daño o a ocultar a su hijo. Incluso podría darse el caso de que ni siquiera sea consciente de haberlo hecho.

Pensé en lo que me había dicho mientras él se comía el bocadillo.

—Sabes, a mí ella me parece demasiado normal para que sea alguna de esas cosas. Sé que es difícil de decir, pero tendría que haber algunas señales visibles si está loca. Puede que en eso del Munchausen no te des cuenta si no estás muy al tanto, pero otras actitudes tendrías que verlas en su comportamiento, digo yo, vamos.

—No necesariamente. Algunos de los que cometen delitos contra los niños son tipos con un aspecto absolutamente normal. Hay muchísimos pedófilos que se parecen a tu vecino.

Era una verdad como un templo.

—Además no olvides que no la estás viendo en circunstancias «normales». Su hijo ha desaparecido. Es una situación estresante, incluso para una persona que está en medio de un episodio psicótico, incluso si ella es la causante de la desaparición del chico.

—Quizá las cosas vayan por ese lado.

—¿Alguna posibilidad de que el ex esté involucrado?

—Busqué los antecedentes y parece limpio.

—Yo lo entrevistaría inmediatamente. Podrá darte un montón de percepciones muy sutiles, si está dispuesto a hablar. No creo necesario decirte que te ayudará a comprender lo que pasó con la muerte del primero. Con un poco de suerte podrás descubrir si cree que ella lo hizo o no. ¿Está aquí?

—Viene de camino. Llegará dentro de un par de horas.

—Bien. Cuando hables con él podrás verle la cara.

No es que quiera volver a vérsela nunca más. Daniel Leeds tenía en la mejilla una verruga tan grande como para colgarle un tiesto. Me costó muchísimo mirar a cualquier otra parte mientras conversábamos, cosa que hicimos muy poco después de su llegada a Los Ángeles.

Después de haber visto a su ex esposa, que era pequeña y musculosa, jamás los hubiese emparejado. Entró en la recepción como una osa polar embarazada, la piel de un blanco enfermizo, los pliegues de la enorme barriga le desbordaban por encima del cinturón.

Pero era inteligente, se expresaba con claridad con una voz bien modulada, y se le veía muy alterado por la desaparición de su hijo. Antes de entrar en los temas difíciles, necesitaba calmarle y establecer algún tipo de afinidad. Así que después de las cortesías de rigor un tanto forzadas y la expresión de mi solidaridad con sus

problemas, comencé la entrevista con una pregunta que no suele plantear dificultades.

—¿En qué trabaja, señor Leeds?

—Soy científico, especializado en cohetes.

Tuve que hacer un esfuerzo para reprimir la carcajada. El tipo no se parecía en nada a la imagen que yo tenía de un científico.

—¿De verdad? —exclamé, como una estúpida.

—Sí. De verdad. La descripción oficial de mi trabajo es ingeniero de propulsión de cohetes. La compañía para la que trabajo desarrolla sistemas de propulsión para armas y aviones de alta tecnología. Los militares son nuestros principales clientes.

—Supongo que debe de estar muy ocupado en estos días.

—Lo estoy.

—¿Tienen otros clientes para esa clase de cosas?

—Lamentablemente, los tenemos.

—Tiene que ser un trabajo muy interesante, y estoy segura de que...

—La verdad es que no puedo hablar de mi trabajo con usted, detective. Hay temas de seguridad de por medio, y las disposiciones de nuestros contratos con el gobierno me prohíben revelar nada de lo que hago.

Se acabaron las preguntas seguras. Me ceñí al caso; no tenía mucho sentido esforzarme en conseguir una mejor relación. Ya habíamos aclarado en una conversación telefónica que él estaba trabajando en Arizona cuando habían secuestrado a Nathan. Con las medidas de seguridad que seguramente tenían en su empresa, casi parecía una ofensa corroborar su declaración. Lo haría, por supuesto, pero no era una de mis prioridades.

—Hábleme de su relación con Nathan, señor Leeds.

Se incomodó un poco, aunque no pude decidir si la silla era demasiado pequeña para su mole, o si la pregunta le había inquietado.

—No le veo con la frecuencia que desearía, por supuesto. Intento mantener una relación que funcione, ser un padre activo y todo eso, pero es difícil desde tan lejos. Es un chico maravilloso. Le echo mucho de menos.

—¿Han tenido algún problema últimamente? Sé que los chicos y los padres pasan en ocasiones por momentos difíciles por mucho que se quieran. A mí me pasa.

—No, nada digno de mención. Le va muy bien en los estudios, todavía es bastante respetuoso, aunque ya comienzo a ver las señales de que está entrando en la adolescencia, así que eso puede cambiar muy pronto.

Sonreí mientras pensaba en Evan y sus respuestas que a veces se pasaban de la raya.

—Es probable. Claro que se puede solucionar si te aplicas.

—No puedo decir que haya notado nada en concreto. Nos llevamos bastante bien. Claro que la distancia también ayuda. Estoy seguro de que si estuviera con él en las

trincheras todos los días como está Ellen, tendría un par de cosas que decir sobre la cuestión.

Me había facilitado la entrada que estaba buscando.

—También quería preguntarle por su relación con la madre de Nathan.

Exhaló un suspiro de preocupación.

—Supongo que está dentro de lo habitual entre cualquier pareja divorciada. Intentamos no ponernos las cosas difíciles el uno al otro, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Cuál fue la causa del divorcio, si no le importa que se lo pregunté?

Titubeó, y después respondió en voz baja:

—Había otra mujer.

Es una verdad como una casa eso de que sobre gustos no hay nada escrito. Que una mujer pudiera haber codiciado a ese hombre era algo que estaba más allá de mi comprensión. Excepto que era muy inteligente, educado, afectuoso y muy buen padre. Sin embargo, ninguna de estas cualidades hacían que fuese soportable mirarlo.

—¿Hay algún rencor entre ustedes dos por ese tema?

—Lo hubo al principio, pero cuando lo nuestro se desmoronó, ella ya estaba bastante harta de mí. No sé si todavía le ronda por la cabeza. Han pasado casi diez años desde que pasó, y ambos hemos madurado mucho desde entonces.

—¿Ha estado en Arizona durante todos esos años?

—No, me fui allí hace cinco. Alejarme de Nathan fue una decisión difícil, pero la oferta era demasiado buena.

—¿Mantiene un contacto regular con Ellen?

—Más o menos. Ella me mantiene informado de sus actividades; él no dice gran cosa, supongo que por ser como es. Es un chico bastante atolondrado.

Su madre había dicho «soñador».

—Esa es la impresión que me ha dado. ¿O sea que sus comunicaciones con Ellen son generalmente agradables?

—Digamos que cordiales. Quiere que tenga una buena relación con Nathan. Es algo que siempre le he agradecido. Es una buena mujer.

—¿Cómo la ha encontrado últimamente?

—¿A qué se refiere?

—¿Le pareció nerviosa o alterada?

—Vamos, su hijo ha desaparecido. ¿Qué...?

—Me refería a antes de ahora.

—Ah. No, en absoluto.

—Tengo entendido que perdieron un hijo por causa del síndrome de muerte súbita.

—Sí, así es. Antes de que naciera Nathan.

—Lo siento mucho.

—Muchas gracias. Permítame que le diga que fue una experiencia horrible.

—Me hago cargo. Cuando pasaron por aquella experiencia, ¿cómo estaba Ellen?

Se movió de nuevo en la silla. Su expresión comenzó a cambiar a medida que comprendía la intención de la pregunta; el tono de su voz se volvió seco.

—¿Qué quiere decir con eso de cómo estaba ella?

—¿Estaba furiosa, inquieta, resignada, cómo?

—Detective, había perdido a su bebé. ¿Cómo se supone que debía estar?

—No lo sé, señor Leeds. Es una experiencia por la que no he pasado, así que intento comprenderla. También me interesa saber cómo aquella experiencia pudo afectar a su reacción en este caso.

—¿En qué le puede ayudar para dar con el paradero de Nathan?

—Bueno...

Se levantó de la silla con un esfuerzo considerable.

—Escuche, si cree que Ellen tuvo algo que ver con todo esto, está en un error. Quiere a ese chico y ha sido una madre fantástica. Quítese de la cabeza cualquier tontería de que ella pudiera estar implicada. No desperdicie mi tiempo ni el de mi hijo. Si es que todavía le queda a él.

Cuando se presentara en el apartamento de Ellen, le diría que le había formulado unas preguntas que le habían sonado como si sospechara de ella. ¿Por qué, oh, por qué, no podía ser como Spence Frazee, que era suave como la seda y sabía todas las preguntas correctas?

## Siete

No tenía ningún sentido dedicar otro día de investigaciones en la parroquia de Bourgneuf, ni tampoco consideraba necesario buscar nuevos testimonios de niños devorados por demonios desconocidos en otras parroquias. Entre Bourgneuf y los otros pueblos que había visitado, había recogido toda la leña que necesitaba para encender una gran hoguera, así que después de otra noche de delicioso descanso, emprendí con la primera luz del día el viaje de regreso a Nantes. El acicate de la aventura que había hecho tolerable el viaje, al menos hasta cierto punto, había desaparecido, reemplazado por la urgencia.

No encontré a ningún bergante por el camino, ni siquiera el más osado de los truhanes se hubiera atrevido a atacarme; la negra nube que me envolvía era capaz de disuadir de cualquier intento al más desesperado de los violadores. Sin embargo, por mucho que lo negara, sabía que el peligro que me acechaba era muy grande. «El caos reina por doquier —me había escrito mi hijo en una de sus cartas más pesimistas—; nunca sabemos de un día para otro qué nuevo duque o barón se presentará para exigir que su supuesta propiedad de un territorio usurpado sea legitimizada con una bendición».

La situación había mejorado en el sur durante el último año pero continuaba revuelta en el norte; éramos una presa fácil para los ingleses, que naturalmente preferían atacar Normandía y Bretaña, que las tenían a un tiro de piedra, a desperdiciar armas y provisiones en una larga marcha hasta Provenza, a pesar de que el clima era mucho más benigno en el sur. Cuánto más placentero resulta recorrer la campiña, cuando el aire tibio te acaricia la piel como los dedos de un amante, que hacerlo bajo la lluvia que te azota y te pincha con mil alfileres. El duque Jean, ya fuera gracias a su sabiduría o a su valor, no sé cuál de los dos, se las había arreglado para mantener a los ingleses a raya en Bretaña gracias a una endeble alianza, cuyos términos parecían cambiar todos los meses, para indignación de Su Eminencia cuando llevaba su sombrero de estadista.

Quizá por obra de los constantes reajustes del acuerdo gozábamos de mejores circunstancias en Bretaña que en la propia Francia. Pero incluso una paz relativa podía plantear dificultades que nadie imaginaba; como prueba, teníamos el problema de las compañías libres. Con las guerras en suspenso, al menos por ahora, los caballeros y otros hombres de armas cuya misión era servir a sus señores, se dedicaban ahora a vagar por los campos en busca de víctimas a quienes robar, con la ilusión de que el botín fuera suficiente para permitir la subsistencia de la compañía. Tal era la ironía de la paz.

Apenas si se podía distinguir entre soldados y bandidos, tan borrosas se habían vuelto las diferencias. Mis propios compatriotas no habían tenido más éxito a la hora

de eliminar la sed de sangre de sus almas que los despreciados ingleses — amenazaban a los niños, a los ancianos y a los enfermos, a cualquiera que no llevara un arma— y perpetraban actos tan vergonzosos que hubiesen hecho llorar a Dios. En su último delirio, mi marido, Étienne, había hablado de cosas que nunca me hubiese dicho mientras estaba en posesión de su sano juicio. Había visto cómo encadenaban a los hombres y los asaban mientras obligaban a las mujeres y a los niños a presenciar el terrible espectáculo, cómo les arrancaban los dientes uno a uno hasta dejarlos desdentados, las torturas y las mutilaciones de los inocentes, unas atrocidades que resultaba imposible creer.

Ahora, como si no hubiesen tenido bastante con aquellas torturas, los inocentes que quedaban habían comenzado a desaparecer. Al parecer las desapariciones habían comenzado hacía algún tiempo, delante mismo de nuestras miradas y, sin embargo, inadvertidas.

Llegué a la abadía a última hora de la tarde y devolví mi burro a nuestro pequeño establo. Me despedí de la bestia con cariño; había sido una fiel compañera, siempre dispuesta a escuchar sin poner nunca la menor objeción. Le di las gracias por no haberme sacudido mucho en el viaje de regreso a casa y la recompensé con un puñado de hierba fresca.

En los campos detrás del establo, los jóvenes hermanos con las mangas dobladas y las novicias con los velos recogidos, se afanaban en plantar las simientes de primavera. El hermano Damien estaría supervisando estos trabajos y, de acuerdo con su costumbre, iría de uno en uno para darles instrucciones precisas sobre el mejor método para plantar la simiente de una determinada planta. Más adelante, cuando las plantas estaban bien avanzadas y comenzaban a dar las primeras muestras de su abundancia, podías tener la seguridad de que le encontrarías rondando alguna de sus plantas favoritas a las que susurraba palabras de aliento como si fuese algún brujo o hechicero, o mejor todavía, una madre. Algunas veces me preguntaba si el hermano sería capaz de comerse el fruto de estas pequeñas hijas suyas, a las que había mimado con tanto placer.

«Además, se comen a los niños...».

Como ocurría siempre que estaba en el huerto, su humor era plácido y feliz, muy diferente al mío, que en la secuela de mi viaje, estaba dominado por las más oscuras tribulaciones. La cálida sonrisa con la que me recibió fue como la miel para una garganta dolorida, y me dio un gran consuelo.

Se limpió las manos de los restos de tierra negra y se bajó las mangas.

—Madre, no os esperábamos hasta mañana o pasado —dijo—. Me alegra ver que habéis vuelto. Su Eminencia ha estado muy irritable durante vuestra ausencia.

Experimenté una pecaminosa satisfacción al escuchar que me había echado de menos, aunque no me gustó saber que Jean de Malestroit se había sentido



incomodado.

—Yo también me alegro de estar aquí —manifesté, con un tono de cansancio.

—¿Habéis encontrado alguna dificultad que os ha hecho anticipar el regreso?

—Solo una —respondí—. La de haber tenido demasiado éxito en tan poco tiempo. No vi ningún motivo para no regresar inmediatamente, máxime con la Paz tan cerca.

No hizo más comentarios. Cogió la pequeña bolsa donde había llevado lo mínimo imprescindible para el viaje y me señaló la abadía. Caminamos lentamente hacia el edificio, cogidos del brazo.

—Naturalmente comunicaréis vuestras noticias a Su Eminencia ahora mismo.

—Naturalmente.

—A juzgar por el humor de nuestro obispo los asuntos de Estado no pasan por un buen momento.

—Entonces, mucho me temo que solo aumentaré aún más sus preocupaciones.



—Once —le dije a Jean de Malestroit—, y con Bernard le Camus, tenemos doce. En un plazo de dos años, y solo en los alrededores de Bourgneuf. Eso sin mencionar las historias que escuché en el viaje de regreso.

No quise seguir; me pareció que no era necesario con tanto para informar después de una sola visita. Esperé ansiosamente una respuesta, pero permaneció callado.

—Es algo que no se puede pasar por alto —insistí.

Después de una larga pausa que atribuí al deseo de reflexionar sobre el tema, contestó:

—Una vez más me has dado algo a considerar. No es que me falten preocupaciones. Dime, Guillemette, tú has hablado con esas personas, ¿te ha parecido que sus quejas eran sinceras?

Casi me quedé muda del asombro.

—Sí, Eminencia, estoy segura, y no se me ocurre ninguna razón para que unas personas tan dispares conspiren para inventar las historias que he escuchado. Haría falta mucha cooperación y mucha más imaginación de la que seguramente tienen dichas personas.

—¿Qué considerarías como una respuesta apropiada a sus quejas?

Por todos los santos, ¿en qué estaría pensando? Semejante decisión no podía ser tomada por alguien como yo. El propósito de mi viaje había sido el de recoger la información suficiente y necesaria para obligarle a actuar. No había olvidado que solo me había dado el permiso para el viaje a regañadientes, pero ahora el desinterés de Jean de Malestroit parecía tan absoluto que comencé a sentirme un tanto molesta. Contuve la lengua; quizá había algo más que había pasado por alto. Por naturaleza,

no era un hombre encallecido o poco caritativo.

—Es evidente, Eminencia —respondí con voz contenida—, que alguien tendría que investigar cada una de esas desapariciones para determinar si existe un vínculo común en todas ellas. Haría bien en elegir a una persona de mente despierta, alguien en quien se podría confiar que encararía el trabajo con entusiasmo.

—Sí, bueno, no me parece que tenga a mi disposición en este momento a un exceso de personas de mentes despiertas y entusiastas para encomendarles el trabajo.

—Solo hace falta una —señalé, y después me lancé sin más—: Dado que soy yo quien se ha encargado de poner en marcha toda esta investigación, me parece lo más lógico y correcto que sea yo quien la conduzca hasta su final.

—Guillemette, eres una mujer. Además, eres la abadesa. Sería la actividad más inapropiada dada tu posición.

—Quizá, pero nadie más tiene la pasión que se requiere para sacar esto adelante.

—Tu pasión bien puede ofuscar tus pensamientos. Necesitamos a alguien más imparcial, quizá...

¡Qué desesperante! *Su Eminencia da, Su Eminencia quita.*

—Creo que mi profunda dedicación me permitirá una gran claridad en este tema. Considero que la capacidad para comprender este tipo de situación representa una ventaja que supera con mucho los beneficios de la imparcialidad ignorante.

A la vista de que no había conseguido disuadirme con la razón, pasó a recordarme mis obligaciones.

—No puedes prescindir de tus tareas en la abadía para encargarte del trabajo.

—Pues yo diría que hay muchas manos desocupadas que solo esperan hacer lo que sea.

—De acuerdo. Yo no puedo prescindir de tus servicios.

—Entonces organizaré mis investigaciones de forma tal que no tengáis que prescindir de mí.

Las comisuras de sus labios amagaron un apenas visible movimiento hacia arriba.

—Muy bien. Si quieres continuar con tus investigaciones con mayor ahínco, entonces tienes mi consentimiento.

Quería su bendición, pero con el consentimiento me era suficiente.

—Le encomendaremos tus tareas habituales a la hermana Hélène —dijo—. Es muy competente y desea una oportunidad para ascender. Ella ocupará tu lugar.

Siempre quiere ser quien diga la última palabra. Jean de Malestroit vio la expresión preocupada que nubló mi rostro y se apresuró a explicar:

—Por supuesto, ella no te reemplazará, y todos sufriremos con tu ausencia. Puedes estar tranquila, el cambio solo se mantendrá hasta que hayas acabado con el trabajo que has emprendido. Cuando acabes con tus investigaciones, estaremos muy contentos de tenerte de nuevo con nosotros.

—Entonces, con vuestro permiso, comenzaré inmediatamente.

—Ay, Guillemette, no tengas tantas prisas. Sería mucho mejor que esperaras hasta después de la Paz —replicó—. Después de todo, te necesitaré, como siempre te necesito.

Para que me esté de pie contra la pared durante los preparativos, una de mis tareas tan necesarias.

—Por supuesto, Eminencia. Me parece muy conveniente.

Podía ser cualquier cosa menos conveniente.

Fue así como la semana más sagrada de nuestro año comenzó a parecerme la más larga. Estaba desesperada por poner manos a la obra, pero no podía hacerlo: había que fomentar la religiosidad, una ardua misión en una parroquia tan grande como la nuestra, donde muchos de los feligreses se beneficiarían mucho más de una buena comida que de otra bandeja de alimento espiritual. A pesar de su riqueza y prosperidad, Nantes contaba con un gran número de pobres, personas machacadas por las constantes guerras y los impuestos que se les imponían sobre sus míseras ganancias.

El Viernes Santo se abatió sobre todos nosotros como una tremenda oleada de dolor para después retirarse rápidamente gracias a la gloriosa influencia de la Resurrección. La Pascua había llegado temprano, antes de finales de marzo, así que en el aire ya se olía la primavera cuando marchamos en procesión hacia la iglesia. A lo largo del camino, los fieles se amontonaban en los laterales de las calles que eran ríos de fango, muchos de ellos con los pies envueltos en harapos como único calzado, todos ellos con la ilusión de ver al obispo y a su séquito con toda la gloriosa pompa y dignidad del sagrado desfile. Los zapatos que calzaban algunos de los mirones acabarían empapados y se volverían duros como el hierro cuando se secaran. El suelo de piedra del santuario quedaría cubierto con grandes terrones de tierra cuando se acabara el servicio, y ahora le tocaría a la hermana Hélène ocuparse de que lo limpiaran.

El santuario ya estaba abarrotado de feligreses vestidos con sus mejores prendas, que solo sacaban de los arcones para estas ocasiones. Por supuesto muchas de estas prendas tan estimadas por sus propietarios se veían raídas y anticuadas, y seguramente los servicios de madame Le Barbier hubiesen sido de gran utilidad para la mayoría de los asistentes. Miré entre la multitud para ver si ella había hecho el viaje desde Machecoul, pero no la vi.

A pesar de la desesperación y la pobreza que afligían a la mayoría de estas personas, todas rezaban con grandes esperanzas: se trataba de un día de renovación, de renacimiento, cargado con la promesa de la primavera. El aire tenía una frescura que no parece tener en ninguna otra época del año. El sol era débil pero brillante y nos tentaba con la dulce tibieza que vendría. Los pájaros cantaban como si Dios

mismo hubiese tocado sus gargantas.

Nosotros también teníamos nuestras aves tocadas por Dios en el balcón al fondo de la iglesia, aunque todas eran humanas: niños y hombres para ser más precisos. Algunos de ellos poseían voces que bien podrían haber sido robadas a los ángeles. Cerré los ojos y me sumergí en su canto sagrado.

*Kyrie eleison, Christe eleison.*

*O Domine, Jesu Christe, rex gloriae, libera animas omnium fidelium de funtorum, de poenis inferni, et de profundo lacu.*

Me dejé llevar por la dulce melodía. Sin embargo abrí los ojos sorprendida cuando se escuchó una voz solista. La había escuchado infinidad de veces antes.

*Hostias, te preces tibi Domine, laudi suferium, tu suscipe, animas iras...*

—Por todos los santos... —murmuré.

*Quarum hodie, memorian, et jus...*

Tenía al hermano Damien sentado delante mío; le tiré suavemente de la manga. Al parecer, había perturbado un momento de profunda plegaria, porque se volvió para mirarme con una profunda consternación. Le señalé el balcón.

—Mirad, en el coro.

Acercó una mano a la frente a modo de visera para protegerse los ojos del sol que entraba a raudales por el rosetón trasero.

—¡Dios sea alabado! —exclamó—. ¡Buchet! Pero... ¿por qué no está en Machecoul? —Me miró dominado por el mayor de los asombros—. El duque ha conseguido robárselo a mi señor Gilles.

No parecía muy probable.

—Habría que preguntarse con qué medios. Mi señor y Buchet han compartido más de un pellejo.

—Pues ya no, por lo que parece.

André Buchet era famoso incluso más allá de las fronteras de nuestra región; era joven, apuesto, y poseía una voz que hubiese sido una afrenta a Dios en su perfección de no haber sido que se la había dado Dios y que Buchet la utilizaba por encima de todo para alabar la gloria de su Creador. Gilles de Rais le había escuchado cantar un día en la parroquia de Saint-Étienne, que era de su propiedad, y se lo llevó inmediatamente para unirlo al coro de su nueva capilla de los Santos Inocentes. El concierto del día que se abrió la capilla al culto fue algo sencillamente extraordinario y se repitió en varias ocasiones, aunque nunca se consiguió que fuese idéntico, ni siquiera con los mismos músicos y cantantes; aquel había sido algo único y muy especial. Buchet había sido un chiquillo en toda su inocencia. Ahora, después de haber sido mimado con todo tipo de ventajas, se había acostumbrado a que le dispensaran el mejor de los tratos y eran famosos sus arrebatos de cólera cuando las cosas no eran exactamente de su agrado.

Durante mucho tiempo la colectividad religiosa se había sentido escandalizada por la manera que mi señor malcriaba al chico. René de la Suze había protestado por los derroches que hacía su hermano para que el muchacho disfrutara de una vida de lujo.

«Las buenas tiples son escasas y se deben mimar», había manifestado mi señor en su defensa.

«Son todavía más difíciles de mantener y por lo tanto un desperdicio —había replicado su hermano—. Crecen y sus voces se profundizan».

No había sido este el caso de Buchet.

—¿Qué edad le daríais ahora? —le pregunté al hermano Damien—. Unos veintidós.

—Todavía canta como lo hacía a los doce.

No se trataba de ninguna exageración. Me pregunté si lo habían convertido en un *castrato*. De ser así, quizá incluso había sido por propia voluntad. Era una decisión que tendría que haber tomado muy temprano, antes de que comenzaran a notarse los cambios de la adolescencia.

No debíamos ser los únicos sorprendidos por la presencia de André Buchet, por los murmullos que crecían por momentos a nuestro alrededor. Pero cuando él comenzó a cantar de nuevo, la congregación guardó silencio. El canto fluyó de sus labios como un río de seda; la melodía era dulce, sagrada, misteriosa; nos quedamos todos hechizados.

*Libera me Domine, de morte eternal. In die ila tremenda, quando celli movendisunt et terra, dum veneris, judicare seculum, per ignem.*

Entonces se unió otra voz, y otra, y luego más, hasta que todo el coro cantó con una perfección tan exquisita que sonaba como una, excepto por la de Buchet que flotaba por encima de todas las demás. Complacían a Dios en nuestro nombre para librarnos a todos de la muerte eterna, para mantenernos apartados del tormento del fuego. No se escuchó ni una sola tos, ni un susurro, ni un solo lloriqueo de un bebé en el santuario, tan hechizados estábamos todos con la belleza que sonaba en el aire.

Pero en medio de la última cadencia, las cabezas comenzaron a volverse bruscamente. El murmullo de curiosidad parecía haberse originado a la entrada de la iglesia y avanzaba como una ola al ritmo marcado por los pasos de un hombre. Nos encontrábamos muy cerca del altar, así que no podía ver qué o quién había provocado la conmoción. A todo lo largo del pasillo central, se sucedían los gestos de asentimiento a medida que la pequeña procesión se abría paso entre la muchedumbre.

Cuando llegó a mi altura, al primero que vi fue a un monje con el hábito blanco, se trataba de un tal monseñor Olivier des Ferrieres. Los comentarios tenían su razón de ser, porque era un rufián, con unas creencias indignas, conocido por sus vinculaciones con elementos que sus superiores aborrecían. En más de una ocasión

Su Eminencia había considerado quitarle los hábitos.

—No está adscrito a esta parroquia —me susurró el hermano Damien, sorprendido—. Ni a ninguna que yo sepa.

Me encogí de hombros como una confirmación de mi propio asombro. Me puse de puntillas y estiré el cuello en un intento por ver más atrás. La última nota del canto del coro permaneció un instante más en el aire, con un eco agridulce.

—Dios mío —me escuché decir a mí misma. Mis manos trazaron la señal de la cruz sobre mi pecho dos veces; era algo que siempre hacía cuando necesitaba de la protección divina.

De pronto tuve la sensación de que me ahogaba. El barón Gilles de Rais caminaba lentamente detrás del monje; cada paso titubeante le acercaba al altar. Sobresalía entre aquellos que le rodeaban por una indefinible cualidad de carácter, que estaba más relacionada con su condición de noble y héroe de Francia que con su estatura física. No era un hombre excepcionalmente alto, superaba por poco la estatura media, pero tenía una presencia que reclamaba atención. Sus cabellos oscuros, cortados por encima del cuello de su casaca, resaltaba el blanco lechoso de su piel, que había perdido el bronceado de los campos de batalla. Vestía de rojo, de un tono muy parecido al de la sangre fresca. La expresión de su rostro se aproximaba más a los sentimientos del día de la Crucifixión de nuestro Señor que su Resurrección. A mí me pareció que mi señor estaba muy próximo a las lágrimas.

Nadie esperaba que se presentara allí para celebrar la Resurrección de nuestro Señor de entre los muertos.

—¿Por qué no está en Machecoul, en su propia capilla? —pregunté en voz alta.

—Es libre de rezar allí donde considere apropiado, hermana.

—¿Tiene que hacerlo precisamente hoy, delante de las narices de Jean de Malestroit, cuando todavía existe tanto desdén entre ellos?

Cuando llegó más o menos a la mitad de la nave, se volvió para mirar hacia el balcón del coro, y cuando su mirada encontró a André Buchet, el cuerpo de mi señor pareció hundirse, como si de pronto le hubiera puesto un enorme peso sobre sus hombros.

Allí teníamos la respuesta a la pregunta de su inesperada presencia.

El hermano Damien se inclinó para susurrarme al oído:

—Lo lamento mucho, Guillemette, sé lo mucho que queréis a mi señor. Pero incluso vos tendréis que admitir que es vergonzoso la manera como mira a Buchet.

Desvié la mirada del gran señor que había tenido durante tanto tiempo en mi regazo cuando era un niño y miré al cantante que concentraba toda su atención. El afecto y la tristeza en la expresión de mi señor me inquietó a más no poder.

—*Regardez, mon frère* —repliqué—. Buchet es como una estatua de hielo. Ni siquiera se digna a mirar a mi señor.

Entonces el señor De Rais volvió a agachar la cabeza, como si se sintiera el más desgraciado de los hombres. Se volvió una vez más y continuó caminando por el pasillo como antes, detrás del infame Des Ferrieres hacia el confesionario, un pavo real arrastrado por una comadreja.

«Oh, Guillemette —había musitado mi Étienne con un tono soñador en sus últimos días, cuando no podía hacer nada más que eso—, ¿tendrías que haberlo visto en Orleans! Su presencia no podía menos que dejarnos boquiabiertos. Su armadura era de un negro brillante y se amoldaba perfectamente a su cuerpo. Cuando avanzaba con su corcel blanco, el penacho blanco de su yelmo ondeaba al viento. Era, esposa, tan feroz como bello; sacaba a relucir su naturaleza violenta en cualquier momento, mucho más fácilmente que cualquiera de nosotros. Le vi clavar su espada en el vientre de muchos ingleses, y muy pocos sobrevivieron a su habilidad con las armas. No había en todo el ejército ni un solo hombre que pudiera luchar con tanta bravura como Gilles de Rais».

Fue después de aquella terrible y sangrienta batalla que fue ascendido a mariscal de Francia. Gilles cabalgaba nada menos que al costado de la doncella Juana, ella con su hermosa armadura blanca, él tan espléndido de negro.

«Nieve y carbón —había dicho Étienne—. Cómo dos personas podían ser tan idénticas y al mismo tiempo tan dispares es algo incomprensible».

Mi marido no había sido el único en advertir aquellas notables diferencias y al mismo tiempo su extraordinaria camaradería. La leyenda que rodeaba a cada uno de ellos fue creciendo: Juana, la inocente campesina que había empuñado las armas animada por unas «voces» (que según algunos opinaban impíamente, eran los susurros de unas brujas), y él, la máxima expresión de la mundanidad, con todo el esplendor que le permitía su posición. Ninguno de los dos aceptaba límites a su espíritu y a sus acciones, aunque tal abandono se manifestaba de diferentes maneras. Todo lo que Juana de Arco hacía lo justificaba con la convicción de que Dios le había encomendado y le había dado los medios para unir a Francia y ponerla al servicio del bastardo Carlos; Gilles de Rais no ofrecía justificación alguna, porque no la necesitaba. Había nacido noble y podía hacer a su libre albedrío.

«Estaban completamente locos», afirmaba mi Étienne. A la vista de lo que habían hecho juntos y por separado, no podía ser de otra manera. De todas formas, había una sencilla afinidad entre ellos rayana, inquietantemente, al afecto. Eran inseparables mientras fueron compañeros; incluso se llegó a hablar de «amor».

Sin embargo, Juana de Arco era virgen —Violante de Aragón lo había comprobado personalmente con un examen tan minucioso que se comentaba que la Doncella se había sentido profundamente ofendida y que incluso había sufrido una lesión en sus partes íntimas— y mi señor era un hombre casado sin la menor fama de adúltero. Ni una sola vez había escuchado decir que había llevado a su cama a mujer

alguna que no fuese la señora Catherine; en cambio, sí se decía que no llevaba a su cama a mujer alguna, una afirmación que a mí me inquietaba muchísimo más. La señora Catherine era una mujer hermosa, con una mentalidad radicalmente distinta a la de su esposo. A diferencia de su marido, tan osado y aventurero, capaz de probarlo todo, ella era discreta, bondadosa y cortés.

A Étienne todo aquello le parecía glorioso, tanto que era casi su único tema de conversación referirse a las cosas que había visto. «Qué magnífico todo, qué gallardos éramos, en cuerpo y alma, una enorme congregación de soldados y caballeros, guerreros reunidos por fin en un único ejército. Arqueros, espadachines, infantes y lanceros, todos en orden y dispuestos para el combate».

El ansia de luchar se respiraba en el aire, dijo, fortalecida por el súbito, milagroso, anuncio de que aquel día las tropas recibirían por fin su paga, gracias a las contribuciones de las arcas de muchos nobles, mi señor incluido. Hombres de todas las clases y condición fueron a la batalla precedidos por una mujer que no conocía el miedo: hombres buenos, malos, ladrones, mendigos, padres, hijos y hermanos, entre ellos hombres que conocían los secretos de todos menos los de Dios. También hombres que nunca llegarían a ser gran cosa, dos de ellos de la familia de mi señor: sus primos Robert de Briqueville y Gilles de Sille, una pareja que nunca me había agradado, no como hombres desde luego, ni tampoco cuando eran niños. Tenían muy poco de agradable; ambos mostraban unas características que despertaban recelos, y no era yo la única que lo creía así. Nadie en Champtocé o en Machecoul mostraba el menor interés por ellos, juntos o por separado.

Sin embargo, por muy mal que se hubieran comportado en aquellos dos lugares, los primos no eran más que meras sombras de Gilles. Incluso en la infancia, él parecía llevarlos como perros sujetos con una correa, y nunca nada bueno salió de todo aquello. En innumerables ocasiones mientras él estaba a mi cargo lamenté que Gilles de Rais no escogiera mejores compañeros de juegos entre aquellos disponibles; con mi hijo Michel era de una manera y con los hijos de Briqueville y Sille de otra. Con Michel siempre era un buen chico; con sus primos, se convertía en un bergante, cruel y ladino.

Pero los primos supieron comportarse en Orleans, o al menos eso se dijo; la Doncella era una fuente de inspiración para todos aquellos reunidos bajo sus estandartes, desde el más humilde de los labriegos a los nobles de más rancio abolengo. Qué glorioso era recordarlo; lo orgullosos que estábamos todos, lo complacidos que estábamos de compartir la gloria de mi señor.

—En aquel momento estaba en su plenitud —susurré, sumida en mis pensamientos.

El hermano Damien me miró preocupado.

—¿Qué? —preguntó.



A mí no me había parecido que hubiese hablado tan alto.

—Dije —me apresuré a aclarar con voz temblorosa—, que no parece estar en su mejor momento.

—Dijisteis algo más.

Permanecí en silencio, y luego desvié la mirada, para fijarme de nuevo en mi señor.

Había manifestado sin ninguna intención algo de verdad al encubrir mis palabras: efectivamente no estaba en su mejor momento. Sus hermosas prendas no conseguían ocultar aquello que resultaba evidente en su aspecto. Se le veía tenso y cansado, con un aspecto avejentado que no se correspondía con los treinta y seis años que era su edad real. La multitud no dejaba de apartarse para cederle paso, tanto como una muestra de asombro ante su presencia como una cortesía por ser él quien era en virtud de su posición. La Biblia que llevaba estaba encuadernada en cuero con letras doradas. La empuñadura de la espada estaba recamada con joyas de todos los colores y formas. Pero el portador de todas estas galas era un hombre consumido y agotado, alguien cargado con una angustia indefinible.

Habían corrido rumores de que se había puesto en manos de un joven mago, un desvergonzado rufián que el padre Eustache Blanchet le había buscado en un viaje a Italia. Parecía una pérdida de tiempo hacer un viaje tan largo cuando había tal abundancia de charlatanes por los alrededores, pero, por supuesto, ninguno de nuestros tramposos locales le hubiese parecido tan intrigante a mi señor, que siempre había preferido lo exótico sobre lo mundano.

El mago en cuestión es François Prelati. Los vi juntos en una ocasión en el castillo de Machecoul cuando acompañé a Su Eminencia en un asunto de Estado. A pesar del placer que me producía encontrarme de nuevo en aquel lugar, no pude menos que fijarme en aquel joven que había encontrado un hueco junto a mi señor y casi nunca se apartaba de la posición. Parecía bastante más joven que el barón, tendría unos veinticuatro años, un joven elegante de facciones muy bellas y el cuerpo esbelto. Mi señor lo seguía descaradamente, como un cachorro. Me incomodó verles juntos, porque se veía una intimidad antinatural entre ellos, mucha más de la que Dios permite entre los hombres de honor. Mi señor resplandecía, como si la presencia del tal Prelati le hubiese devuelto la juventud perdida.

Ahora este mismo señor se acercaba a mí con pies de plomo. Me sentí tentada, aunque sin saber la razón, a desviar la mirada; tenía delante a un hombre que casi era mi hijo, y no obstante por algún motivo desconocido, no quería encontrarme con su mirada si se le ocurría mirar hacia donde yo estaba. Pero la tentación era demasiado grande, la atracción demasiado fuerte; le miré sin más, y por un muy breve instante nuestras miradas se encontraron. Vi la luz del reconocimiento —cómo podía nadie no reconocer a su ama de cría— y luego se detuvo durante un momento para mirarme.

Había cariño en su mirada, y su expresión se hizo cada vez más infantil mientras transcurrían los segundos. Fue como si sintiese nostalgia de aquellos años que habíamos pasado juntos. Las miradas de aquellos que le habían estado observando — casi todos— se fijaron en mí también. Mi señor rompió finalmente aquel hilo de recuerdos que nos vinculaba y siguió avanzando, pero aún notaba las miradas de aquellos a mi alrededor. Busqué donde refugiarme y, al descubrir que todos me miraban, volví a mirar al barón.

Ahora ya estaba demasiado lejos para ver mis frenéticos gestos, porque no podía llamarlo; hubiese sido muy poco correcto por parte de una mujer de mi posición, sobre todo hoy que era el más sagrado de los días. «Espera —había querido decirle cuando comenzaba a alejarse—, vuelve a mí, *mon fils de lait*, tenemos que hablar». Ahora era demasiado tarde; de nuevo no era más que alguien de la muchedumbre que miraba fascinada a nuestro señor que marchaba hacia el confesionario.

Miré dominada por una profunda inquietud cómo mi señor y su monseñor importado caminaban hacia la parte delantera del templo. Cuando llegaron al final de la cola de aquellos que necesitaban la absolución, quienes lo precedían se apartaron para dejarle pasar. Él les indicó con un ademán que volvieran a sus lugares en la fila. Muchos de estos labriegos y comerciantes parecían desconcertados y titubeantes; ¿serían castigados por preceder a su señor? Por fin, como si comprendiera sus temores, Gilles de Rais les dijo:

—Volved a vuestros lugares. —Su voz sonó preocupada y carente de toda autoridad—. Esperaré con vosotros, y me confesaré cuando sea mi turno.

Los murmullos sonaron como un enjambre de avispas furiosas por toda la iglesia; ninguno de sus antepasados había tenido nunca tanta deferencia con sus súbditos. El padre de Gilles, Guy de Laval, era famoso por su malhumor en el trato con los clérigos, aunque ni siquiera el barón se podía comparar con el basilisco de su suegro Jean de Craon, y me atrevería a decir que ni siquiera una sucesión interminable de absoluciones incondicionales habría bastado para salvar su alma irredenta.

Muchas veces he lamentado no haber tenido el coraje necesario para reprocharle públicamente antes de que muriera; mi posición en la familia me permitía un cierto grado de impunidad y, por otra parte, el anciano nunca me había tenido el más mínimo aprecio. Su Eminencia tenía a este hombre por un déspota y en secreto le hubiera alegrado saber que a Jean de Craon le había dicho todo lo que se merecía y más para que se entretuviera en su viaje a la otra vida, que seguramente no sería en dirección al cielo.

Pero en este más sagrado de los días sagrados, Gilles de Rais —el nieto, el hijo, él mismo ahora padre, aunque a su hija no se la veía por ninguna parte— no siguió los impacientes pasos de sus antepasados. Esperó con una humildad sorprendente entre las personas más humildes a que llegara su turno para pedir perdón. Resulta difícil

describir el sentimiento que reinaba en el templo mientras el temido y respetado señor de Champtocé, Machecoul y otras muchas propiedades permanecía sentado entre sus siervos y esperaba para manifestar todos sus arrepentimientos al representante de Dios. Me preocupó que aquellos que le precedían se sintieran obligados a abreviar sus confesiones para no hacerle esperar y de esa manera solo conseguir un perdón incompleto; me imaginé los pecados de esas pobres gentes saliendo de sus bocas como enjambres de abejas furiosas.

Pero Gilles no se mostró en ningún momento impaciente o agitado, sino sombrío y apesadumbrado. Cuando por fin le llegó su turno, entró en el confesionario, y monseñor Des Ferrieres ocupó su lugar al otro lado de la reja. Tardaron en reaparecer; mi señor estaba pálido como un fantasma y en el rostro del sacerdote había una expresión muy grave. La penitencia fue sencilla y breve, pero ya se sabe que los pecados de la nobleza siempre son perdonados mucho más fácilmente que las faltas de aquellos que los sirven. Quizá sus transgresiones eran tan terribles que la penitencia solo podía ser simbólica. En cualquier caso, Gilles de Rais no tardó mucho en acabar sus rezos y en levantarse para acercarse al hermano Simon Loisel para recibir la comunión. Se arrodilló con la mirada fija en sus manos cruzadas mientras aguardaba.

Jean de Malestroit, inmóvil como una estatua de hielo, observó cómo Loisel colocaba la hostia en la lengua del mariscal de Francia. El rostro de mi obispo estaba marcado con una dureza que contadas veces veía en él. Era un hombre astuto cuando se le requería, y a menudo mostraba desdén por todos aquellos a quienes habían conseguido aventajar, pero no recordaba haber visto antes una expresión de tanta repugnancia como la de ahora. No pude evitar preguntarme cuáles serían sus pensamientos.

Decidí preguntárselo más tarde, cuando toda la intriga y la excitación provocada por los notables acontecimientos del día acabaran por apaciguarse.

Algo que nunca ocurrió.

Entregué los zapatos de claqué de mi hija puntualmente. Cuando regresé a mi mesa, había una nota. Fred había escrito con su letra pequeña y apretada un nombre, seguido por la siguiente aclaración: abogado de Ellen Leeds. Había subrayado abogado.

Miré el teléfono; la luz roja del contestador no parpadeaba. Por alguna razón, el abogado me había pasado por alto y se había dirigido directamente a Fred. En cuanto me vio entrar en su despacho, dijo:

—Por lo visto tienes un pequeño problema, Dunbar. El tipo llamó hace unos minutos para decir que te olvides de hablar con ella. Amenaza con demandarnos por un tema de derechos civiles después de que, según sus palabras, «detengamos al verdadero autor». ¿Cómo es que no me has dicho nada de que sospechas de la madre? —Ante mi momentáneo silencio, insistió—: Habla.

Le conté todo lo que me había dicho la señora Paulsen y a continuación le expliqué la ambigüedad de la coartada de Ellen Leeds.

—Su ex estaba bastante cabreado cuando se marchó de aquí para ir a su apartamento. Me dijo que estaba muy errada si creía que ella le había hecho algo a su hijo y se largó. El caso es que seguramente hablaron del tema y supongo que él le mencionaría mis sospechas.

—Quizá él también se hacía la misma pregunta —sugirió Fred.

—No lo creo. La defendió con mucho convencimiento. —Me senté—. ¿Sabes una cosa? Hasta hace un rato estaba dispuesta a ponerle las esposas. Ahora me lo estoy pensando. Aquí hay algo que no funciona.

—¿Como qué? Tienes a una testigo que vio cómo el chico subía al coche de su madre, y no está nada claro que se encontrara en el lugar donde dijo que estaba en el momento que ocurrió.

—Sí, lo sé. Pero es que ella no me encaja con el perfil.

—Oh, venga, Lany. Un análisis objetivo de las pruebas. Así es como tomamos aquí las decisiones, no lo olvides.

—Lo sé, lo sé. Pero aquella anciana... no estoy muy segura de lo que me dijo.

—¿Está senil?

—No, no lo parece. Mantuvimos una conversación del todo normal, y se mostró muy lúcida en todo momento. Es en las demás cosas donde podríamos tener problemas. Es una mujer muy agradable y toda una cotilla, con una pinta muy creíble. Una testigo ideal si no fuese por la edad. Supongo que sería carnaza para cualquier abogado si se sienta en el banquillo.

—Si es que llegamos a ese punto.

Casi le escuché el pensamiento: «Al paso que vas, la vieja ya se habrá muerto».

—¿Toma algún tipo de medicación? —preguntó Fred.

—No se lo pregunté.

—¿Por qué no?

—Estoy tratando de ganarme su confianza, y no le puedes hacer esa clase de preguntas a una señora mayor cuando no la conoces de nada. Supongo que lo consideraría poco cortés. Creo que le caigo bien, pero no sé hasta dónde confía en mí de momento.

—Tienes el permiso del público, como su empleada, de ser descortés. En realidad, los contribuyentes cuentan con que lo seas en su nombre. Llámala e interrógala de la misma manera que haría el abogado de la defensa.

—Si está tomando alguna medicación, no me quedaría nada más que la cazadora. ¿Qué quieres que haga con eso?

—Ni puñetera idea. Solo soy el supervisor. Te delego el problema a ti, la detective.

—Entonces supervisa. Dime lo que debo hacer.

Fue como si hubiese estado esperando la ocasión.

—Precisamente creo que aquí tengo algo que te podría llevar a alguna parte. —Se giró en su silla giratoria para coger una caja de cartón de una mesa auxiliar. Volvió a girar y la puso delante.

En el costado de la caja aparecía escrito en letras mayúsculas un nombre: DONNOLLY.

Las gaitas del funeral volvieron a sonar en mi cabeza.

—Vaya, por Dios.

Durante las últimas semanas de su vida, antes de que a Terry Donnolly le reventara el corazón, nos había parecido que estaba estresado, ansioso, y de vez en cuando, deprimido; hablaba incesantemente de largarse. «Ya no puedo soportar los difíciles» era lo único que nos respondía cuando cualquiera de nosotros le preguntábamos por qué.

—Sus dos últimos casos. Ambos están empantanados de momento. Esta tarde les eché una ojeada mientras tú estabas fuera. Lo que los hace tan complicados, y esto fue algo que lo frustró mucho, es que el primer sospechoso en ambos casos era una persona íntima, a partir de las declaraciones de un testigo aparentemente fiable. Lo mismo que en el caso que llevas ahora. Pero las pruebas contradecían directamente lo dicho por los testigos, y Donnolly no tardó mucho en llegar a la conclusión de que esas personas no estaban involucradas. No sabía cómo seguir con la investigación en ninguno de los dos casos. Uno de los padres sabe que ha muerto y no deja de llamar para que reasignen la investigación.

Apoyé una mano en la caja. «Pandora, Pandora —gritaba—, ábreme, ábreme». Fred no parecía escucharla. Tuve la sensación de que el cartón se calentaba, como si

el contacto con mi mano hubiese puesto en marcha algún tipo de reacción química. Aparté la mano. Fred advirtió algo extraño en mi gesto y frunció el entrecejo.

—Mandé a que recogieran todos estos documentos porque me pareció que te ayudarían. Así que más vale que les eches una mirada.

O sea que los habían reasignado.

La nuestra es una división muy grande. Ya tenía bastantes problemas con ocuparme de mis propios casos, como para hacerme cargo de los de los demás. Sabía que Donnolly había estado investigando dos desapariciones, pero desconocía absolutamente los detalles. Los expedientes eran bastante gruesos a juzgar por el peso de la caja. En el último cajón de mi mesa tenía dos archivadores de fuelle de casos anteriores, investigaciones culminadas con todo éxito y con muy buen karma; quizá si metía los expedientes de Donnolly en esos archivadores se les pegaría algo de suerte y las cosas comenzarían a funcionar deprisa.

Los nombres de las víctimas aparecían escritos en la portada y el lomo de cada uno de los gruesos expedientes de Donnolly. Ya era demasiado tarde como para sentarse y leerlos a fondo, pero leí lo bastante de cada uno como para hacerme una idea aproximada. El primer caso correspondía a la desaparición de Lawrence Wilde, un varón caucásico, de trece años, un metro cincuenta y ocho de estatura, y constitución delgada. Cabello castaño claro tirando a rubio, ojos azules, muy pecoso. Se le había visto por última vez hacía cosa de un año cuando subía al coche del hermano de su madre, que, de acuerdo con las declaraciones de tres testigos que se encontraban en la terraza de un café, era conducido por su dueño. El problema residía en que el tío tenía una coartada irrefutable; era un bombero, que estaba de servicio en el momento de producirse la desaparición, y su presencia en el cuartel había sido corroborada por la tarjeta de entradas y salidas, y las declaraciones de sus compañeros. No se había encontrado ninguna prueba física real en el coche del tío, excepto unas pocas fibras de las prendas de Larry. Pero no significaban nada porque el chico había estado en el coche docenas de veces. Convencida de que el tío era inocente, la familia del chico había ofrecido una recompensa a cualquiera que pudiera aportar alguna información válida para dar con su paradero. Se habían recibido miles de llamadas —es algo habitual cuando hay dinero de por medio— pero no se consiguió ninguna pista fiable.

El grueso del papeleo parecía ser el resultado de las entrevistas de Donnolly con los testigos, los familiares y amigos, los compañeros de escuela, los maestros, los entrenadores; había hecho un trabajo exhaustivo. A algunas de estas personas las había entrevistado varias veces, quizá para aclarar algunos puntos, pero también quizá porque Donnolly no quería acabar con su participación en el caso. Es algo que todos hacemos cuando no encontramos nada nuevo que nos permita avanzar; volvemos a los primeros testigos. Algunas veces nos acompaña la suerte, pero en la

mayoría de las ocasiones no nos da más que una sensación de continuar en actividad e involucrados en el caso. Resulta muy difícil dejarlo correr, sobre todo cuando tienes unas ganas tremendas de resolver el caso y no lo consigues.

Advertí la desilusión de Terry Donnolly incluso en esta rápida ojeada. Sabía escribir informes; todo estaba bien claro, conciso y, si era posible, bien documentado. Pero todos los informes estaban marcados con la amarga verdad de que no conducían a ninguna parte.

El segundo caso en la caja de Donnolly correspondía a un chico llamado Jared McKenzie. Había desaparecido sin ninguna razón unos seis meses antes que Wilder. Cuando leí la denuncia de la desaparición, me llevé una sorpresa porque creí que se habían mezclado páginas del expediente de Wilder. Sus características físicas eran notablemente parecidas, con la excepción de que los cabellos de Jared tiraban más a rojo que rubios. Le habían visto por última vez cuando salía del campo de fútbol en compañía de su entrenador, un amigo desde hacía años que pasaba mucho tiempo con la familia McKenzie y que a menudo llevaba a Jared en su coche. Sin embargo, el entrenador afirmaba que el día de la desaparición había regresado a su despacho después del entrenamiento, para recoger unos documentos que necesitaba para una entrevista con un cliente. Una madre había declarado que los había visto marcharse juntos en el coche del entrenador y recordaba la hora exacta porque acababa de utilizar el móvil, que marcaba la hora de la comunicación. Pero el guardia de seguridad del edificio donde el entrenador tenía su despacho verificó que había llegado allí cinco minutos después de la hora mencionada por la testigo. Se tardaban por lo menos diez minutos desde el campo de fútbol al despacho del entrenador. Imposible.

Cómo no iba a tener un infarto Terry Donnolly. No era para menos. ¿Qué podía hacer con cosas como esas?

¿Qué se esperaba que hiciera yo con ellas?

Tres casos donde los íntimos eran los primeros sospechosos y las víctimas sorprendentemente parecidas: todos varones adolescentes blancos, de constitución delgada. Había una relativa falta de pruebas en los tres casos, un indicio que los tres autores habían sido muy cuidadosos.

O que el autor lo era.

Le comenté a Fred lo que se me había ocurrido y le pedí que me diera a alguien para que me ayudara a procesar los datos.

—¿Crees que tenemos entre las manos a un secuestrador en serie?

—Bueno, resulta difícil no pensarlo.

—Todavía es un poco pronto para decirlo.

El beso de la muerte, dado con tanto cariño.

Ahora tenía por delante la poco envidiable tarea de ponerme en comunicación con

unas personas que ya habían sufrido una terrible pérdida, con el propósito de reabrir sus viejas heridas. Los informes de Donnolly eran excelentes, pero quería hablar con ellas personalmente.

Nancy Wilder se sorprendió al saber, cuando la llamé, que Terry Donnolly había muerto, cosa que me evitó la molestia de preguntarle a Fred cuál era la familia que había insistido para que reasignaran el caso, un detalle que no habíamos llegado a tratar.

—Creía que no había ningún progreso en el caso, y por eso no habíamos sabido nada de él en un par de semanas —me dijo cuando le informé de la muerte de mi compañero—. Lamento mucho su fallecimiento. ¿Tenía familia?

—Su esposa y dos hijos.

—Oh, es terrible.

—A todos nos ha afligido mucho su muerte. Le echaremos de menos.

—Tengo que decir que era un detective muy atento y muy concienzudo. Siempre le estaré agradecida por sus atenciones. —Exhaló un suspiro y permaneció en silencio durante unos momentos—. Oh, cielos, todo esto es terrible. Un hombre tan agradable. ¿Se hará usted cargo del caso a partir de ahora?

—Me han encomendado la tarea de aclarar unos pocos cabos sueltos. Hay que revisar los casos de Terry para decidir si hay que cerrarlos o proseguir con las investigaciones. Estoy recopilando la información para que se proceda como corresponda.

Una verdad a medias, y esperaba que a ella le sonara más convincente que a mí.

—Solo quiero escuchar por mí misma lo que tenga que decir. El detective Donnolly era muy bueno a la hora de redactar informes y lo documentaba todo, pero en realidad para mí es importante hablar con las familias. Le pido disculpas por reabrir viejas heridas, y confío en que comprenda que esto es en el mejor interés del caso.

—Sí lo comprendo —respondió la señora Wilder—, y le agradezco las disculpas. Pero no debe usted preocuparse, la herida no se ha cerrado, así que no ha reabierto nada. Nunca se ha cerrado, al menos para mí. El padre de Larry está dispuesto a renunciar, a asumir que Larry está muerto en alguna parte y que nunca lo encontraremos. Yo en cambio, todavía no he llegado a ese punto.

El padre de Larry probablemente estaba en lo cierto, pero es cruel arrebatarse las esperanzas a las personas, máxime si es lo único que les queda. Es algo muy típico en las parejas casadas entrar en un período de dificultades tras la desaparición de un hijo. Siempre hay culpas que se echan el uno al otro, aunque no se haga abiertamente.

—Me gustaría reunirme con usted en su casa, si no le parece mal.

Quedamos que iría a visitarla al día siguiente. Hice el mismo arreglo con la familia McKenzie, aunque la madre de Jarred fue muchísimo menos amable. Parecía



creer que era una molestia intolerable que Donnolly se hubiera muerto de frustración, que hasta cierto punto se lo tenía merecido, que debía haber movido cielo y tierra en su beneficio. Admito que hay algunos de nosotros que cierran casos como «irresolubles» solo para no tener que seguir con ellos, pero Terry Donnolly era de los que seguían hasta el final, y sobre todo si había un chico de por medio. Las presiones se las imponía él solo, y acabó por pagarlo.

Hice algunas discretas averiguaciones sobre otros casos de chicos desaparecidos que llevaban tiempo archivados. Luego copié todos los resúmenes de las entrevistas de Terry Donnolly y los guardé en una carpeta. Evan me esperaba en la acera cuando llegué allí. Jeff Samuels, su mejor amigo y compinche, estaba a su lado.

Arrojó la mochila y la bolsa de deportes en la parte de atrás del coche y después se sentó a mi lado; era puro piernas, brazos y pelo rubio hirsuto. La viva imagen de su padre.

—¿Habéis acabado la práctica más temprano?

—No. Eres tú que has llegado tarde.

Miré mi reloj. Tenía razón.

—Lo siento, Evan. Supongo que tendré que cambiarle de nuevo la pila.

Me incliné hacia él, con la ingenua ilusión de que se olvidaría de la adolescencia lo suficiente como para darme un beso en la mejilla. Aceptó, con los ojos en blanco.

—Oh, venga, vamos, tampoco ha sido tan malo, ¿no? A las viejas nos gusta que nos den un beso de cuando en cuando.

—Mamá, corta el rollo... no eres tan vieja.

Podría haber pasado sin el tan.

—¿Qué vamos a cenar?

—No tengo ni la menor idea. Ya lo pensaré cuando llegemos a casa.

—¿Jeff se puede quedar?

—Por supuesto. ¿Te gustan las cenas sorpresa, Jeff?

—Sí, señora Dunbar.

Frannie y Julia estaban en la academia de baile, donde Kevin había llevado a Julia para que no tuviera que ir a buscarla a su casa. A esta hora habría una mujer en la suya, una más de la interminable serie. A mí no me importaba que cambiara continuamente de pareja, pero no quería que las exhibiera delante de los chicos. Hasta ahora se ha comportado de una forma muy correcta, al menos en ese tema.

No creo que Frannie se pudiera parecer más a mi madre de lo que se parecía ahora; Julia desafiaba absolutamente cualquier parecido. Sin que nadie se lo pidiera, ambas me dieron un beso antes de acomodarse en el asiento trasero y abrocharse los cinturones. Miré a su hermano con una sonrisa de triunfo.

—Son niñas —se defendió—. Se supone que deben besar a su madre.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó Frannie.

—Sí, ¿qué hay? —repitió su hermana.

—Lo que quiera Jeff.

Le hicieron toda clase de sugerencias. Al final acepté un menú de espaguetis con salsa y judías, el clásico menú de los cuatro electrodomésticos: abrelatas, microondas, triturador de residuos y lavavajillas. Después de cenar, Jeff se fue al apartamento de sus padres que estaba en el mismo edificio, y el resto de nosotros nos sentamos a la mesa de la cocina para hacer los deberes, incluida yo. Me quedé dormida durante unos minutos, y cuando abrí los ojos, me encontré a Julia a mi lado, que intentaba leer el informe de Donnolly que tenía delante. Apoyó el dedo en una palabra difícil y me miró con una curiosidad inocente. Se la leí, sílaba a sílaba, como me habían enseñado.

—Per-pe-tra-dor.

La repitió lentamente.

—¿Significa que es una mala persona?

Bendito contexto.

A la mañana siguiente, cuando fui al trabajo después de dormir diez horas ininterrumpidas, había una considerable pila de carpetas sobre mi mesa. En la tapa de la primera había enganchada una nota de Fred, Solo dije: Hummm.

Todos aparecían como casos activos, pero en realidad estaban en conserva, aunque nadie lo admitía oficialmente. Había uno de más de tres de años de antigüedad; después de tanto tiempo, un caso de esta naturaleza es virtualmente imposible de resolver a menos que por un milagro aparezcan nuevas pruebas. Los testigos cambian de domicilio, los recuerdos de los hechos se difuminan. Ninguna de estas desapariciones era especialmente horrible, al menos a primera vista. «Vi detenerse el coche y al niño que subía, y aquella fue la última vez que lo vi a él o (al íntimo en cuestión) aquel día».

Una vía muerta tras otra, excepto por una sorpresa; un caso que había sido «resuelto». Un niño de doce años había sido secuestrado, al parecer por el novio de su madre, un tal Jesse Garamond, que había sido condenado antes por corrupción de menores; los detalles del primer delito no aparecían en el informe. Nunca encontraron el cuerpo del niño, pero Garamond fue juzgado de todas maneras y se le condenó únicamente basándose en el testimonio de un sacerdote que, aparentemente, había visto al hombre y al niño juntos una hora antes de que la madre del niño llamara a la policía para denunciar su «desaparición» porque no había regresado a casa mucho después de la hora prevista.

El delito había sido una violación de la libertad condicional de Garamond, así que lo habían enviado inmediatamente a la cárcel para que cumpliera con la primera sentencia. La segunda la cumpliría a continuación; cuando saliera sería un viejo desdentado.

El caso concitó mi atención por dos motivos: primero, porque era algo muy poco frecuente una condena sin cadáver, y segundo, porque había sido Spence Frazee quien había interrogado al tipo.

Me sorprendió un tanto encontrar a Spence en su mesa porque detesta estar en su despacho. No es un lago ni se permiten las cañas de pescar. Cuando se ve forzado a trabajar allí, se pone inquieto, de muy mal humor, y nadie lo aguanta. En cualquier otro momento, es un tipo muy agradable, y creo que aún seguiría de servicio en la calle si la diferencia de sueldo no fuese tan grande. Todos ganamos mucho más dinero sentados a una mesa que conduciendo un coche patrulla, y no tenemos casi contactos con la escoria del mundo como ocurre en la calle. Esto es algo que tiene importancia en un determinado momento, sobre todo para aquellos de nosotros que tenemos hijos. Siempre tenía la sensación de que debía limpiar mi uniforme y a mí misma antes de ir a mi casa para no ensuciarla con toda aquella porquería.

Dejé la carpeta sobre su mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—El caso Garamond.

—Vaya.

—Bueno...

Spence se había trabajado a Jesse Garamond como un auténtico profesional. Se había ganado su confianza, había establecido una corriente de simpatía, había creado un verdadero sentido de responsabilidad, todas aquellas cosas que nos enseñan para conseguir que un sospechoso hable con toda libertad. Cuando acabó el interrogatorio, había conseguido que Garamond manifestara que le encantaría confesar, eran tantas sus ansias de hacerlo que le hubiese encantado admitir que él había secuestrado y asesinado al hijo de su novia.

«El problema es —había añadido Garamond— que no lo hice. Si pudiera le juro que lo haría, claro que sí. Pero no lo hice».

Por supuesto que todos lo dicen. Pero Garamond fue un paso más allá y reforzó su credibilidad cuando dijo: «Me comeré un marrón por el primero, si me permite la expresión. Aquel por el que me condenaron. Pero no me comeré este. Ahí fuera hay un pirado que no van a trincar porque quieren que sea yo, y harán todo lo posible para cargármelo. Así que algún otro pobre crío acabará pagando las consecuencias porque ustedes tienen al tipo equivocado».

No tenía una coartada porque, a la hora que supuestamente se había producido el secuestro, había estado engañando a su novia —la madre del chico desaparecido— con la esposa de su hermano.

«Eh, un momento, ¿qué se supone que debo hacer? Quiero a mi hermano, no quiero que sus hijos sufran por todo este asunto. Quizá la abandone si se entera de que me la estaba follando. No quiero ser responsable de eso. De ninguna manera.

Prefiero que me condenen».

El honor entre ladrones, o algo así; quizá entre adúlteros. Claro que era un cuento que se había utilizado infinidad de veces antes: «Tengo una coartada de primera pero no la puede usar porque alguien resultaría perjudicado o comprometido», y no le hacías caso. Por lo general, bostezábamos y nos echábamos a reír cuando la escuchábamos.

Sin embargo, Spence no se había reído.

—No lo sé, Lany, aquí hay algo que no encaja. No pillé al tipo por este crimen. Sencillamente no es su estilo. Es un mal tipo, pero no es un pirado de esa clase.

Con la promesa de que guardaría el secreto, Spence había conseguido que la mujer del hermano corroborara la historia. Sin embargo, se negó a presentarse como testigo en defensa de su cuñado, ni tampoco aceptó que consultáramos a su marido sobre el tema. Para que después hablen de la lealtad fraterna.

Spence me devolvió la carpeta.

—Vamos a tomar un poco de aire fresco.

La penitenciaría del condado de Los Ángeles se encuentra en Lancaster, a una hora y media de viaje, a través de la zona de colinas. Unos noventa kilómetros, pero la mitad del tiempo lo empleas en recorrer los primeros quince kilómetros. La segunda mitad del viaje es en plan turístico, pero primero tuvimos que pasar entre una selva de vallas publicitarias. Algunas veces pienso que Los Ángeles es un museo de vallas publicitarias donde periódicamente renuevan las exposiciones. Cuando ya te has acostumbrado al último y más pretencioso de los carteles, aparece otro para reemplazarlo.

Spence conducía un coche sin identificaciones; yo iba en el asiento del acompañante. Teníamos sintonizada la emisora de la policía, y yo intentaba escuchar las conversaciones por encima del ruido del ventilador del aire acondicionado. Estaba totalmente absorta en aquella mezcla de voces y descargas estáticas cuando un cartel nuevo llamó mi atención. Un fondo negro y una espada corta color plata con la empuñadura enjoyada en los principales elementos del diseño. Con letras góticas estaban escritas las palabras allá se comen a los niños. Un líquido rojo sangre — probablemente unos cuantos litros de sangre de utilería— chorreaban de las letras.

—Mira aquello —le dije a Spence—. Maldita sea. Ahora utilizan efectos especiales hasta en los carteles.

Spence agachó un poco la cabeza para mirar la valla publicitaria.

—Ah, sí, la vi el otro día. Precisamente lo que necesitábamos, otra película de locos asesinos para que los psicós se dediquen a imitar en los ratos libres.

Detesto admitirlo, pero esa clase de cosas siempre me han llamado la atención. Hubo un tiempo, antes de que se pusiera de moda emular los crímenes que aparecían en algunas de estas películas, era una aficionada a las películas de terror. No sé

explicar por qué me gusta sentir miedo, pero así es. Seguí el cartel con la mirada mientras pasábamos en medio del tráfico de media tarde, que ya era lo bastante intenso como para permitir contemplarlo a placer. Se me puso la carne de gallina.

—El líquido rojo seguramente cae a través de una manguera, va a parar a un recogedor instalado donde están sujetas las luces, y allí deben de tener instalada una bomba eléctrica que mantiene en funcionamiento el circuito.

Spence se limitó a sacudir la cabeza y a exhalar un suspiro.

Tuvimos que entregar las armas a un guardia en la entrada de la cárcel. No me gusta nada hacerlo, sobre todo cuando entro en un lugar que está lleno de criminales. El arma te pesa horrores en la cadera, pero también te consuela el saber que está allí cuando aparece una mano entre los barrotes para apretarte el cuello hasta estrangularte.

Garamond nos esperaba en uno de los cubículos abiertos que ofrecían un agudo contraste con las jaulas de alta seguridad, donde el contacto estaba limitado al teléfono.

—Debe ser un preso modélico —murmuró.

—Seamos amables, no vayamos a liarla —replicó Spence.

Jesse Garamond vestía el mono de color naranja brillante que es tan fácil de distinguir en el mundo exterior, donde nadie vestiría de ese color ni muerto. Llevaba unos tatuajes bastante espectaculares que parecían recientes. Se había recogido los cabellos en una coleta, y en una oreja llevaba un gran pendiente de oro. Me pregunté cómo era que aún no se lo habían arrebatado. Se había dejado crecer el bigote hasta el punto que casi le tapaba la boca. Sonrió al ver a Spence.

—Tío, dentro de poco serás como de la familia.

—¿Cómo te va, Jesse?

—Bien, no me quejo. No me trato mucho con nadie así que me dejan tranquilo. Estoy escribiendo una novela, sabes, y necesito paz y tranquilidad. Los colegas no quieren que escriba nada malo de ellos, así que me dejan a mi aire.

—Eso es muy interesante —opinó Spence.

Jesse no se dejó engañar.

—A qué se debe esta visita inesperada, no es que me importe tener compañía, sobre todo cuando te has marcado el detalle de traerme a una señora para que la mire.

—La detective Dunbar está trabajando en un caso similar al tuyo, y quiere hacerte unas cuantas preguntas —contestó Spence.

—¿Sí? ¿Soy un sospechoso? Porque si lo soy, quiero a mi abogado.

Sonrió al ver nuestras expresiones. Un diente de oro brilló en un costado de la dentadura. Me dio un repaso lascivo; me pareció algo siniestro. Luego su expresión se volvió dura.

—No me vengas con la gilipollez de que estás trabajando en un caso similar. Lo

que quieres es que te diga si me cargué al chico para poder dormir tranquilo, y nada más, tío. No malgastes tu tiempo ni la pasta de los contribuyentes. No lo hice. Te lo dije mil veces, y te lo diré de nuevo. Estás sentado, así que allá va: yo no maté a aquel chico. Cometí el primer delito, pero no soy un asesino de niños. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Tienes mucha jeta para venir aquí detrás de unas faldas y soltarme todo ese rollo de mierda. Ahora, escúchame, ¿por qué no mueves el culo, vuelves a la calle y encuentras al tipo que lo hizo de verdad? ¿Sabes a qué me refiero? Sé productivo. Gánate mi respeto.

—Señor Garamond —le interrumpí.

—Puede llamarme Jesse, guapa. Y no pierda su tiempo con preguntas sobre los otros casos. Me tienen aquí dentro, no lo olvide. Así que no puedo ser yo, y tampoco me interesa saber nada al respecto.

—Señor Garamond —insistí—. Sé que ya mantuvo una larga conversación con el detective Frazee sobre su caso, pero quiero preguntárselo una vez más. ¿Hay algo que quizá olvidó decirle en aquel momento? Sé que fue un período muy difícil para usted. Tanta tensión a veces hace que olvidemos cosas.

—No me olvidé nada. Le dije al señor detective aquí presente todo lo que sabía sobre lo que pasó. Estaba con la mujer de mi hermano. Ella se lo dijo. Ahora tengo que cumplir condena por algo que no hice solo porque no quiero que haya problemas entre mi hermano y su mujer.

—Es muy admirable de su parte —afirmé—. Pero seguramente ya debía haber problemas entre ellos si usted se acostaba con su cuñada.

—No, qué va. Me la tiré unas cuantas veces como un favor cuando él tuvo que ausentarse de la ciudad durante un par de semanas para ir a esa mierda de entrenamiento para los reservistas. No lo entiendo, se va y deja sola a la parienta y a los hijos. Ella se sentía sola, eso es todo. Yo solo se la estaba cuidando.

—Por lo que se ve, quiere mucho a su hermano.

—Sí, tendrían que reducirme la condena por eso.

—Ya lo estás haciendo bastante bien —intervino Spence—. La última vez que vine te tenían en una de las jaulas.

—No es lo que cree —replicó. Miró furtivamente en derredor para comprobar si alguno de los otros presos estaba lo bastante cerca como para escucharle—. Le estoy diciendo a los tipos de aquí que me volvieron a enchironar por saltarme la condicional. La mayoría de estos tíos no tienen ni puñetera idea de lo que pasa en el exterior. Pero entonces llegó un pintas por estafa, y el tipo es aficionado a los periódicos. Aquí la mayoría usan los periódicos para forrar el váter. Pero este los lee. Me recordó inmediatamente de los periódicos. Comenzó a contar historias de la sentencia y toda la pesca.

—¿Y? —exclamé—. Usted es inocente, ¿no?

Soltó una risita irónica.

—Señora, eso es lo que dicen todos los que están aquí, usted lo sabe. Excepto que en mi caso es la verdad. El problema es que ahora estos tíos comienzan a pensar que soy algo que no soy. La primera condena fue por tirarme a una chica que tenía trece años. Todos lo han hecho, pero a ninguno lo pillaron. Pero ahora piensan que me cargué a un chico. ¿Sabe lo que le hacen a esos tíos aquí dentro?

Había escuchado algunas cosas.

—Perdone el lenguaje, mi madre no me crió para hablar de esta manera delante de las damas. Pero tiene que saberlo, para comprender cuál es mi posición: te hacen picadillo la polla, y después te la hacen comer.

Vi cómo Spence se encogía y cruzaba las piernas. No llegaríamos a ninguna parte con esa conversación.

—Bien, le agradezco su sinceridad y su disposición a recibirnos, señor Garamond. Aunque no hayamos conseguido ningún resultado.

—Eh, ningún problema. Puede volver cuando quiera. Cuando quiera.

Ninguno de los dos tuvo mucho que decir mientras avanzábamos por los interminables pasillos entre la sala de visitas y el vestíbulo principal. La iluminación era buena, y las paredes estaban pintadas de un alegre color blanco marfil. Todo se veía muy limpio y sencillo. Los barrotes eran de acero pulido, y recordaban los pasamanos de un hospital moderno. Pero no te podías dejar engañar: era una mazmorra pura y dura. No había luz natural, y si alguien no quería que saliéramos, no saldríamos.

Tan pronto como nos devolvieron las armas, Spence se irguió en toda su estatura, de nuevo en condiciones de pegarle un tiro a cualquiera con la más mínima intención de hacer picadillo cualquier parte de su cuerpo. En cuanto a mí misma, se me quitó un gran peso de encima cuando salí por la puerta principal y me encontré con la luz del día mientras caminábamos hacia el coche.

—Ha sido una pérdida de tiempo —manifestó Spence.

—No, no lo ha sido. Ahora yo también le creo. Cosa que desafortunadamente significa que tendré que resolver otro caso. Para no hablar de que tenemos a un hombre inocente, bueno, quizá no inocente, pero desde luego no culpable, en esta prisión. Eso no está bien. Uno de estos días tendremos que hacer algo al respecto.

—Todavía no puedes decir nada, Lany. A este tipo lo condenó un jurado, y el fiscal sabe todo lo que sé de este caso, lo de su cuñada, todos los detalles. No es precisamente que me haya callado lo que opino de todo este asunto, pero nadie ha hecho nada para variar el veredicto del jurado.

—Entonces tendremos que hacer mucho más ruido. No está bien, Spence.

—Lo sé. Pero sería un suicidio profesional para cualquiera de los dos remover el asunto ahora mismo. Tú sabes tan bien como yo que le condenaron con toda justicia

por el crimen que cometió y que probablemente no tendría que haber estado en libertad cuando secuestraron al chico. No creas que tampoco violó a aquella niña. El único motivo por el que no le condenaron por violación fue que se declaró culpable de abusos sexuales. Además, cuando pilles al verdadero culpable, todo esto se arreglará por sí solo.

—Si encuentro al verdadero culpable.

—Lo encontrarás, Lany. Tal como dijiste has puesto en marcha esa cosa de la intuición. Lo veo en tu cara. Pero hasta entonces tendrás que dejar todo esto a un lado. No hay ninguna prueba para refutar la declaración del testigo, a menos que él se decida a mencionar a su cuñada. No tenemos nada.

Por mucho que doliera, tenía razón, y yo lo sabía. Así que ahora tenía un nuevo caso, un caso difícil y desconcertante, y sin nada por donde empezar.



## Nueve

Desperdié un día perfecto refocilándome en la pena por los terribles acontecimientos que se habían abatido sobre mí tantos años antes. En mi defensa debo decir que en la estela de mis nuevos descubrimientos, la antigua pena por la desaparición de mi hijo me pareció muy actual. Quizá después de dos décadas no tendría que haber sido así, pero lo era.

El sol brillaba con fuerza sobre el castillo, el patio, y todo el entorno, pero yo no parecía sentir su calor. Las flores del jardín del patio inundaban el aire con sus deliciosos perfumes en una muestra de aprecio por el buen tiempo. Me senté, entre una peonía y un rosal amarillo, en un banco con unos angelotes de mármol por patas cuyos brazos regordetes sostenían el asiento de madera donde se suponía que el sedente encontraría descanso, aunque no se podía decir que las recias tablas fueran precisamente cómodas. Algunos pimpollos amarillos acababan de abrirse, como si hubiesen recibido una señal de sus lejanos primos orientales para adelantarse y asumir la tarea de seducir a insectos y paseantes. Sobre mi regazo tenía la vieja pero todavía útil sobrepelliz, la misma cuyo remiendo me había facilitado la excusa de ir a buscar a Machecoul hilos y agujas que no había comprado. Gracias a Dios, había encontrado todo lo necesario en el fondo de mi bolsa de costura, y, por lo tanto, podía hacer los remiendos. No obstante se me hacía un mundo poner manos a la obra y mezclar mis puntadas con aquellas que había hecho, de una manera muy chapucera, alguien con mucho menos interés por el trabajo.

En lo único que pensaba en este día, cuando bien podía disfrutar de la bondad del clima y de la agradable labor (podría haber sido mucho peor tener que ocuparme de la siempre desagradable tarea de apuntar los gastos), todo lo que llenaba mi corazón y mi mente eran los dolorosos recuerdos, sobre todo de mi hijo Michel y cómo podría haber sido si no me lo hubiesen arrebatado. Otra carta de su hermano había llegado desde Aviñón, eso al menos había dicho esa mañana un correo; tal era la profundidad de mi desesperación que la promesa de su lectura apenas si me animaba.

Las cartas de Michel hubiesen sido muy diferentes a las que recibía de su hermano, sobre todo en lo que hacía referencia a la regularidad con que llegaban. Las de Michel hubiesen sido esporádicas en el mejor de los casos, a diferencia de las de Jean, que eran mucho más predecibles que mis menstruaciones de antaño. Pero de haber llegado mis dos hijos a la edad adulta, Jean quizá no se hubiese sentido tan inclinado a aliviar la ausencia de su hermano con sus frecuentes misivas, y por lo tanto, ¿quién puede decir lo que hubiese podido hacer en circunstancias normales? A menudo me preguntaba cómo hubiesen sido los textos de las cartas de mi hijo menor. Primero las hubiese llenado con la alegría y el humor socarrón que eran sus características naturales. Hubiese habido un montón de buenas noticias y muy pocas

malas, una proporción poco creíble destinada a borrar las preocupaciones surgidas de tener un hijo que había escogido la guerra como oficio. Todas las madres con hijos que han nacido para empuñar la espada tienen las mismas preocupaciones, pero por supuesto las mías hubiesen sido las únicas importantes. Sus reconfortantes comentarios hubiesen llegado desde algún campo de batalla o de un puesto avanzado al que le había enviado su señor, quienquiera que fuese.

¿Hubiese servido a Gilles de Rais, su compañero de la infancia? Quizá, aunque no lo creo. Siempre había considerado posible que sus personalidades divergentes llegaran a imponer que sus caminos se separaran; Michel era bueno hasta la médula, y mi señor Gilles no parecía confiar en su propia valía después de que su abuelo, aquella bestia, se ocupara de machacársela a conciencia.

Comencé a notar muy poco antes de la desaparición de Michel que mi señor a menudo parecía totalmente absorto en sus pensamientos. Alrededor de este período comenzó a pasar el mayor tiempo posible en solitario, aunque sus sicofantes primos De Sille y De Briqueville intentaban continuamente pegarse a él. Cuando parecía sumido en uno de aquellos sombríos ensimismamientos, yo solía preguntarle a mi joven amo en qué pensaba, pero estamos muy próximos al momento en el que se desprendería de mí, su niñera, como una serpiente muda la piel que la aprieta demasiado. Por lo general no me hacía caso, y cuando decidía responderme a menudo decía que pensaba en sus propias ensoñaciones, aunque casi nunca me revelaba cuáles eran. Así que muchas veces yo soltaba un «Ah», como si le hubiese comprendido, cosa que no era así en absoluto.

Michel intentó apartar a mi señor de la inmensa pena que le dominó en el período siguiente a la muerte de sus padres. Lo tentaba con actividades como la caza o los duelos a espada. Pero sus cariñosas y sinceras ofertas —«¿por qué te entregas a tan sombríos pensamientos, hermano, cuando el sol brilla en todo su esplendor? Ven, montaremos nuestros caballos y espantaremos a unos cuantos zorros con el ruido de nuestras espadas»— eran desatendidas. Supongo que es lo único correcto cuando te ves abandonado por alguien muy cercano y querido —en el caso de mi señor, por partida doble en muy poco tiempo—: deseas tener un tiempo de soledad para reflexionar sobre la naturaleza de la muerte y la vida, o lo que sea que provoque tu tristeza. Esto es algo que sé tan bien como cualquiera.

Cuando su gran compañero pasaba por uno de estos penosos momentos, Michel tenía que buscarse otros entretenimientos. Se dedicaba a la lectura, a practicar con la espada en divertidos combates con su sombra, o con juegos de habilidad marcial con su padre si era una de aquellas ocasiones en que Étienne estaba en el castillo y no tenía otros quehaceres. Hubo muchos de aquellos momentos después de la muerte de mi señor Guy, porque Jean de Craon solo se ocupaba de asegurar las posesiones de su hija. No paraba mientes en su determinación de conseguir que todas las propiedades

continuaran formando parte de un mismo legado, pero nadie se lo reprochó, porque todos comprendíamos que era un padre preocupado por defender los intereses de su hija, que estaba absolutamente paralizada por la inesperada muerte de su marido. Entonces ocurrió que la señora Marie tuvo la audacia (en una ocasión escuché a Jean de Craon maldecirla por el inconveniente) de morir.

Mi señor Gilles, a la tierna edad de once años, se encontró aprisionado entre dos posiciones contradictorias. A los ojos del mundo era el joven amo y señor de una inmensa fortuna y reino, donde todos sus caprichos eran atendidos en el acto por aquellos que estuviesen más cerca. En cambio no era más que un pobre títere de su aborrecible abuelo. Fue entonces cuando se produjo una visible separación entre él y Michel. Antes, las diferencias de clase no habían tenido ninguna importancia: estaban tan unidos como cualquier hermano. Supongo que con el tiempo todo cambia; algunas personas prosperan, otras se hunden, según los dictados de la fortuna. Los seres queridos van y vienen; aquellos que se van envían cartas si tienen los medios y el conocimiento para hacerlo.

Cartas de Michel... si Dios me hubiese concedido tan solo una, y si entre líneas hubiese encontrado una explicación razonable para aquello que le había ocurrido, hubiera hallado la manera de vivir sin pecado durante el resto de mi vida como muestra de mi agradecimiento. ¿Cómo hubiese sido su escritura adulta? Su caligrafía en la niñez había sido animada y dispersa. Conocía la letra clara y precisa de Jean; si me hubiesen puesto delante mil pergaminos, no hubiera vacilado enjugarme el alma a que sabría encontrar cuál había escrito. Las fluidas líneas de prosa que cruzaban la página de izquierda a derecha tenían la misma recta perfección del horizonte marino. No puedo decir si las líneas de Michel hubiesen tenido el mismo ordenado progreso que las de Jean; era un chico mucho más revoltoso que Jean a su misma edad, destinado para la guerra como lo había sido su padre, opuesto al orden fijado por el nacimiento que señalaba la Iglesia para él y la guerra para Jean. Soy de la opinión que no puedes obligar a un niño a ser aquello que no quiere, aunque sé que se ha hecho infinidad de veces. Pero en esta época moderna, permitimos a nuestros hijos un cierto grado de autodeterminación. Michel no estaba destinado a tomar los hábitos, y sin duda Jean hubiese muerto en la primera batalla en cuanto empuñara la espada. Si Michel de verdad estaba muerto, y si existe algo que se pueda considerar como una buena muerte, rogaba que al menos hubiese tenido la oportunidad de morir como un guerrero, porque eso hubiese sido lo más justo.

En medio de tan lúgubre ensimismamiento, escuché que decían mi nombre, o, mejor dicho, mi título. *Mère* pronunció tímidamente un joven hermano a quien solo conocía de haberlo visto en la abadía. Su llamada me sobresaltó hasta tal punto que mi cesta con los hilos cayó al suelo. El joven se deshizo en disculpas y juró que nunca se le hubiera ocurrido molestarme de no haber sido que Su Eminencia me

reclamaba. Me llevó unos momentos recuperar la compostura después de recoger todos los hilos. A pesar de su evidente mortificación, el joven hermano esperó pacientemente. Deseé que me hubiese dejado sola; sabía encontrar mi camino hasta el despacho de Jean de Malestroit con tanta facilidad como si me hubiese dejado un rastro de migas.

¿Qué sería lo que necesitaba hoy? La hora me dio que pensar (antes de que sirvieran la comida, era cuando acostumbraba ocuparse de los deberes de Estado) y también la expresión que vi en su rostro cuando entré en su sagrado despacho. Antes de decir nada, Jean de Malestroit me entregó la carta que había llegado para mí desde Aviñón. Le di las gracias con un gesto y dejé que la sensación se filtrara en mis palmas, pero en lugar de retirarme sin perder un segundo para romper el sello y devorar sus palabras como hubiera hecho en cualquier otra ocasión, la guardé en la faltriquera y esperé a que el obispo me hablara del tema que le había llevado a llamarme cuando aún estaba ocupado con los compromisos y asuntos del día. Ya me había dado cuenta al entrar de que estaba agitado, y ahora se paseaba como una fiera enjaulada sin conseguir ordenar sus pensamientos.

—Eminencia, cómo os arregláis para ser un hombre de Estado es algo que nunca entenderé.

Se sentó bruscamente en su silla de respaldo alto y respiró profundamente varias veces para calmarse.

—Ah, Guillemette, algunas veces yo tampoco lo entiendo. Me agrada mucho menos el sombrero de diplomático que la mitra. —Sonrió filosóficamente y se encogió de hombros—. Por supuesto, ningún hombre ha conseguido llevar nunca dos sombreros con la menor gracia. Sería necesario tener dos cabezas. A menudo me encuentro en la tesitura de elegir entre desilusionar a Dios o al duque Jean, y a ninguno de los dos les gusta verse abandonados.

Sin embargo le había visto pasar de un sombrero a otro con una facilidad notable. No me hubiese sorprendido en lo más mínimo descubrir que Jean de Malestroit tenía una cabeza de recambio para su segundo sombrero, guardada en algún lugar donde a nadie se le ocurriría buscarlo. Me lo imaginé buscando aquella cosa siniestra en un armario con las bisagras que chirriaban. Abriría la puerta para coger una vela, un ovillo de hilo o una piedra de afilar, y la cabeza me miraría con los ojos sombreados por aquellas cejas tan hirsutas que parecían una sola, y luego se apresuraría a decirme que hiciera el favor de solucionar cuanto antes el molesto chirrido de las bisagras.

«Quizá la hermana Hélène podría ocuparse...», diría la cabeza con una sonrisa pícara.

El hombre de Estado me sacó de mis fantasías.

—Tengo algo que decirte.

—Lo decís como si se tratara de algo que sabéis de antemano que no me agradará

—repliqué después de una muy breve pausa.

—No puedo predecir cuál será tu reacción, solo que sin duda la tendrás.

—No os burléis, y decidme de qué se trata.

—Muy bien. No se te permitirá continuar investigando las desapariciones de los niños.

La reacción anticipada tomó la forma de un puñado de hielo que me oprimía la boca del estómago. Mi burro seguiría en el establo, yo no podría salir sino que tendría que quedarme en la abadía y volver a asumir las tareas traspasadas a la hermana Hélène, algo que por lo menos me aportaría algún consuelo. Así y todo, me sentía profundamente desilusionada. Mi voz se elevó un poco cuando protesté.

—Eminencia, me habíais concedido el privilegio por muy buenas razones. Me preocupa muchísimo que hayáis cambiado de opinión con tanta rapidez.

Se levantó de la silla y sonrió, complacido.

—Hay una excelente explicación. El duque Jean ha autorizado que se realice una investigación a mayor escala y ha señalado a alguien para que la dirija.

Una vez más, me había sorprendido.

—Eso es fantástico —afirmé alegremente—. ¿A quién ha designado?

Solo vaciló una fracción de segundo.

—El duque ha nombrado a alguien que a su juicio será un investigador muy capaz.

Debido a mis anteriores servicios conocía a muchos hombres que podían ser llamados para realizar el trabajo; quizá podría influenciar su labor de alguna manera.

—¿Quién? —insistí.

—Vamos a dejar las cosas tal como están por el momento. Todavía me quedan muchos asuntos por resolver durante el día. Solo quería avisarte de que no necesitas emprender los preparativos para ningún viaje. Ya hablaremos de todo esto más a fondo mañana.

—Eminencia, cuánta crueldad. Me condenáis a la conjetura para lo que queda del día y luego a una noche sin pegar ojo.

Vi en su rostro el primer aviso de enfado.

—Hermana, eres una espina en la rosa de mi vida.

Yo también me había enfadado, y con mucha mayor justificación.

—Os pido perdón, querido hermano, pero ¿qué sería una rosa sin espinas?

—Eso sería algo... ah, yo lo describiría con la cumbre de la perfección.

—Sí, pero que débil y poco inspiradora.

—A veces nos vendría muy bien que no hubiera tanta inspiración.

—La inspiración es algo que nunca sobra, Eminencia. Sería un grave pecado que así fuera, uno tan merecedor de vuestra ira como cualquier otro pecado.

—Así... bueno... quizá lo sea —dijo. Luego, con una discreta preocupación,

preguntó—: ¿Es cierto que no dormirás?

—Ni por un segundo.

—No quiero ser responsable de tal cosa. —Exhaló un suspiro—. De acuerdo, pero debes jurarme que lo mantendrás como un secreto.

—Lo juro.

—El duque Jean me ha designado a mí para que investigue estos asuntos en profundidad.

Todas sus difíciles cualidades, su santurróna rigidez, su empecinada intratabilidad, el frío distanciamiento que a menudo utilizaba para separarse de aquellos que le rodeaban teñirían el curso de las investigaciones.



Por el otro lado, mi participación e influencia estaban aseguradas.

Me dediqué a la tarea de supervisar la limpieza del fango pegado al suelo de la iglesia encomendada, después de todo, a las capaces manos de la hermana Héléne; la mujer parecía sinceramente agradecida, cosa que escapaba a mi comprensión. Mezclados con el fango marrón estaban los inevitables restos de excrementos de caballos, vacas y cabras, que pasaban a diario por todas las calles del pueblo. No me importaba en lo más mínimo que me reemplazaran en esta tarea. Las novicias bajo su mando recogerían todo esto y lo llevarían al huerto, donde sería distribuido bajo la atenta mirada del hermano Damien, que no dejaría de dar gracias a Dios por su inmensa bondad al facilitarle tal abundancia de abono. Nosotros no desperdiciábamos nada, poco dispuestos a incurrir en el desagrado de nuestro Creador.

Llegó una nueva llamada de Jean de Malestroit cuando las jóvenes novicias ya se marchaban de la iglesia con las escobas y palas.

—Estoy listo para comenzar —me comunicó en cuanto me vio entrar.

—¿Tan pronto?

—Como bien sabes, hermana, soy muy frugal con mis horas, y las tuyas, si se me permite decirlo. Veamos, quiero que me repitas las historias que te contaron en Bourgneuf, con todos los detalles que puedas recordar. Me ayudará a elegir el camino correcto para avanzar en las investigaciones.

Las sombras se acortarían y se alargarían de nuevo antes de que acabáramos. No podíamos prever cuántos días más nos ocuparían.



Hacia cosa de unos tres años, una mujer llamada Catherine Thierry había puesto a su hermano en manos de un parisino trasplantado, un tal Henri Griart, para ver si era posible que el niño fuera admitido en la capilla de Machecoul. Nunca más volvió a ver al niño, tampoco tuvo noticias de que le hubiesen admitido, y nadie le ofreció

explicación alguna sobre qué pudo haberle ocurrido.

También estaba el caso de Guillaume Delit, un niño de aspecto angelical, hijo de Guibelet, que solía ayudar al cocinero a la hora de asar la carne para el barón De Rais. El mismo cocinero jefe, Jean, en el castillo de Briand, le comentó a la madre del niño que no era una buena idea que el niño trabajara allí porque era sabido que secuestraban y mataban a los niños en la zona de Nantes. Más tarde, la madre le dijo a la mujer del cocinero que dos hombres se habían presentado en su casa poco después de que ella hiciera algunas indagaciones. La habían tratado con rudeza, y le habían dicho que más le valía no quejarse, que no sería nada bueno para ella, y mucho menos para su hijo.

El hijo de Jean Jenvret era un colegial de nueve años, que frecuentaba la zona alrededor del Hôtel de la Suze en Nantes. Su familia vivía en la parroquia de Saint-Croix en Nantes pero tenían parientes en Bourgneuf. Dos años atrás, me confió su hermana, unos ocho días antes de la festividad de San Juan Bautista, el niño había desaparecido sin una palabra.

En la parroquia de Notre Dame en Nantes, el hijo de Jeanne Degrepie desapareció, cuando estaba a punto de celebrarse la festividad de San Juan, o sea que la desaparición se había producido tan solo unos pocos días más tarde de la otra en Saint-Croix. La madre mencionó a una mujer llamada Perrine Martin, a quien supuestamente se la había visto llevándose al niño y de nuevo se la había visto con él en el camino a Machecoul. Nadie había aportado explicación alguna sobre por qué la tal Perrine se había llevado al niño a Machecoul.

Un escolar de la parroquia de Saint-Donatien cerca de Nantes, un precioso niño de una familia llamada Fougere, había desaparecido hacía dos años el agosto pasado. No se había encontrado ni un solo rastro, ni nadie le había visto.

En septiembre, en Roche-Bernard, el hijo de diez años de Perrone Loessart había sido confiado a un hombre con el curioso apellido de Poitou, que le había prometido a la madre que su inteligente hijo continuaría asistiendo a la escuela. Más tarde, se había visto al niño en compañía de Poitou por la carretera de Machecoul, como había ocurrido con el hijo de Jean Jevret con la mujer Perrine.

Un caballero de Port-Launay había mencionado a una familia llamada Bernard cuyo hijo había salido un día rumbo a Machecoul en compañía de otro chico de la misma edad, con la ilusión de conseguir limosnas, porque les habían dicho que allí era muy generosos. El deseo de conseguir una buena limosna tuvo que ser muy fuerte como para animar a dos chicos de doce años a realizar el viaje, porque había que cruzar el Loira en Nantes y después andar durante muchos kilómetros. El otro chico que iba a acompañarlo lo había esperado en el lugar convenido durante tres horas y luego se había visto forzado a regresar solo a Port-Launay. Eso había afirmado la madre del niño desaparecido, que se había quejado amargamente de la pérdida de su

hijo al magistrado y al sacerdote del pueblo.

En Saint-Cyr-en-Rais, una aldea vecina a Bourgneuf, el hijo de Micheau y Guillemette Bouer había ido a pedir limosna a Machecoul el domingo de Cuasimodo del año pasado. Cuando el niño no regresó, su padre se había preocupado de ir a varios lugares a preguntar por el paradero de su hijo, porque había escuchado los rumores sobre la desaparición de los niños, y había temido que esta vez le hubiese tocado a su hijo el mismo destino. Al día siguiente, mientras el padre continuaba con sus indagaciones, un hombretón vestido con una capa negra se había presentado en la casa. Ella no le conocía, pero el hombre le había preguntado por su hijo, y la madre le había replicado que había ido a pedir limosna a Machecoul. El desconocido se marchó inmediatamente, y no le habían vuelto a ver.

Ysabeau Hamelim, una mujer de Pouance, que había vivido un año en Fresnay, había enviado a dos de sus hijos, de quince y siete años respectivamente, a Machecoul con dinero para comprar pan. Cuando no regresaron, en un primer momento había pensado en un robo y que los habían dejado por muertos. Sin embargo, no se había encontrado ni una sola prueba de un suceso semejante en el camino cuando ella y otros miembros de la familia lo habían recorrido. Al día siguiente, dos hombres habían acudido a su casa con el propósito de preguntar por los niños. La mujer se había asustado y no les mencionó la desaparición. Mientras se marchaban, había escuchado que uno de los hombres le comentaba al otro que dos de los niños eran de esa casa, así que había sospechado que ambos sabían lo que les había pasado a sus hijos.

Muy poco antes de la Navidad pasada, Jeanette Drouet, la esposa de Eustache, había enviado a sus hijos de once y siete años a pedir limosna a Machecoul. Varias personas habían manifestado que los habían visto pero nunca más regresaron a su casa, y cuando ella y su marido habían ido a preguntar, no les habían dado ninguna satisfacción.

Nuestra cena permanecía sin tocar en la mesa. Un buen trozo de cordero, que tanto nos apetecía después de seis largas semanas de abstinencia, reposaba frío y gelatinoso en la bandeja. Ninguno de los dos hubiésemos sido capaces de tragar ni un solo bocado.

—¿Se ha conseguido aclarar algunas de estas desapariciones? —preguntó Su Eminencia con un tono sobrio.

—No. Hasta hoy no se ha averiguado absolutamente nada.

—¿Ningún resto? ¿Ni una prenda de ropa?

—Nada.

Se sentó muy erguido en la silla de respaldo recto, y me impidió ver el hermoso trabajo de bordado en el respaldo, que me gustaba tanto. Se palmeó las rodillas.

—Parece imposible.



—Así es, o por lo menos, muy poco probable.

—Bueno... tendremos que encargarnos de que la verdad sea descubierta. Creo que lo mejor sería que empezara con mis investigaciones en profundidad en Machecoul.

—Sí, Eminencia.

—Iremos allí dentro de tres días —anunció, decidido.

Era una espera demasiado larga.

—Eminencia, desaparecerán más niños si seguimos demorando.

—Guillemette, hay asuntos importantes que debo atender...

—Los niños, Eminencia, ¿qué puede haber más importante que las almas de los pequeños?

El sentimiento de culpa le hizo cambiar.

—Muy bien, haré que esperen mis otras obligaciones. Entonces, mañana.

Asentí. Mi influencia estaba ciertamente asegurada.

Asistimos a las vísperas como siempre, y después Jean de Malestroit me dio permiso para retirarme. Fui al establo de la abadía, donde me encontré a mi burro que rumiaba plácidamente la paja tierna del pesebre. Sus mandíbulas se movían rítmicamente de un lado a otro y la paja amarilla se hacía cada vez más corta hasta acabar engullida. Metí la mano en el pesebre, cogí un puñado de tallos, y los ofrecí. Los cogió suavemente de mi mano con sus dientes gastados y los masticó mientras le palmeaba el cuello con afecto.

—Eres una bestia muy comprensiva, mademoiselle —le dije con un tono cariñoso. ¿Por qué le hablamos a los animales como si fuesen niños pequeños? El burro sacudió la cabeza para apartar a una mosca molesta y me roció con pequeñas gotas de saliva. Me limpié el rostro con la manga—. Y muy efusiva también —añadí—, pero no me importa. Me escucharás sin protestar, cosa que harán muy pocas bestias de dos patas. La razón que motiva esta visita, mi pequeño amigo, es que quiero pedirte tu opinión sobre un tema que me preocupa.

Como si me hubiera comprendido, movió la cabeza arriba y abajo.

—Bien, entonces te preguntaré esto: ¿Cómo es que todos estos niños desaparecieron en las posesiones del barón De Rais? ¿Cómo es que su sirviente parece estar siempre en el lugar?

La bestia se inquietó bruscamente, y rebuznó.

—Eso mismo es lo que creo —dije. Apoyé mi frente en la suya, y me quedé allí mientras una lágrima rodaba por mi mejilla.

Era uno de aquellos momentos en los que deseaba haber prestado más atención en el instituto. Entonces todos creíamos que aprender estadística no era más que una enorme pérdida de tiempo, una de esas cosas que nunca aplicaríamos excepto quizá en un viaje a Las Vegas, la ciudad del pecado que la gente de Minnesota nunca visitaría porque era bien sabido que te robaría toda tu integridad.

¿Cuáles eran las probabilidades estadísticas en una ciudad como Los Ángeles, donde los blancos eran técnicamente un grupo minoritario, de que trece chicos desaparecidos fueran todos blancos, rubios, de ojos claros, delgados y aspecto angelical?

—Bueno, supongo que tenemos una anomalía en nuestras manos —opinó Fred Vuska.

Permanecí en silencio durante un segundo y después respondí:

—Creo que lo que tenemos entre manos, Fred, es un secuestrador en serie.

El breve silencio provocado por mi declaración estaba cargado de connotaciones políticas y preocupaciones referentes a las implicaciones presupuestarias. Con la cantidad de agentes asignados a la seguridad en el transporte llevándose la mayor tajada del presupuesto de horas extraordinarias y la falta de personal agudizada por la congelación de nuevas incorporaciones, Fred estaba metido en el mismo brete que todos los demás supervisores municipales de Los Ángeles.

—Venga, no te precipites a sacar conclusiones —señaló finalmente.

Su cambio de actitud no me sorprendió; cada vez que mencionas las palabras «en serie» en relación a un grupo de crímenes, los gastos se multiplican, a veces exponencialmente. Pero su reticencia era como para ponerse de los nervios, por decir algo.

—No sé qué otra cosa pensar. Hay un patrón definido, algo que está muy claro y que aparece en un tema como este donde menos te lo esperas. Si los secuestros fueran aleatorios, entonces tendrían que aparecer en la lista chicos hispanos o afroamericanos. Tú también te has dado cuenta o no me hubieras asignado los casos de Donnolly. Ahora sin más parece no gustarte.

Fred pareció preocupado por un instante.

—No es cuestión de que me guste o no, Dunbar. Lo mío es administrar, y en estos momentos administrar se ha convertido en una cuestión peliaguda.

—Eso ya lo sé. Pero este tema no es una cuestión de conveniencia.

—Nunca lo es. —Comenzó a dar golpecitos en la superficie del escritorio mientras sopesaba las opciones. La que acabó por escoger no me puso muy contenta—. ¿Tienes fotos de todos ellos?

Comenzaba a ampliar las condiciones necesarias para dejarse convencer.

—Sí, en los expedientes.

—Vamos a echarles una ojeada a todos.

Me llevaría algún tiempo organizarlos.

—Dame media hora.

—Tienes todo el día. Tengo que ocuparme de otras cosas ahora mismo y no volveré hasta eso de las cuatro y media.

—A esa hora ya me habré marchado.

—De acuerdo, entonces lo haremos mañana.

Cogió las gafas, se las puso, y después cogió unos papeles y simuló leerlos. Era su manera de decirme que me marchara, cosa que hice con un insulto en la punta de la lengua.

Me costó pagar otra comida, esta vez de mi bolsillo, pero me alegró que Errol Erkinnen encontrara un momento para recibirme debido a que lo pillé por sorpresa.

Erkinnen mostró la misma expresión de asombro e incredulidad que hubiese puesto cualquier otra persona cuando le expliqué el motivo de la visita. Hablar en términos de «en serie» sitúa el juego en un nivel mucho más alto. Su respuesta fue apasionada, tanto que me hizo sentir un poco incómoda. Su perplejidad era evidente; era como Halley cuando descubrió el cometa; la gran oportunidad de tu carrera con la que sueñas pero casi nunca consigues.

—Un secuestrador en serie, detective. Muy interesante. Explíqueme qué la ha llevado a sacar esta conclusión.

—Las similitudes en una serie de víctimas de casos no resueltos. Hasta ahora a nadie se le había ocurrido relacionarlos, más que de una forma muy vaga. El caso que motivó mi visita del otro día, el de Nathan Leeds, es el más reciente, pero van mucho más atrás, se remontan a años. Así que debo asumir, si estoy en lo cierto, que tenemos a alguien que lleva activo desde hace mucho tiempo y que continúa siendo una amenaza. Me asignaron los dos últimos casos de Terry Donnolly porque Fred Vuska creyó que había algunas similitudes y, cuando hice correr la voz de que buscaba un patrón —dejé caer la pila de copias de fax sobre la mesa— esto es lo que recibí. Un montón de casos parecidos de detectives que no saben cómo seguir adelante.

Cogió el montón como si fuera a adivinar el camino por el peso.

—¿Cuántos son?

—Hay diez más. Así que en total hay trece chicos desaparecidos, todos más o menos de la misma edad, preadolescentes, blancos, delgados y de aspecto encantador. Hay un caso resuelto de manera oficial, pero el autor lleva gritando desde el primer día que es inocente. Admite otro cargo anterior, pero no admite este. Me inclino a creerlo.

—¿Por qué?

—¿La verdad? Pues no lo sé. Sin embargo, no muestra ninguna de las señales

físicas o psicológicas del que miente, y la intuición me dice claramente que no lo hace.

—¡Vaya! —Se levantó y comenzó a caminar por el despacho con medio bocadillo en la mano—. Las víctimas muestran un parecido sorprendente, ese es un buen indicador. —Su voz adoptó un tono doctoral como si fuera a impartir una clase magistral—. El patrón de las víctimas es un fenómeno común. Las elecciones de Ted Bundy eran todas muy similares, al menos las que conocemos; mucha gente cree que quizá asesinó al doble de las mujeres que confesó. Siempre se ha creído que adoptó el patrón a partir de una joven de Seattle, con quien estuvo prometido durante un tiempo. Ella era atractiva, inteligente, de una familia muy respetada y con una sólida posición económica; lo que se llama un braguetazo para alguien como Bundy. ¿Sabía que era hijo ilegítimo?

—Sí, lo leí en alguna parte.

—Toda su vida fue como una desesperada búsqueda de la legitimidad. Así que cuando la muchacha rompió el compromiso, se vino abajo. En una ocasión le confió a un conocido su convencimiento de que la familia de la muchacha la había presionado. Por lo tanto, que los asesinatos comenzaran más o menos en aquel momento no debe llamarnos la atención. La joven tenía los cabellos oscuros y se peinaba con la raya en el medio.

Como casi todas sus víctimas.

—Así que la mataba una y otra vez.

—Simbólicamente.

—No lo recuerdo muy bien, yo era muy joven, pero una de mis tías me contó que muchas mujeres cambiaron de peinado.

—Lo hicieron. Por aquel entonces, yo estaba cursando el bachillerato y comenzaba a centrar mi atención en la psicología. Así pues, me sentía tan interesado como el que más. Creo que el caso Bundy, al producirse en aquel momento, me ayudó a decidirme por la psicología forense. En cualquier caso, lo que más espantó al público fue que escapara de la cárcel y continuara moviéndose a sus anchas por el país; comenzó en Seattle, luego Colorado, Utah y finalmente acabó en Florida. Una chica no podía creer que estuviera a salvo por el hecho de vivir en Nueva Inglaterra. —Sonrió con una expresión de pesar—. Pero la verdad es que no tienes ninguna garantía de salir indemne. Algunas veces sencillamente estás en el sitio equivocado y en el momento equivocado.

—Pero aquí la cuestión es que estos chicos no parecen haber sido escogidos al azar.

—Es lo más probable. Todo apunta a que fueron seleccionados. A su perpetrador, si es que se trata de una única persona, como parece a primera vista, le gustan los chicos blancos, rubios y delgados, por alguna razón. Lo que necesita descubrir es el

porqué.

Hice un gesto con las manos como si le dijera: «Por eso mismo estoy aquí».

El psicólogo sonrió, comprensivo.

—Seguramente es una fijación de algún tipo. Si no puedes conseguir al auténtico, buscas el equivalente más cercano.

—Eso no pareció funcionar en el caso de Bundy —repliqué—. Lo repitió una y otra vez.

—Eso fue porque el equivalente, que nunca puede ser más que un sustituto, muy pocas veces satisface la necesidad original que da lugar a la fijación. Experimentaba un alivio temporal, pero continuaba existiendo la necesidad original de conseguir la legitimidad. Así que tuvo que seguir matando. Por eso ves que los intervalos son cada vez más cortos. Lo que sucede a lo largo del tiempo es que el acto, el que sea, asesinato, violación o secuestro, pierde su poder y precisa ser repetido con mayor frecuencia. ¿Ha establecido un patrón de tiempo para estos casos?

«Si, en mis ratos libres».

—No, todavía no.

—Bueno, si yo estuviese en su lugar, le daría prioridad absoluta.

—¿Qué debo buscar?

—No busque nada. Mantenga la mente abierta y vea lo que hay allí, no lo que quiere que haya. El patrón de un asesino no siempre es tan regular como nos gustaría que fuese. Por supuesto, es una gran ayuda cuando sí lo es.

Él decía asesino. Yo ni siquiera había comenzado a utilizar la palabra porque no teníamos ningún cadáver, solo agujeros en el espacio donde habían estado los cuerpos. Sin embargo, mis vibraciones gritaban «asesino», y él las captaba.

—Sí, una gran ayuda.

—Lo siento. Es todo lo que puedo decirle. Los patrones varían, en función de una serie de factores. —Se acercó a una estantería abarrotada de libros y, por unos segundos, miró los lomos. Creo que debía tener algún sexto sentido, porque yo hubiese sido incapaz de encontrar nada entre tanto desorden. Murmuró un: «Ah, ya lo tenemos», cogió un libro y me lo entregó.

—No es precisamente un libro para leer en la cama, pero es un muy buen estudio sobre la psique de los asesinos en serie. Conseguirá una abundante información sobre el tema. No obstante, ahora mismo para facilitarle las cosas, le diré que los intervalos suelen hacerse más cortos a partir del momento en que comienza. Si el intervalo es inicialmente de unas tres semanas a un mes, se reducirá a dos semanas, luego a diez días, etcétera. Cuando llegan a unos pocos días, generalmente los detienen porque se mueven deprisa y están fuera de control, así que comienzan a cometer errores.

—Me encanta cuando los cometen.

—Sí —asintió—. Los errores por parte del asesino son siempre bienvenidos. Pero

no parece que su criminal haya llegado a ese punto. Por lo que ha dicho, este secuestro es perfecto, como lo fueron los otros dos que investiga. Me interesaría saber los intervalos de los otros casos. Cuando establezca el patrón de tiempo, tendrá dos datos importantes sobre este tipo. Ya sabe cuál es la fijación y también conocerá lo desesperado que está.

Comenzaba a preguntarme si recordaba la conversación anterior, aquella en la que habíamos hablado de la madre de Nathan Leeds.

—Escuche, sé que tengo a un secuestrador en serie, pero no sé si se trata de un hombre.

Me miró, desconcertado.

—¿Hay alguna razón que la lleve a creer que se trata de una mujer?

—El caso Leeds, ¿lo recuerda? ¿La madre a la que atribuimos el síndrome de Munchausen por poderes porque había secuestrado a su propio hijo?

—Ah, sí... —dijo con un tono ausente. Al parecer había pasado a otro tema y se había olvidado de comentármelo—. Es muy poco probable que se trate de una mujer.

Ahora fui yo la desconcertada.

—Vi a su madre de cerca. Es una mujer.

—Mire más allá por un momento, detective. Estos crímenes casi nunca son cometidos por mujeres, y si no recuerdo mal, usted no creyó que ella encajara en «el tipo». ¿Ha cambiado de opinión?

—No.

Hizo una bola con la servilleta del bocadillo y la lanzó a la papelera.

—Las estadísticas señalan por abrumadora mayoría que el secuestrador típico es un varón. No forma parte de la psique básica femenina cometer esta clase de delitos.

De pronto sentí como si nuestros papeles se hubieran invertido.

—Aquí no estamos hablando de una psique normal.

—Eso no tiene ninguna importancia. Incluso las personalidades femeninas más aberrantes rara vez llegan hasta ese punto.

—¿Qué me dice de aquella mujer de Florida? —Tartamudeé por unos momentos porque no me salía el nombre—. Wuornos. Asesinó a una docena de tipos de los que tengamos conocimiento.

—No estoy muy familiarizado con aquel caso. Pero sé que ella era atípica en muchos sentidos. También recuerdo haber leído algo referente a la confusión de géneros.

—Aquí también podría haberlos. Esto es California.

—La tierra de las personas libres —replicó con una sonrisa cansada. Se acercó a mí y se sentó en el borde de la mesa. Me miró como mira un profesor a una alumna—. Escuche, detective Dunbar, por supuesto que es técnicamente posible que el criminal sea una mujer. También es técnicamente posible, pero no probable, que O. J.

Simpson no lo hiciera. No quiero ver cómo patina, sobre todo cuando tenemos un caso en marcha. Le recomiendo que trabaje sobre la suposición de que el criminal es un hombre.

—Lo que usted diga, pero el secuestrador tenía el aspecto de una mujer la última vez...

Me interrumpió con un meneo de cabeza.

—Recuerde lo que le acabo de decir; vea lo que de verdad está allí, no lo que quiere ver. Aquello que parece ser una mujer, quizá no sea más que la ilusión de una mujer. Si ese es el caso, y sospecho que lo es, entonces ahora sabe tres cosas del tipo: su fijación por los chicos blancos, rubios; su patrón de tiempo cuando lo determine; y que un lobo que se hace pasar por cordero, es posible que se disfrace para parecer lo que no es y así ganarse la confianza de las víctimas. Hombre o mujer, se acerca a las víctimas con el aspecto de una persona que les inspira confianza. No me extraña que pase desapercibido. Astuto, muy astuto. Me gustaría estar muy vinculado a este caso, detective Dunbar. Es un caso muy interesante.

Tenía las palabras «copyright» y «derechos de autor» claramente escritas en su rostro, junto con «reconocimiento nacional». Para él, todo era clínica y teoría, y me di cuenta de que disfrutaba con el ejercicio académico. Pero era yo quien tendría que encontrar a este camaleón, capaz de cambiar de aspecto de un caso al otro.

Me fui directamente a los archivos, busqué las fotos de las víctimas y las escanéé, de forma que mientras lo hacía las ordené cronológicamente por las fechas de las desapariciones. No solo podría mostrarle a Fred las semejanzas de los chicos, sino también determinar un patrón de tiempo. Lo que se llama matar dos pájaros de un tiro.

Sin embargo, para cuando terminé, uno de los pájaros se había levantado de entre los muertos, había batido las alas y ahora me disparaba a mí. Los blancos entre las separaciones eran grandes e irregulares, nada de un par de semanas o un mes como había sugerido el psicólogo, sino muchos meses con huecos imprevisibles, el más corto de los cuales era de ocho semanas. No había ningún patrón visible.

«Mire lo que de verdad está allí, no lo que quiera ver». Para Errol Erkinen era muy fácil decirlo.

Cogí a Spence y Escobar por los brazos y los arrastré hasta mi mesa.

—Mirad esto por mí —les pedí, con un tono casi de súplica.

—¿Qué debemos ver? —preguntó Spence.

—Nada. Solo decíme lo que veis.

—Veo un montón de fechas. Seguramente estás buscando un patrón.

—Vale, tío.

—Lamento decirlo, Lany, pero aquí no veo nada.

Al ver mi expresión de desconsuelo, Escobar me dijo:

—Bien podría ser que haya desapariciones no denunciadas entre las que tenemos o que el tipo está operando en otra localización geográfica. Quizás actúa en las dos costas o algo así.

Me pregunté cómo había pasado de la noche a la mañana de un Munchausen por poderes a un secuestrador en serie que actuaba en las dos costas. Una excelente pregunta para la que no tenía ninguna respuesta.

Pillé a Fred cuando cruzaba la sala. Él quería esperar hasta mañana, pero yo las tenía ahora. Casi me eché encima de él cuando pasó por delante de mi cubículo.

—Tengo las fotos —grité para hacerme escuchar por encima del ruido de las voces y las campanillas de los teléfonos.

Por un momento fue la viva imagen del cabreo, pero cedió; sin duda vio que estaba a punto de echarme a llorar.

—De acuerdo. Vamos.

Recogí el estuche con las fotos y lo seguí a su despacho. Lo dejé sobre su mesa mientras él echaba una ojeada a la pila de mensajes de las llamadas recibidas y que reclamaban ser devueltas. Primero observó las fotos en conjunto y a continuación una a una con ojo crítico.

—Ya veo lo que quieres decir. Parece un parto múltiple.

—¿Y?

Tuve que esperar unos segundos a que respondiera.

—Así que lo tomaré en consideración —dijo finalmente.

—Fred, de verdad que me vendría muy bien un poco de ayuda.

Una vez más permaneció en silencio mientras pensaba a toda máquina.

—Si se trata de un solo tipo, acaba de secuestrar a un chico, así que estamos al principio de uno de los huecos y disponemos de algún tiempo antes del siguiente. Ten paciencia y continúa investigando.

—No me olvidaré de decirle al próximo padre que eso es lo que estoy haciendo.

—Eso es. Se acabó la reunión.

Me marché, atenta para ver si aparecía alguien a quien clavarle los colmillos. Unos minutos más tarde, Fred apareció junto a mi mesa.

—Escucha, esto lo puedo hacer; te libraré para que puedas concentrarte en este caso. Dame los otros casos que llevas y los distribuiré.

Me costó disimular mi desilusión.

—Esperaba un poco más.

—Todavía no, Dunbar. Tendrás que conseguir algo más convincente para que se lo pueda mostrar a los tipos de arriba antes de ofrecerte nada más. Pero no dejaré que nadie te asigne más casos.

Por el momento tendría que conformarme con lo que había.

Decidí, tan pronto como Fred dio su dictamen, que como mis hijos iban a una



exposición con su padre aquella tarde y se quedarían en su casa las dos noches siguientes, dedicaría todo el sábado y la mañana del domingo a los nuevos casos y quizá incluso llamaría a algunas de las familias cuyos hijos habían desaparecido. Pero antes de dejar la oficina, llamé a la anciana señora Paulsen para preguntarle si tomaba algún tipo de medicación.

—Necesito hacerle una pregunta un tanto personal —le dije.

—Bien, haré todo lo posible por responderla.

—Si detenemos a la persona que secuestró a Nathan Leeds, tendremos que preparar todo lo necesario para la fiscalía. Parte del caso será su testimonio. Cualquier abogado defensor competente intentará poner en duda su credibilidad. Necesito saber antes de que sigamos adelante si está usted tomando cualquier tipo de medicación que pudiera afectar a su memoria.

—Dios mío. Eso no es nada personal. Creí que iba usted a preguntarme algo sobre mi vida sexual.

«Por favor, Dios, deja que llegue a vieja así».

—Bueno, no. Nada por el estilo.

—Detective, ni siquiera tomo una aspirina.

—¿No toma usted nada para la presión, el glaucoma o la diabetes? —pregunté, en un rápido repaso de los típicos problemas que afectan a las personas ancianas.

—Soy fuerte como un caballo.

—¿Qué edad tiene, si no le importa que se lo pregunte?

—Ahora sí que es algo personal. —Se echó a reír—. Tengo ochenta y cuatro y me quedan otros dieciséis por delante.

—Siempre es bueno tener una meta.

—Lo es, detective. Te da ánimos.

Acababan de poner ante mí una que desde luego me «daría ánimos»; la única duda era hasta cuándo.

—Muchas gracias, señora Paulsen. Alguien de la oficina del fiscal se pondrá en contacto con usted cuando llegue el momento.

Aquella fue la última tarea de mi jornada oficial. Tengo la costumbre de dejar mi mesa ordenada los viernes por la tarde para no encontrarme con todo desordenado los lunes por la mañana. Tenía la intención de regresar el sábado, pero los hábitos son difíciles de romper, así que lo ordené todo, aunque lo volvería a desordenar. Supongo que desordenar es algo relativo; para mí, significa un lápiz fuera de lugar o el bloc de notas que no está paralelo al borde de la mesa. Cuando todo lo demás falla, limpio y ordeno.

El tráfico era mucho menos denso que a mi hora habitual de salida. Más de una vez cuando regreso a casa en horas punta, me he sentido tentada de encender la sirena y el faro azul, y abrirme paso a todo gas. Sin embargo, nunca lo he hecho. Me da no

sé qué abusar de mi posición. Hay otros polis que lo hacen; los he visto en más de una ocasión en la autopista. Pero yo no, supongo que no tengo bastante testosterona.

La cena consistió en chile recalentado. Eché de menos a los chicos, aunque probablemente se lo estaban pasando muy bien, porque Kevin es menos estricto con ellos y tiene una magnífica colección de videojuegos. Eso es algo que a veces me preocupa, que no hagan los deberes y que sucumban a las influencias de la cultura popular, algo contra lo que he estado luchando desde el día en que nacieron. Con algo de éxito: Frannie es una rata de biblioteca, y Julia es creativa; siempre encuentran cosas productivas que las entretienen. Pero Evan es capaz de perderse en la PlayStation y resulta mucho más vulnerable a las presiones sociales. Era quien más me preocupaba, se trataba del mayor, y estoy segura de que cometí muchos errores en su educación.

Pero este fin de semana podían hacer lo que quisieran con sus cerebros. Su padre cuidaría bien de ellos; volverían a casa el domingo por la noche bien alimentados y excesivamente mimados, y eso era lo único que importaba.

Después de una ducha rápida y una copa de vino tinto, me metí en la cama con el libro de Erkinen.

*Asesinos en serie: la última referencia.*

En cuanto acabé de acomodar las almohadas tal como quería, abrí el libro y miré el índice. Los casos que se analizaban eran de asesinos que me resultaban muy familiares. Sospecho que eso era precisamente lo que querían al menos un par de ellos, el brillo de la fama y la inmortalidad. Había una sección dedicada a asesinos del pasado; a algunos los conocía, a otros no. Jack el Destripador, ¿quién no había escuchado ese nombre?; Vlad Tepes, el legendario empalador que había inspirado el personaje del conde Drácula; Elizabeth Bathory, la condesa que creía que la sangre de una virgen mantendría su piel libre de arrugas y se bañaba en ella; Gilles de Rais, un nombre desconocido, que había llegado hasta nosotros con el apodo de Barbazul, según el subtítulo del capítulo.

Siempre había creído que Barbazul era un pirata. Supongo que aquel era Barbanegra.

Había un capítulo que ofrecía una visión general de los métodos, otro que explicaba detalladamente las condiciones que transformaban a los hombres con tendencias violentas en la peor clase de monstruos. Pensé en este capítulo durante un momento, y comprendí que seguramente encontraría alguna cosa que yo le hacía a mis hijos y entonces tendría otro motivo más para sentirme culpable como madre. No era buena idea ahora que estaban con su padre. Pero no pude resistirme.

Mucho de lo que decía el libro no era más que puro sentido común. Se trataba de personas que reunían todas aquellas peculiaridades que consideramos extrañas o pervertidas. El noventa por ciento de ellos se habían orinado en la cama, y la mayoría

habían hablado de graves conflictos con los padres o tutores por ese tema. Más del ochenta por ciento habían sufrido abusos de todo tipo durante la infancia. La mayoría era tímidos por naturaleza o, mejor dicho, retraídos socialmente. El autor opinaba que los abusos físicos y sexuales, casi siempre por el varón dominante en sus vidas, estaban en la raíz de los problemas. Unos pocos de los asesinos entrevistados habían mencionado que sus madres o abuelas los habían acariciado o forzado a tener relaciones sexuales.

¡Qué putas más asquerosas!

Erkinnen tenía razón; el más claro indicador de que un ser humano se convirtiera en un asesino en serie, al menos según el autor, era sencillamente haber nacido con un cromosoma Y. Claro que había mucho más que eso o todo el mundo estaría metido en un buen lío: había pirómanos, drogadictos, alcohólicos y violadores. Pero el sexo masculino era el común denominador por amplia mayoría.

Mataban animales pequeños cuando eran niños y adolescentes, y rechazaban la compañía de los demás en situaciones sociales. Eran tipos solitarios que rechazaban cualquier contacto innecesario. Tenían dificultades en la escuela, eran malos alumnos a pesar de su gran inteligencia. Eran seres antisociales incapaces de sentir remordimiento y psicópatas que estaban fuera de control.

Por encima de todo lo demás eran fantasiosos. Soñaban con lo que harían antes de tener el coraje de llevarlo a la realidad. Algunos hablaban de complicados preparativos internos para sus crímenes.

Apoyé un dedo en la página y cerré el libro por un momento. *Complicados preparativos internos*. Mi tipo tenía que haber hecho eso; quizá se tomaba al menos dos meses entre secuestro y secuestro, así que tendría que estar haciendo algo en ese tiempo. ¿No podría ser la preparación física? Eso era algo que tendría mucha importancia en este caso, si Erkinnen no se equivocaba.

Enganché una horquilla en la página a modo de marcador y dejé el libro en la mesilla de noche. No era precisamente la mejor lectura para la noche, y ahora me había contaminado a mí misma con algo que me obligaría a pensar y pensar hasta que tuviera algún sentido. Probablemente me acosaría en mis sueños.

Mi último pensamiento antes de quedarme dormida fue que no tardaría mucho en invitar a comer a Erkinnen una vez más.

El sábado por la mañana experimenté una muy clara sensación de alivio mientras miraba la pila de los expedientes que le entregaría a Fred el lunes. Uno de los casos abiertos, una agresión sexual, probablemente nunca llegaría al juzgado; teníamos testigos fiables y todas las pruebas físicas necesarias, y si el autor tenía una pizca de cerebro o incluso un abogado mediocre, se declararía culpable de un delito menor y nos evitaría a todos el trastorno de tener que darle por el culo. En cualquier caso no tardaría mucho en estar otra vez en la calle y repetiría la agresión en cuanto se le

presentara la oportunidad. Algunas veces me pregunto por qué me tomo la molestia de venir aquí.

¿A quién quiero engañar? La razón, o las razones para ser más exactos, de que esté aquí la tengo sobre la mesa: Nathan Leeds, Larry Wilder, Jared McKenzie y otros diez que eran prácticamente idénticos. El alivio que había experimentado unos minutos antes se esfumó y fue reemplazado por un agobiante sentimiento premonitorio.

Por supuesto, estos trece casos eran todos individuales y legalmente separados, pero en el fondo de mi corazón sabía que estaban vinculados, por mucho que Fred no quisiera verlo. Un tanto fuera de lugar en la pila asomaba la piedra en el zapato: el caso Garamond. Una esquina de la carpeta asomaba como un dedo acusador. Me apresuré a ponerla en línea con las demás.

¿Llegaría a identificar la pista que me daría la clave cuando tropezara con ella en medio de todo este follón? «Mantenga una mente abierta», me había recomendado Erkinen; un buen consejo, aunque era más fácil decirlo que hacerlo.

Los casilleros de la división estaban convenientemente ubicados junto al vestuario. Un montón de expedientes me estaban esperando; seguramente les habrían quemado las manos a los tipos que los habían dejado. Me quedé allí durante unos momentos cargada con todo aquel material detectivesco y recordé los malos tiempos cuando mi trabajo, por muy desagradable que fuera, se terminaba cuando acababa mi turno. Empujé la puerta batiente con el trasero y entré en el vestuario. Habían cambiado los bancos desde mi última visita; los nuevos tenían la superficie antideslizante y eran bastante más anchos. ¿Es que las agentes tenían las posaderas más grandes y necesitaban tracción en los bancos? No había sido así en mis tiempos como agente, cuando nos exigían unas determinadas condiciones físicas.

No había nadie; eran las horas entre los cambios de turno, cuando el lugar se llenaba entre los agentes que llegaban y los que se iban. En los tiempos en que pateaba las calles, allí siempre se montaba una tertulia: presumíamos de nuestros hijos, nos quejábamos de nuestros novios y maridos, admirábamos las gangas. Sabía por una de las chicas nuevas —la hija de un tipo que ya era poli cuando ingresé en el cuerpo— que ahora dominaban los cotilleos, sobre todo los desagradables. Las cosas tienen el hábito inoportuno de cambiar para mal.

No obstante, había algo que no había cambiado: la soledad entre turnos. No había teléfonos; si alguien quería hablar conmigo, tendrían que llamarme al busca. Me senté en uno de los bancos y dejé la pila de sobres a mi lado, convencida de que le echaría una ojeada a un par y después volvería a la división.

Tardé casi cuatro horas en subir las escaleras.

Cada vez que abría un sobre era como leer el mismo guión una y otra vez. Un chico blanco había desaparecido bruscamente sin ninguna explicación. El chico era

de constitución delgada, cabellos rubios o castaño claro, piel muy blanca y un rostro angelical. Los testigos declaraban haberlo visto en compañía de un íntimo inmediatamente antes del secuestro, pero el íntimo (excepto en el caso del estimado señor Garamond) parecía disponer siempre de una coartada irrefutable. Estaba dispuesta a jugarme la pensión a que cuando aparecieran el resto de los expedientes, se repetiría el mismo patrón.

El interés de Erkinnen comenzaba a tener sentido. Siempre quieres montar en cólera cuando te enfrentas a estos horrores, pero cuando las cosas comienzan a encajar como ocurría ahora, se cuele un entusiasmo culpable. En un instante pasé de la casilla de salida a la de «la venganza es mía, dijo el detective». Me convertí en una cazadora con un taparrabos de piel de león; afilé mi lanza. Partí al trote con la lanza en ristre. Tenía hambre. Cazaría a mi presa y la devoraría.

## Once

Sucedió aquello que me temía; durante el curso de nuestras investigaciones, que tardaron mucho más tiempo de lo que me pareció prudente, desaparecieron más niños. Incluso antes de Pentecostés desapareció un chico. La viuda de Yvon Kerguen, que había sido un maestro de obras muy capacitado en la parroquia de Saint-Croix en Nantes, había puesto a su hijo en manos del insidioso Poitou, cuya reputación tendría que haber sido hartamente conocida para entonces y que sin embargo, por algún motivo, nadie parecía tener en cuenta. Nunca volvieron a saber del muchacho.

«Allí se comen a los niños pequeños».

¿Por qué seguían entregándoles a sus hijos?

«Nos prometieron grandes beneficios». Siempre repetían la misma historia. No consigo entender cómo alguien podía creerle; ¿acaso existía la insensata esperanza de que un niño no sufriera el mismo destino que todos los demás, que sería eximido en virtud de alguna intangible cualidad que todos los padres confían haber transmitido a sus hijos, pero que casi nunca resulta así? Tendría que tratarse de la inmortalidad, porque ninguna otra cosa parecía protegerlos.

El chico de los Kerguen tenía quince años y, al parecer, era muy bello por tratarse de alguien muy próximo a convertirse en adulto. Se decía que era menudo y de aspecto aniñado. Era casi tan bonito como una niña y de trato muy dulce.

Mi Michel había sido un chico apuesto, pero había distado mucho de ser pequeño; tenía las piernas largas y rectas, y toda la gracia que pueden aportar unos miembros tan favorecedores. Siempre era un placer mirarlo, una criatura bella que Dios había traído al mundo a través de mí. Estaba haciendo su entrada a la edad adulta con mucha más dignidad que la mayoría de los chicos; no había mostrado aquella torpeza que marca a su sexo con tanta crueldad en esos años en que las voces se hacen más profundas y se ensanchan los hombros. A menudo me rodeaba con sus brazos y me abrazaba fuertemente con un amor incondicional; la afortunada mujer que él tomara por esposa no se vería privada de afecto. Hasta este día recuerdo la sensación de sus brazos alrededor de mi cuello; no necesito a ningún exótico hechicero italiano para sentir la fuerza de su abrazo, la tibieza de su mejilla contra la mía, la pura alegría de tenerlo cerca, de tenerlo sin más.

Pero por supuesto no podía retenerlo: ninguna madre retiene jamás a su hijo, aunque entregué al mío mucho antes que la mayoría y con mucho más dolor.

A principios de mayo desapareció otro chico; una vez más, cerca de Machecoul. Había ido allí con muchos otros muchachos del pueblo para pedir limosna en el castillo, con el permiso de los padres, convencidos de la seguridad del numeroso grupo. Las niñas eran siempre las primeras en recibir las limosnas y luego se marchaban para ceder su lugar a los chicos. El día en cuestión, el hijo del pobre

Thomas Aise y su esposa, que vivían en Port-Saint-Pere, fue al castillo con el grupo pero, por algún motivo, le fueron dando las limosnas a los demás menos a él. Finalmente, cuando todos los demás ya tenían lo suyo, le llegó su turno.

Pero esta vez había un testigo de su desaparición. Una niña llamada Dominique se había quedado a esperar al hijo de Aise porque le gustaba el chico y esperaba regresar a casa en su compañía. La tía de la niña había ido a ver al magistrado para informarle de la historia que le había relatado su sobrinita, que había vuelto a casa sola en medio de la oscuridad cuando el chico no apareció. Era demasiado pequeña para comprender los peligros que la acechaban, y debo admitir que parecía un poco tonta, no retrasada, pero sí lenta.

Confieso, y que Dios me perdone, que me aproveché de su debilidad. Nos la trajeron una tarde, con mucha discreción a través del magistrado, después de que Su Eminencia pidiera que se presentara la niña. Ya habíamos decidido que lo más conveniente era que yo hablara con la pequeña y no el obispo porque, según afirmaba la madre, se trataba de una chiquilla muy tímida cuando se encontraba en presencia de adultos. Me pregunté cómo había tenido el valor de esperar al chico mayor.

Cuando la madre nos la presentó, tuve la respuesta.

—Adelántate, Dominique —le ordenó la madre con un gesto agrio, al tiempo que le daba un empujón para que se pusiera ante nosotros. Me dije que seguramente había sido idea de esta madre dominante que ella esperara al chico. Él era joven, pero no tanto como para no hacer caso de los coqueteos de una niña. Tendría unos trece o catorce años, y quedarse embarazada quizá era la única esperanza para conseguir marido.

Jean de Malestroit se mantuvo bien apartado en un rincón de la sala mientras yo hablaba con ella. Si yo no conseguía sacarle lo que nos interesaba, entonces intervendría.

—*Bonjour, ma chérie.*

La madre se apresuró a darle una palmada en el hombro. La niña se inclinó educadamente.

—*Bonjour, mère* —respondió. Luego cruzó las manos delante de su delantal blanco, que parecía haber sido lavado a conciencia para la visita al palacio del obispo.

—Muchas gracias por venir.

—No se merecen, madre —dijo y volvió a inclinarse.

—Me han dicho que tú sabes algo de lo que le pasó al hijo de Thomas Aise. Tu tía dice que le viste entrar en el castillo de Machecoul.

—Es verdad, madre.

—¿Entró solo o en compañía de alguien más?

—Entró en compañía de un hombre.

—¿Tú conoces a ese hombre?

—No, pero lo he visto antes en Machecoul. Dicen que se llama Henriët.

Tuve que esforzarme para no mostrar mi angustia. ¡Ni tampoco mi vergonzosa y poca pía excitación! Aún no le había comunicado a Jean de Malestroit mis pensamientos respecto a mi señor De Rais y estas desapariciones.

—¿Escuchaste lo que el tal Henriët le dijo al hijo de los Aise?

—Su nombre es Denis, madre.

—Bueno, Denis. ¿El señor Henriët le dijo algo?

—Sí, madre. —Realizó otra tan rápida como innecesaria reverencia antes de continuar—. Le dijo a Denis que si no había comido carne, entrara al castillo donde le darían toda la que quisiera.

La carne hubiese sido una tentación irresistible para un chico hambriento.

—¿Cuál fue la respuesta de Denis al ofrecimiento?

—No dijo nada. Entró sin más al castillo.

—¿Te dijo algo antes de entrar?

Agachó la cabeza como una muestra de su desilusión.

—No.

Añadió que había visto cómo se lo llevaban. Había sido la última persona que le había visto fuera del castillo.

Recopilamos toda esta nueva información y la pusimos por escrito en el pergamino junto con todas las demás, correspondientes a las anteriores desapariciones. Los manuscritos se amontonaban en pilas y rollos; me asombraba que no estallaran en llamas con todo el fuego del infierno que estaba escrito en ellos. Un día, mientras estábamos en medio de aquel mar de pergaminos, se hizo la luz.

—Guillemette —dijo Jean de Malestroit con un tono de profunda resignación.

—Sí, Eminencia.

—Tenemos un patrón.

—Así es, Eminencia. Lo mismo se me ha ocurrido a mí.

Transcurrieron unos momentos mientras cada uno de nosotros pensábamos en el problema que habíamos descubierto.

—¿Qué debemos hacer al respecto? —preguntó él después de una pausa.

No puedo describir los pensamientos que se movieron entre mi corazón y mi alma en el momento, porque son demasiado difusos y entremezclados. No quería que tomaran una forma definida en mi mente. De todas maneras, lo hicieron contra mi voluntad.

—No soy yo a quien se le debe formular esa pregunta —respondí en voz baja—. No puedo manifestar un juicio imparcial.

No había ninguna necesidad de que me explicara más claramente. Él sabía muy bien lo que había en mi corazón. Pero él de ninguna manera podía comprender la verdadera naturaleza de mi angustia; no la puede comprender nadie que no haya



criado a un hijo con todo su cariño y paciencia, solo para ver cómo el carácter del niño se aparta terriblemente del camino recto.

—Parece obvio que es mi señor De Rais quien roba a estos niños o como mínimo lo hace alguien que está a su servicio. ¿Puede ser que esté tan ciego como para no ver las actividades de sus criados?

—Es algo que solo podemos desear —repliqué.

Respiré profundamente varias veces antes de que su comentario llegara a mis oídos.

—Pero no lo crees.

—No sé qué creer —exclamé con un tono casi de súplica—. Quizá se estén aprovechando de sus posiciones de privilegio para ofrecer tentaciones sin su conocimiento. Siempre existe esa posibilidad, Eminencia.

Jean de Malestroit me dirigió una mirada de profunda preocupación.

—Bueno, cabe esa posibilidad y no se la puede descartar.

Vi que el obispo hacía todo lo posible por contenerse. Pero yo no tenía los mismos reparos.

—Detesto creer algo tan aborrecible de su parte —añadí—. Mi cabeza me dice una cosa, y mi corazón otra.

Era una mentira. En mi corazón, sabía la verdad. Incluso entonces.

Esta vez fue Su Eminencia quien me sorprendió con una declaración despiadada.

—En lo que a mí respeta —tronó—, mi cabeza no tiene el menor inconveniente en aceptar que Gilles de Rais es muy capaz de cualquier cosa para satisfacer los más abominables placeres.

Me quedé sin habla durante unos segundos; luego crucé los brazos sobre mi pecho para defender mi corazón.

—Eminencia, es un noble, no se espera de él que respete las reglas de la vida plebeya. Conocéis su historia, lo conocéis a él de toda la vida.

—Tú también y de una manera mucho más íntima que yo. Aunque el menor conocimiento me permite una visión más clara que la tuya; me parece que te dejas cegar por tus emociones de una manera muy femenina. Había esperado algo más de ti en este asunto.

El insulto me dolió, pero lo dejé pasar, consciente de que algunas veces las personas utilizan la burla como un arma para defender una posición difícil.

—No negaréis que su vida, incluso sin tener en cuenta su nobleza, dista mucho de ser vulgar.

—Eso lo admito, hermana, tanto en lo bueno como en lo malo. Pero no es más o menos vulgar que cualquier otro hombre a los ojos de Dios. Así y todo, se comporta como si él fuese la ley. No responde ante nadie.

Aunque los actos que estábamos investigando eran merecedores de tal desdén,

nuestra certeza distaba mucho de ser absoluta y tal vez el hombre al que estaba dirigido no fuera verdaderamente merecedor del mismo. Me sorprendió en gran medida escuchar semejantes críticas por parte de un hombre cuyo admirable intelecto tenía en tan gran aprecio, y en cuya amistad siempre podía confiar. De todas maneras, equivocada o no, me sentí en la obligación de refutar tales opiniones.

—Le conozco bien, Eminencia, le vi rezar en la Paz. Sus oraciones fueron mucho más sinceras que las mías, si debo decir la verdad.

—Guillemette.

Levanté una mano, quizá con un atrevimiento que iba más allá de lo prudente.

—Escuchadme aunque quizá os desagrade —insistí—. Él responde ante Dios, Eminencia, como todos nosotros. Vos mismo estabais presente cuando confesó sus pecados a Dios y fue absuelto. No podemos saber cuáles fueron aquellos pecados, qué cosas hizo...

Me interrumpí en mitad de la frase, tal era el brusco y desconcertante cambio en la expresión de Jean de Malestroit que me hizo callar. Sus ojos, a la sombra de las hirsutas cejas, miraron a diestro y siniestro con una actitud culpable. De alguna manera había conseguido que Olivier des Ferrieres le revelara los secretos de la confesión y por lo tanto conocía todas las transgresiones de Gilles de Rais. Solo podía imaginar los medios que había empleado para arrancarle aquellos secretos a un sacerdote de menor jerarquía.

Me volví dispuesta a marcharme, tal era la indignación que me dominaba ante este inesperado cambio en los acontecimientos. Me cogió de la manga.

—Guillemette, hay muchas cosas que no sabes de este hombre.

Me libré de su mano y me acerqué lentamente a la ventana. Unos chicos, algunos de los cuales reconocí como hijos de importantes nobles, cruzaban las losas del patio precedidos por uno de nuestros hermanos maestros. Los primeros caminaban en silencio detrás del hermano, que apretaba algún apreciado volumen contra su pecho, con la mirada fija al frente. Aquellos al final mostraban un comportamiento mucho menos decoroso: daban saltos y se pegaban los unos a los otros con las manos abiertas. Gilles de Rais hubiese sido de los que estaría al final para participar en el jolgorio; no hubiese tolerado de ninguna manera la austeridad obligada de quienes marchaban en los primeros lugares. Claro que nunca había estado en una fila. Mi señor Guy nunca había permitido que su hijo asistiera a clases en un grupo; solo había permitido la presencia de mis hijos Jean y Michel, así que todo esto no eran más que vanas reflexiones. Pero eran unas reflexiones basadas en un profundo conocimiento, como eran todas las referentes a su persona.

—Eminencia —manifesté en voz baja—, conozco el contenido de su alma mucho mejor que cualquier otra persona viva, quizá incluso mejor que su esposa. Yo lo formé.

—Comprendo que esto te duele —replicó pausadamente—. Pero tú más que nadie sabes que este hombre desafía las normas que se le han impuesto. Llegará un momento en que incluso intentará desafiar a Dios, y esa será su última fechoría. Recuerda bien mis palabras, sucederá tal como te lo digo.



A mediados de mayo, en un caluroso día de sol cuando el mundo tendría que haber sido un lugar mucho más agradable de lo que resultó ser, mi señor Gilles hizo aquello que se había predicho. Cabalgó desde Champtocé hasta la abadía de Saint-Étienne-de-Mer-Morte, acompañado por un grupo de unos sesenta hombres con armaduras y armados hasta los dientes, como si se dispusiera a atacar a un pequeño país y no a una abadía y su iglesia. Se dijo que mi señor había empuñado una pica, aunque son pocos los soldados que pueden utilizar semejante arma con la misma eficacia que aquellas otras de apariencia más inofensiva, o al menos eso era lo que me había comentado mi esposo en una ocasión. Era el aspecto feroz del arma lo que provocaba la sumisión del oponente, afirmaba Étienne. Seguramente no se había equivocado, porque Gilles de Rais no encontró la más mínima resistencia, aunque difícilmente la hubiese encontrado, porque el «comandante» del castillo era un clérigo torturado, Jean le Ferron, un hombre conocido por su generosidad y la apacibilidad de su carácter.

Las noticias las trajo un mensajero, cuyo caballo cubierto de espuma casi se desplomó en cuanto desmontó su jinete. El padre Damien y yo estábamos en el jardín, muy entretenidos en la discusión sobre el lugar más conveniente para unas plantas, una discusión en la que, como siempre, mi hermano en Cristo llevaba la voz cantante dada su experiencia y pasión. Pero apasionado o no, cuando a mi hermano, a quien le encantaba el cotilleo, vio al mensajero que corría hacia el palacio del obispo, se excusó rápidamente, con una mirada que prometía un pronto regreso en cuanto se enterara del motivo de tan urgente visita.

La información que me trajo hizo que esta vez fuera yo quien corriera con tanta prisa que me vi obligada a recoger un poco las faldas de mi hábito, en busca de Jean de Malestroit, quien me confirmó sin ambages aquello que me había dicho el hermano Damien.

—¿Qué sentido tiene tomar por la fuerza una propiedad que recibió en herencia? —pregunté, dominada por el más vivo asombro.

—Ya no es suya.

—¡Él jamás hubiera vendido Saint-Étienne!

—Pues lo hizo. Se la vendió a Geoffrey le Ferron.

El tesorero del duque Jean, alguien que sentía muy poco aprecio por la familia De Rais.

—¿Cómo es...?

—Calma, Guillemette, sé que es verdad. Todo fue arreglado en Machecoul.

«Asuntos de Estado» había sido la única respuesta de Jean de Malestroit cuando le pregunté por su misión en un viaje que habíamos hecho allí el otoño pasado. Las reuniones que habían tenido lugar a puerta cerrada no pudieron ser más discretas y, a juzgar por las expresiones de los participantes en el momento de marcharse, sombrías. Ahora todo tenía sentido; era lógico que los representantes de mi señor estuvieran cabizbajos al tener que desprenderse de una joya como Saint-Étienne.

—Le Ferron tendría que haber enviado tropas. Su hermano está perfectamente capacitado para ocuparse de la administración del lugar, pero no para defenderlo. Por supuesto, nunca imaginó semejante traición por parte del barón De Rais o no lo hubiese dejado tan expuesto.

Había tenido que ser una escena harto ridícula: el aguerrido Gilles de Rais, montado en su impresionante corcel, dedicado a insultar y amenazar con mil y un tormentos a un hombre incapaz de matar a una mosca, y eso después de que el marqués De Ceva lo sacara encadenado y lo hiciera arrodillarse en el suelo. Resultaba algo incomprensible.

—¿Qué motivos tuvo para vender Saint-Étienne? —pregunté, profundamente dolida—. Fue la iglesia donde recibió el bautismo.

—Al parecer, él también lo considera un error, hermana. La ha recuperado sin parar mientes. La venta fue hecha en un desesperado intento para reunir fondos porque sus cuantiosos gastos habían acabado con su tesoro.

—¿Tan grave es su situación?

—Se vende lo que se puede, hermana, cuando no hay otra manera de conseguir oro. Pero ¿actuar como un vulgar ladrón?

Habría represalias y serían inmediatas. Intenté hasta donde pude convencer a Su Eminencia de que se debía ejercer cautela hasta que dispusiéramos de más información sobre el tema; solo disponíamos de los primeros informes y sin duda, cuando se escucharan las versiones de todas las partes, la visión que teníamos de todo aquel asunto no sería tan grave. Al menos era lo que yo esperaba.

Jean de Malestroit no estaba para demoras.

—Estoy convencido de la veracidad del informe y absolutamente horrorizado ante la noticia de que se han cometido semejantes tropelías contra un indefenso hermano en Cristo, un hombre que solo realizaba su trabajo filial.

—Solo tenéis un informe.

—Uno absolutamente fiable.

—Así y todo, si pudierais verlo con vuestros propios ojos, vuestra mente quizá estaría más tranquila respecto a este tema —manifesté.

—Creo que sería la tuya la que estaría más tranquila —replicó.

Rogué y supliqué, y al final cedió. Quedó decidido que partiríamos a primera hora

de la mañana siguiente. Durante el resto del día, mientras nos ocupábamos de los apresurados preparativos, el obispo no cesó en sus críticas a mi señor Gilles y lo maldijo por sus excesos pecaminosos. «Ese hombre no conoce ningún límite, ¡ninguno! Derrocha el oro como si creciera en los árboles. Y cuando se acaba el fruto de ese árbol, sencillamente va y roba otro. Tiene comercio con el diablo y se complace en la compañía de alquimistas».

—¡Eminencia! —exclamé al escuchar estas palabras—. Son, por cierto, acusaciones muy graves. Estáis hablando de blasfemia.

—Sí —asintió con voz serena.

—Sin duda no habréis caído en el error de creer en rumores.

—Tengo todas las razones que necesito para creer que no se trata de rumores, sino de la pura y simple verdad. He escuchado de boca de testigos dignos de toda fe que el hombre se entrega a los cultos más oscuros. Comienzo a creer que es verdad.

Su expresión se volvió amable, casi piadosa, porque sabía muy bien el efecto que tales noticias tendrían en mí.

—He mandado que hicieran investigaciones muy discretas en el pueblo de Machecoul —explicó—. Allí viven muchos de los sirvientes que trabajan durante el día en el castillo, algunos de ellos a la sombra de sus murallas. No hay manera de ocultar ningún secreto a estas personas; sus vidas son tan monótonas y miserables que su única distracción consiste en mirar a quienes los mandan. Hay temas más que suficientes para comentar. Se repite una y otra vez que mi señor es compañero inseparable del italiano Prelati, y que juntos se entregan a la magia negra.

Me persigné para defenderme de lo inconcebible.

—Eso está absolutamente prohibido.

—Todas las cosas prohibidas se practican en secreto, Guillemette. Están prohibidas porque son tan tentadoras que los débiles no pueden resistirlas y porque llevan a la ruina a aquellos que de otra manera serían inocentes. Las prohibimos como una manera de proteger a aquellos incapaces de defenderse por ellos mismos. El barón De Rais ha estado protegiendo al brujo Prelati desde que Eustache Blanchet lo trajo aquí.

El obispo había estado investigando a fondo a mi señor sin comunicarme sus hallazgos. Aunque estaba en todo su derecho —es más, era su obligación— me dolió que no me hiciera partícipe. Incluso así debo admitir que no deseaba escuchar lo que me decía. Cerré los ojos con todas mis fuerzas, sin recordar que son los oídos, no los ojos, lo que se encargan de escuchar, como si al no ver al orador, las palabras gracias a un proceso milagroso resultaran falsas.

—El propio Blanchet casi nunca deja la compañía de mi señor —añadió—, aunque no porque le quiera tanto. Al parecer, mi señor no quiere perderle de vista ante la posibilidad de que escape y hable de lo que sabe con alguno de sus enemigos.

—Luego, su voz se redujo a un susurro—. Incluso se habla de que en el grupo se practica la sodomía.

—¡No quiero escuchar más! —exclamé—. Vos que odiáis tanto los chismes, ¿cómo podéis decir esas cosas, sobre todo a mí?

—Tú mejor que nadie sabes cuánto honro la verdad —manifestó con voz suave—. No haría estas aseveraciones sin tener confianza en su autenticidad. Mis investigaciones han sido muy cuidadosas. Me he enterado de muchas cosas inquietantes.

Me dominó la pena; las lágrimas rodaron por mis mejillas, y con su mano libre, Jean de Malestroit me las enjugó, con mucha ternura.

—Guillemette —susurró—, por favor, no llores.

Le desobedecí.

—Por favor —repitió. Me sujetó la barbilla y me obligó a levantar el rostro—. Abre los ojos. Debes ver la verdad. Te digo todo esto porque sé que amas a ese hombre como a un hijo. Sería terrible para ti escucharlas de boca de un extraño. Sé que ya has perdido a un hijo y no quieres perder otro. Pero se ha vuelto malo, Guillemette. No es digno de ser tu hijo. No es digno de tus lágrimas.

—No lo comprendéis... no podéis comprenderlo.

—Tienes razón —admitió—. No puedo. Soy incapaz de comprender cómo un ser tan vil, una bestia, puede merecer tu cariño. Cuando quisiste emprender esta tarea, intenté descorazonarte, protegerte para que no reviviera el dolor. —Exhaló un suspiro y apartó la mano de mi rostro—. Eres una mujer fuerte y decidida, hermana, cualidades que siempre he admirado en ti. Me inspiras a serlo cuando no encuentro la inspiración en mí mismo. Cuando siento que en mí no queda nada que aportar a mis obligaciones, recuerdo que tú has sufrido muchísimo y, sin embargo, sigues dando mucho. Querías ayudar a esas personas que han perdido a sus hijos. No podías saber dónde te conduciría.

Por supuesto, él estaba en un error; de alguna manera, en lo más profundo de mi corazón, lo había sabido desde el primer momento. Pero las profundas implicaciones de este conocimiento tenían el poder de conducirme a un lugar oscuro al que no me creía capaz de ir y al que me resistiría con toda mi alma.

Jean de Malestroit malinterpretó el verdadero significado de la expresión de dolor en mi rostro e intentó consolarme con verdadera angustia.

—Lo siento —afirmó con una voz agónica—. Lo siento muchísimo.

Le cogí la mano.

—Lo sé, y mi torturado corazón se consuela al escucharos. Pero todavía me aguardan muchas y nuevas torturas. Prometedme —le supliqué—, que a medida que avancen las investigaciones me mantendréis a vuestro lado y que me informaréis de todo.

—Pudiera ser que estos asuntos no sean adecuados para los oídos de una mujer; hay muchas cosas que todavía no te he contado.

—Quedan muy pocas cosas que pueda ver o escuchar que sean capaces de sorprenderme.

—Guillemette —me rogó con voz triste—, no me pidas esto.

—Me debéis esto, y mucho más.

Por fin, aceptó.

La madre de Larry Wilder tenía tanto derecho a comportarse como un perro rabioso como lo había tenido la señora McKenzie, pero en cambio se mostró muy amable y aceptó mi petición de ir a verla a las dos y media. En el camino a su casa en un vecindario al sur de Brentwood, me detuve en el Third Street Promenade de Santa Mónica para comprarme algo de comer. Hubo un tiempo en el que me gustaba venir aquí con los chicos porque no había coches y parecía bastante seguro; esto fue, todo hay que decirlo, hasta que uno de los tipos de narcóticos me llevó a dar una vuelta por la zona y me señaló a los camellos y maleantes, la mayoría de los cuales estaban camuflados como ciudadanos respetuosos de la ley. Mientras preparaban mi pedido en el puesto de tacos, me fijé en los chicos que frecuentaban el lugar. Había un grupo que parecía tener la misma edad que mis víctimas; sabiendo lo que sabía ahora, soy de la opinión de que eran demasiado jóvenes para estar aquí sin los padres. Exhibían el comportamiento de manada tan típico de los adolescentes. Cuando el líder se movía, el resto lo seguía como un grupo de bailarines en una coreografía. Siempre había creído que el motor de un grupo como aquel era una señal de las verdaderas dotes de mando de un chico. Pero ¿cómo lo explicas en una solicitud de empleo? Soy el jefe de una banda, los tengo a todos a raya, así que deme el puñetero empleo.

Nadie había desaparecido en el Promenade, al menos nadie que yo recordara, un hecho sorprendente a la vista de la multitud de degenerados. No iban a secuestrar a los jefes de las bandas; secuestrarían a unos de los seguidores menos importantes. Si yo fuera un secuestrador, ¿cómo buscaría a una víctima? Observé al grupo durante unos momentos, luego centré mi observación en un chico en particular porque el instinto me decía que era el más vulnerable del grupo.

Me imaginé unos momentos en que él se separaba del grupo y a mí misma acercándome a él. «Eh, chico, ¿qué estás buscando? ¿María? ¿Éxtasis? ¿Nieve?». Gracias al cebo lo apartaría todavía más del grupo y *voilà*: ya sería mío.

Esto no era más que pura exageración; no podía ser tan sencillo. Pero tampoco sería imposible.

Disfruté del chile sentada en un banco mientras miraba al público; había muchos que pasaban cargados con bolsas. Su ociosidad era envidiable. No tardé más de diez minutos en llegar a la casa de los Wilder. La señora Wilder abrió la puerta casi en el acto. En su rostro bien parecido había una expresión amistosa, pero sus ojos mostraban una pena muy profunda. La madre de Larry parecía mayor de lo que había imaginado; estar pasando por una prueba tan dolorosa puede envejecer a cualquiera. Lo hemos visto un millón de veces. Me disponía a sacar la placa cuando me dijo:

—¿La detective Dunbar? Por favor, pase.

¿Qué hubiese pasado si yo no hubiese sido la detective Dunbar? La gente se toma



muy a la ligera su seguridad. No hice ningún comentario; hubiese sido como echar sal en la herida.

—Sí. ¿La señora Wilder?

—Por favor, pase. —Me tendió la mano—. Es un placer conocerla —añadió con un tono amable. ¡Qué atenta y cortés! En cuanto entré en la sala, mi mirada se fijó inmediatamente en un retrato de familia que estaba sobre el piano de media cola en un rincón. La madre, el padre y cuatro chicos. El rubio, Larry, era el más menudo y probablemente el menor.

La madre, como todas las demás, seguramente se estaba echando encima todas las culpas por lo ocurrido; Larry era su bebé, y a diferencia de lo que hacíamos con nuestros hijos mayores, todos solemos despreocuparnos bastante de la disciplina y la vigilancia de los pequeños. Por supuesto, a los mayores los habíamos agobiado, pero cuando vinieron los siguientes, ya nos habíamos convertido en unos profesionales que sabíamos todas las respuestas correctas. No dudaba de que ella había permitido a Larry hacer cosas que nunca hubiese dejado que sus hijos mayores hicieran sin su vigilancia. Me acerqué al piano y le señalé la foto.

—¿Puedo?

—Por favor.

Apoyé un dedo en el pecho de Larry.

—Aquí no se parece mucho a como se ve en la foto que nos dio.

—Lo sé. En aquella se parece más. Detesta que le hagan fotos, así que nunca es del todo él mismo cuando posa. Por eso le di al detective Donnolly la instantánea. Se parece más al verdadero Larry.

—¡Ah, sí! Supongo que es algo típico de la edad.

—Sí —asintió en voz baja—. Estos son mis otros hijos.

Los supervivientes, pensé. Me reproché a mí misma por ser tan negativa mientras ella identificaba a los dos chicos y una chica, cuyos nombres olvidé en el acto porque no necesitaría para nada recordarlos. En cambio, sus edades eran de interés y tenían un valor potencial.

—Veinte, dieciocho y quince —me dijo mientras señalaba a cada uno.

Nos sentamos; repasé con ella los detalles del caso tal como los había leído en el expediente de Donnolly. El tío había sido visto e identificado por los testigos, pero a aquella hora él se encontraba en el cuartel de bomberos, junto con otros seis bomberos, todos los cuales habían confirmado su presencia. La señora Wilder no tenía nada nuevo que agregar a la información recogida por Donnolly. Había llegado el momento de escharbar por mi cuenta.

—¿Larry tenía su propia habitación?

—Sí, así es.

—¿Me permitiría echarle una ojeada?

Vi el cambio en su expresión; seguramente la habitación de su hijo se había convertido en algo así como un santuario para ella. No se molestó en responderme, solo exhaló un sonoro suspiro y luego hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera.

Subimos las escaleras y seguimos por un largo pasillo bien iluminado. La casa era espaciosa y abierta, con muchas ventanas. No tenía el aspecto de una casa sumida en el duelo. El suelo estaba cubierto con una moqueta color salmón tan mullida que ni siquiera escuchaba mis pasos, y las paredes estaban decoradas con toda clase de fotos de animales salvajes, cada una enmarcada con un color primario diferente. A los chicos seguramente les encantaba el aspecto.

La habitación de Larry, en cambio, era una leonera. Había prendas tiradas de cualquier manera sobre la cama y zapatos por el suelo. Por el aspecto, parecía como si ella no hubiese tocado nada. Fingí que necesitaba mantener el equilibrio mientras rebuscaba entre una pila de cintas de vídeo y tebeos, y apoyé la palma de la mano en la mesa. Lo que en realidad pretendía hacer sin que ella me viera era averiguar si había polvo. Eché una ojeada a mi mano cuando la señora Wilder miraba en otra dirección: estaba limpia. Todo el desorden sin duda se debía al chico. Ella solo se había limitado a levantar las cosas y, después de quitar el polvo, las había vuelto a dejar en el mismo sitio.

A juzgar por todo lo que estaba tirado en la habitación, concluí que Larry Wilder había sido un chico bastante soso. Había muchos cachivaches informáticos, incluido un joystick.

—¿Su hijo era muy aficionado a los videojuegos?

—Se entretenía mucho jugando en el ordenador. Pero no tenemos uno de esos... artilugios. No se me ocurre otra manera de llamarlos, esos que te permiten jugar en la pantalla del televisor.

Lo dijo con un tono de orgullo. Bien hecho, pensé.

—También le teníamos limitado el tiempo que podía estar conectado a la red. El módem está conectado a un temporizador. Siempre nos preocupó mucho...

No pudo terminar la frase, pero yo tenía una idea muy clara de lo que iba a decir. Los padres de Larry habían tenido miedo de que algún mutante electrónico, algún pedófilo que se hacía pasar por otro adolescente, pudiera seducir a su hijo y llevárselo a aquel vacío inimaginable. Un miedo prudente; en la división estamos siempre alertas a la aparición de degenerados que utilizaban el nuevo método favorito de la comunidad de pedófilos para seducir a sus víctimas, el engaño *on line*.

Me daba la impresión de que tenía un caso de secuestrador enmascarado aunque no parecía que hubiese entrado en contacto con sus víctimas a través de los chat de la red. En parte, era un alivio pensar de esa manera, porque estos tipos pertenecen a la peor clase de perversos; les hacen tanto daño a los chicos que engañan..., y uno de

ellos es mantenerlos apartados de otras actividades mucho más beneficiosas durante la fase en que intentan seducirles, incluso si los chicos no acaban de tragarse del todo el cebo.

Claro que también era una desilusión, porque nosotros también tenemos nuestra contrarréplica: policías que se hacen pasar por chicos y le siguen el juego a estos degenerados. Tuvimos no hace mucho uno de estos casos en la división; una de aquellas ocasiones en las que Escobar tuvo una empanada mental y la consecuencia fue que atendió una llamada. Resultó ser el padre de un chico que había comenzado a sospechar cuando el tiempo de conexión a la red se incrementó escandalosamente. Sin embargo, antes de decirle nada a su hijo, el padre se había ido al servidor y había comenzado a hablar de abogados porque el chico era menor. Durante unos días después de aquello, cuando el chico intentó entrar en aquel chat, le apareció en pantalla un mensaje de página en reparación, así que no se dio cuenta de que le negaban el acceso. El padre le pasó la información a Escobar, que asumió la identidad *on line* del chico y consiguió fijar un encuentro con el tipo para al cabo de una semana. Lo pillamos en el aparcamiento de un restaurante de comida rápida. Puso el grito en el cielo y proclamó a los cuatro vientos que le habían tendido una trampa, pero el juez se le rió en las barbas y lo mandó a la cárcel. Aquello casi me hizo creer de nuevo en la justicia.

—Un temporizador —murmuré—. ¿En la conexión?

—Sí. Corta la conexión si permanece comunicado con una misma página más allá de un determinado tiempo. Solo su padre y yo sabemos cómo se quita.

—Tiene toda la pinta de ser una excelente manera de mantener el control —opiné—. No la conocía, pero es una muy buena idea.

—Funciona de maravilla. Se estaba convirtiendo en un problema. Pero después de que lo instaláramos, él sabía cuánto tiempo podía estar conectado así que se organizó los deberes y las otras actividades, de modo que no tuvimos que pelearnos por el tema.

—Me encantaría probarlo con mi hijo. Creo que pasa demasiado tiempo en el ordenador.

Pareció muy complacida.

—Le diré a mi marido que la llame; él es quien en realidad conoce todos los detalles. Claro que yo soy quien hace que se aplique.

—¿No es eso lo habitual? —Sonreí.

—Al principio fue bastante duro —señaló—. Así y todo, cuando todos se acostumbraron al sistema y al límite de tiempo, no tuvimos demasiados problemas. También tenemos instalado un bloqueador, que colocamos con la función específica de impedirle el acceso a los chats. Hay uno patrocinado por el colegio, pero necesitas una clave de acceso y se controla aleatoriamente.

La señora Wilder quitó en un gesto inconsciente una mota de polvo de la mesa, pero la decisión del movimiento de la mano me confirmó lo que ya sospechaba, que la habitación se había convertido para ella en un recinto sagrado. Era algo muy triste; esta mujer pulcra, elegante y educada a punto de entrar en la madurez intentaba hacerme saber que había sido una madre buena y vigilante, un esfuerzo que la mantendría irremisiblemente atada durante el resto de su vida. Defendería sus méritos de una manera inconsciente con todos aquellos que supieran de la desaparición de su hijo. Si alguna vez llegaba a convencerse a ella misma, lo que creyéramos el resto de nosotros ya no le importaría tanto.

—Por lo que he leído en las notas del detective Donnelly, creía que la posibilidad de un secuestro relacionado con la red era escasa. Supongo que ustedes estuvieron de acuerdo en que esa no debía ser una prioridad en la investigación.

—Así es.

—¿Han cambiado de opinión al respecto?

—No.

Señalé la cama de Larry.

—¿Me permite que me siente?

—Por favor. Adelante.

Me senté en el borde de la cama y eché una ojeada al suelo de parquet. Había una alfombra en el centro con las marcas de la aspiradora y solo un juego de huellas: las mías. Ella aspiraría sus huellas cada vez que saliera de la habitación. Luego miré las paredes. Estaban pintadas de un color verde un poco más claro que el verde de la alfombra, un color que los fabricantes denominaban verde hospital porque en teoría resultaba más relajante. Había un tablero de corcho con una docena de notas clavadas y un calendario del año pasado donde aparecía marcado el mes de la desaparición de Larry. Había un horario con los entrenamientos de fútbol, una tarjeta con la hora de visita a una clínica dental y un par de tarjetas de felicitación de cumpleaños, con todo el aire de haber sido enviadas por la abuela. También había una hoja de un examen de matemáticas con una gran A en un círculo. Nada que se apartara de lo habitual.

Si las paredes debían provocar una sensación de tranquilidad, las cosas que habían clavado en ellas no la daban. Había dos pósters gigantes de las películas de *Star Trek*, uno de Bruce Willis de la serie de la *Jungla de cristal* donde el actor aparecía lleno de cortes y sangrando, y después toda una serie de pequeños carteles de dinosaurios. Un par de anuncios de lucha libre arrancados de revistas y pegados con celo sin poner mucho cuidado, lo cual evidentemente mostraba que no habían sido puestos allí por ninguno de los padres.

De momento no había fotos de Farrah o Britney.

Sin embargo, el póster que me llamó la atención fue el de la exposición animatrónica de bestias prehistóricas en el museo de las charcas de alquitrán de La

Brea que se había clausurado el año pasado después de muchos meses. El gran rectángulo oscuro ocupaba el lugar de honor a los pies de la cama, donde lo podía contemplar a placer. Evan había ido a la exposición con Jeff —no recuerdo cuál de los padres los había acompañado— y durante varias semanas había sido su único tema de conversación. Toda clase de efectos especiales, me había comentado, para animar a aquellas bestias de diez mil años atrás. A Evan le habían gustado sobre todo los caballeros y guerreros, como aquellos que aparecían en algunos de sus videojuegos, que montaban las bestias. Los puristas de la ciencia habían montado un escándalo en toda regla por estas inexactitudes cronológicas; recuerdo que lo había encontrado muy divertido porque había disfrutado muchísimo con *Los Picapiedra* cuando era una niña, y ¡todos montaban en dinosaurios! Para mí lo más importante era que había despertado la curiosidad de Evan sobre cuál era la verdad.

Al ver el póster, lo comprendí todavía mejor. Mostraba a un grotesco jabalí verrugoso de cuyo cuerpo chorreaba un mucílago siniestro, demasiado rojo para ser sangre normal, quizá porque la intención del dibujante había sido que te imaginaras una sangre bestial. Montado en el jabalí estaba una figura parecida a la de un guerrero con una armadura negra muy exótica; todo el conjunto provocaba un efecto intrigantemente medieval. Enarbolaba una espada corta en una mano y con la otra se sujetaba al jabalí por la melena; la bestia tenía alrededor del cuello algo parecido a la melena de un león. El ángulo de la espada y la posición me llevaron a pensar que el caballero o el guerrero se disponía a matar a la bestia mientras la cabalgaba. Mataría al demonio, pero en el proceso se arriesgaba a caer, quizá con grave peligro para su vida. La apremiante imagen me provocaba una gran inquietud, pero al mismo tiempo quería ver todos los minúsculos detalles que había introducido el autor: las joyas en la empuñadura de la espada, los fantásticos grabados en la armadura, los resplandecientes remaches afilados en los dedos de los guanteletes metálicos...

En cambio, a pesar de la precisión de todos los detalles de la imagen, cuando mirabas en la abertura del yelmo, descubrías que no tenía rostro.

—Vaya —exclamé, sin desviar la mirada del póster.

—Sí —dijo la madre de Larry, en un tono tan bajo que casi no la escuché. Me pareció una reacción extraña, pero la dejé correr.

Me marché de la casa de los Wilder con una visión mucho clara sobre cómo era el chico. Es muy difícil hacerse una idea a partir de las fotos y las descripciones. Lo que necesitaba de verdad era una réplica suya hecha por Animatronics. Sin embargo, al haber estado en su habitación, sentarme en su cama, ver el punto donde aterrizarían sus zapatillas, dónde caerían los vaqueros, ver los objetos que le gustaba mirar, llegué a la conclusión de que se trataba de un chico agradable y del todo normal, no uno de los chicos de Promenade. Le dije a la madre que la llamaría si necesitaba alguna otra cosa y que la mantendría puntualmente informada de cualquier nuevo avance cuando

se produjera. Ella sabía que «cuando» significaba en realidad «si...»; lo leí en su rostro cuando me marchaba. No obstante, tuvo la cortesía de no rebatírmelo.

No disfruté de la misma deferencia en la casa de los McKenzie. Mi llegada se retrasó debido a una parada que hice en el café cercano al lugar donde habían secuestrado a Larry. Aparqué en una zona de carga y descarga, y casi en el acto tuve que vérmelas con un camarero, quien me invitó a que retirara el coche sin ocultar su enfado. La placa y la promesa de una partida razonablemente rápida consiguieron que se apartara.

Recorrí todo el largo de la acera un par de veces mientras el camarero me miraba con creciente impaciencia. Cuando acabé de hacerme una idea, pasé a su lado para entrar en el café y pedí hablar con el encargado. Resultó ser una mujer que salió de la cocina vestida con una bata blanca y delantal manchado con el que se secó las manos, antes de extenderme una para saludarme. Supuse que probablemente también era la cocinera y quizá, incluso, la propietaria. Manifestó que había estado allí el día del secuestro aunque no había presenciado el hecho y añadió que otros dos posibles testigos ya no trabajaban en el local, así que tendría que llamarles a sus casas si es que continuaban viviendo en el mismo lugar. Creía que al menos uno de ellos aún vivía en el vecindario porque de vez en cuando aparecía por el café y no había mencionado que tuviera la intención de marcharse.

Le di las gracias, salí del local y enfadé todavía más al preocupado camarero cuando le sonreí y me senté a una de las mesas de la terraza. Pobre, tendría que prestarme atención aunque no quisiera. No había acabado de sentarme, cuando apareció un coche a muy poca velocidad y aparcó en paralelo al mío. El conductor le hizo una seña al camarero, que miró nervioso en mi dirección y luego sacudió la cabeza muy lentamente. El coche se alejó con la misma lentitud de antes. El clásico y discreto aviso de que la costa no estaba despejada.

Ahora estaba muy claro por qué aquel pobre idiota no quería que nadie, y mucho menos un poli, ocupara aquella plaza de aparcamiento. Estaba esperando una entrega de droga. Probablemente para consumo propio; no tenía pinta de ser un vendedor. Memorice el número de la matrícula para pasársela a alguien de narcóticos. Si quería estar enojado conmigo, estaría encantada de darle un buen motivo.

Comprendí que la mala uva de Marcia McKenzie era su estado natural, incluso más allá del dolor, de la misma manera que el estado natural de la señora Wilder era la amabilidad.

—No sé por qué tengo que pasar de nuevo por todo esto —protestó cuando finalmente nos sentamos. Ya me sentía como una intrusa; la casa estaba tan perfectamente decorada que no me parecía reunir méritos suficientes para entrar. Estaba segura de que tapaban todo el mobiliario con fundas de plástico cuando no tenía que venir nadie de visita. Me asustó caminar por la alfombra persa de la sala;

aquel objeto seguramente costaba más de lo que yo ganaba en dos meses.

Lamentablemente, la riqueza de la familia no la había protegido. La desaparición de Jared McKenzie había caído sobre ellos como una montaña, y todavía estaban intentando salir a la superficie. Las personas que no esperan ser víctimas de un crimen se sienten furiosas, frustradas, inseguras, violadas y tremendamente confusas al ver que el mundo se ha convertido en un lugar tan extraño y desconcertante en un santiamén. Marcia McKenzie estaba acostumbrada a recibir la más completa deferencia, pero ahora acababa de descubrir que debía partir de cero y abrirse paso a través de un engorroso sistema que por defecto siempre favorecía al criminal anónimo. Todo aquello que encontraba en el proceso de impartir un poco de justicia topaba frontalmente con la manera en que ella consideraba que se debían hacer las cosas. En pura lógica, el sistema tendría que haberla tratado mejor, pero no por eso debía tratarme a mí como lo hizo. Hubo al menos una decena de veces en el transcurso de nuestra entrevista en las que estuve a punto de marcharme sin más. Si la escuchaba decir una vez más «es una vergüenza»...; era como si Terry Donnolly y yo hubiésemos sido la causa directa de todo su sufrimiento.

No callaba ni un momento. «... una deplorable falta de respuesta, un evidente fracaso a la hora de admitir las necesidades de mi familia...».

Sí, lo comprendo y me hago cargo de lo que sintió al ver que nadie se ocupaba mientras estábamos repartiendo los casos del detective Donnolly. Pero ahora las cosas mejorarán. Tenía que ir con mucho cuidado; si hacía demasiadas afirmaciones, podría provocar en ella unas expectativas muy poco razonables, incluso todavía más de las que tenía ahora. Me llevó casi una hora abrirme paso entre tanta cólera y llegar a la habitación de Jarred. Entonces, por uno de esos caprichos del azar, sonó el teléfono. Me dejó sola mientras ella iba a responder en una habitación al extremo del pasillo.

Tardaba tanto en volver que me aburrí de estar de pie y me senté en la cama, sin pedir permiso. A diferencia de la habitación de Larry Wilder, esta había sido limpiada a fondo por una madre muy angustiada que necesitaba mantener algún tipo de control sobre un hijo que ya no estaba presente. No había mejor lugar donde comenzar que en su espacio privado, que bien podría haber sido uno de sus campos de batalla antes de que él desapareciera. Fui más atrevida en la habitación de Jared; toqué las cosas, las recogí, las miré del derecho y del revés, lo revisé todo meticulosamente. La habitación de Larry Wilder me había parecido un lugar de respeto mientras que la de Jared McKenzie era un lugar de confusión, los matices venían dados por sus respetuosas, o en el caso de Marcia McKenzie irrespetuosas, madres.

Comencé a mirar en los cajones. Esperaba encontrármelos tan limpios y ordenados como todo lo demás, pero para mi deleite, estaban desordenados. Rotuladores sin tinta, guijarros de colores, clips retorcidos, lápices mordidos, cordones de zapatos rotos, monedas extranjeras, cromos, entradas de cine y un

estuche de lápices de una tienda de regalos en La Brea.



## Trece

El caballo que me había conseguido para el viaje a Saint-Étienne era un castrado muy dócil, pero incluso así, a medida que avanzábamos comencé a temer el día siguiente, cuando tendría las piernas y el trasero tan doloridos que apenas si podría caminar. En otros tiempos me había encantado montar, sobre todo cuando Étienne me llevaba a mí y a nuestros hijos de excursión por la campiña. Le pedíamos cuatro caballos al encargado de las caballerizas de Champtocé, quien supuestamente no podía hacerlo, pero que nos complacía bondadosamente, sobre todo cuando los señores del castillo se encontraban en Machecoul y, por tanto, no se enterarían. Michel y el joven Gilles a menudo salían a cabalgar solos, en caballos demasiado grandes para ellos, para perseguir a las pequeñas bestias por el bosque o practicar la cetrería con el pequeño halcón que mi señor estaba entrenando. Muchas veces desaparecían durante horas, algo que no solo me preocupaba a mí, sino también a Jean de Craon, que tenía tanto invertido en el futuro de su nieto que bastaba que un cabello de su cabeza estuviese fuera de lugar para que descargara su furia sobre todos aquellos que cuidaban del muchacho. Sin embargo, a pesar de nuestros intentos no conseguíamos que aceptaran una escolta, y si lo hacían, no tardaban en escabullirse delante de sus narices.

Solo podía hacerme una vaga idea de la cólera de Jean de Craon si le hubiesen revelado lo que me habían dicho a mí el día anterior referente a su nieto.

En esos momentos, mientras nos acercábamos a Saint-Étienne, no dejaba de lamentarme de esta tortura. A la incomodidad física se añadía un inquietante presentimiento. No habría ningún encuentro entre nosotros y mi señor, al menos uno que hubiese sido concertado; éramos un grupo pequeño y desarmado, y Su Eminencia solo quería observar la situación desde una distancia prudencial. No descubriríamos nuestra presencia a menos que fuera absolutamente necesario y nos dedicaríamos a recoger información de la manera más discreta posible sobre la toma del castillo y la iglesia. Mientras tanto esperaríamos, atentos a cualquier acontecimiento. Su Eminencia había preparado todo esto con el único objetivo de complacerme. La noche anterior, después de acabar los preparativos, Jean de Malestroit había mandado que nos sirvieran la cena, que comimos juntos en la intimidad de sus aposentos. Fue una velada agradable, dadas las circunstancias, que se agrió un poco cuando él insistió de nuevo en que no deberíamos hacer el viaje.

Ahora me encontraba montada en un caballo a plena luz del día, con todos mis sentidos aguzados al máximo y dispuestos a actuar, en un estado de ánimo que pocas veces tenía porque tales disposiciones eran necesarias para una mujer de Dios tan solo en situaciones excepcionales, a menos que ella fuese Juana de Arco. Observé la fortaleza de Saint-Étienne resguardada por un grupo de árboles y sentí aquello que imaginé sentiría un guerrero a punto de lanzar un ataque por sorpresa, aunque no se

preveía ningún ataque inminente. Me sentía entusiasmada ante la perspectiva de la gloria, si bien también había algo de miedo. Me fijé en todo: en los soldados de infantería fuertemente armados que vigilaban el perímetro del castillo cerca de la vieja iglesia y en las tropas de caballería cuyas monturas se movían inquietas por el peso que soportaban. Identifiqué al marqués De Ceva, el más infame de los truhanes que pisan esta tierra.

—No se ve a mi señor por ninguna parte. Seguramente aún está en el interior del castillo —le comenté a Su Eminencia.

Él asintió con aspecto grave, aunque no pudo reprimir una sonrisa. Quizá mi predisposición guerrera le resultaba divertida. A mí me parecía una buena manera de pasar el tiempo, porque comenzaba a aburrirme mirar a la distancia mientras los soldados se movían delante de la entrada de la iglesia en aparente confusión.

El sol ya estaba bien alto. Escandalicé a la compañía cuando me quité el velo y sacudí la cabeza para soltarme la cabellera, pero me apresuré a ponérmelo de nuevo cuando todas las miradas se volvieron en mi dirección. Jean de Malestroit soltó una risita y enarcó las cejas. Se inclinó hacia mí para susurrarme:

—Puede que te sirva de consuelo saber que el yelmo no es precisamente más cómodo. Supongo que dentro de muy poco reclamarás tu espada.

Lo que yo deseaba por encima de todo lo demás era un asiento más cómodo; cambiaba de posición cada vez con mayor frecuencia para no quedarme rígida. Resultaba bastante difícil cuando llevabas tal abundancia de prendas a cuál más engorrosa. A cambio, encontré muchos motivos para distraerme en los pequeños movimientos que se ven cuando no se tiene la mirada fija en una cosa específica. Lo más interesante de todo era un gato del que no había manera de desembarazarse; él —o ella, no podía saberlo a esa distancia— se frotaba contra las patas de los caballos, algo que los hacía encabritarse, con el consecuente enfado de los jinetes. Una y otra vez, el marqués De Ceva apartaba al molesto felino con la punta de la espada, pero el gato insistía, como suelen hacer todos los gatos, sobre todo cuando están hambrientos.

El inocente juego continuó durante un rato y entonces, sin previo aviso, mi señor Gilles apareció en la puerta de la iglesia.

—Eminencia —susurré.

—Ya lo veo —respondió.

Todos nos erguimos en las monturas y observamos mientras mi señor, con la armadura negra, caminaba furioso por las tablas, sin dejar de blandir la espada a diestro y siniestro sin ningún objetivo en particular y a todos a la vez. Llevaba el yelmo en la otra mano y se lo arrojó a uno de sus hombres, que lo cogió en el último momento. Me pregunté, al ver la expresión de cólera en el rostro del barón, cuáles hubiesen sido las consecuencias para el hombre si el yelmo hubiese caído y se

hubiese abollado al chocar contra el suelo.

Quizá Jean le Ferron estaba demostrando ser más decidido de lo que se esperaba. Mi señor se paseó impaciente entre sus tropas, dando evidentes muestras de mal humor, una escena que había presenciado una infinidad de veces durante su infancia. Entonces el gato tuvo la mala ocurrencia de interponerse en su camino; tropezó y el peso de su traje de metal a punto estuvo de hacerle caer al suelo; a voz en cuello soltó un torrente de insultos a cual más vil, improprios que las damas no suelen escuchar, aunque él no sabía que había una dama presente que lo escuchaba.

Se lo hubiera perdonado. Los hombres, sobre todo los de la nobleza, a veces se comportaban de aquella manera. Pero entonces hizo algo tan imperdonable que casi me negaba a creer lo que veían mis ojos: empuñó la espada con las dos manos y de un solo tajo cortó en dos al molesto felino.

No siento un amor especial por los gatos, pero tampoco apruebo su matanza. Las dos partes se retorcieron entre los cascos de los caballos mientras las tropas de Gilles de Rais se reían a mandíbula batiente del desgraciado animal. Estaba segura de que al final del día aquellas dos secciones acabarían convertidas en una masa sanguinolenta. En lo único que se me ocurrió pensar fue en el pobre perro de la señora Marie, colgado con tanta crueldad.

Me volví para vomitar. Los restos de mi desayuno, ya convertidos en papilla por las sacudidas del viaje, dejaron su rastro ácido en mi lengua. Inclínada peligrosamente sobre un costado, me aferré al pomo de la silla y escupí los residuos lo mejor que pude. Jean de Malestroit, con el rostro impasible, me cogió por el brazo para que no cayera. No dijo nada, pero por el rabillo del ojo vi que le hacía un gesto al padre Damien, quien se apresuró a sacar y alcanzarme una frasca.

—Bebe —me animó Su Eminencia amablemente.

Esperaba encontrar agua, y en cambio resultó ser vino, de muy buena calidad. Pero su excelencia era un desperdicio porque no me vi con fuerzas para tragarlo; hice buchecillos con el afrutado líquido y después lo escupí. No había nada lo bastante dulce como para eliminar el regusto de la bilis.



Finalizado este pequeño incidente, el padre Damien llamó a uno de nuestros escoltas y marchó —por un camino que daba un gran rodeo para no ser visto— hacia el pueblo de Saint-Étienne, que se encontraba al oeste. Jean de Malestroit le había encomendado la tarea de interrogar a los feligreses de Le Ferron sobre lo que había ocurrido en la iglesia. Nosotros nos quedamos con nuestra mermada guardia y continuamos observando las idas y venidas de los soldados alrededor del castillo. Cuando mi estómago recuperó la normalidad saqué el pan y el queso que llevaba en las alforjas y los compartí con los demás, sin olvidarme de reservar una parte para

aquellos que habían marchado, no fuera a ser que no les trataran hospitalariamente en el pueblo. Comí sin apetito. Me pregunté si alguna vez recuperaría el gusto por la comida.

El sol ya había pasado su cenit cuando regresaron los enviados. Habían hecho el camino de regreso a través del bosque y aparecieron discretamente por detrás de nosotros.

Damien mostraba una expresión grave cuando salió de entre los árboles. Al parecer, a nuestro hermano en Cristo Jean le Ferron lo habían sacado a rastras de la iglesia, le habían obligado a arrodillarse ante la vista de todos y luego le habían propinado una soberana paliza con un grueso bastón.

—Le tenían encadenado de pies y manos —informó el padre Damien—. Dijeron que luego lo arrastraron, herido y ensangrentado como estaba, al interior de su propia iglesia como un prisionero. Algunos de los testigos lloraban mientras me lo decían. Otros que habían visto semejante tropelía estaban tan horrorizados que ni siquiera fueron capaces de contarlos.

—Intolerable —susurró Su Eminencia dominado por la cólera—. Que su propiedad le fuera arrebatada de una manera tan vil... Habrá una respuesta inmediata.

Vi la furia que ardía en su mirada, que no se apartaba de su interlocutor; nunca había conocido a un hombre que prestara tanta atención a lo que se le decía ni tampoco ninguno capaz de repetir lo que se le decía con tanta fuerza. Mi arma es el conocimiento, decía a menudo, dado que no llevo espada. Sin embargo, por mucho que lo admirara, incluso amaba al hombre —unos sentimientos impropios en el mejor de los casos— y aceptaba que se impusiera la furia; creía que estaba furioso por la razón equivocada.

—Jean —dije, con voz muy queda. Se volvió hacia mí en el acto al escuchar su nombre de pila.

—¿Sí, Guillemette?

—¿No os parece lamentable, como me lo parece a mí, que cuando asaltan un castillo persigamos a su asaltante con un empeño mucho mayor al que ponemos a la hora de dar caza al secuestrador de nuestros niños?

Él desvió la mirada y murmuró algo que no alcancé a entender. Mi disgusto era inmenso.

Recé, con todo el fervor que mi conciencia casi pagana me permitió, por el alma de Gilles de Rais y le pedí a Dios que me enseñara que no era aquello en que parecía haberse convertido: en un monstruo, en una bestia, en un adorador del Señor Oscuro. Supliqué a Dios contra toda lógica que llegáramos a descubrir que todo era falso y que mi señor, sobre quien había ejercido la influencia de una madre, era del todo inocente. Tal resultado parecía muy poco probable con cada nueva revelación sobre su carácter. Así y todo, había una cosa que sabía a ciencia cierta: al duque Juan v le

interesaban más los castillos de sus camaradas que los hijos de la gente que vivía bajo su amparo. Ese era un tema que merecía la mayor de las críticas.

Mediada la tarde relajamos un poco la vigilancia; no parecía probable que nos descubrieran protegidos como estábamos por la cortina de árboles. Los hombres de Gilles estaban muy preocupados con sus quehaceres (y con seguir destrozando las mitades del gato) como para mirar en nuestra dirección. Nuestros caballos, que estaban mucho más complacidos con el aburrimiento que sus jinetes, no hacían el más mínimo ruido. El silencio era total, y sin embargo nadie más que yo escuchó al hombre que se aproximó al amparo de la espesura. Fue solo porque estaba rebuscando en el contenido de las alforjas y, por lo tanto, un poco vuelta de espaldas que escuché los apagados sonidos en el matorral.

Sin perder la serenidad, acabé de ordenar las alforjas y volví a mirar al frente. Luego fingí un leve mareo, momento en el que Su Eminencia se inclinó hacia mí para sostenerme. Aproveché la proximidad para susurrarle una advertencia.

—Hay un hombre oculto detrás de nosotros. No puedo verlo con claridad, pero sé que está allí.

Con la misma presencia de ánimo, el obispo se apartó, sin ninguna prisa para no alarmar a nuestro oculto observador y después miró a uno de los miembros de la escolta. Miró fijamente la espada del hombre y movió la cabeza hacia atrás en un gesto apenas perceptible.

—Detrás, entre el matorral —le escuché decir, aunque sus palabras fueron tan suaves que no resultó posible que el intruso las escuchara. El escolta cerró los ojos lentamente, luego los abrió, para indicar que había captado el mensaje.

Al cabo de unos segundos, el hombre dijo en voz alta:

—Con vuestro permiso, Eminencia, ¿puedo apearne un momento?

Jean de Malestroit asintió con un gesto un tanto exagerado.

—Por supuesto —dijo.

El hombre se apeó del caballo, comenzó a tironear del cordón de los calzones, como si fuera a aliviarse allí mismo y después caminó hacia los arbustos que estaban a mi espalda.

—Madre, os ruego vuestra indulgencia.

—No miraré.

Se dirigió hacia el matorral, con la mano aparentemente cerca de la entrepierna aunque en realidad estaba más cerca de la empuñadura de la espada. Escuché el roce del metal cuando desenvainó el arma y luego los ruidos de una breve pelea. Me volví para ver qué había ocurrido; el instinto me decía que saliera del bosque para ir al claro, pero aquella no hubiese sido la acción de un guerrero que deseaba pasar desapercibido. Así que permanecí en la montura, muy asustada, y contemplé cómo las ramas se movían violentamente. No se oyó ningún grito; en cambio, un

apresurado intercambio de palabras en voz baja, como si el intruso también deseara no ser descubierto por los soldados del barón De Rais. Luego cesaron los movimientos.

Reinó el silencio durante unos momentos hasta que el escolta apareció con su presa por delante; le había atado las manos a la espalda. Empujó al cautivo hacia nosotros. El hombre se tambaleó un poco y luego recuperó el equilibrio cuando estaba a punto de chocar contra el caballo de Su Eminencia. Miró el rostro severo del obispo y se inclinó respetuosamente.

¡Se trataba de un sacerdote!

—Di qué te ha traído hasta aquí, hermano, y más te vale que sea de verdadera importancia —le ordenó Jean de Malestroit, sin levantar la voz.

—Os pido perdón, Eminencia —respondió el hombre con voz temblorosa y la cabeza gacha.

—Di primero cuál es tu pecado.

—Mis pecados son muchos —replicó el sacerdote—, pero me refería a pedir vuestro perdón por haberos sorprendido de esta manera. No quería descubrir vuestra posición a los soldados de mi señor. Por eso no atravesé el claro para hablar con vos.

—Algo que te agradecemos —dijo Su Eminencia—. Ahora bien, ¿cómo sabías que estábamos ocultos aquí?

—Seguí al joven hermano cuando salió del pueblo.

—¿Él no se dio cuenta de tu presencia?

—No, Eminencia.

Jean de Malestroit miró al hermano Damien con expresión crítica y luego se dirigió una vez más a su interlocutor.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—La Roche —respondió el hombre—. Guy.

—Bien, hermano Guy, debo preguntarte una cosa: ¿por qué no hablaste directamente con el hermano Damien cuando estuvo en tu pueblo?

—No tenía nada que decir sobre el asalto a la iglesia, cosa que era su propósito. Sirvo en una parroquia mucho más pequeña al otro lado del pueblo y no estaba presente cuando se cometió la atrocidad. No obstante, uno de nuestros jóvenes vio desde lejos cómo se acercaba vuestro grupo.

—No vimos a ningún joven en nuestro camino.

Una débil sonrisa apareció en el rostro de La Roche.

—Entonces debo suponer que, después de todo, estaba muy bien escondido. Era algo que nos preocupaba.

—¿Un espía?

—Así es —admitió el sacerdote—. Tenemos a hombres colocados por todos los bosques de la zona. —Al ver la expresión de curiosidad del obispo, le ofreció una

explicación—: No nos atrevemos a dejarlos sin vigilancia. Los demonios están robando a nuestros niños.

Solo hubo silencio por parte de Jean de Malestroit ante estas palabras. El sacerdote continuó:

—Nuestro hombre nos dijo que la abadesa estaba con vosotros.

No una abadesa, sino una determinada: yo misma. Me miró a mí mientras yo miraba en derredor, asombrada.

La mirada de Jean de Malestroit se fijó en mí con un cierto aire de crítica.

—Al parecer te has ganado una reputación, hermana —susurró.

—Eso parece, Eminencia —le susurré a mi vez—. Que Dios me perdone.

Masculló algo que interpreté como una muestra de su desagrado y añadió:

—Ya lo veremos.

El sacerdote se acercó a mí. El escolta tendió la mano para hacerlo retroceder, pero una mirada de Jean de Malestroit bastó para que no lo hiciera.

—Si me permitís hablar, madre.

Miré instintivamente a Jean de Malestroit, quien dejó todo el asunto en mis manos por el sencillo procedimiento de mirar en otra dirección.

—Puedes —respondí. Me senté bien erguida en la silla, porque disfrutaba con ese momento de autoridad—. Date prisa, porque se va la luz —le advertí.

—Nos llegaron noticias de Bourgneuf donde escuchasteis muchas historias de niños desaparecidos. Nosotros también tenemos algo que contarte.

—¿Nosotros? —exclamé.

—Sí. Hay otros que me esperan, bien ocultos en el bosque. —Señaló en la dirección donde lo habíamos sorprendido y nos miró con una expresión de súplica.

—¿Cuántos son? —preguntó Su Eminencia, alerta.

—Siete —contestó el sacerdote.

Los suficientes para capturarnos. Sin embargo, ¿por qué decirnos el número si la intención era impura? También podía ser que lo hubiese rebajado para ganarse nuestra confianza. Todo ese asunto de ser guerrero era bastante confuso. Miré de nuevo a Jean de Malestroit pero su rostro era una máscara. En cambio, la expresión del mío no podía ser más clara: «Por favor, quizá valdría la pena escuchar lo que tengan que decir».

Finalmente asintió. Hicimos dar media vuelta a nuestros caballos y seguimos a La Roche.



Muy pronto quedó claro que no teníamos nada que temer: entre los siete había tres mujeres, un hombre que parecía ser muy anciano y, por supuesto, el sacerdote. Los otros dos eran hombres fuertes, pero ninguno de los dos llevaba armas.

Se hicieron las reverencias y cortesías adecuadas, y luego Su Eminencia les dijo:

—Habéis emprendido una larga caminata para contarme vuestra historia.

—Venimos en memoria de un niño. La distancia no nos pareció importante.

Jean de Malestroit observó al grupo durante unos instantes.

—¿Alguno de vosotros es el padre del niño? —preguntó.

—No —contestó el sacerdote—. Era huérfano.

—Su madre murió al darlo a luz —añadió una de las mujeres.

Era el temor de todas las mujeres cuando comenzaban a sentir los dolores del parto.

—¿Qué hay del padre? —pregunté.

Una vez más, fue La Roche quien me respondió.

—Murió hace dos años, de consunción. Mientras pudo hizo lo imposible por criar al chico, y con bastante buen tino hasta que cayó enfermo.

—El padre era mi hermanastro —explicó otra de las mujeres—, y cuando comprendió que la muerte estaba muy próxima, me pidió que cuidara del niño o que le buscara una buena familia si no podía mantenerlo. Yo no tenía medios para alimentar a otra boca. —Agachó la cabeza, avergonzada.

—Toda la parroquia le cuidaba —añadió el sacerdote—. El chico se hacía querer. Era inteligente y había comenzado a estudiar latín con mucho entusiasmo. Me dije incluso que quizá estuviese hecho para el sacerdocio. Era muy devoto.

Jean de Malestroit pareció reflexionar sobre todo lo dicho, aunque no dijo palabra.

—Así que nosotros perdimos un hijo —prosiguió La Roche—, y Dios quizás a un sirviente.

—Todos somos sirvientes de Dios, hermano.

El sacerdote se dirigió a mí cuando retomó la palabra.

—Sé que es muy irregular que nos hayamos presentado en grupo, madre, pero es que el chico no tenía a nadie que hablara por él.

—Entonces, debéis hacerlo —señalé.

Todos comenzaron a hablar casi a la vez. «Era un excelente muchacho a pesar de sus desventajas. Aquellos que lo conocían estaban encantados con él. Un buen chico y mejor creyente». La última frase la pronunció la más joven de las mujeres del grupo.

—Sabíamos que se habían llevado a otros. Es algo que ya no se puede seguir negando.

«Allí se comen a los niños».

—¿Cuál era su nombre? —se decidió a preguntar el obispo.

—Lo bautizaron con el nombre de Jacques —respondió el sacerdote—. Sin embargo, como una muestra de afecto todos le llamábamos Jamet. Su padre se



llamaba Guillaume Brice.

—¿Cuándo se perdió? —quiso saber Su Eminencia.

El sacerdote me miró a mí una vez más, aunque había sido el obispo quien le había formulado la pregunta. Me pregunté si la hermana Claire había hecho correr la voz de que en mí encontrarían a una oyente mejor dispuesta.

—La última vez que alguien le vio fue hace ya más de un año —explicó—. En febrero. Le gustaba traer algún regalo a aquellos de nosotros que le cuidábamos. Entonces un día salió a pedir limosna y nunca más volvió.

—¿Se hicieron averiguaciones?

—Por toda la zona y más allá, madre —contestó la tiastra—. Él era el último de nuestra línea, y era solo a través de él que el apellido de su padre, y también el del mío, se podía continuar. No queríamos que desapareciera sin más como había pasado con los demás cuando nadie los encontró. Queremos que se haga justicia y se aprese al responsable.

Era la misma amarga frustración que había escuchado en todas las demás quejas. Sin embargo, esta vez una comunidad entera había acudido a hablar por el niño que en realidad no era hijo de nadie. Sus esperanzas y expectativas flotaban en el aire como una niebla que nos envolvía.

—Me ocuparé del tema —manifestó Su Eminencia finalmente.

La tiastra del niño se adelantó.

—¿Cuándo tendremos noticias vuestras?

Las palabras de la mujer parecieron coger por sorpresa a Jean de Malestroit; no estaba acostumbrado a un comportamiento tan decidido por parte de sus peticionarios. Así y todo, la protesta común era una fuerza cuyo poder comprendía muy bien.

—Se me han encomendado otros asuntos más urgentes que requieren mi atención, pero tenéis mi promesa: me ocuparé del caso sin demoras innecesarias.

Todos murmuraron y asintieron, agradecidos. Luego La Roche dijo:

—Eminencia, con vuestro permiso quisiera hablar con mi gente en privado.

—Como quieras, hermano.

Hablaron entre ellos en voz baja durante unos momentos. Cuando acabaron, el sacerdote se acercó a nosotros.

—Tenemos nuestras sospechas sobre quién podría ser el culpable de todas estas desapariciones —manifestó.

—No me cabe la menor duda —respondió Jean de Malestroit. La Roche esperó prudentemente. Tras una pausa, el obispo añadió—: Sin embargo, sacaré mis propias conclusiones a través de una investigación imparcial. En su momento, si hay un juicio, vosotros sabréis todo lo que yo sé.

La respuesta pareció complacerlos. Después de manifestar de nuevo su

agradecimiento, se despidieron de nosotros y volvieron a desaparecer en el bosque.

Durante todo el viaje de regreso a Nantes, a la luz de las antorchas, reflexioné sin prisas sobre los acontecimientos de esa larga y agotadora jornada. Cuando atravesábamos la zona boscosa cercana a la ciudad, escuché la voz de Jean de Malestroit. Se encontraba a mi lado, y, sin embargo, sonaba como si me hablara de muy lejos.

—Por fin hay una razón para actuar contra el barón De Rais.

No respondí a su declaración. Era una amarga verdad que nuestros niños desaparecidos significaran menos para el duque Juan V que la propiedad de Saint-Étienne. El barón De Rais seguramente debía de tener muy claro que era una locura pretender recuperar la propiedad por la fuerza. ¿Cuánto tiempo creía que pasaría antes de que el duque Juan V enviara una fuerza mucho más grande y mejor equipada, integrada por tropas más leales, para aplastar a mi señor en el fango de Saint-Étienne?

El verdadero delito de mi señor era que se consideraba como un igual al duque Juan V. Lo había visto en su abuelo, que tenía más riquezas, más propiedades, más sirvientes, más astucia y, desde luego más audacia que el duque. Era un terrible error por parte de mi señor asumir que tal igualdad le había sido traspasada automáticamente. Incluso más sorprendente eran las insensatas acusaciones que, según nos habían dicho, había formulado durante el ataque: «Maldito truhán», le había gritado a Jean le Ferron. «Has maltratado a mis hombres y les has robado su dinero. ¡Sal de la iglesia o te mataré ahora mismo!».

Nadie creyó ni por un segundo que Jean o Geoffrey le Ferron le hubiesen robado nada. Por otro lado, ninguno de nosotros conseguía entender cómo un hombre que había mostrado tanta humildad durante la celebración de la Paz podía perder sin más el control de su alma de una manera tan espantosa como lo había hecho Gilles de Rais en Saint-Étienne. Le habíamos escuchado manifestar, tanto en su breve penitencia en la iglesia y luego en otras ocasiones, el sincero deseo de realizar una peregrinación a Tierra Santa, de renunciar a su vida pecadora y de suplicar el perdón divino. Sin embargo, solo su confesor, y quizá Jean de Malestroit, conocían la verdadera naturaleza de los pecados que necesitaban de la absolución, y ninguno de los dos soltaba prenda.

Jean de Malestroit sabía lo suficiente como para acabar con mi señor Gilles en nombre del duque Juan V. Pero de no haber sido tan loco como para asediar una iglesia, a nadie se le hubiera ocurrido acusar a Gilles de Rais de ningún delito, a pesar de las súplicas de tantos padres y familiares.

Mi señor seguía siendo indudablemente uno de los nuestros.

Pero no lo seguiría siendo durante mucho más.

En Minnesota, mi familia luterana iba a la iglesia los domingos por la mañana y nos estábamos allí unas ocho horas (al menos eso era lo que me parecía), y después disfrutábamos de una deliciosa comida y encantadora sobremesa que se prolongaba durante el resto del día. Hace mucho que ya no vivo así, pero no me atrevía a llamar a ninguna de las familias que aparecían en mis siete casos documentados ante la minúscula posibilidad de que ellas sí tuvieran esa costumbre. Pasé la tarde del domingo entretenida en leer y releer los expedientes, en un intento de establecer una visión general.

Es una vida extraña la del entremetido. Solo tres de estas familias sabían que un completo extraño estaba muy ocupado en conocer los detalles íntimos de sus vidas y que, si bien este extraño estaba haciendo todo lo posible para mantener un distanciamiento profesional, se formarían opiniones sobre ellos basadas en lo que había leído.

«En mi opinión, Su Señoría, y según mi formación y experiencia profesional, si la madre hubiese vigilado mejor a su hijo, quizá hoy lo tendríamos aquí».

También he llegado a la conclusión, basada en la preponderancia de las pruebas, de que el tío del muchacho es en realidad un perverso a pesar de que tenga una coartada.

Es algo que a veces no puedes evitar. Quería ser justa y darle a las personas el beneficio de la duda, pero es que ves tantas cosas, tantas.

Surgirían una multitud de preguntas, y las más importantes serían: «¿El niño desaparecido había estado en el museo de La Brea en alguna fecha cercana al día de su desaparición? Si había sido así, ¿quién lo había acompañado?».

De igual forma, si había unas semejanzas tan sorprendentes entre las víctimas ¿no podría establecerse también un patrón entre los íntimos? Hasta ahora la única cosa visible que compartían los sospechosos iniciales, que habían dejado de serlo en cuanto se verificaron sus coartadas —incluido Garamond, aunque se negaba a hacerlo público— era que todos estaban estrechamente vinculados con las víctimas y mantenían una relación de profunda confianza.

No era precisamente una deducción que diera mucho de sí.

Pocos de los casos habían avanzado hasta el punto de incluir fotos de los íntimos en los expedientes, porque ninguno había sido fichado, excepto Jesse Garamond, quien realmente comenzaba a cabrearme. Estaba en la cárcel pura y exclusivamente por proteger a su hermano; era como si estuviese representando una de aquellas tragedias griegas que leíamos en la clase de teatro en el instituto. Entre las pocas fotos de que disponía, había una que me partía el corazón. El supuesto autor —que era el tío— tenía el brazo sobre los hombros de la víctima: estaban en un campo de

béisbol y el chico vestía pletórico el uniforme de su equipo. La foto la había sacado un aficionado porque sobraba fondo y la toma estaba un tanto torcida. Pero la ternura resultaba evidente; el chico estaba feliz, el tío estaba feliz, el fotógrafo lo había captado a la perfección. Miré al tipo de la foto y no se me ocurrió pensar otra cosa que: no pudo ser él. No tenía ninguna base para hacer esta valoración, pero la creía a pies juntillas. Al demonio con el distanciamiento profesional.

Creo que nunca antes me había sentido tan feliz de ver a mis hijos como aquella tarde cuando volvieron a casa. Hacían que la vida volviera a la normalidad. No había ninguna duda de que se lo habían pasado de maravilla, porque Kevin parecía agotado del todo cuando los trajo; aquello siempre era una buena señal.

Lo crean o no, una de las cosas que más me gusta hacer con ellos es la colada porque es un trabajo en equipo. Evan encontró un cesto en la leonera que él llama su habitación, y todos nos sentamos en el suelo de la sala alrededor de una montaña de calcetines, ropa interior, prendas de deporte y camisetas, y comenzamos la dura tarea de poner un poco de orden en todo aquello. Julia se encargó de la ropa blanca, Frannie de los colores claros y Evan de los oscuros; no quiere encargarse de la ropa blanca porque incluye los pequeños sostenes de Frannie y él se niega a tocarlos.

—Eres un cobardica —se burló ella—. Julia tiene que aguantar tus ridículos calzoncillos, pero a ti te asusta un pequeño sujetador.

—Sí, pequeño es la palabra exacta —replicó Evan.

Comenzamos a gritar todos a la una. De pronto, las prendas sucias comenzaron a volar por toda la sala. Para no quedarme fuera de la diversión, cogí una toalla y se la tiré a mi hijo, que se rió con una risa de falsete al tiempo que esquivaba ágilmente la toalla.

—Rata infame —le dije, mientras hacía lo imposible por contener la carcajada—. Ruego para que cuando ella crezca no sea más grande que tú.

—Sí —exclamó Frannie. Flexionó los bíceps, como si fuese Arnold Schwarzenegger—. Bobo, te crees que estudio danza en la academia, pero es kárate.

Lanzó unos cuantos golpes como si quisiera intimidar a su hermano, y Evan le cogió la muñeca. Con un chillido de deleite, Julia se sumó a la trifulca. Saltó sobre la espalda de su hermano y comenzó una lucha libre donde acabamos todos despeinados. No tardamos mucho en quedarnos tumbados en el suelo, agotados y la mar de felices.

Por fin acabamos de clasificar las prendas y poner la primera lavadora en marcha. Puse un CD de los Beatles como parte de mi programa de transmitirles el gusto por la música de los sesenta como había hecho mi hermano conmigo. Me gustaba mucho comprobar que mis hijos habían aprendido gran parte de las letras de las canciones y las cantaban a coro. Después repasamos los deberes de todos y preparamos bocadillos de queso calientes.

Julia y Frannie se quedaron dormidas delante del televisor. Cogí a Frannie en brazos. No pasaría mucho antes de que fuera demasiado pesada para hacerlo. Mientras caminaba hacia su dormitorio, me detuve a descansar un momento y miré hacia la sala. Allí estaba mi adorable hijo que hacía algo maravillosamente tierno: había cogido en brazos a su hermana menor, como había hecho yo con Frannie, y me seguía por el pasillo. No sé cómo evité echarme a llorar.

Por supuesto tuve que comérmelo a besos cuando él se fue a la cama un poco más tarde. Naturalmente se mostró espantado por ese exceso de cariño maternal. No me importó. Cuando todos dormían, limpié la cocina, porque me desagrada la idea de levantarme el lunes por la mañana y encontrarme con todo el desorden de la preparación de los bocadillos de queso calientes. En cuanto acabé, recogí los expedientes y carpetas y los metí en mi maletín.

El libro de Erkinen me miró desde la mesa de noche cuando me metí entre las sábanas. Lo miré y pensé: «Ya está bien». Pero lo cogí de todas maneras y comencé a leer. Al cabo de unos pocos minutos, ya estaba tomando notas. A la mañana siguiente me desperté con marcas de las hojas en la mejilla. Había tantas cosas que necesitaba saber...

Dos de los tres expedientes que faltaban aparecieron en mi casillero el lunes por la mañana. Me pregunté si yo hubiese estado tan dispuesta a renunciar al control de algo como parecían estarlo estos detectives. Pero desde el punto de vista de alguien dispuesto a hacer carrera tenía sentido, porque detestas tener tantos casos sin resolver en la pizarra. Esos en concreto, tomados de uno en uno, parecían destinados a quedar pendientes. A pesar de haber descubierto que estaban relacionados, quizá no conseguiría solucionarlos. Mi promedio de casos resueltos bajaría a normal por primera vez en mi carrera.

Comencé por llamar a las familias de las víctimas para presentarme. Explicué el cambio de los detectives primeros como un tema de «reparto de trabajo». La mayoría de las personas con las que hablé se mostraron comprensivas y muy dispuestas a cooperar. Quedé citada para una entrevista con la madre de otra de las víctimas para la tarde, después de dejar a Frannie en su clase de danza. La mayoría de las llamadas fueron bien, dadas las circunstancias, pero había sostenido una conversación muy tensa que me había deprimido. El presunto autor, el padre de un chico que había desaparecido, había sufrido una terrible crisis nerviosa después de que lo interrogaran como sospechoso. Su coartada había sido de las más endeble: declaró que iba solo en el coche camino del trabajo. Transcurrió un mes entero antes de que a alguien se le ocurriera que podía aparecer en los vídeos registrados por las cámaras que acababan de instalar en los peajes para cazar a los infractores que se saltaban las barreras. La madre me dijo que los detectives habían sido muy agresivos en sus interrogatorios, como se supone que debemos ser, sobre todo cuando hay pruebas muy claras —en

este caso, un testigo de absoluta confianza— que lo señalan como autor del secuestro. El hombre se había suicidado unos tres meses después del incidente, y no solo había dejado a su mujer viuda, sino también sin hijo, porque el niño desaparecido era hijo único.

Deseaba atrapar a ese monstruo más que cualquier otra cosa en el mundo. Lo deseaba con verdadera desesperación.

—Detén a todos los que tengan antecedentes por abuso de menores antes de seguir adelante —me dijo Fred.

—Vamos, Fred, eso no nos llevará a ninguna parte. ¿Por qué no hablas en cambio de poner en marcha la maquinaria?

—Protégete el culo, Dunbar, porque soy tu teniente y tu culo es una extensión del mío. Si tu perpetrador, y todavía no tengo muy claro que aquí estemos hablando de un solo tipo, resulta que después de todo era uno de los conocidos, habrá que volverse loco dando explicaciones cuando alguien vea que no mandaste que los detuvieran inmediatamente.

Tenía toda la razón, por supuesto; desde el punto de vista profesional era lo acertado, y nos daba algo de seguridad política. Sin embargo, parecía una enorme pérdida de tiempo; había miles de personas acusadas de abuso de menores en Los Ángeles y tardaríamos una eternidad en traerlos para ser interrogados.

—¿No podría limitarla un poco antes de comenzar?

—¿Cómo?

Lo intenté de nuevo.

—¿Qué tal con un perfilador?

A veces soy dura de entendederas.

—Apáñatelas con Erkinen.

Esa vez fue él quien me llevó a comer, a un bonito restaurante en Los Ángeles Oeste, en el lado sur de Melrose.

—No creo que le estén reembolsando los gastos —dijo—. Conozco a esos tipos.

—La primera la pagué del dinero para gastos menores —le expliqué—. La segunda lo puse de mi bolsillo. No me importa. Ha sido usted tremendamente útil.

—Vale, de acuerdo. Entonces, ésta y la siguiente corren de mi cuenta.

Nos sentamos; el local tenía una muy bien estudiada ambientación de bistró, con reservados en los rincones. Solo le faltaba la niebla del humo de los cigarrillos para que estuviéramos metidos en una película de blanco y negro de los cuarenta. Era una curiosa manera de conseguir intimidad, pero no importaba: había un propósito y la compañía era muy agradable.

Hasta que él comenzó a hablar de pervertidos, algo que yo misma le había pedido que hiciera.

—Las estadísticas señalan de manera concluyente que los agresores sexuales

repiten sus delitos con un promedio significativamente mayor al promedio de reincidencia que se encuentra en todas las otras categorías de delitos mayores. Este es un hecho confirmado por varios estudios científicos muy bien documentados. Aparte de esto, los resultados de dos metaestudios...

—En inglés, por favor, doctor.

—Lo siento. —Hizo una pausa, y después añadió—: Sabes, me sentiría mucho más a gusto si nos tuteáramos y me llamaras Errol.

Debí poner cara de asombro, porque agregó:

—Por favor.

—Por supuesto. Sería agradable.

¡Vaya ocurrencia más estúpida!

—Así que, Errol, un metaestudio es...

—Sí. Correcto. Es un estudio donde recogemos las estadísticas de un grupo de estudios más pequeños y las combinamos para ver si presentan alguna diferencia con los resultados originales de los primeros.

—Vaya. Parece como una de esas cosas que emprendes cuando tienes que preparar un trabajo de prisa y corriendo.

—Eso es lo que ocurre en más de una ocasión; alguien tiene que acabar una tesis y se encuentra con que le falta documentación. Sin embargo pueden ser realmente útiles porque las muestras son mayores. Algunas veces creo que los pequeños estudios delimitan demasiado el campo. Tienes que entender que se espera que hagamos una investigación que sea original cuando nos dan las veces, así que no vale coger el trabajo de algún otro y mejorarlo. Hay que pensar en cómo cortar el pastel de una forma totalmente innovadora.

Creo que capté la idea.

—Lo que quieres decir es que en lugar de limitarte a investigar cómo duermen los consumidores de café, tienes que hacer un estudio sobre cómo duermen los consumidores de café que solo beben en vasos de plástico.

—Brillante, detective.

—¿No habíamos quedado en utilizar los nombres de pila?

—Perdona. Por supuesto. No pretendía ser grosero. En cualquier caso, la reincidencia se estudia con mucha regularidad. Demasiado, en opinión de algunos de nosotros. Pero la esperanza es lo último que se pierde.

Su tono era un poco pedante para mi gusto, y me pregunté si él sería uno de aquellos profesionales que creen que los polis son tontos de remate.

—Siempre confiamos en que la inquietante verdad cambie o que aparezca al factor que disminuya la tendencia establecida y así poder descartar con razón la credibilidad de dicha tendencia.

—Espera un momento. —Quizá esos tipos tenían razón en lo referente a la

estupidez de los polis—. Me he perdido.

—Tenemos tratamientos para estas cosas. Queremos poder decir que tienen éxito, no solo como una cuestión de orgullo, sino también para justificar lo que cuesta tratar y estudiar a estos tipos. Sé que a mí me gustaría creer que nuestros esfuerzos por rehabilitar a los agresores sexuales producen algún beneficio apreciable. Pero no estoy muy seguro. La triste verdad es que no importa cómo interpretes las estadísticas, el resultado siempre es el mismo. La tasa de reincidencia de los autores de crímenes sexuales contra niños es inquietantemente alta. Un estudio reciente la fija en un cincuenta por ciento.

—Es algo que ya sabía. Siempre tenemos a los mismos tipos haciendo esas cosas.

—Sí. Siempre es la misma triste historia. Pero no por eso dejamos de intentar que parezca mejor. No hace mucho leí un artículo en una revista de psicología forense donde se defendía una nueva definición de la reincidencia. El autor afirmaba que ese cincuenta por ciento era una cifra aumentada artificialmente porque representa el promedio de reincidencia de aquellos agresores sexuales que llevan fuera de la cárcel diez años o más. Prefiere una estadística de los últimos cinco años, lo cual arroja un promedio de reincidencias del treinta por ciento, que de alguna manera parece más tolerable.

Intenté, pero no lo conseguí, entender cómo un treinta por ciento de reincidencia podía ser tolerable.

Iba a decirle que: «En solo cinco años, no deja de haber una gran disparidad», pero Erkinnen estaba inspirado.

—El verdadero significado de esto es que, a lo largo del tiempo, la capacidad del agresor sexual para controlar su compulsión acabará por desaparecer en más de la mitad de los casos, lo que a su vez representa que si el plazo es lo bastante largo, aquel que cometió un primer delito es probable que no reincida.

Se inclinó hacia mí, aunque hacía rato que el camarero se había retirado, y no había nadie cerca que pudiera escucharnos.

—En realidad, todavía es más penoso. El promedio real no reajustado podría incluso ser superior al cincuenta por ciento, porque no estamos tomando en consideración a aquellos hombres que repiten los crímenes, pero no son detenidos. Otra cosa en la que debes pensar es algo que mencioné antes: la mayoría de los estudios son intentos de demostrar que el tratamiento marca una diferencia en el promedio de reincidencias de aquellos que solo han cometido un delito sexual. Aquellos que ya lo han repetido no están incluidos. Así que las estadísticas no incluyen a los reincidentes. Por otra parte, la amarga verdad es que no todas las víctimas tienen el valor de presentarse a denunciar una agresión sexual, así que tampoco se incluyen esos incidentes.

Era muy deprimente escuchar estos pormenores, porque cuando regresara a casa



pensaría en ellos.

—¿Tenemos alguna buena noticia?

—Claro, por supuesto. Al parecer, los agresores sexuales que han recibido tratamiento mientras estaban en la cárcel tienen un promedio de reincidencia más bajo. Quizá más bajo no sea del todo correcto. Más lento sería más acertado. Entre aquellos que finalmente reinciden, y que como sabemos son muchos, el intervalo entre la salida de la cárcel y la reincidencia es más grande.

—Pues es un comienzo —señalé, con un tono rayano al sarcasmo—. Reparte el trabajo.

Erkinnen se rió discretamente.

—Lo supongo —dijo, y de inmediato recuperó la seriedad—. No obstante te diré una cosa en la que creo firmemente. Podemos emplear todos los recursos que quieras, y esos tipos seguirán reincidiendo. Creo que la mayoría de los grandes psicólogos especializados en el estudio de los agresores sexuales estarían de acuerdo en que estos delincuentes nunca se curarán del todo de su compulsión. La violencia sexual se puede controlar hasta un cierto punto razonable con un tratamiento agresivo y terapia, pero el estímulo estará siempre dentro de estos hombres, y solo podemos confiar en reprimirlo. Así y todo, tarde o temprano, acabará por aflorar.

—Dios bendito. ¿Por qué?

—No tenemos ni la más mínima pista. Has estado leyendo el libro, ¿no?

—Sí.

—Explica en profundidad la razón por la que esos tipos hacen esas cosas. La naturaleza contra la crianza, los factores biológicos y todo lo demás.

—No es que me ayude mucho. No es como si el secuestrador fuera a actuar y yo pudiera detenerlo si supiera dónde buscar. Él ya está activo y ahora intento pescarlo.

—Podríamos trazar un perfil general como haría el FBI, pero prefiero decírtelo informalmente.

—Yo también, y creo que este es el mejor momento.

—No tardaré demasiado. Es mucho más sencillo de lo que la gente cree. En dos palabras, tienen cruzados los cables. Tienen las almas del revés.

—¿Las almas?

—Sí o las han perdido. Se las han robado en algún punto del trayecto.

No estaba acostumbrada a escuchar esa palabra en mi trabajo.

—Eso complica las cosas.

—Pues sí, para qué negarlo. Sería mucho más sencillo si dispusiéramos de una metodología estructurada y general para evaluar el alma, pero no la hay. Ni siquiera para un alma sana y funcional. En tu caso, todo indica que estás tratando con alguien cuya alma está absolutamente desincronizada con el resto del mundo.

—Supongo que si consiguieras descubrir lo que llevan dentro estos tipos, no te

gustaría mucho.

—Es probable que no —admitió.

Regresamos a su despacho para trabajar en un bosquejo del perfil. El secuestrador era un hombre, tal como habíamos acordado antes, y probablemente de raza blanca.

—No lo entiendo —repliqué cuando me lo dijo.

—Tampoco lo entiende la mayoría. Así y todo, es verdad que un noventa y cinco por ciento de los pedófilos son blancos. Claro que no se han hecho muchos estudios para verificarlo.

—Vaya. Me preguntó por qué.

—Hay muchas opiniones al respecto, y la mayoría son comprensiblemente muy discutibles. Un destacado sociólogo propone la teoría de que los varones blancos por lo general se sienten más poderosos dentro de nuestra sociedad que los varones de otras razas; admito que ese punto tiene una cierta validez.

—Los varones lo acaparáis todo.

—No te pongas feminista conmigo, detective. Perdona, quería decir Lany. Comenzabas a caerme bien.

A mí también comenzaba a gustarme. Nos gustamos el uno al otro durante unos momentos que no dejaron de ser embarazosos y después continuamos con el tema.

—Hay otra teoría que se ofrece como una explicación al desequilibrio racial en los asesinos en serie. Un sociólogo bastante extremista propone que los varones de color no tienen la oportunidad de convertirse en asesinos en serie porque son perseguidos con mucho mayor empeño que los blancos por las fuerzas del orden.

—¿Quieres decir que no se transforman en asesinos en serie porque los detienen antes?

—Precisamente.

—¡Y una mierda! —exclamé, sin recordar para nada mis modales—. No conozco a ningún poli del color que sea que vaya a por un blanco menos de lo que iría a por un tipo negro si creyera que ha matado a un chico. ¡Vaya idea más estúpida!

—Vale, estoy de acuerdo contigo, pero recuerda cuando aprueben el presupuesto que el desarrollo de esa teoría probablemente fue financiada con fondos del gobierno.

—Es pura basura, Errol. Hay límites a la hora de proteger a los tuyos, incluso dentro de la hermandad.

—Siempre lo he creído, pero alegra escuchar que me lo confirmas. Esa teoría me ha parecido siempre engañosa, incluso provocativa.

—Pues si el tipo ese quería provocar a alguien, lo ha conseguido conmigo —afirmé—. Así que estoy buscando a un varón blanco. ¿De qué edad?

—Entre los dieciocho y los cuarenta años —respondió—, aunque la edad típica de los pedófilos en serie está entre el final de la veintena y los treinta y pocos.

—No se corresponde exactamente con los que llaman viejos verdes.

—Por lo general soléis detenerlos cuando son ancianos.

—Lo intentamos.

—Otra cosa que debes recordar es que el tipo que buscas es un solitario. Es reservado. Quiere permanecer en el anonimato porque le molestan las candilejas.

—Pero este secuestrador comete los delitos a plena luz del día, delante de testigos.

Erkinnen insistió con una sonrisa.

—Pero no es él mismo quien los hace. Cosa que encaja porque estos tipos viven la mayor parte del tiempo metidos en sus fantasías.

—El libro cita muchos casos de ese estilo.

—Así es. Todos los asesinos en serie que han sido estudiados a fondo dicen que comenzaron por las fantasías, y que después pasaron a la realidad cuando las fantasías dejaron de funcionarles. Cuando finalmente realizan el acto, por lo general está provocado por algún acontecimiento.

—¿Cuáles?

—Una muerte en la familia, un accidente, un traslado, una enfermedad, cualquier cosa que pueda ser traumática para el individuo. El rechazo y el abandono son muy importantes en esta lista. Estos tipos suelen ser inteligentes, quizá no muy instruidos, pero sí muy listos.

La cabeza comenzaba a darme vueltas. Para esta clase de información lo mejor eran las dosis pequeñas. Por otra parte, era consciente de que esperaba tener otro encuentro con él. Una excusa lo facilitaría. Me levanté.

—Tengo que irme, Errol. Muchas gracias por la comida y la información. Es una gran ayuda.

—No es nada. Estoy disfrutando con este caso. Es un placer trabajar contigo.

Un momento de incómodo silencio siguió a estas palabras.

—Hay una cosa más que quiero decirte —añadió.

En lugar de la deseada invitación a cenar, me hizo una última observación.

—Al tipo que buscas no lo han pillado nunca. Al menos, no por aquí.

Supongo que ni siquiera los «loqueros» saben cómo decir una bonita frase final.

—¿Cómo puede decir eso? —me preguntó Fred—. ¿Cómo puede saber si a este tipo lo han detenido o no?

—No puede, pero lo deduce a partir de las cosas que le dije, lo que dicen las pruebas.

—No tienes ninguna prueba.

—Tengo unos patrones.

—No sirven absolutamente para nada en un juicio, y tú lo sabes.

—Es mucho más útil que emplee mi tiempo en el intento de descubrir quién es y no quién no es. Erkinnen me dio algunas guías.

—Fantástico. No me hagas esperar. Estoy muerto de curiosidad.

—Pues entonces escucha, es probable que el tipo sea listo e inteligente. Quizá no el tipo de estudiante que recordaría un profesor, sino de esos que son lo bastante listos para sobrevivir.

—Si crees que son tan listos —replicó Fred—, tendrían que saber que al final siempre acabamos por detenerlos.

—Sí, porque algunos de ellos lo que de verdad quieren es llamar la atención. Mira el caso de Bundy. De haber llevado una vida normal nunca hubiera llegado a ser una noticia bomba. Se acercó, pero nunca llegó a ganar el gordo.

—Lo que sí está claro es que su cerebro pudo menos que su ego. Imagínate a alguien que pretende ser su propio abogado defensor en un estado como Florida. Allí les encanta la carne a la brasa. En cualquier caso, dicen que Bundy asesinó a casi cuarenta mujeres. Aquí en ningún momento hablamos de tantos muertos.

—En una primera aproximación se pensó que Bundy había matado a unas dieciséis o diecisiete. Los huecos en la trayectoria de mi secuestrador pueden ser secuestros no denunciados.

—Con el debido respeto, Lany, tu tipo no va detrás de los desamparados. Los chicos que se lleva pertenecen a la clase que se denuncia.

—¿Cuántos chicos de trece y catorce años se escapan todos los años?

—Demasiados para contarlos, pero...

—Creo que no es un error decir que algunos de los no denunciados son rubios y de aspecto angelical. Quizá fueron una práctica para los que sí serían denunciados.

Fred no tuvo nada que decir al respecto, así que seguí con lo mío.

—Erkinnen dice que el tipo es un fantasioso de altos vuelos. Por eso se hace pasar por un íntimo; fantasea con la intimidad. Crea la ilusión de ser otra persona.

Me pareció que a Vuska le salía humo de la cabeza. Después de mucho pensar preguntó:

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a detener a todos los fantasiosos?

—Ha de tener medios y conocimientos para hacer todo esto, ¿no? Crea ilusiones. Empezaremos por ahí.

La sala de la división se convirtió en un zoológico, llena como estaba de disparatados hombres blancos que ganaban dinero gracias a mostrarse como algo que no eran o que deseaban ganar dinero de esa manera. Casi no vale la pena mencionar que había diversos grados de éxito y efectividad de uno al otro. Algunos de ellos resultaban patéticamente malos, pero los buenos eran capaces de hacerte sonreír.

Buscamos a todos los imitadores y magos en la zona de Los Ángeles, al menos a todos aquellos que no estaban de gira. A unos cuantos los conocía de oídos o los había visto antes, a uno en *The Tonight Show*. Era casi famoso, probablemente demasiado para ser el pervertido que buscaba. Alguien tan visible seguramente

estaría demasiado controlado como para perpetrar unos delitos tan elaborados y pasar desapercibido.

Al menos eso era lo que yo creía en aquellos momentos.

Tardamos tres días en encontrarlos a todos y acabar las entrevistas; los agentes que tenían que buscar a esos tipos hablaban continuamente del tema. Para el momento en que se acabó todo, me había convertido en el hazmerreír de la división. Al tercer día, cuando entré en la sala, me encontré con un cartel pegado en el respaldo de mi silla que anunciaba: club de la comedia. No podía negar que todo había sido muy divertido. Sin embargo, a nadie le había hecho la menor gracia, y a mí menos todavía; era la evidencia innegable de que todo aquello no nos había llevado a ninguna parte.

Solo para no dejar ningún cabo suelto, hice aquello que quería Vuska y mandé a buscar a unos cuantos más de los pervertidos locales. No me quitaba de encima la sensación de que era una pérdida de tiempo. En cualquier caso, la mayoría de los tipos en nuestra zona eran exhibicionistas, y no secuestradores o asesinos. No es que el exhibicionismo o el abuso sexual fueran delitos insignificantes. Pero de eso a matar hay un paso muy grande. Los hombres a quienes entrevisté eran asquerosos o invertidos, pero no malvados. La mayoría de ellos se sentían inquietos y avergonzados de verse de nuevo en comisaría para ese tipo de interrogatorios. Uno de los tipos me suplicó que lo dejara en paz de una vez para siempre, que había pasado por esto mismo ocho o nueve veces. Por unos momentos me dio pena, pero después recuperé la cordura.

Estaba buscando al psicópata, a alguien incapaz de sentir una vergüenza sincera, y los pervertidos locales que entrevisté estaban todos avergonzados a más no poder, cosa que eliminó a la mayoría de mi lista. El tipo que buscaba probablemente no era un mago, sino alguien capaz de transformarse en alguien en quien cada una de sus víctimas confiaba, al menos lo bastante como para subir al coche sin montar un escándalo. La calidad de la ilusión que creaba debía ser impresionante, sin fallos. Tenía que estar vinculado a ellos: no podía haberlo hecho sin muchas observaciones de primera mano. Además, la cantidad de información que había recogido el secuestrador tenía que ser fenomenal, y la preparación impecable. ¿De dónde había sacado el tiempo para hacer algo tan concienzudo? No entendía cómo alguien podía tener un trabajo, llevar una vida en apariencia normal y apañárselas para dedicar tanto tiempo a esta actividad.

A menos que su trabajo y esta actividad tuvieran algo que ver el uno con el otro. A menos que el trabajo fuese su vida.

En Los Ángeles hay un pequeño grupo de polis jóvenes, muy modernos, que operan de incógnito y cuyo trabajo es mantenerse en estrecho contacto con los chicos de la calle. Los sacan directamente de la academia para que se mezclen con las

pequeñas almas perdidas de la Ciudad de Ángeles en algunas de las esquinas más infames. El primer uniforme que visten es la actitud. Tienen informadores y recogen información allí donde venden drogas, con la vaga e ilusoria esperanza de conseguir que algún chico de la calle no se pinche con alguna de las drogas que inevitablemente se distribuyen por la ciudad. No es fácil localizarlos, pero Vuska se puso en comunicación con uno de sus sargentos y lo arregló todo para que me llamaran.

El poli que me llamó me dijo inmediatamente que lo que yo quería era algo complicado y que pasaría algún tiempo antes de que volviera a llamarme. Me llevé una sorpresa mayúscula cuando me llamó al cabo de unos días para decirme que cuatro o quizá cinco chicos habían desaparecido de los lugares habituales sin previo aviso. Me explicó que los chicos iban y venían continuamente, pero a menudo, si un chico tenía la intención de largarse, por lo general solía comentarlo primero. Estos chicos habían desaparecido sin más, todos durante el transcurso del último año.

Como no podía ser de otra manera, las fechas estimadas de las desapariciones eran muy vagas. «La vez que tuvimos aquella terrible tormenta», fue una de las que dieron; «más o menos por las fiestas, el día de Acción de Gracias o Navidad», fue otra. Me puso muy triste pensar que un chico de la edad de mi propio hijo podía desvanecerse sin que nadie se diera cuenta de nada más.

Mi secuestrador se había estado moviendo. Quizá alguien vio algo; le dije al poli de la secreta. Quizá alguno de los otros chicos.

No se haga ilusiones, me respondió.

Todo era tan decepcionante... Allí donde miraba, no encontraba más que desaliento. Solo Errol Erkinen parecía estar interesado a fondo en estas desapariciones, y él no podía sacar a los agentes de las tareas de seguridad cada vez mayores como consecuencia del 11 de septiembre y destinarlos a recorrer los barrios donde se habían cometido los secuestros, hablar con los amigos de los chicos desaparecidos, todo el trabajo de calle que hacemos. En el trato diario, Escobar y Frazee no hacían más que animarme, pero sus horarios y la carga de trabajo que soportaban resultaban agotadores. Era incapaz de aceptar sus generosas ofertas de ayuda. Si mi vida hubiese sido una película, se hubiera presentado una oportunidad extraordinaria, una prueba completamente inesperada o quizá un clarísimo descuido por parte del secuestrador. Hubiera tardado 120 minutos en resolver los crímenes porque ese es más o menos el tiempo límite para el público, que se pone notoriamente inquieto cuando se sobrepasa. Cada vez tenía más claro que mi mejor oportunidad para encontrar la puerta del mundo de ese nuevo Barbazul era descubrir el proceso que seguía para seleccionar a las víctimas. Preparé uno de mis famosos esquemas, dediqué muchísimo tiempo a clasificar a los chicos por sus rasgos étnicos, la situación socioeconómica, la salud, todas las características más visibles. Dos de los chicos tenían el mismo pediatra, ¿y qué? Vivían más o menos en la misma zona. Tres

de las familias eran vegetarianas. Una vez más, parecía interesante y destacable, pero no significaba nada más que una posibilidad, quizá las madres compraban en los mismos mercados o poseían los mismos libros de cocina. Buscaba alguna conexión al azar. ¿Habían coincidido todas en el mismo mercado, y él había apuntado todas las matrículas?

¿Habían ido todos a las charcas de La Brea el mismo día que él estuvo allí?

Tendría que entrevistarme de nuevo con todas las familias con un nuevo objetivo. Sería una tarea muy desagradable; algunas de estas familias habían perdido a sus hijos hacía mucho tiempo y tal vez, solo tal vez, las heridas habían comenzado a cerrar.

Sin embargo me llevé una agradable sorpresa. La señora McKenzie fue la única que se mostró hostil. La viuda del suicida cooperó de buen grado. Los demás estaban ansiosos por ayudar y colaboraron al máximo.

En un primer momento me pareció una afortunada coincidencia que todas las familias continuaran viviendo en la zona, hasta que comprendí que mientras existiera la más mínima esperanza de una reaparición, muy pocos padres se marcharían. Para que después hablen de tener la vida en suspenso: solo dos de las familias habían reordenado el dormitorio del niño desaparecido hasta cierto punto. Volví a repasar todos los dormitorios. Me encontré recorriendo una exposición de los variados tratamientos de paredes, cada uno de los cuales reflejaba las esperanzas y los sueños que los padres decoradores habían tenido. En una de las habitaciones me había encontrado con un papel de pared que me había preocupado un poco. Este chico había pasado todo su tiempo rodeado por infinitas rayas perpendiculares verdes y rojas, y aquella había sido la última cosa que había visto por mucho tiempo cuando se iba a dormir. ¿Con qué había soñado?

Había una habitación en que una de las paredes era una enorme pizarra desde el suelo hasta el techo, y en la parte de abajo un cubo lleno de tizas de colores brillantes. La última obra artística del chico continuaba allí, sin tocar: un monstruo con unos dientes enormes que ocupaba toda la pizarra y que soltaba por la nariz una especie de rayo como un dragón electrónico. Me llamó la atención porque tenía un vago parecido con el póster del caballero oscuro. El rayo de luz era de un color rojo naranja muy vivo y estaba apuntando a un villano de ojos saltones que solo ocupaba un par de palmos en la parte inferior. El diminuto malhechor estaba a punto de ser desintegrado por el rayo, si yo había entendido correctamente la intención del artista. A pesar de lo siniestro del tema, me levantó el espíritu pensar en este chico con todos aquellos colores en un cubo y con la libertad de dibujar lo que quisiera en la pizarra. Era una gozada, incluso para un adulto.

El dormitorio de otro de los chicos, pintado en color azul con nubes blancas, me recordó la habitación del chiquillo de la película *Kramer contra Kramer*. Reinaba un

sorprendente silencio en aquella habitación, una sensación de conflicto, como si las cosas no hubiesen ido muy bien en la familia cuando había tenido lugar el secuestro y la sensación de haberlo provocado hubiera fluido de los padres al espacio personal del hijo. Sin embargo, no encontré ningún recuerdo de La Brea, cosa que me produjo una desilusión momentánea. Quizá me había equivocado en el tema de la conexión.

De todos los niños desaparecidos, solo uno había compartido la habitación. No le dediqué mucho tiempo; no parecía tener mucho sentido. El hermano que continuaba ocupando el dormitorio era mayor: tenía diecisiete años: una edad desgraciada en el mejor de los casos. En realidad lo era y su expresión me gritaba con toda claridad: «¡Sal de aquí!». Respondió a mis preguntas sobre su hermano con una brevedad telegráfica. Le di las gracias por su ayuda y me dirigí hacia la puerta. Tenía medio cuerpo afuera cuando me dirigió la palabra de nuevo.

—¿Quiere ver la caja con sus objetos personales?

Objetos era lo que yo deseaba ver.

—Sí, si a ti no te importa que las mire.

—A mí no, pero será mejor que primero se lo pregunte usted a mi madre.

Resultó ser un buen consejo. La madre se mostró muy agitada, pero al final me permitió cogerla, con el acuerdo de que yo haría un inventario del contenido y lo devolvería todo cuando acabara de examinarla.

Me sentí muy apenada cuando salí de aquella última casa con la caja en la mano. El siguiente paso sería crear otra obra maestra, otro esquema perfecto con todo lo que sabía referente a las víctimas y sus hábitos personales, incluido el factor La Brea de cada uno. ¿Cuál sería el cartel que engancharían en mi silla cuando acabara con esta nueva pista? ¿Entrada al museo?

Por lo general, esta clase de tarea me excita, me hace sentir que estoy a punto de conseguir una revelación sensacional. Muy bien, algunos de ellos habían estado en el museo de La Brea, pero eso no significaba necesariamente algo. Había otros detalles obvios que compartían: el desdén por las perchas, la tendencia a tener más videojuegos que libros. Calcetines desparejos, envoltorios de caramelos, palitos de piruletas.

Llegué a mi mesa y dejé la caja detrás de la silla. Había una decena de mensajes en el contestador, uno o dos de abogados que seguramente tenían a magos e ilusionistas entre sus clientes. La idea de devolverle la llamada a cualquiera de ellos me provocó náuseas. Para compensar escogí concentrarme en la terrible pregunta que atormenta a todas las madres cuando se acerca la Navidad, con la ilusión de que me ayudara a aclarar algunos puntos en ese caso.

¿Qué les gusta a los adolescentes?

Absolutamente contrariada, eché la silla hacia atrás. Choqué contra la caja, reboté y fui a dar contra la mesa.



Sería otro callejón sin salida, por lo tanto ¿para qué molestarme? No iba a encontrar nada extraordinario allí dentro.

La abrí. No por nada me llamaban Pandora. Zapatillas, un guante de béisbol, unos cuantos tebeos sujetos con unas gomas elásticas, un tubo azul brillante de crema protectora de óxido de zinc metido en una gorra de béisbol del mismo color. Cromos de superhéroes en una caja de plástico. Tres pósters enrollados: uno de una estrella del rock, otro de un famoso luchador libre...

La respuesta a la pregunta de Navidad llegó como un rayo desde un cielo sin una nube: a los adolescentes les gustan las bestias. Los monstruos, los gremlins, los sátiros, las gárgolas, los centauros, los basiliscos, las quimeras, los dragones, los cíclopes, las serpientes y los hombres lobo; estas eran algunas de sus cosas favoritas. El último póster que desplegué era el mismo que había visto antes: la misma bestia, con el caballero oscuro de La Brea. El caballero seguía sin tener rostro.

Pero sabía, sencillamente sabía, que él era el monstruo que estaba buscando.

# Quince

*Chère maman:*

Junio ha comenzado gloriosamente con cielos azules, vientos cálidos y el aire cargado con el perfume del jazmín. Estamos muy contentos con su abundancia este año, porque hay una hermana en uno de los conventos vecinos que sabe extraer la esencia de un pote lleno de pimpollos como si fuera una hechicera, una muy útil y bienvenida herejía si se puede decir que algo así existe. Lo emplea como base para elaborar unas fragancias más complejas, todas las cuales propician el culto al inducir un estado de calma y paz en el creyente.

Hace tres días, Su Santidad se torció un tobillo, y se comenta que a consecuencia de la herida presenta una coloración morada y amarilla, pero por lo demás está perfectamente. Por supuesto, esto no es todo; el cardenal que estaba con él en el momento dice que se cayó sin más, pero un obispo que también estaba presente afirma que al parecer pisó el doblez de su sotana con la punta de una de sus zapatillas. Ahora tenemos una intriga entre un cardenal y un obispo dentro del círculo íntimo del Papa; ¡no hace falta tener mucha imaginación para saber quién triunfará en esta lucha de poder! Los cotilleos sobre el estado de salud de Su Santidad comenzarán con la puesta de sol.

Espero que estas noticias te ayuden a olvidar por un momento los terribles acontecimientos que ahora te rodean. Ninguna de nuestras tontas intrigas pueden compararse con aquello con lo que te enfrentas en Bretaña. No te desanimes, querida mamá, y sé tan fuerte como siempre; Dios hará lo que quiera hacer, y debemos aceptar su voluntad como parte de un plan, la sabiduría del cual quizá nunca llegaremos a comprender, pero de la cual podemos estar seguros.

¿Qué sabiduría? No había ninguna que yo pudiera ver en el desarrollo de los acontecimientos.

El jazmín del que Jean hablaba con tanto entusiasmo aún tenía que echar pimpollos en el norte, pero eso no me preocupaba porque su aroma siempre me había parecido atosigante, sobre todo en los perfumes: es preferible el olor corporal porque es de una franqueza admirable. El sol de Bretaña siempre es más débil que aquel que bendice al cálido sur; el aire es más fresco y los olores más apagados. Si aquí nos consuela algún éxito, es el de nuestros huertos cuidados por el amor paternal del hermano Damien. Los últimos pétalos de los perales habían caído al suelo por obra de las brisas de Bretaña como una nevada fuera de época, y si el verano se mantenía como hasta entonces disfrutaríamos de una abundante cosecha. Ya casi podía saborear las deliciosas jaleas que llenarían nuestras despensas cuando llegara el momento.

Querido Jean:

A través de tus ojos y palabras conozco la hermosura de Aviñón, algo que me ayuda a mantener a raya mis aflicciones, aunque solo sea por un momento. Cuando viaje allí en otoño todo me resultará conocido. Sin duda tú recuerdas cómo es junio aquí, pero este año las flores y los árboles me parecen más maravillosos que nunca, un tesoro por el que estoy agradecida porque me siento muy indefensa en la estela de nuestros descubrimientos. Siento como si me hubieran arrancado el alma. Esta búsqueda, que comencé con tan buenas intenciones, ahora parece tener vida propia y reclama perpetuarse, con independencia de mis deseos. Me siento tan profundamente desgarrada...; ansió y rechazó al mismo tiempo el oscuro conocimiento que Jean de Malestroit descubre con el paso de los días y que, tal como le hice prometer, comparte conmigo. Mi deseo de conocer el destino de los niños perdidos está siendo rápidamente ahogado por el miedo a saber quién se los ha llevado. Cada día, una nueva flecha se clava en mi pecho, y no importa lo mucho que lo intente, no consigo arrancarlas, pese a saber que se infectarán allí dentro y me envenenarán si no las saco pronto.

La más afilada de estas flechas que me atravesaban el corazón era la creciente certeza de que mi señor Gilles no era el hombre que yo creía que era. Una vez había sido el verdadero hermano de mi propio hijo, con sus faltas desde luego, pero así y todo parte de mi familia. Él era uno de los pocos vínculos que aún me quedaban con aquel hijo perdido, y ahora debía ver cómo lo destruían.

Los rumores, sobre todo estos, se extienden como una plaga, me dijo Jean de Malestroit una mañana. Debemos ser discretos y evitar que mi señor se entere de todo esto innecesariamente. No tenemos por qué inquietarlo sin una causa razonable.

El verdadero significado de estas palabras era que no deseaba que mi señor se enterara de que estaba bajo sospecha. Sin embargo, resultó ser que mi obispo no tenía motivos para preocuparse debido a que mi señor estaba ya muy preocupado con sus propios asuntos como para molestarse en responder a los rumores. Estaba demasiado ocupado en defenderse de la tremenda cólera del duque Juan v después del incidente en Saint-Étienne-de-Mer-Morte.

—¿Cincuenta mil escudos? ¡Dios mío!

La carta del duque Juan v imponiendo aquella monumental multa estaba sobre la mesa delante de Jean de Malestroit, cuya mirada de satisfacción apenas si podía disimular.

—¡Es prácticamente imposible que alguien pueda pagarla! —protesté—. Ni todas las joyas del rey alcanzarían. Ni siquiera cuando disponía de toda su fortuna, mi señor Gilles hubiese podido hacerlo.

No fue necesario que Su Eminencia hiciera comentario alguno para demostrar su placer ante este nuevo acontecimiento. Tenía la expresión del gato que se acaba de comer al canario.

Me acerqué a la ventana, donde el aire no era tan rancio como aquel que de pronto había parecido rodearme. Las nubes plomizas no fueron de mucho consuelo. Mientras contemplaba el exterior, escuché cómo Jean de Malestroit se levantaba de su silla. Se me acercó por detrás y apoyó una mano en mi hombro en lo que parecía ser un gesto de consuelo.

—No hay nadie que se complazca al ver la desgracia de otro, Guillemette, pero esta vez incluso tú debes admitir que es bien merecida.

Su consuelo hubiese significado mucho más para mí si su complacencia no hubiese sido tan evidente. No podía rebatir con razón que la multa era injusta, pero daba lugar a que surgieran otras preocupaciones, entre ellas la posibilidad de una violenta reacción por parte de mi señor.

—El hombre es un guerrero —repliqué—. Si lo golpeáis, seguramente responderá con otro golpe igual o más terrible todavía.

El obispo consiguió reprimir la sonrisa.

—Sin crédito, el hombre se verá impotente, y con semejante multa pendiente sobre su cabeza, nadie le prestará ni un *sou*. Ya veremos cómo reacciona cuando tenga que pagarla de su propio peculio.

Mi señor reaccionó como si no tuviese que pagar multa alguna. Se produjo otra salvajada de su parte, quizá la más descabellada hasta el momento. Llevado por lo que fue descrito por los presentes como un ataque de cólera, mi señor sacó al hermano Le Ferron del castillo de Saint-Étienne y se lo llevó encadenado a las mazmorras de su propio castillo en Tiffauges. Allí sometió a Le Ferron a torturas y humillaciones mucho más terribles que aquellas que había practicado con sus peores enemigos. Todo esto llegó a oídos del hermano de Le Ferron, Geoffrey, quien como era de esperar se dejó llevar por la ira.

—¿Por qué Tiffauges? —pregunté en voz alta.

—Porque está fuera de la autoridad del duque Juan V —respondió Jean de Malestroit—. El otro lugar donde podía haberle llevado era Pouzages. Ha vuelto a perder Champtocé.

Su posesión de Tiffauges y Pouzages era ficticia, dado que en realidad pertenecían a su esposa, quien hasta el momento no había permitido a su desesperado marido que las vendiera. Sentía una profunda pena por la señora Catherine; todos la sentíamos. Era una mujer convertida en un fantasma, un ser informe sin ninguna influencia, siempre tan silenciosa y malhumorada. Aunque Gilles había tenido una hija de ella como era su obligación, estoy segura de que ambos habían apretado los dientes durante todo el acto de la concepción de la pequeña Marie. Por una de esas ironías del destino, era una niña muy bella y cariñosa, y lo más parecido a una nieta que yo llegaría a tener. A menudo me preguntaba cómo podía ser ella el producto de semejante discordia.

Porque era discordia y mucha. Mi señor nunca había tenido una palabra amable para con su esposa ni le había demostrado el menor afecto en todo el tiempo que estuve con ellos; en el mejor de los casos, cuando tenían un día bueno, él la trataba de una manera que se podía describir como de distante cortesía. La mayoría de las veces solo con el más absoluto desdén, excepto en lo relacionado con su aspecto: se preocupaba mucho de que su vestuario fuera el mejor y el más elegante para que fuera un ornamento digno de su posición. De haberla tratado como la mayoría de los nobles trataban a sus esposas, con cortesía y discreción en sus aventuras, todos lo hubiéramos admirado mucho más. En cambio intentó someterla por la fuerza en asuntos de propiedades donde se necesitaba de su consentimiento, casi siempre con la ayuda de su suegro Jean de Craon. A menudo escuchábamos los gritos de amenaza que resonaban por las habitaciones y pasillos de Champtocé, y todos temíamos por ella.

En una ocasión, quizá un año antes, Jean de Malestroit me había preguntado: «Dime, Guillemette, porque tú seguramente lo sabes, ¿él le pega?».

La pregunta no tendría que haberme sorprendido tanto como lo hizo, porque había venido a cuento durante una discusión sobre la naturaleza del matrimonio, una discusión propiciada por un escandaloso asesinato. Cierta dama harta de las palizas de su marido le había respondido a la última con la punta de una daga, bien empuñada y mejor ensartada. El cruel libertino había muerto desnudo y revolcándose en su cama mientras que su mujer también desnuda y manchada de su odiada sangre lo miraba agonizar. Todos habíamos visto de vez en cuando los morados en su rostro y advertido sus miradas de vergüenza, aunque nadie osó nunca intervenir; tales cuestiones eran cosas entre marido y mujer, a menos que la esposa tuviera una parentela poderosa. La suya no tuvo el poder suficiente para salvarla del patíbulo, pero después se suscitaron largas discusiones sobre las relaciones entre marido y mujer, y cuál sería la mejor conducta. No hubo mucho acuerdo entre los participantes, y yo recordé a la comadre de Bath, cuando manifiesta su juicio sobre los casamientos de la nobleza con tanta precisión: «En las casas nobles, no todos los platos y copas están hechos de oro».

—Es imposible no preguntarse a veces qué ocurre entre ellos —respondí diplomáticamente—. Ahora estoy segura de que quería una confirmación de mi parte y que mi respuesta lo desilusionó. —Con un temperamento como el de mi señor, ciertamente siempre existe el peligro de que pegue a la señora Catherine de vez en cuando.

—Pero tú no lo sabes a ciencia cierta...

—No, Eminencia. —Recuerdo que me hizo sospechar un poco aquella insistencia. Yo había sido ama de cría y niñera de mi señor, y no la doncella de cámara de su esposa, una posición que quizá me hubiese permitido un conocimiento

más íntimo, pero menos dignidad—. Tal conocimiento hubiese requerido mi presencia en la alcoba de la señora Catherine. Mi señor casi nunca estaba allí. Y cuando aparecía, os lo aseguro, no estaba invitada.

Sin embargo, el hombre era un empecinado inquisidor y no estaba dispuesto a desistir del empeño.

—¿Ninguna de sus damas mencionó el tema, ni siquiera de pasada?

Esbocé una muy débil sonrisa aunque con mucha satisfacción.

—Eminencia, estoy asombrada —repliqué—. ¿Queréis que preste atención a semejantes cotilleos?

A partir de aquel momento no planteé más preguntas, si bien me llevó a pensar en el tema, aunque no era de mi incumbencia. Después de todo, mi señor había llevado a la señora Catherine al matrimonio contra su propia voluntad y el de toda la familia, y el asunto estuvo a punto de desembocar en una guerra, luego la cortejó falsamente con tanto fervor que ella comenzó a creer en sus juramentos de amor. Cuando llegó el momento de presentarse ante el sacerdote (que fue convencido a punta de espada para realizar la ceremonia contra las órdenes de la familia), Catherine de Thouars estaba dispuesta a jurar su amante fidelidad al barón Gilles de Rais. Imaginen su desilusión cuando descubrió los verdaderos fines de su matrimonio.

Pero aunque mi señor la había sometido a toda clase de vejaciones por el tema de las propiedades, no había conseguido sus propósitos, porque Pouzages y Tiffauges permanecieron firmemente bajo su control. No obstante, tuvo que haberle hecho algo después de los acontecimientos en Saint-Étienne. O quizá su vergüenza era tan enorme que ya no había podido permanecer en Bretaña ni un minuto más. La mujer había escapado hasta el castillo de un primo en Pouzages, Francia, y se había llevado con ella a la pequeña Marie que entonces tenía diez años. Gilles de Rais se había quedado solo con su cólera.

Cualquiera hubiera creído que las charcas de alquitrán de La Brea se encontraban en alguna ubicación remota, pero estaban allí, metidas en medio de todos aquellos gigantes de cristal y acero en el centro de Los Ángeles. Hay una zona de hierba a su alrededor, sin embargo con toda la «civilización» circundante, es fácil olvidar que las charcas estaban ahí primero. Las hueles antes de verlas; piensas que alguien está alquitranando la azotea a pleno sol. Casi me gusta el olor cuando paso por allí. Pero ¿durante todo el día? No lo creo.

Cuando se lo comenté al director del museo, sencillamente sonrió de oreja a oreja y olió con deleite. Después de eso esperé verle golpearse el pecho con los dos puños y chillar, pero se las arregló para contenerse. Un tipo agradable, que demostraba profundo amor por la institución que dirigía. Me esperaba alguien más académico, y me había preparado para vérmelas con la versión paleontológica de uno de esos que van de divinos, que es lo que solemos encontrarnos cuando tenemos que ir a los museos de arte. Todos creen que los polis son unos incultos terminales, pero sí que nos llaman cuando tienen sus molestos problemas de seguridad.

Pero ese tipo adoraba sinceramente su trabajo. Varias veces tuve que decirle: «Eso es muy impresionante, señor, y lamento tener que interrumpirle, pero necesito hacerle unas preguntas de una naturaleza un tanto más específica...». Siempre se disculpaba mucho por haberse desviado del tema.

Le describí el póster que había visto. Se acercó a una mesa y de uno de los cajones sacó uno y lo desenrolló para que lo viera.

—¿Es este?

Una vez más, me hizo estremecer.

—Sí.

—Un tanto anacrónico —comentó—, pero qué demonios, de vez en cuando tienen que divertirse un poco.

Así que el póster había sido idea suya. Supuse que había pasado mucho tiempo justificando su inexactitud.

—Es un póster muy bueno —afirmé—. Estoy segura de que atrajo a un montón de gente que de otra manera no hubiese venido.

—Oh, eso es evidente. La exposición atrajo a un público de lo más diverso, como nunca la habíamos tenido. Vinieron personas de todo el país, de todo el mundo.

Y de todo Los Ángeles, pensé.

Metió la mano de nuevo en el cajón y esta vez sacó un libro con la misma imagen en la portada.

—El libro también ha sido un gran éxito. Era bastante caro por la gran cantidad de fotos en color, pero vendimos muchísimos, se vendieron como rosquillas.

Recaudamos una gran cantidad de dinero para la fundación.

—Tuvo que ser una experiencia inolvidable haber participado en todo esto.

—La mejor de toda mi carrera. Sobre todo en las etapas previas. Tuve la oportunidad de trabajar con algunas personas de extraordinario talento.

Dicho esto, exhaló un sonoro suspiro y sacudió la cabeza.

—Y pensar que estuvo a punto de no hacerse...

Con la ilusión de que se explicaría mejor, esperé unos segundos antes de preguntarle:

—No recuerdo haber leído nada en los periódicos referente a una cancelación.

—No, claro que no. Lo mantuvimos todo en secreto. Avisamos a la policía, por supuesto, así que me sorprende un tanto que no esté enterada. Tuvimos una amenaza de bomba.

—¿En serio?

—Sí, menudo susto. Supongo que está bien que usted no lo supiera, porque eso significa que conseguimos nuestro objetivo. A uno de nuestros patrocinadores le preocupaba mucho la publicidad. Teníamos miedo de que decidiera retirarse. Tuvimos que negociar hasta el último minuto para mantenerlo en el proyecto. Lo de la bomba resultó ser una falsa alarma, pero el patrocinador, que era el creador de la mayoría de los artilugios electrónicos de los animatrónicos, insistió en que instaláramos un mejor sistema de seguridad.

—Tampoco era una mala idea.

—No, pero es muy caro. Al final, él mismo acabó pagando parte de la instalación.

Todo muy interesante, aunque probablemente no tenía nada que ver con mi búsqueda.

—Estoy trabajando en un caso relacionado con varios chicos. La mayoría de ellos parece haber visitado aquella exposición. Es el único vínculo común que he encontrado hasta el momento, así que me interesaría averiguar algunas cosas sobre las personas que trabajaron en la exposición.

En su rostro apareció una expresión de curiosidad.

—Suenas muy amenazador.

—Así es. Desafortunadamente, hasta que no hayan investigado un poco más las pistas, no puedo decirle nada más.

—Pues es una pena, porque quizá podría limitarles un poco el campo de la búsqueda. Hubo centenares de personas que participaron en aquella exposición.

—Supongo que no eran todos empleados del museo.

—Muy pocos. Contratamos muchos de los servicios como los de limpieza y suministros. El sistema de seguridad del que hablábamos: otra compañía envió a sus empleados. Teníamos nuestras propias cámaras, por supuesto, y el patrocinador que le mencioné instaló el sistema de videograbación para nosotros, incluso con la



pantalla azul.

—¿La pantalla azul?

—Sí, creía que todo el mundo lo sabía. Resultó ser una atracción casi tan grande como la propia exposición.

En respuesta a mi mirada de perplejidad, me preguntó:

—¿Tiene hijos?

—Tres.

—Hummm. Creía que todos los chicos de Los Ángeles habían visitado la exposición.

—El padre trajo a mis chicos con un grupo, y creo que también vino otro de los padres. Pero no recuerdo que mencionaran una pantalla azul. Me comentaron que los animales se movían y lo de los caballeros, pero nada acerca de una pantalla azul.

—La idea fue convertir el sistema de seguridad en parte de la muestra, como una manera de evitar que se convirtiera en un motivo de distracción. En realidad era un montaje muy espectacular. Teníamos un sistema de vídeo de calidad profesional, nada que ver con lo que esperas de una cámara de vigilancia normalita. Grababa a todos los visitantes mientras pasaban por la entrada. Había una lámpara fluorescente para controlar el contenido de las mochilas y los bolsos, pero los visitantes tenían que hacer funcionar el aparato ellos mismos para observar el contenido de sus bolsos a medida que entraban. Por supuesto había un guardia de seguridad que vigilaba, pero hacía que los visitantes tuvieran la sensación de estar colaborando en la vigilancia. Todo era maravillosamente interactivo. Pero la estrella de todo el sistema era la pantalla azul. Es la que utilizan en las salas de efectos especiales cuando filman una película y quieren insertar a las personas en fondos que han rodado previamente. En nuestro caso, animábamos a los visitantes a que hicieran un poco el payaso delante de la cámara y luego, mientras avanzaban en la cola, se veían a ellos mismos en una variedad de fondos diferentes. Uno era esta especie de magma primigenio, otro era un bosque medieval con un jabalí que saltaba desde detrás de un árbol. A todo el mundo le encantaba, y a nosotros nos permitió disponer de una muy buena imagen de cada una de las personas en la cola sin parecer el Gran Hermano. Fue algo muy inteligente. El patrocinador se esforzó al máximo por conseguir que se tratara de algo especial.

A mí me pareció un tanto excesivo, pero preferí callarme la opinión.

—Así que filmaron a todos los visitantes. Con su consentimiento, claro está.

—Sí. En realidad, todo el montaje resultó muy divertido, y además podían comprar la cinta de vídeo con las escenas donde aparecían. Las ventas cubrieron una buena parte del coste de la instalación.

—¿Había más guardias de seguridad en las salas de exposición?

—Sí, había dos que recorrían las salas, y otros dos en la cabina donde estaban instaladas las pantallas de las cámaras.

—¿Guardaron las cintas grabadas?

—Nosotros no. Han pasado dos años desde aquella exposición. Hemos hecho multitud de copias de las cintas grabadas a través de nuestro propio sistema de seguridad interno. Pero no sé nada de las cintas de la pantalla azul.

—¿Quién las puede tener si es que no fueron destruidas?

—La compañía de seguridad. —Vaciló un momento—. Quizá el patrocinador.

El patrocinador. No el patrocinador Fulano o Zutano, o un patrocinador. Solo el patrocinador.

—¿Puede darme el nombre del patrocinador si es tan amable?

Otro segundo de vacilación.

—Prefiere que su nombre no se haga público.

Peliagudo, pensé, así que insistí.

—Estoy segura de que él comprenderá que usted nos haya facilitado el nombre, a la vista de la situación que estamos investigando.

—No estoy en condiciones de tomar ese tipo de decisión a menos que sepa cuál es la naturaleza de la «situación».

Era obvio que una mano tendría que lavar a la otra.

—Todo lo que puedo decirle en este momento es que estamos investigando una serie de casos de pedofilia, posiblemente relacionados entre ellos.

Hubiese sido mucho más sencillo con un pedófilo en serie, pero de cualquier manera el director se mostró impresionado.

—Entonces, supongo que es un asunto bastante grave.

—Lo es. —Le alcancé mi libreta abierta en una página en blanco. Quizá si no tenía que pronunciar el nombre en voz alta, no le parecía que estaba traicionando la confianza de la otra persona—. Ahora, le estaría muy agradecida si tuviese la bondad de escribir el nombre del patrocinador.

Cogió la libreta y el bolígrafo enganchado en el borde superior. Con un gesto un tanto melodramático escribió el nombre. Luego volvió a enganchar el bolígrafo, cerró la libreta y me la devolvió.

No hice el menor gesto de abrirla para averiguar de quién se trataba. No quería revelar mi sorpresa si se trataba de una persona famosa.

—También necesitaré el nombre de la compañía que envió a los guardias de seguridad, y el de la compañía de limpieza. —Le alcancé de nuevo la libreta.

—Faltaría más. —Escribió rápidamente los dos nombres—. ¿Puedo ayudarla en algo más?

—Le estaría muy agradecida si me dijera dónde está la oficina de personal. Necesito echar una ojeada a los registros correspondientes a los días de la exposición.

Para entonces, su actitud se había enfriado considerablemente. Su expresión decía: «Esto ya no es divertido». Tendría que volver en otro momento si quería

preguntarle alguna otra cosa más específica. En cualquier caso, ya había conseguido una nueva pista después de varias semanas.

Wilbur Durand. Se trataba de uno de aquellos magos de los efectos especiales que había hecho una impresionante cantidad de trabajos para Hollywood, la mayor parte en películas de terror. Comencé a buscar información sobre el tipo, aunque no me lo impuse como una prioridad porque no quería distraerme de la nueva ronda de entrevistas con las familias y los presuntos sospechosos que habían sido descartados.

A pesar de mis buenos propósitos, se produjo una distracción. Cinco días antes de que se cumpliera la marca de los dos meses, una familia denunció la desaparición de un chico de doce años. Pero esta vez había una sorprendente desviación del patrón anterior: el chico era negro, si bien de piel muy clara. Todo lo demás encajaba; era un buen chico, a quien se había visto por última vez en compañía de un hermano mayor. El agente que había recibido la primera llamada se había enterado de que había una cierta enemistad entre los hermanos y me comunicó la información inmediatamente. Antes de ir a la casa llamé por teléfono y hablé con los padres. No tardé mucho en descubrir el origen de la enemistad: el padre biológico del chico desaparecido era el segundo marido de la madre y padrastro del hijo mayor, que manifestaba sus celos montando escándalos domésticos en cuanto se le presentaba la oportunidad. La madre del chico desaparecido me comunicó que la abuela había visto cómo los dos hermanos habían discutido de forma violenta poco antes de la desaparición.

Así que todo encajaba a las mil maravillas; solo tenía el pequeño problema del color de la piel.

La madre se mostró sorprendida y enfadada cuando en el transcurso de nuestra conversación telefónica le solicité que su hijo mayor se presentara para una entrevista sobre el tema.

«Él no —me respondió—. Es un chico muy pero que muy bueno, se comporta más como un padre que como un hermano. Tienen sus diferencias como todos los chicos, pero se quieren mucho, sé que es así».

No me quedó otro camino que el de insistir. La madre acabó por acceder y dijo que lo traería a comisaría. Yo hubiese preferido ir y hablar con él en la casa, pero ella insistió en venir con el chico.

Se presentaron sin demora, y el sargento los acompañó a una sala de entrevistas. Cuando entré, me quedé un momento en el umbral y los miré como una completa idiota. Para que después me hablen de preparación para la diversidad.

La madre y el hermano mayor eran blancos.

Fue como un salto de pértiga, una epifanía. El aspecto de las víctimas era aproximadamente el mismo en todos menos en uno de los chicos desaparecidos, pero no era ese el único factor determinante en el proceso de selección del secuestrador; ahora estaba absolutamente segura. Era el color de la piel de los presuntos

secuestradores lo que concordaba.

Para que las cosas parecieran bien hechas, formulé una serie de preguntas importantes. Me las respondieron inmediatamente, sin vacilar, sin desviar las miradas, sin ninguna de las señales clásicas de que estaban ocultando algo importante o mentían. Cuando le pregunté al hermano mayor si aceptaría someterse a la prueba del polígrafo para verificar sus declaraciones, ni siquiera parpadeó, sencillamente dijo sí en el acto. Pensé que su madre iba a darle un beso.

La última pregunta que hice fue la única que me importaba en aquel momento.

—¿Tú y tu hermano fuisteis a algunos acontecimientos especiales en el último par de años?

Tanto la madre como el muchacho me miraron completamente desconcertados. Sabía que a ambos solo les interesaba escuchar preguntas que fueran relevantes para la búsqueda del chico desaparecido. Así y todo, el hermano respondió a la pregunta.

—Un par de finales de la liga de baloncesto, un concierto, aquella exposición de los dinosaurios en el museo de La Brea...

A la vista de cómo habían sido investigados previamente, no había ninguna razón plausible para que cualquiera de esas personas tuvieran que responder a más preguntas relacionadas con los lugares donde habían estado con sus hijos desaparecidos. Ya había hablado con la mayoría de ellos valiéndome de la excusa de familiarizarme con los casos individuales, pero en esa nueva ronda las preguntas serían más afiladas. Necesitaría de una gran labia y de la voluntad de pedir disculpas, la mayoría de las veces por cosas que no había hecho. Había que ponerse en la piel de aquellos que habían tenido que soportar humillaciones y agravios, de verse como sospechosos, casi acusados, de haberle hecho daño a un ser amado y después soportar que el acusador les dijera: «Tampoco era para tanto, en realidad no iba en serio». Por qué legiones de abogados no se habían lanzado como carroñeros sobre el departamento de policía de Los Ángeles cuando se acabaron las investigaciones iniciales es uno de esos misterios insondables. El trauma de sus experiencias torturaría a estas personas durante mucho tiempo, y yo tendría que actuar con mucho cuidado para que ninguna de ellas pudiese pensar ni por un momento que volvían a ser sospechosas.

Le juré a todos que la información me ayudaría a decidir si alguna de las nuevas teorías sobre la desaparición de sus hijos podía funcionar, y la explicación fue aceptada sin mayores dificultades. Así y todo se mostraron un tanto desconcertados por la pregunta: ¿A qué acontecimientos especiales fueron ustedes con su hijo en el último par de años? Hubiese sido demasiado tendencioso preguntar sin más: ¿Ustedes y su hijo fueron a la exposición de las bestias prehistóricas? No podía arrancarles la respuesta, tenía que surgir espontáneamente.

En todos los casos, las familias mencionaron el museo. Hablé con todas ellas

durante los tres o cuatro días siguientes y llegué a una nueva conclusión: la mayoría de esas personas estaban al comienzo de la mediana edad, medían entre el metro sesenta y cinco y el metro setenta y cinco de estatura (incluidas las tres mujeres), pesaban el peso promedio o por debajo y todos eran blancos.

Ahora tenía una primera, aunque muy general descripción física del sospechoso.

Necesitaba hablar con el psicólogo, pero en territorio neutral. Ir a su despacho me hacía sentir como una estudiante, y no quería tener esa sensación con él. La sala de la división era un caos, así que acabé por pedirle que él sugiriera un lugar donde encontrarnos. Terminamos en el muelle de Santa Mónica para disfrutar de una comida a base de perritos calientes.

Las gaviotas se mostraban tan escandalosas como siempre, pero el ruido no me molestaba. Me encanta el muelle, con todo aquel movimiento y vitalidad. El lugar puede ser bastante desagradable cuando se llena de gentuza, chicos y chicas, sobre todo los viernes y los sábados por la noche. Sin embargo, a primera hora de la tarde siempre era un paraíso. A mis chicos les encantaba, sobre todo a Evan, uno de nuestros lugares especiales.

—Todos los sospechosos iniciales tienen aproximadamente estaturas parecidas, entre el metro sesenta y cinco y el metro setenta y cinco, y todos son delgados. Por lo tanto, supongo que mi sospechoso comparte estas características, dado que son bastante difíciles de imitar.

—¿Qué hay de las facciones?

Pensé en el póster, con el manchón negro donde debían estar los ojos. La imagen mental que me había hecho del sospechoso tenía un manchón más grande y oscuro donde debía estar el rostro.

—No tengo ni la más remota idea de cómo puede ser el rostro de ese tipo.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres que te diga a partir de esto?

—Quiero que me vuelvas a hablar de las características psicológicas, si no te importa dar palos de ciego. Por fin he encontrado algo que todos los chicos desaparecidos y los primeros sospechosos tienen en común. Todos fueron a una exposición en el museo de La Brea.

—¿Aquella de los animales prehistóricos?

—Sí. Duró mucho tiempo y la visitaron no sé cuántos miles de personas. Así que debo investigar a todas las personas que trabajaron allí durante aquel período o estuvieron relacionadas con aquella exposición, incluidos los empleados de algunas de las empresas que suministraron servicios.

—Parece una montaña de trabajo.

—Sí, lo es. Me gustaría separar un número razonable de sospechosos entre centenares y necesito toda la ayuda que pueda conseguir.

—¿Estás bien segura de que es allí donde encuentra a las víctimas?

—En estos momentos no es más que un deseo. A fuer de sincera, a mí también me parece algo muy traído por los pelos, pero es el único vínculo común.

—Pues si es alguien que trabaja en el museo o está asociado a él, entonces es probable que tengas entre manos a un asesino organizado.

Eso era algo obvio.

—Verás, las elecciones no parecen ser espontáneas.

—Es verdad, y podría ser uno de los determinantes, pero hay otras sutilezas que vale la pena reiterar. Los asesinos organizados son, por lo general, personas bastante discretas que viven en un mundo fantástico muy bien estructurado y diametralmente opuestas a los tipos desorganizados que son mucho más impulsivos en sus fantasías y los actos. Tu asesino organizado planeará su acto hasta el último detalle como parte de su fantasía. Después saldrá a la calle y, si me perdonas la palabra, ejecutará la fantasía. El tipo desorganizado tendrá fantasías desmadradas y algún acontecimiento exterior lo llevará a salir y escoger a un chico al azar. Lo que le hacen a la víctima no necesariamente coincide con la fantasía que incitó el secuestro, excepto de una manera muy general.

—Cuando hablas de discreto, ¿a qué te refieres? Si estás haciendo algo así, yo diría que tienes que ser atrevido. Parece una contradicción hablar de atrevido y discreto.

—Hace falta tener un punto de valor, no te lo niego. Pero también puedes decir que esa valentía es compulsiva. Probablemente no verás ninguna manifestación exterior; muy pocas de las personas que cometen agresiones sexuales contra los niños son tan abiertamente perversas como para que las identifiquemos como tales. A todas horas escucharás a todo el mundo decir que se ve en sus ojos, por lo general después de cometer el hecho, pero la verdad es que si a cualquiera de esos tipos los vistes con traje y corbata no lo reconocerías ni a la de tres. Eso es algo que va en contra de la imagen que te viene a la mente; la mayoría de nosotros nos imaginamos inmediatamente a un personaje del tipo Manson, aunque Manson era más un asesino a lo loco que un asesino en serie: desmelenado, la ropa rotosa, la mirada enloquecida, todas las señales de una psicopatía que nos pone sobre aviso. En la mayoría de estos casos, la cubierta del libro no tiene nada que ver con el contenido; la mayor parte de los hombres que cometen asesinatos en serie o pedofilia en serie existen dentro de envoltorios externos que son sorprendentemente normales. John Wayne Gacy es el ejemplo perfecto de un tipo que parecía del todo normal en apariencia. Era un constructor de buena fama con una empresa que prosperaba durante el tiempo que cometió sus crímenes. Como su propio jefe, tenía la libertad de disponer de tiempo para satisfacer su compulsión, y el dinero que le ayudaba a conseguirlo. Podríamos repasar toda la lista de los criminales más famosos de la historia y nos encontraríamos con un alto índice de aparente normalidad, incluso con algunas

figuras excepcionalmente atractivas. Aquello que distingue a estos hombres de todos los demás es una cuestión mucho más interna que externa.

Unos cien metros más allá, uno de los encargados de la limpieza del muelle arrojó una bolsa de basura al contenedor. Las gaviotas se lanzaron en picado con un gran estrépito de batir de alas y agudos graznidos. Atacaron el plástico de la bolsa con sus afilados picos; unas pocas remontaron el vuelo con su botín. Otras continuaron peleándose entre ellas por la basura y las demás permanecieron posadas en el contenedor sin intervenir.

—Supongo que es la supervivencia de los más aptos.

—Es un impulso muy fuerte. —Errol arrojó una concha rota a la arena debajo del muelle—. Hay un antropólogo llamado Lyall Watson que apunta a que los comportamientos que nosotros consideramos malos a menudo tienen, en términos generales, un significado muy importante en términos de supervivencia. Lo explica en el contexto de la teoría de la evolución de Darwin. Dice que las alteraciones en el orden del mundo, específicamente en el aumento de la población, han contribuido al incremento de actos malvados que hemos registrado en los últimos dos siglos. Y la explicación de por qué los asesinos en serie son casi exclusivamente hombres sería que compiten por transmitir su material genético. Si eliminas a los rivales, tus genes tienen más oportunidades.

—A mí me parece un tanto rebuscada.

—Sus teorías son de una gran ayuda a la hora de obtener una explicación de por qué algunas personas cometen las locuras que hacen cuando no hay ninguna otra razón evidente. Debo admitir que tampoco estoy muy enterado del tema, y esto es algo que me pagan por hacer.

—Pues entonces estoy varada.

—Quizá no. Eres una mujer muy inteligente. Quizá yo te pueda ahorrar algo de tiempo y esfuerzos. Es poco probable que sea un empleado del museo.

—¿Por qué?

—Porque es algo muy poco habitual que un asesino organizado ensucie su propio nido.

—Gacy enterró a todas sus víctimas en el sótano de su casa. Dahmer las metió en el congelador.

—Lo creas o no, ellos son más excepciones que reglas. Realmente se pusieron en el disparadero de que los atraparan, y ambos acabaron detenidos precisamente por eso. Un empleado del museo se pondría inmediatamente en una situación de mucho riesgo si escogiera a sus víctimas allí. Yo me concentraría en las personas con asociaciones exteriores. Los contratistas. Las personas que prestaron servicios. Y otra cosa, por la manera que se realizan estos crímenes, es necesario contar con una cierta infraestructura.

—Lo sé. Es algo que he estado pensando. Tiene que tener algún lugar donde prepararse, disponer de algún lugar remoto donde llevar a los chicos.

—Todo eso cuesta dinero. Tiene que confeccionar disfraces, comprar vehículos, contar con todos los elementos para crear las ilusiones. Este tipo ha tenido que estar ahorrando para esto desde hace mucho tiempo o si no, es rico.

—El director del museo habló de uno de los patrocinadores. Dijo que el tipo financió en parte el sistema de seguridad porque no le gustaba el que tenían en el lugar.

—¿Cómo se llama?

—Wilbur Durand.

Errol se quedó boquiabierto.

—¿El tipo de los efectos especiales?

—Sí.

—Vaya, que me cuelguen —exclamó.

Antes de que tuviera la oportunidad de preguntarle qué había querido decir con eso, comenzó a sonar mi busca. La vibración en la cintura me sobresaltó.

—Espera un momento —le dije mientras respondía a la llamada.

Le tocó esperar lo suyo. Teníamos un cadáver.



## Diecisiete

El verano continuaba regalándonos con un tiempo maravilloso, tal como todos habíamos deseado que fuera, y en virtud de esta buena fortuna las manzanas y las cerezas comenzaron a formarse con gran abundancia. El hermano Damien se pavoneaba tan orgulloso como un gallo, mientras que, al mismo tiempo, cloqueaba protectoramente como una gallina al ver a sus mimados árboles cargados de frutos. No nos veíamos tanto como hubiese querido; él estaba muy ocupado con el huerto y el jardín o al menos eso era lo que me decía a mí misma. Sin embargo, a la postre llegué a creer que había ocasiones en las que me evitaba quizá porque no quería que su alegría y su buen humor acabaran siendo víctimas de mi humor cada vez más sombrío. Estaba tan amable, atento y amistoso como siempre, pero por mucho que quisiera, no podía menos que ver la brecha que se había abierto entre nosotros.

Para finales de julio, la cosecha estaba asegurada, si es que Dios no decidía un intempestivo cambio en el tiempo. Ahora era el momento de observar y esperar en todas las cosas, incluido el asunto de Gilles de Rais. Esperar es algo que aborrezco; todos los que me conocen lo saben muy bien. Su Eminencia me había dejado sola durante el período entre la partida de mi señor de Josselin hasta la primera medida oficial en su contra. Aunque pasábamos casi tanto tiempo juntos como antes, y la mayor parte de una manera tan placentera como siempre, en nuestras conversaciones en la intimidad nunca se hacía ninguna mención a Gilles de Rais.

Para mantenerme ocupada, hice que las jóvenes hermanas llegaran a mayores niveles de perfección en la limpieza, como si quisiera imitar los éxitos de la hermana Claire en Bourgneuf. Mi obispo me encontró una tarde en el patio en un raro momento de ocio. En el bastidor tenía bien tensa una tela del más fino lino. Había dibujado un tema floral en la tela y ahora lo estaba bordando con hilos de seda de brillantes colores. La luz de última hora de la tarde era perfecta para esa absorbente tarea, a la que muchas veces me dedicaba en momentos de gran preocupación y angustia por el consuelo que me ofrecía. Mi placer sin duda era muy evidente, porque el obispo comentó mi ensimismamiento cuando se me acercó, casi como si quisiera disculparse.

—Había pensado en invitarte a cenar conmigo —dijo con una sonrisa—, pero pareces tan entusiasmada con tu trabajo... Hay capón, tu plato favorito.

—No es necesario que me tentéis —le respondí. Aseguré la aguja en la tela y me levanté.

Su Eminencia vestía las ropas de un clérigo, pero se comportó como el galante diplomático que era cuando desempeñaba sus funciones de Estado y me ofreció el brazo. El rubor que apareció en mis mejillas me molestó profundamente, pero no podía hacer nada para impedirlo. Apoyé la mano en su brazo, y juntos caminamos a

través del patio del palacio episcopal hacia su comedor privado, sin decir ni una palabra en todo el camino.

Capón, carpa y cebollas cocidas; mi paladar no podía estar más satisfecho. Pero por supuesto era consciente de que había un motivo para esta ocasión.

—Me han ordenado que le acuse —manifestó el obispo finalmente—. Primero por el ataque a Jean le Ferron. Mientras avanzamos en esa acusación, buscaremos nuevas pruebas para el cargo de asesinato. —Vaciló un instante, como si quisiera suavizar las terribles palabras que siguieron—: También actuará el tribunal de la Inquisición.

Me eché hacia atrás en la silla y reflexioné por un instante en las cosas que habían llegado a pasar. Cerré los ojos con todas mis fuerzas en un intento por no ver las oscuras imágenes que marchaban a través de mi alma como un ejército invasor. No me había atrevido a decírselo a nadie, pero era ese aluvión de lunáticas visiones, cada vez más frecuentes y más terribles, el que me había convertido en una vieja malhumorada de la que el joven hermano Damien parecía querer apartarse. Si lo decía, me encerrarían, por fin seguros de que había perdido el sano juicio. Siempre era la misma visión: un monstruo siniestro y sin rostro, armado de pies a cabeza, y con una espada tinta en sangre. Cabalgaba en una bestia para la que no tenía nombre, con la espada bien alta, y cargaba sobre mí para arrebatarme al infante que llevaba en mis brazos; lo cogía por la nuca y se lo llevaba como un ave de rapiña. Luego arrojaba al niño en el aire y, con un poderoso golpe de la espada, le cortaba la cabeza antes de que cayera al suelo.

Yo sabía quién estaba detrás de la máscara de hierro. Pero ¿cómo podía matar con tanta crueldad a aquel infante, que no podía ser otro que él mismo?

—¿No se puede evitar? —conseguí susurrar con voz ronca.

Jean de Malestroit tendió una mano por encima de la mesa. Cuando nuestros dedos se entrelazaron, manifestó:

—Ni siquiera Cristo pudo rechazar la copa que Su Padre le ofreció.

—¿Qué pasará ahora?

De algún lugar de debajo de la mesa, el obispo sacó un fajo de pergaminos y me lo alcanzó.

—Este es el borrador de lo que será copiado y publicado.

Estaba escrito de su propio puño y letra. Después de todo había sido abogado antes de convertirse en clérigo. Ante mis ojos tenía la cuidadosamente redactada primera carga del asalto que acabaría por poner de rodillas a Gilles de Rais. Se me ofrecía la oportunidad de leerlo antes de que se cumpliera el requisito de hacerlo público.

Un honor agridulce, desde luego.

A aquellos que puedan ver las presentes cartas, nosotros, Jean, por el permiso

divino y la gracia de la Santa Sede Apostólica, obispo de Nantes, les bendice en el nombre de Nuestro Señor y les requiere que tomen nota de las presentes cartas.

Que se sepa por estas cartas que al visitar la parroquia de Saint-Marie en Nantes, donde Gilles de Rais, mencionado más abajo, reside habitualmente en la casa llamada La Suze y que es feligrés de la mencionada iglesia, y en la visita a otras parroquias, que también se mencionan más abajo, primero llegaron a nosotros frecuentes y públicos rumores, y después quejas y declaraciones realizadas por personas buenas y honradas.

La lista que seguía era larga y penosa de leer, porque yo había conocido a algunas de estas personas en el curso de las investigaciones que habían sacado todo esto a la luz: Agathe, esposa de Denis de Lemion; la viuda de Regnaud Donete; Jeanne, viuda de Guibelet Delit; Jean Hubert y su esposa; Marthe, viuda de Yvon Kerguen; Jeanne, esposa de Jean Darel; Tiphaine, esposa de Eonnet le Charpentier. Todos eran feligreses de las iglesias ubicadas en las tierras que rodean las propiedades que habían sido o seguían siendo de Gilles de Rais; los nombres de las iglesias aparecían junto a los nombres de los testigos.

Nosotros, al visitar estas mismas iglesias de acuerdo con nuestro oficio, hemos interrogado diligentemente a los testigos y por sus declaraciones nos hemos enterado, entre otras cosas de las que estamos seguros, que el muy noble señor Gilles de Rais, caballero, señor y barón del mencionado lugar, nuestro súbdito y sometido a nuestra jurisdicción, con ciertos cómplices, cortó las gargantas, mató y masacró con saña a muchos niños inocentes, que practicó con estos niños una lujuria antinatural y el vicio de la sodomía, que a menudo practicó o hizo que otros practicaran la terrible invocación de los demonios, hizo sacrificios y llegó a pactos con estos últimos, y perpetró otros muchos horrendos crímenes dentro de los límites de nuestra jurisdicción; y hemos sabido por las investigaciones de nuestros comisionados y procuradores que el mencionado Gilles ha cometido y perpetrado los antes mencionados crímenes y otros libertinajes en nuestra diócesis como también en varias otras fuera de la nuestra.

Por dichas ofensas, el mencionado Gilles de Rais fue y todavía es difamado entre las personas honorables y sinceras. Con la intención de disipar cualquier posible duda en este tema, hemos escrito las presentes cartas y les hemos puesto nuestro sello.

Escritas en Nantes, el 29 de julio de 1440, por mandato del señor obispo de Nantes.

—¿Cuándo le será entregada a mi señor? —pregunté.

—Mañana.

—¿Y la publicación?

El obispo miró su plato vacío.

—Para eso todavía hay tiempo —respondió.

Mi propio plato había desaparecido, y ahora tenía delante una deliciosa crema que había aparecido como por arte de magia, pero que en realidad había servido una joven novicia tan discreta que no me había dado cuenta de su entrada. No recordaba haberla visto en el convento, aunque seguramente estaba allí; vestía el mismo hábito y griñón que todas las demás novicias y era igual de invisible.

Admiré el precioso postre durante un momento, pero ya no tenía apetito. Alcé la vista al tener la súbita sensación de que me observaban. Jean de Malestroit me miraba tan intensamente que noté el fuego de sus ojos. Esa noche no era invisible.



Dos días de lluvia continua nos tuvieron a todos encerrados, excepto al hermano Damien que continuaba con la estrecha vigilancia de los árboles cargados de frutos. Desde la seguridad de una de las ventanas del piso alto, le veía sacudir las ramas de vez en cuando para evitar que el peso del agua les hiciera tocar el suelo. Había docenas de árboles, y muchas horas de lluvia que sacudir. Una tarea imposible, salvo para aquellos que cuentan con la inspiración divina.

Mientras se apagaba la luz del día le vi caminar de regreso a la abadía en lo que pensé que sería la última vez antes del ocaso. Él mismo necesitaba una sacudida, porque estaba calado hasta los huesos. En el camino que hay entre el huerto y los edificios episcopales, se cruzó con un jinete, alguien que sin duda le conocía porque el hombre se detuvo a conversar con el joven hermano durante unos momentos. Cuando se separaron en direcciones opuestas, me pareció que el hermano Damien había acelerado el paso.

Vino a verme sin demora, jadeante y con las prendas empapadas.

—Hay noticias —exclamó, muy excitado—. De Sille y De Briquerville han desaparecido. Han abandonado el servicio de mi señor Gilles y huido sin más.

Con el corazón en la mano, ¿quién podía echárselo en cara? Aquellos truhanes debían saber que su amo y primo ya no estaba en posición de defenderlos. Sin embargo ¡qué terribles ingratos!; se habían marchado con parte de su fortuna. Habían sido los responsables de la adquisición de los materiales de construcción para su capilla, de la compra de prendas y regalos para sus víctimas, de proveer los abastecimientos necesarios para el transporte de su abultada comitiva. ¿Habían añadido estos villanos un *sou* o dos a cada artículo de la cuenta presentada a mi señor para que se pagara? Eso era algo tan cierto como la lluvia que caía al otro lado de la ventana.

Solo se podía confiar en que mi señor no hubiese sido tan tonto como para esperar algo mejor de aquellos dos; si lo había hecho, entonces estaba demostrando ser el tonto de remate que comenzaba a creer que era. Estos pensamientos eran preocupantes, pero otros temas relacionados con mi señor Gilles —algunos incluso

todavía más graves— comenzaban a colarse en mi mente, y había uno en particular que se negaba a desaparecer y que, al mismo tiempo, se negaba a manifestarse abiertamente. Por mucho que lo intentaba, no conseguía que aflorara con claridad. Así y todo, sabía que acabaría por hacerlo.

A pesar de los muchos esfuerzos del hermano Damien, las ramas más bajas de los árboles de nuestro huerto comenzaron a rozar el suelo. Horrorizado, nuestro buen hermano nos reclutó a todos, desde la más humilde de las novicias a mí misma. Acudimos en masa al huerto, sin preocuparnos del fango, y levantamos las ramas vencidas; las ligábamos a toda prisa con cualquier cuerda o cordel que tuviéramos a mano; hasta el raído cordón del hábito de un monje nos fue útil. Recogimos todos los frutos que, por el contacto con el suelo, podían resultar imperfectos en su momento y aguantamos las aligeradas ramas con horcas traídas del bosque cercano. La necesidad de este masivo esfuerzo se le escapaba a más de uno, pero queríamos muchísimo a nuestro pródigo hermano y tolerábamos sus peculiares angustias con el mejor de los ánimos.

Ya próximo el mediodía, mientras trabajaba con mis hermanas en Cristo, me llamó la atención algo que se movía en el horizonte. Me aparté de la protección de los árboles y miré en dirección al oeste. Se aproximaba una comitiva. Cuando la columna se acercó un poco más, divisé la enseña del duque Juan que ondeaba al viento. Las bolas de fango volaban al paso de los caballos como las nubes de polvo en un día seco, y en lo que a mí me pareció un santiamén, todo el grupo desapareció de mi vista cuando entró en el patio. Me excusé, aunque no necesitaba hacerlo por ser la de mayor rango entre las trabajadoras, y corrí hacia el palacio, al tiempo que me bajaba las mangas mientras cruzaba el huerto y la carretera. En el patio principal me quité el delantal y lo arrojé al interior de la cocina, cosa que provocó la sorpresa de la fregona, que tuvo la suficiente presencia de ánimo para atraparlo al vuelo. Subiendo las escaleras me arreglé el velo y la toca.

Todo esto a la postre resultó inútil, porque lo primero que me dijo Jean de Malestroit al verme fue:

—Se te ve desaliñada, Guillemette. Cualquiera diría que has acudido aquí de prisa y corriendo de algún lugar salvaje.

—El huerto —le expliqué—. El hermano Damien...

Exhaló un suspiro de resignación.

—¿Dónde encontrará ese joven el tiempo para sus devociones si está siempre tan ocupado con sus plantas?

—Ellas son sus devociones, Eminencia —repliqué, agitada—. Ya está bien de charla. Vi a los jinetes del duque Juan.

—No lo dudo. Acaban de entregarme sus mensajes. No hace ni un minuto. —Apoyó una mano sobre un fajo de pergaminos que tenía sobre la mesa—. Aún no he

comenzado a leerlos.

Sin que me lo pidiera, me senté a esperar.



—Está dispuesto a acabar con él de un solo golpe —me informó el obispo cuando aún no había terminado con la lectura—. Asumiré el control de todas sus propiedades, aquí y en Francia, para despojarlo de cualquier recurso.

—El duque no puede hacerse con el control de las propiedades en Francia.

—No legalmente.

Se escuchó un sonido apagado cuando dejó caer las páginas sobre la mesa. Me moría de ganas por leerlas, pero contuve el apremio.

—El duque Juan puede hacer lo que quiera —murmuró—, pero tal apropiación tendrá consecuencias, una de las cuales será sin duda la pérdida del favor del rey Carlos. Su Majestad no tiene el menor aprecio ni se siente en deuda con mi señor Gilles; incluso diría que tiene tanto interés en deshacerse de él como tiene el duque. Sin embargo, todavía pesa el rencor entre Carlos y el duque después de aquella fallida rebelión, que apoyó el duque en contra de mi buen consejo, por supuesto.

«Por supuesto», repetí para mis adentros.

—Sin duda ese es un tema que ya ha quedado resuelto entre ellos.

—Mucho me temo que el rey tiene una muy buena memoria.

—Pues en cambio parece tenerla muy corta para el apoyo de aquellos que pusieron la corona en su cabeza. Mi señor Gilles entre ellos, por si no lo recordáis.

Supongo que solo fue para complacerme que en su rostro apareció una expresión de arrepentimiento.

—Nadie lo olvida, Guillemette. Sin embargo, estos asuntos trascienden el recuerdo de la valentía de mi señor. Ahora se comporta como el peor de los cobardes.

—Incluso un cobarde tiene derechos cuando se trata de sus propias tierras.

—Un cobarde que ha cometido unos crímenes indescriptibles puede ser forzado a renunciar a sus derechos. Ahora, si me lo permites...

Volvió a sus papeles; le observé leer. Su concentración era fuerte y no admitía interrupciones. Después de pasar la última página se reclinó en la silla con los ojos cerrados, cruzó las manos sobre el regazo y permaneció muy quieto. Era como si estuviese rezando. Cuando abrió los ojos, me pareció que había llegado a una conclusión.

—Le recomendaré al duque Juan que proceda con mucha cautela en estos asuntos. No tiene que haber ninguna duda sobre la justedad de los cargos que se presenten y el juicio que se realice.

—Tal perfección requerirá la mutua cooperación entre el duque Juan y el rey —opiné—, dado que sus intereses están contrapuestos.

Su Eminencia me miró por un momento.

—Por todos los santos, Guillemette, creo que es un desperdicio que dediques tus talentos a ser abadesa. Tendrías que ser diplomática. ¿Cómo es que no he apreciado antes estas cualidades en ti?

Era porque solo comenzaban a emerger.



A mí me pareció que un trato justo era lo mejor que podía esperar Gilles de Rais, porque ya no era posible ningún tipo de perdón. Para Jean de Malestroit, era la manera por la que él podía preservar la dignidad de todos los participantes en la batalla legal y también la integridad de su resultado. Hablamos un poco más de las estrategias para conseguir un trato justo; sabía que Su Eminencia mantendría muchas conversaciones de este tipo con los hombres que compartirían con él la mesa de los jueces, y se me ocurrió que se estaba preparando en nuestro discurso para lo que seguramente vendría.

—Comienzo a pensar que sería lo mejor —manifestó el obispo en una de sus reflexiones en voz alta—, para el rey Carlos entregar el control de las posesiones de mi señor en Francia al duque Juan. Claro que le irritará y mucho hacer pública tal concesión a su rival.

—Hay una relación que podría servir, que evitaría cualquier escarnio a ambas partes. Quizás el hermano del duque Arturo —propuse—. Es condestable de Francia y como tal un íntimo del rey.

—Todavía queda algo de rivalidad infantil entre el duque y Arturo. Solo podemos confiar en que esta intriga fraterna acabe mejor que aquella entre Caín y Abel, si va a mayores.

Tenía mis dudas. Me pregunté brevemente si existiría tal rivalidad entre mis hijos si Michel aún estuviera con nosotros. En realidad no había nada por lo que pudieran reñir: ni propiedades, ni dinero, ni herencia. La única cosa que tenían en común era su alianza con Gilles de Rais; Michel en la infancia, Jean de mayor. Muchas veces en lo más profundo de mi corazón me había preguntado por qué Gilles se había molestado tanto en ayudar a Jean para verlo bien situado en Aviñón. Quizá porque necesitaba algún tipo de verdadera hermandad; la abierta rivalidad que mantenía con su propio hermano, René, había comenzado cuando Jean de Craon había legado su espada a René, y no a Gilles como se esperaba. A partir de entonces no había habido más que peleas entre los hermanos de sangre.

—La hermandad es a menudo uno de los parentescos más difíciles, aunque cualquiera creería lo contrario —comenté—. Así y todo, el duque y Arturo bien podrían dejar de lado las diferencias a la vista de las circunstancias. Con un poco de ayuda, por supuesto.

—Esperemos que así sea. Sería muy beneficioso para todas las partes interesadas.

Su Eminencia se reunió más tarde con sus consejeros, quienes coincidieron en que era una idea brillante. Se escribió una carta donde se le sugería al duque Juan la conveniencia de encontrarse con su poderoso hermano Arturo para discutir sus intenciones respecto a mi señor.

«Si estáis dispuesto a confiscar Tiffauges y Puzages para saldar la multa impuesta a mi señor Gilles, tendríais que hablar con vuestro hermano para que convenciera al rey de que os permita hacerlo sin interferencias. Es el camino más prudente para todas las partes implicadas».

Por supuesto, todas estas argucias no servirían de nada si Carlos sufría un súbito remordimiento de conciencia por la deuda que tenía con Gilles debido a su apoyo a la Doncella, sin cuyas victorias él nunca hubiese sido coronado. Pero había pasado casi una década desde que se suscitara aquella deuda, casi una década desde que habían matado a Juana. Tuviera o no la memoria larga, Carlos no pagaría su deuda a menos que se la reclamaran abierta y directamente. Yo creo que los campesinos siempre saben cuándo les toca pagar sus deudas; en cambio, los reyes parecen confiar en la memoria de sus acreedores para que se las recuerden.



Contemplamos la fortaleza de Vannes sin bajarnos de nuestros caballos. ¿Cuántos de esos monstruosos edificios había encontrado en mis días sobre esta tierra? Creo que demasiados. A menudo pienso que los plebeyos solo pueden imaginar las intrigas que tienen lugar al otro lado de los turbios fosos. Como mujer de cierto linaje, había visto lo suficiente para saber que gran parte de las mismas eran de lo más bajas y denigrantes.

Detrás de aquellos muros, sobre los que ondeaba el estandarte del duque Juan, tuvo lugar un encuentro entre hermanos, donde se llegó a un acuerdo con la guía y consejo de Su Eminencia Jean de Malestroit, obispo de Nantes por ordenación divina. Arturo de Richemont, condestable de Francia, amigo y aliado del rey Carlos, ocuparía las propiedades de Gilles de Rais en Francia, incluidas Tiffauges y Pouzages. El duque Juan se evitaría la vergüenza de tener que hacerlo él mismo. El rey Carlos se evitaría el desdoro de la aquiescencia y la vergüenza de ver cómo se hacía pública su traición a Gilles de Rais. A cambio de todo esto, De Richemont recibiría las propiedades bretonas de mi señor cuando pudieran ser confiscadas legalmente.

Viajamos de Vannes a Tiffauges, donde De Richemont se reunió con nosotros. La confiscación de Tiffauges fue rápida y sin derramamiento de sangre. El sacerdote Jean le Ferron, quien todavía continuaba prisionero allí después de la humillación sufrida a manos de Gilles en el asalto a Saint-Étienne, fue finalmente puesto a nuestro cuidado. El pobre hombre aún mostraba los rojos verdugones de las palizas, aunque



cruzó el puente levadizo con la cabeza erguida, tan digno como siempre. No dijo ni una sola palabra cuando lo escoltamos hasta Nantes, donde lo dejamos en manos de su hermano, Geoffrey.

Ya no podía haber ninguna duda de que Gilles de Rais caería de lo más alto de su gloria y de que no volvería a levantarse nunca más.



El viento helado que soplaba del oeste me mordía los tobillos mientras que, encaramada en una plataforma de madera, intentaba coger las manzanas de las ramas más altas. Jean de Malestroit estaba tan ocupado con los trámites para acabar con las andanzas de mi señor que no necesitaba tanto de mis servicios, una situación que me agradaba o desagradaba en función del humor que tuviera en el momento. Una tarea tan sencilla como la recolección me serenaba. Cargaba las cajas para algunas de las hermanas mayores, cuya voluntad excedía con mucho a sus fuerzas, y yo, por lo tanto, me veía bendecida con la ilusión de la juventud. Ayudaba a sostener las escaleras y así los jóvenes hermanos treparían hacia el cielo para recoger el botín que nos ofrecía Dios. Consolé a una novia que se había comido sin darse cuenta medio gusano con la mentirijilla de que aquel ser viscoso tenía virtudes medicinales ocultas y que a menudo eran disfrazadas en las pócimas más elaboradas, que me lo había dicho una comadrona muy preparada. En esos pequeños servicios encontré la manera de disfrutar de los placeres del momento sin pensar en los terrores que seguramente me encontraría más adelante. Pero el contentamiento es algo que está siempre sujeto a los caprichos de Dios, y así fue también en ese día. Desde mi posición en la plataforma, fui la primera en ver al joven monje que salía del palacio del obispo para venir al huerto. Lo observé con curiosidad mientras se acercaba al hermano Damien, quien lo escuchó durante unos momentos para después mirar en mi dirección.

Bajé de la plataforma cargada con el cesto, escogí la más perfecta de las manzanas y la froté vigorosamente contra la manga. Cuando el hermano Damien llegó a mi lado, se la ofrecí con mucha ceremonia.

—Creo que este año hemos sido bendecidos con una soberbia cosecha —dijo mientras la aceptaba.

—Así es —afirmé—. Disfruto muchísimo con estos momentos de calma que me da recoger la cosecha.

—Pues entonces lamento tener que interrumpir vuestro placer. Su Eminencia quiere hablar con vos.



—Ah, Guillemette —exclamó Jean de Malestroit cuando me vio entrar—. ¿A qué se debe esa expresión tan grave?

—¿No es antinatural estar entre estas paredes de piedra en un día tan glorioso?

—Quizá el excesivo amor del hermano Damien por la jardinería se te ha contagiado. —Vaciló por un momento, como si estuviese recapacitando en algo, y luego añadió—: Perdóname por haberte arrebatado de tu serenidad. Pero creo que te gustaría ver esto antes de que lo vean los demás.

Me entregó un pergamino escrito por una mano desconocida. Mientras me sentaba, apenas si eché una ojeada al encabezamiento, porque siempre era el mismo en todos los documentos legales, o sea un palabrerío confuso y plagado de frivolidades. «En el nombre de, por la gracia de, con los auspicios de». Estas palabras no eran más que un estorbo que demoraban mi llegada a la única parte de la misiva que tenía interés:

Nosotros, que no deseamos que tales crímenes y actos herejes, que crecen como el cancro a menos que se arranque de cuajo inmediatamente, pasen en silencio, por negligencia o disimulo, y además con el deseo de aplicar la cura requerida con eficacia, en nombre de estos presentes, requerimos y os requerimos, sin descargar la culpa en otro o excusarse a sí mismo a expensas de otro, por este Edicto vinculante, que se presente ante nosotros o ante nuestro representante en Nantes, el lunes que sigue a la festividad de la exaltación de la Santa Cruz, o sea el día diecinueve de septiembre, el noble Gilles de Rais, caballero, nuestro súbdito y bajo nuestra jurisdicción, a quien citamos de acuerdo con los términos de la presente carta ante Nos, como también ante el fiscal de nuestro tribunal en Nantes, con el fin de responder por su protección en nombre de la fe y también de la ley, y por esto, es nuestro deseo que lo expresado en la presente carta sea debidamente ejecutado por vos o por otro entre vosotros.

Dada el martes precedente, el día 13 de septiembre, en el año de nuestro Señor de 1440.

Todavía era pronto para la mencionada fecha, así que el documento aún no había sido entregado a su destinatario. La citación había sido transcrita por orden del señor obispo Jean Guiole, un hombre que no mantenía un contacto habitual con nosotros. Dejé el pergamino sobre mi regazo.

—No lo habéis firmado —señalé.

—Hay otros que tienen la autoridad para hacerlo.

Otra advertencia legal se redactaría al día siguiente:

Yo, Robin Guillaumet, clérigo, notario público en la diócesis de Nantes, me encargué debidamente de entregar esta carta promulgada contra el mencionado Gilles, caballero, barón De Rais, mencionado como principal en este mismo escrito, y ejecutado por mí de acuerdo a derecho el 14 de septiembre del año de 1440, de acuerdo a la forma y manera estipuladas por la misma carta.

—Una vez más, mi señor obispo, no habéis firmado.

—No se requiere que la firma sea la mía —replicó.

Intentaba mantener la distancia.

Jean de Malestroit tampoco acompañó a los oficiales encargados de la detención cuando se presentaron en Machecoul dos días más tarde, el quince de septiembre; envió a otro abogado en su lugar para que acompañara al capitán de armas del duque Juan. El grupo de representantes legales y soldados, bien montados y mejor armados, se presentó en las puertas del castillo de mi señor.

Eran pares y parientes de Gilles de Rais, y entre ellos había hombres que habían combatido a su lado contra los ingleses en Orleans. Intenté imaginar la fortaleza de espíritu que se necesitaba para detener a un camarada de armas. De alguna manera, en un acto incomprensible de hombría, el capitán Jean Labbé, que una vez había cabalgado entre las fuerzas al mando de Gilles, leyó la orden de arresto y exigió que Gilles de Rais se entregara inmediatamente.

Nosotros, Jean Labbé, capitán de armas, que actúa en nombre de mi señor Juan v, duque de Bretaña y Robin Guillaumet, abogado, que actúa en nombre de Jean de Malestroit, obispo de Nantes, requieren a Gilles, conde de Brienne, señor de Laval, Pouzages, Tiffauges y otros tales, mariscal de Francia y teniente general de Bretaña, a que nos permita la entrada inmediata a su castillo y que se entregue prisionero para que pueda responder a los cargos de brujería, asesinato y sodomía.



Como siempre, en cuanto acabaron las vísperas, abandonamos la capilla para volver a la abadía. Jean de Malestroit no se mostró precisamente como un artífice de la palabra, ni yo fui la más locuaz de las interlocutoras; apenas si nos dirigimos una palabra mientras caminábamos por el atrio que rodeaba el exterior de la iglesia.

Sin embargo, las palabras que son necesarias pronunciar acaban por decirse; Jean de Malestroit me cogió de la mano para detenerme.

—He recibido un mensaje del capitán Labbé —me dijo en voz baja—. Llegarán antes de mañana. Intentaré en lo posible hacer que la llegada coincida con las primeras horas de la madrugada.

—Una medida muy prudente —comenté con un hilo de voz.

—La captura no planteó ningún problema —añadió—. Tampoco se han producido dificultades en el viaje desde Machecoul. Labbé dice que mi señor se entregó en sus manos con una lastimosa falta de resistencia, como lo hicieron también Prelati, Poitou y Henriet.

Así fue que, con la intención de presenciar la llegada con la mayor intimidad posible, subí las escaleras de la torre norte de la abadía muy poco después de la medianoche. Sostenía en alto una antorcha, y ahora me dolía y temblaba el brazo al que había sometido a demasiados esfuerzos durante los últimos días en la recolección

de las manzanas. Necesitaba de la luz más que nunca; los escalones de piedra estaban pulidos hasta el punto de perder la forma original después de muchas centurias de pisadas y solo había unas pocas saeteras que dejaban pasar la luz de la luna. Subí lentamente dando vueltas y más vueltas; tardé un buen rato en llegar a lo alto de la torre y al parapeto desde donde observaría el vergonzante regreso de Gilles de Rais a Nantes.

Salí al pequeño rellano y me asombré ante la belleza de la luz de la luna, que pintaba el ciclo nocturno con delicados rayos como velos blancos a través de las nubes intermitentes. Un número infinito de estrellas resplandecía por encima de mi cabeza, y por un breve momento me sentí transportada muy lejos de mis pesares.

Dejé la antorcha en una grieta que encontré en la base de una monumental bestia de piedra cuya vil expresión me pareció todavía más cruel con el vacilante resplandor de la llama. Abajo estaba la plaza de la ciudad, por la que tendría que pasar la comitiva de Labbé en su camino al palacio del obispo. Era una caída muy grande, quizá de unos cincuenta metros, y cuando miré por encima del borde, sentí vértigo. Me eché apresuradamente hacia atrás y esperé a que se me pasara aquella terrible sensación.

¿Dónde encontraría el sueño para reemplazar el que estaba sacrificando a la espera de ver la macabra procesión? Lamenté no tener a mano una taza de aquel sublime té que la hermana Claire me había servido tan generosamente en Bourgneuf o algún tónico fortificante del boticario. La espera se fue alargando; media, después una hora; la luna se fue hundiendo en el cielo y su luz comenzó a flaquear. Sin embargo, abajo había más luz de la que había esperado; una tras otra, comenzaron a aparecer antorchas en la plaza.

Parecían surgir de la nada, salir sin más de entre las sombras. Su luz brillaba sobre las cabezas de aquellos que las sostenían en alto, y a medida que aumentaba el fulgor vi que las personas que comenzaban a congregarse vestían con las prendas de los humildes, que no eran nobles ni soldados. Cada vez llegaban más, y verlos cautivó tanto mi atención que no escuché el ruido de las pisadas detrás de mí. Fue cuando alguien pronunció mi nombre que comprendí que ya no estaba sola.

En un primer momento no reconocí la voz, porque el eco en el hueco de la escalera distorsionaba cualquier sonido. Jean de Malestroit apareció en el rellano, vestido con una sencilla sotana y sin sombrero.

—No estáis vestido adecuadamente para recibir a un gran señor —comenté.

—No seré yo quien lo reciba —me respondió con una sonrisa—. El capitán Labbé lo conducirá directamente al interior del palacio. Se le han preparado sus habitaciones.

—¡Ah! Habitaciones —exclamé—. Seguramente os referís a la mazmorra.

—Todavía es un miembro de la nobleza, Guillemette: no le faltarán las

comodidades; de eso puedes estar segura.

Me volví una vez más hacia el parapeto para mirar a la muchedumbre que seguía aumentando.

—Por lo que se ve, la noticia no ha podido permanecer en secreto.

—Es imposible ocultar una noticia de esta clase.

Jean de Malestroit permaneció detrás de mí durante varios minutos, sin decir palabra. Luego sentí el contacto de su mano en mi hombro.

—Lo siento —susurró.

—Lo sé, Jean.

Permanecemos el resto del tiempo que estuvimos allí, sin decirnos una palabra. Mucho antes de que viéramos el carro que transportaba a Gilles de Rais y a sus cómplices, escuchamos el lejano traqueteo de las ruedas. La multitud en la plaza — que ya sumaba el centenar— comenzó a inquietarse. Desde la altura veíamos cómo las antorchas se movían con un ritmo nervioso, que se hacía cada vez más rápido a medida que el traqueteo de las ruedas se hacía más sonoro. Cuando los primeros caballos entraron en la plaza, las antorchas se movieron hacia ellos como una ola luminosa. Escuchamos el sonido del roce de las espadas cuando los soldados de Labbé las desenvainaron para mantener apartada a la muchedumbre con sus afiladas puntas.

Más o menos consiguieron mantener el orden hasta que el carro apareció a la vista, momento en que la multitud se convirtió en una turba incontenible. Los gritos y los insultos sonaron en la plaza como un coro furioso; las antorchas se agitaban enloquecidas como si fuese la víspera de la festividad de los Santos Difuntos, y los soldados se vieron obligados a romper la formación en su intento por mantener apartados a los que llevaban las antorchas. En el vivo resplandor que alumbraba el carro, distinguí a Gilles de Rais, que se había rodeado de sus compinches y los utilizaba para su propia protección. Los jóvenes que lo acompañaban en el cautiverio se habían convertido ahora en escudos que lo mantenían apartado de las manos de la muchedumbre. Presenciamos la siniestra escena que se desarrollaba ante nuestros ojos, como una impresionante obra trágica cuyo final acabaría por destrozarme el corazón.

Henriet describió más tarde la llegada del grupo a Nantes.

«Casi no sé cómo describir mi condición cuando nos sacaron del castillo. Tendría que haber escapado, pero no parecía haber ningún lugar donde ir; cuánto lamenté no haber tenido la previsión de De Sille y De Briqueville. Mi señor Gilles no respondía a mis preguntas ni a mis ruegos; ninguno de nosotros podíamos llegar hasta él, tan profundo era su ensimismamiento. Lo había visto así en otras ocasiones, pero generalmente cuando se sume en estos silencios es en realidad un ensueño, el disfrute de algo en su interior. No respondió a ninguna de nuestras frenéticas preguntas sobre

lo que podía ser de nosotros, sino que se limitó a mirar entre las rejas del carro, mientras rezaba para pedir perdón, afirmaba su devoción a Dios, hacía juramentos de eterna penitencia y renovaba las promesas de viajar a Tierra Santa. A mí me parecía imposible que Dios le estuviese escuchando en aquellos momentos, porque de lo contrario hubiese hecho algo para consolarnos. El rostro de mi señor se veía tenso y lloroso, y parecía terriblemente asustado. Si Dios no escuchaba a un gran señor en esta hora de gran necesidad, ¿cómo podía yo, un simple paje de aquel señor y culpable de muchos de los mismos crímenes, esperar que mis súplicas fuesen escuchadas? La esperanza que pudiera tener de cualquier salvación estaba firmemente ligada a la de mi señor por una cuerda de innegable complicidad.

»En aquel momento, de haber tenido un puñal, me hubiese rajado la garganta. Pero nuestros carceleros se habían ocupado prudentemente de despojarnos de todas nuestras armas, así que me vi obligado a permanecer con vida y a enfrentarme con mi destino, que solo podía ser terrible».

A Earl Jackson, la víctima de doce años, lo encontraron en una esquina de un aparcamiento perteneciente a un grupo de almacenes abandonados no muy lejos del aeropuerto. La escena estaba dentro de los límites de la ciudad de Los Ángeles, pero por muy poco.

Erkinnen seguía conmigo cuando aparqué junto a la cinta amarilla. Había cuatro coches patrulla que rodeaban la zona acordonada, todos con las luces de advertencia funcionando. Era un exceso: el tráfico más cercano pasaba unos noventa metros más allá. Pero las normas son las normas.

No me encontré con nada de lo que me esperaba como obra de un ilusionista: nada de decorados, maniqués o instrumentos de tortura.

—No lo entiendo —comenté mientras nos acercábamos—. Esto no parece encajar en el esquema.

—¿No habías comentado algo referente a secuestros de práctica?

—Lo único que el tipo podía practicar era el momento de secuestrar a la víctima.

—Quizá lo más probable es que tenga perfeccionado todo lo demás. El secuestro es su punto más vulnerable. Todo lo demás lo tiene perfectamente controlado.

No parecía tener mucho sentido discutirlo.

—¿Alguna vez antes han visto a un chico muerto?

—No.

—Puede ser bastante horrible.

—No lo pongo en duda ni por un segundo.

Lo curioso fue que la que acabó vomitando fui yo.

Siempre llevo una botella de agua en el coche para así poder quitarme el regusto de la bilis de la boca antes de ocuparme de la escena del crimen. Nadie me culparía por aquella momentánea muestra de emoción. Cuando por fin me concentré en el tema vi que Earl, como los demás chicos desaparecidos, era menudo y parecía más joven de lo que era. Lo habían dejado apoyado contra un contenedor con las piernas extendidas. Tenía los brazos a la espalda y probablemente maniatados, pero no lo podríamos saber hasta que le diéramos la vuelta. Todavía faltaba mucho para ese momento. Estaba desnudo de cintura para abajo. Las pantorrillas y los muslos flacuchos no mostraban la menor huella de la musculatura que viene después de la pubertad. Los genitales estaban metidos parcialmente entre los muslos y apenas si se veían, pero a primera vista parecían intactos. Los tres últimos botones de la camisa de manga corta estaban desabrochados, como si el asesino hubiese tenido la intención de quitársela.

Sin embargo no había ninguna señal de violencia para desvestirlo, como botones arrancados o costuras rotas.

—Le estaba quitando la camisa con mucho cuidado —le comenté a Erkinen.

—Ritualista. Muy organizado.

Una mancha de sangre seca corría desde algún lugar de debajo de la camisa hasta la entrepierna. Me puse los guantes y con la mano derecha le levanté el faldón de la camisa. Había una herida abierta de arma blanca muy precisa en el vientre por la que asomaba una pequeña parte de los intestinos, muy parecido a una hernia.

Me concentré en el cuerpo, hasta que escuché la voz del psicólogo.

—Mira su rostro.

Por supuesto, allí era donde él miraría primero, el lugar donde se reflejan las emociones. Dejé caer el faldón de la camisa y miré el inmaculado rostro de Earl Jackson. Allí vi aquello que probablemente había sido su última emoción: terror. El más terrible y crudo terror.

No conseguía imaginarme en la piel de un chico de doce años sentado contra un contenedor, viendo cómo un cuchillo me abría el vientre. El horror ante la tortura era lo más lógico.

—Dios, te puedes imaginar...

—No —replicó Errol—. No puedo.

Aparté la mirada de su rostro para fijarme en el cuello; así conseguí librarme de la pena y recuperar la cólera inicial, un estado mucho más productivo en estos casos. La piel debajo de la barbilla se veía inflamada y con marcas amoratadas.

—Al parecer, lo estranguló. La herida del cuchillo no es tan grave.

—Tiene la boca abierta —escuché que me decía Erkinen—. Muy abierta y redonda. Estaba gritando. Tuvo que ser lo bastante grave como para darle esa expresión.

—Sí, probablemente fue algo muy doloroso. Pero no lo mató.

—Estaba gritando. Lo veo en su rostro.

No tenía ninguna importancia. Solo dos personas sabían qué había sido lo último que había gritado Earl: él mismo y la persona que lo había asesinado.

Me levanté para ir a hablar con los agentes. Mientras me quitaba los guantes, pregunté:

—¿Quién lo encontró?

—Yo. —El poli que me respondió parecía muy joven. Por la expresión desencajada, me dije que aquel debía ser el primer cadáver de verdad.

—¿Cómo fue que lo encontraste?

—Estaba haciendo un recorrido de rutina —contestó—. Si no estoy atendiendo otra llamada, se supone que debo pasar por este lugar dos veces al día. Esta mañana no pasé por aquí porque tuve que atender una cuestión doméstica —añadió con la cabeza gacha—. Dios, espero que no pasara precisamente...

—No lo parece. La sangre está muy seca. Es probable que lleve muerto toda la



noche. —Solo era un cálculo aproximado; el forense sería mucho más preciso—. ¿Cuándo fue tu última pasada por aquí antes de esta?

—Anoche. Cambié el turno con uno de los muchachos que quería la noche libre. Pasé por aquí sobre las diez y media.

—¿Viste algo fuera de lo normal?

—No. Todo parecía muy tranquilo. Pero la verdad es que fue una ojeada rápida porque había mucho trabajo. Por lo general soy un poco más concienzudo. —Exhaló un sonoro suspiro; tendría que cargar con el «si hubiese» durante mucho tiempo.

Miré su nombre en la placa y lo anoté en mi libreta.

—Te llamaré para que hagas una declaración —le dije. Él asintió con una expresión grave.

El forense determinó más tarde que la hora de la muerte había sido en las primeras horas de la noche.

—Diez y media o las once como mucho —me comentó—. La herida no es consecuencia de una puñalada. El corte era muy limpio, muy clínico.

—¿Qué hay de los intestinos? Eso no me parece muy limpio.

—Creo que el asesino se disponía a sacárselos. Hay señales de que ensanchó la herida. Es probable que se hiciera muy lentamente y con mucha precisión.

—¿Diría quirúrgicamente?

—Sí, se podría decir que la herida es de naturaleza quirúrgica. En cualquier caso no querría que ese cirujano me interviniera.

La aparición del coche patrulla probablemente había interrumpido el destripamiento. Me pregunté si le serviría de consuelo al joven agente saber que su llegada probablemente había acelerado la inevitable muerte de Earl, y por lo tanto, le había evitado un sufrimiento terrible.

No me había parecido un tipo que se consolara fácilmente.

Apareció Fred. Si me decía que llamara para entrevistar a todos los destripadores conocidos en la zona de Los Ángeles, le daría un puñetazo en los morros. Pero no lo hizo. Echó una mirada a lo que quedaba de Earl Jackson y apenas sacudió la cabeza.

—Mantenme al corriente —me dijo. Luego subió al coche sin añadir nada más y escapó.

Creí que una vez que tuviera un cadáver conseguiría que Fred viera las cosas a mi manera. En cambio no creyó que existiera una vinculación, precisamente porque había un cadáver. Hizo que el caso Jackson fuera algo separado en su mente.

Debo admitir que tenía mis propias dudas, a pesar de la aparente certeza de Erkinnen de que se trataba de un error o de una escalada. Al final tenía muy poco más que me ayudara a seguir de lo que tenía antes de encontrar el cadáver. Cualquiera hubiese pensado que si el asesino se vio interrumpido en su trabajo, tendría que haber más pruebas en la escena, que hubiese tenido que salir corriendo tan rápido que

habría dejado huellas en las prisas por escapar. Pero no había rastros de neumáticos marcados en el cemento que alguno de nosotros pudiera encontrar, nada de pelos ni fibras. El pavimento agrietado no era el mejor lugar para obtener la tan anhelada huella de una pisada. No se presentó ni un solo testigo para decir que había visto algo relacionado con el caso. La única sangre en la escena era la de Earl Jackson.

Era mi caso, y, sin embargo, comencé a verlo como una distracción de mi caso real, aunque lo único que tenía era el nombre que me había dado el director del museo. Me dediqué a investigar a Wilbur Durand como si fuese mi última esperanza.

«Un talento de la magnitud de Hitchcock en el género de terror». Esta fantástica hipérbole ocupaba toda la primera página web dedicada exclusivamente a las películas de terror. Seguía una larga lista de clásicos del género en las que había tenido participación, desconocidos para mí. Al final de la lista aparecía su obra más reciente: Wilbur Durand era el guionista, productor y director de *Allí se comen a los niños*.

No la estaban promocionando unida a su nombre. De acuerdo con el editor de esta página (que estaba, tuve que recordármelo a mí misma, promocionando su propio punto de vista y no necesariamente el de su sujeto), *Allí se comen a los niños* era algo muy importante para Durand en el ámbito personal, porque tenía el control absoluto de la creación y la financiación del proyecto. ¿Había hecho Durand algún comentario al respecto en una entrevista? Si era así, no pude encontrarlo, al menos no en la red. Había muchísima información sobre sus trabajos, que eran muchos. No fue nada difícil encontrar la información básica sobre los proyectos en los que había participado.

En cambio, había un vacío absoluto en todo lo referente a su vida personal. Los periodistas de *People*, *Us* y *Entertainment* al parecer no habían conseguido convencerlo para que les concediera una entrevista o siquiera para que hablara de sus películas. Era una figura nebulosa de la mayor magnitud. Las fotos del hombre eran tan escasas como los pelos en las ranas; en las poquísimas que pude encontrar, llevaba gafas de sol y parecía una malvada y retorcida reencarnación de mi ángel sagrado Roy Orbison. ¿Estaba casado? ¿Le gustaban los perros?, ¿comía helados? Nadie lo sabía. Busqué la página web OUT/LOUD, pero no aparecía mencionado en la lista anual de las primeras figuras de Hollywood que eran homosexuales no declarados, aunque eso no significaba que no lo fuera, solo que los muy cabrones aún no habían conseguido pillarlo. Mis propios detectores de gays comenzaban a captar algo solo con ver las fotografías.

Si se dedicaba a la filantropía como algunos otros de los notables chicos maravilla de Hollywood, se lo tenía muy callado.

Aquel día celebramos nuestra reunión informativa semanal a la hora de comer; esta vez trajeron pizza, cosa que aparentemente tiene la virtud de hacer que nuestros

grupos se vuelvan parlanchines. Cuando todos los demás acabaron de hablar de sus casos, les hice un breve resumen del asesinato de Earl Jackson. Todavía no estaba preparada para mencionar a Durand —aún era algo muy vago en mi mente—, pero sí hablé de la visita al museo y les hice saber a todos que me dedicaría a seguir todas las pistas que habían aparecido con el mayor de los entusiasmos. Fred Vuska se mostró muy inquieto cuando los demás contra todo pronóstico comenzaron a hacer un montón de preguntas.

Tan pronto como Fred salió de la sala, Escobar y Frazee se me acercaron.

—¿Quieres que te echemos una mano? —preguntó Spence.

Al ver mi cara de preocupación, Escobar comentó:

—Fred no tiene por qué saberlo.

Miré a mis compañeros.

—¿Tenéis tiempo?

Los dos asintieron al unísono, con sincero entusiasmo.

—Sois fantásticos. Ahora mismo estoy intentando saber en qué debo centrarme, pero mañana por la mañana a más tardar sabré en qué me podéis ayudar.

Primero tenía que hacer unas cuantas visitas.

La casa de Durand se encontraba en el barrio de Brentwood de Los Ángeles, meta de la infame carrera a baja velocidad de aquellos que consiguen aparecer en las listas de «dónde estabas tú cuando...», pero más alto en la ladera que la finca Rockingham. Allí arriba en la estratosfera, las casas y los jardines son más grandes, las verjas más recias y más altas, las advertencias de prohibida la entrada se vuelven opresivas. La casa de Durand —en realidad una mansión— estaba bien apartada de la calle en una esquina muy arbolada.

No vi gran cosa en la primera pasada. Había una reja de seguridad en la entrada con la caja del interfono montada directamente en el centro. Di la vuelta con el coche una calle más allá y aparqué a unos treinta metros al este de la entrada. Caminé tranquilamente por todo el frente y por el lateral. Un rottweiler negro y castaño con aspecto de tener hambre apareció al minuto de haber comenzado mi paseo y me siguió en paralelo a unos tres metros al otro lado de la verja. No ladró ni una sola vez ni siquiera gruñó, pero me hizo saber por la forma en que se relamió un par de veces que me encontraba apetitosa. Apoyé una mano en la reja, y me enseñó los dientes. Con eso ya tuve más que de sobra.

El garaje que veía de lado era el edificio más cercano a mi posición en el perímetro. Un anexo que parecía ser un alojamiento para los invitados o la servidumbre estaba adosado a la parte de atrás del garaje; quizá era un estudio si el tipo era el genio creativo que decían. Estaba aislado y muy separado de la casa principal. Habría sus buenos cincuenta o sesenta metros de jardín entre el anexo y el siguiente edificio; debía ser agradable tener tanta riqueza como para permitirte

disponer de todo ese terreno en la misma ciudad. Yo lo hubiese dedicado a cultivar algo comestible. Tomates y berenjenas o toda clase de verduras.

Di la vuelta cuando llegué al final de la verja y repetí el camino a la inversa con mi amigo rottweiler que no me perdía de vista. Cuando volví a pasar por delante de la reja, se escuchó una voz procedente de un altavoz que no vi. Tardé un par de minutos en decidir que estaba oculto en uno de los ornamentos de una de las columnas de la entrada. ¿Se trataba de un astuto detalle que Durand, el maestro de los engaños, había pergeñado él mismo?

Nadie sabe mejor que un detective que la atención a los detalles lo es todo.

Sin embargo, parecía como si hubiesen sacado los altavoces de entre los escombros del *Malibú burger drive-in* que se había deslizado ladera abajo con la última gran lluvia.

—¿Pue... yudarla?

—No, gracias.

Silencio. Luego, otro ¿Pue... darla? Esta vez sonó más decidido, pero menos claro todavía.

—No. De verdad. Pero gracias de todas maneras.

Si el sonido llegaba al otro lado como llegaba allí, seguramente el hombre no escuchó mis risas.

Esta quizá no era la clase de respuesta que el centinela de Durand estaba acostumbrado a escuchar de un mirón. Los turistas tartamudearían avergonzados. Los sospechosos se largarían rápidamente para evitar que los interrogaran por rondar, que era uno de aquellos sencillos delitos que nos permitían consultar sus antecedentes y a menudo conducía a un arresto importante. Pero yo solo estaba caminando por la acera; como cualquier otro ciudadano, tenía todo el derecho a estar en una vía pública en esa soleada tarde californiana.

Entonces ¿por qué me sentía tan fuera de lugar? Probablemente porque la única manera en que podría entrar alguna vez a una mansión como esa era en el curso de una investigación o en la gira virtual de *Architectural Digest*, algo que el recluso Durand evitaría como a la peste.

Quería tener un filete bien jugoso para arrojárselo al chucho que se había situado detrás de la reja en la línea directa a la puerta principal de Durand. Aunque no me hubiese servido para nada; todo me indicaba que el perro había sido entrenado por el mismísimo hijo de Pavlov para no salivar ante la visión de la carne o cualquier otra clase de tentación. Probablemente le había castigado a conciencia cada vez que una persona que no fuera su entrenador o su amo le había ofrecido algo, hasta el punto de que la pobre bestia seguramente comía solo de ciertas manos. Era probable que Durand pagara su buen dinero para alquilar a ese animal, que no tenía pinta de perro de compañía.

Permanecí allí durante unos momentos, sin decidirme entre tocar el timbre o sencillamente marcharme y dejar que ellos se preguntaran por qué había estado allí. ¿Qué le preguntaría si él estaba en casa y aceptaba hablar conmigo?

«¿Señor Durand, de verdad disfruta usted creando ilusiones terroríficas?». Seguramente acabaría por hacerle alguna pregunta tan estúpida como esa, porque no tenía nada planeado. Solo estaba comenzando la caza de ese tipo; esa no era la manera de cazar a nadie.

Caminé despreocupadamente hacia donde tenía el coche, con las manos en los bolsillos y silbando. Alguien en el interior de la casa me estaba vigilando. Mi coche no tenía ninguna identificación. Era un Ford Taurus blanco como el de cualquier otra mujer. Yo no tenía pinta de ser poli, así que no creo que me tomaran por uno.

A menos que alguien allí dentro estuviese esperando a que me presentara.

Frazer quería saber qué estaba buscando con tanto empeño en el ordenador, porque llevaba horas ante la pantalla.

—Estoy buscando información sobre un sospechoso —le respondí.

Casi se me echó encima.

—¿Tienes a un sospechoso? ¿Por qué no lo mencionaste durante la reunión?

—Quería decir un sospechoso potencial. Estuvo relacionado con la exposición del museo.

Se sentó en una silla a mi lado y miró la pantalla durante unos momentos.

—¿Algún contacto directo con los visitantes?

—Ninguno en absoluto. Pero tiene una relación muy clara; fue el creador de la exposición de las bestias prehistóricas. Todas y cada una de mis víctimas pasó por allí. Además, el tipo diseñó el sistema de seguridad. Grabaron en vídeo a todos los visitantes.

—Recuerdo haber leído que algo así como un millón de personas visitaron aquella exposición —comentó Spence, después de una breve pausa.

—El tipo es un ilusionista, Spence. Busco a alguien que sea muy bueno en la materia. Erkinen mencionó un montón de características que encajan con este tipo como anillo al dedo.

—¿Lo has visto en persona?

—No.

—Entonces ¿cómo sabes que las características encajan?

—He leído todo lo que he podido encontrar sobre él. Lo bastante como para que mis antenas comiencen a funcionar.

—Fantástico —exclamó mi compañero con un tono sarcástico—. La prensa es la fuente de información más fiable. Todos lo sabemos. Avísame cuando necesites que te ayude de verdad.

—Lo haré.

Después de menear la cabeza y exhalar un sonoro suspiro, Spence me dejó sola con el ordenador.

Buscaba un club de admiradores. Spielberg, Lucas, Hitchcock, Industrial Light and Magic; todos ellos tenían entusiastas clubes de admiradores que, al parecer, no tenían ninguna otra ocupación mejor que intercambiar mensajes electrónicos sobre sus héroes durante todo el día. Wil Durand no tenía ni un solo, y eso no parecía tener el menor sentido. Las personas fanáticas de las películas hacen todo lo que pueden para sentir que tienen alguna asociación tangible con sus iconos: es un comportamiento que, en algunas ocasiones, se solapa con el acoso, que es cuando intervenimos nosotros para ponerlos en su sitio. Trágicamente, algunas veces llegamos demasiado tarde.

Pero nadie parecía interesado en ser un fan de Wilbur Durand. No había ningún club, organización o grupo de noticias.

—¿Cómo te las arreglas para evitar que alguien monte un club de admiradores tuyos si no quieres?

—Le dices a tu abogado que le envíe una carta para decirle que se olvide del tema tan pronto como te enteras —me respondió Escobar desde el otro lado de la sala—. O lo llamas tú misma. ¿Este tipo es tan famoso como para tener un club de admiradores?

—No sé si famoso es la palabra correcta. Pero tiene que tener a unos cuantos; está metido en las películas de terror.

—Ah.

—Erkinnen dice que el tipo que buscamos posiblemente sea un recluso, así que es probable que no llame a los admiradores él mismo. Seguramente se lo dice a su abogado. Creo que acierta en eso de que es un recluso; no hay ni una palabra de carácter personal sobre mi tipo. Al parecer no necesita que lo promocionen; está tan bien considerado por su capacidad que todos los productores y directores quieren que trabaje en sus películas.

—Dunbar —me reprochó Spence—, estamos en Los Ángeles, Aquí no puedes decir películas. Tienes que decir *films*.

—No, no puedo. —Aparté la silla de la mesa y me levanté—. Creo que buscaré su historial.

—Lo puedo hacer por ti —se ofreció Spence.

Después de tanto hablar de que necesitaba ayuda, descubrí para mi gran disgusto que aún no estaba dispuesta a delegar nada.

—Lo haré yo misma —le respondí—. Para mañana ya sabré si tengo algún motivo para seguir investigando a este tipo.

—Como quieras —dijo Spence. Frunció el entrecejo—. Pero no dejes que esto te coma.

Supongo que ya se veía con toda claridad.

Durand aparecía con carnet de conducir en dos estados: California y Massachusetts. Había tres direcciones en el carnet de California: la primera era de un barrio de mala reputación, probablemente donde había vivido cuando era un pobretón; la segunda correspondía a un barrio bastante más digno y seguro que atraía a las personas con aspiraciones artísticas y con más medios económicos. La tercera era su dirección actual, donde llevaba viviendo quince años. Tres cambios en veinte años; no era precisamente de los que cambian de domicilio constantemente.

La dirección de Massachusetts correspondía a una calle de la propia ciudad de Boston. En el mapa aparecía en Boston Sur. El permiso había caducado cuando Durand tenía diecinueve años y nunca lo había renovado. La fecha de caducidad coincidía aproximadamente con la fecha de expedición del permiso en California. Durante su borrosa juventud había sido multado en repetidas ocasiones por exceso de "velocidad y otras infracciones de tráfico menor; más de lo que era habitual entre la mayoría de conductores. Un par eran por conducción temeraria. Se llegó a considerar incluso la retirada de carnet. Uno de los agentes informó que se había mostrado «beligerante y sin ningún deseo de colaborar», pero al parecer Durand había acabado por pagar las multas sin más protestas. Por aquel entonces a los infractores no los hacíamos pasar por los cursos de educación viaria; nos limitábamos a coger su dinero y nuestra única venganza era ver con malsana satisfacción cómo les subían las primas del seguro.

Las infracciones cesaron más o menos un año antes de que se instalara en su actual dirección. ¿Había cambiado de forma de conducir? Probablemente no; según las estadísticas estas tendencias pocas veces disminuyen sino que van siempre en aumento. Quizá había encontrado a alguien en el juzgado de faltas dispuesto a solucionarle los problemas planteados por su conducción, cosa que podía investigar. La explicación más probable era que había contratado a un chófer.

Mala suerte. Hubiese sido tan encantador y poético haber parado a este tipo por una infracción de tráfico y encontrar un montón de pelucas y mochilas escolares en el asiento trasero...

Pero no iba a ser tan descuidado.

Investigar la primera dirección de California me dio algo más. Durante su segundo año de residencia allí, había presentado varias denuncias por los maullidos de un gato que pertenecía a una vecina.

—¡Eh, Spence! —grité, cuando conseguí contener la risa—. Tienes que ver esto.

Cogió la página que le ofrecí y la leyó en voz alta con un impecable tono de sargento.

—Wilbur Durand —dijo, y se regodeó con el nombre—, denunciante, afirma que ha sido perturbado frecuentemente por los maullidos de un gato macho propiedad de

Edith Grandstrom, mujer ya muy madura, que reside en la unidad adyacente en el edificio de apartamentos del denunciante. El señor Durand afirma que los sonidos del gato perturban tanto su sueño como su bienestar mental. El agente T. L. Robinson se presentó en el apartamento del denunciante y encontró al denunciante en un estado de agitación. El agente consiguió calmar al señor Durand después de varios minutos de conversación y luego le recomendó que, en vista de que el gato no hacía ruido alguno en aquel momento, se veía incapacitado para llevar a cabo ninguna acción. Le recomendó al señor Durand que llamara a la policía mientras el gato estaba en el proceso de molestarlo, de forma tal que la perturbación pudiera ser adecuadamente documentada o que documentara la perturbación en una grabación de audio o vídeo. El denunciante Durand quiso saber si se podía hacer alguna otra cosa en el momento, a lo que el agente Robinson le respondió que no. —Me devolvió la hoja, con una sonrisa—. ¿El denunciante es tu sospechoso?

Asentí.

—Nunca he oído hablar de él.

—Al parecer es todo un personaje.

—Mejor para él. Admito que no ves muchas denuncias como esa. Debe de estar un poco pirado.

—Y también es un conductor temerario. —Le entregué la hoja con el listado de las infracciones de tráfico—. Si quieres echarme una mano, dales una ojeada. Averigua si hay algo extraño. Desaparecieron de un día para el otro.

—Cosa que haría yo ahora mismo si tuviese algo de cerebro. ¿No me puedes dar algo más entretenido?

Nos echamos a reír. La risa diaria es algo muy necesario en nuestro trabajo. Se alejó, con la página en la mano, meneando la cabeza.

Pero el siguiente dato que nos proporcionó la búsqueda en la dirección ya no fue cosa de risa. Se había hecho otra denuncia en el mismo edificio. Esta vez no había sido Durand quien se quejaba de Edith Grandstrom, sino que era la mujer quien se quejaba de Durand.

Su gato había desaparecido de pronto. Quería que arrestaran a Durand.

—¿Señorita Grandstrom?

Todo lo que vi cuando abrió la puerta con mucha cautela fueron los dedos engarfiados de una mano. Abrió la puerta solo lo necesario para mirarme. Una gruesa cadena cruzaba la oscura brecha, y la tensión de los eslabones indicaba que estaba enganchada. Vi los mechones de cabello canoso y el miedo en sus ojos.

Le mostré la placa y la tarjeta de identidad. La mujer la leyó con atención.

—Quisiera hablar con usted sobre un antiguo vecino suyo, si no le molesta.

—¿Cuál de ellos? —Hablaba casi a gritos y con voz aguda—. Van y vienen continuamente.



—Wilbur Durand. Vivió aquí entre los años...

Le faltaron manos para abrir la puerta. Se escuchó el ruido de las cadenas y los cerrojos que se quitaban y descorrían en rápida sucesión.

—Por favor, pase, detective.

El olor de la orina de gato era insoportable. Seguí a la mujer hasta la sala, que estaba abarrotada hasta el máximo de su capacidad o un poco más. Era obvio que la señorita Grandstrom nunca encontraba la estatua de un gato que no fuese de su agrado, y además estaban los de verdad: por lo menos cuatro en esa habitación. El efecto general resultaba bastante opresivo.

—Ya era hora —comentó—. Me preguntaba cuándo alguien avanzaría con esta investigación.

No dije nada, y confié en que ella continuaría. Lo hizo.

—Él mató a mi Farfel, estoy absolutamente segura. Aquel gato tenía una salud de hierro, y jamás se hubiera escapado de casa.

Durante un par de segundos no supe qué hacer. ¿Debía explicarle que si bien había venido para hablar de Durand, en realidad no tenía una relación directa con la desaparición del gato, que había ido a parar al cajón de los casos sin resolver veinte años atrás? ¿Me convenía más seguirle el juego y dejar que creyera que estaba trabajando en aquel caso y así conseguir que siguiera hablando?

—Intento aclarar algunos viejos detalles —acabé por decirle. No era exactamente una mentira ni tampoco toda la verdad. Pero funcionó—. ¿Podría hablarme del incidente? —añadí—. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero necesito que me diga todo lo que recuerde al respecto. Yo no era detective cuando se presentó la denuncia.

La nariz ya me había comenzado a picar. No es que sea alérgica a los gatos, pero nunca me ha gustado lo que les pasa a mis senos nasales en su presencia. Estaba segura de que había más de cuatro; los gatos son como las cucarachas, por cada una que ves hay otra docena escondida. Uno de ellos, un gatazo negro, ronroneaba como un Rolls-Royce contra mi pierna. La señorita Grandstrom se agachó y lo cogió por la piel de la nuca para apartarlo.

—Venga, Boris —le dijo con un tono cariñoso—, deja tranquila a nuestra visitante. No a todo el mundo le gustan los mininos.

Sonrió y me dio la oportunidad de que expresara mi inclinación personal por los gatos, cosa que me negué a hacer. Pero sí que le sonreí, cosa que pareció satisfacerla.

—Pasó hace mucho tiempo —añadió—. Pero cuando pierdes a un ser querido, no te sobrepones tan rápido. Al menos no es mi caso.

—Lo comprendo muy bien. Ahora, déjeme ver... —Busqué en el expediente hasta que encontré la hoja con la copia de la denuncia—. Antes de la desaparición de su gato, Durand se había quejado del ruido.

—Así es. Pero la verdad es que no entiendo por qué se molestó tanto. A Farfel le

gustaba hablar, tenía una voz muy dulce y suave. Manteníamos muchísimas conversaciones. Por supuesto, él hablaba en humano mucho mejor de lo que yo hablo en gatuno.

Las enfermedades mentales pueden ser tan sutiles e insidiosas.

—En la denuncia se dice que los incidentes ocurrieron por la noche.

—Nunca me han despertado los maullidos de mis gatos —insistió.

—Quizá no los escucha porque está durmiendo.

—Eso siempre es posible. Tengo un sueño muy profundo.

—¿Sabe cómo se comportan sus gatos por la noche?

—Supongo que no se comportan de una manera muy diferente a como se comportan durante el día.

—Entonces, ¿no lo sabe a ciencia cierta?

—No, no lo sé.

—Por lo tanto, no puede afirmar si hacían ruido o no.

—No, si quiere ser usted tan puntillosa. Así y todo creo que Durand se lo estaba inventando. Sencillamente yo no le caía bien por alguna razón que ignoro.

—También se dice en la denuncia que el señor Durand trabajaba en su casa durante el tiempo que estuvo aquí. ¿Sabe usted a qué trabajo se dedicaba?

—Creo recordar que era algo relacionado con la escultura, pero creo que lo mejor sería que se lo preguntara a él.

—Me gusta conocer las opiniones de ambas partes cuando se puede. Además, me pareció conveniente hablar primero con usted.

Eso la complació, y continuó con las explicaciones.

—Por lo que parecía, siempre estaba por aquí; no salía mucho. Las personas que estuvieron en el apartamento antes que él trabajaban todo el día y apenas si tropezabas con ellas. Los que vinieron después... bueno son demasiados para que les hable de todos ellos, pero ninguno estaba continuamente en casa como el señor Durand. —Sonrió con desprecio cuando pronunció el nombre—. En una ocasión fui a su apartamento con un plato de galletas para intentar que hubiera un poco de paz entre nosotros, y él me dejó pasar solo por unos instantes.

Hizo una pausa para apartar de sus piernas a uno de los gatos.

—Las medias no, Maynard. Sabes que eso no se hace. —Volvió a mirarme—. Era un apartamento muy extraño. Casi no había ningún mueble, solo algunas cosas contra la pared. Pero había aquella habitación que vi en la parte de atrás, donde está mi dormitorio. La puerta estaba abierta y vi el interior; era algo así como un taller. Estaba llena de cosas, creo que usted lo llamaría equipos. Materiales y herramientas, todo muy amontonado. No sé cómo nadie puede vivir de esa manera, apenas si quedaba espacio para moverse.

Me pregunté cuánto tiempo llevaría ella sin mirar bien su propia sala. Algún día

tendrían que empezar a sacar cosas antes de que alguien pudiera recoger a la señorita Grandstrom del suelo. Algún pobre agente que no sospecharía nada entraría allí esperándose encontrar a alguien muerto por causas naturales y se vería atacado por una pandilla de gatos hambrientos que luchaban por la supervivencia.

—Así que la primera vez que él comenzó a quejarse, acudió directamente a usted, y usted intentó complacerlo. Buscó la manera de evitar más problemas.

—En la medida de lo posible. Me refiero a que ellos son gatos, después de todo, tienen voluntad propia. Les chistaba continuamente para que se callaran, pero nunca me hicieron mucho caso.

—Por lo demás, ¿cómo era el señor Durand como vecino, señorita Grandstrom?

—¿A qué se refiere?

—Oh, me refiero como persona. ¿Era una persona agradable aparte de las dificultades con los gatos?

La mujer se inclinó como si fuera a revelarme algo muy confidencial.

—¿Quiere saber la verdad?

—Sí, por favor, si eso no la hace sentirse violenta.

Era obvio que se moría de ganas por contarme lo que fuera.

—Si quiere saber mi opinión, estaba loco. Un tipo malvado que odiaba a los animales. Nunca vi a nadie que pareciera un amigo, excepto una pareja de jóvenes que iban y venían de vez en cuando. Tampoco parecía tener ninguna amiga. —Se irguió en su butaca, como si se sintiera ofendida—. Me pareció bastante extraño. Después de todo, era un joven apuesto. No sé la edad que tenía, pero era guapo cuando ocurrió todo esto. Debía de tener un trato muy desagradable para que las muchachas no lo aceptaran.

—¿A qué se refiere con eso de que era un malvado?

—Oh, no era para nada amistoso. Yo siempre intentaba ser amable con él, entablar una conversación. Nuestras terrazas estaban unidas, y yo intentaba hablar con él cuando salía. Tendía la colada.

Así que cada vez que Wil Durand salía a la terraza para tender la colada, Edith Grandstrom aparecía al momento con un gato entre los brazos y le hablaba con aquella voz aguda. Algo que seguramente pondría a cualquiera de los nervios. Pero ¿matarle el gato? Parecía una reacción excesiva.

—Dígame qué pasó cuando descubrió que su gato... Farfel estaba muerto.

—Aquello fue algo terrible. —Exhaló un suspiro—. Lo encontré delante de mi trastero en el sótano. Todos tenemos nuestros pequeños trasteros para guardar cosas. Llevaba desaparecido dos días, y yo ya estaba frenética. Tuve que ir abajo para buscar algo en el trastero y cuando encendí la luz en aquella sección, allí estaba. Colgado ante mis ojos.

—¿Colgado? —No aparecía en el informe—. ¿Cómo?

—Le habían atado las patas traseras con un cordel. —La voz comenzó a flaquearle y se le humedecieron los ojos—. Le habían abierto el vientre y tenía las tripas fuera.

«¡Qué asco!».

—Lo siento mucho. Tuvo que ser algo terrible para usted verlo de esa manera.

—Sí. —Su voz sonó muy vaga y distante—. Todavía tengo pesadillas.

—¿Hubo algo específico que la llevara a creer que el señor Durand fue el autor?

—Me odiaba, y también odiaba a mis gatos, sobre todo a aquel.

Era lógico. El lugar donde habían dejado el cadáver había sido un mensaje. Pero no había ninguna otra prueba de que Durand tuviera algo que ver con el tema.

—¿Van a detenerlo?

No tuve corazón para decirle que el plazo de prescripción había sido trece años antes.

—No puedo hacerlo con lo que tengo hasta ahora. Por otro lado, es algo que le corresponde decidir al fiscal. Pero iré a hablar con él.

Pandora necesitaría dinamita para reventar la tapa de la caja donde estaba escondido Wil Durand. Era el Hombre Desaparecido.

Llamé al teléfono de su estudio; por alguna extraña razón aparecía en el listín. Seguramente alguien habría acabado en la calle por semejante negligencia.

—Lo siento, detective, pero el señor Durand está ahora mismo fuera del país trabajando en una película.

—¿Qué película?

—Mucho me temo que no puedo decírselo.

—¿En qué país está?

—No lo sé seguro; hay varias localizaciones diferentes y podría estar en cualquiera de ellas.

—¿Para cuándo se espera su regreso?

—No lo sabemos a ciencia cierta.

—Aproximadamente.

—Eso depende de los progresos del proyecto. Algunas veces hay demoras, así que no le puedo decir ahora mismo cuándo regresará. Pero intentaré que él la llame cuando lo haga, y quizá entonces podrán ponerse ustedes de acuerdo.

Era la primera vez que me pasaba eso con una llamada telefónica. No tenía manera de saber si estaba realmente fuera del país, porque no les exigimos a nuestros ciudadanos que presenten sus pasaportes cuando se marchan; tendría que esperar a que mostrara el pasaporte para entrar.

—Sala de detectives. Moskal al aparato.

Tuve celos de su impecable acento de Boston. No tenemos acento en Los Ángeles, y mi tono nasal del Medio Oeste había desaparecido hacía mucho tiempo.

—Soy la detective Lorraine Dunbar que llama desde Los Ángeles, de la división de Delitos contra la Infancia. Sé que esto es algo difícil, pero quisiera hablar con algún detective que ya estuviera en el cuerpo entre veinte y veinticinco años atrás. Estoy investigando la desaparición de varios chicos y necesito información sobre un sospechoso que ahora vive en Los Ángeles, pero que residía en Boston Sur por aquel entonces. Me gustaría saber si se produjo allí algún crimen que encaje con la descripción de los cometidos aquí. Se me ocurrió que quizá alguno de vosotros podría echarme una mano.

—Yo soy el detective más antiguo, pero solo llevo en la división unos quince años. Quizás algunos de los retirados podrían ayudarte.

Un detective retirado hablaría a partir de sus recuerdos, pero no tendría acceso a los archivos.

—Por una de esas casualidades, ¿no sabrías quién es el agente más antiguo del distrito?

—Sí, lo conozco.

Hubo una pausa, y me pareció escuchar una risita.

—¿Podrías darme el nombre de esa persona?

—Soy yo.

—Vaya, eso es perfecto.

—Sí, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo llevas, si no te importa que te lo pregunte?

—Veintiséis años.

—¡Caray! —exclamé—. ¿Y no te has retirado?

—Pues no, ya lo ves.

Hay algunos tipos que no pueden dejarlo.

—Supongo que entonces podré hablar contigo.

—Si buscas una respuesta inteligente, quizá podrías intentar con alguno de los muchachos. Pero adelante, haré todo lo que pueda.

—Tengo a un grupo de chicos que han desaparecido —comencé.

Tardé casi cinco minutos en relatarle los detalles, incluida mi primera búsqueda de los antecedentes de Wilbur Durand, y el detective no dijo ni una palabra mientras me escuchaba con atención.

—Vino a California para cursar estudios universitarios —añadí.

Moskal repasó las fechas en voz alta. Luego mantuvo un extraño silencio y comentó:

—Recuerdo el caso de un chico desaparecido más o menos por aquella época. Encontramos el cuerpo, alrededor de una semana más tarde. Sin embargo, nunca dimos con el asesino.

Advertí cómo se me aceleraba el pulso.

—¿Así que todavía es un caso abierto?

—Técnicamente. Ahora mismo no hay nadie que se ocupe de los viejos casos. No tenemos bastantes detectives. Vaya, perdona, quería decir recursos humanos.

El veterano detective me caía cada vez mejor.

—Nosotros tampoco, pero atendí la llamada del caso más reciente, cosa que llevó a que me cayeran los demás. De no haber sido así, continuarían durmiendo en los archivos. ¿Qué hay de chicos desaparecidos y a los que nunca más volvieron a encontrar? ¿Recuerdas alguno?

Se echó a reír, y después eludió la pregunta con mucha habilidad.

—Detective Dunbar, con todos los respetos, a mi edad, ¿crees que recuerdo lo que tomé para desayunar?

—Bueno...

—Lo siento. Por aquí soy el personaje de todos los chistes geriátricos. Probablemente tenemos a decenas de chicos perdidos que nunca se encontraron. Como tú bien sabes, eso no significa que acabaran muertos. ¿Por qué no me das algo de tiempo para que eche una ojeada y te llame? Estamos introduciendo los viejos archivos en el ordenador, y quizá algunos de aquellos casos ya estén en la base de datos. Si es así, será fácil de encontrar. Con un poco de suerte puede que lo encuentre antes de que acabe el día.

Estaba escribiendo algunas notas en los expedientes cuando Moskal me sorprendió con una llamada al cabo de una hora.

—No sé si algo de esto es lo que estás buscando. Tengo a dos chicos muertos y a tres desaparecidos en un período de dos años en aquellas fechas. Todos eran blancos, de edades entre los once y los catorce años.

Una de nuestras muchachas auxiliares era de algún lugar de Nueva Inglaterra.

—Eh, Donna, ¿cuánto se tarda en ir desde Nueva York a Boston en coche?

—Unas cinco horas, según cómo esté el tráfico.

Maldita sea.

—Pero ahora tienen un tren expreso que hace el recorrido en dos horas y media. También está el puente aéreo, que tarda cuarenta y cinco minutos. Pero entre el tiempo que tardas en ir y venir de los aeropuertos y todo lo demás, lo más rápido es ir en tren.

Calculé los horarios mentalmente. Se podía hacer.

—Fred —pregunté con la mayor indiferencia de que fui capaz—, ¿quedan algunas plazas libres para asistir a aquel curso de informática en Nueva York?

—No lo creo, Dunbar. —Se reclinó en la silla y entrecerró los párpados—. ¿Qué pasa, te estás quedando sin casos?

—No, pero comienzo a darme con la cabeza contra las paredes y tengo la sensación de que necesito perfeccionar un poco mis técnicas de investigación. Es un

fin de semana, así que no creo que me atrase mucho con el trabajo.

No parecía precisamente muy entusiasmado, pero así y todo aceptó la idea.

—Lo averiguaré. No quedaban plazas la última vez que pregunté. Pero, qué demonios, nunca se sabe.

Al cabo de media hora me enteré de que la esposa de Jimmy Trainor estaba teniendo problemas con el embarazo, cosa que había obligado al joven policía a darse de baja del curso de dos días.

—Ya teníamos comprado el billete. Es una suerte que lo puedas aprovechar. Tienes que marcharte el jueves por la noche y estar de regreso el domingo por la mañana. Las clases son todo el viernes y el sábado.

Llamé a Kevin. Estaría encantado de quedarse con los chicos un día antes. Fred me había apuntado al curso. El jueves era pasado mañana. Tenía que preparar unas cuantas cosas.

## Diecinueve

«Investigaciones e interrogatorios tendientes a probar, si tal cosa es posible, que el señor Gilles de Rais y sus cómplices, seguidores y fieles transportaron a un cierto número de niños, algunos pequeños, y que los maltrataron y mataron para obtener su sangre, sus corazones, sus hígados y otras partes, con el fin de utilizar dichas partes en sacrificios al diablo o en otros conjuros, tema sobre el que hemos escuchado numerosas quejas».

Lo dijo sin ninguna emoción el fraile dominico Jean de Touscheronde, sin la menor señal de la gravedad que debía acompañar a estas acusaciones. Mi señor no se encontraba presente este dieciocho de septiembre, pero el propósito de esta audiencia no era hacerle responder de su desaparición —eso ya llegaría en su momento—, sino dejar constancia legal de que habían sido secuestradores, de forma tal que cuando comenzara el juicio eclesiástico, Jean de Malestroit tuviese todos los mandatos requeridos, de Dios y el rey, para apretar el nudo de la culpa alrededor del cuello de Gilles de Rais.

Entre aquellos que esperaban para dar su testimonio estaban las mismas personas que habíamos encontrado en Saint-Étienne, que habían hecho todo el camino hasta Nantes para que la memoria del niño Guillaume Brice no se viera arrastrada por el viento de la misma manera que el polvo en que él seguramente se había convertido. Pero en la relación de su historia se añadió un nuevo personaje: una secuestradora.

«Un hombre de nuestro pueblo dice que alrededor del día de San Juan se encontró a una anciana con el rostro terso, de una edad entre los cincuenta y los sesenta años; vestía una camisa de lino corta sobre su vestido. Antes él ya la había visto atravesar el bosque de Saint-Étienne, en dirección a Nantes. El mismo día que la vio por última vez, este hombre vio al niño Guillaume Brice cerca de la carretera donde se encontró con la anciana. Dice que el lugar estaba a tiro de flecha del presbiterio, cerca de donde vive un hombre llamado Simón Lebreton, que es conocido como fiel de mi señor Gilles de Rais. Presentamos esta queja en nombre de este niño, con la esperanza de que se pueda descubrir algo que explique su pérdida».

«Oh, Michel —pensé aquella noche mientras me arrodillaba junto a mi cama—, fuiste tan afortunado al tener a una madre, a un padre, y a un hermano para que te lloraran». Sin duda, el niño desaparecido tenía que haber sido un verdadero encanto para que lo recordaran con tanto cariño. Su imagen aparecía con toda claridad en mi mente como uno de esos chicos cuyo espíritu es alegre, el corazón puro, que siempre encuentran la manera de enfrentarse a los desafíos que Dios pone ante ellos a pesar de sus numerosas desventajas, a los que colocan directamente en el camino de cualquier mal que pueda acechar en las sombras del bosque y a los que hacen confiar en los malvados cuando se presentan. No podía menos que preguntarme si esa anciana había



cogido la mano del hermoso niño y, con una bondadosa sonrisa, le había hecho unas promesas irresistibles: bonitas prendas para reemplazar los harapos que vestía, una cama limpia y bien abrigada, comida en abundancia para llenar su estómago siempre vacío, zapatos para que los pies no le sangraran en el invierno. «Todo lo que tienes que hacer es acompañarme para ir a ver a mi amo, quien adora a los niños hermosos como tú y que desea sobremanera conocerte».

Sus padres, que descansaban en la gracia de Dios, nunca supieron que él había desaparecido; quizá eso había sido una bendición. Al menos yo sabía qué podía haberle pasado a mi hijo. Para mí había algo tangible, una tabla, a la que se aferraba mi odio.

Entonces, ¿por qué me sentía de pronto tan insegura?

El lunes 19 de septiembre, Gilles de Rais fue requerido para que se presentara ante Su Eminencia en la gran sala de la Tour Neuve. No se permitió la asistencia de ninguno de aquellos que podían obtener algún beneficio de la inminente caída de mi señor; Jean de Malestroit no deseaba que nadie pudiera decir de él que les había facilitado el camino, ni tampoco permitió que ninguno de ellos entrara en la sala hasta que se admitió la entrada de la concurrencia general.

A punto estuvo de no permitirme a mí que asistiera. Entró en la antecámara mientras yo me ocupaba de sus vestiduras y anunció:

—Guillemette, no creo que sea una buena idea permitir que hoy estés presente en la sala del tribunal.

Mi voz adoptó un tono agudo en un abrir y cerrar de ojos.

—Me disteis vuestra palabra de que estaría presente, en todas sus instancias, cuando acepté abandonar mis propias investigaciones en favor de las vuestras.

—No hice una promesa específica.

—¡Eminencia, esto es vergonzoso! ¿Tenéis la intención de apartarme con argucias de la investigación que inicié sin vuestra ayuda y que realicé tan bien que considerasteis apropiado continuarla después de apartarme de ella?

El obispo frunció el entrecejo al escuchar mi enérgica protesta: Jean de Malestroit no estaba acostumbrado a que nadie le gritara. Tampoco sus guardias que entraron a la carrera. Él los despachó con una mirada, y volvimos a quedarnos solos una vez más; yo con mi furia que crecía por momentos, y él con su exasperante paciencia.

—Lo planteas como si fuese un acto condenable. Mi única intención era protegerte de cualquier daño.

—Me conocéis muy bien, hermano; no soy de constitución delicada. Dios me ha hecho pasar por tantas experiencias que me he hecho fuerte.

—Preferiría evitarte la experiencia que podrías vivir ahora. Quizá sea demasiado terrible.

—A menudo me recordáis que nuestro Señor no rechazó la copa de hiel. Ahora

soy yo quien os lo recuerda.

—Está en mi poder negártelo. Tú lo sabes.

Se trataba de la más infame de las traiciones.

—Naturalmente, Eminencia, podéis hacer aquello que consideréis más conveniente mientras sea vuestra doncella. Pero entonces no os sorprendáis si me quito este condenado velo y me aparto de vuestro poder.

—No lo harás. No puedes hacerlo.

Me arranqué el velo de la cabeza y lo arrojé al suelo.

—He vivido antes sin llevarlo y lo volveré a hacer si es necesario. Cueste lo que cueste.

Durante unos segundos, él permaneció en silencio; se limitó a mirarme con una expresión donde se mezclaban la tristeza y el anhelo.

—Puede que a ti no te interese lo que te pueda pasar, Guillemette —manifestó finalmente—, pero te aseguro que a mí sí. Mucho.

—Si es así, entonces debéis mantener la promesa que me hicisteis ante Dios —repliqué—. Si no lo hacéis, me marcharé de aquí.

Así fue como Jean de Malestroit salió aquella mañana para ir a la corte secular, yo iba a su lado. Mientras cruzábamos el palacio, mi humor estaba manchado por el asombro de lo que acababa de pasar entre nosotros y, por lo tanto, me espantó la visión de la furiosa muchedumbre que aguardaba en la plaza delante del palacio. Tan pronto como nos vieron comenzaron a escucharse voces airadas, y la multitud avanzó amenazadoramente. Esas almas coléricas gritaban su frustración, manifestaban su crispada protesta ante el secretismo y la lentitud de los procedimientos. Los entresijos de las retribuciones políticas que los nobles practicaban entre ellos —es decir, a través del oro y las posesiones— escapaban al entendimiento de estas pobres gentes. Solo querían ver aplicada la misma rápida y sencilla justicia que se aplicaba a ellos.

Sin embargo, mientras miraba más allá de los escudos y las espadas que esgrimían los guardias, vi que en la multitud había muchos que, por su vestimenta, debían ser personas que disfrutaban de una mejor posición económica, y sospeché que habían venido atraídas por la promesa de una sórdida intriga; no era algo muy frecuente que un gran señor y héroe cayera en desgracia después de alcanzar las más altas cimas de la fortuna.

Volvimos a entrar apresuradamente en el palacio y tuvimos que tomar el camino que nos ofrecía un laberinto de túneles mal iluminados que apestaban a mohos y que bordeaban todo el perímetro del palacio. Pasamos por el lugar por donde los ingleses habían conseguido pasar, ahora reparado, pero todavía visible después de tanto tiempo, y salimos mucho más tarde en la planta baja, donde estaban las escaleras que conducían a la sala de audiencias.

¡Luz, calor, aire puro! Respiré profundamente el aire fresco y me sacudí los

hábitos para desprender cualquier insecto que hubiese podido engancharse durante el recorrido por las galerías subterráneas. Subimos las escaleras sin demoras hasta el balcón del primer piso y miramos a la multitud concentrada cinco o seis metros más abajo. Aunque Su Eminencia se mantuvo un tanto apartado, nuestra presencia no pasó inadvertida. Un estruendoso coro de amenazas y maldiciones resonó por toda la plaza.

¡A la horca! ¡Que sufra como sufrieron nuestros hijos! ¡Que su alma se pudra en el infierno para toda la eternidad!

El hermano Damien se abrió paso entre toda esta locura y se unió a nosotros en el balcón.

—La multitud —exclamó con voz ahogada—. ¡Se han vuelto locos!

—Más a medida que pasan los minutos —afirmó Su Eminencia. Había en su rostro una muy poco habitual expresión de miedo mientras observaba a la muchedumbre que crecía por momentos—. Quizá la guardia se vea superada —señaló—. Cuán diversa es su composición: ricos, pobres, plebeyos y nobles.

El hermano Damien fue menos generoso en su valoración de la concurrencia.

—Charlatanes, ladrones, buhoneros con su inservible quincalla.

Tenía mucho mejor ojo que yo para esas cosas, pero si mirabas más atentamente resultaba obvio que tenía razón. Se distinguía fácilmente desde nuestra posición quiénes eran los truhanes y ventajistas que se aprovecharían de aquellos que disponían de lo suficiente para haber venido hasta Nantes, pero que se marcharían todavía con menos. Aparte de los carteristas y rateros estaban las bailarinas, los malabaristas, los trovadores y los cómicos, con sus alegres palabras y sus fantásticas vestimentas, moviéndose entre la multitud dispuestos a arrebatarles los pocos *sous* que pudieran tener en las bolsas. Existía el peligro de que los procedimientos legales se convirtieran en algo así como una diversión, que la solemnidad y la gravedad del juicio se vieran mermadas por todo aquel circo que se había organizado.

No obstante, el deseo común de todas aquellas personas era inconfundible: querían a Gilles de Rais. Lo habían alojado temporalmente en la sección de la abadía reservada a los hermanos y tendría que pasar entre esa muchedumbre para llegar al palacio, donde se realizaría el juicio.

Lo estaban esperando.

No habían pasado ni cinco minutos, cuando un palanquín de los que utilizan las damas hizo su aparición en la plaza, a hombros de media docena de fornidos portadores en lugar de los cuatro habituales.

Había algo que evidentemente no encajaba. Todos miramos el avance del palanquín; el hermano Damien fue quien manifestó en voz alta el pensamiento de todos.

—Sin duda se trata de una dama muy corpulenta.

La multitud no se dejó engañar por el ardid. Fueron muchos los que se acercaron y comenzaron a tirar de las cortinas, dispuestos a arrancarlas. Los porteadores aceleraron el paso y sujetaron las varas con mucha mayor firmeza, mientras los escoltas luchaban a brazo partido para mantener apartada a la muchedumbre.

—Tendría que haber entrado por los túneles como hicimos nosotros —comenté en voz baja.

—Entrará de esta manera —replicó Jean de Malestroit con un tono decidido.

Me aparté un poco y lo observé mientras él contemplaba la escena que se desarrollaba en la plaza. No era exactamente alegría lo que vi reflejado en su rostro, sino algo más cercano a la satisfacción. Le estaba dando a esas personas lo que deseaban, que era la presencia de mi señor Gilles entre ellas. De ahí su preocupación por el número de guardias, la posibilidad de que hubiese contado con menos de los necesarios. Volví a mirar abajo y comprobé que los guardias se apañaban, pero por muy poco.

Cuando me giré para hablar con el obispo, se había escabullido, al parecer en un santiamén.

La multitud reaccionó con viveza cuando comenzó a sonar la campana de la tercia. La furia que emanaba de esa muchedumbre de descontentos era feroz y estaba cargada de odio. Los insultos, las maldiciones y las amenazas se expresaban en voz alta como si no tuviera ninguna consecuencia que un campesino maldijera a su soberano. Antes de que comenzara la caída en desgracia de mi señor, la multitud le hubiese abierto paso con todo el respeto debido a su posición, tal como había ocurrido en la celebración de la Paz cuando había venido a la iglesia para confesarse. Hoy no quedaba ni rastro de aquel respeto, solo las burlas y los insultos.

Los soldados de Dios vestidos con los uniformes del sagrado color púrpura se vieron forzados a volver sus lanzas y espadas hacia los más atrevidos que no cejaban en sus intentos por acercarse al palanquín.

—Lo descuartizarían ahora mismo si pudieran —le susurré al hermano Damien.

—Hay quienes dirían que eso sería algo más que deseable —me respondió.

No era yo uno de ellos; dentro de mí estaba el pecaminoso deseo de escucharle hablar sobre lo que había hecho.

Más guardias acudieron a la plaza desde el patio interior del castillo. Con los nuevos refuerzos resultó más fácil conseguir que la multitud se apartara, y el palanquín se puso en movimiento una vez más y alcanzó finalmente la seguridad del patio.

Nos apresuramos a dejar el balcón y nos dirigimos hacia la capilla. Estaba al otro lado de una rotonda con unas escaleras que la rodeaban. Mientras las subíamos escuchamos unas pisadas que nos seguían a la carrera. Miré por encima de la balaustrada y vi a mi señor rodeado de la guardia; todo el grupo corría escaleras

arriba, como si huyeran, aunque no había nadie que lo persiguiera.

El apuesto y carismático señor Gilles de Rais, magníficamente vestido de azul brillante, parecía completamente fuera de lugar entre sus guardias con uniformes púrpura. Al escuchar mi exclamación de asombro, levantó la mirada, y nuestros ojos se encontraron. Durante el tiempo que tardó en subir las escaleras, permanecemos unidos por una mutua mirada de asombro. Recuperé a tiempo el control de mi mente e intenté imaginármelo entrando en otras circunstancias, quizá para recibir una distinción, y me imaginé a mí misma vestida con prendas mucho más alegres, quizá incluso con algunas joyas. A mi lado, gallardo y orgulloso estaría Étienne, mi adorado marido, satisfecho a más no poder ante los logros de su comandante como si fueran propios. Se escucharía el toque de una trompeta, y todos los que estuvieron con nosotros, todos y cada uno de los fieles servidores, aplaudiríamos y gritaríamos alabanzas. En la mirada de mi señor yo vería el respeto y el honor que yo deseaba que sintiese por mí como la mujer cuya influencia sobre él le había hecho merecedor de las muchísimas distinciones que hubiese podido recibir, de haber ido las cosas de otra manera.

En cambio, vi en su rostro una momentánea expresión de culpa, un destello de vergüenza, antes de que fuera reemplazada por otra despiadada. Entonces, como por obra de algún hechizo, las facciones de quien fuera mi muy querido *fils de lait* comenzaron a esfumarse hasta que apareció ante mis ojos como un ser sin rostro.

Escuché su voz como si llegara de muy lejos que me decía:

—*Mère Guillemette*...

El sonido era áspero y sin el menor atisbo de la ternura que tendría que haber tenido.

De haber ido las cosas de otra manera...

Con toda la fuerza de que fui capaz, recuperé el control de mis emociones.

—Mi señor —dije con toda la decisión posible, aunque mi tono reflejó que se trataba de una súplica—, debo hablar con vos. Hay algo que necesito preguntaros.

Tendía una mano, pero él ya había pasado, y estaba fuera de mi alcance. Pero yo sabía con la misma certeza como que estaba allí que nunca me vería totalmente libre del suyo.



Aquel día, quizá el más importante en el doble servicio de Jean de Malestroit, el hombre parecía más que nunca un patricio ataviado con sus hábitos rojo oscuro. El fraile Blouyn, que se encontraba a su lado, vestía de la misma guisa, aunque el efecto no era ni de cerca tan imponente como el que ofrecía mi obispo, que era el sagrado y secular rey de esa corte durante el tiempo que se tardara en conseguir los fines del duque. Los nombres de los dos fueron citados en la apertura de la sesión por el fiscal

del duque Guillaume Chapeillon, quien a partir de aquel momento llevó la voz cantante.

Jean de Malestroit mantenía una expresión severa e impasible, aunque yo le conocía demasiado bien como para creerme aquella muestra de indiferencia. La fascinación que sentía era evidente para mí, tanto en sus expresiones como en la excitada postura de su cuerpo, ligeramente inclinado hacia delante para escuchar mejor. Dispuesto a no ser menos, mi señor Gilles mostraba la misma indiferencia o quizá todavía más; se le veía despreocupado, aparentemente aburrido, indiferente ante la tempestad que estaba a punto de engullirlo.

—No consigo entender por qué se complace en mostrar una indiferencia rayana en la locura —me susurró el hermano Damien.

—Tampoco yo —le respondí.

Quizá algún abogado o consejero legal le había dicho que mantener la actitud propia de un noble le beneficiaría ante el tribunal. No era el hombre penitente que habíamos visto en la celebración de la Paz, cuyas preocupaciones marcaban profundas arrugas en su rostro ni tampoco era el hombre que con un golpe de espada había cortado en dos a un pobre gato en Saint-Étienne, sino alguien que estaba a medio camino entre los dos. Lo observé sin pestañear, mi mirada fija en él como si mi vida dependiera de mantener el contacto visual. En ningún momento volvió a mirarme directamente, sino que permaneció de pie en silencio mientras Chapeillon le acusaba de haber atacado Saint-Étienne, de haber hecho prisionero a un sacerdote y de practicar la sodomía con muchos niños inocentes a los que después había asesinado.

Los escribas se apresuraban a escribirlo todo sin omitir ni una coma.

El lunes siguiente a la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, en el juicio ante el muy reverendo padre, el señor obispo de Nantes, sentado en el estrado para administrar justicia en el gran salón de la Tour Neuve en Nantes, apareció en persona el honorable Guillaume Chapeillon, fiscal del caso en el citado tribunal, que reprodujo de hecho la convocatoria, con la ejecución hecha pública, por una parte, y el mencionado mi señor Gilles, caballero y barón, el acusado, por la otra.

—¿Os someteréis a la admisión de herejía doctrinal? —preguntó Chapeillon.

Intercambié una mirada de ilusionada expectación con el hermano Damien, porque si mi señor confesaba, nos evitaría a todos la agonía de un largo y controvertido caso. Pero Gilles de Rais no estaba dispuesto a admitir nada.

—No, Su Gracia —respondió, con sorprendente convicción—. No admitiré dicho cargo. Ni tampoco ninguno de los otros que han sido hechos. Es mi deseo aparecer personalmente ante vos, señor, y delante de cualquier otro juez o inquisidor de herejía, y así poder librarme de estas acusaciones que han sido presentadas contra mí con tanta falsedad.

Las plumas se movieron a una velocidad vertiginosa por las páginas de los escribas mientras esas palabras incomprensibles resonaban en la capilla.

«A esto, mi señor Gilles, caballero y barón, después de las numerosas acusaciones por parte del mencionado fiscal contra el citado mi señor Gilles, para asegurar si él admitía la herejía doctrinal, tal como afirmaba el mencionado fiscal, manifestó el deseo de presentarse personalmente ante el citado reverendo padre, el señor obispo de Nantes, ante todos los demás jueces eclesiásticos, además de ante cualquier otro inquisidor de herejías, para exonerarse a sí mismo de los cargos expresados».

Se trataba nada menos que de una declaración de guerra a los jueces bretones y franceses tan clara como lo había sido su espada en alto para un inglés en Orleans. Pocas batallas en la historia han tenido un resultado tan claro como aquella que Gilles de Rais parecía tan dispuesto a librar. Pero él nunca había sido un cobarde, así que no tendría que habernos pillado por sorpresa, como ocurrió. El descarado desafío resonó en la sala, y durante unos segundos después de que se apagara su eco, el único sonido que se escuchó fue el del suave golpe de los pergaminos donde estaban escritos los cargos cuando cayeron de las manos del atónito Chapeillon. A él, también, el anuncio lo había cogido con la guardia baja.

Cuando Su Eminencia habló, su voz, que era un poco más que un susurro, sonó muy firme.

—Como deseéis, señor Gilles. Es vuestro derecho y será debidamente atendido. —Entre los dos se cruzaron miradas cargadas de desprecio. No había el más mínimo rastro de la cortesía y el respeto que un escriba pudiera reflejar en su transcripción. Por supuesto, ninguno de ellos se hubiera atrevido a reproducir en palabras la terrible cólera de Jean de Malestroit.

—Giles de Rais, caballero y barón —añadió el obispo—, se os ordena que os presentéis ante este tribunal el día veintiocho de este mes de septiembre del año de 1440, ante mí y el reverendo fraile Jean Blouyn, momento en el que responderéis por los crímenes y ofensas tal como han sido enumerados en la precedente declaración de Guillaume Chapeillon, a quien designamos para que continúe con su muy capacitada actuación en este asunto. En nombre de Dios y la ley, responderéis por dichas maldades. —Después de una breve pausa, declaró—: Que Dios se apiade de vuestra alma si eso place a sus propósitos.



Me senté en un banco de piedra situado junto a la entrada de una habitación que se destinaba generalmente a aquellos que venían de visita a la abadía. Si bien aquel edificio tenía muchos lugares tan encantadores como discretos, donde hubiese disfrutado de una mayor intimidad, ese era mi lugar favorito. En él podía observar las idas y venidas de los visitantes, los peticionarios, los vendedores, los acreedores y de

cualquiera que tuviese algún asunto que resolver allí, incluidos los dignatarios. No obstante, en aquel momento estaba tan inmersa en mi pequeño mundo interior que hasta el Santo Padre hubiese podido pasar sin que advirtiera su presencia. Cuando quedó claro que se les permitiría asistir al proceso, todos aquellos que se habían congregado en la plaza desde primera hora de la mañana se habían marchado, y lo único que quedaba de su paso eran los montones de basura que tendrían que recoger los servidores. Me pregunté muy irritada por qué era necesario dejar todo aquel desorden, cuando el desorden que estaba teniendo lugar entre los muros del palacio ya era más de lo que se podía tolerar.

El tiempo era inexplicablemente magnífico, y de haber estado de mejor talante, me hubiese echado a llorar de la alegría de disfrutar un día más del verano antes de que volviera el invierno. Tenía un cesto con manzanas marcadas a mi lado y un bol sobre el regazo. Con un pequeño cuchillo de marfil, mondé las manzanas una a una, y quité las partes dañadas para poderlas utilizar en la confección de pasteles, cuya delicada textura podía verse perjudicada por la inesperada aparición de algún trocito de piel o la más mínima imperfección de la carne.

Con mucho cuidado mondé una manzana, y la piel cayó al suelo. Hundí el cuchillo un poco más; cayeron más mondaduras. Tiré las partes dañadas al suelo porque ya no tenían ninguna utilidad. Cenizas a las cenizas, polvo al polvo; todas las cosas que nacen de la tierra volverán a ella en su debido momento.

Como le había ocurrido a mi hijo, que creció y volvió a ella demasiado pronto o eso al menos era lo que creía.

Sin detenerme ni un instante sometí a las inocentes frutas al tumulto desatado dentro de mí. *Confutatis, maledictus, pergatorium*. Si esas cualidades se veían reflejadas en nuestra repostería, sería un amargo e incomedible desastre. Verdades que me habían parecido intocables parecían desmoronarse una tras otra. Siempre había deseado creer que había sido la voluntad de Dios que me hubieran arrebatado a mi hijo, pero Gilles de Rais había estado con él en el día que ocurrió; por cierto que había sido él quien lo había visto por última vez, de la misma manera que sus sirvientes habían sido los últimos que habían sido vistos con tantos de los niños desaparecidos.

Aquel día aciago yo me encontraba en la torre de Champtocé, muy entretenida en airear unas sábanas, cuando se escuchó un gran clamor. Corrí a la ventana y vi al castellano, preso de la más viva urgencia, que gritaba a sus hombres que levantaran la reja. Cuando ocurre una de esas cosas, en lo primero que piensas es en una tropa que se acerca, y mi hijo estaba en el bosque de Champtocé con mi señor y quizá en su camino. Pero cuando vi que el joven Gilles cruzaba solo la entrada, mi preocupación se convirtió en terror. Dejé caer mis sábanas impecablemente plegadas, bajé las escaleras como una exhalación y salí al patio como alma que lleva el diablo.



Mi señor, todo brazos y piernas, a punto de convertirse en un hombre, estaba inclinado con las manos sobre las rodillas y la cabeza gacha. Jadeaba sonoramente después de la violencia de la carrera. Aquellos que lo rodeaban parecían perplejos y confusos, y le animaban a que dijera en qué lo podían ayudar. Estaba segura de que hablaría conmigo; yo era para él lo más parecido a una madre y, por todos los santos que le haría hablar.

—Mi señor —le pregunté—, ¿dónde está Michel?

Jadeó unos segundos más y después apareció en su rostro una expresión de terror incontrolable.

—Madame —gritó—, el jabalí... nos lo encontramos... eché a correr con todas mis fuerzas, y creí que Michel me seguía, pero cuando me volví, no estaba...

Solté un grito de angustia y me tambaleé; el castellano Marcel me sostuvo.

—¿Dónde lo visteis por última vez? —le preguntó Marcel.

—No lo sé —respondió entre jadeos.

El castellano lo sacudió por los hombros, sin demasiados miramientos.

—Pensad, ¿dónde lo visteis por última vez?

Intimidado por el tono de Marcel, el joven Gilles balbuceó:

—Al oeste del bosquecillo de robles, a unos cincuenta pasos, en la cañada que lleva hasta el río.

—¿El muchacho está herido?

—No... no lo sé.

El castellano ordenó que le ensillaran un caballo. Lo cogí por el brazo, dominada por la desesperación.

—La comadrona. Si a Michel lo ha atacado la bestia, necesitaremos de sus servicios.

Él miró a uno de sus hombres mientras apartaba mi mano.

—Busca a madame Catherine —le ordenó—. Tráela aquí.

Me volví y di un primer paso para dirigirme a las caballerizas. Ahora fue él quien me sujetó.

—No —dijo—. No debéis ir.

—¡Es mi hijo! —le supliqué.

—No —repitió él, esta vez con mayor firmeza. Para ese entonces toda la compañía nos rodeaba, así que había todos los hombres que necesitaba para hacer su voluntad—. Que madame La Drappière no se mueva de aquí —ordenó, y uno de ellos se adelantó de inmediato para cumplir con la orden.

Intenté inútilmente liberarme de su mano de hierro. Había tanta piedad reflejada en su rostro que pensé que si suplicaba un poco más, me dejaría ir. Él, prudentemente, desvió la mirada y le dijo a otro de sus hombres—: Busca a Étienne y acompáñale al bosquecillo. —Luego montó en el caballo que le habían traído y en un momento se

alejó a galope tendido.

Comencé a toser como consecuencia de la nube de polvo que levantaron los cascos de los caballos. Todos aquellos recuerdos me hicieron toser de nuevo. Me sobresalté cuando una mano se apoyó en mi hombro.

—Guillemette —dijo Jean de Malestroit—, estás torturando a esas pobres manzanas.

La fruta que había destrozado sin darme cuenta cayó de mis manos. Ambos miramos cómo rodaba por el suelo.

Me limpié las manos en el hábito, un gesto de desaliño que no era habitual en mí porque soy una fanática de la pulcritud.

—Sois muy observador, Eminencia.

Él parecía deseoso de sentarse; no necesitaba de mi permiso, y en honor a la verdad, tendría que haber sido yo quien se levantara en su presencia. Pero estábamos mucho más allá de estas pequeñas tonterías. Moví la cabeza ligeramente hacia la parte desocupada del banco, y él se sentó a mi lado y se arregló la toga de juez.

—Escucharé tu confesión, si lo deseas, y así te aliviarás de la carga que te produce una angustia más que evidente —manifestó.

Aparté un mechón que me caía sobre la frente y lo miré. Mi expresión no debió de ser muy tranquilizadora porque se apresuró a añadir:

—No tengas miedo, no te pondré una penitencia demasiado severa.

—Entonces como deseéis. *Pater, ignosca me, ob malo dissipavi.*

Jean de Malestroit se rió por lo bajo.

—Puede que Dios no esté en exceso preocupado por el desperdicio de una manzana precisamente en estos momentos —me aseguró—. Pero Él sabrá, como yo, qué es lo que te pesa.

Un suspiro de cansancio escapó de mi boca. Le miré directamente a los ojos y vi en ellos la voluntad de devolverme al estado de gracia. No obstante, no había llegado todavía el momento de confiarle los pensamientos que rondaban por mi mente. Así que le manifesté algo que serviría para tranquilizarlo.

—Aquello que nos acosa a todos en estos días es lo que me preocupa.

—Ah. —Apoyó la espalda en la pared y consideró mi respuesta durante unos momentos—. Supongo que es algo del todo natural, porque todos nosotros estamos preocupados por las cosas que hemos comenzado a escuchar. ¡Todo es tan lamentable! Sin embargo hay otros que están haciendo las lamentaciones adecuadas, hermana; las tuyas no son necesarias todavía.

—En cualquier caso, hermano, estoy preocupada y no puedo hacer menos que expresarlas. Mirad en qué se ha convertido. Hubo un tiempo en el que creí que lo conocía. Bien, por lo que parece no lo conocía en absoluto.

—El Maligno adopta múltiples y muy variadas formas, hermana. Se colará en el

mundo allí donde encuentre la más mínima grieta. Cambia de forma para adaptarse a la abertura y entrará sin ser advertido a menos que nos mantengamos eternamente vigilantes contra su presencia.

—¿Es posible que seamos tan ignorantes como para que semejante cosa camine sobre la faz de la tierra sin llamar nuestra atención?

—Eso al menos es lo que parece.

—Fueron tantos los que lo denunciaron; ¿por qué no los escuchamos?

—La mayoría no eran más que niños pobres, muchos de ellos olvidados.

—No todos eran pobres, y algunos tenían padres que se quejaron ante su pérdida.

—Por lo que parece, no se quejaron todo lo necesario.

No le recordé que sus propios oídos figuraban entre aquellos que en un primer momento se habían negado a escuchar los lamentos, y que solo había accedido a regañadientes a que yo investigara las desapariciones.

—Dios mío —exclamé después de una breve pausa—, ¿cómo ha podido suceder?

—Lo más probable es que estas maldades se cometieran sutilmente a lo largo del tiempo y no fueran descubiertas hasta ahora. —Cambió de postura para no quedarse entumecido—. He dedicado muchas horas de reflexión a la naturaleza del mal porque Dios me ha encomendado que lo elimine. Debo confesar que la misión siempre me ha parecido imposible de realizar. Al final de cada día son más los fracasos que las victorias. —Volvió a moverse porque no acababa de estar cómodo—. Es obvio que este banco te resulta mucho más cómodo que a mí.

El comentario me hizo olvidar por un momento mis tribulaciones.

—Dios me ha dado la amplitud de caderas necesaria para tolerarlo.

—Eso he visto. Dios es muy generoso con sus regalos. —Su expresión recuperó la gravedad anterior—. Pero no debemos pasar por alto el hecho de que el mal puede ser uno de los más grandes regalos de Dios.

—¿Cómo puede ser eso posible? —pregunté, sorprendida.

—Piensa en sus múltiples formas: las guerras, las pestes, los temblores de tierra y la caída del cielo, la oscuridad. Dios puso el mal en este mundo con un propósito y una intención. Nos ayuda a reconocer, a través de la comparación, aquello que debemos interpretar como bueno. Aborrecemos la oscuridad y celebramos la luz debido a que tenemos el conocimiento de que una representa al mal, y la otra al bien. Sin embargo la oscuridad y la luz siempre han existido; desde que Dios las hizo, no se han convertido en nada diferente a lo que siempre han sido. Quizá fueron reveladas en etapas, pero siempre han estado en este mundo. Sospecho, hermana, que Gilles de Rais siempre ha sido algo malvado y que ahora comenzamos a descubrir su auténtica naturaleza.

Él acababa de dar voz a unos pensamientos que yo sencillamente no podía manifestar, como si supiera que los albergaba y que acabarían por envenenarme si

continuaba sin expresarlos.

—Creo que todavía nos enteraremos de muchas más cosas —afirmó.

Comprendí entonces que él sabía más de lo que me estaba diciendo. No podía acusarlo por ello. Hay ocasiones en las que las malas noticias se deben comunicar poco a poco, para no dejar imposibilitado al oyente. Cogí otra manzana y comencé a mondarla.

—El tiempo nos lo dirá, Eminencia, como siempre lo hace.

Continué con mi trabajo; la piel de la manzana cayó al suelo. Él me observó en silencio durante unos momentos.

—Mucho me temo que nos enteraremos de muchas más cosas de las que deseamos cuando todo se diga.

—Creo que estáis en lo cierto —respondí. No obstante, cuánto deseé que se equivocara.



Pasaron tres días antes de que reuniera el coraje para plantearle a Su Eminencia la pregunta que me estaba carcomiendo. Ya no podía contenerla.

—Habéis interrogado a aquellos que fueron sus cómplices en todas estas maldades, Poitou y Henriette.

En aquel momento él hacía de canciller y estaba muy atareado con los asuntos desatendidos de Estado.

—Lo he hecho —respondió escuetamente. Pareció molesto por la interrupción, aunque me miró, cosa que no siempre hacía.

—¿A fondo?

—Lo suficiente como para saber que fueron sus cómplices en los delitos y que sufrirán las mismas consecuencias que puedan corresponderle a su amo.

—Por lo tanto, saben cómo murieron todos aquellos inocentes.

Jean de Malestroit dio algunas muestras de la incomodidad que le ocasionaban mis preguntas.

—No todos eran inocentes, Guillemette. Hubo algunos que aparentemente buscaron la compañía de nuestro señor De Rais con el propósito de aprovecharse de su posición. No se puede saber a ciencia cierta si dichos jóvenes estaban totalmente libres de culpa.

No quería perder el tiempo en discutir el detalle, porque mi decisión comenzaba a flaquear.

—Pero aquellos que eran más pequeños, ¿sabéis cómo murieron?

—Lo sé. —Dejó a un lado el documento que estaba leyendo y se reclinó en su silla, perplejo—. ¿Hay algo específico que quieras saber, hermana?

—Sí —respondí—. Lo hay.

—Entonces dilo de una vez, si eres tan amable; tengo mucho trabajo pendiente y quisiera acabarlo.

—Los más pequeños —pregunté—, los que tenían diez, once años. ¿Cómo los mataron?

—Cruelmente —contestó—. ¿Cómo si no?

—No, me refiero a los métodos que utilizó para acabar con sus vidas.

—Guillemette...

—Decídmelo.

Hizo una pausa como si quisiera escoger bien las palabras.

—A algunos los mató haciendo que se desangraran. A otros los degollaron y luego los decapitaron.

El horror me impidió hablar por unos segundos.

«En el nombre de Dios...».

Casi sentí alivio porque no era aquello lo que temía escuchar. Sin embargo, la verdadera paz no llegaría hasta conocer la respuesta a la última pregunta.

—¿A algunos de ellos les abrieron el vientre?

Esta vez me miró directamente a los ojos.

—Sí, a la mayoría. Ahora dime, ¿por qué quieres saber estos detalles tan espantosos?

No hice el menor caso de la pregunta.

—Eminencia, quiero emprender otro viaje. Este será más largo que el anterior. Quiero solicitar vuestro permiso para que el hermano Damien me acompañe.

—Eso es imposible —replicó. Apartó los documentos que tenía delante—. No te puedes marchar precisamente ahora.

—Decidle a la hermana Hélène que ocupe mi lugar.

—En cuanto al hermano Damien, tampoco puede...

—La cosecha está muy adelantada. Nuestra presencia aquí no es en absoluto necesaria en estos momentos.

—¿Adónde queréis ir esta vez? Ya hemos...

Levanté una mano, y él toleró que le hiciera callar.

—Hay cosas que quisiera saber —respondí.

El avión se elevó como un cohete del aeropuerto John Wayne y tardó muy poco en alcanzar la altitud asignada, pero el resto del vuelo fue aceptable y me pareció más corto que los interminables controles de seguridad que tuvimos que pasar antes de subir a bordo. Aterrizamos en Newark; era la primera vez que veía en directo el cambio en el perfil de la ciudad. Todos los que viajábamos permanecimos en silencio mientras el avión carreteaba hasta la terminal. Me pareció muy adecuado.

Los cinco de nuestro grupo fuimos en el autobús hasta nuestro hotel de segunda categoría. Dado que era la única mujer, disponía de una habitación para mí sola, mientras que los muchachos tenían que compartirlas. No podía ser mejor. Aprendí unas cuantas cosas muy interesantes en la clase del viernes. Era una pena que me perdiera la clase del día siguiente: el encargado del curso había mencionado algunos temas muy prometedores. Buscadores diseñados específicamente para el trabajo de investigación, algunos similares a Lexus Nexus, que se centraban en los tipos con antecedentes. Pero tenía otros asuntos que atender. El sábado por la mañana me escabullí del hotel a las seis mientras todos los demás dormían. Colgué el cartel de NO MOLESTAR en el pomo de la puerta y deslicé una nota por debajo de la puerta de una de las habitaciones de mis compañeros para avisarles de que había pasado la noche en vela debido a los trastornos femeninos y quería dormir. Los polis, tan machos y fuertes, se enfrentan a las armas sin pestañear, pero un tampón es otro cantar.

El detective Peter Moskal me estaría esperando en South Station, porque según me aseguró era mucho más conveniente que la propia Southie. Le dije que no tenía ningún inconveniente en coger un taxi, pero él insistió en recogerme.

Lo reconocí de inmediato por la placa dorada que llevaba enganchada en el bolsillo superior de la americana de cuero, pero no se parecía en nada al viejo detective de aspecto decadente que me había imaginado. Moskal era guapo al estilo de Clint Eastwood, incluidas las arrugas. Tenía una magnífica cabellera, con un corte de estilista y muy bien peinado. Era alto, atlético y tenía una gracia natural en sus movimientos. No se le veía ni una sola cana, aunque no podía faltarle mucho para cumplir los cincuenta.

No llevaba alianza.

—Por lo que parece, aquí reclutan a los polis muy jóvenes —comenté.

Me dedicó una magnífica sonrisa.

—Sí. Tenía cuatro años cuando entré en la academia. Pero estoy a punto de retirarme, al menos eso dice mi esposa.

Maldita sea. A los buenos siempre los tienen cogidos.

—Quiero darte las gracias por haber renunciado a parte de tu día de descanso para

atenderme.

—No te preocupes. Ninguno de los chicos tiene compromisos, aparte de hacer los deberes, así que hoy no es problema. De todas maneras, ya no puedo ayudarles con las matemáticas de ahora.

Una vez más me dedicó una sonrisa que me hizo estremecer.

—Dime, ¿tienes los expedientes? —le pregunté.

—Te esperan sobre mi mesa. Me pareció que lo más conveniente era dejarlos allí para que les echaras una ojeada; es mucho material. Después, si quieres, te llevaré a dar una vuelta por las escenas. Por supuesto ya no están como entonces. Confío en que no esperes encontrar nada nuevo después de veinte años.

—Me alegra que por lo menos estén los edificios. En Los Ángeles tienes la impresión de que levantan y derrumban los edificios todos los años. La verdad es que quiero ver dónde ocurrieron los hechos. Quiero ver si puedo ubicarlos allí. Si nos queda tiempo, también querría hablar con cualquiera que hubiera estado involucrado en la investigación original.

—Creo que te llevarás una desilusión. El detective a cargo está... bueno, digamos que está bastante mal. Apenas si habla. En cuanto al sargento que fue el primero en presentarse en la escena, se retiró hace cosa de tres años con una buena pensión. Poco después se enteró de que tenía cáncer y falleció el año pasado.

—Vaya. Espero que tuviera contratados los derechos para su esposa.

—No estaba casado.

—En ese caso al menos no dejó a una viuda en la miseria.

—No. Sean O'Reilly venía de una familia acomodada. Por cierto, era el tío de Wil Durand.

—Venga, no puede ser.

Los edificios desfilaban mientras él asentía.

—Es la pura verdad. Yo crecí aquí en Southie y conozco a su familia. Aquí nos conocemos todos, al menos de nombre.

La sorpresa de esta revelación tardó unos momentos en asentarse.

—Perdona si me equivoco, pero ¿Moskal no es un nombre europeo? Creía que Southie era una comunidad estrictamente de irlandeses-norteamericanos.

—No te equivocas, detective —replicó Moskal, divertido—. Es polaco. Supongo que a vosotros también os dan cursos sobre la diversidad.

—Una vez al año, los necesitamos o no.

—El apellido de soltera de mi madre era O'Shaughnessy. La volvieron a admitir a pesar de haberse casado con un polaco.

—Ver para creer.

Subimos a su coche, que estaba aparcado en una zona de carga; nadie iba a ponerle una multa. Nos dirigimos en dirección sudeste a lo largo de la costa de

Boston, una zona marcada por construcciones de transición momentáneamente interrumpidas. Poco a poco, en un trayecto de unos quinientos metros, los edificios de ladrillos de hormigón dieron paso a hileras de casas pintadas de color amarillo pastel y verde. El avance de la ciudad, en la zona residencial, imparable como el de un glaciar, era inconfundible. Me pregunté hasta dónde llegaría la resistencia del barrio o si el hielo ya se había afincado definitivamente.

—Durand tiene aquí a dos hermanas y a su madre; Sean era su hermano. Viven en una casa muy bonita que da a la playa. Yo te recomendaría que hablaras con alguien de la familia; son un grupo muy interesante.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, para empezar, la hermana de Durand es Sheila Carmichael. Quiero decir, su hermanastra.

Ella era una de esas abogadas defensoras con una reputación a escala nacional de quien los fiscales huían como de la peste. La había visto en la televisión infinidad de veces como la portavoz de algún cliente cuyos derechos a cometer una matanza corrían el peligro de verse recortados por unos incomprensivos lacayos de los contribuyentes, incluida yo misma. Su característica más llamativa era una formidable cabellera pelirroja con un mechón blanco al estilo de Bonnie Raitt. Una mujer de armas tomar, dura como el acero, que nunca se rendía.

—Supongo que entonces no le costará nada contratar a un abogado si él resulta ser el tipo que estoy buscando.

—Seguro que no. La familia pertenece al grupo de irlandeses de buena posición; no son ricos como los Kennedy, pero tienen un buen pasar. Jim Durand fue el segundo marido de la madre. El primero, Brian Carmichael, murió joven y la dejó con un montón de críos. Tendrías que hablar con la familia.

No dejaba de repetirlo. Me moría de ganas de preguntarle la razón, pero me pareció que era demasiado pronto.

La comisaría de Boston Sur no tenía aparcamiento propio; los coches azules y blancos estaban aparcados en tercera fila a todo lo largo de la fachada. Moskal aparcó el coche en el primer espacio disponible.

—Y yo que creía que teníamos un problema de aparcamiento.

—¿Vuestras calles son así de angostas?

—No.

—Entonces no tienes idea.

—Estoy segura de que nuestros atascos son peores que los vuestros.

Me dedicó otra de sus sonrisas especiales que me derritió el corazón.

—Te recomiendo que un viernes por la tarde, a eso de las cuatro y cuando amenace nieve, te metas en la autopista del sudeste. Entonces sabrás lo que es un atasco de tráfico.



Era un curioso juego sin importancia, pero divertido. En cuanto entramos en el ruinoso edificio, vi muy claro que ganaría de calle el concurso de adivinar quién tenía la peor oficina. La mesa de Moskal estaba embutida en un rincón de sala con humedades en el techo y las tuberías de la calefacción oxidadas.

—Bienvenida a mi dominio —dijo—. Esto es lo que hay.

Los expedientes estaban perfectamente apilados y en línea con el borde de la mesa cuya superficie aparecía llena de iniciales marcadas con navaja. Cogió la pila y me la alcanzó.

—Esto te mantendrá ocupada un buen rato. Voy a buscar café. ¿Quieres algo? Voy al Dunkie que está en la esquina. Tiene bollos, donuts y todo eso.

Le pedí que me trajera café y un bollo e intenté darle el dinero. Lo rechazó y me dejó allí con los expedientes. Pesaban mucho así que volví a dejarlos sobre la mesa. Cogí el primero de la pila y me sumergí en la lectura de los informes.

El primer chico que desapareció en Boston Sur —Michael Patrick Gallagher— tenía trece años, pero parecía más joven para su edad, el clásico «buen chico» que destacaba en los estudios y nunca se metía en problemas. Lo habían visto por última vez a media tarde en una tienda de Boston Sur, donde se había gastado todas las monedas que llevaba en dos chocolatinas y chicles. Se despidió de su grupo de amigos en la esquina donde estaba la tienda. Tendría que haber regresado a su casa alrededor de las tres y media, pero era viernes por la tarde, cuando era habitual que Michael se retrasara un poco si no tenía deberes. Cuando se hicieron las siete y aún no había regresado, su madre, un tanto inquieta, llamó a las casas de los amigos, sin ningún resultado. El padre telefoneó a la policía a las siete y veinte. Un coche patrulla fue enviado a la casa de los Gallagher. El agente de policía que atendió la llamada para denunciar la desaparición comenzó por hacerle a los padres las preguntas habituales en esos casos: ¿Había alguna razón para creer que el chico podía haberse fugado porque tenía problemas en el hogar o en la escuela? ¿Estaban informados de cómo le iban las cosas en la escuela? ¿Había advertido algún cambio destacable en el comportamiento del chico en los últimos tiempos? La respuesta había sido no a la primera y tercera pregunta, y sí a la segunda.

El agente recorrió la casa para eliminar cualquier posibilidad de que Michael hubiese podido regresar sin que lo vieran y se hubiera quedado dormido en alguna parte o, peor, que estuviera inconsciente y fuera incapaz de escuchar las llamadas de sus padres. Se convenció rápidamente de que el chico no se encontraba en la casa y de que los padres no le mentían, que este no era el caso de un adolescente fugado cuya familia no se había dado cuenta de que tenía problemas. A Michael le encantaba ver las reposiciones de una serie que daban en la televisión los viernes a las cinco, pero no había acudido a verla. La madre declaró que le había sorprendido mucho que se la hubiera perdido.

Una descripción y una foto del chico desaparecido se habían enviado por teletipo y se había distribuido a todos los agentes de la ciudad de Boston. El caso fue asignado a un detective del distrito de Boston Sur. El primer informe estaba firmado por el agente Peter Moskal.

Acababa de empezar la lectura del último informe del caso escrito por el detective, una amarga crónica de su frustración, cuando apareció Moskal con mi café y el bollo que dejó sobre la mesa.

—¿Por qué no mencionaste que fuiste el primero en la escena?

Se puso muy filosófico conmigo.

—Me pareció que sería exagerar mucho la coincidencia. No lo sé, supongo que me espanté un poco. Pero cuando escuché tus preguntas, me alegré mucho. Nunca tuve la oportunidad de investigar este caso. A lo largo de los años pedí muchas veces que lo reabrieran, pero se negaron a hacerlo al no aparecer nuevas pruebas.

Me recliné en la silla y lo miré. Había fuego en sus ojos y el entusiasmo había reemplazado a su anterior expresión preocupada.

—Bien, detective, me parece que tendrás la oportunidad de subir otra vez al cuadrilátero.

—Solo confiemos en que no me tumben en el primer asalto. Todo este asunto siempre me pareció que estaba muy inconcluso. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer al respecto, hasta ahora. Tendría que darte las gracias.

—Yo invito. Pero hablando de cosas inacabadas, tengo que regresar a Nueva York esta noche. Así que organízame el día, si no te importa, basándote en lo que sepas.

Cogió el montón de expedientes que me quedaban por leer y los dejó encima del archivador más cercano.

—Olvídate de estos —dijo—, o al menos déjalos de lado por el momento. El caso del chico de los Gallagher es el más completo de todos, y si encontraras algo útil, estarías allí. Primero iremos a la escena; no está lejos. Y después hablaré con los Gallagher. El padre y un par de hermanos todavía viven en el vecindario. Si nos queda tiempo, hay alguien con quien tendrías que hablar. Una mujer muy agradable, conoce muy bien a la familia Durand, aunque un tanto de manera indirecta, así que no les debe ninguna lealtad. Una señora llamada Kelly McGrath. Su hermana Maggie trabajó en la casa de los Durand durante un tiempo: ahora está muerta, también de cáncer.

—Es una epidemia, ¿no?

—Eso parece. Espero que no me pille.

—Lo mismo digo.

Moskal hizo tres llamadas para mí antes de que marcháramos al lugar donde había encontrado el cuerpo de Michael Gallagher. El servicio de llamadas de Sheila Carmichael informó que estaba fuera de la ciudad y que no devolvería las llamadas

hasta el lunes; Moskal no dejó ningún mensaje, pero me anotó el número para que al menos yo pudiera llamarla cuando regresara a Los Ángeles. Patrick Gallagher, el padre de Michael, manifestó que estaría encantado de hablar conmigo; según Moskal, incluso pareció ansioso. En cuanto a Kelly McGrath, me invitaba a tomar el té. Cuando saliéramos de su casa iríamos directamente a la estación. Sería una gira breve, pero agotadora.

—Podría buscar al detective que hizo todo el seguimiento del caso si quieres, pero tengo que advertirte una cosa, el tipo no te podrá ayudar gran cosa.

—Ahora mismo tengo demasiadas cosas que hacer y muy poco tiempo. En cualquier caso, siempre puedo llamarlo desde Los Ángeles.

—No creo que todavía tenga teléfono.

—¿Tan mal está?

—Peor.

Él condujo; yo leí. Las entrevistas realizadas por el detective ahora alcohólico perdido eran completas y perfectamente realizadas; me dolía que alguien tan capacitado acabara hecho una piltrafa. Había una muy clara escalada cronológica de la ansiedad del hombre en cada nuevo informe que había escrito, muy parecida a la que había encontrado en los informes de Terry Donnolly. Cuando llegó el final fue algo terrible. La investigación se apagó por sí sola y se llevó por delante a alguien que hasta entonces había sido un detective de primera fila.

Había buscado a todos los pedófilos conocidos de la zona, como yo había hecho, por orden de su supervisor, lo mismo que yo. Tres sospechosos, todos hombres blancos de treinta y tantos años, habían sido interrogados después de las entrevistas iniciales, pero más tarde los tuvieron que dejar en libertad ante la falta de pruebas que relacionaran a cualquiera de ellos con la desaparición del chico.

Había interrogado a fondo a todos los compañeros de Michael Gallagher, ninguno de los cuales recordaba nada extraño o poco habitual en los acontecimientos de la tarde o en el comportamiento del chico. Michael se había despedido de todos ellos con una sonrisa, según decían las transcripciones, y después había emprendido el camino de regreso a su casa con media chocolatina en la mano. Uno de los compañeros recordaba que Michael había quitado el papel del envoltorio del resto de la chocolatina cuando daba la vuelta a la esquina, momento en el que desapareció de la vista.

Aquel era el último avistamiento conocido de Michael Gallagher hasta que encontraron su cadáver la mañana del lunes siguiente.

El coche se detuvo en un callejón detrás de lo que parecía ser un edificio abandonado. Se trataba de una casa de tres plantas con galerías cerradas en la parte de atrás. Las cuerdas de tender se extendían desde cada galería hasta un poste al otro lado del callejón. Era un lugar del todo deprimente, incluso un tanto siniestro.

—Ya estamos aquí —anunció Moskal. Nos bajamos del coche y me llevó directamente a la galería de la planta baja. Señaló el enrejado que rodeaba la galería para cubrir las columnas.

Me apoyé en uno de los paneles; cedió un poco, pero no se abrió más que unos centímetros.

Para mi gran sorpresa, Moskal lo tiró abajo de un puntapié, sin preocuparse en lo más mínimo por lo que pudiera haber al otro lado.

—Bonito lugar para que muriera un chico, ¿no te parece?

Era un lugar húmedo, hediondo y lleno de telarañas. Solo Dios sabía cuánto excremento de rata había sido depositado en el suelo de tierra, cuántos esqueletos de ratones habían sido dejados por los gatos vagabundos, cuántos vagos habían vaciado sus vejigas, cuántos borrachos lo habían utilizado para protegerse de la lluvia. Todas aquellas porquerías probablemente se habían hundido un poco más en la tierra durante el ataque a Michael Gallagher, probablemente por la presión ejercida por su vientre mientras lo violaban por detrás.

Las tablas debajo de la galería estaban podridas allí donde se hundían en la tierra.

—Parece estar desierta —comenté en voz baja.

—Lo está. Ha tenido infinidad de propietarios. Ninguno de ellos consiguió sacarle ningún provecho.

—¿Estaba vacía cuando ocurrió?

—No, pero sé que el primer piso estaba desocupado. Los ocupantes del segundo estaban a punto de marcharse.

—¿Quién lo encontró?

—Unos trabajadores. Estaban reemplazando unas tablas rotas en el frente de la casa. El propietario les había dicho que podían dejar aquí las herramientas y los materiales durante el fin de semana. Se marcharon el viernes por la tarde a eso de las tres. A Michael lo vieron por última vez alrededor de las tres y media. El lunes por la mañana cuando vinieron aquellos tipos, lo primero que notaron fue el hedor. Uno de ellos vomitó aquí mismo donde tú estás ahora. Recopilar las pruebas para este homicidio fue un trabajo repugnante, te lo aseguro.

Los restos de un pasador oxidado eran lo único que quedaba de un cerrojo.

—¿No estaba cerrado?

—El asesino rompió el candado, pero después lo colocó de forma tal que a primera vista pareciera intacto. Por desgracia, cualquier huella en el candado desapareció cuando uno de los trabajadores lo sujetó para abrirlo el lunes. La puerta estaba abierta cuando llegué aquí; no la habían vuelto a cerrar. Lo primero que hice fue llamar a mi supervisor, el sargento Sean O'Reilly.

El tío de Durand.

—Maldita sea.

—Exacto. Apareció en menos que canta un gallo y me hizo acordonar la zona. Pasó por encima del vómito y entró aquí, sin nadie más.

—Maldita sea otra vez.

—Sí. Estuvo aquí dentro durante un buen rato, quizá unos cinco minutos. No sé cómo demonios lo aguantó, pero lo hizo. Me ordenó que llamara al forense y a los equipos después de salir de aquí.

—¿No durante?

—No. Me mantuvo ocupado con otros asuntos. Me encargó que anotara los nombres y las señas de los trabajadores, cosas que tendrían que haber hecho los detectives. Sin embargo, me mandó a mí que lo hiciera.

El informe mencionaba que a Michael Gallagher lo habían estrangulado con una media de nailon —no un panty, sino una media de aquellas que necesitan una liga o un liguero— mientras lo atacaban. Algo absolutamente anacrónico, incluso veinte años atrás. El asesino había utilizado los calcetines del chico para metérselos en la boca y ahogar sus gritos. Lo había atado de pies y manos, también con medias, y después lo había tumbado boca abajo en el suelo. Lo había sodomizado brutalmente hasta el punto de que el suelo debajo de las ingles había quedado manchado de sangre. No se habían encontrado restos de semen en el ano.

En cambio sí que habían encontrado restos de látex cuando le practicaron la autopsia.

—¿No encontraron el envoltorio o el preservativo usado por ninguna parte?

—No, el tipo se los llevó.

Se trataba de un asesino muy cuidadoso, al menos respecto a ese tipo de detalles. Un asesino organizado.

—Escogió un buen lugar para esconder el cadáver.

—Excepto que no contó con el aumento de la temperatura. El hedor hubiera atraído a alguien al cabo de un par de días.

—Es probable que el asesino quisiera que lo encontraran, pero no demasiado pronto —comenté.

Las fotografías que había visto en el expediente mostraban un cuerpo ligado de pies y manos, y en una posición que transmitía un terrible sufrimiento.

—Estoy segura de que el chico se resistió violentamente.

—Es probable.

—Eso quiere decir que el asesino tuvo que actuar deprisa. Quizá la razón por la que no se encontraron rastros de semen fue que no acabó el acto.

—Lamentablemente, eso es algo que no podemos saber. Lo único que podemos decir a ciencia cierta es que Michael Gallagher no participó voluntariamente. Tenía los brazos y las piernas llenos de cortes y morados, Dios le bendiga. Si hubiésemos pillado a tiempo al tipo que lo hizo seguramente también hubiéramos visto los

morados en su cuerpo. El único problema de los morados como pruebas es que desaparecen.

—¿Cómo se comportó Sean O'Reilly durante todo esto? Me refiero a que si se mostró nervioso o algo parecido.

—No dejaba de repetir que era una desgracia, una terrible desgracia, y que no se debía permitir que la madre lo viera de aquella manera, desnudo y con un reguero de sangre entre las nalgas. También recuerdo que él parecía bastante trastornado. Sean era todo un veterano; algo como esto no tendría que haberle afectado hasta tal punto. Admito que la escena no era nada agradable, pero yo había visto algunas mucho peores y él también; recuerdo que un par de años antes habíamos tenido que participar en el rescate de las víctimas de una colisión entre un tren y autobús, y que había restos diseminados por todas partes. Ni siquiera parpadeó. Le pregunté si se encontraba bien y me respondió algo de una posible gripe.

Moskal guardó silencio y miró al suelo.

—¿Qué más?

El detective exhaló un suspiro. Parecía profundamente preocupado y no hacía ningún esfuerzo por disimularlo.

—Sean salió de aquí dentro con sangre en las manos, que intentaba limpiarse con un pañuelo; en aquellos tiempos no nos poníamos guantes. Éramos como los equipos de hockey de nuestros abuelos, nada de protecciones. Le pregunté cómo era que se había manchado las manos y me respondió sencillamente que había querido comprobar que el chico estaba muerto. Como si hubiese existido la más mínima posibilidad de que no lo estuviese. Por lo general lo hacemos apoyando un dedo en alguno de los puntos donde se toma el pulso. El chico tenía las manos atadas, así que Sean había tenido que buscarlo en el cuello. No había sangre en el cuello de Michael Gallagher. Según el informe del médico que practicó la autopsia, el único lugar donde había sangre era en el ano.

—Lo que quiere decir que estaba con vida después de ser sodomizado. De lo contrario, no hubiese ocurrido.

—Así es. No tienes idea de las veces que ese pensamiento me atormentó en mitad de la noche. Siempre he querido saber qué parte del cuerpo tocó Sean O'Reilly. Estoy seguro de que estropeó la prueba que pudiera haber habido allí.

Nada de aquello figuraba en los informes.

—Hay otra cosa: las medias. Me refiero a que no eran solo lo que el asesino había utilizado para estrangular al chico. Recuerdo cuando aparecieron los panties; mi madre y mi hermana no tardaron ni un segundo en tirar todas las medias y los ligeros. Detesto pensar cuánto ha pasado desde entonces. Que alguien las utilizara tiene que tener algún significado.

Busqué entre las fotografías del expediente hasta que di con una de las medias.

Las habían fotografiado extendidas, pero con un doblez en el medio para que entraran en el encuadre. Si las hubiesen fotografiado totalmente extendidas, la imagen hubiese sido poco clara. Se veía la superficie de la mesa a través de la malla beige.

—¿Eran de seda o nailon?

Me miró fijamente.

—No lo sé.

Observé la foto con mayor detenimiento; había algo en las medias que me llamaba la atención. Era una raya oscura a todo lo largo de la parte correspondiente a la parte de atrás de las piernas.

—Tienen costuras —exclamé.

—¿Qué?

—Costuras. En la parte de atrás. Muy años cincuenta. Betty Grable, ¿la recuerdas? Había un par de fotos de ella muy famosas con costuras en las medias.

—¿Y qué?

—Pasaron de moda a principios de los sesenta. Las enfermeras y las putas todavía las usan, pero nadie más. Este tipo tuvo que molestarse para conseguirlas. Probablemente en alguna tienda de lencería de lujo.

—¿Quizá en una casa de disfraces?

—Estaba creando una ilusión —murmuré, y después en voz alta le pregunté—: ¿Sabes a qué escuela iba Wilbur Durand cuando se cometió el asesinato?

—Por aquel entonces teníamos el transporte escolar, así que no te lo puedo decir de memoria, pero supongo que estaría en el instituto. La verdad es que no lo sé, tendrás que preguntar en el departamento de enseñanza. Espero que tengas suerte. Creo que la vas a necesitar.

Allí no quedaba nada más que ver. Me empapé con el ambiente de la escena. No había ni una sola nube en el cielo y soplaba una cálida brisa que me alborotaba los cabellos, pero estaba helada hasta la médula.

Patrick Gallagher nos invitó a pasar al salón de su casa adosada y nos ofreció café. Pete Moskal aceptó la invitación; yo la rechacé.

Habían transcurrido veinte años, pero todavía eran visibles las heridas emocionales. Le expresé mis más sinceras condolencias. Me preguntó por qué yo, una policía de Los Ángeles, estaba interesada en un crimen cometido veinte años atrás al otro extremo del país.

—Tengo un sospechoso en el caso de la desaparición de un niño en Los Ángeles que en un tiempo vivió aquí.

—Así que espera establecer una relación entre ellos, ¿es eso?

Asentí.

—Se trata de Durand, ¿no es así?

Pete Moskal alcanzó a decir: «No estamos en disposición de...», cuando le

interrumpí con un firme sí. Nos miramos los unos a los otros durante unos segundos. Gallagher fue el primero en hablar.

—Lo sabía. Ese hijo de puta, lo sabía. —Señaló a Moskal con un gesto airado—. Le dije que tenía algo que ver con el asesinato.

Me apresuré a intervenir en apoyo de mi colega.

—Señor Gallagher, en estos momentos no sé a ciencia cierta si Durand es el hombre que estoy buscando. Por favor, no se apresure a sacar conclusiones. Solo se lo he dicho porque necesito su más total colaboración. También necesito su discreción, al menos hasta tener las pruebas suficientes para detenerlo. De lo contrario, podría escapar. Ahora, si no le importa, le estaría muy agradecida si me explica por qué cree que Wilbur Durand mató a su hijo.

—Para empezar porque era un perverso.

—Un perverso.

—Sí. Era un maricón perdido. Además tenía un motivo.

—¿Cuál era?

—Vengarse de Aiden.

Miré a Moskal.

—No sé quién es.

—El hermano mayor de Michael —respondió Gallagher—. Durand se encaprichó con él en el instituto. Intentó convencerlo para que hicieran las cosas más repugnantes. Aiden le dijo que lo dejara en paz, incluso le atizó en un par de ocasiones.

—Señor Gallagher, ¿por qué no mencionó nada de todo esto cuando la policía investigó la muerte de su hijo?

—Porque Aiden no me lo dijo hasta hace un par de años.

Me imaginé la escena entre padre e hijo, la desilusión y la sensación de impotencia, la terrible sorpresa de escuchar algo tan depravado.

—¿Puedo preguntar por qué salió a la luz, después de tanto tiempo?

Gallagher pareció desmoronarse. Fue Moskal quien me dio la respuesta.

—Aiden era bombero. Estuvo en aquel edificio que se vino abajo en Boston, donde muchos sufrieron terribles quemaduras...

Lo recordé. Habían transmitido la noticia por las cadenas nacionales. Siempre es así cuando un bombero fallece a consecuencia de las quemaduras.

Moskal y yo estábamos pálidos y agotados cuando salimos de la casa de los Gallagher. Había cosas no dichas que flotaban en el aire como un olor fétido, cosas terribles que ningún ser humano podía pronunciar. Patrick Gallagher había puesto la pelota otra vez en juego; ahora nos correspondía a Moskal y a mí hacer que continuara rodando.

—Kelly McGrath nos espera dentro de media hora. Es un trayecto de un par de



minutos. ¿Quieres volver a la comisaría?

—No. Creo que tenemos que hablar de unas cuantas cosas. Más vale que lo hagamos ahora.

—De acuerdo. —Aparcó el coche delante de un pequeño parque; un viejo solar que habían aprovechado como equipamiento urbano. Me pregunté si allí se había alzado una casa, quizá una que se hubiera incendiado. Los chiquillos que disfrutaban de los columpios y del tiovivo chillaban de placer con la feliz despreocupación de la infancia.

—Hay nuevas pruebas suficientes para reabrir el caso Gallagher —señalé.

—Las hay.

—Y tú pedirás que lo reabran.

—Lo haré.

—Necesitaré un poco más de tiempo para reunir pruebas en Los Ángeles. Quisiera pedirte que esperaras, si crees que eso no será un estorbo.

—Supuse que me lo pedirías.

—Tengo trece chicos desaparecidos. Quizá uno de ellos todavía esté con vida.

—Sabes que no es verdad.

Lo sabía, pero me negaba a aceptarlo.

—Siempre queda la esperanza.

Los gritos de los chiquillos sonaron de pronto mucho más fuertes. Ambos nos volvimos a la vez y vimos que dos de los chicos mayores se habían bajado del tiovivo y ahora lo hacían girar todo lo rápido que podían. A los más pequeños les encantaba.

—Ah, si pudiéramos volver atrás —dije.

—Sí —replicó Pete. Por el tono era obvio que no pensaba en el pasado, sino que estaba desesperado por ir hacia delante—. Yo puedo esperar, pero si se huele que vas a por él y se me escapa, te juro que lo pasaré muy mal.

—No te puedo garantizar que no lo haga. En cambio, te puedo prometer que me moveré lo más rápido y seré todo lo discreta que pueda. Ya he llamado a su estudio para preguntar por él. Alguien puede haberle comentado que se están haciendo investigaciones. Todo es posible, incluso que ya se haya largado de la ciudad.

—Si lo ha hecho, pediré el retiro ahora mismo y lo encontraré.

Estaba segura de que lo haría.

Llegamos más o menos a un acuerdo: dispondría de una semana para conseguir lo que pudiera, y después Moskal y yo volveríamos a hablar para evaluar la situación. Si él no estaba satisfecho con mis progresos, comenzaría a actuar por su lado. Hasta entonces no haría nada oficial. Cuando faltaban cinco minutos para la hora del té, aparcamos delante de la casa de Kelly McGrath.

No era tan mayor como me había imaginado. Tendría los sesenta recién cumplidos, menuda, con los cabellos teñidos de un tinte castaño rojizo, esbelta y muy

bien arreglada. Nos sentamos en la sala sin perder ni un momento; el servicio de té ya estaba preparado en la mesa de centro. Había una jarrita con crema, pero eché de menos el limón. Sobre el piano vi varias fotos de Kelly y otra mujer un poco mayor que podía ser su gemela.

—¿Es su hermana Maggie? —le pregunté mientras ella me servía una taza de té.

—Sí —respondió. Se persignó—. Que el Señor la tenga en su gloria.

—¿Cuánto tiempo hace que falleció?

—Oh, hace mucho tiempo. Acaban de cumplirse los treinta y tres años.

Había muerto cuando Wilbur tenía siete años.

—¿Su hermana trabajó de gobernanta en la casa de los Durand?

Me miró desconcertada por un momento y después respondió a la pregunta.

—Ah, sí, el apellido del chiquillo era Durand, ¿no? Lo había olvidado. Siempre la recuerdo como la casa de los Carmichael. Bueno, ellos también, esa es la razón. Nunca les gustó que Patricia se casara con aquel francés. Me refiero a que él también era católico, así que no entiendo cómo algunas personas pueden tener una mentalidad tan cerrada. En mi opinión es algo que tiene que ver con el dinero, lo mismo que la mezquindad. Las cosas quizá le hubiesen ido mucho mejor si la hubiesen apoyado un poco más.

Era obvio que no necesitaba hacer más preguntas para que siguiera hablando.

—Patricia no estaba bien, sabe usted. Lo había pasado muy mal con el nacimiento del chiquillo, y el nuevo matrimonio tampoco funcionaba muy bien que digamos. Pilló una terrible infección y tuvieron que extirparle todas las partes femeninas; le pido perdón por hablar de estas cosas en su presencia, detective Moskal. Después de aquello, su marido dejó de prestarle toda atención. La abandonó a su suerte. Se la llevó a Brookline inmediatamente después del nacimiento porque dijo que aquel era un lugar en alza y una buena inversión. Patricia lo encontraba odioso. Allí no tenía amigas, en la iglesia no fue bienvenida así que le dio por beber para ahogar los problemas. Los chicos Carmichael: Sheila, Eileen y Cullen, no lo pasaron mal porque tuvieron a su madre cuando se encontraba bien, y su padre había sido un hombre maravilloso. Que el Señor lo tenga en su gloria. Fue una pena que falleciera tan joven.

»Patricia se despreocupó totalmente del pobre Wil. Maggie iba allí todos los días en el trolebús para asegurarse de que a Wilbur le daban de comer y lo vestían correctamente. Algunas veces se quedaba a dormir si Patricia estaba demasiado borracha. Tuvimos que acabar poniendo un teléfono porque la señora O'Day, que vive en la planta baja, se hartó de tener que subir las escaleras para darme los mensajes. Infinidad de veces se encontró con que el chiquillo había mojado las sábanas y que no tenía ropa limpia para cambiarlo si ella no hacía la colada. También, en más de una ocasión, tuvo que espabilar a la mujer para llevarla al banco a sacar dinero para los

gastos de la casa. Un par de veces hizo la compra con su propio dinero. Pero le prohibí que volviera a hacerlo. Trae al niño aquí, le dije, y nosotras nos ocuparemos de criarlo como es debido. No lo hicimos porque ella no quería entremeterse en un asunto que era exclusivamente de la familia. Ella era así.

»Sin embargo, hiciera lo que hiciera, él siguió siendo un niño extraño. Muy callado la mayor parte del tiempo, pero cuando le salía el pronto irlandés había que verlo. Su madre nunca se preocupó de disciplinarlo, y su padre ya se había largado para aquel entonces. Era algo que te partía el corazón. Pero Maggie hizo lo imposible para que el chico estuviera bien, hasta que cayó enferma, quiero decir. Él tenía seis años cuando Maggie descubrió el primer bulto. No acudió inmediatamente al médico, afirmó que no era nada, pero creo que estaba asustada. Cuando se decidió a ir, ya era demasiado tarde, aunque de todas maneras le amputaron los dos pechos, creo que para darle alguna esperanza. Ganó un poco más de tiempo, pero no mucho.

»El abuelo de Wil, el padre de Patricia y Sean, era la encarnación del mismísimo diablo. Detestaba a Maggie por lo que decía que era un estorbo en los asuntos de su hija. Tendría que haber estado todo el día de rodillas dándole las gracias por todo lo que hacía. El viejo diablo se ponía lívido como la cera si a alguien se le ocurría decir algo en contra de Sean, aunque todos sabíamos la clase de persona que era. Nunca se casó, siempre rondando a los niños; el abuelo no quería ni oír hablar de que no se debía permitir que Sean estuviera a solas con los niños. Era un oficial de policía y creo que eso lo convertía en un santo a los ojos de su padre. Maggie llevaba a Wil a la casa de los abuelos porque creía que era correcto que los conociera, aunque su madre no se molestaba en hacer el esfuerzo. Me dijo que él había llamado a «esa condenada sirvienta» en presencia del chiquillo. «Esa infame fregona te está echando a perder», le decía, como si Maggie no estuviese presente. «Esa infame fregona es demasiado blanda contigo».

»En todo el tiempo que Maggie se ocupó del niño, la abuela nunca intentó oponerse a su marido. Supongo que le tenía miedo y no le faltaba razón. Dicen que le había dado una paliza en más de una ocasión. Llegó un día que Maggie se vistió de punta en blanco y fue a ver a la anciana a la hora del té, como ustedes están haciendo ahora, y le contó todo lo que estaba pasando. Le suplicó que se hiciera cargo de los chicos. Al final, consiguió convencerla.

»Maggie falleció unos dos meses más tarde, poco después de que Wil y los otros chicos se fueran a vivir a la casa de la playa. A partir de aquel momento, a Wil no le fueron muy bien las cosas por lo que me han dicho. Había perdido a la única persona que lo quería por él mismo. Y después comenzamos a verlo siempre en compañía de Sean. No estaba bien. No, señor.

Todo aquello me daba vueltas en la cabeza mientras el tren traqueteaba y se sacudía en el viaje de regreso a Nueva York. Muy rápido, desde luego, pero el viaje

podría haber sido más suave. Sin embargo, estaba feliz de emprender la vuelta; tenía mucho trabajo que hacer; tenía que encontrar aquellas cintas de vídeo grabadas en el museo si quería mantener viva la esperanza de cazar a ese tipo. Necesitaría una orden para entrar en su casa y en su estudio. El informe tendría que ser impecable. No serían más que pruebas circunstanciales, pero no tenía nada mejor.

El domingo próximo tendría que llamar de nuevo al detective Moskal. Si estaba ocupado con su familia, quizá podría estirar el plazo hasta el lunes. Si yo no había conseguido lo que necesitaba, confiaba en que él atendería a razones.

En el andén de la estación Sur, Moskal me había dicho:

—Siempre he creído que Sean O'Reilly encontró algo en aquel cobertizo que implicaba a alguien y que se lo llevó de allí. Si hubiese insistido más en seguir las normas, quizá todos estos chicos no hubieran desaparecido.

—Él era tu oficial superior —le respondí amablemente—. ¿Qué más podías hacer?

—Él también tenía un oficial superior, podría haber hecho un informe. Pero tenía que mantener a los chicos y a mi esposa. No podía permitirme perder mi trabajo.

—No te puedes culpar —repliqué—. Cosas como estas nunca están bajo nuestro control, por mucho que quisiéramos que lo estuvieran.

El tren apareció en aquel momento.

—Te llamaré el domingo por la mañana.

—Cuando quieras.

El paisaje era una mancha borrosa al otro lado de la ventanilla. Quería trabajar en mis notas, pero había demasiado movimiento. Eché hacia atrás el respaldo del asiento y traté de concentrarme en todos los nuevos datos que había conseguido.

El tío Sean había corrompido a Wilbur; estaba dispuesta a jugarle la placa. Wilbur había comenzado a abusar de los niños cuando tuvo la edad y la fuerza necesarias. Uno de ellos probablemente había amenazado con hablar, y él lo había matado. Le gustó la sensación que le había producido, todo aquel poder. El asesinato de Michael Gallagher, tan bien planeado y llevado a la práctica con toda precisión, había sido seguramente el primero y el catalizador para todo lo que vino después. Erkinnen estaría encantado con todo esto.

El único amor que Wilbur Durand había tenido en la infancia había sido tildado de «infame» por una poderosa figura autoritaria. El amor infame era el que conocía; el que intentaría recrear. Una, otra y otra vez.

Pero no iba a recuperarlo nunca más.

## Veintiuno

Era una ardua cabalgata ir hasta Champtocé, todo un día —todavía más si el viaje se hacía en un mes de lluvias y las carreteras se convertían en lodazales— a lo largo de la ribera, donde las desnudas raíces de los árboles eran lo único que evitaba que se hundieran los taludes. No parecía tener mucho sentido que hubiesen construido esta carretera tan cerca del río y no más próxima al bosque donde el suelo era más firme, hasta que el viajero se detenía y miraba hacia el sudeste en un día despejado. La belleza del paisaje al otro lado del Loira quitaba el aliento. Sabía por la experiencia de viajes realizados en mi juventud entre Champtocé y Machecoul que siempre estaba presente el peligro de que la carretera se hundiera después de un fuerte aguacero, pero aquel día gozábamos de un tiempo maravilloso.

Avanzamos a buen ritmo, sin distracciones inútiles, pero hasta el viajero más resistente tiene que detenerse de vez en cuando. Mientras el hermano Damien satisfacía sus necesidades en la misma ribera, yo me dirigí al bosque para satisfacer las mías de una manera más discreta. A medida que me alejaba de la carretera, las ramas caídas crujieron bajo mis pies; los insectos zumbaron y los pájaros con sus trinos se avisaron de mi llegada. Un rayo de sol se filtró entre el follaje; todo era muy conocido, y de pronto me vi inundada de los recuerdos de mi vida antes de tomar los hábitos. Las sensaciones e imágenes de tiempos pasados en ese y otros bosques me abrumaron con una sorprendente rapidez y fuerza. No podía sostenerme de pie y acabé cayendo de rodillas.

Su mano en la mía, que me tironeaba seductoramente, sus sonrisas, las risas y la picardía...

«Ven, Guillemette, mi bonita esposa, te enseñaré un nuevo juego, uno que te encantará». Étienne y yo éramos muy jóvenes, nos acabábamos de casar y estábamos dulcemente cautivados por nuestro mutuo deseo. Muy dispuesta, accedí a su atrevida proposición, pero no sin antes fingir una recatada resistencia. Juro que fue en aquella ocasión, en este mismo bosque, sobre una hierba tan suave que avergonzaría a un plumón, que su semilla se depositó en mi vientre y se convirtió en Jean, nuestro primer hijo.

Sonreí ahora al recordar nuestros excesos.

Ah, que el amor fuera pecado... La comadre de Bath sabía muy bien lo dulce que podía ser.

En aquellos días viajábamos con mucha frecuencia a Machecoul, pero algunas veces íbamos al Hôtel de la Suze, al otro lado de Nantes. Era tan cómodo como cualquiera de las mansiones de mi señor, y todavía más en el invierno; estaba, contra toda lógica, mucho más protegido contra las corrientes de aire que sus otras casas en los cortos y helados días de enero.

El viaje de regreso a Champtocé, no obstante, siempre era mucho más placentero porque Étienne y yo llegamos a verlo como nuestro hogar. Allí me han visitado mis mayores alegrías y mis más terribles sufrimientos. Qué locura de mi parte fue dejar que aquel lugar me poseyera, cuando yo no tenía ningún derecho sobre él.

Poco después del mediodía, el hermano Damien y yo cruzamos el pueblo de Champtoceaux. Allí había una taberna, donde a menudo hacíamos un alto con mi marido, que era capaz de escuchar cualquier música, por mala que fuera, durante horas. Muchas veces me cogía por el talle y comenzábamos a bailar al ritmo del tamborín; mis faldas se levantaban con los giros de la manera más impúdica y vulgar, pero a él nunca parecía importarle; le encantaba bailar y se entregaba con toda el alma. Experimenté el súbito deseo de visitar de nuevo aquel lugar.

—Aquí quizá nos cuenten alguna historia —manifesté en voz alta.

—Cuentan historias en todas partes.

—Hermano, vayamos a tomar algún refresco.

No puso ningún reparo. Atamos nuestras cabalgaduras a un poste delante del venerable establecimiento. El cartel de madera donde aparecía escrito sencillamente taberna, colgaba un tanto torcido de un soporte de hierro, tal como lo había visto la primera vez que pasé por debajo de él.

En el instante en que cruzamos el umbral, comprobé que nada había cambiado. El tabernero y su regordeta esposa, que aún atendía a la clientela con los mismos aires de la dueña del mejor hotel, seguían siendo los mismos. Solo había aumentado el volumen de sus cuerpos; ahora eran el doble de gruesos.

Nos quitamos las capas y nos sentamos en los bancos a cada lado de una larga mesa. El patrón se acercó para servirnos; me miró directamente a la cara, pero no me reconoció, aunque difícilmente se me podía tomar por una parroquiana habitual dado que no vivía en Champtoceaux. No obstante, me produjo una cierta pena y, por un momento, me pregunté si había hecho bien en detenerme allí.

—Que Dios os bendiga, madre —dijo, y se inclinó cortésmente—. Y a vos también, hermano. ¿Qué os puedo servir?

—Una jarra de cerveza —respondió el hermano Damien.

—Y después quisiera hablar un momento con vos —añadí.

—¿De qué os interesa hablar, madre?

—Quiero saber qué pasa por estos lugares —le contesté—. Hace mucho tiempo que no paso por aquí. Antes lo hacía con frecuencia.

El hombre sonrió con una expresión picaresca y se retiró para ir a buscar la bebida. Miré a los otros parroquianos: en una esquina, había un hombre mayor cuyo rostro no alcanzaba a ver del todo. Había algo en él que me resultaba conocido, pero no conseguí ubicarlo en mis recuerdos. Se trataba de un hombre fornido y con una muy llamativa cabellera blanca, pero lo que más atrajo mi atención fue el tamaño de

sus manos, que empequeñecían la navaja con la que tallaba un trozo de madera. Mostraba una gran habilidad, y sentí una gran curiosidad por saber qué estaría modelando. Las virutas se amontonaban sobre la mesa. De vez en cuando, la patrona en su camino hacia alguna otra mesa, barría las virutas con la mano y las arrojaba al suelo de tierra donde servirían para absorber la cerveza derramada.

Su marido volvió con una jarra de cerveza y dos tazones, que dejó sobre la mesa.

Mientras bebíamos comenzó a recitarnos toda una serie de acontecimientos banales: el nacimiento de un ternero, la compra de un telar, una plaga en los cerezos, los cotilleos referentes a una corpulenta matrona que le había propinado una paliza a su enclenque marido en un arrebato de ira provocado por una supuesta infidelidad. Luego me miró de nuevo a la cara y manifestó:

—Por supuesto, no es necesario que os diga que han desaparecido algunos más de nuestros niños.

Me sentí dominada por una alegría inexplicable al comprobar que me conocía, aunque me picó un tanto comprender que era más por la reputación de mis investigaciones, que no como una parroquiana de tiempos pasados a la que se recordaba con aprecio. Él aprovechó mi momentáneo silencio para preguntar:

—¿No sois vos la madre superiora?

—Lo soy —admití.

Parecía esperar algo de mí, así que procuré no desilusionarlo.

—¿Cuántos han desaparecido aquí?

El patrón sacudió la cabeza.

—Hemos perdido la cuenta —respondió en voz baja.

El hermano Damien intentó pagar la consumición, pero el tabernero no quiso aceptar nuestro dinero. Durante unos segundos, mientras él se alejaba, no pude hacer más que mirar la superficie de la mesa. Después, mi mirada buscó al hombre de la cabellera blanca. Se había marchado.



Para cuando llegamos a Ancenis —la última ciudad importante que encontraríamos antes de entrar en las tierras de Champtocé— me dominaba un estado de febril excitación. Allí me esperaban tantos recuerdos... Por qué me sentía impulsada con tanta vehemencia a reabrir una herida que a duras penas había cicatrizado era algo que no conseguía comprender. Jean de Malestroit, la única persona en este mundo que quizá hubiese podido disuadirme no había estado por la labor.

Nos acercamos a la fortaleza por la carretera principal, que atravesaba un amplio prado cubierto de flores. Cualquiera que estuviese de guardia en las almenas del castillo podía vernos sin la menor dificultad; estábamos tan indefensos y expuestos como un ratón al ataque de un búho. Sin embargo, no escuchamos ninguna

advertencia ni gritos para que nos identificáramos. Supongo que el centinela no sentía la menor preocupación al ver que se acercaban una monja montada en un burro y un sacerdote. Una tras otra, aparecieron a la vista las cosas que recordaba. Lo primero que vi fueron las saeteras que rodeaban la torre del lado sur justo debajo de las almenas. Después vi el estandarte que ondeaba al viento; no podía ser el de mi señor. Solo Dios sabía quién era ahora el propietario del castillo fuese quien fuese el tonto, ya que con harta frecuencia había cambiado de manos en los últimos tiempos, aunque nos habían dicho que René de la Suze había conseguido arrebatarse el título de propiedad al prestamista de su hermano. Quizá había más hierbajos que antaño en la base de las murallas; en general, los terrenos a este lado del foso parecían haber sido abandonados y estaban cubiertos de matojos, una consecuencia previsible dados los frecuentes cambios de propietario. Faltaban piedras y otras, amenazaban caerse en la impresionante primera muralla, y todo el lugar presentaba un aspecto de abandono.

No obstante, a pesar de esos detalles no dejaba de ser algo magnífico. Por fin uno de los centinelas nos avistó; respondimos a sus señales para indicar que éramos amigos. La reja comenzó a levantarse cuando nos acercamos al puente levadizo. Qué bien recordaba cada crujido de los engranajes mientras las cuerdas levantaban la enorme reja. Mi corazón se veía sacudido por el entusiasmo, la incertidumbre, el terror, la esperanza y muchas más emociones, la mayoría de las cuales nunca sería capaz de nombrar.

¿Encontraría aquello que tanto ansiaba hallar?

Me parecía muy poco probable después de tanto tiempo.

El hermano Damien se fijó en mi ansiedad.

—No os inquietéis tanto, hermana —manifestó—. Él todavía estará aquí.

Cuál sería la justificación, que no fuese su optimismo, que lo animaba a manifestar esta dudosa afirmación. Lo ignoraba totalmente, pero intenté que me sirviera de consuelo.

—Envidio vuestra confianza, hermano.

—Vos misma habéis dicho que era un magnífico castellano.

—Sí, pero sin parentesco alguno con nadie de la nobleza y, por lo tanto, expuesto al riesgo de verse desarraigado, como sé muy bien.

—¿Qué señor podría ser tan tonto como para desprenderse de un castellano excepcional con el fin de designar a otro que nada sabe de los entresijos de la propiedad, solo por el hecho de emplear a uno de sus aliados?

—Hay muchísimos señores que son tontos de capirote, hermano, y las alianzas son una fuerza muy poderosa.

—No tan poderosas como lo fueron, *ma soeur*, ni nunca serán tan atractivas como la sabiduría para alguien que no tiene dinero.

Las capas que vestían los guardias de la entrada llevaban el escudo de armas de



René de la Suze, tal como se rumoreaba, y la influencia de la sabiduría había prevalecido, al menos en parte, en su ocupación de Champtocé, porque el castellano Marcel continuaba viviendo en la fortaleza.

—Tendría que haberos retado a una apuesta —comentó el hermano Damien con una sonrisa.

—No la hubieseis ganado del todo —repliqué.

—No obstante, debéis admitir que el resultado se hubiera merecido algún tipo de recompensa.

—De acuerdo, pero no todo el pago. Ninguno de los dos ha tenido toda la razón.

Marcel efectivamente continuaba allí, aunque sus obligaciones oficiales habían sido traspasadas a un hombre más joven escogido por René de la Suze. Así y todo, el prudente hermano menor de Gilles de Rais le había dado al hombre mayor un cargo permanente como asesor de su inexperto aliado, quien así se beneficiaría en gran medida de esa ayuda. Al mismo tiempo, el antiguo castellano recibía una recompensa por sus leales servicios, algo que era lo justo y adecuado.

El animoso hombretón que había sido Guy Marcel en sus años mozos cuando yo vivía en Champtocé aún perduraba en parte en el viejo en que se había convertido. En sus ojos todavía brillaba la alegría de vivir, su paso seguía siendo decidido, aunque más corto. Conservaba el mismo porte orgulloso que yo recordaba con tanto afecto. También mantenía sus maneras corteses, sobre todo con los viajeros.

—*Bonjour, mon frère* —saludó al hermano Damien cuando se acercó a nosotros —. *A votre service*.

—*Merci bien*, pero es mi hermana en Cristo quien os busca, no yo —respondió el joven hermano con la misma cortesía.

Guy Marcel se volvió hacia mí y observó mi rostro sin dar ninguna muestra de reconocimiento. No me miró con rudeza, como quizá hubiese hecho un hombre menos educado.

—Encantado de conoceros, hermana.

Me eché a reír suavemente.

—Ah, monsieur, ¿es posible que haya pasado tanto tiempo?

—*Pardon?*

—En un tiempo me llamabais madame La Drappière —le recordé.

Se quedó boquiabierto.

—*¡Mon dieu*, madame, habéis vuelto!

Era consciente de que quizá nadie le había comentado qué había sido de mí después de la muerte de Étienne. Es probable que las mujeres lo supieran, porque cualquiera de ellas podía seguir el mismo destino. Pero yo había sido amiga de la esposa de aquel hombre cuando ambas vivíamos en el castillo: siempre había sido una arpía de poco fiar y muy malas pulgas, así que yo la había evitado en la medida

de lo posible, y siempre creí que él también lo hacía a menudo. Me pregunté si aún viviría.

Se acercó a mí, con los brazos extendidos en una muestra de cordial bienvenida.

—Madame —exclamó con un tono afectuoso—, es de verdad una gran alegría volver a veros después de tanto tiempo.

Le presenté al hermano Damien y a continuación le pregunté amablemente por su desagradable esposa. Me respondió que había fallecido hacía ya algunos años. Toda aquella amable charla tuvo lugar antes de que llegáramos a desmontar.

—Llamaré a un mozo para que se haga cargo de vuestros... animales —añadió Marcel. Me ofreció su mano para ayudarme a realizar aquello que de otra manera hubiese sido un muy poco digno descenso. Mientras se llevaban a nuestras bestias, nosotros los seres de dos piernas fuimos acompañados hasta las mismas habitaciones cerca de la puerta en la muralla exterior que el castellano Marcel había ocupado antaño. El nuevo castellano había preferido vivir en otras habitaciones de la fortaleza más resguardadas, quizá por razones de seguridad, algo que era muy comprensible; el primer edificio en caso de ataque siempre soportaba el asalto inicial, por ser el más cercano y vulnerable de todos; Étienne lo llamaba el vientre expuesto de cualquier castillo. Pero el viejo estaba acostumbrado a la idea del peligro y probablemente la hubiese echado de menos de haberse trasladado a otra parte.

Nos sentamos a la mesa y nos ofreció algo de beber, cosa que aceptamos de todo corazón. Sirvió para todos vasos de hipocrás y dejó sobre la mesa un bol lleno de unas preciosas peras maduras acabadas de coger del árbol. El hermano Damien tomó una y la hizo girar en sus manos. Exhaló un suspiro de admiración.

—*Très belle* —le dijo a la pera—. *Magnifique!*

Guy Marcel sonrió complacido ante la alabanza.

—No puedo adjudicarme el mérito de su perfección. Tenemos a un excelente jardinero que se encarga de nuestros árboles frutales. No sé nada de estas cosas más allá de disfrutar de los frutos de la sabiduría y el trabajo de otro. Pero me han dicho que la tierra de estos parajes es por algún milagro ideal para el cultivo de peras, y ahí reside el secreto.

—Me gustaría visitar el huerto y recoger una muestra de la tierra, si fuera posible —manifestó el hermano Damien.

—Me ocuparé de satisfacer vuestro deseo —respondió Marcel. Luego se volvió hacia mí—. ¿Y vos, madame, qué explicáis de vuestra vida? —Señaló el crucifijo que descansaba sobre mi pecho—. Veo que estáis al servicio de Dios...

Le hablé al viejo castellano de mi vida desde mi partida de Champtocé, un relato que, lamento decir, solo me llevó unos minutos completar. Él tuvo la bondad de mostrarse interesado y de felicitarme por mi aparente buena fortuna.

—Considero que es una gran cosa gozar de la confianza de nuestro señor —

afirmó.

—Vos sois el más indicado para saberlo.

—¿Qué hay de vuestro hijo, madame? Si Dios no me hubiese privado de gran parte de mi memoria, recordaría su nombre.

—Se llama Jean. Está al servicio de Su Santidad en Aviñón. Admito que me veo obligada a realizar constantes penitencias por mi exceso de orgullo en este tema.

Nos echamos a reír como viejos amigos. Luego ya no hubo más razones para la demora.

—Señor, quiero haceros algunas preguntas, referentes a mi otro hijo, Michel.

Cuando pronuncié el nombre de mi hijo, Guy Marcel pareció encogerse un poco.

—Madame —protestó—, han pasado tantos años desde que ocurrió aquella tragedia...

—Yo misma tengo muchos problemas con mi memoria —repliqué—. No os acusaré por unos recuerdos incompletos.

—Sois demasiado joven para tener tales dificultades —señaló con una amable sonrisa—. Hablemos de otros temas.

Sus cumplidos no hicieron mella en mi decisión ni tampoco sus gentiles intentos por cambiar de tema me apartaron del camino elegido. Así y todo, no quería ponerle en una situación violenta así que permanecemos en silencio durante unos momentos; la pausa en la conversación pareció en cierta manera un homenaje a la memoria de mi hijo desaparecido tantos años atrás. Esperé pacientemente hasta que me pareció propicio insistir.

—Solo os pido que recordéis todo lo que podáis de lo que ocurrió.

El pobre hombre se movió inquieto en el banco.

—Madame, ¿qué más os queda por saber? El chico sencillamente desapareció; no sabemos cómo ni por qué. Quizá fue el resultado de la villanía del jabalí, tal como nos lo contó mi señor Gilles. Pero no hay nadie que lo sepa a ciencia cierta. —Su mirada se paseó alternativamente entre el hermano Damien y yo, y luego bebió un buen trago de hipocrás—. Es mi más sincero deseo que Dios acune a vuestro hijo en sus brazos, como espero que haga por mí algún día. Sospecho que no tardará mucho en que así sea.

—Cuando mi señor regresó aquí aquel día, ¿qué os dijo exactamente?

—Madame, por favor, no puedo recordar esos detalles después de tantos años.

Aunque habían pasado más de diez años desde la muerte de Étienne, aún recordaba la visión de su pierna gangrenada con tanta claridad que anhelaba con todas mis fuerzas borrarla de mi mente, si tal milagro era posible. A lo largo de los años había intentado con verdadera desesperación aliviarme de la imagen de su pierna ennegrecida, que se pudrió poco a poco hasta arrebatarme la vida. Pese a la sinceridad de mis esfuerzos, fracasé en el empeño. Todavía persiste en mi memoria

como una enorme piedra que es imposible quitar. Enterrado en algún lugar de la memoria de Guy Marcel estaba el recuerdo de aquello que Gules de Rais le había dicho al regresar de aquella salida que me había arrebatado a mi hijo. Necesitaba que aquellas palabras volvieran a salir a la luz.

Se lo expresé con toda claridad.

—Señor, las cosas que escuchasteis aquel día no se borran fácilmente de la memoria de nadie. Solo necesitáis hacer un muy pequeño esfuerzo, y todo volverá con claridad diáfana. Estoy segura de que será tal como os digo.

Marcel se levantó y comenzó a ir de aquí para allá, sin molestarse en disimular su profunda inquietud; luego, volvió a sentarse y me cogió la mano.

—Madame, por favor. —Me palmeó los dedos—. Soy viejo. No puedo recordar algo que sucedió tantos años atrás.

Aparté mi mano y le palmeé el dorso de la suya.

—Os digo con mucho respeto, señor, que no sois mucho más viejo que yo. Por otro lado, debo recordaros que fuisteis vos quien me mantuvo apartada de mi señor, así que dependo de vuestros recuerdos sobre lo ocurrido. Ahora, por favor, por el bien del descanso de mi corazón, intentadlo.

Guy Marcel había visto a muchos hombres heridos y muertos en las batallas y las guerras; había visto de primera mano la herida en el vientre de Guy de Laval. Siempre se había mostrado firme en tales circunstancias. Ahora, cuando tan solo se le pedía que recordara unas palabras, se inquietaba. Estaba segura de que su inquietud no era por una aparente incapacidad de recordar sino más bien por la naturaleza de los recuerdos.

Se acarició la frente como si le doliera la cabeza.

—Muy bien —accedió con un tono de cansancio—. Lo intentaré.

Algo siniestro pareció apoderarse de él cuando comenzó a hablar:

—Los centinelas escucharon los gritos que sonaban muy lejanos, así que envié inmediatamente más vigías a la torre. Cuando mi señor Gilles apareció a la vista vimos que corría con todas sus fuerzas y que parecía muy angustiado. Ordené en el acto que levantaran la reja. Entró solo y cayó en mis brazos. En los primeros instantes jadeaba tan fuerte que apenas si conseguía hilvanar palabra. Cuando recuperó la voz me dijo que el jabalí había reaparecido, y que él se había vuelto y echado a correr, que pensó que Michel le seguía pegado a sus talones. Pero que al mirar no había nadie.

Todo aquello ya lo había escuchado antes, el día del terrible acontecimiento. Quería saber más.

—¿No dijo nada más aparte de eso? Debía de estar tremendamente alterado.

—A mí no me dijo nada más. Su abuelo se lo llevó sin tardanza. Dijo que el chico necesitaba recuperarse un poco antes de poder interrogarlo a fondo. No volví a hablar

del tema con mi señor Gilles ni con Jean de Craon. Tampoco nadie más escuchó nada después de aquello, al menos que yo sepa.

El castellano se miró las manos que mantenía apoyadas en las tablas de la mesa como si quisiera sujetarse.

—Jadeaba, madame. Dijo muy poco aparte de mencionar el descubrimiento de la ausencia de vuestro hijo. Por lo tanto, no puedo decir exactamente cuál era su estado mental en aquel momento. Así y todo, Jean de Craon parecía creer que estaba muy alterado.

Por la expresión en el rostro de Marcel comprendí que tenía otros pensamientos que se agitaban en el fondo de su alma. Había algo que quería decir pero no se atrevía.

—Señor, podéis hablar conmigo con toda franqueza. Mi alianza ya no es con mi señor Gilles, sino con Dios y Su Eminencia. No temáis traición alguna de mi parte.

—Madame... —dijo.

—No se os acusará de nada, no importa lo que me digáis.

Permaneció en silencio durante unos segundos con la mirada perdida y luego volvió a mirarme.

—Madame, os suplico perdón, pero me pareció ver que mi señor sonreía durante un instante.

—¿Sonrió? ¿Qué queréis decir con sonrió?

—Como si se sintiera feliz o complacido por alguna cosa.

Aquel era un detalle que nunca había conocido; tan grande habían sido mi miedo y mi dolor que no había visto ni oído nada más. Escuché la voz del castellano cuando prosiguió con su relato:

—Recuerdo dos pensamientos que tuve aquel día. Los dos me hicieron reflexionar. El primero fue que resultaba extraño que mi señor se hubiera dado la vuelta y no hubiese visto ni al chico, ni el jabalí. Cualquiera hubiera creído que tendría que haber visto a uno o al otro. Pero a ninguno... parecía tan poco probable.

—¿Cuál fue el segundo?

Se aclaró la garganta, con un carraspeo nervioso.

—También recuerdo que durante toda aquella tragedia, mi señor parecía mucho más excitado que dolido. Me atrevería a decir que su talante cuadraba con la sonrisa.

Cogí mi pañuelo y, sin ninguna vergüenza, me enjuagué las lágrimas antes de que rodaran por mis mejillas.

—¿Se vio algún rastro de sangre en las prendas o el cuerpo?

Se tomó un momento para refrescar la memoria.

—Lo había. En su camisa, más o menos por la cintura. Tenía las prendas desordenadas; supuse que en la carrera había sufrido alguna caída y se había cortado, y que después se había limpiado las manos en la camisa. Había manchas de sangre en

sus manos, pero presentaban numerosos cortes y magulladuras. Afirmó que se había hecho las heridas mientras corría por el bosque, al tener que apartar las ramas. Parecía una explicación razonable, y él mismo nos la ofreció.

La primera vez que vi sus manos de cerca al cabo de varios días, las palmas aparecían cubiertas de tajos a medio cicatrizar. La comadrona le había aplicado ungüentos y emplastos para acelerar la curación. Sin embargo, a mi señor le había costado al principio abrir el puño debido a un corte especialmente profundo en la palma de la mano derecha. No quería abrir el puño para que pudiera ver sus heridas más de cerca; me dijo que le dolía mucho. En mi pesar, no tuve la voluntad de insistir.

Cerré los ojos por un momento e intenté recordar las prendas que había vestido el día de la tragedia, un detalle que estaba bien guardado en mi propia memoria. La imagen de una camisa azul oscuro y una casaca amarilla salieron lentamente a la superficie. Ambas tendrían que haber ido a parar a manos de algún pariente lejano si no habían conseguido quitar del todo las manchas de sangre. Ninguna de las lavanderas había hecho comentario alguno. Me pregunté si aquellas prendas habían llegado alguna vez a sus manos.

—Tampoco ninguno de los carboneros que aquel día recorrían el bosque escucharon ningún sonido extraño. Todos ellos estaban enterados de lo ocurrido, pero ni uno solo de ellos se presentó.

Yo no estaba enterada de la presencia de los carboneros en la zona. Mi hijo había sido un chico muy valiente para su edad, aventurero y atrevido; no era un chico que se hubiera dejado sorprender por un jabalí sin correr, gritar o hacer lo que fuera para defenderse del ataque. No habría muerto en el acto, sino que hubiera gritado para pedir socorro. Alguien tendría que haberlo escuchado.

¿Mi señor había escuchado los gritos y lo había abandonado a su destino?

—Señor, ¿los jabalíes tienen el hábito de comerse a sus presas?

El castellano rehuyó mi mirada.

—¿Señor?

—No, madame, no lo hacen. Son bestias furiosas, pero cuando matan lo hacen casi siempre para defender su propia supervivencia.

Por enésima vez, formulé la pregunta que me había afligido desde aquel terrible día. Cuando acabó de atravesarme, permití que escapara de mis labios como un sordo gemido:

—Entonces, ¿por qué, oh, por qué nunca encontraron el cuerpo de Michel?

—Ese continúa siendo un misterio insondable, madame.

El grupo de búsqueda había salido inmediatamente, Étienne con ellos. Se habían utilizado todos los caballos de los establos; entre los jinetes se encontraba nuestra comadrona madame Catherine Karle, que se encargaría de atender las heridas de mi hijo en el caso de que lo encontraran herido.

Continuaron con la búsqueda hasta que se acabó la última luz. Todos regresaron en un aparente estado de agitación. Sin embargo, la comadrona Karle, una mujer enamorada del sonido de su propia voz, enmudeció súbitamente, incluso conmigo, y permaneció así durante casi una quincena.

Cuando le comenté lo curioso de aquel episodio, el castellano me respondió:

—Recuerdo que durante un tiempo se mostró muy retraída.



Llegó un momento en que la penosa conversación se agotó por sí misma. Intentamos reanimar nuestros espíritus con una excelente comida de pichones y caracoles, con nabos y pan fresco para acompañar las viandas. El hipocrás corrió como agua de la jarra que el castellano dejó sobre la mesa, y creo que nos bebimos hasta las heces en nuestro empeño por verla vacía. El viejo Marcel estaba feliz de poder hablar de las aventuras que había vivido desde la última vez que nos habíamos visto, y nuestros corazones se tranquilizaron con aquellos relatos que no tenían nada que ver con la inexplicable desaparición de un niño.

Nuestro viaje de regreso a Nantes sería largo; se esperaba que pasáramos la noche en Champtocé, y fuimos cómodamente instalados por nuestro anfitrión en sus propios aposentos. Me dije que era un buen arreglo, y quizá él también lo vio así. Me esperaban demasiados fantasmas en las habitaciones del castillo, y no deseaba presentarme allí para ser acosada por ellos ni someterme a las miradas de los ocupantes vivos, dos cosas que seguramente pasarían si se me ocurría poner un pie allí dentro. Todos nuestros deseos fueron satisfechos en abundancia, y me fui a la cama bastante bebida, sin rezar mis oraciones.

Como penitencia por el olvido, Dios me castigó con unas horrendas pesadillas durante toda la noche, y luego con un espantoso dolor de cabeza por la mañana, que ni siquiera el agua helada del lavamanos consiguió eliminar. Tampoco los suaves masajes de las tibias manos del hermano Damien en mis sienes sirvieron de gran cosa, aunque hasta añadió una muy adornada y efusiva bendición. Con una sonrisa comprensiva y unos curiosos susurros sobre los efectos de la bebida, nuestro venerable anfitrión me hizo beber otra copa de hipocrás que obró una cura casi milagrosa. Incluso más milagroso fue que no me emborrachara.

—Ahora que me habéis devuelto el bienestar —le dije—, tengo que pedirlos otro favor.

No pareció muy complacido, pero así y todo se mostró cortés.

—*Oui, madame.*

—Cuando vayamos a visitar los huertos, me gustaría también que nos llevarais hasta la cañada donde mi señor dijo que vio a Michel por última vez.

Tampoco esa petición pareció hacerle mucha gracia porque frunció el entrecejo.

—¿Qué podéis conseguir con ir allí? —preguntó.

—No lo sé. Solo siento el impulso de ir.

No había ninguna razón válida para negarse, y él accedió. Recogimos nuestras escasas pertenencias, las atamos a nuestras monturas y a continuación nos dirigimos hacia los huertos; el hermano Damien no dejó de hablar ni un momento del tema del cultivo de los árboles frutales. Mi joven compañero de viaje recogió la tan deseada muestra de tierra y la analizó con mucha atención: la olió, la probó, la apretó entre los dedos y la mezcló con su propia saliva, todo en el afán por descubrir sus secretos. Su comentario final, después de todo aquello, fue sencillamente: Humm. Me dejó intrigada, pero no quise preguntar porque mis pensamientos estaban en otra parte.

Después de visitar los huertos, tomamos por un sendero que se dirigía al oeste y cabalgamos un corto trecho. No tardamos en llegar a la señal del bosquecillo de robles, y allí seguimos por otro sendero que se acabó bruscamente cuando no habíamos cabalgado más de tres o cuatro minutos por una pendiente casi a pico.

Allí, en la pendiente, a unos diez palmos del borde, estaba la pequeña cruz blanca que Étienne había clavado en el suelo para marcar el lugar donde había comenzado nuestro penar, aunque nunca supimos dónde situarlo exactamente. Me había llevado a verla poco después de haberla colocado, y recuerdo que me había preguntado a mí misma si aquella cruz sería todo el legado de mi hijo, más que las historias y relatos de hazañas que habíamos deseado.

Miré el símbolo de su recuerdo, tan blanco y brillante contra el fondo verde y marrón que lo rodeaba. Aunque llevaba en aquel lugar muchos años sin ninguna protección, parecía estar muy bien conservado.

—Alguien lo ha estado cuidando —comenté.

—*Oui, madame* —dijo Marcel en voz baja—. Venimos de cuando en cuando y le damos una mano de pintura.

Apenas si tuve palabras para manifestar mi gratitud. En el respetuoso silencio que siguió, el murmullo del arroyo que corría por el fondo de la cañada parecía de una alegría poco adecuada.

—¿El arroyo sube mucho de nivel durante la primavera? —pregunté.

—Sí. Puede alcanzar la altura de un hombre.

—¿Se seca durante el otoño?

—Eso no lo sé, madame. Este mes ha llovido muy poco, y estamos en la estación más seca del año, así que no creo que baje mucho más de lo que se ve ahora.

Observé las ondulaciones del agua al chocar contra las piedras del fondo. Había agua más que suficiente para lavar la sangre.



Nos despedimos de Guy Marcel en el camino que rodeaba el prado delante del



castillo; viajaríamos en dirección oeste hacia Nantes, y él en la dirección opuesta hacia su casa en la fortaleza. El hermano Damien agradeció a nuestro anfitrión las atenciones recibidas y le dio su bendición. Por mi parte, le dije adiós con una afectuosa melancolía; aquel castellano constituía uno de los pocos vínculos que me unían todavía a Champtocé, y solo Dios sabía si volveríamos a encontrarnos en alguna ocasión antes de que cualquiera de los dos abandonáramos este mundo. En los ojos del anciano había algo del mismo anhelo de volver atrás en el tiempo, de un retorno a las viejas glorias que habíamos conocido, un deseo que no perdía su atracción a pesar de ser imposible.

No nos habíamos alejado más de cien pasos en direcciones opuestas cuando escuché la voz del castellano:

—¡Madame, un momento!

Sofrené a mi burro y me volví para mirarlo. La inexpugnable fortaleza que se levantaba en el fondo lo empequeñecía con su grandeza.

—¿Sí, señor?

Se acercó con su caballo para no tener que gritarme.

—La comadrona, madame Karle... —comenzó. Luego hizo una pausa como si quisiera considerar si sería recomendable continuar con lo que quería decirme—. Quizás ella no esté viva, pero sí es posible que su hijo todavía camine por esta tierra.

Yo lo recordaba muy bien.

—Guillaume —repliqué.

—Así es, el mismo. —Nos dijo dónde podíamos encontrarlo, muy cerca de nuestro camino de retorno—. Quizá sería conveniente que le hicierais una visita.

Necesitaba a un confidente en este caso. Frazee y Escobar eran colegas y compañeros de trabajo, pero era preciso contar con un amigo. Errol Erkinen se mostraba muy dispuesto a serlo, cosa que le agradecía profundamente, en más de un sentido.

—Esta mañana he presentado la petición de una orden de registro de la vivienda y el estudio profesional de Wilbur Durand. Necesito encontrar las cintas de vídeo para seguir adelante con esto. Se me hace la boca agua con solo pensar en que revisaré sus cosas; tiene que tener un cajón de medias en alguna parte.

—¿Un qué? —preguntó Erkinen.

—Perdona. Me refería al lugar donde las chicas guardan sus objetos más secretos. Mi ex utiliza el primer cajón de su escritorio para esas cosas.

—Ah. Pues en mi caso es la caja de herramientas. Me cabrea mucho que alguien meta la mano en ella. Vaya trabajo que tienes: curiosear en las cosas más íntimas de la gente.

—Tú te metes en el cerebro de las personas.

—Tocado —admitió.

—Te juro que a veces pienso que todos estamos tan enfermos como los tipos que intentamos arrestar.

—Vaya, no lo creo. Algunos de esos tipos están mucho más que enfermos. Pero esto es una escalada, has tenido que enterarte de más cosas de ese tipo.

—Sí. Muchas más.

Me escuchó con gran atención mientras yo le hablaba de mi excursión a Boston Sur, del detective Pete Moskal, de la familia Gallagher, de la extraña falta de pruebas en el asesinato de su hijo y de todo lo que me había dicho Kelly McGrath.

—Caray —exclamó cuando terminé—. No creo que pudieras escribir mejor guión para un asesino en serie.

—Secuestrador.

En su rostro apareció una expresión sombría.

—Tú sabes que existe la posibilidad muy real de que todos estos chicos estén muertos.

—Por ahora no hemos encontrado ningún cadáver, Errol, aparte del cuerpo del hijo de los Jackson, y todos estamos de acuerdo en que aquello fue un ensayo. El único que está legalmente muerto es el sobrino de Jesse Garamond, y es el único porque el tío fue condenado por asesinarlo y, por lo tanto, la ley asume que hay un cadáver en alguna parte. Aunque no lo encontraron.

—Me pregunto qué hará con los cuerpos.

El psicólogo formuló la pregunta con un tono divertido; su distanciamiento profesional era algo que casi me sacaba de quicio. Mi voz sonó áspera incluso para

mí cuando le repliqué:

—Probablemente lo averiguaremos dentro de muy poco, siempre y cuando no nos retiren del caso. Dime algo más sobre el guión.

—De acuerdo. Lo siento. Quería decir que se trata del perfil clásico. Carencia de un vínculo maternal, un padre débil o ausente, una figura masculina autoritaria que interviene de una manera negativa, dominante; en el caso de Durand, son dos: su tío y su abuelo. La pérdida de una importante persona de apoyo, la gobernanta, a una edad crítica.

—El tío es el tipo al que me gustaría estrangular. Lo suyo fue una canallada. Me refiero a que se aprovechó de la confianza del chico para satisfacer sus apetitos sexuales.

—¿Tenemos la absoluta certeza de que lo hizo?

—No, absoluta no. Pero si me baso en lo que descubrí en Boston, me parece que está del todo justificado creer que fue así. El tío está muerto así que no puedo interrogarlo. Mala pata. Claro que visto desde otro ángulo, quizá no sea tan malo, me refiero a que esté muerto, después de lo que hizo.

—Vete con ojo, detective. No mezcles tus emociones en este asunto. Sé de muchos casos de policías que se implicaron emocionalmente con las víctimas de los crímenes, y te aseguro que se pasa muy mal. No es una buena idea que des tanto de ti misma con un criminal.

No le contesté inmediatamente, porque necesitaba pensarlo un momento; ¿qué sentía de verdad por Wilbur Durand? Era una extraña mezcla de contradicciones: lo despreciaba y también me sentía fascinada por él, algunas veces todo en un mismo pensamiento.

—Tienes toda la razón y lo sé —respondí—. Odio esto; me siento mal por todas las cosas horribles que le pasaron a este tipo cuando era un crío, y por otra parte tengo muy claro en mi corazón que es un monstruo de la peor calaña. Qué patético que resulta.

—No tiene nada de patético. Es algo natural sentir compasión por alguien que ha tenido que pasar por todas las cosas que padeció este tipo. Si no se hubiera convertido en un pedófilo, si hubiese acabado convertido en un lampista o algo así, ahora le estarías palmeando en la espalda por haber puesto su vida en el camino correcto. Por haber sobrevivido a todo aquello. La ironía es que de haberse convertido en un hombre normal, al menos en la superficie, probablemente nunca hubiésemos sabido lo que tuvo que pasar en la infancia.

—¿Cómo se las apañó para pasar por todo aquello y no reventar?

—Las personas lo hacen. Desarrollan los mecanismos más increíbles para salir adelante.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo Durand?

—Quizá lo hizo. Tal vez no llegue a ser el monstruo que pudo haber sido. Escucha, comprendo cómo te sientes. Cada vez que veo a uno de estos tipos pienso en lo afortunado que soy porque mi vida no tomara ese camino. Pero son asesinos. Criminales a sangre fría, tipos que no conocen límites. Las cosas que les ocurrieron son trágicas, pero sus actos siguen siendo inexcusables.

Sabía que en el momento en que un abogado se levantara y comenzara a hablar de todo esto, me entrarían ganas de degollarlo en el acto. Un buen jurado no le prestaría la menor atención si se presentaban las pruebas necesarias y concluyentes; en este caso no las había, al menos por el momento.

—Sheila Carmichael encontrará algún psicólogo para la defensa que afirmará bajo juramento que alguien tendría que haberlo visto venir y haber hecho algo al respecto, y que no se le puede considerar responsable de su comportamiento porque nadie lo ayudó cuando era el momento oportuno —señaló Erkinnen.

—No, si yo la mato primero.

—Lany, esto es nuevo.

—Lo sé, lo siento. No lo digo de verdad.

No pareció muy convencido.

—¿Cómo es que ella no lo vio venir? —añadí—. Es su hermana.

—Dirá que ella estaba muy poco en casa.

—Bueno, no es una mentira. Se llevan una diferencia de diez años.

—Además, tampoco es algo que no haya pasado antes —comentó—. A la psicología se le achaca el fallo de que no es una ciencia exacta. Algunas personas ni siquiera creen que sea una ciencia, sino un montón de palabrería que pretende manipular a las personas.

—Déjame adivinar quiénes son los que lo piensan: los paranoicos.

Se rió, pero no mucho.

—Y los bipolares. Pero así y todo, la sociedad todavía quiere que adivinemos quién perderá la chaveta. —Dio unas palmas en la pila de notas que había acumulado en el transcurso de nuestras charlas—. Todo lo que creemos que serviría para descubrir a un pedófilo y secuestrador en serie lo tenemos aquí. Podríamos habernos ahorrado un montón de disgustos si hubiéramos podido entrevistar y analizar a Wilbur Durand cuando era un chiquillo y llegar a la firme conclusión de que había que encerrarlo por el resto de su vida como un asunto de seguridad pública. Pero imagínate el esfuerzo y el coste de someter a todos los chicos a pruebas para determinar si se convertirán o no en pedófilos; piensa en las protestas y manifestaciones de los defensores de las libertades civiles. Es algo completamente irrealizable; no podemos detener a todos los tipos aficionados a la pornografía infantil solo porque quizá puedan pasar al siguiente nivel.

Si yo estaba en lo cierto, Wilbur Durand había ascendido de nivel hacía mucho, y

ahora secuestraba a niños de verdad y los mataba. Cualquier sentimiento de piedad se esfumó en el acto cuando llegué a esa conclusión. Me puse de pie para pasearme por el despacho.

—Tendría que haber algún islote en el Atlántico norte donde pudiéramos enviarlos a todos durante una temporada para comprobar si eso marca alguna diferencia en el número de pedófilos. Quizá algún archipiélago cercano a Siberia.

Errol captó la profunda amargura en mi voz.

—Estás bastante más que frustrada con este caso, ¿no es así?

—Me estoy quedando sin tiempo, y a él le sobra.

Dios bendiga al juez. Dios bendiga al fiscal. Aquella tarde me dieron la orden para buscar las cintas de vídeo grabadas en el museo.

También Fred Vuska accedió finalmente a echarme una mano. La verdad es que no podía hacer otra cosa, a la vista de que el juez tenía la suficiente confianza en el caso como para dictar una actuación oficial contra el sospechoso. Además, no podían registrar los dos lugares a la vez; todo el asunto dependía de presentarnos allí, pasarle la orden de registro por las narices a quien estuviese allí, y ponerlo todo del revés antes de que alguien pudiera sacar u ocultar nada de los dos locales.

Nos presentaríamos en la casa y en el estudio a la misma hora. Yo iría al mando de uno de los equipos, Escobar del otro. No teníamos manera de saber en cuál de los dos lugares se encontraba el cajón de las medias de Durand, pero no me quitaba de la cabeza la idea de que todo aquello era para él un proceso creativo y que su lugar favorito para ser creativo era el estudio. Trabajo y placer, ¿no? Las dos cosas que de verdad motivan a las personas. Ese era un tipo que combinaba las dos cosas de una manera exquisitamente pervertida.

El estudio se encontraba al final de una zona de aparcamiento de los estudios Apogee, bien apartado de la ruta que seguía el tranvía de las visitas guiadas. Había visto unas fotos del lugar muy borrosas que habían publicado en un par de tabloides, donde decían que la magia negra y los rituales secretos eran algo habitual en el estudio, junto con las visitas de alienígenas que aparecían en unas fotos donde era tan evidente que les habían pegado las cabezas puntiagudas que hacían reír. Todo comenzaba a parecerme muy posible.

El edificio era una monstruosidad de grandes dimensiones, cuadrado, con el tejado plano, completamente rodeado por un desierto de asfalto. Cuando lo vimos, mi excitación dio paso al nerviosismo. Era algo tan desnudo y muerto que provocaba inmediato rechazo. No había nada alrededor de esa fortaleza, el reino de Wilbur, donde él estaba preparado para defenderse contra lo que fuese. Me imaginé calderos de aceite hirviendo colocados cada veinte pasos alrededor de todo el tejado, y guerreros sin rostro apostados y listos para derramar la muerte líquida sobre cualquiera que se acercara.

Los oficinas exteriores eran igual de impresionantes; no es que Durand necesitara impresionar a nadie para conseguir trabajos. Entramos por una pesada puerta de cristal, que parecía ser el único acceso. Eso me sorprendió; la mayoría de los edificios de los estudios tienen grandes puertas deslizantes, y a menudo están abiertas de par en par con el fin de que se pueda ver el interior. Pero no era ese el caso de Durand; su puerta estaba literalmente encastrada en metal y cemento.

Entramos sin más con nuestras placas a la vista y la orden de registro en la mano.

—Buscamos a Wilbur Durand —anuncié.

Un joven empleado me miró como a una cucaracha.

—Lo siento, pero no está aquí.

Nos olvidamos de él y seguimos adelante; Spence se reía. El empleado cogió el teléfono mientras nosotros cruzábamos la puerta de acceso al lugar de trabajo. Nos detuvimos en seco.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Spence, al ver lo que tenía delante.

Era Disney World, un museo, una escena de *Alicia en el país de las maravillas*, todo en uno. Hasta el último centímetro de pared estaba cubierta con máscaras y reproducciones de cuerpos a tamaño natural de aquellos personajes que todos conocíamos. En una caja de cristal situada junto a la puerta había una serie de reproducciones de cabezas de varios artistas famosos. Colgados del techo había alienígenas de plástico, brazos mutilados, piernas con muñones sanguinolentos.

Era una exposición increíble, y tendría que rebuscar entre miles de objetos.

—Este tipo está locamente enamorado de su propio trabajo —manifestó Spence, y sus palabras resumieron la opinión general.

—Creo que eso es precisamente de lo que se trata.

Había imitaciones de rostros por todas partes, máscaras con cabellos en la frente y las sienes, para que se mezclaran con los cabellos auténticos de los actores. Era el sueño de un cazador de cabezas. Debajo de un mostrador muy largo había cajas llenas de objetos que nadie se hubiera molestado en coleccionar. Cordones de zapatos, guantes, cinturones y paraguas, todo impecablemente organizado, incluso para mí que soy una maniática del orden; cubos llenos de pelucas y postizos, cabellera de Harpo, cabellera de Marilyn, cabellera de Moe. Cogí una de las pelucas y la olí a fondo; no olía como el cabello auténtico, pero no tenía nada que ver con las brillantes cabelleras de vinilo que utilizan en las muñecas. Había docenas y docenas de estanterías, que te hacían pensar en gigantes exhibidores de especias, solo que estas estaban cargadas con maquillajes, centenares de botellitas, cada una con un color diferente. También había unas grandes bolas de arcilla —supuse que era arcilla, porque desde luego era lo que parecía— en cada una de las mesas. Aunque por el olor bien podía tratarse de plastilina. Tenía todos los colores de piel imaginables, en todos los tonos.

Lo fotografiamos todo. La orden de registro no especificaba que podíamos sacar

fotos, y en algunos casos recientes no se habían aceptado las fotografías como parte de las pruebas porque no aparecían autorizadas, pero no me importó. Si podíamos utilizar las fotos en el juicio, fantástico; si no, lo dejaría correr. Al menos dispondríamos de un registro más sólido que el de la memoria. Yo estaba obsesionada con no pasar por alto ni el más mínimo detalle.

Había pilas y más pilas de cajas, había tantas cosas que revisar que comencé a preguntarme si tendríamos tiempo para hacerlo antes de que el abogado de Durand se las apañara para echarnos de allí. Era tanto lo que había que ver que tuve que recordarme a mí misma y a los demás que habíamos venido a buscar exclusivamente las cintas de vídeo. Podíamos llevarnos cualquier otra prueba incriminatoria, pero nada de lo que colgaba en las paredes era prueba de un crimen real, tan solo eran ilusiones. No sabíamos qué debíamos buscar, aparte de los vídeos.

Al cabo de media hora de búsqueda, uno de los muchachos me llamó para que viera el contenido de una caja que había encontrado en un armario al fondo del estudio. La caja había estado cerrada con cinta adhesiva, pero cuando la abrió, se encontró con que estaba llena de cintas de vídeo marcadas con el nombre de una de las películas de Durand; al parecer, había más cintas de las necesarias para una sola película. Cogí una y leí la etiqueta: tenía escrita la fecha de la inauguración de la muestra. Saqué al azar unas cuantas más de diferentes secciones de la caja, y vi que todas correspondían al tiempo que había durado la exposición.

Tuve la sensación de que el corazón me iba a estallar en cualquier momento.

Comencé a contarlas porque tendríamos que hacer un inventario de todo lo que nos lleváramos y también porque no sabía qué hacer con toda aquella energía que me inundaba. Cuando llegué a la número veintinueve, me di cuenta de la presencia de un nuevo jugador: un abogado con pantalones y gorra a cuadros, que parecía muy alterado; era obvio que lo habían tenido que ir a buscar al campo de golf.

Comenzó a chillar a voz en cuello sobre cómo conseguiría una orden que nos impediría utilizar cualquiera de las cosas que estábamos requisando. Me acerqué a él sin más y le dije, muy cortésmente:

—Adelante, hágalo. —Le mostré la orden—. Tenemos una autorización muy clara para confiscar estas grabaciones de seguridad y cualquier otra cosa que pueda implicar a su cliente en una serie de desapariciones de niños.

No se mostró impresionado en lo más mínimo por mi exhibición de autoridad.

—Estas no son cintas de seguridad —se mofó—. Mire las etiquetas.

—Creo que han sido etiquetadas erróneamente con toda intención. Su cliente podrá recuperarlas cuando hayamos acabado con ellas, y tendremos muchísimo cuidado en no dañarlas de ninguna manera, pero son pruebas confiscadas por orden judicial, y nos las llevaremos de aquí le guste a usted o no.

Mis voluntariosos esfuerzos se ganaron una mirada de desprecio. Sacó un móvil

del bolsillo. El abogado me volvió la espalda y se alejó mientras marcaba un número.

Me moría de ganas por ver a Wilbur Durand entrando en su estudio mientras lo poníamos todo patas arriba; quería ver y escuchar a ese tipo en carne y hueso, hacerme una idea de cómo era más allá de las fotos borrosas. ¿Quién podía ser sino él en el teléfono con el abogado? Tomé nota de la hora.

Estaba segura de que la llamada resultaría ser local cuando confiscáramos la factura telefónica.

A pesar de que ya tenía lo que buscaba, aún no estaba preparada para marcharme del estudio; allí había algo más, lo notaba en mis huesos. Me acosaba una frase del libro que me había prestado Erkinen.

«Siempre hay una tendencia casi universal a guardar algún recuerdo de cada una de las víctimas».

Solo Dios sabía las cosas horribles que podía guardar. ¿Dedos de las manos, de los pies, orejas? En el local tenía centenares de dedos y miembros de imitación, pero los reales acabarían por despedir un olor que todos estábamos habituados a identificar de inmediato. Tenía que tratarse de una prenda de ropa o una tarjeta de estudiante; incluso los niños de la escuela primaria tenían una. Un mechón de pelo, metido entre todas aquellas pelucas.

—Necesitamos algo más de tiempo —le dije a Spence—. Tengo que inventarme alguna excusa.

—Podríamos vaciar las cajas y hacer el inventario como si fuéramos a llevárnoslo todo.

—Eso nos dará un poco más de margen.

Uno de los agentes metió la caja con las cintas de vídeo en el asiento trasero de mi coche. Salí a toda velocidad del aparcamiento y volví directamente a la división.

Lo primero que dijo Fred cuando le informé de que tenía unas cuantas cintas fue:

—Bien. Ahora ya os podéis largar de allí.

—Todavía no hemos acabado. Así, a primera vista, parece que no están todas las que corresponden al tiempo que duró la exposición. Hay un par de agentes que todavía están buscando el resto.

Mientras alguien se encargaba de cargar las cintas para evitarme el esfuerzo, había mirado la escena que se desarrollaba a cámara lenta; nunca veías a nadie que sacara las cosas de una caja con tanta parsimonia. Las sacaban una a una, siempre con el mismo ritmo. En el momento de marcharme, les dije a los demás, en voz bien alta para que me escucharan el abogado y el empleado, que se tomaran su tiempo para que no quedara nada sin catalogar. El abogado estaba lívido y no dejaba de amenazarnos con el Tribunal Supremo. Nuestros muchachos sonreían orondos como si se estuvieran saliendo con la suya. Y así era.

En uno de los armarios de la división había una carretilla de mano que había



confiscado en una redada y que nunca había salido a subasta. La utilicé para llevar la caja con las cintas a una de las salas de entrevistas. Mientras esperaba a que me trajeran un aparato de vídeo, saqué todas las cintas que correspondían a las fechas de visita a la exposición que las familias me habían mencionado. Sus recuerdos no eran del todo exactos, naturalmente. Cuando al final aparecieron con el aparato, yo ya estaba inquieta, pero mi frustración fue a peor porque en un par de casos tuve que pasar las cintas de varios días hasta encontrar al chico en cuestión. Parecían muy diferentes en movimiento; hasta entonces, solo los había visto en fotos. Pero todos ellos habían tecleado sus nombres, porque se suponía que era parte de la diversión. Cada vez que encontraba a uno, me animaba; era como si todavía siguieran vivos.

Hice una copia del segmento correspondiente a cada uno, de modo que al acabar los tenía a todos en una misma cinta. Me estremecí al pensar en la pesadilla que sería tener que notificarlo a miles y miles de familias si no conseguíamos detener a Durand cuanto antes.

—Lany.

Di un bote que casi toqué el techo con la cabeza. Fred estaba en el umbral de la sala de entrevistas.

—¿Cuánto tiempo más? Me cortarán la cabeza por pagar tantas horas extraordinarias.

—Un par de horas más. Máximo.

—Por si no lo recuerdas, se supone que debemos ser diligentes en nuestros registros.

Dios no quiera que mantengamos a un perverso fuera de su lugar de trabajo.

—Allí hay algo más, Fred, pero ahora mismo no acabo de saber qué es. Solo necesito un poco más de tiempo.

—Cada cinco minutos tengo a ese abogado en el teléfono con una nueva amenaza.

¿Qué podía decir?

—Lo siento, Fred, estamos trabajando lo más rápido posible.

Nada satisfecho, me dejó sola con mi mejor esperanza: las cintas. Sabía que si me sentaba y sencillamente miraba lo que había copiado, algo me vendría a la memoria. Las miré una y otra vez.

Escobar regresó de la casa.

—¿Has encontrado algo?

—Nada.

—Eh, ¿me puedes dedicar un par de minutos? —le pregunté.

—Para eso, por lo general tardo un poco más.

Me eché a reír.

—Lo tendré en cuenta. ¿Podrías mirar esta cinta y decirme lo que ves?

Se sentó como un chico obediente y miró.

—Son todos rubios —comentó.

—Eso ya lo sabía.

—Son todos jóvenes.

—Vale, eso también.

—Todos tienen cara de ser unos chicos encantadores.

Decidimos que la inocencia era el factor de atracción.

—En cualquier caso, no tiene ningún valor como prueba.

Tenía más razón que un santo. Yo ya me imaginaba lo que Erkinen afirmaría: que estas cualidades representaban todo aquello que el secuestrador hubiese deseado ser y que, desde su punto de vista, él había sido la primera víctima, un niño encantador a quien le habían hecho daño una y otra vez. Se sentiría furioso porque lo habían despojado de su infancia, le habían destruido la inocencia, hasta el punto de haber asumido como una cruzada personal asegurarse de que él no fuera el único niño al que le hubiese sucedido. Wilbur ya había dejado muy atrás la edad en que las cicatrices y los golpes de la infancia sencillamente se pueden dejar de lado y así despejar el camino para aquel precioso estado mental. Veía la inocencia y la confianza en cada una de sus víctimas, e intentaba arrebatarlas para él.

Sin embargo, dicha conclusión no me serviría para nada a la hora de conseguir una orden de arresto. Tampoco nada de lo que pudieran encontrar en su casa. Allí no se había presentado ningún abogado, pero Escobar la había recorrido toda, perseguido de habitación en habitación por un muy enojado sirviente, que no había dejado de gesticular y de maldecirlos a todos en algún idioma extranjero por el desorden que dejaban a su paso.

—Se puso como una moto por las cosas que dejábamos —me comentó Escobar—. Pero el registro fue mucho más ordenado que la mayoría porque sencillamente no había gran cosa para desordenar; todo estaba puesto como si tuviera algún significado. Sí que parecía desordenado si lo comparas con como estaba antes de comenzar. Aquel tipo estaba que echaba espuma por la boca.

La ausencia de un abogado era una de aquellas flagrantes omisiones que claman al cielo. ¿Por qué no había enviado a un abogado a cada lugar si no tenía nada que ocultar en ninguno de ellos? Un tipo como Wil Durand seguramente tenía todo un despacho de abogados a su servicio. Por lo tanto, el hecho de que no enviara a uno a su casa mientras se efectuaba el registro debía significar que allí no había nada que esconder.

Las fotos Polaroid mostraban claramente que Escobar tenía razón: el lugar parecía tan espartano como una ermita, el enclave de un fanático del control. El dormitorio principal era la cosa más fría y menos acogedora que había visto en mi vida. La cama era de ébano, sin adornos de ninguna clase en la cabecera ni en los pies.

Probablemente costaba tanto como mi coche. Había mesillas de noche, pero no había nada en ellas, salvo por unas cosas que parecían esculturas —la verdad es que no sabía cómo llamarlas—, algo parecido a esas cosas de piedra que los budistas utilizan en la meditación. Algo totalmente inútil excepto para acumular polvo. En mi mesa de noche tengo libros, cremas hidratantes, un vaso de agua, un diafragma por si soy afortunada y se presenta la ocasión y no sé cuántas cosas más.

Pero lo que más me impresionó fue lo que tenía colgado en la pared encima de la cabecera de la cama: un póster de su película *Ellos se comen a los niños*.

—¿Dónde estaba el ataúd?

Escobar no lo pilló.

—El que seguramente usa para dormir —añadí.

—Creo que empiezas a derrumbarte —dijo Escobar y se levantó—. Es hora de largarnos.

Volví a mirar las fotografías del estudio. La destrucción de la inocencia era visible en todos y cada uno de los cuerpos de imitación, en los fluidos, en las espadas y cuchillos de plástico que parecían reales, las heridas abiertas y putrefactas con los músculos y los tendones a la vista, hechas de vinilo con las formas y los colores exactos. Intenté superponer las imágenes de las fotos con las imágenes de los vídeos, y luego lo superpuse todo con lo que recordaba de las habitaciones de los chicos.

Estaba allí, tan cerca que casi podía tocarlo.

Fuese lo que fuese.

Encontré a Spence en su mesa.

—Necesito volver al estudio ahora mismo. Tengo que mirarlo todo otra vez.

No hizo ninguna pregunta.

—Yo conduciré —dijo. Ya casi habíamos salido cuando sonó mi busca.

Oh, sí, tengo hijos a los que alimentar, llevar y consolar si es necesario. En medio de toda aquella locura, casi lo había olvidado.

—¿Qué pasa, Evan se ha vuelto a olvidar las espinilleras?

Esta vez no. Era el sargento de la entrada. Tenía una visita.

## Veintitrés

Aquellos que engañan a la muerte al vivir hasta el final de la vejez a menudo alcanzan una condición mitológica, se deba o no tal reverencia a los méritos de un extraordinario carácter o a magníficos logros; conocimos a una mujer de Saint-Étienne que alcanzó a ver ciento dos primaveras; era de espíritu mezquino y algo lerda de mente, una auténtica arpía en su edad madura y, sin embargo, la gente viajaba desde muy lejos para tocarla, con la ilusión de recibir algo de su longevidad. Si madame Catherine Karle hubiera llegado a esa edad, sin duda nos hubiésemos enterado porque era una mujer francamente notable. Se decía entre aquellos que la conocían en Champtocé que obraba milagros con las piedras y un puñado de tierra, y no he encontrado nunca ninguna razón para no creerlo.

Su hijo Guillaume era un hombretón de naturaleza bondadosa y comprensiva, alguien que hubiese sido un excelente marido de haberse casado. A mí siempre me pareció que tendría que haber ocupado un rango más alto; había algo en él que lo separaba del resto de nosotros. Era reservado, pero no porque fuese un presumido; sin embargo, tenía algo que lo hacía más próximo a la nobleza, un porte regio que no podía pasarse por alto. Lo expresaba en sus trabajos y sus buenas obras, de las que yo misma me beneficié en una ocasión. Para la época en que estaba a punto de acabarse la terrible agonía de mi marido, yo me quedé sin fuerzas para volverlo en el lecho, y fue Guillaume quien siempre se mostró dispuesto a ofrecer sus fuertes brazos y su buen corazón para la tarea de cuidar de un hombre moribundo.

Por aquel entonces, yo era una mujer mucho más joven, más acorde con las exigencias y las posibilidades de la vida. En aquel momento, Guillaume debía estar muy cerca de cumplir los sesenta, pero seguía siendo un hombre muy apuesto, alto, delgado y musculoso, con unos ojos color azul cielo y una hermosa sonrisa. Me avergüenza admitir que cuando se apagaba la vida de mi Étienne, miré a Guillaume con algo de anhelo. No había disfrutado del vigor de mi marido desde antes que marchara a Orleans y echaba muchísimo de menos sus caricias. Desde entonces he conseguido perdonarme a mí misma aquellos pecaminosos pensamientos, aunque dudo que Dios también esté dispuesto a hacerlo; y si Jean de Malestroit llegaba a saberlo, bueno, no había manera de saber las penitencias que me impondría como castigo por mis debilidades humanas.

De todas maneras tendremos que pasar por Champtoceaux, me dije a mí misma. Ni siquiera Su Eminencia podría reprocharnos una pequeña demora en nuestro viaje de regreso. Fue muy fácil encontrar a Guillaume Karle; todas las personas a quienes preguntamos sabían cómo llegar a su casa, y todas hablaron con gran admiración del viejo *gentilhomme*. Así y todo, nunca se sabe lo que puede encontrarse detrás de una puerta cerrada, y mi diligente escolta no quiso ni oír hablar de que me presentara allí

sola. «Por vuestra propia protección, hermana», había dicho el hermano Damien, con expresión muy grave. No pude menos que preguntarme cómo había podido salir bien librada durante tantos años sin su custodia; seguramente había sido gracias a la intervención de algún ángel invisible y misterioso cuyos poderes estaban reservados exclusivamente a la protección de las abadesas viajeras.

Permanecí atenta mientras se abría la puerta, y cuando apareció el ocupante de la casa, resultó ser el mismo hombre que habíamos visto en la taberna. No negaré que verlo me sorprendió tanto como su hermosa cabellera blanca. Sentí dentro de mí un placer que quise contener, pero que no solo persistió, sino que fue en aumento mientras lo contemplaba después de tantos años. Vi la sorpresa y quizá también algo de placer en su rostro; se volvió hacia mí y mientras que con una mano se resguardaba los ojos de la fuerza del sol, con la otra me saludó alegremente. No pude reprimir mi sonrisa de respuesta.

Cruzó el pequeño jardín delantero con un andar firme y vigoroso para acercarse a mí, y aunque yo continuaba en mi montura, no resultaba mucho más alta que él.

—Señora —dijo, con un tono de sincero afecto—, o quizá deba llamaros madre.

—De ninguna manera, señor, nadie sino vuestra admirable madre puede recibir semejante honor de vuestra parte.

—Qué amable sois al hablar tan bien de ella, y qué maravilloso me resulta que hayáis tenido la bondad de venir a visitarme. Han pasado muchos años, ¿no es así?

Mi sonrisa expresaba claramente el placer que sentía en aquellos momentos.

—Así es, señor, han pasado muchos años.

Continuamos con las cortesías durante unos minutos más, hasta que él dijo:

—Quizá tendríamos que entrar en casa y hablar de otras cosas.

Me ofreció su mano y yo le permití que me ayudara a apearme de la bestia. Cuando vas vestida con el hábito de una monja e intentas bajarte del lomo de un burro, no hay muchas posibilidades de hacerlo con elegancia. Por lo menos conseguí poner los pies en el suelo sin trastabillar.

En cuanto entré en la casa me dominó una sensación de bienestar que no era habitual que experimentara en lugares desconocidos. El aire era cálido pero puro y olía a madera aceitada. No tenía nada de particular a la vista de que los muebles eran muy bonitos y estaban muy bien contruidos, de una finura que no era lógico esperar en la casa del hijo de una comadrona. Casi se palpaba la presencia de una mujer; quizá después de todo se había casado. Había una abundancia en su mundo que me hacía sentir una felicidad inexplicable.

No tenía idea de cómo Guillaume Karle se ganaba la vida más allá de ayudar a su madre en su trabajo, pero me imaginé que debía ser algo muy lucrativo si podía permitirse todos los lujos que había acumulado.

—Qué muebles tan bonitos —comenté.

—Ah, muchas gracias —respondió—. La mayoría los hice yo mismo.

Dicho esto, todo quedó explicado. Era ebanista. Tendría que haberlo sabido cuando le vi tallar el trozo de madera en la taberna. No obstante, había tapices y bordados por todas partes, todos de una calidad que solo se encuentra en las mansiones de los nobles. Apoyé una mano sobre un hermoso tapete que cubría la tapa de una preciosa cómoda. Guillaume Karle advirtió mi interés.

—Mi madre siempre se lamentaba de que casi nunca tenía tiempo para hacer estas cosas. Le habían enseñado a bordar cuando era una niña.

Los conocimientos para hacer una labor tan delicada no eran algo que se impartiera a las hijas de las familias de escasos recursos. Siempre habían circulado rumores referentes a que la comadrona era por nacimiento una duquesa o una princesa que había escapado de su casa y se había mantenido oculta de los suyos. Yo nunca había dado crédito a tales cotilleos; Katherine Karle era una mujer demasiado práctica, muy versada en el mundo natural como para haber sido criada en una casa noble. Por otro lado, la propia comadrona me había comentado que su padre había sido médico. En cualquier caso, a mí me importaba muy poco cuáles habían sido sus orígenes. Simplemente se trataba de una gran mujer que había criado a un hijo merecedor del orgullo de cualquier madre, y ambos siempre serían objeto de mi admiración.

No pude evitar la curiosidad y continué observando todo lo que me rodeaba. Mi mirada se posó en un pequeño retrato de una joven dama, realizado a plumilla sobre pergamino, en un marco de marfil tallado. Miré a Guillaume para pedirle su permiso para tocarlo, y él accedió con un gesto. Lo cogí con mucho cuidado.

La mujer del retrato mostraba una leve sonrisa, con una expresión que yo recordaba haber visto en más de una ocasión en el rostro de la comadrona.

—¿Es vuestra madre? —pregunté.

—Así es.

El retrato era muy bueno porque me permitió ver a la mujer mayor que me había ayudado a traer a mis hijos al mundo como una joven matrona en la plenitud de su vida. Aunque no había ni un solo toque de color, comprobé que sus cabellos habían tenido un tono muy claro; cuando ya habían encanecido, aún seguían conservando algunos toques del dorado original. Había una gran dignidad en su expresión y una extraordinaria viveza en sus ojos, dos cualidades que yo recordaba perfectamente de mi contacto personal con ella. Volví a dejar el retrato sobre la cómoda.

—Ahora me diréis que todavía está viva, y no me sorprenderé en absoluto de que así sea.

—Ojalá pudiera deciros tal cosa —me respondió su hijo—, pero Dios la llamó a su seno cuando había cumplido los noventa y nueve. Al menos, eso es lo que creemos. Mi madre recordaba haber presenciado la peste negra, y eso es lo que nos

llevó a sacar tal conclusión. —Sonrió con una cierta tristeza—. Pero ni siquiera ella pudo resistirse a la llamada final. Nadie puede, por muchas ilusiones que nos hagamos.

Después de todo, no habían pasado tantos años desde el fallecimiento de la comadrona.

—Lo siento mucho —le dije—. Siempre le estaré agradecida por todo lo que hizo por mi marido, y a vos también.

La silenciosa presencia del hermano Damien me hizo recordar que más nos valía ocuparnos sin más demoras del asunto que nos había llevado hasta allí.

—Bien, se acabará la luz de este día antes de que nos demos cuenta —manifesté con un suspiro nostálgico—. Quizá el hermano Damien ya os lo haya dicho al entrar. Acabamos de estar en Champtocé. Fuimos a visitar al antiguo castellano que todavía vive en la fortaleza.

—Ah, el señor Marcel —exclamó Guillaume.

—El mismo.

—Un hombre a carta cabal. ¿Cómo le van las cosas? A menudo lo recuerdo, pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez que visité aquel lugar.

Por el tono de su voz comprendí que no lamentaba en absoluto no haberlo hecho.

—Goza de muy buena salud y se le ve tan animoso como siempre —respondí—. No parece que se hayan producido muchos cambios en la fortaleza, excepto por algunos descuidos que debemos atribuir seguramente más al paso del tiempo que a la intención. Claro está que las cosas no pueden ser las mismas detrás de aquellos muros, a la vista de que ha cambiado de propietario con tanta frecuencia.

—Yo diría que ha sido para bien —afirmó Guillaume. Hizo una muy breve pausa y añadió—: Llegó un punto en el que mi madre se negó a ir allí, por mucho que se lo pidieran. Siempre decía que allí dentro estaban ocurriendo cosas malvadas. Me dijo que lo sentía en los huesos.



Sus huesos no se habían equivocado. Más tarde lo escucharíamos de la boca de Poitou.

«Cuando mi señor Gilles recuperó una vez más el castillo de Champtocé de manos de su hermano René, señor De la Suze, fuimos allí, pero nuestro propósito solo fue el de volver a entregarlo de nuevo, esta vez al señor duque de Bretaña. Mi señor se lo había vendido, aunque sospeché que no se hubiera desprendido del castillo de haber tenido la manera de evitarlo. No sé cuáles fueron las disposiciones del arreglo entre ellos, solo que mi señor se mostró terriblemente contrariado y que acabó por cederlo cuando se le amenazó.

»Fue en aquella ocasión cuando mi señor Gilles me hizo jurar que guardaría el

secreto. Dijo: «Poitou, nunca traiciones mis confianzas. A nadie». En aquel momento no comprendí qué quería que mantuviese en secreto, pero llevado por mi fidelidad, juré de todas maneras.

»Con aquel juramento comenzaron todas mis vergüenzas.

»Mi señor nos ordenó a Henriette, a su primo Gilles de Sille, a dos sirvientes, Robin Romulart y Hicquet de Brémont, y a mí mismo, que fuéramos a la torre, donde dijo que encontraríamos los cadáveres y los esqueletos de muchos niños muertos. Quería asegurarse de que el duque Juan no los encontraría cuando tomara posesión de Champtocé. En un primer momento me resistí a creerlo. Pero luego los demás comprobaron la verdad de sus palabras, y comencé a temer por mi alma. Debíamos recoger aquellos restos, meterlos en cofres y trasladarlos en secreto al castillo de Machecoul. No nos informó de cuántos encontraríamos, pero cuando fuimos a la torre encontramos los despojos de treinta y seis o cuarenta y seis niños, aunque ahora mismo no recuerdo el número correcto; sí recuerdo que en aquel momento contamos los cráneos para saber cuántos eran.

»Trasladamos aquellos "cuerpos" —ninguno estaba entero— a las propias habitaciones de mi señor en Machecoul. Viajamos al amparo de la oscuridad, cada uno junto al carro donde habíamos cargado los restos. Una vez allí, con la ayuda de Jean Rossignol y André Buchet, quemamos los cuerpos en la gran chimenea, ante la presencia de mi señor que controló todos los detalles. A la mañana siguiente, cuando las cenizas se habían enfriado, las arrojamos al foso y a las letrinas de Machecoul. No fue tarea difícil, y bien podríamos haberlo hecho en Champtocé de haber tenido el tiempo necesario; pero el señor duque podía presentarse en cualquier momento, y si no él, su emisario el obispo Jean de Malestroit.

»No puedo decir quién mató a los niños; sé que los primos de mi señor se presentaban con mucha frecuencia cada vez que él estaba allí y que había una gran intimidad entre ellos, algunas veces con la práctica de la sodomía, algo que también ocurría con frecuencia entre mi señor y yo mismo. Sé que ellos le procuraban los niños, como yo mismo hice en muchas ocasiones posteriores, para satisfacer su inmensa lujuria. Entre todos, quizá le llevamos a unos cuarenta. Más de los que quisiera recordar, que Dios me perdone.

»Cosa que seguramente no hará».

Después de la desaparición de Michel, yo estaba tan sumida en el dolor que si el mal comenzó a filtrarse en la fortaleza de Champtocé, no me di cuenta de lo que sucedía. En cambio, Katherine Karle que no podía sentir el mismo cariño por aquel lugar, pero que sí que lo había frecuentado a lo largo de muchas décadas, había presenciado su ascenso y caída sin la menor emoción visible.

—Vuestra madre poseía unas maravillosas dotes de observación —le comenté a Guillaume—, así que aceptaré lo que me estáis diciendo sin la menor duda sobre su



veracidad, aunque yo no haya sido testigo de los sucesos. —Por un instante pensé en mis propias carencias como observadora—. Supongo que tendría que haberme dado cuenta —me lamenté—, dado que Champtocé fue mi hogar durante muchos años.

—No os culpéis porque haya sido de esa manera. Nadie desea ver esas cosas.

—Os sorprenderíais, señor, de las faltas que podemos encontrar dentro de nosotros si tenemos el tiempo necesario para reflexionar, algo que he tenido en abundancia. —Le expliqué el motivo de mi visita sin más rodeos—. Estamos aquí con la ilusión de averiguar algo más referente a la desaparición de mi hijo.

Se retrajo un poco y se persignó. No había ninguna necesidad de recordarle a aquel hombre lo que le había ocurrido a Michel, algo que me daba una cierta tranquilidad; en otro tiempo había creído estúpidamente que si lo repetía una y otra vez, me serviría para aliviar el dolor.

—Marcel mencionó que quizá había algunas cosas que vos podríais recordar. Cuando sucedió, él y yo no hablamos del tema ni tampoco lo hicimos vuestra madre y yo. Así que ahora os pido que habléis.

Él cogió el retrato de su madre y lo contempló durante unos momentos. Después de dejarlo en su sitio con mucha reverencia me preguntó:

—¿En qué os pueden beneficiar mis recuerdos? Son muy dolorosos y nada cambiaré por repetirlos en voz alta.

—Eso es algo que no podré decir hasta después de escucharlos. Pero no vaciléis en hablar con toda claridad, porque nada de lo que digáis podrá hacerme sufrir más de lo que ya he padecido.

Durante unos segundos me pareció que iba a discutir la validez de mis palabras. Sin embargo, no fue así.

—De acuerdo, madame. Si ese es vuestro sincero deseo, lo haré. Pero primero tomemos asiento. De pronto me duelen todos los huesos.

La silla en que senté mi cuerpo derrengado por la montura era tan cómoda que si el sol se hubiera ocultado ya de la vista, muy probablemente me hubiese quedado dormida de inmediato, sin pensar en las oraciones que debía rezar antes de cerrar los ojos. Así que me senté bien erguida en el borde del cojín; quería ver su rostro mientras hablaba. Ya se apreciaba una expresión de angustia.

—Mi madre no habló durante muchas horas después de regresar de la primera búsqueda —declaró—, algo muy poco habitual en una persona tan aficionada a la charla. Intenté de muchas maneras hacerle hablar, pero insistió en no decir palabra, como si tuviese que poner en claro una gran confusión interna. Solo respondía a las preguntas más críticas si estaban vinculadas a su oficio. —Se frotó las manos lentamente; cuando se calmó su nerviosismo, continuó—: Mi madre era una mujer fuerte y con una extraordinaria presencia de ánimo; había visto muchas terribles heridas y lesiones a lo largo de su vida; había sufrido muchas tribulaciones y

soportado momentos muy difíciles. Hasta tal punto era así que yo había llegado a creer que era inmune al dolor y la sorpresa. Sin embargo, en aquellos momentos había en ella una cólera... sin duda vuestro marido tuvo que contaros lo que ella le dijo.

Me eché hacia atrás, sorprendida.

—Nunca mencionó que hubiese hablado con ella.

—¿No os dijo nada de la vez en que se encontró con nosotros en el bosquecillo de robles?

Le repliqué que no con un ademán. Me sentí traicionada, más todavía porque no podía volverme hacia mi marido y preguntárselo.

Guillaume Karle se dio cuenta de mi inquietud.

—No os inquietéis, señora —se apresuró a decir—. Si yo hubiese sido vuestro marido, quizá también os hubiese ocultado unos hechos tan terribles. Así y todo, os diré lo que recuerdo de aquel día. Étienne buscaba entre los matorrales, apartando con mucho cuidado las ramas con la punta de la espada. Cuando nos vio, pareció como si le hubiéramos pillado cometiendo algún acto pecaminoso. Pero nos saludó, conversamos durante unos momentos. De habernos preguntado qué hacíamos en el bosque, madre le hubiese respondido que estábamos buscando hierbas medicinales, pero no lo hizo. Estaba muy ensimismado en lo que le ocupaba.

Cuando Étienne regresaba de las búsquedas —siempre solo—, su humor era lúgubre y distante.

—Fue tantas veces que seguramente tuvo que encontrarse con muchas personas —comenté.

—Pues nosotros no vimos a tantos. Creo que después de la muerte de Guy de Laval y la desaparición de vuestro hijo, nadie de los que vivían en los alrededores quería aventurarse por aquella zona. Tal como ocurrió en París, cuando los lobos entraron en la ciudad.

—Ah, sí, que Dios nos proteja.

El otoño anterior, un lobo malvado, a quien dieron el nombre de Courtaut porque se había cortado la cola a mordiscos para escapar de la trampa de un cazador, había capitaneado a una manada de sus hermanos y hermanas por las calles de París. Juntos habían atacado y herido a docenas de personas entre Montmartre y la Porte Saint Antoine. Se ocultaban durante el día en los viñedos y los pantanos y salían por la noche para lanzarse sobre los aterrorizados ciudadanos que vivían dentro de las murallas. Si se encontraban con un rebaño, su presa natural, dejaban a las ovejas en paz y se lanzaban sobre el pastor. Cuando finalmente lo cazaron en la víspera de San Martín, pasearon a Courtaut en una carretilla por las calles de la ciudad para que todos vieran sus enormes fauces y sus terribles dientes tintos en sangre.

—Pues entonces, si era tan peligroso, ¿por qué vos y vuestra madre ibais al

bosque?

—Habíamos estado separados durante varios años después de mi nacimiento, así que ella sabía muy bien lo que era el dolor de perder a un hijo. Antes de que volviéramos a encontrarnos, ella había estado en muchas ocasiones a punto de renunciar a toda esperanza; eso al menos fue lo que me dijo.

Las lágrimas asomaron a mis ojos. Esas eran cosas de las que no sabía nada en absoluto. Le había ofrecido consuelo si me lo hubiese dicho, pero quizá no deseaba ningún consuelo: Catherine Karle había sido una mujer especialmente dotada para soportar las cargas más increíbles. Bajé la mirada y expresé en voz baja:

—La esperanza es lo último que se pierde. Todavía espero ver a Michel acercándose a mí. Mi gran miedo, si llegara a producirse ese milagro, es que yo no lo reconozca.

Guillaume Karle permaneció en silencio durante unos segundos, lo mismo que el hermano Damien. El único sonido que se escuchaba en la habitación era el de nuestra respiración. Por fin, el dueño de casa lo rompió.

—Señora —susurró.

Mantuve la cabeza gacha.

Él tendió sus manos para coger las mías.

—Señora —repitió—, lamento tener que decirles que vuestro hijo no regresará.

—La esperanza es lo último que perdemos —insistí—, al menos hasta que desaparece toda esperanza.

Me apretó las manos con fuerza.

—Ha desaparecido toda esperanza.

Esta vez alcé la mirada y vi la terrible tristeza en sus ojos.

—Veréis, señora, nosotros lo encontramos.



«Eran las últimas horas del día y la luz se apagaba. Nosotros llevábamos en el bosque desde antes del mediodía. Nuestros caballos comenzaban a inquietarse en virtud de aquella urgencia que obliga a las bestias a importunar a sus jinetes cuando se aproxima esta hora. Quizá es que notan que se acerca la oscuridad y pretenden ponerse a cubierto antes de que caigan las tinieblas. En el bosque nunca se sabe qué puede provocar la inquietud de un caballo. Mi bestia se mostraba todavía más inquieta que la de mi madre, porque si bien ella era una mujer de elevada estatura, tenía muy poca carne en los huesos, mientras que yo, más parecido a mi padre según afirmaba ella, era mucho más corpulento y pesado.

»Demos de beber a las bestias, propuso, porque quizá así se calmaran al saciar la sed. Me pareció una buena idea, de modo que me puse en cabeza y guié a mi caballo entre los robles del bosquecillo donde habíamos estado buscando a vuestro hijo. La

fortuna quiso que encontráramos una gran abundancia de muérdago entre los robles, y mi madre y yo nos dedicamos a recogerlo hasta llenar nuestras alforjas. Todavía nos estábamos felicitando por el tesoro que habíamos encontrado cuando llegamos al arroyo en el fondo de la cañada.

»Aquel año había llovido mucho y anticipadamente, así que el arroyo llevaba mucha agua y estaba más crecido que nunca. Ramas, hojas y un cieno blanquecino marcaban en las riberas la altura que habían alcanzado las aguas. Pero para estos momentos, el agua ya había bajado en parte y estaba un buen par de palmos por debajo de la marca máxima. Al ver cuál era la situación, nos movimos por la orilla con mucha cautela, porque el fango podía ser traicionero en algunos lugares y lo bastante blando como para que se hundieran el casco y la caña de un caballo, quizá hasta tal profundidad que después ni la más fuerte de las bestias hubiese conseguido sacar el remo. De manera que, como era natural, prestamos el máximo de atención a las rocas y las ramas que había allí, y nos cuidamos de que nuestros caballos avanzaran poco a poco entre ellas.

»En el curso de este cuidadoso avance por la fangosa orilla del arroyo, nos encontramos con un curioso montón de piedras, un túmulo tan cuidadosamente construido que no podía tratarse de una obra realizada por la mano de la naturaleza.

»Atamos a nuestros caballos a las ramas de un arbusto y nos acercamos al borde del agua; de inmediato nuestros pies se hundieron en el fango. Tuve que sujetarme a toda prisa a una gruesa rama y así conseguí librar mis pies del cieno; a continuación ayudé a mi madre a llegar a terreno más seguro. Pero ninguno de los dos había puesto ni estaba dispuesto a poner un pie encima de aquel túmulo junto al borde del agua, porque no había ninguna duda de que se trataba de una tumba».



—Señora —escuché que decía Guillaume. La palabra flotó en el aire pero sonó como si hubiese salido de debajo del agua de aquel lejano arroyo junto al que habían encontrado los restos—. Señora, ¿debo interrumpir mi relato?

No sé cómo conseguí volver a la superficie.

—No —respondí. Tan contenido y profundo era mi dolor que apenas si podía hablar—. Por todo aquello que es sagrado —susurré—, no. Por favor, contádmelo todo.

De pronto, la edad a la que él había parecido previamente tan inmune cayó sobre él con todo su enorme peso, y vi ante mí a un hombre viejo que había llevado en su alma una pesada carga durante demasiados años.



«Una vez más actuamos con muchas precauciones, pero en cuanto nos encontramos

en un sitio donde podíamos hacer pie sin peligro, comenzamos a quitar las piedras de la parte superior del túmulo. Muy pronto aparecieron las formas de los brazos, las piernas y el torso y, mientras continuábamos retirando piedras hacia la cabecera de la tumba, la cabeza. Por el tamaño y la forma sabíamos que se trataba de un joven o de un niño. Para aquel momento, las piedras grandes habían dado paso a los guijarros; la persona que había enterrado a vuestro hijo lo había cubierto primero con arena y cantos rodados, y luego había colocado las piedras más grandes. Seguimos trabajando con el mismo cuidado para no perturbar su descanso, y en un momento dado le dije a mi madre: destapemos solo su rostro y así sabremos quién es.

»Estuvo de acuerdo en que eso era lo que debíamos hacer, así que trabajamos alrededor de la cabeza; apartamos la arena apisonada hasta que nuestros dedos tocaron finalmente la carne. Tenía un tacto que parecía esponjoso y duro al mismo tiempo, y aunque la naturaleza había hecho su obra en el rostro del muchacho, aún quedaba lo suficiente de sus facciones para permitirnos saber que se trataba de Michel. Había una tela alrededor de su cuello.

»Descansamos un momento, y después mi madre comenzó a rezar, en voz alta, algo francamente poco habitual en ella. Siempre era muy reservada en sus devociones, estaba muy segura de que Dios la escucharía, y por lo tanto, no le preocupaba en absoluto ofrecer una imagen de piedad. Rezó a Dios y a la Virgen por el eterno descanso del alma de vuestro hijo. Cuando acabó con las oraciones, permaneció en silencio durante unos momentos. Luego se volvió hacia mí y me dijo que Dios le había transmitido la idea de que el muchacho debía ser absuelto de sus pecados, y que si se hacía, el chico sería recibido en el cielo tal como se merecía por su dulzura y bondad en la vida.

»Cuando le recordé que aquello era algo que solo podía hacer un sacerdote, se echó a reír. He vivido en medio de la peste negra, me recordó, y en aquellos momentos no podías encontrar a un sacerdote ni por todo el oro del mundo, porque la peste cabalgaría a través de un monasterio como si fuera montada en el más veloz de los caballos. No había bastantes personas vivas para enterrar a los muertos, y teníamos que apañarnos con lo que había. Muchas veces, el último de los vivos era el único que quedaba para ocuparse del alma de aquellos que le habían precedido en la muerte. Y aunque el último de los vivos bien podía estar debatiéndose entre las heladas garras de la muerte, se ocupaba de dar la absolución a aquellos que se habían ido antes que él. Sin duda no podrás decir que todas aquellas almas cayeron en las manos de Satanás por no tener la gracia de Dios.

»*Te absolve*, dijo sobre el cadáver de vuestro hijo, y yo siempre he creído que aquellas palabras surtieron el efecto deseado».



Ella había sido una mujer muy buena, pura de espíritu y bondadosa de corazón. No podía menos que creer que sus palabras habían asegurado la salvación del alma de Michel.

—Me reconforta saber que no continuó en pecado —manifesté mientras lloraba a lágrima viva—. Sin embargo, no podré descansar hasta... sencillamente necesito saber... ¿cómo, en el nombre de Dios, encontró la muerte?

«Vamos a destaparle un poco más, me dijo.

»No podemos hacerlo, le respondí. Debemos dejar que descanse en paz.

»No, insistió ella, aquí hay un misterio que se debe resolver. Un muchacho no se tiende en el suelo y luego se entierra a sí mismo de una forma tan exquisita a la espera de una muerte que sabe que se avecina. Todavía le quedaban sesenta años para que se acabara su vida.

»Así que quitamos toda la arena y el barro, y a través de la capa formada por los últimos restos vimos la herida que seguramente le había producido la muerte. Porque su camisa aparecía desgarrada en el centro y le habían arrancado las entrañas».



Las lágrimas que rodaban por mis mejillas caían sobre la pechera de mis hábitos y de allí a mi regazo. Me habían abandonado todas mis fuerzas, y por mis venas ya no corría sangre sino el venenoso mercurio, que me helaba hasta el fondo de mi alma. Así pues, él había muerto en medio del más terrible dolor.



«Nos sentamos un momento y miramos lo que habíamos descubierto. Mi madre pronunció por lo bajo una terrible maldición y después me ordenó que destapara el resto de los brazos. Ella siempre llevaba una navaja en la liga —una costumbre adquirida gracias a la insistencia de mi abuelo— y en más de una ocasión había resultado de gran utilidad. La utilizó para cortar la pechera de la camisa del muchacho, que plegó y guardó cuidadosamente en el bolsillo del delantal.

»Así veremos mejor la herida, afirmó. No quiero que nada nos la tape precisamente ahora.

»Observamos el corte en el abdomen con mucha atención. Mi madre lo tocó cuidadosamente con las yemas de los dedos y apartó parte de las entrañas para ver el lugar de donde habían sido arrancadas. Entonces volvió a maldecir. Tenemos que hacer algo ahora mismo, me dijo. No puede quedarse aquí.

»Le repliqué que era una blasfemia desenterrar a los muertos. ¿No fue acaso la causa de todos los problemas de tu padre? Sin duda nos ahorcarán si nos detienen.

»Nos pudriremos en el infierno si no hacemos nada, insistió ella. Esta herida no

fue obra de un jabalí. Será algo que pesará sobre nuestras almas por toda la eternidad si nos quedamos de brazos cruzados. Ya hay demasiadas cosas que pesan sobre mi alma.

»No hizo el más mínimo caso de todas mis protestas y advertencias. Al final conseguí llegar a un acuerdo con ella: que regresaríamos a nuestra casa y, después de descansar, discutiríamos cuál sería la mejor manera de actuar sin presiones. Después de tomar esta decisión comenzamos a tapar el cadáver. Para ese entonces, mi madre apenas si podía moverse porque llevaba mucho tiempo de rodillas, y sus rodillas ya no eran las de una mujer joven; creo que ya tenía más de setenta años. Le pedí que se levantara para aliviar el dolor de las articulaciones mientras yo acababa con el trabajo de cubrir el cuerpo. Cuando ya se había levantado se volvió para mirar detrás de nosotros. Escuché su exclamación y yo también me volví para ver cuál era el motivo de su sorpresa. En lo alto de la cañada vi una figura montada en un caballo. Era el abuelo de mi señor, Jean de Craon».

Ella casi nunca había dicho gran cosa de su familia, y lo poco que había revelado era que su padre había sido médico. Había servido a reyes y príncipes, y había estudiado con los más grandes maestros, de cuyas lecciones había obtenido extraordinarios beneficios. Pero en el curso de sus estudios y después, en la práctica de la cirugía, había exhumado y diseccionado cadáveres, lo que estaba expresamente prohibido por la Iglesia. Pero el hombre llevaba años muerto, y fuera del alcance de cualquier castigo.

—¿Jean de Craon conocía la historia de su padre?

—Supongo que al menos una buena parte.

—Así y todo, nada podía hacer él para perjudicarla; los crímenes de su padre no eran los suyos.

—Mi señor Jean probablemente hubiese estado en desacuerdo con esa opinión.

—Es muy libre de hacerlo desde su nicho en el infierno, pero no alcanzo a comprender cómo algún juez hubiera decidido que la hija era responsable de los pecados de su padre.

—Dios nos considera a todos responsables de los pecados de nuestros padres.

—Sí, sí —repliqué con impaciencia—, pero este es un asunto del todo diferente. Se refiere al pecado con el que venimos a este mundo, no a los pecados que cometemos por nuestra cuenta.

—Mi madre tenía sus propios pecados por los que debía responder —manifestó Guillaume—. Mi señor Jean tenía los medios para silenciarla. Había detalles sobre ella que era preciso mantener en secreto. De lo contrario, os lo aseguro, no hubiese vacilado en presentarse para contar toda la verdad de lo ocurrido a vuestro hijo.

Me daba miedo presionarlo. Sin embargo había llegado hasta aquí y no veía ningún beneficio en retirarme; mirara por donde mirara había dificultades.

—Quiero saber toda la verdad.

—Lo siento mucho, señora, no será algo fácil de escuchar.

—Por favor, hablad.

—Muy bien, si así lo queréis. Mi madre era de la opinión de que el vientre de vuestro hijo no había sido abierto por los colmillos de un jabalí, sino por un cuchillo. Quien había perpetrado el crimen, añadió más tarde, había sido lo bastante astuto como para intentar que la herida pareciera consecuencia del ataque de una bestia, y para ello la había desgarrado en parte y la había ensuciado con tierra. Pero después consideró que quizá el engaño no valdría y acabó por enterrar a Michel. Incluso así, si algún otro lo hubiese encontrado, lo que ella vio probablemente hubiese pasado desapercibido.

Permanecí en silencio, con la mirada puesta en mis manos que, apoyadas en mi regazo, retorcían con fiera desesperación un pañuelo que había sido de mi madre. Ni siquiera recordaba haberlo sacado del puño de la manga, pero allí estaba, retorcido en una masa de arrugas; el inocente objeto de mi rabia contenida.

Mis pensamientos, que tendrían que haber estado concentrados en aquello que Guillaume Karle me acababa de revelar, se desviaron en cambio hacia la señora Catherine y su padre. A la vista de su condición de bastarda, resultaba un tema delicado sobre el que preguntar a su hijo, pero algo en su pasado le había impedido contarme lo que averiguó de mi hijo. Me sentía impulsada a saber qué había motivado la demora en la transmisión de dicha información. Por encima de todo, no quería que ese hombre se sumiera en el silencio por culpa de mis renovadas exigencias de nuevas revelaciones. Así que acabé por decidirme por una pregunta que parecía no plantear problemas.

—¿Recordáis bien al padre de vuestra madre?

—Oh, muy bien —me respondió—. Como si hubiese sido el mío. Cuando yo nací, mi padre ya había muerto. El abuelo me cuidó cuando me separaron de mi madre.

—Quizá querríais contarme algo de la historia de vuestra notable familia.

Sonrió al escuchar la petición, pero no la respondió directamente.

—Seguramente nos llevaría mucho más tiempo del que disponemos. —Señaló hacia la ventana; la luz exterior era más débil—. Comienza a ponerse el sol, y vosotros tenéis que regresar a Nantes. Me sentiría muy honrado si aceptarais comer algo antes de la partida. Un poco de vino, un trozo de queso y pan. Si os agradan, también tengo unas manzanas deliciosas.

Miré al hermano Damien, que aceptó la oferta con un ademán.

—Sois muy amable al compartir vuestra comida con nosotros y os damos las gracias —manifesté—, aunque ahora mismo mi estómago no está para aceptar ni un solo bocado.



—En ese caso, señora, tendré suficiente con vuestra presencia.

Cuando se levantó de la silla pareció por un momento que se tambaleaba, quizá debido a la rigidez en las articulaciones que suelen padecer las personas mayores después de estar mucho tiempo sentadas. Me disponía a tenderle la mano para ayudarlo, pero me contuve, y él se las arregló por su cuenta.

—Me habéis dado mucho en que pensar, señor —le dije más tarde mientras montábamos en nuestras respectivas cabalgaduras—. Os estoy profundamente agradecida por vuestra sinceridad.

Él me tocó la mano con verdadero afecto.

—Tales cosas no son precisamente agradables para la reflexión.

—Así y todo, deben ser consideradas.

Su mirada me comunicó aquello que la boca no podía decir: que hay algunas cosas que es mejor no tocar, y que me disponía a entrar en un bosque con fama de peligroso.

Entraría de todas maneras. Que vinieran a por mí los lobos de París y los jabalíes de Champtocé. Los estaría esperando.

Había acertado: Wilbur Durand no se encontraba fuera del país. Había estado tan cerca que si hubiese estirado lo suficiente el brazo, lo hubiera tocado. Respiraba lo mismo que yo y todos los demás en la sala de guardia; vi cómo su pecho subía y bajaba mientras estaba allí al otro lado de la mesa de recepción. Por todo lo demás, era como una estatua, completamente inmóvil, y de un único color.

Me hice a un lado para sacarlo de la protección de la mesa y así verlo mejor. No se movió de donde estaba, solo varió ligeramente el ángulo para seguirme. No pude evitar el mirarlo fijamente por un momento. «Oh, por favor, por favor, por favor —le supliqué silenciosamente a ese oscuro demonio—. Haz algo estúpido, saca una navaja o lánzate súbitamente sobre mí para que pueda desenfundar el arma u meterte una bala en tu retorcido cerebro».

Pero había tenido que pasar por los controles de seguridad de la entrada para llegar hasta allí, incluido el paso por el detector de metales, así que era imposible que llevara alguna arma encima. Sin embargo, no estaba desarmado, ni mucho menos: si se quitaba las gafas de sol que le ocultaban los ojos y me impedían interpretarlo, dispararía una descarga de rayos láser y me abriría un agujero en mitad de la frente.

—Señor Durand —dije como una estúpida—. Soy la detective Lany Dunbar.

Menuda idiota que soy; él sabía quién era yo. Hizo un gesto de desdén y no hizo el menor caso de mi mano extendida.

—Gracias por venir —añadí, como si tuviese una patata caliente en la boca.

Tenía la sensación de que me había convertido en un objeto de cristal, que el más mínimo movimiento brusco conseguiría que me rompiera en un millón de trozos que nunca se podrían recomponer. No obstante, mis sentidos no me habían abandonado del todo; lo evalué, grabé su imagen en mi cerebro como una fotografía y lo medí de todas las maneras posibles. Durand era de estatura mediana, de constitución muy delgada, con la piel de una palidez enfermiza allí donde era visible. Iba vestido de negro de pies a cabeza, como en las pocas fotografías que había conseguido encontrar. Llevaba el pelo negro lacio largo y muy bien peinado. Las gafas de sol impedían el más mínimo atisbo de sus ojos. Su postura era erguida, parecía un soldado en posición de firmes. Delante de mí tenía una caricatura ambulante, pero no conseguía identificar a quién estaba caricaturizando.

A pesar de toda aquella afectación, resultaba un tipo totalmente indescriptible; seguramente me costaría Dios y ayuda reconocerlo entre una multitud. Durand era de la clase de persona que podía parecer un ser del todo anónimo y carente de importancia. Era probable que pudiera asumir el aspecto que quisiera. Pero cuando habló, me pegó un susto de muerte.

—Devuélvame mi estudio.

No «¿cómo está usted?» o cualquier otro saludo habitual. Su voz me sorprendió; me esperaba escuchar una voz dominante y arrobadora, algo en el estilo de Vincent Price o Will Lyman. Pero en lugar de la voz sonora, autoritaria, que me había imaginado, soltó una serie de sonidos agudos que sonaron, contra todo pronóstico, como una exigencia.

De haber sido un cantante, su registro hubiera correspondido al de una soprano; no era en absoluto una voz masculina, pero tampoco acababa de ser del todo femenina. Si me hubiese llamado por teléfono, no hubiese sido capaz de identificar a qué sexo pertenecía. Su voz tenía algo que sonaba como muy artificial, como si estuviese hablando a través de un aparato que distorsionaba la voz o desde debajo del agua; cada palabra que pronunciaba te provocaba dentera como si alguien arañara una pizarra. No dijo: «Hola, soy Wilbur Durand, tengo entendido que usted quería hablar conmigo». Solo pronunció una orden: «Devuélvame mi estudio».

Aquel estudio era su punto débil.

Resultaba desconcertante comprobar lo mal que encajaba la imagen fantasma que me había hecho de Wilbur Durand con la realidad. Había esperado una voz poderosa, un físico imponente, una presencia más sustancial. Era tan inocuo que, en otras circunstancias, ni siquiera le hubiera mirado una segunda vez. Pero en vista de lo que sabía, me estremecía encontrarme en la misma habitación con él, con ese exterminador de gatos, ese secuestrador de niños, ese presunto asesino. Yo rezaba para que no se diera cuenta. Pero por supuesto, sí que se percató.

Cuando el sargento de la entrada me dijo quién quería hablar conmigo, puse boca abajo la fotografía de mis hijos para evitar que él los viera si conseguía hacerle venir a la sala de la división para que habláramos. No quería que conociera ni el más mínimo detalle de mi vida privada.

Cualquiera hubiese imaginado que alguien como Durand se presentaría con una comitiva de abogados, pero había venido solo. Había una pregunta que no dejaba de acosarme: ¿Cómo demonios tenía la desfachatez de presentarse en una comisaría cuando había muy buenas razones de que lo detuvieran como el presunto autor de un asesinato o quizá de varios? Tenían que darse en él una de dos condiciones psicológicas contrapuestas: albergar una temeraria confianza en la aceptación del mundo cuando se pasaba de la raya o ser un psicópata incapaz de reconocer cuáles eran los límites de una conducta tolerable y, en consecuencia, no tenerlos en cuenta. Quizá ambas; en cualquier caso me asustaba, y estaba segura de que él lo sabía.

Me miró con una expresión de absoluto desprecio que decía claramente: «Te tengo». Y era verdad: me quedé muda del todo mientras una sonrisa de desafío aparecía en su rostro.

En aquel momento, Spence apareció a mi lado, y él recordó para qué servía la boca mucho antes que yo.

—Su estudio está confiscado por una orden judicial. No se lo devolveremos hasta que hayamos acabado con nuestro inventario de las posibles pruebas que encontremos allí.

Durand no hizo el menor caso de Spence y me ofreció su respuesta.

—No he cometido ningún crimen. Por lo tanto, no puede haber ninguna prueba. —Las comisuras de sus labios se movieron de una forma casi imperceptible mientras que todos los demás músculos permanecían inmóviles—. Lo que ustedes crean que es una prueba real no se trata más que de una ilusión.

Recuperé la voz, pero sin duda debió sonar temblorosa.

—Señor Durand —repliqué—, nosotros determinaremos el valor probatorio de todo aquello que encontremos tan pronto como nos sea posible. No lo molestaremos más que lo estrictamente necesario. Pero mientras tanto, hay varios temas de suma importancia respecto a sus posesiones; necesitamos tener la certeza de que estamos obrando de la manera correcta, tanto para su protección como para la nuestra. Debido al posible valor histórico y artístico de los objetos que tiene usted allí, nuestros asesores legales nos han aconsejado que actuemos con el máximo cuidado.

Él sabía perfectamente cuál era el verdadero significado de mis palabras: que estaríamos allí hasta que nos echaran con alguna argucia legal. Hice acopio de todo mi coraje y lo presioné todavía más.

—Si tiene usted un momento, quisiera pedirle que me acompañara a una de nuestras salas de entrevistas. Estaríamos más cómodos.

—No.

Eso fue todo lo que dijo. Podría haber comenzado a gritar lo que nos haría su abogado, pero no lo hizo, podría haberme amenazado, haber despotricado y maldecido, pero permaneció en silencio. No quería debatir conmigo en absoluto. Nada de toma y daca, ninguna negociación en la que yo dijera una cosa y él otra, y así llegar a una conclusión, con o sin acuerdo. No profirió ninguna amenaza, vaga o específica. Sencillamente permaneció allí durante unos segundos, frunció el entrecejo y luego se volvió para marcharse.

En la sala de recepción reinó un silencio sepulcral mientras la puerta por la que había salido Wilbur Durand se cerraba con un leve susurro. Miré a los demás; los rostros de todos se habían quedado pálidos. Cuando el aire acondicionado se puso en marcha, todos nos sobresaltamos con el ruido.

—Joder, Lany —exclamó el sargento de guardia—, ¿qué demonios ha sido eso?

—No lo sé —respondí—. Creo que los científicos lo están investigando.

—Les deseo buena suerte —intervino Spence.

El coche sin identificaciones avanzaba lentamente por las calles de la ciudad con Spence al volante. Yo iba a su lado, todavía aturrida. El tráfico era cada vez más complicado y ruidoso, y por mi mente no pasaba otra cosa que las imágenes del

cuerpo mutilado de Earl Jackson. Lo único que deseaba de la vida era detener a Wil Durand.

—Dios, Spence, estaba allí. Todo lo que tenía que hacer era sacar las esposas...

—Sé lo que se siente. Pero todavía no es el momento. Este no es un caso que quieras ver cómo se hunde por culpa de un error.

También hubiese significado que si lo tocaba, no hubiese sido capaz de tocarlo de nuevo.

Tenía las fotografías del estudio sobre mi falda. El calor hacía que el aire se ondulara sobre el pavimento. Una vez más, repasé una a una las imágenes del escalofriante mundo de Durand en busca de la chispa, la pequeña chispa que me permitiera entender todo aquello. En cambio, me vi enfrente a montones de cabezas, brazos, dientes, pelucas, orejas, sangre e intestinos; todo incomprendible para una persona normal.

—Mira esto. —Levanté una de las fotos. Spence desvió la mirada por un segundo para echarle una ojeada.

Frunció el entrecejo.

—¿Qué demonios es eso?

—Un cajón lleno de mocos de utilería, esa cosa de goma que ponen en las narices de los actores para que cuelgue y parezca moco.

—Espero que ese no sea el motivo para que vayamos allí.

¿Quién podía saber qué sería lo que nos permitiría pillarlo?

Tiene que ser algo vulgar, solo que todavía no sé qué.

Entramos en el vestíbulo, y el mismo empleado de antes intentó detenernos. Una vez más, no le hicimos caso.

—Ya se acostumbrará a vernos por aquí —bromeé. Pero tan pronto como entramos en el estudio, desapareció toda alegría. Caí en una especie de trance. Dejé que mi mirada pasara de una caja a otra, de estantería en estantería, sin perder ni un solo detalle. Puse mi cerebro en la modalidad de búsqueda y realicé el equivalente mental del zapeo, con la ilusión de que algo, cualquier cosa, me llamara la atención.

Pensé en mis hijos; ¿qué cosas podían tener en esa sala sin que llamara demasiado la atención? El lugar estaba lleno de recuerdos de películas, cosas que quizá algún día llegarían a ser tan famosas como las rojas...

Zapatillas de deporte.

Calzado de utilería. Habían vaciado el contenido de la caja en el suelo, y las zapatillas estaban dispersas por todas partes. Un detective de una de las otras divisiones las estaba contando metódicamente. Era como si estuviese contemplando la sala de estar de mi casa: zapatillas por todas partes. Los chicos llevan zapatillas. Había demasiados pares de zapatillas de chicos comparados con los otros tipos de calzado en la caja.

¿Por qué tenía tantas zapatillas?

Recordé la caja de zapatillas vacía en la habitación de Nathan Leeds.

Entró el abogado. Permaneció en el umbral en compañía del empleado, quien sin duda lo había llamado en el momento en que aparecí.

—Guardemos todos los zapatos otra vez en la caja —le dije en voz baja a los policías que hacían el inventario—. Nos los llevaremos.

Seguramente pensaron que me había vuelto loca. Uno de ellos me miró.

—No hagáis nada que saque a ese energúmeno de sus casillas.

Cuando nos llevamos la caja —Spence a un lado y yo al otro—, el abogado se puso hecho un basilisco.

—¿Qué están haciendo? ¿Dónde creen que van con eso? La orden de registro no decía nada sobre los objetos personales de mi cliente.

Brincaba a mi alrededor, me gritaba con tanta furia que me manchaba con la saliva, a pesar de que todavía tenía la orden de registro en una mano.

—¡Cállese! —le ordené, y para mi estupefacción, lo hizo. En el momento de abrir la puerta, le repetí sin perder la calma mi declaración inicial—. Tenemos una orden para llevarnos los objetos que puedan servir como pruebas en la investigación de varios crímenes.

Comenzó a gritar de nuevo. Pero sus gritos no nos detuvieron.

Dos fornidos agentes cargaron con la caja desde el garaje y la dejaron en el suelo junto a la mesa de entrada de la división. La arrastré yo misma hasta una de las salas de entrevistas a pesar de la multitud de brazos que se me ofrecieron. Ahora que la tenía, no quería que nadie más la tocara hasta que no acabara de mirar todas las zapatillas.

Nike, New Balance, Adidas, Puma, todas las marcas del mercado. Todas ocultas a simple vista. Comencé a llamar a los padres para que vinieran a verlas; los cité con media hora de separación entre cada visita durante toda la tarde y a la mañana siguiente.

Me pregunté cuándo me llamaría mi ex para que le pasara una pensión para los niños, en lugar de pagarla él como hasta ahora. Quizá tendría todas las razones para acusarme de ser una mala madre. Eso al menos era lo que comenzaba a creer. Así y todo, por lo menos mis hijos estaban seguros.

Los padres y los tutores se presentaron tal como habíamos convenido. Algunos, llevados por la angustia, llegaron antes de hora y tuvieron que esperar. Los nervios y la impaciencia eran palpables mientras los familiares de los niños desaparecidos vigilaban el reloj sentados en las sillas de plástico naranja, conscientes de la posibilidad de que la muerte de un hijo se pudiera confirmar finalmente gracias a las pruebas.

Habíamos instalado dos grandes mesas en el centro de la sala de entrevistas, y

cada una estaba cubierta con las hileras de zapatillas cuidadosamente ordenadas. Escobar había ido corriendo hasta su casa para traer varios pares de zapatillas viejas de sus hijos, marcadas con etiquetas debajo de las lengüetas. Les pedí a otros compañeros que buscaran en las profundidades de sus taquillas para ver si tenían algún par. Era como poner fotos de policías entre las fotografías de los presuntos sospechosos; la validez de una identificación positiva se vería confirmada si había otros elementos que sabíamos falsos y que el identificador había descartado en favor de la prueba auténtica. «Hemos intentado deliberadamente confundir a este testigo, Su Señoría, solo para confirmar que estaba seguro de la identificación, pero siempre insistió en escoger la fotografía del acusado por muchas otras que le presentáramos».

Fred Vuska, Spence, Escobar y yo miramos a través del espejo mientras un agente hacía entrar a los aprensivos adultos y los guiaba en el recorrido de la extraña exposición. Les había dicho a los padres y tutores que no debían tocar ninguno de los objetos para evitar la contaminación de la prueba, pero estaba segura de que alguno lo intentaría. No tardó mucho en suceder: uno de los padres acercó una mano, luego la retiró, miró hacia el espejo —no era tonto y sabía que lo estábamos observando— y asintió. Se le aflojaron los hombros y se echó a llorar.

Entré inmediatamente en la sala y recuperé las zapatillas del número treinta y siete de la hilera. Las sostuve con las manos enguantadas y le pregunté al padre:

—¿Está seguro de que estas zapatillas pertenecen a su hijo?

Consiguió susurrar un «sí» entre los sollozos. Señaló una mancha pálida en una de las punteras.

—El día del Padre estuvimos pintando la galería y a Jamie se le cayeron unas gotas de pintura en la zapatilla. Conseguí quitar la mayor parte, pero no hubo manera de quitarla del todo.

La observé con más detenimiento. Entre las acanaladuras de la puntera había unas pequeñas manchas verdes que destacaban contra el blanco gris de la goma.

Si quedaba alguna duda de la identificación de la zapatilla como perteneciente al niño, siempre se podía hacer un análisis de la pintura —en la zapatilla y la galería— para confirmarlo.

Para aquella hora, el técnico de recogida de pruebas que había enviado al apartamento de Ellen Leeds había regresado con la caja de las zapatillas debidamente marcada y empaquetada. Le dije que la guardara en el armario de las pruebas. Una vez más miré a través del espejo a tiempo para ver cómo otro hombre —un tío de la víctima— se apartaba de la mesa, caía de rodillas y vomitaba. Corrí a su lado. Después de limpiarse los labios con la manga, señaló los cordones de Disney World que había comprado para su sobrino en un viaje por motivos de trabajo a Florida. Les había cortado las puntas porque eran demasiado largos y el chico se los pisaba continuamente. Los identificó con toda claridad por el pegamento que había puesto

en los extremos cortados para que no se deshilaran.

Continuaron las entradas, y conseguimos otras cuantas identificaciones positivas. Cuando se acabaron las visitas de la tarde, nos quedamos solos para disfrutar de nuestra triste victoria.

El terrible peso de nuestro nuevo descubrimiento pareció caer sobre nosotros de una sola vez. Por fin, Fred se volvió hacia mí.

—Supongo que ya tienes a tu hombre. Ya sabes el follón que se organizará cuando todo esto salga a la luz.

Tenía razón, sería una carnicería. De pronto me sentía exhausta. Ahora que tenía a Wilbur Durand en la trampa, llegué a la curiosa conclusión de que todavía no estaba preparada para encerrarlo. Necesitaba primero aclarar mi vida antes de entregársela.

—Necesito un día más para ocuparme de un par de cosas antes de acabar con este asunto —repliqué.

Fred me miró, incrédulo.

—¿Qué cosas?

—Cosas, Fred. Detalles. Tengo que escribir todo esto y meterlo en los expedientes, y necesito dormir unas horas antes de poder ocuparme. Será cuestión de un día.

—¿Hay algún riesgo de que secuestre a algún otro chico mientras esperamos?

A buena hora preguntaba.

—No tengo la menor idea, y tú lo sabes. Sé que necesita prepararse para lo que hace si continúa haciéndolo como hasta ahora, y le hemos visto la cara, así que es probable que no esté preparado para otro secuestro.

—Detesto el «probable».

No era el único.

—Solo un día —insistí en voz baja.

Eran las últimas horas de la tarde del martes cuando ocurrió todo aquello. Fred me dio hasta el jueves por la mañana para acabar con los pormenores del caso y organizado todo con el fin de llevar a cabo un arresto en toda regla.

Hasta nos dimos las manos. Quizá él estrechó la mía para felicitarme, no lo sé, pero fue como si estuviésemos sellando un pacto entre caballeros. Disponía de un cierto margen de tiempo, siempre y cuando las cosas no se desviaran. Ya les había dicho a los padres que estábamos preparando una orden de arresto, pero no mencionamos quién era el sospechoso; queríamos que todo saliera a pedir de boca, así que necesitábamos de toda su cooperación para mantener las cosas en orden. Resultó algo bastante difícil; todos me presionaron al máximo para que les diera más información. No les había dicho nada, y aquello me estaba matando.

Era casi medianoche cuando acabé con todo el papeleo. Cuando nadie me miraba, me escabullí en una de las salas de entrevistas, corrí las cortinas que tapaban el espejo



para que nadie pudiera mirar en el interior y me dejé caer en una silla, consumida por el deseo de venganza. Esos serían probablemente mis últimos momentos a solas durante algún tiempo; todavía me quedaban montañas por escalar. La orden de arresto, el arresto propiamente dicho, la presentación de pruebas al fiscal, la acusación, el juicio, la sentencia si es que ganábamos...

«Por favor, Dios mío, no permitas que se celebre un juicio, no dejes que haya la más mínima oportunidad de que esto se estropee... Haz que se declare culpable de lo que sea y así no tendremos que pasar todos por esos follones legales...».

¿Quería de verdad que fuese así? Claro que sería todo mucho más sencillo, pero para que lo fuera tendría que haber una negociación. Si el estado aceptaba la declaración de culpable, tendría que ofrecer la cadena perpetua a cambio de la condena a muerte.

¿Quería de verdad que sucediera así? No tenía ningún sentido plantearse tal posibilidad en esos momentos. Toda mi vida estaba a punto de cambiar, y no precisamente para bien. Si ganábamos el caso, lo más probable es que recibiera algunos beneficios y quizá un ascenso, pero el futuro previsiblemente iba a convertirse en un verdadero infierno. También cambiaría la vida de mis hijos. Se acabarían las plácidas tardes hogareñas dedicadas a los deberes o a ver la televisión. Se acabarían las visitas al muelle de Santa Mónica. Pasarían la mayor parte del tiempo con su padre, aunque eso no era tan terrible. Se verían acosados por los compañeros de la escuela y los amigos.

Acabé por levantarme para ir a buscar la caja de las zapatillas de Nathan. Cogí de entre el montón las suyas y las guardé cuidadosamente en la caja: como si fueran el zapato de cristal de Cenicienta, entraron en la caja sin el menor problema. Las había dejado para el final porque no hubiese estado bien haber conocido por anticipado que sus zapatillas estaban allí. Todo lo demás después de eso me hubiera parecido solamente una confirmación, y no quería desilusionar a los padres que habían tenido que revivir todas aquellas terribles penurias mientras buscaban entre todas aquellas zapatillas. Sencillamente no parecía justo.

La petición de la orden de arresto fue la obra maestra de mi carrera, el documento más claro y conciso que había redactado en toda mi vida.

Fred estaba muy atareado con la elección del grupo que se encargaría de arrestar a nuestro excéntrico sospechoso. Cuando informó del caso a nuestros estupefactos superiores, se me pidió que estuviera presente para ofrecer más explicaciones si eran necesarias. Fred fue extraordinariamente cuidadoso a la hora de exponer los detalles para que no creyeran que meteríamos la pata. Todo el asunto me produjo un profundo asco y me provocó un terrible cabreo.

Para que después digan que el trabajo de la policía no es creativo.

Disfrutaba de un breve momento de diversión al recordar la pinta de Fred con su

horrible traje en medio de todos aquellos elegantes uniformes, cuando sonó el teléfono de mi mesa.

Pandora intuyó el problema en el campanilleo electrónico, pero atendió la llamada de todas maneras; una prueba más de lo idiota que es.

Se le había acercado a un chico de doce años alguien a quien tomó por un amigo de la familia cuando regresaba a su casa después de los entrenamientos de fútbol tras las clases. El supuesto amigo había aparecido en un coche y le había dicho que su madre le había pedido que lo recogiera porque lo necesitaba en casa. El incidente se había producido en una calle secundaria donde el tráfico era reducido, en presencia de dos testigos. Uno de ellos era una vagabunda adolescente mal encarada y drogadicta que no tenía el menor interés en colaborar.

El otro, milagrosamente, era el propio chico, que había conseguido escapar.

Se llamaba Carl Thorsen, y a diferencia de la drogadicta, que tenía que soplar la nariz después de cada palabra que chapurreaba, hablaba tan deprisa que tuve que pedirle que me repitiera todo lo que acababa de explicar.

—El coche se acercó muchísimo al bordillo así que caminé más despacio porque creí que era el coche de Jake la puerta del pasajero se abrió así que me detuve y miré el interior pero estaba oscuro y no pude ver muy bien quién estaba dentro pero al principio creí que era Jake porque el coche se parecía mucho y el tipo se parecía así que pensé que caray claro que es él sin embargo había algo en su voz que me preocupó no acababa de ser del todo la suya porque era demasiado aguda así que me asusté mucho y retrocedí pero antes de que pudiera ponerme completamente fuera de su alcance me cogió la manga y comenzó a tirar de mí así que me resistí como un loco y conseguí soltarme y entonces salí corriendo de allí lo más rápido que pude.

Carl juró que había gritado, pero no había nadie más cerca, excepto la chica, quien afirmó no haber escuchado ningún grito de socorro y que tampoco había podido ver la matrícula porque estaba demasiado lejos. Lamenté no poder llevarla a comisaría acusada de algún delito, por insignificante que fuese. Quizá que no quisiera colaborar tampoco era tan grave; los drogadictos son un desastre como testigos.

Metí a Carl en un coche patrulla para que lo llevara a la división, donde llamarían a los padres y pondrían en marcha el engranaje de la justicia. Escobar y yo pusimos manos a la obra al equipo encargado de recoger pruebas en la escena del secuestro y después recorrimos la zona mientras ellos hacían su trabajo. Una de las personas que vivía en una de las casas nos dijo que le había parecido escuchar el grito de un chico, pero que no se había asomado para ver lo que pasaba. Nadie más había visto ni escuchado nada.

Dios sabe lo mucho que me hubiera gustado tener el número de la matrícula de aquel coche.

Cuando volví a la división le pedí a Carl que me diera la camisa. No había

muchas posibilidades de encontrar huellas digitales pero rogué para que esa vez nos acompañara la suerte; la buena fortuna parecía ser propicia, especialmente en el mundo de Carl Thorsen. La camisa se veía impecablemente limpia y sin arrugas para haber estado involucrado en una pelea: ninguna costura abierta, ni desgarros en la tela, ni partes deformadas por el estiramiento que yo pudiera ver.

Se presentó la madre, y le permití que pasara unos minutos a solas con su hijo antes de entrar a verlos a los dos.

—Necesito la dirección y el número de teléfono de su amigo Jake.

Pareció más que dispuesta a colaborar en beneficio de su amigo.

—Tengo el número de su móvil —dijo—. Llámelo ahora mismo. Él no tuvo nada que ver con esto. Sé que no lo hizo.

Yo también lo sabía, pero no podía decírselo todavía.

Jake había estado solo en su coche en el momento de producirse el incidente y, por lo tanto, no tenía ningún testigo de su paradero, excepto uno que resultó ser un tanto fortuito: el agente de tráfico que le había puesto una multa por exceso de velocidad cuatro minutos antes de la hora exacta del intento de secuestro, en un lugar a más treinta kilómetros en línea recta de donde se había producido el hecho. «Te estás volviendo descuidado, Wilbur».

Le recomendé al horrorizado Jake que acudiera inmediatamente a la división; se presentó en menos de quince minutos, histérico perdido. Comprobamos su coartada en el acto, y le informé de que no era sospechoso. Luego pasé a preguntarle aquello que quería saber de verdad.

—¿Usted y Carl han ido a algún lugar donde los vieran juntos en público en los últimos dos años?

Tendría que haber visto la expresión de su cara.

—Por supuesto que sí. A una infinidad de lugares. Para mí es como mi propio hijo.

Admito que no es la primera pregunta que alguien esperaría en aquellas circunstancias. Pero no quería que nadie dijera más tarde que lo había guiado de alguna manera hacia la exposición en el museo de La Brea. Quería que él lo mencionara por su cuenta sin necesidad de ayuda. Por consiguiente le pedí que fuera un poco más preciso sobre los lugares y las cosas que habían ido a ver. Se mostró muy agitado y luego me recitó una lista de películas, espectáculos deportivos, reuniones...

Y una exposición.

No pude evitarlo. Sonreí como el gato de Cheshire. Ni siquiera intenté disimularlo. La verdad es que casi solté un grito de alegría.

¿Qué le habían parecido las filmaciones en vídeo que se hacían mientras la gente esperaba en la cola?

Eran fantásticas, una gran idea; él y Carl habían hecho el payaso ante la cámara y habían apuntado sus nombres. Afirmó que había sido tan divertido como la propia exposición.

—¿Qué diablos tiene que ver todo esto con que intentaran secuestrar a Carl?

Dejé la pregunta sin contestar.

—Si no le importa el detective Escobar le formulará algunas preguntas más y luego lo acompañaremos para que vea a Carl y a su madre.

Escobar tomó nota de todo lo que Jake le expuso sobre la naturaleza de su relación con el chico y las razones de pasar tanto tiempo con él; asimismo, le facilitó unos cuantos detalles más sobre sus actividades de la tarde de forma tal que su coartada fuera irrefutable. Nunca en la historia del crimen la policía se había preocupado tanto de reafirmar la coartada de alguien; por lo general, lo que intentamos hacer es desmontarla. En realidad era un exceso de celo: todo lo que necesitábamos era una fotocopia de la multa y que el agente lo identificara.

Esta vez no habría fallos.

Todos los detectives entraron en acción después de ese incidente. «Un solo tipo —les decía a todos—. Es un solo tipo». Nadie dijo lo contrario. Era emocionante ver a todos aquellos supervisores dándose codazos para demostrar cuál de ellos había apoyado mi teoría desde el primer momento. El tiempo volaba mientras repasábamos el caso; cuando miré el reloj, ya eran casi las cinco. Tuve que llamar a Kevin a toda prisa y pedirle que fuera a buscar a nuestros dos hijos pequeños a la piscina a las cinco y media. Yo no podía llegar a tiempo de ninguna manera. Por primera vez desde que había comenzado a investigar estas desapariciones, no estaba preocupada; ni siquiera Wilbur podía montar otro secuestro en tan poco tiempo.

## Veinticinco

—¡Jurad!

—No lo haré.

—Hermano, si no lo hacéis, haré que vuestra vida se convierta en un verdadero infierno. No debéis decirle a nadie las cosas que hemos averiguado.

Fue necesario apelar a la amenaza de la condena para que él aceptara, aunque a regañadientes.

—Cosas como estas tienen que ser dichas —replicó—, o será algo que se gangrenará en vuestro interior y os hará daño. No puedo tolerar que vuestro espíritu se infecte con una enfermedad que se cura sencillamente con decir su causa.

—Si eso ocurre, mía será la preocupación —manifesté para dar por cerrada la discusión.

Como no podía ser de otra manera, se convirtió en mi preocupación. Cargué con mi penoso secreto siempre en silencio y cada vez más sola. No le escribí a mi hijo para contárselo ni confié en ninguna de las hermanas, que susurraban a mi espalda cada vez con mayor frecuencia a medida que me mostraba más distante con todas ellas. Las actividades del convento se desarrollaban con la normalidad de costumbre, pero yo apenas si les prestaba atención porque mis intereses estaban en otra parte. Mi vida cotidiana se parecía a cruzar un pantano con una pesada carga a cuestas. Ponía un pie delante del otro y así avanzaba pesadamente de una obligación a otra como si mi corazón no latiera en mi pecho.

Ni siquiera hablé con Jean de Malestroit del horror que había descubierto en Champtocé. Era a él a quien hubiese hecho mi confesión de haber necesitado ser absuelta por el pecaminoso conocimiento que había adquirido. Mi obispo percibió los cambios, los momentos sombríos y las súbitas llantinas, y muchas veces me preguntó si deseaba confesarme.

—Me mantengo libre de pecado hasta donde es posible, dadas las circunstancias —le aseguré, y me pareció una bendición que no insistiera. Él tenía otros asuntos que atender.

Si bien todo esto es cierto, debo confesar que septiembre pasó con una asombrosa velocidad. La mañana del veintiocho nos reunimos muy temprano en la capilla que hacía las veces de sala del tribunal, mucho antes de tercias. Se habían traído sillas porque las filas de duros bancos de madera no alcanzarían para acomodar al público. Habían colocado una tarima para los testigos delante de la mesa de los jueces, a la que se sentarían Jean de Malestroit y el fraile Jean Blouyn, encargados de juzgar el caso. Todo ello hacía que se disipara la sensación de santidad que normalmente ofrecía este lugar.

El día había comenzado con la gran esperanza de que por fin veríamos progreso,

después de tantas demoras, pero a medida que pasaban las horas sin que apareciera el barón Gilles de Rais, empezaron a escucharse algunos murmullos de impaciencia. Desde mi asiento casi en el extremo del primer banco, observé en el más riguroso silencio cómo las sombras se acortaban a medida que el sol se acercaba al mediodía. El canto matutino de los pájaros había dado paso a aquellos que habitualmente se cantaban a medida que avanzaba el día. El hermano Damien se movía inquieto a mi lado como un chiquillo de diez años; a pesar de sus deseos de no perderse nada de aquellos acontecimientos, deploraba invertir un día en esos menesteres cuando bien podía estar trabajando en los huertos.

Su disgusto llegó a tal extremo que, por una vez, hizo una manifestación poco habitual en una persona tan dulce y amable.

—Nunca hubiera creído que mi señor fuese tan cobarde. Tendrían que ir a sacarle de su madriguera y traerlo a la presencia de los jueces.

—A los miembros de la nobleza nunca los sacan de ninguna parte, hermano. Tienen que presentarse para ser humillados con la apariencia de que hacen un favor.

La «madriguera» eran unos suntuosos aposentos en el palacio del obispo. No había ninguna posibilidad de escapar de aquella prisión, pero tampoco era precisamente una prisión. Podía recibir visitas, —aunque hasta ahora nadie se había presentado a visitarlo— y vivía de una manera adecuada a su posición.

Mientras pasaban las horas, soñaba despierta con manzanas, peras y almendras, con finos y complicados bordados que se podían realzar con cuentas de colores. Hubo un momento de distracción cuando un hombre y una mujer entraron en la capilla y se persignaron apresuradamente; más testigos que llegaban mucho más tarde de la hora señalada.

—No es necesario que se den prisa —comentó el hermano Damien.

Su Eminencia había estado ansioso por iniciar el proceso y aquella mañana había ocupado su lugar de honor en la mesa de los jueces con una casi visible excitación. Ahora se veía forzado a salvaguardar la dignidad y, por lo tanto, hacía ímprobos esfuerzos por dominar los bostezos que se sucedían cada vez con mayor frecuencia. El fraile Jean Blouyn, un hombre con cara de pocos amigos, corto de estatura, las mejillas caídas y una larga nariz picadas de viruelas, sentado a la derecha de Su Eminencia, también se aburría a más no poder. A menudo me había preguntado si el color encarnado de su rostro se debía a algo más propio de la naturaleza o algún accidente como el haberse escaldado con el vapor de una olla, y no, como se rumoreaba, a su afición a la bebida. El inquisidor no tenía aspecto de ser alguien aficionado a guisar sus alimentos, así que acabé por decidir que la razón era la bebida. En todo lo demás era una persona notable, muy instruida y devota, poseedora de todas las cualidades necesarias para este proceso y muy apta para la tarea de decidir en temas de herejía porque no había otro hombre más correcto en toda la

región, aficionado o no al trago.

Estaba acostumbrada a ver al fraile Blouyn con sus hábitos o de vez en cuando vestido como un maestro, pero aquel día llevaba la toga de un juez y una gorra cuadrada de terciopelo rojo, que a primera vista parecía irle un poco grande. Él debía de ser de la misma opinión, porque se la sujetaba con una mano cuando se inclinaba para hablar con Jean de Malestroit. En una de esas veces, una borla comenzó a balancearse delante de su nariz, y él la apartó con la mano libre, con lo cual fue incapaz de tapar completamente sus palabras.

—Hay tantos testigos —le escuché, o más correctamente le vi, decir—. ¿Creéis que debemos llamar a más escribas?

Las declaraciones de aquellos que habían sido elegidos por la fuerza y la pasión de sus testimonios, serían debidamente registradas por los cuatro escribas designados para este trabajo, que estaban sentados delante y un poco más bajo que los jueces. Movían los dedos manchados de tinta en busca de algo con que entretener las horas; uno marcaba un ritmo en la superficie de la mesa; otro trataba de arrancarse un trozo de cutícula de las uñas, mientras que los otros dos afilaban por enésima vez las puntas de sus plumas.

Al final de cuentas tendrían que registrar todo lo dicho en el juicio y la sentencia.

La estrategia, la astucia y las tretas legales serían las armas que emplearían contra Gilles de Rais, en lugar de las espadas y las flechas contra las que podía defenderse. Jean de Malestroit y el fraile Blouyn lo aplastarían como la piedra del molino que muele el grano. Los testigos —los comerciantes y los campesinos que suministrarían la munición— se movían en los bancos como un grupo de niños díscolos, mientras esperaban con algo de miedo el momento de prestar declaración. Muy pocas entre esas personas se hubieran atrevido siquiera a hablar a un noble, y mucho menos a denunciarlo en la presencia de los íntimos del rey. Sin embargo, allí estaban, movidos por una justa cólera. Admiraba sobre todo el coraje de madame Le Barbier. En ese instante me preguntaba si en algún momento ella había sido consciente de la terrible tormenta que había desatado cuando visitó al obispo.

La voz del alguacil sonó inesperadamente y acalló todos los murmullos con su anuncio. Casi me caía de mi asiento.

Empezarían el juicio sin él.

Al anuncio siguió un silencio tan absoluto que incluso el leve sonido de la respiración parecía un incordio. El alguacil continuó pronunciando las palabras que exigían una respuesta por parte de Gilles de Rais, incluso *in absentia*.

—En este miércoles, en el vigésimo octavo día de septiembre de 1440, en el décimo año del reinado de nuestro pontífice el Muy Santo Padre monseñor Eugène, Papa por la gracia de Dios, el cuarto de este nombre, durante este consejo general de Basel, ante nuestro reverendo padre de Dios Jean de Malestroit, por la gracia de Dios

y de la Santa Sede Apostólica, obispo de Nantes, y ante el fraile Jean Blouyn de la orden de los dominicos, bachiller de las Sagradas Escrituras y vicario de la orden religiosa, fraile Guillaume Merici, de la mencionada orden dominica, profesor de teología, inquisidor de herejías en el reino de Francia, delegado por la autoridad del mismo fraile Guillaume y especialmente designado para el cargo de inquisidor en la diócesis y la ciudad de Nantes, ahora sentado en la capilla del palacio episcopal de Nantes, y en la presencia de escribas y notarios, Jean Delaunay, Jean Petit, Nicolas Géraud, y Guillaume Lesné...

Los mencionados escribas y notarios se inclinaron sobre sus pergaminos y escribieron afanosamente, dispuestos a registrar todas y cada una de las palabras con gran diligencia.

—... que escribirán fielmente delante de estos mismos señores obispos y el viceinquisidor de todas y cada una de las cosas que ocurran en los casos ante nosotros, y finalmente, encargados de hacer todo esto de una manera pública, tarea que delegan en todos y cada uno de nosotros presentes.

*Ad infinitum, ad nauseam.* Comprendí el deseo de Jean de Malestroit de dejar claramente establecida la autoridad de la corte tal como estaba constituida, pero era un recitado tedioso. Inmediatamente después, se llamó a los testigos para que hicieran sus declaraciones en apoyo de los cargos. Unos pocos alzaron sus voces, encendidos por la cólera que les dominaba, y aquellos que lo hicieron fueron debidamente llamados al orden.

Agathe, esposa de Denis de Lemion; la viuda de Regnaud Donete; Jeanne, esposa de Guibelet Delit; Jean Hubert y su esposa; la viuda de Yvon Kerguen; Tiphaine, esposa de Eonnet le Charpentier. Miré aturdida mientras cada uno de los llamados, se levantaba, juraba, y luego hacía su declaración. Todos hablaron larga y amargamente contra el acusado y sus cómplices; sus relatos eran prácticamente calcados. Poitou se había llevado al chico; la anciana había aparecido en el camino del bosque y engatusado a sus hijos con la promesa de comida y otros regalos; De Sille y De Briqueville habían hablado de recompensas. Se habían ofrecido trabajos al servicio de los nobles, ropas, alojamiento y comida. Luego no se había vuelto a saber más nada, ni una palabra, ni una carta, ni la más mínima prueba de que esos buenos y afectuosos hijos habían encontrado la muerte o se habían desvanecido por alguna otra razón.

Pero hubo una de las testigos que ofreció un relato diferente. Ella no había entregado a su hijo a cambio de las promesas de beneficios. Se trataba de una mujer pequeña, delgada, y de un aspecto de tremenda fragilidad vestida con sus muy humildes prendas: sentí el deseo de abrazarla y darle consuelo; de enjugar sus lágrimas mientras rodaban por sus mejillas, como estaba segura de que habían rodado antes, amarga y frecuentemente. Sin embargo, mantuvo la cabeza erguida mientras



hablaba, sin demostrar la menor flaqueza; ni una sola vez Su Eminencia tuvo que pedirle que hablara un poco más alto.

—Soy Jeanne, esposa de Jean Darel. Volvía a casa en compañía de mi hijo el día de la festividad de San Pedro y San Pablo. Habíamos ido de nuestra casa en la parroquia de Saint-Similien a Nantes, donde tenía que ocuparme de unos recados, y aprovechamos la oportunidad para visitar a mi hermana Angelique, que vive no muy lejos de este palacio donde ahora estamos reunidos. También tenía la intención de acudir a Nuestra Señora de Nantes para encender un cirio por el alma de mi madre, cosa que complacería mucho a mi hermana.

»Somos una familia pobre, Eminencia, y no tenemos monturas. Es un trayecto largo, pero hacía buen tiempo y parecía un buen día para una caminata. Hicimos nuestra peregrinación a la catedral y luego fuimos a visitar a mi hermana; la quiero mucho y ella adora a su sobrino, así que mi hijo no protestó por tener que ir caminando hasta su casa, aunque para un niño de su edad tuvo que resultarle algo muy fatigoso. Como muchas veces ocurre cuando el tiempo transcurre alegremente, Eminencias, sin darnos cuenta pasaron las horas y tuvimos que decidir entre quedarnos a pasar la noche o regresar a Saint-Similien aunque nos sorprendiera la noche. Como no habíamos mencionado la posibilidad de quedarnos en Nantes, pensé que si no nos veían volver, se preocuparían mucho. Así que nos despedimos y salimos de la casa de mi hermana cuando el sol se acercaba al horizonte.

»Mi hijo tenía hambre, así que le di un trozo de pan mientras caminábamos. Solo comió un trozo; al parecer con eso tuvo suficiente para calmar su apetito al menos de momento. El chiquillo también comenzó a dar muestras de cansancio, porque había sido una jornada muy larga para alguien de tan corta edad. Muchas veces, cuando hacíamos algún viaje, solíamos jugar al escondite para que no se aburriera. Él se ocultaba detrás de algún árbol y yo le buscaba con muchos aspavientos. Él disfrutaba mucho con estos juegos; aún no sabía ocultarse del todo, y a mí me hacía mucha gracia ver cómo asomaba un brazo o parte de una pierna mientras el chiquillo creía que era invisible. Sin embargo, había ocasiones en las que conseguía ocultarse del todo, y entonces me provocaba una gran preocupación, porque no quería mostrarse a pesar de mis súplicas.

»Lo último que vi de él aquella noche fue su manita que asomaba detrás de un tronco, con el trozo de pan que aún no se había comido. Hice ver como si no le hubiese descubierto y reanudé la marcha sin prisas, con la absoluta tranquilidad de que me seguía.

»Fui consciente de su continua presencia durante nuestro inocente juego, hasta que llegó un momento en el que me sacudió un helado estremecimiento y me asusté mucho sin ninguna razón aparente. Me volví para ver a mi hijo, pero no le vi por ninguna parte. No me había llamado, y por lo tanto supuse que no había sufrido

ningún daño, solo que quizá se había retrasado un poco, o que se escondía muy bien. No obstante, me pregunté si de la misma manera que me había dominado un súbito miedo a él le había ocurrido lo mismo, y su reacción había sido ocultarse mejor en el bosque. Lo llamé varias veces para tranquilizar sus temores, pero no apareció. Retrocedí sobre mis pasos a lo largo del camino, muy atenta a su presencia, y luego cuando no conseguí encontrarle, volví a adelantarme a la carrera ante la posibilidad de que hubiese salido de entre los árboles. Ya no apareció nunca más, y no tengo idea de lo que pudo haberle pasado, solo que quien fuese que se lo llevó lo ha mantenido apartado de mí durante todo este tiempo.

Escuché muy poco de lo que dijeron los testigos que la siguieron. Su hijo había desaparecido sin siquiera un susurro de alarma en medio de la aterciopelada oscuridad, mientras ella se encontraba a unos pocos pasos, y desde entonces nadie le había visto ni se había sabido nada más del infortunado chiquillo.

¿Qué puede haber más terrorífico que eso? En un momento, todo es absolutamente normal. Pero al siguiente, todo lo que previamente hemos considerado como una verdad divina deja de ser realidad, todo se pierde, todo se viene abajo, y no queda nada a lo que aferramos para tener un poco de seguridad.

¿Se había encontrado con *La Meffraye*, la anciana que recorría los bosques y los caminos en busca de los niños perdidos, y que se presentaba a ellos como una mujer amable y cariñosa, incapaz de hacerles ningún mal? «Que la paz de Dios sea contigo, pequeño», podría haberle susurrado la arpía, oculta detrás de un árbol en la oscuridad. «Veo que tienes un trozo de pan, pero aquí tienes otro mucho más tierno, que no te hará ningún daño en tus bonitos dientes. Ven, cógelo, pon tu manita en la mía, deja que te lleve allí donde encontrarás cosas muy ricas... Oh, no llames a tu madre, no hay que asustarla, porque se enfadará contigo si lo haces... Ya te llevaré con ella más tarde y me ocuparé de que no se enfade contigo, así que no tienes nada que temer...».

Los pequeños quieren confiar, sobre todo en aquellos a quienes les han enseñado a respetar.

«Lo último que vi de él aquella noche fue su manita que asomaba detrás de un tronco, con el trozo de pan que aún no se había comido».

Nos quedamos en la capilla hasta que prestó declaración el último de aquellos que habían sido citados a declarar. Se les dijo a los testigos que podían marcharse, pero muy pocos se levantaron, porque aún quedaban cosas por hacer. Se escuchó un fuerte murmullo cuando se presentó un grueso fajo de pergaminos como prueba; reconocí el elegante cartapacio, cerrado con una correa de cuero dorado; era el mismo que había visto en el despacho de Jean de Malestroit.

Casi percibí la maldad que rezumaba de aquellas páginas. Allí estaban consignados los primeros testimonios de Henriette y Poitou. A Dios gracias, no los leyeron en voz alta.



Se dispuso un receso para que pudiéramos tomar un refrigerio y atender a las necesidades personales. Cuando volviéramos a la capilla, Jean de Touscheronde haría unas breves y sencillas declaraciones para que la corte pasara a ser de eclesiástica a secular. Entonces se le pediría a Gilles de Rais que respondiera a las preguntas del duque Juan V, de la misma manera que respondería a las preguntas de Dios ante Jean de Malestroit y el fraile Blouyn en esa misma sala.

Como disponíamos de tiempo más que de sobra antes de que comenzara la transformación, el hermano Damien y yo nos escabullimos hacia la cocina, donde casi con toda seguridad encontraríamos un plato de sopa y pan y, si la cocinera estaba de buen humor, algo dulce de postre. En el camino nos vimos obligados a pasar entre la muchedumbre que se había congregado delante del palacio, a la espera de cualquier noticia del juicio. Me detuve y permanecí inmóvil durante un momento en medio de toda aquella marea humana que me había llamado la atención. El hermano Damien se había alejado unos pasos cuando advertió que me había detenido.

—¿Madre? —me llamó—. Es mejor que sigamos. —Se acercó para cogerme de la mano y comenzó a guiarme.

—Adelantaos —le dije—. Enseguida me reuniré con vos.

Él exhaló un suspiro, sacudió la cabeza, y me dejó allí.

El número de curiosos había aumentado considerablemente a lo largo de toda la mañana. La plaza delante del palacio era el lugar donde la gente se reunía por muchas razones diferentes; por lo general se congregaban para presenciar la actuación de algún titiritero o de un trovador, o algunas veces para escuchar al pregonero vocear alguna noticia importante. Los reunidos comentaban animadamente los detalles que habían trascendido de la sesión. La visión de todas aquellas personas, el vivo rumor de las voces, el incesante movimiento de gente que iba y venía, era más que suficiente para concitar mi atención.

Yo no era la única que miraba a los demás; también había muchas miradas que se centraban en mí, y me resultaban tan palpables como si me tocaran con las manos. Yo había salido de la gran capilla, y eso significaba que sabía muchas más cosas de las que habían trascendido. Pero mis hábitos negros me protegían. Aquellos que miraban se apresuraban a mirar en otra dirección tan pronto como me fijaba en ellos, hasta que solo una persona continuó mirándome. No pude hacer menos que mirarla a mi vez, y cuando lo hice me embargó la alegría, porque se trataba ni más ni menos que de madame Le Barbier.

Me saludó respetuosamente con un gesto; le respondí de la misma manera y esboqué una sonrisa. Sentí la tentación de acercarme y departir con ella durante unos momentos. Sin embargo, ninguna de las dos nos movimos. Al final nuestras miradas

se separaron, y yo continué mi camino hacia las cocinas, donde la cocinera me obsequió con un plato de sopa como única comida, dado que no había tiempo para una colación más consistente. Pero no me importó: la visión de aquella buena mujer me había dado todo lo que necesitaba para recuperar fuerzas.



Con Jean de Malestroit sentado detrás de él en el sitio de los jueces, De Touscheronde parecía casi diminuto. En realidad, toda su persona era delicada. Tenía una voz suave, con un tono casi femenino, pero era algo que ayudaba a su labor de fiscal: todos nos veíamos forzados a escuchar con la máxima atención, y mientras hablaba el silencio en la capilla era absoluto. Convenció hábilmente a unas personas inquietas y alteradas para que hablaran con toda lucidez de cosas indescriptibles delante de extraños muy poderosos.

«Decidme, madame, si sois tan amable, ¿qué pasó después de que confiarais a vuestro hijo a las manos del tal Poitou?».

«Señor, con la mayor claridad que os sea posible a la vista de vuestra considerable desazón, por favor explicadle a la corte lo que vos creéis que le ocurrió a vuestro hijo Bernard...».

Se lo contaron todo y más, confesaron libremente como si él fuese un santo, aunque no eran ellos los pecadores sino las personas que habían sido objeto de los más horribles crímenes. Le explicaron cuándo habían advertido la pérdida por primera vez, cuándo habían ocurrido las desapariciones, quién había hecho la primera denuncia, por qué sospechaban de Gilles de Rais; un inquisidor más imponente quizá no habría conseguido tantos detalles de unos testigos tan humildes como aquellos.

Un hombre llamado André Barbé habló de la desaparición del hijo de madame Le Barbier.

—Le vi recogiendo manzanas en el huerto de la casa de Rondeau, y no le he vuelto a ver desde entonces. También han desaparecido otros muchos: los hijos de Guillaume Jeuden, Alexander Chastelier, y Guillaume Hilairé... Nos hubiésemos presentado antes, pero ninguno de nosotros se atrevió a hablar por miedo a los rufianes en la capilla de mi señor De Rais, y a otros que le servían, porque nos amenazaron con meternos en los calabozos, con pegarnos o cosas peores si comunicábamos nuestras sospechas al magistrado, y este último tampoco hizo mucho caso de lo que decíamos cuando alguno de nosotros reunió el coraje para presentarse y hablar.

Entonces, para mi gran sorpresa, madame Le Barbier se levantó:

—Su Señoría, con vuestro permiso, quiero añadir algo más a las palabras de mi buen vecino.

El desagrado y la vacilación se reflejaron en el rostro de Touscheronde.

—Muy bien —manifestó con desgana—, pero sed breve, os lo suplico.

La mujer nos sorprendió a todos cuando pasó junto al lugar reservado para los testigos y se acercó a la mesa a la que estaban sentados los jueces. Los guardias se alertaron rápidamente cuando Le Barbier levantó el puño y comenzó a moverlo rítmicamente como si estuviese bombeando decisión y coraje del aire.

—Maldigo al señor Gilles de Rais para toda la eternidad —proclamó—. Que su alma baje a las profundidades del infierno por todo lo que me hizo a mí y todas estas otras buenas personas. Que el demonio lo reclame como suyo y lo encadene a un poste ardiente por los siglos de los siglos.

Gritos y aplausos siguieron a esa declaración. Jean de Malestroit se levantó a medias de la silla y pidió orden a voz en cuello, pero de nada sirvió su advertencia. Inspirada por sus maldiciones, la multitud quería decir lo suyo. Confundidos con las excitadas voces de triunfo se escuchaban los gritos de pena de aquellos que habían sufrido, y luego sonaron otras maldiciones. En presencia de un obispo era algo escandaloso, una cosa cercana a la herejía denunciar al soberano. Si bien a mí me parecía muy justo que aquellos que habían sufrido como consecuencia de los actos de mi señor tenían todo el derecho a opinar sobre cualquier sentencia que finalmente se decidiera imponerle, los gritos y los insultos eran poco más que un gesto. La palabra final sería la de Dios, pronunciada a través de su siervo Jean de Malestroit.

Rodeada por los guardias, la mujer se mantuvo firme y miró acusadoramente a Jean de Malestroit, el hombre que había intentado hacerla desistir de su primera queja; su mirada parecía decirle: «A vos también os maldigo por no haber hecho caso de mi súplica, y todos los santos saben que os lo tenéis bien merecido».

Su rostro se convirtió en una máscara de piedra: impassible y muda como si detrás no hubiese ningún sentimiento. Cuando los guardias decidieron intervenir, él los apartó con un gesto. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Podéis retiraros, madame, si ya habéis dicho lo vuestro.

Sin desviar ni un ápice la mirada, madame Le Barbier se recogió la falda y retrocedió. Mientras se confundía una vez más con el grupo de los testigos, la temperatura en la capilla subió brusca y sin ninguna causa aparente, como si todo el aire fresco hubiese sido aspirado por alguna criatura gigantesca que acababa de emerger de las profundidades de un lago. Los hombres comenzaron a desabrocharse los cuellos; las mujeres se abanicaban para protegerse de los vahídos. Jean de Malestroit se incorporó a medias en su silla y ordenó con un gesto enérgico que abrieran la ventana. Las bisagras de hierro chirriaron sonoramente cuando el alguacil abrió la ventana que casi nunca se abría.

Entró una corriente de aire cuya frialdad nos pareció todavía más extrema en comparación con el calor agobiante de la sala. Antes de que la buena mujer tuviese la oportunidad de volver a sentarse, un gran cuervo negro azulado entró por la abertura

y sobrevoló la asamblea. Miró a la concurrencia con sus malévolos y pequeños ojos amarillos y movió las alas hasta desplegarlas al máximo. Un tremendo grito de espanto resonó en la capilla. Una mujer, impulsada por el miedo, se levantó bruscamente y después cayó desvanecida sobre su acompañante. El pájaro desconcertado por el ruido buscó posarse en el sitio más alto que, en ese momento, era la cabeza de madame Le Barbier. Hundió las afiladas garras en los cabellos de la mujer en un frenético intento de posarse en algo sólido.

La mujer comenzó a proferir unos alaridos tremendos y a dar vueltas, mientras manoteaba con auténtica desesperación en sus intentos por apartar las garras que se le clavaban en el cuero cabelludo. Los asistentes se apartaban, aterrorizados. Un hombre se levantó para señalar al negro intruso con un dedo acusador.

—Es la encarnación del mismísimo demonio —gritó.

Fue entonces cuando comenzaron los verdaderos gemidos de espanto. Todos se levantaron en un intento por escapar pero se entorpecían los unos a los otros. Su Eminencia, ahora de pie, aporreaba la mesa con su mazo en un inútil intento por restablecer el orden en la sala.

Me apresuré a correr en ayuda de la infortunada mujer. Con la cabeza echada hacia atrás para no ser alcanzada por el furioso aleteo del pájaro, lo sujeté lo mejor que pude y comencé a tirar hacia arriba. Él fue a por mi mano con su afilado pico, y la sangre comenzó a manar en abundancia cuando me hizo un profundo corte en el dorso. Otros acudieron finalmente a ayudarnos, y entre todos conseguimos apartar las garras del pájaro de la cabellera de la víctima que no dejaba de chillar. Libre al fin, el cuervo se remontó hasta lo más alto de la capilla, donde se entretuvo en dar vueltas en un estado de perversa agitación. Todos a la una nos encogimos atemorizados mientras el demonio negro se lanzaba en picado con las garras desplegadas a la búsqueda de una nueva víctima. Nos pareció que transcurría una eternidad antes de que los gritos de terror consiguieran espantarlo y saliera a través de la abertura, para volver a la libertad del cielo.

De Touscheronde literalmente se lanzó sobre la ventana y la cerró con tanta violencia que el estruendo nos hizo temer a todos que acabaría destrozada. Sin embargo, por obra de algún milagro, el marco de hierro resistió, y todos los cristales de colores —tan artísticamente montados y unidos con cintas de plomo— quedaron intactos.

Con cuánta pena hubiese llorado mi madre al ver su delicado pañuelo de encaje blanco teñido de rojo con la sangre de su hija. Mantuve la tela apretada con fuerza sobre la mano herida mientras las personas a mi alrededor gemían con desesperación y se abrazaban las unas a las otras en busca de consuelo. Los hombres y las mujeres rezaban y se persignaban, algunos con verdadera furia, para purgarse del espíritu maligno que había entrado con aquellas alas negras.

¿El señor De Rais había enviado a este demonio para atormentar a madame Le Barbier y, junto con ella, a todos nosotros? ¿O había sido su súbita aparición tan solo una coincidencia? Ninguno de nosotros lo podía decir a ciencia cierta.

En cualquier caso, del primero al último, estábamos aterrorizados.

El cuervo se había marchado hacía rato, pero el tumulto continuaba, y era imposible seguir adelante con el proceso en semejantes condiciones; madame Le Barbier acabó siendo la última testigo de la tarde. Su Eminencia dio por terminada la actividad del día con unas cuantas frases en latín que tuvo que gritar a voz en cuello para hacerse escuchar en medio de todo aquel escándalo, y los escribas se apresuraron a consignar sus palabras en los pergaminos. Luego Jean de Malestroit le hizo una seña al capitán de la guardia del tribunal, quien a su vez se apresuró a transmitir la orden a sus subalternos. Como un solo hombre, los guardias comenzaron a golpear rítmicamente en el suelo de piedra con los cabos de las lanzas, pero en lugar de apaciguarse, el tumulto aumentó rápidamente en fuerza e intensidad. Muy pronto los gritos fueron acompañados con el batir de palmas, que se acoplaron perfectamente al ritmo marcado por los golpes de las lanzas.

Era el caos más absoluto. Vi a Jean de Malestroit hacerle otra seña al capitán, quien ordenó a los guardias que dejaran de golpear. Ahora las lanzas comenzaron a empujar a los ciudadanos fuera de la capilla. El palmeo se fue apagando poco a poco mientras la concurrencia abandonaba descontenta la sala y bajaba las escaleras.

Las protestas de aquellos que aún tenían que declarar no podían ser más estridentes y furiosas, porque cada uno de ellos estaba absolutamente seguro de que su relato bastaría para convencer a los jueces de la culpabilidad de mi señor. Sentía una profunda compasión por estas personas desilusionadas, aunque no alcanzaba a entender de qué serviría otra declaración a la vista de todo lo que ya habíamos escuchado.

Miré hacia donde se encontraba Jean de Malestroit; me interrogó con una rápida mirada por la gravedad de mi herida, y yo le respondí con un leve encogimiento de hombros. Al día siguiente me dolería, pero de momento no me molestaba. Despejada aquella preocupación, en su rostro apareció una expresión de profundo enfado. En lo más profundo de su corazón, se estaría reprochando haber permitido que se produjera ese desorden, aunque era claramente obra de Dios, o quizá del diablo. Desde luego, a él no se le podía hacer responsable. En cualquier caso, se culparía. Le observé mientras se marchaba por una de las puertas laterales; lo hizo con tanta prisa que la toga se levantó impulsada por el aire.

El hermano Damien y yo salimos con los demás que habían estado en la capilla. Avanzamos a buen paso; entre los testigos parecía reinar la voluntad de llegar cuanto antes a la plaza, porque había muchas cosas que contar. La muchedumbre que nos aguardaba a todos nosotros parecía haberse duplicado una vez más desde la última

pausa. Ya corría de boca en boca un terrible relato de brujería, protagonizado por el cuervo, y comprobé cómo aumentaban las exageraciones con cada repetición.

*Sus alas eran tan grandes como las de una cigüeña.*

*Sus ojos. ¡Sus ojos eran tan humanos!*

*¡Cuando abría el pico, se escuchaban palabras en muchas lenguas!*

Los embellecimientos continuarían hasta que el cuervo acabaría convertido en un dragón alado con unas garras sanguinarias, escamas verdes, y unos demoníacos ojos amarillos capaces de arrebatarse el alma al más valiente con tan solo una mirada. Dirían que tenía las fauces tintas en sangre, que era la mía. El pájaro usurpador se había llevado con él algo más que mi sangre: se había llevado todas mis ilusiones de que el juicio y el eventual castigo de Gilles de Rais se pudiera conseguir de una manera ordenada, y que todos pudiéramos evitarnos el escándalo que lo empañaría. Pero ahora las cosas estaban demasiado trastornadas para que se impusieran la santidad y la sensatez.



Carl Thorsen era un hermoso ángel rubio, como la mayoría de los otros chicos desaparecidos. Carl no era chico de físico menudo: era alto, pero delgado y de huesos pequeños. Esta vez tenía una ventaja a la hora de valorarlo que no había tenido antes: lo veía en vivo. Las fotos no sirven de gran cosa e incluso los vídeos no acaban de transmitir del todo cómo era la víctima en la realidad. Carl era atlético y con más gracia en los movimientos de lo que podía esperarse; desde luego se movía de una manera mucho menos torpe que la mayoría de los chicos de su edad, incluidos los míos. En el acto se convirtió en un símbolo, la amalgama de todos los chicos desaparecidos. Le observé interactuar con quienes le rodeaban, en particular con la madre. De los otros, no tengo nada más que los recuerdos deformados por la esperanza que sus seres queridos estaban dispuestos a facilitarme como una ayuda para comprender la esencia del chico. No fue así con Carl y su madre: se entregaron a un exquisito juego de intimidad familiar. Él iba y venía entre la proximidad infantil y el distanciamiento del adolescente. En un primer momento ella estaba dominada por la cólera, una emoción que disimuló muy bien hasta que finalmente se transformó en un profundo alivio.

Los pusimos en la mejor de nuestras salas de entrevista, la que generalmente reservamos por los testigos no violentos y dispuestos a cooperar, o a las víctimas angustiadas. Las sillas están tapizadas y la iluminación es suave. Les dejé acomodarse a su gusto, y cuando ambos parecieron razonablemente tranquilos, hablamos un poco, sobre todo de lo afortunado que había sido Carl al conseguir escapar. Entró Escobar —habíamos acordado que entraría «por casualidad»— que concentró sus atenciones en Carl. Tan pronto como consiguió entablar conversación con el chico, yo hice un aparte con la madre y le pregunté si estaría dispuesta a abandonar la sala durante unos minutos para que le hiciera algunas preguntas de carácter doméstico que necesitaba para completar el papeleo. En realidad lo que me interesaba era tener a Jake y a Carl a solas en la misma habitación, para ver cómo reaccionaba Carl ante el amigo de su madre sin su influencia.

El chico se levantó de un salto y se echó en los brazos del hombre, mientras repetía su nombre una y otra vez.

«Sabía que no eras tú, Jake. Sabía que tú nunca intentarías hacerme el menor daño».

Toda aquella escena me provocó una gran inquietud. Todos esos chicos, allí donde pudieran estar y en la condición que estuviesen, habían visto destrozada su confianza en un adulto —es algo que aplasta a un chico mucho más de lo que cualquiera puede creer— y luego habían sido atacados por un extraño.

Regresé con la madre a la sala de entrevistas al cabo de unos pocos minutos. Con

Jake a su lado, que le rodeaba los hombros con un brazo, Carl Thorsen se relajó lo suficiente como para comenzar a desmoronarse; probablemente había aguantado gracias a la adrenalina, pero ahora el trauma emocional comenzaba a dejarse sentir. Se interrumpía de vez en cuando para recuperar el control de sí mismo mientras volvía a repetir su historia, pero esa vez, con más detalles.

—Escuché el coche cuando dio la vuelta en la esquina. Volví la cabeza hacia la izquierda para mirar por encima del hombro. Se parecía al coche de Jake, pero el suyo es muy parecido a muchos otros, de color claro, no un cuatro por cuatro. Al cabo de unos segundos escuché cómo aminoraba la marcha; te das cuenta porque escuchas cómo los neumáticos hacen ese ruido especial cuando se mueven más despacio por el pavimento. Lo escuchaba con toda claridad. Me puso un poco nervioso.

»El coche se acercó tanto a la acera que las ruedas casi tocaban el bordillo y se movía tan poco a poco que avanzaba a mi misma velocidad. Luego se adelantó unos pasos. Se abrió la puerta del pasajero; el tipo seguramente tuvo que inclinarse sobre el asiento para abrirla con la otra mano. Me aparté un poco. Él me llamó por mi nombre, pero la voz no me era conocida. Cuando miré en el interior del coche vi a un tipo que me resultó parecido a Jake, así que me acerqué.

Le pregunté qué le pasaba en la voz, y él comenzó a toser muy fuerte y dijo que estaba resfriado. Después el tipo me dijo que subiera al coche porque mi mamá me necesitaba en casa en ese preciso instante.

»Supuse que debía pasar algo grave en mi casa y casi subí al coche. Pero no me acabé de creer que era Jake. El tipo debió darse cuenta de lo que estaba pensando porque me cogió del brazo. Conseguí zafarme. Él cerró la puerta con una fuerza tremenda; tuve miedo de que me pillara la camisa y me arrastrara. Pero no lo hizo. Arrancó a toda pastilla y me dejó allí. Me eché a llorar.

Hizo lo mismo en la sala de entrevista cuando llegaba al final de su relato. Me pareció que era una buena cosa. Le vendría muy bien descargarse de toda esta historia en un lugar donde sabía que no corría ningún riesgo.

Salía de la sala para ir a buscar una gaseosa para el chico y un café para la madre cuando Spence apareció a la carrera por el pasillo con una expresión que no auguraba nada bueno.

—Se ha producido otro. También abortado.

—Por lo que parece, tu sospechoso tiene un hermano gemelo —se mofó Vuska.

Gritar era la única manera de hacerte escuchar, así que eso hice, aunque no me gustó nada el sonido de mi voz en aquel momento.

—Nada contradice que todo esto sea obra de un solo tipo —chillé entre todo aquel caos.

Frazeo y Escobar se mantuvieron discretamente en un segundo plano.

—Esperad un momento, pensad en lo que está haciendo —les supliqué a todos—. Hasta ahora nunca ha fracasado en los secuestros, al menos por lo que sabemos. Se ha llevado a todos los chicos que decidió raptar. Dejó escapar a estos dos para despistarnos. ¿No lo veis? Está jugando con nosotros.

A los polis no les gusta que jueguen con ellos. Pero era obvio que a los secuestradores tampoco les hacía mucha gracia; al menos no a Wil Durand. Era como si hubiésemos encendido la luz en el laboratorio del doctor Frankenstein cuando comenzamos a verlo abiertamente.

—Tenemos que ir a por este tipo ahora mismo porque nos está ofreciendo la oportunidad, y quizá no volvamos a tenerla nunca más —insistí—. Hasta ahora ha sido prácticamente invisible. Está dejando que le veamos, se pasea por delante de nuestras narices, porque el muy hijo de puta se cree mucho más listo que todos nosotros.

Me dolía la cabeza y me sudaban las manos. Pero advertí un cambio de actitud cuando acabamos la sesión informativa.

Carl Thorsen y su madre todavía estaban en la sala de entrevistas. Acorralé a alguien del personal auxiliar y le dije:

—¿Podría ir a decirles que me demoraré un poco más porque tengo que ocuparme de otro caso?

La auxiliar asintió aunque me miró enfadada.

—Dícales que regresaré lo antes posible. Sírvales algo de comer de alguno de los menús autorizados si les apetecen, y si no hay dinero suficiente en la caja, lo pagaré de mi bolsillo.

Volví a mi mesa, consciente de que iba a enfrentarme a otro enloquecido ataque por parte de Durand, cuando casi no me quedaban fuerzas para seguir adelante. Las miradas de mis compañeros detectives estaban fijadas en mí. Fred y un puñado de jefes estaban reunidos en su despacho para analizar los últimos acontecimientos, cuando recibimos la siguiente llamada.

Lo había hecho una vez más, con solo una hora de diferencia de la anterior.

—Es un mensaje —afirmé, aunque nadie pareció escucharme excepto Spence y Escobar—. Me está diciendo: *Atrápame si puedes*.

Que era precisamente lo que pensaba hacer, con o sin ayuda. Si es que todavía era una detective.

Aunque tenía el número del busca de Errol Erkinen, nunca lo había utilizado hasta la fecha. Sin embargo, eso era una emergencia. Respondió a mi llamada casi de inmediato.

—Tengo a tres chicos que se escaparon del tipo. Están todos aquí en la división ahora mismo.

—Espera un momento —dijo, como si no me hubiese entendido bien—. ¿Se

escaparon todos?

—Sí. Los tres, lo creas o no.

—Esto es una auténtica escalada en su comportamiento; está jugando contigo, está haciendo una declaración.

Es tan agradable saber que hay alguien que confía en ti.

—Yo lo tengo claro, pero no parece que nadie más de los que están aquí se lo crea. Comienzo a creer que todo este asunto se ha convertido en algo personal entre nosotros dos. Ya no se trata de los chicos.

—Probablemente tengas toda la razón. Se ha salido del esquema y se está comunicando contigo a través de la variación. No hay ninguna duda de que espera tu respuesta.

—Puedes estar seguro de que le responderé. Pero ahora mismo tengo que entrevistar a los chicos. Quiero hablar con los tres juntos porque creo que si hablan entre ellos se sentirán más en confianza y dirán muchas más cosas que si se las pregunto. Necesito de tu ayuda porque el teniente quiere que esté presente «algún médico».

—Yo no soy médico.

—A ti te llaman doctor, ¿no es así? Eso es más que suficiente para la ocasión.

—De acuerdo. Ahora mismo voy. Ve con mucho cuidado y no te dejes engañar por esta pequeña desviación. Sabes que lo hará de nuevo en serio, y que no tardará mucho.

—Voy a meterlo en la cárcel antes de que ocurra.

—Eso es lo que crees.

—Sé que lo haré.

Fiel a su palabra, Erkinnen apareció quince minutos más tarde.

Teníamos a cada uno de los grupos en salas separadas. Las auxiliares se quejaban de tener que ocuparse de servir bebidas y comidas para los chicos y los familiares, que yo, la detective abusona, había ofrecido tan descaradamente para que estuviesen un poco más cómodos. Escuché que una de ellas decía: «Este lugar se está convirtiendo en un maldito Holiday Inn».

¿Qué hubiese dicho de haberse tratado de su hijo?

Antes de que entráramos en las salas, Errol me llevó aparte.

—Tienen que estar lo más cómodos posible cuando lo hagamos —dijo—. ¿Alguno de ellos necesita higienizarse?

No le comprendí.

—¿Alguno de ellos tuvo una reacción física como consecuencia del intento de secuestro? ¿Se ensució o se meó encima?

—No, que yo me diera cuenta cuando los trajeron.

—Bien. Esa es una buena señal.

Nos presentamos y hablamos con los chicos por separado durante unos minutos. Volví a mi mesa con la sensación de haber estado hablando con una pared.

—No están diciendo gran cosa —manifesté, con un tono de queja.

—Lo más probable es que no quieran abrir la boca porque sus padres están presentes. Tendremos que hablar con ellos a solas —afirmó el psicólogo.

—¿Tú crees que es prudente hacerlo en estos momentos? Han pasado por una experiencia muy desagradable. Cualquiera creería que se sentirían mucho más seguros teniendo el apoyo de los padres.

—Ahora mismo todos experimentan una sensación de vulnerabilidad extrema, que no es muy diferente del síndrome del estrés postraumático. Estos chicos no son unos soldados veteranos. Carecen de gran parte de los mecanismos defensivos de los adultos.

—En ese caso, ¿por qué debemos alejarlos de algo que les hace sentirse seguros? ¿No se cerrarán todavía más si no están presentes los padres?

—Quizá. Eso es algo que no puedo saber. En cambio, estoy absolutamente seguro de que todos dan por hecho que sus padres están furiosos con ellos por lo que ha pasado. ¿Cuántas veces crees que a cada uno de ellos le han repetido «No hables con ningún extraño»? ¿Y qué ha pasado esta vez? Hablaron con un extraño.

Tenía razón. Evan se hubiera sentido muy mortificado en el caso de haber sido víctima de algo que yo le había advertido mil veces que no debía hacer; no me hubiese dicho ni una palabra.

—Todavía son demasiado jóvenes como para sentir la culpa del superviviente —comentó—. Quizá la sientan más tarde, pero ahora mismo no creo que sea un factor importante. A menudo hay efectos retardados; algunas veces no aparecen hasta al cabo de varios años. Por supuesto, hay tratamientos...

Tuve que interrumpirle.

—Ya me darás clases más tarde, Errol. Ahora mismo necesito que estés conmigo en esto; deja que yo lleve la voz cantante. Me vendrán muy bien algunas sugerencias sobre cómo podemos llevar a la práctica toda esta teoría.

—Quizá tendríamos que empezar con los tres chicos en una misma sala, sin los padres, y ver cómo va —manifestó, un tanto contrito—. Tendremos que tener mucho cuidado para evitar que se sientan interrogados.

Ninguno de los padres planteó objeción alguna, pero las cosas no fueron tan bien como esperábamos con los chicos. Los tres no dejaban de moverse inquietos a más no poder. Parecían creer que aquello era algo parecido a un castigo en grupo.

Erkinnen me llevó a un rincón de la sala y me susurró:

—Tenemos que evitar esta sensación de que están en el despacho del director de la escuela. Quizá suene un tanto perverso, pero necesitamos conseguir que todo esto les resulte divertido.

¿Qué les gustaba a los chicos aparte de las bestias?

Los coches.

—Quédate aquí —le respondí—. Creo que tengo la solución.

Spence le pidió prestada la gorra a uno de los agentes y simuló ser el chófer. Erkinen y yo nos instalamos en los asientos de atrás con los tres chicos. La limusina Mercedes confiscada, un resplandeciente monstruo negro que flotaba por la calle como una alfombra mágica, era el vehículo escogido para recorrer los tres escenarios de los secuestros frustrados.

Hubo unos momentos de nerviosa vacilación hasta que di unas palmaditas en el revólver que llevaba en la sobaquera.

Se instalaron muy a gusto en menos de cinco minutos. Había un reproductor de vídeos, una PlayStation, un teléfono y una multitud de chismes electrónicos en ese coche fantástico, que estaba a punto de salir a subasta tal como señalaba la ley. Nos movimos a poca velocidad entre el bosque de neón, y entre todos tomamos la decisión de que lo mejor era seguir un orden cronológico, cosa que me complació porque así vería lo que Wilbur había tenido que pasar para ir de un escenario al siguiente. En los tres lugares, después de unos breves instantes de silencio, la conversación se volvió animada y descriptiva. «Yo estaba aquí mismo y él se acercó, y luego se abrió la puerta y...».

En la seguridad de la experiencia común, sus casi tragedias se convirtieron en aventuras que valía la pena relatar. Solo el chico involucrado podía explicar los detalles de lo ocurrido en cada sitio, pero tal como había esperado, los otros respondieron con las entusiastas comparaciones con sus propias vivencias. Hubo momentos en que los tres se bajaron del coche, para comparar notas y ver quién lo había hecho mejor.

La gira concluyó con una visita a la famosa heladería en Santa Mónica y una breve parada en el muelle para que los chicos consumieran las energías acumuladas en el viaje y con los helados. Erkinen y yo nos apoyamos en la balastrada y los observamos mientras correteaban por la playa en el lado norte del muelle. Estos tres chicos se habían salvado por los pelos de convertirse en fotos de mi galería de víctimas, pero allí estaban, vivos y corriendo por la arena, tal como hubiese hecho mi hijo, de haber estado presente. Consideré la posibilidad de que, después de todo, existiera Dios.

—Todos jóvenes y hermosos —comenté.

—Así es, efectivamente. Su fetiche, desnudo y a la vista —afirmó Erkinen—. No es algo fuera de lo habitual que en situaciones de series el criminal se vea impulsado por fuerzas que no comprende a la hora de escoger a las víctimas con unas determinadas características. Cuando tengamos a este tipo, quiero preguntarle sobre este asunto. Las características pueden tener un significado muy importante.

«Cuando tengamos a este tipo». Todavía no era más que un sueño muy bonito, pero nos acercábamos cada vez más. Me pregunté si me encontraría con la orden de arresto a nombre de Wilbur Durand sobre mi mesa cuando volviera a la división.

Los graznidos de las gaviotas dominaban el estruendo de las olas que rompían en la playa. Sobre el horizonte aún se mantenía una faja de color naranja brillante sobre el fondo de un océano gris, aunque el sol ya se había puesto.

—Mira qué cielo —dije con un suspiro de asombro—. ¿Cómo puede existir algo tan horrible como Wilbur Durand en un mundo tan hermoso?

Erkinnen apoyó una mano en mi hombro. El cálido y afectuoso contacto fue un gran consuelo.

—Creo que ya habíamos hablado de todo esto —respondió con un tono muy comprensivo—. La supervivencia del más fuerte. El último que queda en pie no tendrá rivales a la hora de reproducirse, y si para eso tiene que matar, pues entonces matará. No estoy muy seguro de que estemos preparados de verdad para comprenderlo.

—No tendrá ninguna oportunidad para reproducirse.

Corrían, saltaban, se tiraban puñados de arena. Ya volverían a la realidad, pero por ahora eran personajes de una película de terror con un final feliz.

—Míralos —añadí—. Disfrutan con toda la ilusión y la fuerza de la primera adolescencia.

—Sí. Algo muy envidiable. —Me miró directamente a los ojos—. Alguien tuvo que robarle esa parte de la vida a Wilbur Durand. Ahora está intentando recuperarla a través de robársela a los demás. Fíjate bien, son prácticamente clónicos. Busca a las víctimas por su parecido con alguien específico.

No podía ser otro que Aiden, el hermano mayor de Michael Gallagher. Tendría que llamar a Moskal antes de lo que pensaba, para pedirle una fotografía. Lamenté no haber pedido una cuando habíamos estado en la casa de los Gallagher.

—Tendríamos que llevarlos de vuelta a la división —dije—. Los padres estarán como locos al ver que no volvemos.

—Sí, lo sé. Pero no tengo ninguna gana de marcharme. Este es el momento más tranquilo que he disfrutado en varias semanas.

—Yo también.

Se metió dos dedos en la boca y silbó con fuerza. Los tres chicos se volvieron para mirarnos y echaron a correr en respuesta a la señal que les hizo agitando una mano. El padre universal, un refugio seguro.

—Por cierto, has hecho un muy buen trabajo —afirmó.

Permanecí en la comisaría el tiempo justo para entregar a los chicos a la custodia de sus ansiosos padres. Me puse de acuerdo con las tres familias para hacer un seguimiento, a sabiendas de que pasaría algún tiempo antes de que pudiera dedicarme

a ello; había tantas otras cosas que atender. Sin embargo, antes de que hiciera cualquier otra cosa, necesitaba ir a mi casa. Allí me reencontraría con la cordura, de la clase que solo se puede conseguir ejerciendo de madre durante unas cuantas horas. Kevin se mostró muy dispuesto a llevarlos a casa, y me ahorró el esfuerzo suplementario de ir hasta la suya; tenía sus momentos.

Necesitaba con desesperación revolcarme en la dulce, cálida, caótica normalidad de mis dos hijas y mi hijo. Ellos sabían muy bien cómo era mi trabajo y el efecto que tenía en mí en algunas ocasiones; eran tantas las noches que había regresado cubierta con toda la maldad del mundo. Caminaban de puntillas a mi alrededor cuando me consumía la rabia después de haber arrestado a algún delincuente juvenil por un crimen que la mayoría de los adultos apenas si eran capaces de concebir, algo que sucedía con demasiada frecuencia.

Frannie, la más sensible, fue la primera en preguntarme por la inquietud que me dominaba.

—¿Estás bien, mamá?

Aparté un mechón de cabellos rebeldes de su frente. Se le estaba rizando el pelo y ese gesto se había convertido en un pequeño juego entre nosotras.

—Tal cual están las cosas, cariño, no me puedo quejar.

No se dejó convencer.

—¿Problemas en el trabajo?

—A ti no se te puede engañar, ¿verdad?

—¿Por qué tendrías que engañarme?

Sí, ¿por qué? Para ahorrarle cosas que no tenía ninguna necesidad de comprender.

—Desafortunadamente —le respondí—, todavía será peor antes que comiencen a mejorar.

—Te puedo ayudar con las tareas de la casa —me ofreció con su voz más tierna. La solidaridad no podía ser más sincera.

Detestaba pensar que el estrés provocado por mi trabajo la llevara a creer que ella debía asumir las responsabilidades de un adulto cuando todavía era una niña.

—Esta noche no haremos deberes —les anuncié a todos—. Escribiré una nota para vuestras maestras. Esta noche toca jugar.

Comenzaron a gritar de alegría. Videojuegos, palomitas, helado, música a tope, batallas de almohadas; hicimos todo aquello que representa la decadencia para aquellos que son demasiado inocentes para saber lo que significa de verdad. Mi adusto hijo, que puede ser tan distante cuando le da por el malhumor, se mostró tremendamente amistoso.

Las niñas se fueron a la cama alrededor de las diez. Evan parecía dispuesto a quedarse conmigo, cosa que casi me hizo llorar de agradecimiento. Pusimos el vídeo de *Apolo 13*, pasamos la cinta a toda velocidad para ver las partes buenas, y



escuchamos de fondo las risas de Frannie y Julia que nos llegaban desde la habitación que compartían. Había ocasiones en las que tenía la sensación de que Evan se sentía genéticamente excluido. Esta noche, no parecía afectarle. Tenía a su madre para él solo.

Apenas si me lo pude creer cuando se acurrucó contra mí durante la impresionante escena de la reentrada en la atmósfera.

—Mamá —dijo con un leve titubeo.

—Dime, cariño.

Noté la tensión en sus hombros. No le gustaba que lo llamara cariño. Lo abracé por un momento.

—Lo siento, Evan. Me olvido cuando estoy distraída. ¿Qué pasa?

—Ya no estás mucho tiempo en casa.

Una puñalada directa al corazón.

—Lo sé, y lo siento mucho. Ahora mismo tengo un caso que me obliga a estar en el trabajo mucho más de lo que quisiera.

—¿De qué se trata? —preguntó llevado por la curiosidad.

No tenía muy claro si debía decírselo. No tenía manera de saber cómo le harían sentir mis revelaciones. Decidí darle una explicación lo más general posible.

—Es un caso muy grave, Evan. Han desaparecido unos cuantos chicos. De tu misma edad. Algunos de ellos llevan desaparecidos mucho tiempo y me temo que quizá estén muertos.

Permaneció callado durante unos momentos mientras reflexionaba, y luego me preguntó:

—¿Cómo lo llevas?

Me sorprendió, pero le respondí como si estuviese hablando con un adulto.

—Es muy frustrante —confesé—. Sin embargo, es algo que ocurre en mi trabajo. Hace tiempo que tengo a un sospechoso, pero no he tenido las pruebas necesarias para arrestarlo hasta hace muy poco. Ahora estoy esperando que me den la orden de arresto, y no tengo idea si la firmarán o no. No es como si pudiera llamar a un juez y decirle: «Creo que este es el tipo». Necesito tener lo que llaman una causa probable, y una causa probable es algo que depende de cada juez. Algunas veces el mismo juez me firmará la orden para un caso y luego no me firmará otra para un caso similar. No hay manera de explicarlo.

—Vaya gilipollez.

Demasiado adulto. Pero no le corregí; lo dejaría para otra ocasión, cuando no estuviésemos en mitad de un «momento».

—Sí, es una gilipollez. Mi consejo es que si no quieres sentirte frustrado, no te hagas policía.

—Creo que tu trabajo es guay, mamá. No sabes lo orgulloso que me siento

cuando le hablo a los chicos de tu trabajo.

Me entraron ganas de llorar.

—Evan, eso es encantador. No tenía idea.

—Me gusta que seas poli. Me gusta que pilles a los tipos malos.

Siempre había deseado criar a unos chicos que comprendieran el valor de un trabajo noble. Al parecer lo había conseguido.

Por primera vez en lo que me pareció muchos años, acosté a mi hijo, le abrigué con la manta, y apagué la luz de su habitación. Cuando me quedé sola, fui a mi ordenador y escribí el informe del trabajo noble que había hecho aquella tarde mientras tenía los hechos bien frescos en la memoria. Fue otra pieza muy bien redactada, con la intención de reforzar todavía más la posición que había adoptado en este caso. Wilbur Durand era el perpetrador que había secuestrado a todos esos chicos. También estaba el pequeño asunto de un paseo no autorizado en un vehículo confiscado que ahora pertenecía a los contribuyentes, que requería una justificación.

Los tres chicos fueron abordados por un hombre disfrazado como una persona de confianza de cada víctima. Los intentos se produjeron con intervalos de aproximadamente una hora; en la reconstrucción de los hechos, confirmamos que las rutas tomadas para ir a los diferentes lugares se podían recorrer fácilmente en menos de quince minutos, incluso si tomamos en cuenta la densidad de tráfico, lo que otorga un margen de tiempo suficiente para que un mismo perpetrador pueda cambiar de disfraz si fueron confeccionados con la idea de permitir un cambio rápido. Los tres chicos eran de estatura, peso, color de piel y edad similares, cosa que se corresponde con el patrón de víctimas previamente establecido en múltiples casos presuntamente cometidos por el mismo secuestrador.

Mi preparación profesional y experiencia me han llevado a la conclusión de que el secuestrador es muy consciente de que le estamos persiguiendo vigorosamente y que su intención de permitir que estas tres víctimas escaparan es la de confundir al/los investigador/es y desviar el caso. Los intentos de secuestros fueron realizados en lugares donde no es probable que haya testigos presentes, aunque en uno de los casos hubo un testigo, quien se ha mostrado poco dispuesto a colaborar y que puede ser considerado como poco fiable. Ninguna de las víctimas tenía la fuerza suficiente para resistir a un secuestrador decidido, pero todos consiguieron zafarse de la sujeción del secuestrador con relativa facilidad y con muy pocos forcejeos, cosa que apoya la teoría de fracasos orquestados.

Hubiera cogido al menos uno de ellos si hubiese querido hacerlo de verdad; si solo llevaba una careta y una peluca como disfraz, disponía de tiempo más que suficiente. Todos los chicos habían coincidido en que había tirado de ellos, pero no con la fuerza necesaria para meterlos dentro del coche, y les había parecido que el hombre estaba representando un secuestro y no que quería hacerlo de verdad.

Lamenté no haber podido incluir todo esto en la solicitud de la orden de arresto.

A la mañana siguiente, cuando entré en la sala de la división, descubrí que no hubiera servido de mucho. Spence y Escobar estaban uno a cada extremo de mi mesa con una sonrisa de palmo.

Otra vez me había tocado el buen juez.

—Estamos preparados para ir —dijo Spence.

—No lo dudo —respondí, con un tono un tanto incrédulo—. El único problema es saber ¿adónde?

## Veintisiete

Jean de Malestroit me envió recado para avisarme de que pasaría el resto de la velada en compañía del fiscal De Touscheronde y el fraile Blouyn con el fin de discutir los procedimientos del día siguiente. Cené en compañía de las demás hermanas del convento, quienes se lanzaron sobre mi mano picoteada como un enjambre de médicos. Aunque había muchas cosas que hubiese querido discutir con Su Eminencia referentes a los acontecimientos del día, debo confesar que la compañía de las mujeres fue un agradable cambio después de pasar tantos días en ambientes exclusivamente masculinos. Nos reunimos alrededor de la larga mesa en el salón principal de nuestro convento. Nunca había visto a nadie persignarse con tanta rapidez en todos los años que llevaba allí: un toque en la frente, un velocísimo vaivén a través del pecho y luego comenzaron los murmullos referentes a las intrigas del día. Pero en sus comentarios no había ni rastro de la desesperación que había escuchado en la plaza, una falta de ansiedad que me resultaba tan reconfortante como la comida que nos acababan de servir. Después de cenar me retiré a mi habitación y me encontré con la bendición añadida de la soledad.

Soledad; pensamientos. Uno sigue naturalmente al otro y ¿en qué otra cosa podía pensar sino en todo lo que había descubierto en Champtocé? ¿Qué parte de todo aquello se podía contar, si es que había alguna, y a quién? No le había escrito a mi hijo en Aviñón en toda una quincena, y eso a pesar de que había recibido dos cartas tuyas en ese tiempo, ambas llenas de los más tiernos sentimientos hacia mí y una gran curiosidad por el desarrollo de los acontecimientos. Quería responderle con un relato de lo que se había sabido hasta ese momento en las audiencias, pero no sabía cómo poner manos a la obra sin confesarle que ya conocía el destino de su hermano y que una terrible sospecha había invadido mi alma.

«Querido hijo, hemos tenido una visita del demonio en persona encarnado en la forma de un cuervo. A tu hermano le arrancaron las vísceras, pero no fue un jabalí...».

No era capaz de redactar un comienzo satisfactorio. Después de intentarlo varias veces me rendí a mi propia incompetencia y me dediqué a bordar, con el consiguiente gasto de varias velas. Pero cada vez que una hebra atravesaba la tela y quedaba bien firme en su lugar, estaba una puntada más cerca de una decisión. Cuando finalmente me metí en la cama dispuesta a dormir, la había tomado, aunque no por eso reinaba la paz en mi corazón.

La mañana nos trajo una repetición de la jornada anterior. De Touscheronde comenzó la sesión del día con la presencia de otro testigo a quien le habían robado el hijo.

—Estas historias comienzan a provocar más bostezos que lágrimas. ¿Cuántas más

tendremos que escuchar? —me susurró el hermano Damien.

Me encogí de hombros; la mujer hecha un mar de lágrimas volvió a su asiento. De Touscheronde se acercó a la mesa de los jueces para mantener una muy grave discusión entre susurros con Jean de Malestroit y el fraile Blouyn sobre lo adecuado de algún punto legal. Después de varios gestos de asentimiento de todas las partes, De Touscheronde se volvió hacia la concurrencia. Llamó al estrado a Perrine Rondeau. Una mujer que recordaba haber visto el día anterior entre la muchedumbre se levantó de su asiento en los primeros bancos de la capilla.

«Mi marido está enfermo desde hace muchos años, y durante un período en que se encontraba bastante mal, decidí alquilar algunas de las habitaciones de mi casa como ayuda para cubrir los gastos. Para él fue motivo de mucha vergüenza, pero por supuesto no se encontraba en condiciones de trabajar. El marqués De Ceva y el monseñor François Prelati se alojaron en las habitaciones del piso superior durante un tiempo; yo también tenía mi cuarto en la misma planta, aunque era mucho más modesto. Una noche me sentí tan mal al creer que estaba a punto de perder a mi marido, que mi ama de llaves me llevó a la habitación que ocupaban Prelati y el marqués, convencida de que me sentiría mucho mejor si descansaba en un lecho más cómodo. Los caballeros habían marchado a Machecoul y todos creíamos que pasarían la noche allí. Pero el marqués y monseñor Prelati regresaron bastante tarde, ambos muy borrachos. Cuando me encontraron en la habitación, que reclamaron como suya justificadamente o no, montaron en cólera.

»Yo estaba muy nerviosa, lo admito; sin embargo no tenían ningún derecho a tratarme como lo hicieron. Primero me insultaron vilmente, y luego me sujetaron, uno por las manos y el otro por los pies, e intentaron arrojarme desde las alturas. De no haber sido por la intervención de mi ama de llaves, me hubieran arrojado sin más por encima de la balaustrada quizá con consecuencias fatales. Entonces, ¿quién hubiese cuidado de mi marido? Desde luego que no hubiesen sido el marqués ni el monseñor Prelati.

»Mientras estaba tendida en el suelo de la primera planta, los dos me patearon la espalda repetidamente con sus botas puntiagudas, y desde entonces no he vuelto a ser la misma.

»Más tarde, durante aquella misma noche, escuché al marqués De Ceva decirle a Prelati que le había encontrado a un joven paje muy bello en Dieppe. Monseñor Prelati se mostró encantado, y al cabo de unos cuantos días se presentó un chiquillo muy hermoso, que dijo ser de una muy buena familia de la región de Dieppe. Se alojó con monseñor Prelati durante unas dos semanas, y durante ese tiempo lo vi en repetidas ocasiones siempre en compañía de Prelati. Entonces, de repente, el chiquillo pareció desvanecerse; su amo iba y venía sin él. Así que pregunté por él. Monseñor François se mostró muy inquieto y afirmó que el paje, por mucho que se vanagloriara

de pertenecer a una buena familia, se había aprovechado de su confianza y se había marchado después de robarle dos coronas de oro. Que Dios maldiga a ese infame ladrón, dijo Prelati.

»Me sentí muy desconcertada por esta afirmación; el chico me había causado muy buena impresión y me había parecido muy honrado. No soy de las que suelen equivocarse a la hora de valorar a las personas.

»No mucho después, monseñor Prelati y maese Eustache Blanchet dejaron mi casa para alojarse en Machecoul. Escuché decir que habían echado de su casa a un hombre llamado Cahu y que le habían arrebatado las llaves de la manera más innoble y con gran violencia. Yo conocía la casa en cuestión porque había estado en Machecoul en repetidas ocasiones acompañada de mi marido. La casa estaba lejos de las otras viviendas, en los arrabales del pueblo: tenía su propio pozo, pero a pesar de esta bendición, el edificio presentaba un estado ruinoso; desde luego, nadie lo hubiera considerado una residencia adecuada para personas honorables.

»El marqués De Ceva continuó alojado en mi casa; creo que encontraba mis habitaciones más adecuadas para un caballero. Exigía mucho de mí, incluso en los momentos en que yo estaba claramente angustiada por la salud cada vez más debilitada de mi marido, pero siempre demoraba mucho el pago de las cantidades debidas, y cuando las pagaba, las monedas nunca las entregaba hasta después de largas y agrias discusiones sobre lo que debía en realidad, y de que yo soportara los más ofensivos comentarios referentes a que le engañaba en las cuentas. François Prelati y Eustache Blanchet venían con frecuencia desde su miserable albergue en Machecoul para visitar al marqués y a menudo se quedaban con él en mis habitaciones, pero así y todo no abandonaban la ruina de casa donde estaban viviendo. Lo que hacían eran dejar allí a sus pajes para mantener su posesión. Más adelante comprendí que tenían buenas razones para hacerlo.

»Sucedió que tuve que permanecer en Machecoul durante varios días mientras mi marido consultaba a un médico, muy poco antes del arresto de mi señor Gilles; ya corrían numerosos rumores sobre los problemas a que se enfrentaba, así que sentí curiosidad por saber qué estaba pasando en la casa de Cahu. Me acerqué unas cuantas veces y, oculta entre unos arbustos cercanos, observé las idas y venidas de estos hombres y sus sirvientes; todos parecían muy inquietos.

»Un día, mientras los observaba, sacaron una carretilla cargada con cenizas de la casa de Cahu. Era mucha la cantidad de polvo gris que se desparramaba, y el joven que la empujaba, de un aspecto tan delicado que casi parecía una jovencita, tenía dificultades para evitar que se volcara. Así y todo, parte de la carga se cayó al suelo. No sé dónde se llevaron el resto, pero tan pronto como se presentó la oportunidad, me acerqué a las cenizas derramadas. Noté que era sebosa al tacto cuando la froté entre los dedos, y el olor... Dios mío, no se parecía en nada a la carne asada de ningún

animal que yo conociera. Separé unos restos duros y les quité el polvo. Eran blancos y me parecieron de huesos cuando los mordí.

»Entonces me di cuenta de lo que tenía en la mano, y que antes me había metido en la boca, y me entraron unas náuseas tremendas. Dios me libre, pensé para mis adentros, son huesos humanos, quizá los de aquel joven paje tan hermoso. Comencé a escupir; seguí escupiendo hasta que desapareció de mi boca el último resto de aquel sabor».

Comenzó a escupir en el suelo de la capilla como si quisiera hacernos una demostración, y sin previo aviso, comenzó a sacudirse y a temblar como si le hubiese atacado el mal de San Vito. Solo se veía el blanco de sus ojos mientras se convulsionaba de una forma patética.

Una vez más, Jean de Malestroit comenzó a levantarse, pero antes de que completara el movimiento, ella ya se había recuperado.

—Oh, os pido perdón, señores. Sufro de ataques y, cuando estoy angustiada parecen darme con mayor frecuencia.

La sospecha y la preocupación se mezclaron en el rostro de Jean de Malestroit.

—¿Podéis continuar, señora?

—Por supuesto, mi señor.

«No mucho después advertí que se acercaban de nuevo los sirvientes, así que volví a ocultarme entre los arbustos. Me daba mucho miedo estar tan cerca, pero no había otros lugares donde ocultarme. Quizá no estaba a más de dos pasos largos de monseñor Prelati cuando salió de la casa cargado con varias cosas que vi con toda claridad. Entre ellas había una camisa tan pequeña que solo podía pertenecer a un niño. Estaba cubierta de sangre y otras manchas. La mantenía lo más apartada posible, y no me sorprendió que lo hiciera, porque incluso desde donde yo estaba la podía oler; desprendía un horrible olor fétido, y una vez más creí que vomitaría. No obstante, conseguí retener la bilis que pugnaba por escapar de mi boca, y miré atentamente mientras Prelati pasaba por delante de mi escondite. Me alegré de que la camisa no pudiera hablar; no tenía el más mínimo interés en saber cómo habían hecho un corte tan limpio a la altura del abdomen, y que ahora estaba rodeado de sangre».



No escuché nada más de lo que los testigos dijeron aquel día.

Jean de Malestroit se encontraba solo en su despacho cuando fui a verlo más tarde, con la mirada fija en la luz de una solitaria vela; en aquel momento no era el brillante diplomático, sino un humilde hombre de Dios en medio de la penumbra que parecía entregado totalmente a reflexionar en un complicado tema de fe. Se sujetaba la cabeza con ambas manos; en lugar de la habitual respiración normal, esta vez

escuché unos profundos y dolorosos suspiros.

Carraspeé muy discretamente para llamar su atención. Pasaron unos segundos antes de que desapareciera su expresión de profunda angustia y su mirada se encontrara con la mía.

—Guillemette —susurró. Había afecto en su tono, y también un cierto alivio.

—¿Os perturbo, Eminencia?

—Ya estoy profundamente perturbado.

—Quizá deseáis permanecer a solas...

—No, por favor... la verdad sea dicha, estaba a punto de enviar a buscarte. Estoy cansado de mis propios pensamientos y anhelo el sonido de otra voz. Disfrutar de tu compañía es algo que agradezco en estos momentos. Estoy harto de las personas con quienes me veo forzado a rozar durante estos días, y me incluyo entre ellas.

Pasaba horas con los llorosos testigos que repetían la misma historia, y los arteros abogados, cada uno animado con la ilusión de complacer al duque Juan más que los demás. Los severos escribas que estaban pendientes de cada una de las palabras que se decían en la capilla eran sus constantes compañeros. Los abogados, los fiscales y los dignatarios que lo rodeaban, todos con las miradas puestas en las ventajas que obtendrían del resultado de ese juicio. Se le había encomendado la muy difícil tarea de guiarlo hasta su conclusión en nombre de Dios. Su inquietud era más que comprensible.

Así y todo, los dos sabíamos que podía haber sido mucho peor.

—Imaginaos por un momento lo mucho más preocupantes que hubiesen resultado estos dos últimos días de haber decidido mi señor agraciarnos con su presencia.

No era mucho consuelo que digamos.

—No puedo —replicó en voz baja—. Llegará el momento en que tendrá que volver a presentarse. No sé cómo conseguiré mantener el orden cuando eso suceda.

Había nuevos testigos que declararían por la mañana, y no existía ninguna razón para dudar de que mi señor tampoco se presentaría. En algunos aspectos, aquella ausencia hacía más fácil sobrellevar todo aquel asunto porque Gilles de Rais, sodomita, asesino, conjurador de demonios, seguía siendo todavía Gilles de Rais, mariscal de Francia, héroe, barón y caballero. Resultaba más sencillo verlo como un terrible monstruo en su ausencia que en su espléndida presencia.

—Estos testimonios darán lugar a la aparición de nuevos cargos —prosiguió el obispo—. Si se niega a presentarse, entonces supongo que tendremos que traerlo a la corte por la fuerza. No obstante, sospecho que se presentará antes de que sea necesaria la coerción. —Apoyó una mano sobre la mía en un gesto de afecto—. ¿Estás preparada para cuando suceda?

Gilles de Rais no se presentaría en la corte como un cordero para luego escuchar en silencio cómo se le lanzaban las más espantosas acusaciones; se mostraría fiel a su



belicosa naturaleza y ofrecería una majestuosa batalla.

—Creo que lo más pertinente sería pensar en la preparación de mi señor. En cuanto a mí misma, supongo que estoy todo lo preparada que podría estar.

No se trataba de una declaración completamente sincera; no estaba preparada a grado cabal, pero eso no tenía ninguna relación con ver a mi señor en la corte, y precisamente para hablar de ese tema abordé cautelosamente a Jean de Malestroit.

—Las declaraciones de Perrine Rondeau fueron muy intrigantes, ¿no es así?

El obispo aún estaba distraído.

—Sí, mucho, sobre todo por la diferencia con las declaraciones de los demás testigos.

—Fue muy atrevida a la hora de espiar todas aquellas idas y venidas.

—Demasiado.

—No puedo imaginarme a mí misma en semejante posición, por mucho que hubiese podido ganar. Así y todo, me pregunto —añadí con mucho cuidado—, si alguien sabe qué se hizo de las cosas que Prelati y los demás sacaron de la casa de Cahu, aparte de las cenizas que describió Perrine.

Me miró con una súbita expresión de curiosidad.

—¿A qué se debe tu interés?

—Me gustaría examinarlas.

—Dios bendito, ¿por qué?

—Porque creo que podría aprender algo de ellas.

—¿Qué más se puede aprender de esos objetos? Son la obra del demonio, y por lo tanto, despreciables.

—Podemos conocer al demonio por sus obras —repliqué.

Frunció el entrecejo al tiempo que manifestaba su más sincera desaprobación:

—Serán un montón de cosas a cual más espeluznante: sangrientas, malolientes, cosas muy pocas adecuadas para que las vea una mujer, y mucho menos alguien de tu posición. ¿A qué se debe esta súbita mórbida fascinación?

Fue una negativa expresada con mucha elegancia, su contenido respetuoso de mi supuesta delicadeza, algo que atribuía a mi «posición», cuya naturaleza apenas si podía definir en estos momentos.

—Solo pensaba, quiero decir, me preguntaba si se podía deducir algo más con la observación de los objetos asociados con estos crímenes, eso era todo.

—¿Cuál es el fin que requiere tal conocimiento?

«Un fin que ahora mismo no puedo manifestar».

—El fin de que constituyan una prueba, por supuesto —respondí—. Las pruebas de los crímenes de los que se acusa a mi señor.

—No se necesitan pruebas.

No me había esperado esa respuesta.

—Entonces, ¿cómo se le condenará sin pruebas?

—Confesará sus crímenes.

Mi primer pensamiento fue: «Jamás».

—Gilles de Rais no confesará —afirmé—. El orgullo no se lo permitirá.

—Lo hará, te lo aseguro. Responderá a Dios por sus crímenes, y por voluntad propia, aunque primero tengamos que torturarlo; si es necesario el tormento, entonces será aplicado.

—Así y todo —señalé, con un tono cercano a la súplica—, quiero ver las pruebas. Necesito verlas para que la paz vuelva a mi corazón. —Me tapé el rostro con las manos y comencé a llorar suavemente, y poco a poco mis sollozos fueron en aumento hasta que acabé llorando a moco tendido.

Al día siguiente lamentaría esa espléndida representación y me arrepentiría fervientemente, porque mi obispo era un buen hombre que no se merecía ser víctima de ese vil engaño. Las acertadísimas palabras de la hermana Claire sobre la predecible similitud de los hombres, incluso los más poderosos, resonaron en mis oídos. Solo los más duros de corazón, como el monstruoso Jean de Craon, podían escapar a la influencia de las lágrimas de una mujer. En honor a la verdad, debo decir que mis lágrimas no eran del todo falsas.

Jean de Malestroit fue incapaz de ocultar su malestar cuando dijo:

—Oh, de acuerdo, si significa tanto para ti. Preguntaré dónde han ido a parar esas cosas. Pero no te hagas muchas ilusiones. Es probable que ya las hayan tirado o perdido.

Sabía que mi querido obispo probablemente estaba en lo cierto: era algo muy poco realista suponer que la camisa, del todo inservible, continuaría en el poder de alguien, y por supuesto ninguno de los rufianes guardaría una prueba de su culpabilidad. ¿Dónde podría estar, sin que arruinara todo aquello que estuviese a su alrededor?

François Prelati sin duda sabría qué se había hecho de la prenda, pero era un truhán que intentaría negociar ese tipo de información a cambio de alguna ventaja en el juicio. No tenía nada para ofrecerle. Mi único recurso era buscar a Perrine Rondeau. Sabía que ella había venido a Nantes para asistir al juicio con muchos otros, que habían instalado sus residencias temporales en la periferia de la ciudad. Se habían montado grandes campamentos para los viajeros cerca del río. No tenía más que ir de hoguera en hoguera y preguntar si alguien sabía dónde estaba; se había hecho conocida entre la muchedumbre gracias a la fuerza de su carácter.

Cuando la encontré a la mañana siguiente antes de que comenzara el juicio, el temperamento jovial de Perrine Rondeau demostró que se había recuperado totalmente de los sufrimientos padecidos mientras declaraba el día anterior. Entonces había dicho lo que había venido a decir y había dado por acabado el tema. A

diferencia de muchos otros que conservarían el dolor de la declaración, ella no había perdido a un hijo.

Cerca del río había un fogón hecho de piedra donde los pescadores a menudo asaban los pescados que capturaban en las aguas fangosas. Madame Rondeau había colocado una gruesa rama verde sobre los bordes que aguantaba una olla por el asa. Allí estaba ella, canturreando mientras revolvía las gachas con una espátula; sus amplias caderas se movían al ritmo del movimiento circular de su brazo. A sus pies, sobre un mantel, había una piedra plana bien limpia sobre la que volcaría las gachas cuando estuvieran en su punto. Después, en cuanto se enfriaran, cortaría aquella masa en varias porciones que se podían comer con la mano. Era una papilla gelatinosa e insípida, pero llenaría los estómagos de las personas hambrientas que esperaban unos pasos más allá, ninguna de las cuales seguramente poseía los boles y los cubiertos para comerla correctamente. Cuán habituada estaba ahora a estas bendiciones: una mesa, un bol, una cuchara, abundancia de comida que se podía comer caliente y con dignidad. Algo habitual para mí, pero todo un tesoro para los pobres. La arbitrariedad de Dios a la hora de repartir la fortuna era algo que nunca había comprendido.

Así y todo, Él había bendecido a Perrine Rondeau con una maravillosa generosidad, que ahora ella utilizaba en beneficio de aquellos que nada tenían. El vapor que se elevaba de la olla hacía que se le rizaran los cabellos que se escapaban del moño que los recogía. Llevaba un delantal verde sobre el vestido y se había arremangado hasta los codos.

Miró mis hábitos y me saludó respetuosamente.

—Buenos días, madre.

—Buenos días. ¿Sois madame Rondeau?

—Lo soy.

—Dios os bendiga, madame. Anoche os tuve presente en mis oraciones después de haber escuchado vuestro testimonio. Confío en que estéis plenamente recuperada del súbito trastorno que os afectó.

—Así es, por cierto. Muchas gracias a vos por mencionarme en vuestras oraciones. Los ataques van y vienen. Pero siempre acabo por recuperar mis sentidos.

—Sois una mujer muy valiente y también muy tenaz en vuestras empresas.

—Ah —replicó—, algunos dirían que solo soy demasiado curiosa.

—No juzgaré vuestra conducta, madame, y considero que vuestra curiosidad ha resultado ser de un gran servicio.

—No siempre es así. —Sonrió con un leve toque de picardía—. Pero si lo que dije sirvió para favorecer la causa del fiscal, entonces me alegro de ser una curiosa. Tampoco me importa haber prestado declaración. Siento una gran pena por todos aquellos que han perdido a sus hijos. Sobre todo por la mujer que habló anteayer, cuando suspendieron la sesión.

Sacó la espátula de la olla, la golpeó varias veces en el borde para que se desprendieran los grumos de la mezcla y luego la dejó atravesada sobre la olla. En cuanto tuvo las manos libres, las unió para musitar una oración y, después de persignarse, cogió de nuevo la espátula y reanudó la tarea de revolver las gachas con el mismo ritmo.

—Y aquello que le pasó a ella en la capilla... y a vos...

Oculté la mano vendada en las profundidades de la manga.

—No es nada serio, y en cuanto a madame Le Barbier es una mujer muy fuerte. Estoy segura de que se recuperará totalmente de lo que aquel cuervo...

Se apresuró a interrumpirme.

—Madre, perdonad la impertinencia porque no es mi intención —dijo Perrine Rondeau—, pero aquel no era un cuervo. Era el mismísimo demonio, disfrazado y enviado por Gilles de Rais, para castigarla por las duras palabras que pronunció contra él.

¡Qué tremendo impacto ejercía la brujería en todos los hijos de Dios!

—En ese caso, madame, sin duda todos estamos condenados, porque muy pocas palabras amables se han dicho últimamente.

La buena mujer volvió a repetir el ciclo de golpear la espátula, rezar y persignarse.

—Dios cuidará de nosotros —afirmó al tiempo que agitaba la espátula para acentuar sus palabras. Un trozo de pasta cayó de nuevo en la olla—. Bueno, esto no será la comida de un rey, pero llenará muchos estómagos. ¿Comeréis con nosotros, madre? Hay en abundancia.

—Sois muy amable, madame; ya he desayunado. Pero si me podéis dedicar unos momentos, quisiera preguntaros una cosa, se trata de algo que mencionasteis ayer: la camisa. Dijisteis que habíais visto a Prelati llevársela de la casa de Cahu poco antes de que arrestaran a mi señor.

La matrona miró las gachas y frunció el entrecejo.

—Era algo horroroso de ver, y de un olor insoportable. Manchada toda la pechera con sangre y excrementos. El hedor llegó hasta mí entre las hojas y las ramas; solo el temor a que me descubrieran me impidió vomitar.

Movió la cabeza hacia un lado para señalarme a un hombre que dormía tumbado en el suelo un poco más allá.

—La distancia que nos separaba no era mayor que la que me separa de ese hombre. Quizá menos.

—Por consiguiente, pudisteis ver la camisa con toda claridad.

—Por supuesto. Monseñor Prelati la sostenía con las dos manos y con los brazos extendidos para mantenerla bien apartada de su cuerpo. Digamos que prácticamente me la encontré debajo mismo de la nariz.

—Mencionasteis un desgarrón, en la tela, aproximadamente en el medio.

—No era un desgarrón sino un corte recto; para mí solo se pudo realizar con un cuchillo —manifestó. Acababa de darme respuesta a una pregunta que aún no le había hecho.

La mórbida fascinación que había mencionado Jean de Malestroit comenzaba a dominarme y tuve la sensación de que estaba cometiendo un pecado.

—¿Recordáis, *madame*, en qué parte de la camisa estaba el corte?

—Desde el faldón hasta casi el cuello. A cada lado del corte, la tela estaba tan empapada de una sangre casi negra que los bordes no se doblaban. Me llamó la atención la parte inferior del corte donde los bordes eran irregulares.

En mi mente apareció con toda claridad una imagen de lo que la buena mujer acababa de describir. Me imaginé el cuchillo en el momento en que penetraba en el blando vientre del niño y me tambaleé. Apoyé una mano en el brazo de la señora Rondeau para recuperar el equilibrio. Ella me miró con evidente preocupación.

—No es más que un vahído —la tranquilicé—. Se me pasará de inmediato.

Antes de que eso ocurriera, otras terribles imágenes desfilaron con toda su crudeza por mi mente. Inspiré lenta y profundamente hasta conseguir serenarme.

—Parece imposible llegar a otra conclusión que no sea que el cuchillo cortó la camisa y el cuerpo del niño al mismo tiempo.

—Así es, madre. Al niño que vestía esa camisa lo mataron como a un cordero.

Un corte limpio excepto en la parte baja; intenté imaginarlo.

—*Madame*, ¿recordáis hacia dónde parecía extenderse la mancha de sangre?

Durante unos momentos, Perrine Rondeau se dedicó a revolver las gachas rítmicamente mientras su mirada se perdía en la distancia. Dejó la espátula apoyada en el borde de la olla antes de responder a mi pregunta.

—Había una gran cantidad de sangre alrededor del agujero del cuello. Por lo tanto, tuvo que derramarse hacia arriba. —Me miró con una expresión preocupada—. No entiendo cómo puede ser eso.

Al chiquillo lo habían colgado cabeza abajo.

Sentí cómo mi desayuno pugnaba por escapar de mi estómago. Cuando conseguí dominar las náuseas, continué con las preguntas.

—¿Qué edad diríais que podría tener el niño que llevaba la camisa?

—Oh, seguramente era muy joven. Un niño con el cuerpo tan pequeño no podría tener más de siete u ocho años.

La imagen de Michel a los siete años apareció en mis recuerdos para echarme los bracitos al cuello.

—Bestias —susurré—. Bestias asesinas.

—Sí, madre —asintió Perrine.

Le agradecí con toda la cortesía posible la información que me había dado y

luego emprendí el regreso a través del campamento. El recto dobladillo de mi hábito se manchaba con el polvo al rozar contra el suelo. Había incluso más gente de la que había a mi llegada, y tuve la sensación de que todas y cada una de las personas que estaban allí me miraban fijamente.

A la hora que entré en el palacio, Jean de Malestroit ya había abandonado sus aposentos privados para dirigirse a la capilla, así que me ahorré tener que explicar mis andanzas hasta más tarde. Pero no pude eludir al hermano Damien, que salió de una de las habitaciones en el momento en que me marchaba.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó, escandalizado—. ¡Me teníais muy preocupado! Su Eminencia también ha estado preguntando por vos. Además llegaremos tarde a la sesión.

Así nos evitaremos escuchar más relatos de terribles sufrimientos, pensé para mí misma. Intenté lamentarlo, pero no lo conseguí.

—Fui al campamento junto al río para hablar con Perrine Rondeau —le expliqué.

Como si yo hubiese cometido un terrible pecado, el joven sacerdote se persignó rápidamente y murmuró una plegaria.

—¿Por qué habéis hecho semejante cosa?

—Había preguntas que reclamaban respuestas, hermano. Quería que me explicara algunos detalles referentes a la camisa que vio.

No había ninguna necesidad de explicarle las razones de mi curiosidad por aquella prenda; el hermano Damien había escuchado el relato de Guillaume Karle. En cambio, él se entregó a una sorprendente diatriba en contra de aquella buena mujer.

—Tiene el mal de San Vito, hermana, y la influencia del demonio todavía puede estar en ella; ya habéis visto cómo ayer, mientras prestaba declaración, se sacudía como una posea.

—Creo que ha conseguido purgarse de cualquier manifestación del demonio que hubiera podido dominarla ayer. Cuando la encontré estaba haciendo algo que hizo una vez nuestro señor Jesucristo: dar de comer al hambriento.

—El demonio es muy capaz de engañar con falsas bondades. Primero te muestra la luz para después conducirte a las tinieblas. Te engaña con falsas promesas y te convence para que creas...

—Ya está bien —le interrumpí. Crucé los brazos sobre mi pecho—. Cualquiera diría que estáis practicando para llevar la mitra, hermano.

—No es necesario ser un obispo para hablar de las iniquidades del demonio.

—Así y todo no creo que sea una desventaja. No temáis por mi alma —le dije—. He regresado sana y salva.

—Bien, al menos espero que hayáis obtenido alguna satisfacción en sus respuestas.

—Supongo que toda la que es posible en estos momentos —respondí. Sin

embargo, como ocurre con tanta frecuencia, las respuestas que me había dado solo abrían las puertas a nuevas preguntas. Tendría que ir a otra parte si quería que me las respondieran.

Las noticias de lo que se decía en la corte se transmitían a los campamentos y poblados vecinos como si existieran unas cuerdas invisibles por las que viajaran las palabras. Nadie hablaba de otra cosa, pero eso es algo que ocurre inevitablemente: dejamos de oler el dulce perfume de las rosas de Dios cuando el olor de la carroña nos seduce. La tarde anterior había escuchado por encima de mi cabeza el suave rumor del batir de alas y cuando alcé la mirada vi una pequeña bandada de palomas que volaban alrededor de una de las torres. Lo hicieron durante unos minutos antes de alejarse, cada una en una dirección diferente, y tan pronto como aquellas palomas desaparecieron de la vista, otra bandada alzó el vuelo. Muy pronto, por toda Francia y Bretaña, la realeza, los nobles y los representantes de la Iglesia estarían leyendo los importantes mensajes escritos en los pequeños trozos de pergamino transportados por las palomas. Al día siguiente, como muy tarde, las aves llegarían a Aviñón, y mi hijo, cuyas cartas llenas de afecto no había contestado, conocería el progreso de los acontecimientos.

—El duque Juan debe de estar ansioso por conocer las noticias —me comentó el hermano Damien mientras las palomas se convertían en unos diminutos puntos que no tardaron en desaparecer de la vista.

—Aguarda con ansiedad la caída de mi señor —repliqué—, aunque parece que eso es algo que sigue su propio ritmo con independencia de sus deseos. Me pregunto cuándo se mostrará. Seguramente se lavará las manos en todo este asunto aunque no dejará de cosechar sus beneficios. Desde luego, parece un comportamiento muy poco cristiano. Claro que dispone de muchos hombres que están dispuestos a comportarse como cristianos en su nombre.

Las noticias eran anunciadas en la gran plaza de Nantes delante del palacio del obispo por el mismo pregonero al final del día. Siempre había una gran multitud que esperaba con impaciencia sus espeluznantes palabras, y las monedas llovían en el interior de su sombrero porque era un excelente narrador de historias. Los oyentes soltaban exclamaciones, gemían y agitaban los puños como una manifestación de su protesta cuando el asombro inicial se convertía en rabia. A medida que se conocían más casos de desaparición de niños, más aumentaba la cólera de la multitud contra su señor.

Habló de más hechos abominables y relató más historias de intimidación por parte de los hombres de Gilles de Rais:

—Hace cosa de unos seis meses, una fregona que trabajaba en el castillo me comentó que había visto la huella sangrienta de un pie infantil. Fue a buscar al ama de llaves, pero cuando volvieron al lugar ya la habían borrado. La despidieron de su

trabajo por haber hablado.

También se refirió a actos de insensata valentía:

—Era noche oscura y sin luna cuando me mantuve a la espera junto al muro del castillo de Machecoul. Me parecía que era lícito descubrir las viles actividades de estos asesinos. Si en el transcurso de la noche secuestraban a algún otro niño, estaba preparado para ir a buscar a los hombres de los pueblos vecinos, apresar al barón De Rais y entregarlo a las autoridades. Desafortunadamente, me venció el sueño, y no pasó mucho antes de que me despertara un hombre menudo que me amenazaba con una daga en la garganta. Grité pidiendo ayuda, pero él se echó a reír y dijo: «¡Grita si quieres! Nadie te salvará. ¡Eres hombre muerto!».

»Estaba seguro de que tenía la intención de matarme. Supliqué por mi vida. Por la gracia de Dios, el hombre se apiadó de mí y me abandonó allí para que reflexionara sobre el encuentro, pero para entonces había perdido todo el coraje. Me apresuré a bajar del muro y busqué el camino, y aunque estaba oscuro como boca de lobo, corrí y corrí, y solo me detuve a respirar cuando consideré que estaba muy lejos de aquel lugar malvado. Al día siguiente, cuando caminaba de regreso a mi casa, me encontré nada menos que con el barón De Rais en persona que venía de Boin. A mí me pareció estar viendo a un gigante, una impresión reforzada todavía más después de lo que me había ocurrido la noche anterior cuando buscaba pruebas en su contra. Me miró con gran malevolencia y apoyó una mano en la empuñadura de la espada. Cerré los ojos y esperé escuchar el roce del metal, pero solo soltó un bufido de desprecio. Continuó su camino, pero los hombres que lo seguían me rodearon y me propinaron una paliza. Ninguno de ellos dijo ni una palabra, pero sus expresiones me transmitieron el mensaje con toda claridad: "¡Sabemos lo que has hecho. No se te ocurra repetirlo!".

Aquel fue el último de los horrores que escuché ese día. Cuando entré en la capilla, habían dispuesto una pausa, cosa que agradecí a pesar de mi poco lógico deseo de escuchar nuevas declaraciones. Mientras esperábamos, pasé las frías y suaves cuentas del rosario solo por la distracción mecánica que me ofrecían, sin pronunciar las oraciones, mientras Jean de Malestroit consultaba con el fraile Blouyn y el fiscal De Touscheronde. Los tres conferenciaban con las cabezas muy juntas y en voz tan baja que ni siquiera los escribas, que estaban muy cerca de ellos, conseguían escucharlos.

No tenía mucha importancia porque Jean de Malestroit se encargaba personalmente de la escritura. Con la aprobación de sus compañeros, redactó una breve declaración, que entregó a uno de los escribas después de susurrarle unas explicaciones. El hombre comenzó a buscar rápidamente entre las pilas de documentos; luego se puso de pie y dio lectura a la lista de los principales testigos, indicó el orden de sus presentaciones e hizo un breve resumen de lo que había dicho cada uno.



Cuando acabó con la lectura, el escriba miró a Su Eminencia, quien le autorizó con mucha solemnidad a que leyera un agregado:

—Sus denuncias han sido puestas en conocimiento de los señores Jean, reverendo padre en Dios, obispo de Nantes, y el fraile Jean Blouyn, viceinquisidor, los mismos señores obispo y vicario respectivamente han sido debidamente informados, insistiendo en que estos crímenes no pueden quedar sin castigo, por la presente decretamos y ordenamos a todos los clérigos que llamen al mencionado Gilles de Rais para que el sábado, ocho de octubre, responda como requiere la ley ante los mencionados señores obispo y viceinquisidor de la fe, y para cualquier objeción y defensa que quizá quiera hacer, y también ante el fiscal debidamente asignado en este caso y en otros casos directamente relacionados.

Una brisa demasiado cálida para octubre entraba por la ventana abierta de la habitación en la primera planta. Nos habíamos reunido allí porque la amenaza de un tumulto era demasiado grande en la capilla. La estancia, a diferencia del vestíbulo y la capilla, era muy cómoda, pero en ese momento lo mejor de todo era saber que la presencia de los guardias al pie de las escaleras la convertían en un lugar inaccesible. La admisión a esa estancia dependía exclusivamente de la voluntad del hombre que daba las órdenes a los guardias.

A pesar de que nuestra seguridad parecía garantizada, la confusión duró unos minutos más mientras volvíamos a centrarnos en la tarea a mano. Comenzaron a aparecer rostros nuevos; algunos de ellos ya los conocía. La aparición de Pierre l'Hôpital, presidente de Bretaña bajo el gobierno del duque Juan, e íntimo consejero y confidente de mi obispo, fue una entrada importante.

—Veo que el duque ha enviado a su mastín —comentó el hermano Damien.

—De Touscheronde sin duda lo tomará como una ofensa —afirmé.

—Vaya, vaya —murmuró el hermano Damien.

—Hemos de agradecer la fortuna para todos nosotros de que sea más un abogado que un político en su servicio a nuestro señor duque —añadí—. De lo contrario viviríamos en una crisis diplomática permanente.

Se escucharon unas pisadas en el pasillo. El hermano Damien se giró para ver quién era.

—Guillaume Chapeillon —me informó.

El melifluo Chapeillon era un adecuado contrapeso al petulante l'Hôpital. Hablaría por, y respondería exclusivamente a Jean de Malestroit. Se presentó vestido con sus más lujosas prendas de abogado, con grandes mangas abombadas; me pregunté con cierta envidia cuántos tesoros se podían esconder en aquellos inmensos pliegues. Una tropa de escribas y notarios siguió a Chapeillon como patitos a mamá pata. Todos tenían los dedos manchados de tinta y aferraban un puñado de plumas, que seguramente acabarían gastadas antes de que se llegara a una conclusión.

Todas estas personas encontraron finalmente asiento en las primeras filas, aunque no me inspiró mucha confianza ver la confusión mientras se acomodaban. Aislados como estábamos, todavía flotaba en el ambiente un resto de miedo. Me senté en una de las sillas de respaldo alto que habían traído apresuradamente para acomodar a toda la concurrencia y me ocupé con mucha discreción de los pequeños detalles personales: acomodar el dobladillo de mi hábito hasta que quedara completamente recto, ajustarme el velo, volver a su lugar algunos cabellos rebeldes y toda otra serie de minucias que se me ocurrieron. Cuando por fin me sentí a gusto, cerré los ojos y pensé en las hermosas manzanas que habíamos guardado en el sótano y lo delicioso que sería hincarles el diente cuando llegaran los helados y grises días de enero. Mi respiración se normalizó poco a poco, y recuperé la calma.

Pero no habían pasado más que unos pocos minutos en ese beatífico estado cuando todo se vino abajo ante la súbita aparición, contra todo pronóstico, de mi señor Gilles de Rais.

Me adelanté unos días en mi llamada a Moskal.

—No esperaba tener noticias tuyas hasta el lunes —dijo, con el acento bostoniano más marcado que nunca.

—Lo pillé —anuncié, segura de que al otro extremo se vería claramente lo feliz que estaba.

—Caray.

Lo dijo en voz baja, como si en realidad se sintiera desilusionado. Era algo que comprendía a la perfección; él quería arrestarlo tanto como yo.

—Sí. Ya tengo firmada la orden de arresto con el nombre del cabrón.

—Bien por ti. Te has movido deprisa.

¿Las sonrisas se transmitían por teléfono?

—Estamos a punto de salir a buscarlo. La orden es por el secuestro de un menor, varios cargos. Solo quería que lo supieras.

—¿No por homicidio? —Su voz sonó todavía más desilusionada.

—Todavía no. Pero quizá tengamos un cadáver. No sé si lo habrán publicado los periódicos locales...

—No puedes calificar al *Globe* de periódico local, pero también he estado comprando *Los Angeles Times*.

—O sea que lo has visto.

—Sí. En cualquier caso, no acabo de entenderlo. La víctima era negra, lo que no encaja en tu patrón.

—Estamos actuando sobre la base de que fue un secuestro de práctica.

—Dios bendito. ¿Es que no ha practicado más que suficiente?

—Después tenemos los tres intentos fallidos en un mismo día. Me estaba provocando.

—Ah —dijo él—. Bueno, eso tiene más sentido. Ahora que hay un cadáver, supongo que podrás ir a por el asesinato cuando tengas organizadas todas las pruebas.

—Podemos y lo haremos.

—Muy bien.

Por el tono resignado en su voz, comprendí que Moskal tenía claro que se enfrentaría en algún momento a solicitar con los mejores modales posibles que enviaran a Durand de vuelta a Boston, algo que no sucedería hasta que California completara el proceso de arrancarle los pulmones, Dios mediante.

—¿Cómo es que finalmente lo has pillado?

—Las zapatillas —contesté—. Guardó todas las zapatillas de los chicos.

Casi escuché cómo abría la boca hasta el suelo. Por un momento creía que la comunicación se había cortado.

—¿Pete? ¿Estás ahí?

—Sí —respondió con una voz apenas audible—. Espera un segundo. Puede que tarde, pero no te vayas.

Se marchó y me quedé encadenada a mi mesa por un cordón mientras pensaba cada vez más inquieta: «Me estás impidiendo que salga a detener al malo».

Me pareció que había pasado una semana antes de que apareciera. Las dos copias de la orden de arresto que sujetaba con todas mis fuerzas estaban arrugadas y con manchas de sudor, pero las notaba tan calientes que esperaba que en cualquier momento se desatara un incendio. Por el rabillo del ojo vi cómo mis cinco compañeros comprobaban las armas, se ponían los chalecos antibalas y se aseguraban de que las radios tuvieran las pilas nuevas. La tribu cumplía con todo el ritual previo a la cacería, y yo tendría que correr para no quedarme atrás. Me consumía la impaciencia.

—Perdona —dijo Moskal, cuando reapareció en el teléfono—. Me llevó más tiempo de lo que pensaba. Tuve que comprobar una cosa.

—Por amor de Dios, ¿de qué se trata?

El fax se puso en marcha en el estante junto a mi mesa. La hoja de papel asomó por la rendija.

—¿El fax que estoy recibiendo es tuyo?

—Sí. Si quieres me espero para que compruebes que lo has recibido bien.

La transmisión finalizó al cabo de dos minutos. Lo cogí con verdadera ansiedad. Se trataba de una foto de mucha calidad que había visto en el expediente del caso de Boston Sur.

Pete había marcado los pies descalzos con un círculo.

—Maldito cabrón —susurré en el teléfono.

—Cuando lo detengas, si no te importa, busca un par de zapatillas de baloncesto negras con el logotipo de los Boston Celtics.

—Será un placer.

Formamos dos equipos de tres y fuimos en dos coches. Yo iba con Spence y otro detective en el primer coche; nosotros nos encargáramos del estudio. Agradecí la compañía, porque estaba nerviosa; era el caso más importante de mi carrera hasta el momento y rogaba para que toda fuera como la seda. Hay tantas cosas que pueden salir mal cuando tienes que arrestar a un sospechoso...

No tenía a Wilbur Durand por un tipo asustadizo; cuando me había hecho su breve visita, se había mostrado como el tipo más insolente que haya pisado nunca una comisaría. Sin duda había tenido muy claro que no podíamos cogerle. Seguramente había hablado con un abogado antes de aparecer. No con el abogado de empresa que habíamos sacado del campo de golf durante el registro, sino probablemente con su muy famosa hermana, la bruja malvada de la costa Este. Era evidente que Sheila

Carmichael lo había escuchado todo, pero en cualquier caso, imaginen lo que debe ser decirle a otro ser humano, nada menos a otro que es de tu misma carne y sangre: «La policía sospecha que soy el autor de una serie de secuestros de adolescentes». Seguiría el silencio, porque la persona en la que confías no será tan tonta como para preguntarte si de verdad habías hecho lo que se sospechaba que habías hecho. Luego imaginen la respuesta: «Pensemos en las cosas que podemos hacer para impedir que te enchironen».

Después los abogados se preguntan por qué la gente los tiene por escoria.

Dentro de muy poco nos meteríamos en la recluida existencia de Wilbur Durand con la intención de reventarla y dejarla expuesta a la vista de todos, y que los abogados se fueran al infierno. No dudaba de que ya le habían prevenido con mucha antelación de que no abriera la boca si lo detenían. La entrevista después del arresto sería uno de los mayores retos para cualquiera de nosotros, Frazee incluido, porque el sospechoso estaría preparado, asesorado y con todo bien ensayado.

Y frío como el hielo.

—¿Estás bien? —preguntó Spence.

Seguramente se me notaba desde una legua.

—Sí. No, quizá. Pregúntamelo después de que le haya puesto las esposas y lo tenga en comisaría.

Se echó a reír.

—¿Has hecho las prácticas de tiro?

—Sí.

—Perfecto. No quiero que me pegues un tiro.

—Nadie le va a disparar a nadie. Durand, que yo sepa, no tiene permiso de armas.

—Eso no significa que no la tenga, o que no tenga cinco o seis gorilas con armas y sus respectivos permisos cobrando para ocuparse de sus tiroteos.

—No es su estilo. Esto saldrá a pedir de boca.

—Sí, como si siempre fuera así.

Estábamos entrenados para enfrentarnos a lo que fuera, para esperar lo inesperado. A menos que estuviera totalmente equivocada, Wilbur Durand no buscaría una confrontación armada. Sus balas estaban hechas de materia gris. Si nos disparaba con ellas, quizá nunca sabríamos con qué nos había golpeado.

Había dos coches aparcados delante de la entrada al vestíbulo del estudio. Uno era un Mercedes último modelo, negro brillante con los cristales tintados; el otro un VW Jetta de unos cinco o seis años, también negro. Transmití los números de las matrículas. Mientras esperábamos la respuesta, comprobé el cargador de mi arma, por las dudas.

La respuesta fue que ninguno de los dos vehículos pertenecía a Durand, lo que fue una desilusión. El Mercedes resultó ser un coche de alquiler, cosa que nos devolvió

un poco de esperanza, hasta que nos informaron de que lo había alquilado un importante despacho de abogados. Anoté los números en mi libreta y me desabroché el cinturón de seguridad.

—Ninguno de los dos es de su propiedad o de la compañía.

—En cualquier caso puede que esté aquí.

No estaba. El señor Pantalones de Golf y el empleado de toda la vida nos estaban esperando. Ambos insistieron en que Wilbur Durand estaba de nuevo fuera del país.

—¿Así que voló desde donde fuera que estuviese para hacerme una visita y luego se volvió a marchar inmediatamente?

—No puedo saber cuáles son los motivos de mi cliente para ir donde haya ido — gimoteó el abogado. Tenía una pinta un poco más autoritaria vestido con un traje normal, pero no por eso sonaba mucho mejor—. El señor Durand todavía está muy afectado por la intromisión en su estudio. Tiene unos compromisos que cumplir y ahora tiene que emplearse a fondo para cumplir con los plazos.

—No estaba trabajando aquí cuando llegamos.

—Quizá se encontraba trabajando en alguna otra localización. No lo sé. Pero sí sé que no podía trabajar en su estudio con esa clase de interrupciones.

—Solo tenía que pedirnos que nos marcháramos.

—¿Se hubieran marchado del recinto?

Estaba intentando deliberadamente apartarme del tema, y yo le estaba siguiendo el juego.

—¿Dónde está? —pregunté.

—No tengo ni la menor idea.

—Así y todo, usted ha estado en comunicación con el señor Durand.

—Esa es información privilegiada, detective.

Advertí claramente cómo crecía la frustración en mi interior; no tardaría mucho en echarme a gritar de pura rabia. Spence tuvo que darse cuenta porque me tocó el codo e intervino en la conversación para evitarme el mal rato.

—¿Le importa si echamos otra mirada? —le preguntó al abogado.

—Me importaría mucho.

—Cuando regrese —le dije—, por favor, dígame a su cliente que me gustaría hablar con él. Ah, y de paso también podría decirle que tenemos una orden de arresto a su nombre.

El abogado ni siquiera preguntó cuál era el delito.

Abandonamos el edificio y nos pusimos en contacto con el equipo que había ido a la casa de Durand. Solo nos dijeron que en la casa estaba el mismo sirviente que hablaba en jerigonza, y que no había ni rastro de Durand.

No tuvimos más elección que la de marcharnos. Emprendimos el camino de regreso cuando ya se ponía el sol, y sus cegadores rayos inclinados hacían que todo

pareciera decrépito.

—Muy bien, ¿cuál es el plan B? —preguntó Spence.

—No hay ningún plan B —respondí—. A duras penas si había un plan A.

Me miró con una expresión de absoluta incredulidad.

—Venga, Lany, no me engañes, tú tienes un plan B hasta cuando pierdes la lima de las uñas.

—No te engaño, Spence. No hay ningún plan alternativo.

—Y ahora ¿qué haremos, compuestas y sin novio?

—No lo sé.

—Creo que se impone sacarlo de la madriguera.

—¿Cómo? —quiso saber Fred—. Tú misma has dicho que el tipo es un artista de las desapariciones. Además, tampoco es algo que podamos lograr ahora mismo.

Un par de jefes y un puñado de detectives de la división estaban presentes en esa sesión urgente. Yo volvía a estar en la silla de los acusados y necesitaba inventarme lo que fuera cuanto antes.

—Conozco a una persona en el *Times* —comenté—. Hace tiempo que no estoy en contacto con ella, pero teníamos una relación muy buena. Si le ofrecemos algo a cambio, quizá podríamos conseguir que publicara algo referente a que Durand está de alguna manera involucrado aunque evitaríamos decir que se trata de nuestro principal sospechoso. Podría citar «fuentes anónimas del departamento de Policía», así los jefes no tendrán motivos para darle una patada en el culo a nadie.

—¿Confías en ella?

—Sí, creo que sí. Hace tiempo que no hablamos, pero siempre ha sido muy buena persona.

Había esperado una mayor resistencia por parte de Fred, pero por lo que parecía estaba dispuesto a intentar lo que hiciera falta para salir del atolladero.

—Valdría la pena intentarlo —manifestó—. Así y todo, me gustaría echarle una ojeada a lo que vaya a escribir antes de que lo publiquen.

¿En qué demonios estaba pensando?

—No lo sé, Fred. Probablemente pondrá pegas. La libertad de expresión y toda la pesca.

—No pienso corregirle los errores de ortografía, Dunbar. Solo quiero asegurarme de que el espíritu del artículo sea el que nosotros queremos que sea.

—Lo más probable es que a cambio desee algún tipo de exclusiva cuando pillemos al tipo.

—La primera entrevista contigo, ¿qué te parece?

—¿Qué pasa si yo no quiero que me entrevisten?

—Pues lo siento.

Tocaba apechugar.

Fue una negociación delicada, pero al final llegamos a un acuerdo razonable, solo nosotras dos, sin jetazos, sin Fred y sin editores. Mi amiga aceptó publicar el artículo a cambio del acceso inmediato al proceso cuando estuviera en marcha, con independencia de la relación con el resto de la prensa. Además, yo me reuniría con ella durante una hora tan pronto como consiguiera acabar con todo el papeleo del arresto, que dedicaríamos a hablar con entera libertad sobre el caso y cómo se había desarrollado.

Al día siguiente, la mierda comenzó a salpicar por todas partes.

Fuentes anónimas de la policía han revelado que Wilbur Durand, el genio de los efectos especiales y el maquillaje, cuya carrera estelar en Hollywood incluye la participación en algunas de las películas de terror más taquilleras de todos los tiempos, es objeto de investigaciones por su presunta participación en una serie de secuestros de adolescentes en la zona de Los Ángeles. La película que estrenó recientemente, *Ellos se comen a los niños*, que ha obtenido un éxito espectacular, es la primera realizada por su propia productora, Angel Films. Durand, a sus cuarenta años, está considerado por muchas de las estrellas de Hollywood como el mejor maquillador de su generación, si bien este calificativo no alcanza a abarcar todas sus extraordinarias cualidades. Una actriz, que prefiere guardar el anonimato, ha dicho: «Él es el único que realmente puede conseguir que parezca joven de nuevo».

Después de lo que un detective describió como «una larga y concienzuda investigación», ahora se busca a Durand para que responda a las preguntas relacionadas con el secuestro y desaparición de tres adolescentes, dos de trece años y uno de doce, todos los cuales fueron secuestrados en la zona oeste de Los Ángeles. Uno de ellos lleva desaparecido aproximadamente unos dos años, otro alrededor de un año y el tercero unos dos meses. Objetos que al parecer pertenecían a cada uno de los adolescentes secuestrados fueron encontrados ocultos en el estudio de Durand, y más tarde fueron identificados positivamente por los familiares de los chicos. A Durand también se le investiga por su presunta participación en la muerte de Earl Jackson, de doce años de edad, cuyo cadáver fue encontrado por la policía en un aparcamiento abandonado en las cercanías del aeropuerto la semana pasada.

La policía no ha vuelto a ver a Durand desde muy poco antes de que se descubrieran los objetos mencionados anteriormente, cuando se presentó en la división de Delitos contra la Infancia y se enfrentó a los detectives por el registro de su estudio que consideraba como un acoso por parte de la policía. Durand reclamó que se le devolviera su espacio de trabajo. Como resultado de los datos recogidos durante el confiscamiento temporal y el registro del estudio, una serie de desapariciones de adolescentes ocurridas en los últimos años, que la policía había creído que eran obra de diferentes secuestradores, están siendo investigadas como el trabajo de un único individuo.



Al parecer, se sospechaba desde hacía algún tiempo que Durand estaba involucrado en estas desapariciones, pero las fuentes policiales comentaron las dificultades que habían tenido a la hora de conseguir información sobre el productor de cine. Mencionaron sus muy conocidas tendencias a vivir en reclusión como un obstáculo en las investigaciones.

Asimismo, un miembro de la policía cercano a las investigaciones ha afirmado que la destacada posición de Durand en la comunidad cinematográfica lo ha protegido hasta cierto punto, con una actitud similar a la adoptada con O. J. Simpson cuando comenzaron sus dificultades legales. En palabras de dicho oficial de policía, no es algo poco habitual que los miembros más conocidos de la comunidad cinematográfica de Los Ángeles sean objeto de una consideración especial cuando se ven en dificultades. «Los policías no son diferentes a las demás personas: quieren tener la ocasión de confraternizar con las estrellas. ¿Qué mejor que ser un aliado cuando una estrella tiene problemas?». Cuando se le pidió que comentara estas declaraciones, la portavoz del departamento de policía de Los Ángeles, Heather Maroney, refutó vehementemente tales afirmaciones y las calificó de «irresponsables y carentes de todo fundamento».

Durand está en paradero desconocido y se ha ordenado la búsqueda y captura en todo el territorio nacional. No se cree que vaya armado, pero se le considera extremadamente peligroso, sobre todo para los niños. El portavoz de Durand ha declarado que se «encuentra fuera del país» ocupado en un rodaje, extremo que no ha podido ser confirmado. Debido a su manifiesta habilidad para enmascararse bajo identidades falsas, es poco probable que Durand viaje con su verdadero nombre. La policía de Los Ángeles ha puesto un teléfono gratuito a disposición del público para atender a cualquiera que tenga alguna información referente a su paradero. Aquellos que llamen pueden hacerlo de forma anónima si lo desean, pero cualquiera que suministre una información que dé por resultado la detención de Durand recibirá toda o parte de cualquier futura recompensa.

No habían pasado ni tres minutos desde que dejaron un ejemplar del periódico en la mesa de Fred, cuando me llamó a su despacho.

—En este ejemplar no veo nada de lo que habíamos convenido. —Descargó un manotazo sobre el artículo, que seguramente le tuvo que doler—. De todas maneras, ¿qué es toda esta mierda?

—Te lo dije, tienen editores. Mi amiga no quiso decirle a su editor que todo esto estaba arreglado, así que no pudo mantener fuera los añadidos.

—¡Y un cuerno! Fuiste tú quien metió todo eso.

Tenía razón; había sido yo. Lo colé entre la lectura de Fred y la última revisión del editor. No lo habían suprimido. Pero la verdad era que nunca saldría a la luz.

—No, Fred —le mentí—, no fui yo. Le di mi aprobación a lo que escribió la

primera vez y supongo que lo demás se coló de alguna manera. No te olvides de que a esta gente le pagan para que le echen imaginación y estiren la verdad.

—Bueno, supongo que ahora que lo han publicado, a mí me van a apretar el cuello si no cogemos a este tipo cuanto antes. El tuyo, también.

Las fotografías del indescriptible Wilbur Durand aparecían en las portadas de todos los periódicos del país. México y Canadá estaban en estado de máxima alerta para detener al genio fugitivo, y lo mismo ocurría en los países europeos. El suceso ocupaba los titulares internacionales, como era de prever. Tenía todos los ingredientes para que nadie fuera capaz de resistirse, aunque muy pocos quisieran reconocerlo.

A mí no me da vergüenza. Debo confesar que me engancho como la que más con esa clase de intrigas. Supongo que esa es una de las razones más importantes por las que ingresé en la policía; hice mis años de servicio en la calle, pero siempre tuve muy claro que acabaría siendo detective; hay algunas cosas que sencillamente necesito saber. Conseguí algunas de las respuestas en Boston, pero aquello no fue suficiente.

Quiero saber cómo es que un hombre con una riqueza tan inmensa y con tanto poder, un verdadero genio, alguien con un talento envidiable puede convertirse en lo que se ha convertido. Si yo tuviese su dinero y su cerebro, me dedicaría a gobernar el mundo, porque eso es lo que puedes hacer cuando tienes lo que él tiene.

Otra cosa que me gustaría saber es cómo unos padres con esa clase de hijo pueden ser incapaces de darse cuenta y de fortalecer sus capacidades. Eso en sí ya es un error muy grave, pero ir todavía más allá y causarle daño, bueno, eso seguramente tiene que ser un delito.

Por último, alguien tendría que explicarme por qué en lo más profundo de mi corazón hay algo que se compadece de ese monstruo, cuando mi cerebro no deja de gritar ni por un momento: «Ejecutad a ese cabrón, ya».

Todo el mundo parecía querer colgarse medallas cuando el caso salió a la luz. Teníamos a todos los psiquiatras, a todos los psicólogos forenses y a todos los especialistas del país suplicándonos que los dejáramos participar. Este caso sería una vaca lechera para cualquiera que supiera ordeñarla, y hacían cola, se empujaban y peleaban entre ellos para ver quién se hacía con un puesto que ya estaba ocupado por Errol Erkinen, que se lo había ganado a pulso desde el primer día.

A través de la línea abierta al público recibíamos miles de llamadas todos los días. Nos volvimos locos investigándolas.

«Lo vi en el drugstore, ya saben, aquel que está junto a la gasolinera Ultra Mart... Estaba delante de mí en la cola del cine. Yo había ido a ver *Ellos se comen a los niños*, así que por narices tenía que ser él, porque él hizo la película».

«Lo vimos en el aeropuerto. Iba vestido como Greta Garbo, con un abrigo de piel y sombrero. Con el calor que hace, imagínese lo que es llevar un abrigo de piel; nadie lo haría a menos que tuviera un motivo muy poderoso, así que tenía que ser él».

«Lo vi cuando intentaba entrar en los vestuarios del estadio de béisbol. Llevaba un guante viejo en una mano».

O el colmo del disfraz: «Vestía de uniforme. Lo vi charlando en una esquina con otros dos polis. Ellos no se daban cuenta, pero yo lo pillé en el acto. Sabía que era él».

La locura de la prensa se acercaba a la marca de O. J. Simpson. Todos los días cuando entraba y salía de la comisaría, allí estaban todos con las unidades móviles, las cámaras al hombro y los micrófonos de las radios. Mujeres peinadas y maquilladas a esa hora de la mañana, hombres vestidos de Armani antes del amanecer. ¿Qué podía motivar a alguien a hacer algo así? Por supuesto era la esperanza de aparecer en una de las imágenes que propulsaría al afortunado a la estratosfera de la popularidad. Esa era una de las maneras de conseguir figurar en los índices de audiencia.

Supongo que todos los trabajos tienen sus «números».

Me sentía extrañamente aislada de todo aquello, cortesía del anonimato que Fred insistía en que mantuviera hasta que tuviéramos las cosas más controladas. Por una vez, estuve de acuerdo con él. Antes de que identificáramos a Durand había muy buenas razones para mantener al público apartado. Ahora que sabíamos que era él, necesitábamos la ayuda del público sin interferencias, una situación muy delicada que solo se podía conseguir con un excelente trabajo de relaciones públicas. Por primera vez en mi carrera como policía, comprendí lo que hacía de verdad Heather Maroney como portavoz del departamento: era la primera línea en la batalla con los civiles. Era muy difícil que alguien dentro del departamento me descubriera, a menos que yo tuviera algún enemigo desconocido entre el personal, y eso era poco probable porque siempre había tenido mucho cuidado en no ofender a nadie. A Fred le preocupaba mucho más que alguien de la organización de Durand revelara mi identidad.

Me descubrieron, pero no fue nadie del departamento ni tampoco nadie de la prensa. Fue el propio Wilbur Durand quien finalmente se encargó de informar al mundo quién era yo.

## Veintinueve

En el fondo de mi alma en esos momentos comprendía que Gilles de Rais era un monstruosa encarnación del demonio, y esperaba que definirlo lo desarmaría y conseguiría privarle del poder de afectarme. Había desaparecido cualquier recuerdo de la madre que me quedaba dentro, la mujer que había enjugado las lágrimas del niño y lo había acostado con todo cariño cuando su propia madre era incapaz de hacerlo. Ya no podía seguir preocupándome por su angustia, sus sufrimientos, los terribles horrores que había soportado a manos de su abuelo, de los que nadie, ni yo ni sus padres ausentes, podían protegerle.

«No llores, niño, ella se ha ido con tu padre a Pouage. Pero consuélate, mi pequeño, regresarán a Champtocé en menos de dos semanas, y volveréis a estar todos juntos».

Por supuesto, mi pequeño pupilo no podía menos que advertir que mi señor Guy y la señora Marie a menudo se llevaban con ellos a René, sobre todo cuando iban a Machecoul. Siempre he sospechado que el hermano menor, un niño delicado de salud que había estado a punto de morir en el parto, estaba mucho más ligado al corazón de su madre. Invariablemente surgían problemas cuando esto ocurría —quizá no en el momento de la partida, sino con la siguiente desilusión, que siempre parecía motivada por algo sin ninguna relación aparente con lo que él interpretaba como un abandono.— Ante la menor provocación se lanzaba sobre mí dispuesto a pegarme con sus pequeños puños y pillaba una rabieta tremenda. Algunas veces, cuando intentaba sujetarlo, levantaba los brazos y se escurría hacia abajo como una anguila, y en cuanto tocaba el suelo comenzaba a dar puntapiés con tanta fuerza que temblaban las piedras. Sus padres me habían prohibido que lo castigase por esas espantosas rabietas cuando ellos no estaban presentes, aunque bien se merecía un muy severo correctivo. Y cuando ellos estaban presentes, su manera de disciplinar al chiquillo solo podía describirse en el mejor de los casos como tímida y poco eficaz.

En una ocasión, cuando ya no me veía con fuerzas para seguir tolerando aquel aborrecible comportamiento, cometí un muy grave error, cuyas consecuencias me persiguen desde entonces. Acudí a Jean de Craon, y sin parar mientes, lo interrumpí en su trabajo. Cuando le expliqué los motivos de mi presencia, dejó la pluma, maldijo en voz alta y declaró que si continuaban mimando al niño de esa manera acabaría convirtiéndose en afeminado. Esperé pacientemente a que acabara con la diatriba, y así poder preguntarle qué debía hacer para poner remedio a la situación. Sus obscenas manifestaciones lejos de interrumpirse fueron en aumento hasta que finalmente estalló en una retahíla de insultos tan viles como para escandalizar a los santos y los ángeles.

Se dirigió directamente a la habitación de los chicos, y yo le seguí pegada a sus

talones, sin dejar de suplicarle que no fuera demasiado duro en su reprimenda. Encontramos al pequeño con la niñera a quien le había encomendado que lo vigilara durante mi ausencia. Hablaban en voz baja y él parecía muy tranquilo, cosa que me sorprendió porque estaba hecho una fiera cuando lo puse en los brazos de la muchacha. Jean de Craon, convencido de que lo había apartado de sus cuentas sin un motivo justificado, me miró como si quisiera fulminarme allí mismo.

«Por favor perdonadme, mi señor Jean, pero esto es un inesperado cambio; una bendición, por supuesto, pero también algo muy sorprendente porque el niño estaba fuera de sí cuando lo dejé y...».

Sin esperar a que yo acabara con mis súplicas de perdón, Jean de Craon se volvió para dirigirse hacia la puerta, al tiempo que murmuraba una serie de imprecaciones a cual más horrible. Pero en cuanto vio que su abuelo nos había vuelto la espalda, Gilles comenzó otra vez. Chilló y pataleó para atraer la atención del anciano que estaba a punto de abandonarlo como habían hecho su padre y su madre.

¿Qué extraña aberración era esta?, ¿qué desvío de la normalidad, que un niño busque una atención punitiva porque no tiene manera de conseguir una atención más placentera?

Sin embargo, por aberrante que fuera su naturaleza, la rabieta tuvo una repercusión sensacional. Al escuchar los chillidos del niño, Jean de Craon se volvió hacia nosotros con el rostro desfigurado por la cólera y se dirigió directamente hacia su nieto. Gilles continuó con su magnífica interpretación; se tiró al suelo y comenzó a descargar puñetazos contra las piedras con todas sus fuerzas. El viejo enfurecido cogió a mi pupilo por el cuello, lo levantó en el aire y después lo arrojó otra vez contra el suelo como si quisiera aplastarlo, y a continuación comenzó a atizarle de puñetazos mientras yo le gritaba que detuviera aquel despiadado castigo. La aterrorizada doncella escapó de la habitación y me dejó sola en el intento de defender al pequeño de la brutal agresión de su abuelo, quien me apartó con mucha más facilidad de la que hubiese creído en un hombre de su edad. Me levantó la mano y seguramente me hubiese pegado a mí también, aunque yo no era su esposa, de no haber sido por la providencial aparición de un guardia en la puerta de la habitación, que había acudido, alarmado por los gritos.

Aproveché la momentánea distracción del anciano que despachaba al guardia con cajas destempladas para coger a Gilles y escapar, al tiempo que rogaba a Dios que apareciera mi marido o alguien capaz de socorrerme. Con el pequeño Gilles que yacía entre mis brazos como un muñeco roto, escapé por el angosto pasillo entre la habitación del niño y los aposentos de la señora Marie. Conocía muy bien los lugares donde ocultarme, porque todas sus damas de compañía se habían visto obligadas a desaparecer en un momento u otro cuando Guy de Laval se presentaba sin previo aviso dispuesto a recibir las atenciones amorosas de mi señora. En tales ocasiones no

había tiempo para retirarse cortésmente, porque él era un libidinoso que no estaba dispuesto a esperar ni un segundo en la satisfacción de su lujuria. La poseía allí donde la encontraba, sobre un banco, contra la pared, incluso de pie en medio de la alcoba, sin esperar a que los demás nos marcháramos. Así que nos escondíamos y esperábamos en silencio a que mi señor Guy acabara con su asunto, cosa que hacía con brusca eficacia.

Tales episodios, por desagradables que me resultaran en su momento, parecían poca cosa comparados con la angustia de ese instante, pero el conocimiento de los escondites en los aposentos me fue muy útil en aquella situación. Cuando entré en las habitaciones de la señora Marie, me volví un momento y vi a Jean de Craon que avanzaba tambaleante como si la cólera lo hubiese emborrachado. Gilles comenzó a moverse inquieto, pero conseguí librar un brazo para cerrar la puerta. Se escuchó el choque de la hoja contra el marco, el ruido sordo de la madera contra la madera. Cuando el hombre ya estaba a punto de caer sobre nosotros, logré pasar el cerrojo de un manotazo. Con un alivio indescriptible, el pasador entró en la muesca, y la puerta resistió. El terrible anciano comenzó a descargar puñetazos y puntapiés con tanta fuerza que las tablas se combaban y crujían como si fueran a partirse en cualquier momento. Con el niño bien apretado contra mi pecho, busqué refugio en un armario, mientras Jean de Craon descargaba su impotente furia contra la madera.

Pasó algún tiempo antes de que sus fuerzas se agotaran lo suficiente como para hacerle desistir de sus intentos de echar abajo la puerta. Permanecí presa de un terror mortal en el interior del armario hasta tener la certeza de que se había marchado. Cuando finalmente salí de aquella sofocante tumba, tenía la pechera de mi vestido empapada con mis lágrimas y las del niño. Por otra parte, el hedor en el armario era insoportable, porque mientras éramos objeto de la persecución de su abuelo, mi aterrorizado pupilo se había hecho todas las necesidades encima. La vergüenza que vi reflejada en su rostro cuando salimos a la luz me partió el corazón.

Unas horas más tarde, cuando el niño limpio y compuesto dormía tranquilamente en su cama, me dirigí al gran salón para buscar a mi marido. Había estado ausente todo el día, y yo estaba desesperada por contarle lo que había ocurrido. Étienne estaba cenando con sus compañeros. El perverso anciano que nos había aterrorizado tanto, compartía mesa con aquel jovial grupo; parecía estar de muy buen humor cuando se levantó tambaleándose como un borracho.

Por unos instantes permanecí paralizada con la espalda contra la pared. Resultaba imposible evitar el encuentro si, llevado por la borrachera, decidía vengarse. Mi única esperanza era que hubiese bebido suficiente hipocrás como para nublarle la visión, y cuando vi sus vacilantes intentos para mantenerse erguido, comencé a creer que mis oraciones habían sido atendidas.

Mientras avanzaba a trompicones hacia mí, hice de tripas corazón y pasé a su lado

con la cabeza gacha. Sentí su mirada, pero no lo miré. Se despreocupó de mi persona con un leve gruñido de desprecio y ya no dijo nada más; no intentó detenerme ni hablar conmigo. Fue como si todo aquel horrible incidente en la habitación del niño nunca hubiese ocurrido.

Me gustaría decir que mi marido se mostró horrorizado cuando le narré los acontecimientos de aquella tarde, pero me desilusionó: «El joven amo Gilles es el primogénito de una casa noble y debe aprender a aceptar su posición como gobernante. Para eso necesita ser fuerte».

Yo le repliqué con mucha convicción: «Aprenderá a comportarse con la misma violencia que ahora mismo tiene que soportar».

«Violencia es lo que se le pide, y tú no eres nadie para decidir en estos temas».

Así acabó todo aquel asunto. Me sentí decepcionada del todo.



Gilles de Rais no se presentó aquel día en la audiencia privada como un niño malcriado que necesitaba aprender un poco de disciplina ni tampoco apareció como *un gran grotesquerie* merecedor de todos los desprecios. En cambio, se presentó precisamente como las personas que habían sufrido las consecuencias de su vileza creían que era antes de que comenzara todo esto: en calidad de hombre rico y poderoso, en la plenitud de su fuerza física, de gran señor con el poder de aplastar a sus acusadores —como si fuesen unos vulgares insectos— a su capricho. Hacía gala de su posición con un insolente aplomo, hasta tal punto de que se podía dudar que hubiese conocido alguna vez el significado de la palabra «modestia». Se había vestido como un dios menor con una finísima capa de terciopelo rojo, bordada en oro y recamada de valiosas joyas desde el cuello al dobladillo. La tela se ondulaba con una maravillosa fluidez, que resultaba muy agradable a la vista.

—Que Dios me perdone, pero es una visión maravillosa —susurró el hermano Damien.

No cabía duda alguna. Gilles de Rais no necesitaba de la belleza para cumplir con su papel en este mundo, porque con su riqueza hubiese tenido más que suficiente para triunfar, de no haberla dilapidado. Así y todo, había sido bendecido con una extraordinaria belleza y en esa ocasión hacía gala de ella como una doncella que exhibe un rubí en su garganta; las miradas acababan por posarse en él, aún en contra de la voluntad. No obstante, algo dentro de aquel hombre era totalmente inhumano, aunque los polvos, los afeites y las cremas lo habían disimulado muy bien hasta la fecha. A la vista de las horribles deformidades de su carácter que salían a la luz, me sentí complacida de que los arteros planes de Jean de Craon para dominar a mi señor no hubieran dado sus frutos.

A pesar de las dificultades, el paso de Gilles de Rais era seguro y su porte, altivo

hasta tal punto que inquietaba a la concurrencia. A medida que se sucedían las sesiones del tribunal sin su presencia, más cómoda se había vuelto su existencia, al menos teóricamente, como si él fuera una concepción del demonio y no un hombre que se hubiese entregado sin reservas a su influjo. Su imponente magnificencia hacía prácticamente imposible creer que Gilles de Rais fuese el acusado en todos esos asuntos. En cambio, parecía estar al mismo nivel o incluso por encima de aquellos que se habían reunido para juzgarlo.

Permaneció erguido en un silencioso desafío a aquellos hombres. Jean de Malestroit fue el primero en reaccionar, como era de suponer; se aclaró la garganta una vez y luego comenzó:

—Gilles de Rais, caballero, barón, señor y mariscal de Francia.

Los relatos a cuál más espantoso, los interminables escritos en latín, las madres llorosas, todo lo sucedido antes de ese momento pareció de pronto del todo insignificante. Mi señor subió a la tarima de los acusados con la barbilla bien alta. Apoyó una mano enguantada en el pomo de la espada y permaneció allí en altivo silencio mientras el fiscal de Dios daba lectura a los cargos en su contra.

—... que habéis secuestrado o mandado a vuestros cómplices y partidarios a secuestrar a un gran número de niños...

Se leyeron los nombres. Recé por el alma de otro centenar de hijos anónimos desaparecidos hacía mucho tiempo y amargamente llorados.

—... que habéis abusado de ellos contra natura y practicado con ellos el muy grave y mortal pecado de la sodomía...

Como en un sueño, recordé las palabras que Henriette había pronunciado en sus respuestas durante el interrogatorio posterior a la detención: «Mi señor desdeñaba la cámara natural de las niñas, y buscaba su placer con niños y niñas colocando su miembro entre sus nalgas, para luego moverse rítmicamente hasta satisfacer su lujuria».

—... que vos y vuestros cómplices habéis invocado a los espíritus malignos, habéis ofrecido tributo a los mencionados espíritus y habéis cometido muchos otros crímenes contra Dios, demasiado numerosos para mencionarlos todos.

Ahora fueron las confesiones de Prelati las que acudieron a mi memoria. «Las palabras de la invocación que empleamos fueron las siguientes: "Yo te conjuro, Belcebú, Satanás, por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por la Virgen Madre de Dios y todos los santos del cielo a que aparezcas entre nosotros en persona, hables con nosotros y hagas nuestra voluntad"».

—Se os dará una copia escrita de todos estos cargos tan pronto como se pueda confeccionar una —le informó Jean de Malestroit al acusado—. ¿Comprendéis las acusaciones que se han hecho en vuestra contra por todos estos muchos ciudadanos?

La voz de Gilles sonó muy baja, con una calma casi sobrenatural. Levantó la



barbilla un poco más y manifestó:

—Rechazo todos estos cargos y solicito que sean descartados.

«*Mon dieu*», exclamé con todos los demás. Nadie había previsto una sencilla negativa a ser juzgado. Los jueces y los fiscales celebraron una rápida conferencia en voz baja y con las cabezas muy juntas. Cuando acabaron, Jean de Malestroit miró al acusado con total desprecio.

—Estas acusaciones no han sido hechas a la ligera, mi señor. Ni tampoco han sido presentadas por unos ignorantes. Hay muchas pruebas, algunas de ellas que no admiten refutación, de que sois culpable de los crímenes de los que se os acusa.

—¡Falsedades y difamaciones! —gritó Gilles a voz en cuello—. ¡Lo juro por mi alma!

—Guardaos vuestros juramentos, señor, no vaya a ser que perdáis vuestra alma.

—¡Invocar al demonio! Esas acusaciones son completamente infundadas.

Una vez más, las exclamaciones de asombro sonaron al unísono. Su Eminencia recuperó rápidamente el control de la situación.

—La corte no opina lo mismo, señor. La corte cree que todas las acusaciones son verdaderas. Además, a la vista de la naturaleza de este caso y del peso de las pruebas reunidas contra vos, esta corte considera vuestra apelación del todo frívola y una pérdida de nuestro tiempo. Por otra parte —añadió—, vuestra apelación no ha sido presentada por escrito.

Esta vez fue Gilles quien resultó pillado por sorpresa y se mostró inquieto como consecuencia del anuncio.

—Pero... pero... —tartamudeó—. ¡No me habéis dado la oportunidad de hacerlo! —Levantó las manos y enseñó las palmas como una demostración de que no disponía de una hoja de pergamino ni de recado de escribir.

—La ley requiere que cualquier apelación deba ser presentada por escrito, señor.

—¡Eso es absurdo!

—Por supuesto que no, mi señor —replicó Jean de Malestroit con una sonrisa de complacencia mal disimulada—. Es una ley que lleva en vigor muchos años.

—¡Entonces será escrita! —gritó el acusado—. ¡De mi propio puño y letra si es necesario! Os ruego que me facilitéis todo lo necesario.

Todos los jueces se mantuvieron en silencio durante unos momentos. Finalmente, Su Eminencia respondió a las exigencias del barón.

—Yo os recomendaría que buscarais los servicios de un abogado para tal escrito, si estáis dispuestos a insistir en esta vía. Pero también os digo que será una inútil pérdida de tiempo por vuestra parte, porque no estamos dispuestos a considerar ninguna apelación, por muy elocuentemente que esté redactada.

—¡Esto es algo inaceptable!

Jean de Malestroit se levantó lentamente; advertí en sus manos un leve temblor,

que desapareció cuando las apoyó firmemente sobre la mesa. Su voz sonó muy dura.

—No es necesaria vuestra aceptación. Solo es necesaria la aceptación de Dios y de nuestro señor duque. —Después de una pausa, ofreció algo cercano a una explicación, quizá un apaciguamiento, en un tono de voz más razonable—. Podéis estar seguro, mi señor, de que no rechazamos vuestra apelación llevados por la malicia o el desprecio, lo hacemos porque tanto la fe como la razón exigen de nosotros que continuemos las diligencias por el camino que hemos emprendido.

—Estas no son más que mentiras, blasfemias desde la primera a la última, no hay ninguna causa para este juicio. Todo esto no es más que una conspiración organizada por aquellos dispuestos a destruir mi reputación ante Dios y mi rey. Son unos perros que pretenden arrebatar-me mis propiedades.

Esto último era una verdad indiscutible, aunque nunca sería admitida por ninguno de los jueces. Mi señor Gilles parecía estar a punto de estallar. Su rostro se enrojeció a más no poder, y una mano temblorosa se deslizó hacia la *braquemard* que llevaba al cinto, un gesto que provocó la reacción inmediata de los guardias que, como un solo hombre, acercaron las manos a las empuñaduras de sus espadas.

—¡Niego la competencia de este tribunal! —gritó con la voz ronca por la cólera —, y retiro todas mis declaraciones anteriores, excepto mi bautismo cristiano, que no puede ser negado y que me da el derecho a ser juzgado correctamente ante Dios.

De Touscheronde se levantó impulsado por la ira y respondió con el mismo desprecio que le había mostrado mi señor.

—Vuestro juicio será el apropiado, mi señor, y fiel a la verdad. Juro por la salvación de mi alma que todo aquello de lo que se os acusa está basado en testimonios legítimos y verdaderos. Ahora jurad por la salvación de vuestra alma, señor, que vuestras palabras serán verdaderas.

La única respuesta fue el silencio.

—¡Os digo que juréis!

—No lo haré. No admito la jurisdicción de esta corte.

—¡Jurad!

—¡Jamás!

—¡Bajo la amenaza de excomuniación, se os ordena que juréis!

El silencio de Gilles de Rais fue tan sonoro como un repique de campanas.

Jean de Malestroit se levantó una vez más y descargó un fuerte golpe con el mazo. Sin dar tiempo a que se apagara el eco, anunció:

—Este tribunal levanta la sesión hasta el próximo martes, once de octubre, día en que se requeriría de vos, señor, que prestéis el juramento de decir la verdad o de lo contrario se os privará de toda esperanza de salvación eterna.

Señaló a Gilles de Rais, quien le respondió solo con una mueca de soberano desprecio. Se adelantaron los guardias y se lo llevaron a sus aposentos para que

reflexionara sobre su posición cada vez más insostenible.



Las noticias de esta confrontación corrieron como el fuego por todos los campamentos. Las conversaciones de los agraviados se referían con una exaltación que crecía por momentos hasta el punto de tomarse la justicia por su mano, cosa que llevó a Chapeillon a enviar varios apremiantes mensajes al duque Juan, en los que le advertía de las posibilidades de una insurrección. Durante los días siguientes hubo una interminable serie de reuniones y discusiones entre Su Eminencia y una auténtica legión de consejeros; mis hermanas y yo dedicamos gran parte del lunes a preparar todo lo que se pudiera necesitar para que sus intrigas para la sesión del día siguiente se pudieran completar a tiempo y con comodidad.

No obstante, a pesar de todos sus esfuerzos —que sin duda debieron ser considerables a la vista de la cantidad de comida que necesitaron— parecieron conseguir poco o nada. Al día siguiente, cuando se suponía que el tribunal reanudaría sus sesiones, volvimos a reunirnos, seguros de que conoceríamos detalles todavía más asombrosos. En cambio, nos quedamos atónitos cuando uno de los escribas formuló el siguiente anuncio:

—Este tribunal suspende la sesión hasta el jueves, trece de octubre, a la hora tercia, momento en el que continuaremos con el caso y los casos que se juzgan, de acuerdo como lo que establece la ley.

Mientras esperábamos a que se marchara la multitud, miré hacia abajo desde nuestra ventajosa posición y vi un mar de manos que se agitaban en una violenta protesta y las bocas abiertas que gritaban encolerizadas.

Acabarían tragándonos a todos.



Aquella noche cuando le llevé la cena a Jean de Malestroit, el sonido de nuestras voces se vio apagado por el continuo griterío, que no había disminuido en lo más mínimo. Las gruesas cortinas y tapices que cubrían las ventanas apenas si conseguían disminuir un poco el ruido, incluso a esa considerable altura.

Aparté un poco la cortina para espiar a la muchedumbre que se arremolinaba en la plaza.

—Me recuerdan a la multitud que se reunió por la Doncella.

Su Eminencia se acercó para echar una ojeada.

—Aquello fue algo que preferiríamos borrar de la memoria.

No había la menor posibilidad de que pudiera pasar, por supuesto. Los errores permanecen siempre en la memoria, mientras que los placeres son borrados por las penas y los sufrimientos. Gracias a Dios su ejecución no había sido un error personal

de Jean de Malestroit. Sin embargo, no podía escapar del remordimiento común compartido con otros clérigos de las más altas jerarquías por lo mal que había resultado todo. Por aquel entonces, yo solo Llevaba cuatro años al servicio de Su Eminencia; era demasiado novata para asumir las responsabilidades que ahora tengo. Jean de Malestroit parece haber encontrado en mi persona el tipo de fiel ayudante que necesitaba para encargarle las tareas menores de su despacho, y en aquel momento no podía haber encontrado a alguien mejor dispuesto y complaciente. Así fue como aquel terrible día de 1431 me encontré a mí misma en un lugar donde nunca tendría que haber estado, con una visión general reservada a los poderosos.

Mi dolor por la muerte de Étienne era algo casi constante en mi corazón y mi mente, pero el juicio y la ejecución de Juana de Arco lo había borrado todo, al menos por un tiempo. Su Eminencia jura que había una buena y fundamentada razón para creer que ella se había dedicado efectivamente a la práctica hereje de la brujería. Estoy segura de que esa creencia surge de la necesidad de verse absuelto de la complicidad en aquel asunto. Su pecado, quizá todavía no confesado, consistió en no hacer nada.

Sin embargo había una pregunta que había quedado sin respuesta: ¿Cuál había sido el motivo que la había llevado a tener tratos con el demonio? Desde luego no había sido para obtener riquezas ni poder, para hacerse con las propiedades de un hombre, o peor todavía, para robarle el alma. Si había sido una bruja, entonces había sido una bruja guerrera, que había derrotado a los ingleses y elevado al trono al bastardo Carlos. Todavía estábamos rabiando por lo ocurrido en Agincourt, donde los arrogantes ingleses habían arrancado de nuestros pechos nuestros corazones galos para pisotearlos y convertirlos en una masa sanguinolenta como aquel pobre gato en Saint-Étienne. Si Dios no había dado a la Doncella los medios para vencer, entonces era muy justo y adecuado que lo hubiera hecho el demonio. Demasiadas almas ya habían sido sacrificadas por aquella causa, incluida la de mi propio marido.

A pesar de su legendario compañerismo, mi señor no había estado allí para salvarla cuando la ataron en aquella estaca. Muchos de los presentes que habían observado con horror cómo se acababa con la vida de la muchacha habían mantenido la esperanza, igual que yo misma hasta que vi cómo se encendía la paja bajo sus pies, que aparecería mi señor para rescatarla y llevarla a un lugar seguro. Siempre se había comentado que se había estado preparando para hacerlo, porque había pasado por la vecina Louvriers donde había comprado un caballo, armas y vituallas. Todos habíamos deducido por aquellas compras y su proximidad, que se trataba de los preparativos de un rescate. Pero nunca se concretó, y si de verdad había existido una conspiración para salvarla que había sido reprimida, es algo que nunca supimos porque nadie más había vuelto a hablar del tema desde entonces. Quizá mi señor había llegado a creer, como tantos otros, que estaba loca, y que las voces no eran más

que los delirios de una lunática, repetidos con muy convincente fervor para beneficio de unos oídos excesivamente dispuestos a escuchar.

Jean de Malestroit y yo habíamos presenciado la ejecución desde uno de los pisos altos del palacio, apartados de cualquier peligro si la muchedumbre se rebelaba. Nunca olvidaré aquel extraordinario gentío. La concurrencia se apiñaba alrededor de la zona acordonada de la hoguera hasta tal punto que parecían hormigas que se subían las unas encima de las otras. Las nubes de polvo se levantaban como el vapor de un caldero hirviendo. Mientras el carro que transportaba a la condenada se abría paso entre la multitud, comenzaron a escucharse los gritos: «Bruja, hereje, hechicera». Despojada de su reluciente armadura blanca, parecía pequeña y patéticamente frágil. El movimiento de la multitud al apartarse para permitirle el paso era como una ola que volvía a cerrarse inmediatamente porque eran muchos los que querían tocarla. En la hora de su muerte, la Doncella no era una guerrera, sino una niña que comprendía muy bien que estaba a punto de morir.

Dentro de mí le gritaba a Dios por qué dejaba que aquello sucediera. Ese tesoro, la fuerza que había detrás de nuestra unificación, estaba a punto de ser consumida por las llamas debido a la voluntad de sus servidores y en su nombre. Quería proclamar a voz en cuello que estábamos matando a la mejor entre nosotros solo para permitir a los hombres a quienes les había salvado el pellejo gracias a su bravura que pudieran presentarse como sabios y poderosos.

Sin embargo, Dios se mostró aquel día: mientras las llamas consumían sus prendas, cuando su carne comenzó a chamuscarse, a humear, a resquebrajarse, mientras cerraba los ojos con todas sus fuerzas y su rostro se retorcía en una mueca de indescriptible dolor, Él trajo a una paloma blanca para que ocupara su lugar en la estaca. Saltó de entre las llamas y se elevó hacia el cielo con unas alas que batían furiosamente el aire por encima del desierto patíbulo.

No fue hasta mucho más tarde que Su Eminencia y yo estuvimos en condiciones de hablar sobre aquello que habíamos presenciado y que apenas si nos atrevíamos a creer.

Los gritos y los gemidos de la muchedumbre eran tan ensordecedores como indescriptibles, pero ¿gritaban aterrorizados por la salvación de sus almas debido a que habían enviado a la muerte a la Doncella o gritaban de alegría porque Dios la había reclamado para acogerla en su seno?

La multitud que se había reunido ese día en la plaza, aunque menor en número, se parecía muchísimo a aquella, y sus integrantes no dejaban de manifestar sus protestas a voz en cuello. El poder y la influencia de Dios no se apreciaban en ninguno de ellos. Quizá le estaban suplicando que prolongara, aunque solo fuera un poco más, el espectáculo del juicio de mi señor, y Él estaba furioso con ellos por tan deplorable deseo.

Así y todo, les sería concedido.



Sus apelaciones, aunque en extremo apasionadas, no sirvieron en absoluto para conmover a sus implacables jueces. Gilles de Rais sencillamente había ido demasiado lejos. Nos reunimos a las nueve de la mañana en la sala de la Tour Neuve, el jueves 13 de octubre de 1440, el año trigésimo séptimo de la vida de Gilles de Rais, y desde luego, el último.

Aunque significaba un riesgo para el desarrollo normal de la sesión, se permitió una vez más la presencia del público en la sala. Jean de Malestroit conocía muy bien la ventaja política de permitir que su impecabilidad judicial fuese presenciada y comentada. Se habían apostado guardias cada pocos pasos en todo el perímetro del recinto para mantener el orden y controlar a todos los que entraban. Cuando se ocuparon todos los asientos disponibles, no se permitió la entrada de nadie más.

Como si les hubiesen invitado a una fiesta, los señores y las damas de Bretaña se presentaron en pleno, elegantemente vestidos con sus mejores prendas, como si quisieran rivalizar con mi señor, quien se había ataviado con gran esmero para la apertura de su juicio final. Contemplé descaradamente las joyas y los hermosos trajes de los hombres y las mujeres; yo nunca me había vestido con tantas galas, ni siquiera en el día de mi boda.

—Estáis mirando de una forma exagerada —me comentó el hermano Damien en voz baja.

—Por favor, dejadme que disfrute de mi momento de pecado.

El hermano Damien exhaló un suspiro y sacudió la cabeza, pero no hizo más comentarios sobre mi comportamiento. Poco después nuestra atención se centró una vez más en el proceso cuando se escuchó una nueva voz, la de Jacques de Pencoëdic, un notable erudito en leyes. Para aquella ocasión se le había encomendado, por acuerdo de todas las partes, que actuaría como fiscal; era un hombre con una gran experiencia y una intachable reputación de imparcialidad; no podían haber elegido a nadie mejor. Sabía cómo presentar el tema más complicado de la manera más diáfana y comprensible para todos.

La sonoridad de sus palabras dominaba la sala, y el dramatismo con que pronunciaba cada una resultaba apasionante; los grandes señores y las bellas damas permanecían atentos, poco dispuestos a perderse ni una sola de ellas, incluso de las largas y tediosas descripciones de la autoridad del tribunal.

La fascinación de todos los presentes llegó al máximo cuando se comenzaron a relatar los crímenes.

... que estos niños y niñas fueron secuestrados por el mencionado Gilles de Rais, el acusado, y por sus cómplices... Que ellos degollaron, mataron, descuartizaron,

quemaron y atormentaron vergonzosamente a dichos niños y niñas. Que el mencionado Gilles de Rais, el acusado, sacrificó a estos niños y niñas al demonio de la manera más abominable; que según muchas otras declaraciones, el mencionado Gilles de Rais, el acusado, invocó a los demonios y a los espíritus malignos y les ofreció el sacrificio de los mencionados niños y niñas, algunas veces después de que estuviesen muertos, y otras cuando agonizaban; que el acusado también practicó el horrible e innoble pecado de la sodomía en estos niños, con total desprecio del receptáculo natural de las niñas; que el mencionado Gilles de Rais, poseído por los espíritus malignos, sin preocuparse de la salvación de su alma, secuestró, mató y descuartizó a muchos niños, a muchos con sus propias manos y a otros, a manos de sus mencionados cómplices. Que él ordenó y dispuso que los cadáveres de estos niños fueran incinerados, reducidos o convertidos en cenizas, y arrojados en lugares ocultos... Que durante los mencionados catorce años también mantuvo relación con hechiceros y herejes, que solicitó su ayuda en numerosas ocasiones para realizar sus propósitos, que se comunicó y colaboró con ellos, prestó atención a sus dogmas, estudió y leyó sus libros referentes a las prohibidas prácticas de la alquimia y la brujería...

En total, se leyeron en voz alta cuarenta y cinco acusaciones. Para cuando se acabó la lectura, varias de las damas estaban muy próximas al desmayo. La multitud de observadores, al mismo tiempo horrorizados e intrigados, había mantenido un profundo silencio durante las repetidas lecturas de un horror tras otro, y ahora parecía completamente aturcidas por aquel espanto. Pero había dos personas entre ellos, ambas mujeres, las señoras Jarville y Thomin d'Araquin, que parecían ansiosas por conocer más horrores cuando terminó la relación. Miraban a mi señor como un creyente mira la imagen de un santo, con la ilusión de que se le pegara algo de su santidad.

—Escandaloso —afirmó el hermano Damien cuando me vio mirar a aquellas dos—. He escuchado decir que Poitou llevó a esas dos a Champtocé para que presenciaran algunos de los asesinatos desde un lugar discreto, y que estaban extremadamente deseosas de contemplar dichas actividades con toda la frecuencia posible.

Me eché hacia atrás, dominada por el horror; cómo cualquier mujer, incluso aquellas que no habían dado a luz a una nueva vida, podían presenciar el asesinato de un niño era algo que superaba toda comprensión, y luego no decir nada...

La voz del fiscal De Pencoëtdic me sacó de mi profundo horror; pronunció el nombre de mi señor y le pidió que se pusiera de pie para enfrentarse al tribunal. Gilles de Rais se levantó y muy erguido se enfrentó a los jueces sentados en la cabecera de la sala.

—Responderéis, señor —dijo De Pencoëtdic con un tono grave—, a estos bien

fundados cargos. Lo haréis bajo juramento y en la lengua francesa a todos y cada uno de los artículos de estas acusaciones.

El acusado miró a la concurrencia en la sala, y de vez en cuando su mirada se cruzó con la de alguno de sus pares. Pero solo sus dos admiradoras femeninas tuvieron el desparpajo de responderle abiertamente. Las consecuencias de devolver la mirada a aquel hombre eran sin duda muy graves.

—¿Tenéis la intención de responder, señor? —volvió a preguntar De Pencoëdic.

El silencio en la sala era tan absoluto que escuchábamos con toda claridad el zumbido de las moscas, y continuó así porque mi señor no ofreció respuesta alguna a la requisitoria del fiscal. Todas las miradas estaban puestas en el gran mariscal de Francia. El siguiente sonido que se escuchó fue el desilusionado suspiro del fiscal De Pencoëdic, cosa que hizo que todas las miradas se dirigieran a su persona. Lentamente, debido a las dificultades impuestas por la edad, el fiscal se volvió para mirar a Su Eminencia y al fraile Blouyn. Apenas si movió la cabeza en un gesto de asentimiento, algo que pareció una señal convenida de antemano, y luego se sentó en su silla tapizada de terciopelo rojo, convertido una vez más en un anciano mudo.

Jean de Malestroit se inclinó ligeramente hacia delante para dirigirse al acusado.

—Tenéis que responder, mi señor.

¿Por qué iba a responderle a Su Eminencia, su enemigo desde hacía muchos años, si no lo había hecho con el fiscal, que no le guardaba ninguna animosidad? Es algo que no puedo explicar. Sin embargo, fue precisamente lo que hizo. Gilles de Rais miró directamente a Jean de Malestroit.

—No lo haré —replicó con la mayor soberbia.

Todos los presentes soltaron una exclamación de asombro. Negarse a responder a una pregunta de un representante de Dios era un acto de herejía en y por sí mismo. Dirigirse a él sin emplear un título respetuoso también era algo inconcebible.

—Os lo preguntaré una vez más, mi señor, y os aconsejo que consideréis que está en juego la inmortalidad de vuestra alma. Responded.

Era obvio que Gilles de Rais hacía lo imposible por contenerse; era tal su cólera que temblaba violentamente.

«Te juro, Étienne, que pensé que reventaría en cualquier momento; cuando no pudo tener aquello que pedía contuvo la respiración hasta que comenzó a ponerse azul. Luego, cuando soltó el aire, fue un estallido de cólera en estado puro, como un joven toro al que le han metido un dedo en el ojo. El chico no tolera ninguna negativa a sus deseos sin una réplica desaforada... En más de una ocasión me entran ganas de darle unos cuantos azotes, pero lo tengo prohibido.

»Cálmate, Guillemette. No es a ti a quien le corresponde disciplinar al chico.

»Si no es a mí, entonces, ¿a quién? Es algo que se debe hacer».

Ahora teníamos ante nosotros las consecuencias de aquel fallo, fuese quien fuese



el responsable del mismo.

—No responderé —afirmó de nuevo. Miró primero a Jean de Malestroit y después al fraile Blouyn. En su expresión no había más que orgullo y desprecio—. Vosotros no sois ahora, como tampoco lo habéis sido antes, mis jueces.

—En el nombre de Dios, quien es y siempre será vuestro juez, os exijo que respondáis a los cargos que han sido presentados contra vos en este día.

Ahora llegó el momento. Gilles de Rais comenzó a gritar a Jean de Malestroit y a sus compañeros jueces. Ante la violencia de sus palabras, los tres se encogieron como si se estuvieran protegiendo de una agresión física.

—No sois más que unos rufianes y unos ladrones que habéis aceptado sobornos para condenarme —vociferó—, y prefiero que me ahorquen a responder ante unos jueces como vosotros.

Se volvió y comenzó a caminar hacia la salida, pero dos guardias lo detuvieron. Forcejeó con ellos y, por un momento, pareció que conseguiría zafarse. De inmediato reinó el caos en la sala. Jean de Malestroit estaba de pie, gritando a pleno pulmón para hacerse escuchar por encima de toda aquella barahúnda mientras los guardias arrastraban a Gilles de Rais y lo volvían a dejar delante de los jueces.

—Quizá sea que no comprendéis completamente los cargos que hay contra vos, mi señor. —Se volvió hacia uno de los escribas—. Leed las acusaciones en francés —ordenó—, para que el barón De Rais pueda entenderlas, a la vista de que no puede comprender la gravedad de su situación cuando se las describen en latín.

Mi señor intentó una inútil protesta.

—*Je comprends le latin!*

—Demasiado bien —murmuré casi para mí misma.

Me costaba Dios y ayuda quitarle *Los doce césares* cuando era un chiquillo. Se trataba de un libro cuyo contenido me hacía estremecer. ¡Las cosas que aquellas bestias llegaron a hacer en nombre de la soberanía! Relatos como aquellos podían dañar a un niño al hacer que su alma fuese indiferente a la barbarie. No obstante, Jean de Craon había insistido en que era parte de su educación, y Guy de Laval no se atrevió a contrariar al abuelo del niño.

El pobre escriba se levantó inmediatamente, con el pergamino en la mano, y comenzó a traducir con voz temblorosa. Mi señor se estremeció de rabia una vez más y gritó bien fuerte para que todos le escucharan:

—¡No soy un imbécil! Comprendo el latín como cualquiera de vosotros.

El aterrorizado escriba interrumpió la lectura y miró suplicante a mi obispo que le ordenó continuar con un gesto.

Gilles de Rais dejó de resistirse, pero continuó mirando con inquina a Su Eminencia mientras las palabras francesas se pronunciaban rápidamente. Era la misma mirada que había visto en su rostro cuando alcanzó la mayoría de edad y se

quitó de encima la tiranía de Jean de Craon: una fría mirada de desafío. Su voz volvió a escucharse por encima de las tímidas palabras del escriba.

—No haré nada de lo que me pidáis que haga en nombre de vuestro título de obispo de Nantes —tronó. Mientras forcejeaba para soltarse de las manos de los guardias, los miró alternativamente como si quisiera intimidarlos con su furia. Ninguno de los dos fue capaz de soportar su mirada. Llamaron a un tercer guardia para que les echara una mano, y finalmente entre todos consiguieron retenerlo.

Un silencio que no presagiaba nada bueno reinó en la sala mientras Gilles de Rais hacía un patético intento por recomponer su apostura. Se arregló las prendas y se peinó los cabellos, luego miró en derredor. No encontró el más mínimo apoyo en ninguno de los presentes.

Entonces le dominó una calma de aquellas que siempre parecen producirse antes de que comience la tempestad.

Casi podía escuchar la oración que Jean de Malestroit rezaba para sus adentros: «Dios Todopoderoso, si pudiera despojarme de esta toga...». Así y todo prosiguió con su tarea, y reclamó una vez más del prisionero que respondiera o pusiera en duda cualquiera de los cargos que se habían formulado en su contra.

Así continuó la sesión. Cuando Jean de Malestroit insistió por enésima vez en la sumisión del acusado, las reiteradas negativas de Gilles de Rais se habían vuelto tan apagadas que apenas si conseguíamos escucharlas.

Entonces Su Eminencia nos dejó a todos boquiabiertos.

—Por todos los santos, Gilles de Rais, nos forzaréis a que os excomulgemos de la santa fe católica con vuestras heréticas negativas.

El Gilles de antaño reapareció con una cólera vengativa. Se puso de pie y profirió una retahíla de insultos contra Su Eminencia que no me atrevo a repetir por miedo a poner en peligro la salvación de mi alma. Luego, añadió:

—Conozco la fe católica tan bien como cualquiera de vosotros. ¡No soy un hereje! —Hizo una pausa para tomar aliento—. Si he cometido los crímenes de los que se me acusa en esos pliegos, entonces es que me he descarriado de mi fe, algo que no es el caso y, por lo tanto, no me afecta.

—Quizá no, mi señor —replicó Jean de Malestroit—, pero sí os afectan la impudicia y la locura. Fingís ignorancia, pero no se puede creer en vuestras negativas.

—¡Jamás se me ocurriría mentir en un asunto tan grave como este! —Sus palabras sonaban más a súplicas que a afirmaciones—. Me sorprende en demasía —añadió—, que el señor l'Hôpital esté dispuesto a dar la magra información que pueda tener sobre estos asuntos de los que habláis a la corte eclesiástica, y todavía más que permita que se me acuse de tales delitos en nombre del duque Juan.

Todo aquello no era más que paja. De Pencoëtdic se levantó de su silla tapizada y

miró a los jueces.

—En representación del duque Juan —comenzó—, reclamo que este hombre sea acusado de desprecio intencionado a esta corte por su negativa, a pesar de nuestra exhortación canónica, a responder a los cargos presentados en su contra.

Ante esta petición del fiscal, los jueces se miraron los unos a los otros con una tácita comprensión. Jean de Malestroit cogió la pluma y un trozo de pergamino, y comenzó a escribir; trazó las letras rápidamente, pero con visible cuidado, porque las palabras que leyó el fiscal cuando le entregaron el trozo de pergamino eran de la mayor gravedad.

—Gilles de Rais, por la autoridad conferida por Su Santidad el papa Eugenio, quedas a partir de este momento excomulgado de la Santa Iglesia Católica.

—¡Apelo! ¡Una pluma, un trozo de pergamino! ¡Escribiré mi apelación ahora mismo!

Lo habían anticipado todo. Jean de Malestroit le hizo una señal a uno de los escribas, quien se levantó para dar lectura a un texto que sin duda se había escrito mucho tiempo antes.

—Esta apelación se rechaza por la naturaleza de este caso y de los casos de este orden, y también a la vista de la monstruosidad de los crímenes de los que se os acusa.

Una exclamación general rompió el silencio que siguió a este anuncio, luego se escucharon gemidos de desesperación, llamadas a la clemencia, ruegos a Dios por la salvación de su alma y plegarias de agradecimiento, todo a la vez. A continuación presenciamos un tumulto como no habíamos visto hasta ese momento en las sesiones. De Pencoëdic se puso de pie y gritó con todas las fuerzas para hacerse escuchar por encima del escándalo.

—Continuaremos con el juicio.

—¡De ninguna manera! —replicó mi señor.

—Oh, sí, señor, continuaremos.

Se dio lectura a otra prueba de autoridad, mientras Gilles se estremecía como un poseo, tal era su rabia.

—De acuerdo con las enseñanzas del apóstol, la maldad de la herejía se extiende como la gangrena y destruye traicioneramente las almas puras si no se la extirpa a tiempo con el diligente trabajo de la Inquisición, y es justo y correcto proceder aventajadamente con toda la autoridad y la dignidad del Oficio de la Santa Inquisición contra los herejes y sus defensores, y también contra aquellos acusados o sospechosos de herejía, y de aquellos que atentan contra la fe...

Gilles se debatía como una serpiente capturada. Con una fuerza imprevista, se libró de las manos de los guardias y se lanzó sobre la mesa de los jueces. Sentí una terrible opresión en la garganta: era un guerrero, dispuesto a atacar a un obispo que

carecía de la destreza o los medios para defenderse. A Gilles de Rais le bastaban las manos para destrozar la garganta de Jean de Malestroit. Los dos guardias trataron de sujetarlo, pero no lo consiguieron en el primer intento. De algún lugar de entre sus prendas sacó una daga que levantó bien alto para descargar el golpe mortal. Ya había comenzado el movimiento descendente cuando los guardias consiguieron sujetarle el brazo.

Me dominó una arcada y me tapé la boca para contener el vómito. Mientras los guardias luchaban con su atacante a menos de un brazo de distancia, Jean de Malestroit continuó sentado, inmóvil y seguro. Sus ojos eran como dos ascuas que miraban fijamente a Gilles para transmitirle un mensaje silencioso: «Lucha si quieres, pero acabarás por ser vencido. Tal es mi poder sobre ti».

Miré con vergüenza y asco cómo los guardias se llevaban a mi señor. Lo arrastraron de rodillas, una posición que solo adoptaba cuando esperaba recibir la absolución. En aquel momento, nunca había estado más lejos de la absolución, y era lo que necesitaba con más urgencia.

Seis días, y sin noticias de Wilbur. Teníamos equipos de vigilancia en la casa y el estudio, sus dos guaridas principales, pero nadie lo había visto. Los empleados iban y venían, y los vigilábamos todo lo que podíamos. Habíamos pinchado los teléfonos de los dos lugares, pero Angel Productions tenía registrados doce móviles, y no se podía saber cuál de ellos estaría utilizando Durand.

Llegamos a considerar la posibilidad de solicitar órdenes judiciales para cada uno de ellos; hasta ese punto llegaba nuestra desesperación. Fred se encargó de devolvernos a la realidad.

—Probablemente entró en cualquier tienda de móviles disfrazado de buscona y compró un móvil de tarjeta prepago.

Era una locura la manera como podía cambiar de aspecto. No había ninguna garantía de que no lo estuviese haciendo en ese mismo momento; era el hombre que funcionaba en invisible por defecto. Pero la posibilidad de que se transformara en algún otro era algo que marcaba todo lo que hacíamos para dar con él.

«Descripción del sospechoso: metro setenta a metro setenta y dos de estatura, constitución media/delgada. Entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años. Blanco. Hombre o mujer».

Solo veinte o treinta millones de personas en Estados Unidos encajaban en esa descripción.

Me aseguré de que no hubiera nada de verdura en la mesa aquella noche.

—Mamá —me dijo Frannie—, queremos que Llevés casos importantes más a menudo. Nos gusta la comida que preparas cuando los llevas.

Todos asintieron, y especialmente Evan con notable entusiasmo, quien, como todos los adolescentes, estaba predestinado a despreciar todo aquello que su madre consideraba beneficioso para él, como dormir ocho horas, los deberes, no abusar de los videojuegos y el brócoli.

Después de limpiar la cocina, nos sentamos delante del televisor y vimos *La ruleta de la fortuna*. Frannie no solo superó todos nuestros esfuerzos combinados, sino que incluso fue capaz de resolver uno de los acertijos solo con los espacios, sin darles tiempo a que aparecieran las letras.

—*El viento entre los sauces* —dijo—. Acabo de leer el libro. Era pan comido.

La conversación que siguió no fue pan comido ni mucho menos.

—Evan, por favor, apaga el televisor.

—Pero ahora van a dar *Urgencias* —exclamó—. Siempre nos dejas que veamos *Urgencias*.

Tenía toda la razón.

—Esta noche, no. Tengo que hablar con vosotros, y dado que por una de esas

casualidades estamos todos juntos, quiero hacerlo ahora.

Se escuchó un unánime gemido de queja.

—Oh, no, ¿otra vez tenemos problemas de dinero? —preguntó Julia.

El año pasado había sido duro; se había averiado el motor de mi coche, mi madre se había excedido en los gastos de medicamentos que cubría el seguro y había necesitado ayuda y Evan había tenido que llevar un aparato de ortodoncia. Pasamos una cautelosa etapa de apretarnos el cinturón, que tuvo el inesperado beneficio de enseñarle a mis hijos algo de las realidades económicas de la vida adulta. «Lo superaremos sin muchas dificultades», les había explicado y así había sido. Una lección aprendida. Ahora tenían menos miedo a la falta de dinero, y eso era bueno, aunque no quería decir que les gustara.

Esta vez estaba dispuesta a ser lo más clara posible.

—No, todo lo contrario. Estoy haciendo muchas horas extraordinarias. Este año disfrutaremos de unas magníficas vacaciones.

Esta vez se oyó una ovación unánime. Era un buen presagio; quizá la discusión no iría tan mal como había pensado.

—Sin embargo, hay una razón para justificar todas las horas extraordinarias. ¿Sabéis algo del gran caso en el que el sospechoso es el hombre que dirigió *Ellos se comen a los niños*?

Por supuesto que sí. No dejaban de comentar todo lo que escuchaban por ahí.

—Es mi caso.

«Sí vale es horrible mamá corta el rollo conoces a Wilbur Durand dinos todo lo que sabes». Todo mezclado en una sola frase, imposible distinguir quién había dicho qué.

—Es verdad. He estado metida en el caso desde el primer momento. Fui yo quien descubrió el patrón.

Nuevos gritos de entusiasmo. «Espera a que se lo diga a la señora Adamy y el señor Forsyth les parecerá fantástico dónde está el teléfono tengo que llamar a Samantha y contárselo todo».

Necesitaban saberlo, pero no podían salir corriendo para presumir; no era precisamente una buena idea en ese momento. Me dolía tener que estropearles la alegría.

—Escuchadme, chicos, sé que es mucho pedir, pero preferiría que no hablarais de todo esto más de lo necesario. Sé que será duro, y lo siento. Pero tendrá que ser así durante un tiempo.

—Venga, mamá, tenemos que decírselo a alguien.

Necesitaría hacerles entender el peligro, conseguir que el asunto fuese algo personal para ellos.

—¿Estáis preparados para la posibilidad de que nos acarree algunas

consecuencias si lo hacéis?

Silencio absoluto.

—Tendría que enfrentarme a la prensa, a las personas que son sus admiradores, a toda clase de chalados que no saben cómo comportarse. La gente podría seguirnos por la calle. Podré hacer mi trabajo con mucha más eficacia sin esa clase de interferencias. Así que hasta que no detengamos a ese tipo, necesito vuestra colaboración. Os voy a pedir que esta vez seáis mis ayudantes. No podremos arrestarlo si todo el mundo sabe quiénes somos nosotros.

La palabra mágica: nosotros. Mis tres adorados hijos asintieron con expresiones solemnes.

Dos de mis cielos se fueron a la cama; primero Julia, y después Frannie. Sin duda, sus cabecitas estaban llenas de imágenes de gloria, de las increíbles cosas que haría su madre omnipotente. Bien. Tendrían a una mujer de éxito como modelo.

En momentos como esos, casi me sentía como una impostora.

Una vez más, Evan y yo nos quedamos solos para disfrutar de unos preciosos minutos de compañerismo. «Dios —recé para mis adentros—, haz que estos hermosos momentos nunca se acaben, deja que siempre sea importante para mi hijo».

Todo aquello pasaría demasiado pronto. Cada vez que respiraba, las células de Evan se dividían, sus huesos se alargaban, sus hormonas se activaban y se apartaba cada vez más de mí. Eso es lo que ocurre cuando les das de comer y beber. Pero en momentos como esos, podía recordar cuando sus diminutos brazos rodeaban mi cuello, el dulce olor de su aliento infantil, su absoluta confianza y admiración, los vestigios de un tiempo en el que era todopoderosa, la diosa, la fuente de su sustento y conocimiento.

Era una caída tan grande verte convertida sencillamente en su madre.

—Mamá —dijo Evan, con una mirada donde todavía brillaba la admiración—, sé que no quieres que nosotros hablemos del asunto, pero es que me parece algo fantástico. Tú solucionaste el caso, eso es increíble. Tu trabajo es magnífico. Me lo he estado pensando y quizá acabe siendo policía.

«Cuando sea grande quiero ser como mi madre». Algo poco habitual en boca de un chico, pero algo maravilloso de escuchar. Solo había un problema: convertirse en policía ya no era lo mismo que cuando yo ingresé en el cuerpo. La falta de respeto a la autoridad tan generalizada en la actualidad solo estaba comenzando a asomar la cabeza en mis tiempos. No había ningún peligro acuciante; los requerimientos legales no eran tan restrictivos.

—En cualquier caso, tendrás que estudiar. Necesitarás saber un montón de cosas. En estos tiempos, el departamento quiere personas con instrucción.

—No pasa nada. Estudiaré lo que haga falta y después me haré policía.

—Me siento halagada, Evan. Me hace sentir muy bien escucharte decir esas

cosas. Pero todavía tienes mucho tiempo por delante para decidir lo que quieres hacer con tu vida.

—Lo que equivale a decir que no quieres verme convertido en un poli.

—No he dicho tal cosa.

—Pero lo estás pensando. Sé que eso es lo que piensas.

Le alboroté los cabellos como una expresión de afecto. Se enfadó.

—No soy un nene, mamá.

No era necesario que me lo recordara. Lo tenía muy claro.

—Lo sé, Evan. Lo siento. Escucha, ahora que las niñas se han ido a la cama, quiero hablar contigo de una cosa.

Permaneció callado durante unos segundos y después replicó:

—Ya sé lo del sexo, mamá. Papá me habló del tema muy a fondo el año pasado.

Disimulé mi sorpresa con una sonrisa.

—No es de ese tema precisamente de lo que quiero hablar ahora mismo.

En su rostro apareció una expresión de considerable alivio.

—Muy bien. Entonces, ¿de qué se trata?

—Solo quiero que tengas mucho cuidado. No quiero que tengas miedo del mundo, porque es un lugar maravilloso, y espero que siempre lo tengas en cuenta. Pero ahí afuera hay algunas personas que en realidad, aunque no podemos comprender el porqué, en ellas hay algo que no está bien. No actúan como las personas normales. Deseo que comiences a ser consciente de lo que pasa a tu alrededor. Si hay personas que te hacen sentir molesto, apártate de ellas. Esto es algo que vale para todos. Si alguna persona a la que conoces y en la que confías no parece actuar correctamente, apártate de ella. Y, por favor, no te olvides de decírmelo. Por favor.

Se hundió en los cojines del sofá y permaneció en silencio.

—¿Evan?

Sostuvo mi mirada, pero siguió sin abrir la boca.

—Esto es importante, cariño.

—Vale —respondió con un tono sombrío.

Conseguí contenerme a tiempo y no le alboroté los cabellos.

—Gracias.

—Una mañana tranquila —comentó Escobar—. No sé la razón, pero las hienas no se acercan demasiado.

Habían pasado diez días desde que se había hecho pública la noticia. La frenética fascinación inicial había comenzado a ceder a medida que se producían otras historias importantes. Habíamos tenido un tiroteo en una escuela y una toma de rehenes en un aeropuerto para entretener a los representantes del cuarto poder, por no mencionar la permanente paranoia sobre los posibles actos de bioterrorismo. Pasaron once días,



luego doce; mis hijos estaban de nuevo con su padre, pero me llamaban con frecuencia, con la aparente intención de saber si me encontraba bien. Pero había otra pregunta que esperaba una respuesta urgente: ¿Cuándo podrían contarle a sus compañeros y amigos toda la historia?

«Todavía no. Dentro de muy poco, pero todavía no».

A la mañana del decimotercer día, mientras estaba en mi mesa, ocupada en organizar todo el enorme papeleo del caso Durand, sonó el teléfono. En la pantalla apareció un número con el código de zona 617. Una llamada desde Boston.

—Por lo que se ve, todo está tranquilo en el frente occidental —fue lo primero que dijo Pete Moskal cuando atendí la llamada.

—Demasiado tranquilo. No veo la hora de que este tipo aparezca. Pero es un auténtico camaleón. Lo más probable es que si aparece, no lo haga como él mismo.

—¡Qué mala suerte! De todas maneras, siempre podrías pegarle un tiro si aparece como alguna cosa verde con escamas. Te llamaba porque he escuchado algo interesante. Corre el rumor de que la hermana le estaba pasando la mayoría de sus casos a los subordinados.

—¿Tienes a alguien en su despacho que te tenga informado?

—Sí.

—Bueno, no está nada mal saber con quién nos tendremos que enfrentar. —Por alguna razón que no conseguía entender, no quería hablar con él—. Muchas gracias por...

—Hay algo más.

Adiviné por el tono que esa vez no se trataba de más rumores.

—Quería avisarte de que voy a solicitar una orden de arresto.

Era algo que tenía que pasar, antes o después.

—Supongo que no te lo puedo impedir. Has tenido mucha paciencia, Moskal, y te lo agradezco. Te deseo buena suerte. Espero que encuentres a un buen juez.

—Una joya.

—Escucha, solo hazme otro favor si puedes. Intenta no meterme en ese asunto.

—Tendré que poner tu nombre en el informe. La cadena de información pasa directamente por ti.

—¿No podrías decir que un agente anónimo de la policía de Los Ángeles te pasó la información?

—¿Quieres decir como un informante anónimo? Supongo que podría, pero el caso ya es bastante endeble. Tener el nombre de un detective de referencia lo reforzaría. Considerablemente.

Si él pillaba primero a Durand, sería porque yo le había abierto el camino. La verdad es que si ocurría, sería para echarse a llorar.

—¿Hay alguna manera de que pueda convencerte de que esperes unos días?

—No lo creo.

—¿No puedes darnos un par de días más para que lo encontremos aquí?

—Estaría perdiendo un tiempo muy valioso si lo hago. Ya estoy reuniendo a la gente para buscarlo aquí.

—No está en tu zona.

—¿Cómo lo sabes?

No tenía ninguna explicación lógica que ofrecerle, tan solo lo que me decía el instinto.

—Porque el aire por aquí todavía hiede.

Al final conseguí convencerlo de que esperara «unos días más» para que yo pudiera tener éxito en mi empeño. La recompensa ofrecida aumentó a medida que otras familias de los chicos desaparecidos se sumaron a la cacería. Como era de esperar, volvió a aumentar el número de llamadas. Investigar las pistas inútiles se convirtió en el pasatiempo de la división: ¿quién podía invalidar el mayor número de llamadas idiotas en un día? Como no podía ser de otra manera, Escobar o Spence, que eran soberbios en las entrevistas, se llevaban la palma y solo tardaban unos minutos en detectarlas. Volvimos a centrarnos en los aeropuertos y los hoteles porque ninguno de nosotros sabía qué más hacer y porque el aumento de las medidas de seguridad después de los atentados terroristas nos facilitaban las cosas. Sin embargo, no podíamos hacernos muchas ilusiones respecto a que pudiéramos encontrar a Durand por esa vía; podía alquilar una casa con una identidad falsa o contratar un avión privado y saltarse los controles rutinarios de los aeropuertos. No había vuelto a aparecer por su casa ni por el estudio, aunque sus empleados continuaban libremente con sus idas y venidas. No teníamos ninguna razón legítima para detenerlos, aunque eso no impedía que cada vez estuviese más cerca de decidir traerlos a comisaría y apretarles un poco las tuercas. Todos eran colaboradores muy próximos, quizá incluso cómplices; parecía razonable suponer que uno o más de ellos estuviesen involucrados en alguna medida en sus andanzas, pero carecíamos de una prueba directa de complicidad.

Tendríamos que seguir esperando a que se decidiera aparecer.

Recibí la llamada cuando me preparaba para marcharme a casa. Había ordenado la mesa y recogido todos los documentos en mi cartera. Ya tenía las llaves del coche en la mano cuando la caja de Pandora se abrió una vez más.

La campanilla ya tenía ese tono de «no se te ocurra atender la llamada», un sonido estridente, artificialmente prolongado que te ponía los nervios de punta. Una operadora me informó cuando cogí el teléfono.

—Es un 911, pero quien sea el que llama preguntó específicamente por usted — dijo con un tono escéptico.

Apreté el botón rojo que parpadeaba enloquecido.

—Detective Dunbar.

—¿Lany?

Era Kevin. Nunca me llamaba al trabajo. En su voz se reflejaba el pánico que lo dominaba. Miré el teléfono. Comprendí en el acto el motivo de la llamada.

Al menos eso fue lo que creí.

—Dios, Lany, tendría que haber regresado a casa una hora antes, y lo estuve esperando. Si tardaba un poco más, se le estropearía la cena. Al final llamé a casa de Jeff, y su padre me dijo que creía que me tocaba a mí ir a recogerlos, y le respondí que no, que era su turno. Y entonces cuando acababa de colgar, llamó Evan para decirme que el padre de Jeff había ido a buscarlos, pero que le dijo a Evan que se esperara porque yo le había dicho que iría a recogerlo para ir a alguna parte, así que se llevó a Jeff y dejó a Evan en mitad de la calle. Lany, se llevó a Jeff. Dios, creía que ya eran demasiado mayores para este tipo de cosas, que los secuestraran... Jeff es tan alto, quiero decir, que es más alto que yo. Por todos los santos...

—Cuelga y no te apartes del teléfono —le dije—. Ahora mismo te llamo. — Colgué el teléfono y me quedé petrificada. Mi parálisis debió de ser muy evidente porque Escobar se acercó a la carrera.

—Estás blanca como la cera, Dunbar. ¿Te encuentras bien?

—No.

—Habla —me ordenó.

—Creo que Durand se ha llevado al mejor amigo de Evan —respondí.

Decirlo en voz alta me arrancó del estupor. A lo largo de los años había estado en todo tipo de situaciones de crisis, había participado en infinidad de cursos, había sido felicitada por mi comportamiento en condiciones de estrés. Sin embargo, ahora mismo solo rogaba: «Oh, Dios, no permitas...».

Las huestes se reunieron para una reunión urgente en el despacho de Vuska.

Me comunicó de inmediato que tenía la autoridad para retirarme del caso como detective principal y que no me correspondía estar al mando en un caso donde mi propia seguridad o la seguridad de otro agente podía verse comprometida por una decisión apresurada o de tipo emocional.

—Sin embargo, es tu llamada —añadió para mi gran asombro. Podría haberme ordenado que me mantuviera fuera del asunto, y era lógico que lo hiciera.

—¿Por qué, Fred? No tienes que dejarme si no quieres.

Me llevó aparte, donde los demás no pudieran escucharnos. Su expresión era tensa y dolida.

—Me siento culpable por no haberte escuchado desde el primer momento —confesó—. Quizá ahora no estaríamos pasando por esto si lo hubiese hecho.

No dejaba de ser una disculpa. La acepté con un gesto adusto.

—Tú sabes más de este tipo que todos nosotros juntos —añadió—. Así que te

necesitamos. Dejaré en tus manos la decisión de que me digas si comienzas a flaquear, y si eso ocurre, espero que te apartes de la primera línea inmediatamente y trabajes con el equipo de apoyo. Deja que Spence y Escobar acaben con el tema.

Antes de que saliéramos, sabía que Fred se llevaría a mis dos compañeros aparte y les diría que me vigilaran, y que si era necesario apartarme, que lo hicieran.

No había explicación lógica para el hecho de que cuando todos abandonamos el despacho de Fred, hubiera recuperado la calma. Supongo que en lo más profundo de mi corazón sabía que si Wilbur Durand estaba dispuesto a asesinar al amigo de mi hijo, no había nada que yo pudiera hacer para impedirselo.

La línea estaba ocupada cuando llamé a Kevin. Me disponía a enviar un coche patrulla a su casa cuando conseguí comunicarme.

Estaba completamente fuera de control, maldecía, se disculpaba, rogaba para que el día volviera a comenzar.

—Kevin, cálmate, respira profundamente —le pedí—. Intenta concentrarte en mantener la cabeza despejada. Ahora mismo tengo que hacerte un montón de preguntas.

—Por amor de Dios, Lany, ¿no podría hacerme las preguntas algún otro?

No era el momento de que resurgieran los viejos resentimientos.

—Soy la detective principal en este caso y me corresponde a mí este trabajo. No hace falta que nos comportemos como fieras el uno con el otro. Piensa en mí solo como un detective más.

Solíamos hablar continuamente de mis casos, o mejor dicho le hablaba; no creo que escuchara gran cosa, pero desde que nos habíamos separado, ya no había habido más oportunidades. Escucharnos era uno de nuestros grandes problemas; ninguno de los dos era muy bueno a la hora de escuchar al otro. Hacia el final resultaba muy difícil mantener una conversación civilizada con él sobre cualquier tema, y ya no digamos de las complejidades de mi trabajo. Pero no dejaba de pensar que él habría tomado conciencia del riesgo potencial si le hubiese hablado de este caso. Evan había sido un chico obediente y había hecho lo que su madre le había pedido; no había hablado con nadie, ni siquiera con Jeff, sobre las cosas que le había revelado.

Una cosa que tendría que haber hecho inmediatamente, en cuanto descubrí la importancia que tenía, era haberle mencionado la exposición de los dinosaurios que habían ido a ver con Jeff. Pero nunca lo hice.

Habían pasado dos horas desde que Durand había secuestrado a Jeff, media hora desde que habíamos recibido el aviso. No había duda de que el Honda Accord plateado que Durand había alquilado para imitar el coche del padre de Jeff había sido abandonado hacía tiempo.

No tenía mucha importancia; no necesitaría alquilar un coche nunca más, a menos que permitieran conducir en el infierno o quizá sí; puedes quedarte inmovilizado en

un atasco en la autopista 405 a las seis de la tarde de un viernes, con una temperatura de 40 grados, sin aire acondicionado en el coche, y que entonces se produzca un terremoto. Ya habíamos enviado coches para avisarles, a los que hacían guardia en el estudio y en la casa, de que estuviesen muy atentos a cualquier cosa que se apartara de la normalidad. Transmitimos una descripción del coche por la radio de la policía, precedida de un código para el cambio de canal. Detalles de lo que debían buscar: mochilas, cuerdas, artículos de disfraz, se comunicaron a los agentes de los coches patrulla a través de un canal seguro. Todos los Honda Accord color plata relativamente nuevos que circulaban por la ciudad fueron detenidos, sobre todo los que llevaban matrículas de alquiler. Se trataba de un vehículo tremendamente popular, y hubo ocasiones en que detenían cuatro o cinco en una misma calle y en el mismo momento. Algunos de los agentes comenzaron a poner marcas con jabón en la parte superior izquierda de los parabrisas después de inspeccionar un vehículo para reducir al mínimo la repetición de las inspecciones. A los Honda Accord de aquel color que encontraban aparcados les echaban una ojeada y no vacilaban en forzar las cerraduras si había el más mínimo motivo de sospecha, como la presencia de una mochila escolar, una bolsa de deportes o una muda de ropa. A los propietarios, cuando aparecían, se les interrogaba agresivamente antes de devolverles sus coches. Todo aquel jaleo fue una pérdida de tiempo.

El padre de Jeff nos envió una foto por correo electrónico, que retransmití sin perder ni un segundo. Se distribuyó por teletipo y a los ordenadores de los coches patrulla para que los agentes pudieran identificarlo. También transmitimos una foto de Durand sin disfraz, en algo que pareció un acto inútil. Durante las dos horas siguientes, permanecí sentada con la mirada fija en el teléfono, atenta a la aparición de una nueva pista, algo, cualquier cosa que nos permitiera ponernos en marcha. El aparato se empecinó en su mutismo, mientras la comida que alguien había dejado sobre mi mesa se enfriaba del todo.

Apareció el padre de Jeff, sin sus otros hijos.

Encontrarme en presencia de una persona con la que mantenía una relación habitual, y cuyo hijo era ahora el objeto de una búsqueda urgente y masiva porque se encontraba en poder de un monstruo, me hizo ver toda la situación de una manera que no había anticipado. El único delito cometido por su hijo había sido ser amigo del mío, ni más ni menos. Aún no sabía con certeza si Jeff había sido la víctima marcada desde el principio o si lo había confundido con mi hijo. Un recorrido por los vídeos de seguridad de Durand podrían aclarar la cuestión. ¿Kevin había hecho el payaso con Jeff delante de la cámara como había hecho con su propio hijo? Los dos eran tan parecidos que bien podrían haber sido hermanos, y Evan se parecía más a su padre. Durand quizá había cometido el error de tomar a Jeff como hijo de Kevin y mío.

Era algo que todavía no estaba en situación de comentárselo, no era el momento

adecuado. Solo serviría para complicar las cosas.

—Tendrías que volver a tu casa —le dije—, quedarte con los otros chicos.

—Necesito estar aquí —me replicó—. Es mi hijo.

—De acuerdo —admití—, pero tendrás que esperar en la sala de visitantes. Te prometo que iré a hablar contigo en el instante en que tengamos una novedad.

En el momento que él salía, sonó el teléfono.

Spence interceptó la llamada antes de que yo pudiera coger el teléfono.

—El criado de Durand acaba de salir de la casa en su propio coche —me informó—. Abrió la puerta del garaje, sacó el coche y volvió a cerrarla.

—Pues entonces que lo detengan y revisen el coche —casi le grité.

Escobar apoyó una mano en mi brazo para que me calmara.

—¿Qué pasará si encontramos algo en el coche? ¿Tenemos una causa probable para justificar el registro? —preguntó.

Podríamos perderlo todo por un registro mal hecho; era algo que había ocurrido con demasiada frecuencia.

—Pues al menos seguidlo —susurré—. Por amor de Dios, que no se os escape. —Miré a Escobar—. El criado casi nunca sale de la casa. Solo muy de vez en cuando. Han pasado días y días en los que no le hemos visto ni asomarse.

—Lany, tranquilízate. Es el criado. Lo más probable es que haya ido al supermercado a buscar leche.

—Le trajeron el pedido esta mañana. Vieron la furgoneta de la tienda, ¿no lo recuerdas?

—Entonces, puede ser que se olvidara de pedir alguna cosa.

—Tendríamos que llamar a los muchachos que hay en el estudio y advertirles de que estén atentos por si aparece.

Escobar los llamó. Les facilitó una descripción del coche y del criado.

Le escuché decir: «un metro setenta, setenta y tres, blanco o ligeramente hispano, constitución delgada...».

—Mierda —exclamé por lo bajo—. Espera un momento.

La voz de Escobar me sonó como muy lejana mientras yo aún no había salido del asombro.

—Dicen que alguien que encaja con la descripción salió de allí esta tarde cuando ellos estaban haciendo el cambio de turno. Trajo el pedido del supermercado y se marchó.

## Treinta y uno

El viernes, 14 de octubre, no se reunió el tribunal. En el exterior de nuestra húmeda abadía, que compartíamos con una legión de extrañas y muy desagradables sustancias verdes que iban y venían con la humedad, había un cielo azul salpicado de inmensas nubes de aquellas que pasan sin derramar ni una gota de lluvia pero que, de todas maneras, te humedecen los ojos con su belleza. Hice una pausa en mi carrera a través del patio para contemplar el cielo; el calor me produjo la sensación de que los dedos de Dios acariciaban mi piel. Con una mano me quité el velo y la toca, y dejé que el sol también me acariciara los cabellos.

Nadie entre la muchedumbre me prestó la más mínima atención mientras continuaba mi camino con la cabeza descubierta. Una vez más, se había congregado una nutrida multitud alrededor de un pregonero. Se estaba relatando otra vívida y embellecida historia de la excomunió n de Gilles de Rais. Me uní a un grupo cuyas cabezas estaban inclinadas hacia el centro de la reunió n; allí me quedé para escuchar mientras uno de ellos relataba lo que había escuchado momentos antes en uno de los otros grupos.

Huesos, dijo el hombre. Y calaveras. Habían encontrado más cráneos. Se habían mencionado cuarenta y nueve cráneos en los artículos de la acusación que se habían leído el día anterior, pero esos al parecer habían sido destruidos. Cuando lo habían dicho, a mí me había parecido una exageración.

Sin embargo, ahora decían que había más, y que estos no habían sido destruidos.

La puerta de su despacho estaba abierta así que entré sin más; no intenté evitar el ruido de modo que el roce de mis hábitos en la alfombra le advirtieron de mi entrada.

—Ah, Guillemette.

Puesto que me había atrasado con las cuentas de los gastos del convento, aquella mañana me había apresurado a acabarlas. Dejé el libro con gran violencia sobre su mesa. Él se echó hacia atrás, sorprendido.

—¿Es verdad? —le pregunté—. ¿Han encontrado más huesos y calaveras en Champtocé?

No me" respondió inmediatamente, sino que me miró con gran curiosidad.

—Tus cabellos. Los llevas descubiertos.

—Ha sido cosa del viento —respondí—. ¿Qué hay de ese rumor sobre los huesos y las calaveras? La gente reunida en la plaza no habla de otra cosa. ¿Hay algo de verdad en lo que dicen?

En un primer momento no dijo nada, pero después acabó por asentir.

—Han encontrado algunos en sus aposentos privados en Champtocé y Machecoul. Muy bien escondidos, probablemente olvidados por sus cómplices debido a las prisas. Pero solo unos pocos; una cantidad que ni siquiera se aproxima a

todos los que faltan. Me pregunto cuántos habrán sacado antes.

—Quiero verlos.

—No. —Esta vez la respuesta fue inmediata y contundente.

—Eminencia...

—No —repitió—. Te lo prohíbo.

—Jean, por favor.

—No puedo permitirlo. Mi posición como juez en este juicio se vería comprometida por la manipulación de las pruebas.

—¿Esa posición es para vos más importante que el terrible sufrimiento que anida en mi corazón?

—Me parece que con esa pregunta estás abusando de la posición de que disfrutas conmigo. Me sorprendes, hermana. Creía que estabas por encima de esas cosas.

Me aparté, dolida y confusa. No había nada más que decir después de esa última afirmación. Era culpable de un pecado, no importaba lo que hiciera. Por lo tanto, no vi ninguna razón que me impidiera cometer uno.



Regresé a mi pequeña habitación y saqué de debajo de la cama el cofre donde guardaba los restos de mi vida anterior. Los vestidos eran de una moda correspondiente a otra época y se veían mohosos. Era imposible que pudiera ponerme cualquiera de ellos. Tendría que buscar algo en otra parte, pero no encontraría nada de lo que necesitaba en la abadía sin despertar sospechas.

Los campamentos habían seguido creciendo a medida que se extendían por la región las noticias del juicio. La periferia de Nantes ya no era solo granjas y árboles con alguno que otro villorrio, sino un bosque de tiendas y chozas improvisadas donde se había instalado la gente del campo. Encontré a madame Le Barbier en una de las secciones más limpias del campamento; estaba comiendo un poco de queso y un vaso de hipocrás rebajado, cuando la vi. Pasaron unos segundos antes de que me reconociera sin el velo. Luego apareció una sonrisa en su rostro, algo que me alegró el corazón. Se inclinó cortésmente.

—Madre Guillemette, qué placer volver a veros.

—Y a vos, madame.

—Por favor, acompañadme. —La buena mujer me ofreció el queso—. Comed un poco.

No tenía hambre, pero me pareció una descortesía rechazar la invitación. Cogí un trozo muy pequeño y le devolví el resto.

Se habían esfumado la expresión de sufrimiento y el porte vencido; se la veía mucho más lozana. Con un poco de envidia, le comenté:

—Parecís gozar de una salud y unos ánimos excelentes, madame, ¿Es algo que



alegra mi corazón!

—Me complace saber que por fin se está llevando a cabo este juicio; ha tardado tanto en llegar, tanto... No me devolverá a mi hijo, eso ya lo sé. Pero sin embargo se hará justicia, y cuando ocurra, encontraré un poco de paz.

Paz. Hasta que ella no pronunció la palabra, no me había dado cuenta de con cuánta ansiedad la deseaba para mí.

Continuó comiendo pausadamente mientras me observaba.

—Veo que habéis perdido vuestro velo.

—Así es. —No era necesario que le ofreciera la excusa del viento—. Por el momento, y esa es la razón por la que he venido a veros.

Rebuscó entre los cofres y baúles que había traído. Lanzaba las faldas, las enaguas y los vestidos por encima del hombro como si no fuesen más que trapos viejos, y no las preciosas joyas que eran para alguien que había estado privada de ellas durante tanto tiempo como era mi caso. No había renunciado a todas aquellas cosas con una voluntad sincera, y ahora parecían provocar en mí una cierta nostalgia, un deseo mal definido. La miré asombrada mientras ella sostenía a la altura de mis hombros primero un vestido y después otro para hacer una rápida valoración: ¿favorecía mis facciones naturales? ¿Era el estilo más adecuado a mi figura? Me había olvidado del todo que tenía una figura que podía beneficiarse de aquello que la cubría.

Salí de su tienda, bien envuelta en la capa, pero debajo ya no estaban mis hábitos informes. En cambio, llevaba un vestido de tela azul. Anhelaba tener un espejo donde poder contemplarme, porque para mí ese sencillo vestido de tela lisa era la más magnífica de las prendas.

Me abrí paso entre la muchedumbre sin que casi nadie se fijara en mí. La rebelión en la que me había embarcado, mi pecado de desobediencia, continuaba oculto debajo de la capa.

Recogí el velo de donde lo había dejado y volví a ponérmelo; el peso me pareció insoportable, pero aguanté sin rechistar. Busqué mi camino por los pasillos del palacio en completo silencio y con un paso tan decidido que a nadie se le ocurrió interpelarme. Debieron pensar que estaba ocupada en algo importante y que lo más apropiado era no interrumpirme.

Era un lugar tan bonito, tan diferente de la abadía, con los oscuros muros de piedra y el aire que olía a santidad... Aunque el obispo vivía en el palacio, también era un canciller, quien debía estar rodeado de objetos hermosos, artículos que le recordaran todos los días la importancia de su trabajo. Así y todo, las comodidades apenas si se podían comparar con aquellas a las que mi señor Gilles estaba acostumbrado.

Cuando me presenté delante de los guardias que custodiaban la entrada a sus

aposentos privados, les dije que era portadora de un mensaje de Jean de Malestroit, y los hombres no hicieron más preguntas. A lo largo de las semanas, estos guardias me habían visto caminar dos pasos atrás del obispo, y no había ningún motivo para dudar de mí. Mis modales eran recatados y dóciles; les dije que Jean de Malestroit me había encomendado la importante tarea de proveer al barón De Rais de un poco de consuelo y solaz en estas horas tan amargas. Cogí el rosario con actitud ferviente entre las palmas de mis manos e invité a los guardias a que rezaran conmigo por el alma perdida de mi señor. Creo que me dejaron pasar para no tener que soportar durante más tiempo esa exhibición de celo religioso.

El jefe de la guardia se encaró con uno de los soldados y le dio la orden de acompañarme. Al hombre se le cambió la expresión al escuchar que debía acompañarme hasta los lujosos aposentos donde se alojaba mi señor.

El guardia que me precedía caminaba deprisa. No podía acusarlo por su evidente temor; con cada paso que me acercaba a los aposentos de Gilles de Rais, mi corazón latía más y más rápido.

Las preguntas referentes a lo que podía ocurrir comenzaron a abrirse paso en mi mente, y en el tiempo que tardé en dar unos pocos pasos me planteé por qué no había reflexionado un poco más sobre ese encuentro antes de acudir allí. Mientras atravesábamos un gran salón, sentí el impulso casi incontenible de dar media vuelta y echar a correr.

Pero no podía. Respiré lenta y profundamente para dominar a las bestias salvajes que mordían y arañaban mis entrañas. El entorno me ayudó: se trataba de una preciosa sala, con las paredes cubiertas de los más hermosos tapices y bordados, y en el suelo había varias de las extraordinarias alfombras que las naves traían desde el otro extremo del Mediterráneo. En el acto deseé quitarme los zapatos y caminar descalza por aquellos mullidos tejidos antes de que se me escapara la ocasión.

Mientras miraba todo aquello con verdadero asombro, el guardia golpeó tres veces en el suelo con el extremo de la lanza y después adoptó la posición de firmes. De la otra habitación, escuché la voz de mi señor que gritaba furioso: «¿Qué?». De pronto, desapareció todo deseo de pisar las alfombras; lo único que querían mis pies era sacarme de allí cuanto antes.

Había visto el dibujo de un corazón en uno de los libros de anatomía del joven Gilles en Champtocé. *Le Coeur*, rezaba la inscripción al pie del dibujo. Era maravilloso y muy sencillo, pero me resultó extraño ver que el corazón del ser humano tenía dos partes. ¿Cuál era el propósito de que tuviera dos partes distintas a través de las cuales debían pasar nuestras emociones?

En aquel momento obtuve la respuesta. Un lado de mi corazón estaba totalmente lleno de cólera y deseos de venganza, el otro de una tristeza infinita.

El guardia anunció con voz titubeante: «*Vous avez une visiteur, mon Liege*».

Dicho esto se volvió para marcharse casi corriendo por donde habíamos venido.

Tan pronto como el soldado desapareció de la vista, me quité la toca, el velo y la capa. Lo dejé todo sobre una silla que estaba a mano, una pieza de mobiliario tan perfecta que jamás me hubiese atrevido a sentarme en ella. Esperé allí, convertida en una mujer común, cuando mi señor entró en el salón. En un primer momento se acercó lentamente, hasta que adiviné por la expresión de su rostro que me había reconocido. Entonces se acercó a toda prisa y me abrazó. Tuve que apelar a mis mejores artes femeninas para reprimir el asco y el miedo que me provocaba sentir sus brazos en mi cuerpo.

—Madame —exclamó—. Oh, madame... perdonadme que no os haya reconocido de inmediato. Debéis comprenderlo, esto ha sido una experiencia terrible, y ya no estoy acostumbrado a veros vestida con las prendas de una mujer.

Hizo una pausa, y entonces se apartó un poco, con una mirada de profunda desconfianza.

—¿Os ha enviado Jean de Malestroit para que habléis conmigo en su nombre? Que haya enviado a una mujer a hacer su trabajo...

—Él no me ha enviado —le interrumpí—. Se sentirá profundamente contrariado cuando descubra que he venido a veros.

Era obvio que el odio que venía de antiguo seguía existiendo.

Su barba ya no era rizada y azul, sino oscura y bien recortada. Sin embargo, se la acariciaba como si todavía fuese larga y abundante. Había en sus ojos una chispa de locura que ni siquiera el mejor de los disfraces podía disimular.

—Si no habéis venido como emisaria de Jean de Malestroit, entonces, ¿por qué estáis aquí?

—Estoy aquí como Guillemette La Drappière, aunque aquella mujer me parece que ha muerto hace mucho tiempo. Hay cosas que necesito saber. Preguntas a las que solo vos podéis responder.

En aquel instante casi sentí cómo se encogía por dentro.

Entonces, sabía cuál era la razón de mi presencia.

Se obligó a sí mismo a mostrarse sereno y confiado.

—Sin duda, madame, sabéis más de mí y de mi vida que cualquier otra persona.

—No sé si asesinasteis o no a mi hijo Michel.

Por fin, después de tanto tiempo, lo había dicho. Bastó quitármelo del pecho para que sintiera un cierto alivio. Quizá esto hubiese bastado para satisfacer parte de lo que me consumía por dentro, pero ahora tenía la respuesta al alcance de la mano. Quería escucharla.

Miré directamente los fríos ojos azules de mi *fil de lait*. Pocas veces en mi vida había sentido una inquietud tan grande como en esos momentos. Entonces, para mi asombro, vi que las lágrimas acudían a sus ojos. Me sorprendió todavía más cuando

cayó de rodillas. Apretó su rostro bañado en lágrimas contra mis rodillas y me abrazó las piernas. Casi perdí el equilibrio, tan ferviente era su abrazo. Lloraba a mares, con el abandono de un niño. Luego, comenzó a hablar.

—Madame, he cometido muchos crímenes, a cuál más horroroso. He hecho casi todas las cosas de las que se me acusan. Pero no maté a vuestro hijo, y me aterroriza pensar que podáis creer eso de mí. ¿Es que me veis como la más terrible y sanguinaria de las bestias?

Continuó hablando mientras la confusión invadía mi mente y mi corazón.

—No sé lo que le ocurrió a mi legítimo hermano Michel —afirmó Gilles, quizá con la intención de conmoverme—, aunque siempre creeré que fue aquel condenado jabalí quien se lo llevó, el mismo que asesinó a mi padre.

Había tal contrición en su voz, tanta sinceridad en sus negativas, que susurré:

—¿De verdad que no le matasteis?

—No.

Dios me perdone, pero le creí. Mi alivio fue inmenso, aunque todavía me atormentaba el terrible misterio de saber cómo había muerto Michel. ¿Lo había asesinado algún cazador por algún motivo que solo él conocía? Deseaba creer que hubiese sido así con toda el alma.

—Mi señor, Dios no os aborrece —manifesté—. Dios os ama, estoy segura de ello. Os concederá su perdón de la misma manera que perdona a todos los pecadores. No tenéis más que confesar vuestros pecados con toda libertad y sin la menor vacilación.

Apoyé una mano en su cabeza y le acaricié los cabellos, como era mi costumbre cuando era un niño. Se aferró a mí con la mayor desesperación, como había hecho a menudo de pequeño.

—Sí, sí —gimió sin soltarme—. Dios lo hará. Soy cristiano, aceptado en su seno por el sacramento del bautismo, y ahora se me niega su gracia. Os suplico que me ayudéis, madre. No se me pueden negar los sacramentos.

Aumentó la presión de sus brazos alrededor de mis piernas y me costó conseguir que no terminara haciéndome daño.

—Escuchadme bien —dije—. Ya sabéis lo que os toca hacer. Mañana debéis presentaros ante el tribunal y hablar libremente de todas las cosas que me acabáis de manifestar. Entonces todo irá bien.

Alzó la mirada mientras me soltaba las piernas y se enjugaba las lágrimas con el dorso de una mano.

—¿Es posible que eso sea verdad? —preguntó con una voz infantil.

—Sí —le contesté, convertida de nuevo en madre—. Ahora levantaos. Dios hará que todo vaya bien.



Jean, querido hijo mío:

Por favor, perdóname; sé que mi tardanza a la hora de escribirte te ha preocupado. Su Eminencia me ha comunicado tus inquietudes transmitidas a través de la carta que le envió el cardenal. Olvida tus temores. Ahora al menos estoy curada en parte de la cruel aflicción que me sobrecogió y me impidió sentarme a escribir.

Hoy fui a ver a mi señor Gilles en las habitaciones donde está prisionero en el palacio. Me enfrenté a él con la pregunta que tú sabes que me ha estado persiguiendo; aquella referente a las circunstancias de la muerte de Michel. Para mi eterno alivio negó cualquier complicidad y habló de los cazadores del duque Juan, algo que nunca había hecho antes. Creo que me dice la verdad, porque en la misma frase me confesó que había cometido todos los otros asesinatos de los que ha sido acusado.

Tendría que haberme sentido más sorprendida por este reconocimiento de su parte, pero de alguna manera dicha sorpresa debió verse superada por el bendito alivio de saber que él no había matado a mi hijo y a tu hermano. Sin embargo, su propia alma no conoce el descanso; está desolada y afligida con una confusión y un dolor que no había visto nunca antes y espero no volver a ver nunca más. Le animé a confesar el resto de sus crímenes cuando mañana vaya a la corte y se presente ante sus jueces. Es mi más ferviente deseo que lo haga, porque solo a través de la absolución encontrará el consuelo.

No dudo que ahora comprenderás que nuestro viaje tendrá que ser postergado; confío en que podamos emprenderlo antes de que el tiempo sea demasiado frío como para viajar con cierta comodidad. Pero quizá si nos marchamos cuando el tiempo amenace, nos veamos obligados a quedarnos en el cálido sur. No se me ocurre otra manera más agradable de pasar el helado invierno de Bretaña que en el calor de Aviñón.

Queridísimo hijo, tenme presente en tus oraciones, como hago yo en las mías. Comienzo a creer de nuevo que Dios me escucha de verdad. No me había dado cuenta hasta hoy de lo mucho que echo de menos mi fe.

Tanto como te echo de menos a ti, mi amado hijo. Me alegra mucho saber que nos volveremos a ver muy pronto.



Mi última visión antes de quedarme dormida fue el vestido azul colgado en la parte de atrás de la puerta. No era muy diferente a los que había usado como esposa y madre en Champtocé. Aquella noche soñé que yacía junto a mi marido, con sus queridas manos sobre mi cuerpo. Cuando le trajeron de Orleans, sus heridas ya habían comenzado a infectarse y tanto era su dolor que no soportaba el menor roce en su pierna, así que instalé otra cama junto a la suya. Cuánto deseaba deslizarme bajo la manta con él aunque solo fuera una vez antes de que muriera. En su delirio en los

momentos finales no hubiese sabido que había yacido con él, pero yo sí.

Dormí hasta bien pasada el alba. Aquella mañana, cuando entré en la sala, Jean de Malestroit y el fraile Blouyn ya estaban sentados a la mesa de los jueces, dedicados a la lectura de los documentos. Su Eminencia me miró con una expresión de curiosidad mientras yo me dirigía muy discretamente a ocupar mi silla junto al hermano Damien. En su mirada había algo que no me atrevía a interpretar.

—Fui a buscarte esta mañana —dijo—, pero me informaron de que estabas durmiendo. ¿Estás enferma?

—No. Solo muy fatigada. —Miré hacia el frente de la sala—. Veo que Chapeillon ya está aquí.

—Estaba aquí cuando llegué, que fue antes de que entraran Su Eminencia y el fraile Blouyn. No ha dejado de preparar sus documentos ni un solo instante.

Se escuchó un murmullo de excitación porque mi señor, una vez más como un pavo real, había llegado para ocupar su puesto entre los gorriones. Me invadió un sentimiento de culpa y se me subieron los colores cuando le vi entrar, y recordé nuestra conversación y todas las cosas que ahora sabía con certeza que eran verdaderas. No podía hablar con nadie de esos temas. Le seguí con la mirada, y por unos momentos esperé que me correspondiera, pero no lo hizo.

Chapeillon esperó a que se acallara al murmullo para levantarse y comenzar su alegato.

—Honorables jueces —manifestó—, os pido en nombre del duque Juan que preguntéis al acusado si está dispuesto a hablar. Asimismo, os pido que le recomendéis que si bien hasta ahora ha preferido no hablar, puede hacerlo en este momento, ya sea tanto para admitir o en caso contrario objetar a los artículos que la acusación leyó previamente.

Jean de Malestroit asintió y luego se volvió para mirar a Gilles de Rais.

—Mi señor, a petición del fiscal, os pregunto si tenéis la intención de hablar.

Gilles se demoró unos segundos y después de un largo suspiro de resignación, respondió:

—No hablaré, pero tampoco presentaré ninguna objeción.

Este cambio de actitud fue algo completamente inesperado para todos, excepto para mí.

Chapeillon tardó un momento en recuperar la compostura.

—Con el permiso del tribunal —dijo—, solicito a nuestros estimados jueces que pregunten a mi señor Gilles, el acusado, si está dispuesto a reconocer la autoridad de este tribunal para juzgarlo.

Una vez más, Su Eminencia miró a mi señor.

—Habéis escuchado la pregunta, mi señor. ¿Cuál es vuestra respuesta a este tema?

En el rostro de Gilles de Rais apareció una expresión como si le hubiesen ofrecido un vaso de cicuta. Miró a los dos jueces.

—Concedo que estos jueces son competentes para juzgarme y confirmo su jurisdicción sobre mi persona.

No podía verle el rostro, pero noté las lágrimas en su voz. Agachó la cabeza.

—Aceptaré a cualquier juez que decidáis poner ante mí. —Ahora se había echado a llorar abiertamente—. Confieso ante Dios y esta corte que cometí los crímenes de los que se me acusa, y que cometí estos delitos dentro de la jurisdicción de estos jueces.

Apenas si conseguía escucharle entre el griterío del público. Me puse de pie y acerqué una mano a la oreja para que me sirviera de bocina, y así escuché su disculpa.

—Solicito humilde y devotamente a estos jueces y a todos los otros representantes eclesiásticos a quienes haya podido agraviar con mis expresiones ofensivas que me perdonen.

Jean de Malestroit y el fraile Blouyn se habían quedado estupefactos. Se miraron el uno al otro durante unos segundos y llegaron a un acuerdo tácito. Su Eminencia levantó una mano para pedir silencio y cuando se acallaron las voces, expresó:

—Por el amor de Dios, Gilles de Rais, estáis perdonado.

Por fin, Chapeillon recuperó la voz.

—Si place a este tribunal, solicito permiso para establecer las pruebas de los crímenes mencionados en los artículos, y que han sido admitidos por mi señor.

—Los artículos tal como han sido presentados son admisibles como pruebas y se les considera suficientes —declaró el fraile Blouyn con un tono firme.

—Entonces le pediré a mi señor que responda a los artículos y de esta manera confirmar las pruebas.

Todas las miradas se centraron en Gilles, que se irguió en toda su estatura al saberse observado. Ya se disponía a hablar cuando Jean de Malestroit levantó una mano para indicarle que esperara.

—Primero debéis prestar un juramento de veracidad, para que quede claro que todo lo que vais a decir es la verdad ante Dios, y nada más que la verdad.

Gilles se miró los pies durante un momento. Luego respondió con voz clara:

—Juro ante Dios que diré toda la verdad y nada más que la verdad.

—Podéis continuar.

Permanecimos en el más absoluto y arrobado silencio mientras mi señor Gilles declaraba su asentimiento y confirmación de los artículos del uno al cuatro de la acusación, y también de los artículos del ocho al once, todos los cuales se referían a la autoridad del tribunal y de sus miembros.

—También afirmo el artículo catorce. En cuanto al artículo trece, reconozco la

existencia de una catedral en Nantes y que Jean de Malestroit es el obispo de dicha catedral. Por otro lado, mis señores, afirmo que los castillos de Machecoul y Saint-Étienne se encuentran dentro de los límites de la mencionada diócesis.

Hubo una pausa momentánea, que todos aprovechamos para recuperar el aliento. La voz de Jean de Malestroit rompió el silencio como un toque de campana.

—Podéis continuar.

Gilles se aclaró la garganta y luego reanudó su parlamento. Sin embargo, las palabras que pronunció no eran las que había esperado escuchar.

—He aceptado el bautismo cristiano. Como cristiano que soy, juro que nunca he invocado ni he hecho que otros invocaran o conjuraran a los espíritus malignos. Tampoco he ofrecido sacrificio alguno a tales espíritus.

Chapeillon y Blouyn intercambiaron otra mirada; estaba muy claro que no lo creían. En el aire se palpaba la tensión, y las palabras de Jean de Malestroit solo sirvieron para aumentarla todavía más.

—Recordad, mi señor —manifestó—, que habéis hecho un juramento sagrado.

—No he olvidado el juramento, mi señor —replicó De Rais y luego se embarcó en algo que pretendía ser una explicación—. Admito que recibí un libro de alquimia de un caballero angevino que ahora está prisionero acusado de herejía y que hice leer dicho libro públicamente a varias personas en una habitación en Angers. Hablé con el mencionado caballero sobre la práctica de la alquimia, pero le devolví el libro cuando hacía muy poco que lo tenía. Admito que practiqué la alquimia con François Prelati y el orfebre Jean Petit, ambos conocidos por vosotros. Contraté los servicios de estos alquimistas para convertir el mercurio en oro. No tuvimos ningún éxito en nuestros empeños.

Jean de Malestroit lo miró con furia.

—Se nos ha dicho que había hornos en Tiffauges que se construyeron con la intención específica de dedicarlos a la alquimia.

Gilles pareció sorprenderse al escuchar esta afirmación, como si la existencia de tales hornos fuese algo secreto. La réplica fue inmediata.

—Sí, mandé construir dichos hornos, pero en ningún momento se me ocurrió utilizarlos.

—Entonces, ¿no es verdad, como se nos ha dicho, que fueron desmantelados sobre todo porque el delfín vienés había decidido haceros una visita y no deseabais que él pudiese llegar a verlos y, por consiguiente, sospechar de vos?

Qué cerrada y defensiva se volvió su postura ante esta acusación.

—No es verdad, mi señor obispo. Lo juro.

Jean de Malestroit se reclinó en la silla y reflexionó sobre lo que se había dicho. Después de unos momentos volvió a inclinarse hacia delante.

—Mi señor, os pediré otra vez que respondáis a la acusación de invocar a los



demonios, y os recuerdo que estáis bajo juramento.

Gilles de Rais no estaba dispuesto a ceder ni un ápice en su declaración.

—Lo niego. Rotundamente. Si hay algunos testigos dispuestos a demostrar con sus testimonios que invoqué a los espíritus, estoy dispuesto a someterme a la prueba del fuego para demostrar que están equivocados. Cuando se presenten dichos testigos, utilizaré sus testimonios para aclarar mi propia posición en este tema. —Parecía estar absolutamente confiado en que se saldría con la suya—. Os aseguro que tendremos entonces una explicación mucho más clara sobre estos asuntos.

Esta declaración de inocencia hizo que Chapeillon se acercara corriendo a la mesa de los jueces, donde él, el obispo y el fraile mantuvieron una apresurada conferencia en voz baja. En sus expresiones se mezclaban el desagrado y la frustración, porque las cosas habían ido bien a lo largo de la mañana hasta que Gilles había decidido desafiarlos una vez más.

Yo esperaba algo mejor después de nuestro encuentro la noche anterior. Había rezado con toda sinceridad para que mi señor entrara en el tribunal aquella mañana, admitiera la herejía y aceptara el castigo. Ya no me sentía impulsada a odiar y a desmerecer a ese hombre impulsada por una cólera indefinida; me había confesado que no había sido el causante de la muerte de Michel, y le había creído. Anhelaba que acabara de una vez con todo aquello, aunque no ignoraba que le costaría la vida; tal era el castigo impuesto a los crímenes de esa naturaleza. Pero quizá se le permitiría que la perdiera de una manera más rápida, con menos sufrimientos. No podría soportar verlo morir como había muerto Juana de Arco.

Chapeillon se apartó de la mesa de los jueces y llamó con un gesto a un clérigo que había estado sentado en una de las primeras filas, un tal Robin Guillaumet, que también era de esa diócesis. El fiscal le susurró algo a Guillaumet, quien después de asentir se dirigió presuroso hacia el fondo de la sala. Allí habló brevemente con uno de los guardias, quien a su vez transmitió la orden de Guillaumet a los otros que vigilaban fuera de la sala.

«Traed a los testigos».



El aire en la sala donde se celebraba el juicio parecía haberse agotado, aunque eso no nos afectó porque, de todas maneras, habíamos dejado de respirar; estábamos demasiado ocupados en contemplar a los testigos llamados por el sacerdote Robin Guillaumet. Uno tras otro entraron silenciosamente en la sala, y todos miraron apresuradamente durante un instante preñado de culpa a los ojos de su señor, Gilles de Rais. Cuando todos estuvieron reunidos delante de la mesa de los jueces, Guillaumet les explicó que debían dar un paso al frente e identificarse cuando escucharan decir su nombre.

Henriet Griart. Étienne Corrilaut, también llamado Poitou. François Prelati, clérigo. Eustache Blanchet, también clérigo. Perrine Martin.

Todos permanecieron en silencio y escucharon atentamente mientras se leía la fórmula del juramento.

—... y el Espíritu Santo a decir, manifestar y atestiguar la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, hasta donde me sea conocida, en el tema de los artículos presentados y expuestos por el fiscal del caso y de los casos de este orden, y también a decir la verdad en las cosas en general y en las específicas no expresadas en los antes mencionados artículos...

—¿Tenéis alguna objeción que manifestar a que los testigos hagan este juramento, mi señor Gilles? —preguntó Jean de Malestroit.

Gilles sacudió la cabeza; por lo visto, el asombro le había dejado sin palabras.

—Que en el acta quede constancia del consentimiento del acusado. —Su Eminencia hizo una pausa y después añadió—: Ahora hablo tanto para los testigos como para el acusado. ¿Juráis dejar de lado cualquier antagonismo, amor, miedo, favor, rencor, odio, compasión, amistad y enemistad, cesar en tales conductas y actitudes durante estos procedimientos para que no se vean contaminados por las emociones que puedan existir entre vosotros?

Todos estuvieron de acuerdo y juraron a tal efecto.

—Mi señor Gilles, ¿aceptaréis las declaraciones de estos testigos jurados y de cualquier otro que el fiscal pueda aportar y después de que preste juramento?

—Las aceptaré —contestó. Su voz sonó sin vida, derrotada.

—¿Tenéis la intención de provocar a este tribunal a través de poner en duda el carácter de cualquiera de estos testigos?

—No la tengo.

—¿Tenéis la intención, mi señor, de interrogarlos vos mismo, como es vuestro derecho?

—Confiaré en los dictados de sus conciencias para que les guíen en sus declaraciones.

—Entonces se hará tal como hemos acordado —anunció Jean de Malestroit—. Nos volveremos a reunir el próximo lunes, diecisiete de octubre, para escuchar las declaraciones.

Cogió el mazo y se dispuso a dar el golpe que marcaría el final de la sesión, pero Gilles de Rais se adelantó cuando todavía estaba en alto y comenzó a hablar, así que Su Eminencia volvió a dejar el mazo sobre la mesa.

—Mis señores jueces —dijo Gilles, y cayó de rodillas—. Os ruego con la mayor contrición que me devolváis a los sacramentos. Rescindid mi sentencia de excomunión, os lo imploro. No puedo soportar que se me niegue la bendición del consuelo de Dios. —Las lágrimas rodaban por sus mejillas y sus hombros se

estremecían con la violencia de los sollozos—. Apiadaos de mí, un hijo de Dios, y devolvedme a la gracia, por escrito.

Transcurrieron unos segundos de silencio antes de que Jean de Malestroit mirara al fraile Blouyn.

—¿Estáis de acuerdo con esto? —le preguntó.

El fraile Blouyn se miró las manos con mucha atención, quizá sumido en la reflexión del desagrado que provocaría en el duque Juan el consentimiento a esta petición. Pero al final, él también se apiadó. Asintió con un gesto.

—Entonces, que así se haga —proclamó Su Eminencia. Miró a uno de los escribas, que comenzó a escribir con mucha diligencia lo que el obispo le dictaba. Cuando acabó el dictado, Jean de Malestroit leyó el texto y luego firmó con su nombre. Se lo devolvió al escriba—. Que se hagan muchas copias y se coloquen en lugares públicos. Comunicad a los pregoneros que procedan a su lectura en los mismos lugares.

Juro por Dios que Gilles le hubiese besado los pies de no haber estado la mesa entre ellos. Se escuchó el golpe del mazo.

François Prelati fue el primero en hablar y con voz calma describió cómo había entrado al servicio de Gilles de Rais, de cómo había sido tentado por Blanchet y de las prácticas de hechicería que había realizado con su patrón. Le siguió el citado Blanchet quien confirmó los relatos de hechicería y magia negra, de los conjuros heréticos para reclamar la presencia del diablo. Henriet Griart manifestó que había participado en el secuestro y el asesinato de muchos niños y que lo había hecho voluntariamente.

La más espantosa de todas fue la declaración de Poitou. Describió una vez más el apresurado abandono del castillo de Champtocé, la eliminación de cuarenta y seis cadáveres. Por si fuera poco, añadió un nuevo capítulo de horrores a la historia:

«Aquello fue mi iniciación en los pecados de mi señor. Dios me perdone porque después yo mismo le llevé muchos niños a mi señor para satisfacción de su lascivia, quizá tantos como cuarenta. Siempre supe lo que les tenía reservado. Obtenía tanto placer en esta iniquidad...; gemía de deleite y se estremecía de lujuria mientras los niños chillaban.

»Algunas veces, si los chillidos eran tan fuertes que lo enfadaban o si temía ser descubierto, mi señor colgaba al niño por el cuello hasta que estaba casi muerto y después lo bajaba con la advertencia de que guardara silencio. A veces los engañaba para que creyeran que él no les haría ningún daño, que él solo quería que participaran en esos placeres. Pero él siempre los mataba después, o me ordenaba que los matara yo, o algún otro de sus sirvientes. La mayoría de las veces los buscábamos entre los pobres que venían a pedir limosna a los diversos castillos de mi señor, pero en otras se trataba de niños que disfrutaban de una mejor situación. A menudo se vanagloriaba

de que encontraba más placer en la matanza que en la gratificación de la lujuria, que encontraba su mayor satisfacción en verlos agonizar, y después cortarles las cabezas y los miembros. A menudo sostenía en alto las cabezas de los niños que había matado y nos preguntaba cuál de ellas creíamos que era la más hermosa.

»Cuando no podía encontrar niños adecuados para satisfacer sus deseos carnales y luego asesinarlos, satisfacía la lujuria con los niños del coro de su capilla, en particular con los dos hijos de maese Briand de Nantes. Sin embargo, a estos niños no estaba dispuesto a asesinarlos, los apreciaba por sus dones para el canto, y todos le habían jurado que mantendrían en secreto sus actos.

»Ninguno de nosotros hizo nada para detenerlo y cuando apareció monseñor Prelati, las cosas fueron a peor. Cuando nos enteramos de las cartas del obispo, creo que alrededor del quince de agosto, hubiese tenido que escapar, pero no tenía adónde ir. No tenía dinero, porque no había sido astuto como De Briqueville y De Sille, quienes se habían garantizado su seguridad gracias al robo, poco a poco, de una pequeña fortuna a mi señor. Henriet y yo, en cambio, habíamos permanecido leales a mi señor en virtud del afecto que sentíamos por él, y ahora su destino también será el nuestro.

»Mi señor se mostraba cada vez más abatido y repetía constantemente que haría un peregrinaje a Tierra Santa para expiar los terribles pecados que había cometido. Prometió que se apartaría para siempre de su vida de maldades y se acercaría a Dios para suplicarle su misericordia y su perdón. Me di cuenta en aquellos oscuros días de que Dios nunca le perdonaría por lo que había hecho, y que tampoco me perdonaría a mí por mi participación.

»No obstante, a pesar de sus juramentos y promesas a Dios, mi señor volvió a entregarse a la vida licenciosa. Me mandó que le consiguiera a ese chico, recuerdo que se llamaba Villeblanche, con la promesa a sus padres de convertirlo en paje, y también me ordenó que comprara un jubón para el chiquillo. Hice aquellas cosas para él y después llevé al niño al castillo de Machecoul, donde tuvo el mismo destino que todos los otros que se habían aventurado inocentemente a entrar con las fútiles ilusiones de prosperidad. Mi señor abusó carnalmente de él, y luego Henriet y yo le asesinamos. Cuando la vida le abandonó, quemamos su pequeño cuerpo inanimado, que desapareció en las llamas, lo mismo que tantos otros antes que él. Fue el último que yo sepa; desde luego que fue el último para mí. No quería hacer más crueldades para mi señor. Aquella noche lloré amargamente durante muchas horas. También lloro ahora, todas las noches.

»Que Dios se apiade de nuestras almas».



Por la tarde, después de la comida —nos sentamos a la mesa sin ningún apetito—, el

tribunal reanudó la sesión, y se tomó juramento a nuevos testigos, dado que mi obispo estaba dispuesto a acabar con todo aquello mientras todavía quedara un poco de bondad en el mundo. El marqués De Ceva, Bertrand Poulein y Jean Rosseau, que habían estado todos con mi señor en Saint-Étienne-de-Mer-Morte, fueron citados. Darían testimonio de la violación de la inmunidad eclesiástica perpetrada por mi señor contra Jean le Ferron, rector de aquella iglesia, quien mantenía la posesión de la propiedad en nombre de su hermano Geoffrey. El miércoles, cuando el tribunal se reuniera para otra sesión a puerta cerrada, los mencionados testigos revelarían a los escribas, jueces y algunos observadores invitados, aquello que Jean de Malestroit ya conocía de primera mano gracias a nuestra presencia en el bosque cercano desde donde habíamos visto todo lo ocurrido. Confirmarían que Gilles de Rais, que había renunciado a interrogar a esos testigos —por tratarse de un acto inútil— había asaltado al servidor de Dios en la tierra de Jean le Ferron, en un desesperado intento que estaba condenado al fracaso desde el primer instante, para recuperar la propiedad. Era, efectivamente, un ataque a Dios.

Ahora Dios se preparaba para devolver el golpe.

En una de nuestras muchas conversaciones telefónicas, Erkinen me había dicho estas proféticas palabras:

«Llega a los extremos más increíbles para perpetrar sus crímenes, prepara disfraces muy elaborados y escenarios donde no falta ni un detalle; todo parece ridículo y una locura. Pero esto trata acerca del control, y es así como Durand lo consigue. El control es de una importancia suprema. A menudo lo es para una persona que crece en unas circunstancias sobre las que tiene muy poca o ninguna influencia; por lo que te ha dicho la amiga de la familia, fue así como funcionaron las cosas para él en la casa de los Carmichael. A lo largo de su vida adulta, Wilbur ha intentado —como tantos otros de su patética clase a través de sus propias enfermizas y horribles maneras— crear una vida completamente controlable, donde todo esté ordenado y estructurado exactamente a su agrado.

»De lo contrario, no puede sentirse seguro. Ni siquiera por un instante».

Estas palabras no dejaban de sonar en mi cabeza mientras me preparaba para capturar al hombre que ejercía el control absoluto sobre los niños que secuestraba, las impolutas telas donde practicaba su arte depravado, la representación física de su ser juvenil en manos del tío Sean. Destruía su propio sentido de indefensión a través de recrearlo en los chicos, a los que después asesinaba. Era un loco del poder con la misión de recuperar la infancia perdida, y ahora mismo tenía poder sobre alguien que era importante para mi hijo.

Por consiguiente, tenía poder sobre mí. Pero no por mucho más tiempo.

A mi alrededor se desarrollaba una actividad frenética. Estábamos casi a punto para salir cuando llamaron de la mesa de entrada. Spence atendió la llamada.

—¿Para quién? —le escuché preguntar.

Escuchó durante unos segundos, y luego me pasó el teléfono.

En la recepción había una bolsa con un par de zapatillas Nike azules.

—Tienen escritas unas iniciales en la parte interior: J. S. —me informó el agente—. Espere un momento, también hay una nota.

Escuché el ruido del papel.

—No entiendo nada. Lo único que dice es: «No olvide quitarse los zapatos antes de entrar en la casa».

Colgué el teléfono violentamente y comencé a maldecir como un camionero.

—¿Qué pasa? —preguntó Spence.

—Lo tiene en la casa. Me había hecho a la idea de que se lo llevaría al estudio...

—Vale, de acuerdo, pues entonces es allí donde iremos —afirmó Escobar. Él no se daba cuenta de la tensión de su voz, pero yo sí. Casi podías oler la adrenalina; era exudada por todos nuestros poros. La preparación y las prácticas, los procedimientos

y el entrenamiento con los equipos, todo tenía un propósito. La preparación para el combate que nos habían enseñado sería puesta a prueba. Al final, nuestro éxito dependía de la voluntad; si existía la voluntad de triunfar, la preparación y los medios funcionarían tal como se pretendía. Todo se reducía a un estado mental. Una vez más, me convertí en la cazadora vestida con la piel de león, pero esta vez me encontraba rodeada de otros cazadores que pensaban de la misma manera. Habíamos aguzado nuestras lanzas. Nos disponíamos a salir con las lanzas en las manos. Teníamos hambre.

Comeríamos.

Las zapatillas de Jeff eran una tarjeta de invitación. «Ven y cógeme», decían.

Mientras circulábamos por las calles de Brentwood, se me aceleró el pulso. Los árboles y las cercas pasaban rápidamente, y dejaban una estela luminosa en el ojo de la mente; los perros ladraban a cámara lenta. El golpe de un insecto contra el parabrisas sonó como el estallido de una bomba. Intenté concentrarme en la distribución de la casa mientras Spence se ocupaba del volante.

Piensa, piensa, me dije a mí misma. Piensa a fondo para anticiparte a lo que pueda tener preparado. Al final, llegué a una única conclusión.

—Tiene que tenerlo en el estudio anexo a la casa. Es allí donde tenemos que ir primero.

—¿Qué te hace pensar que está allí?

—Porque este tipo es un maniático del control, y no puede preparar esa clase de montajes en su casa.

Habíamos registrado aquella habitación la primera vez que habíamos ido a la casa, pero como estaba al final del pasillo, fue la última en ser inspeccionada. Cuando encontraron las cintas de vídeo en el estudio de la empresa, todo lo demás en la casa pasó a segundo plano, así que solo le habíamos echado una ojeada superficial.

—Ahora lamento no haber registrado aquella habitación a fondo.

—Nos apañaremos con lo que podamos encontrar —afirmó Spence—. Todo saldrá a pedir de boca.

—¿Eso crees?

—Por supuesto.

Era mucho mejor haciendo entrevistas que mintiendo.

Las casas no eran más que manchas fugaces mientras subíamos las colinas a gran velocidad. Recé para que Spence estuviese en lo cierto.

Cuando llegamos allí, nos encontramos con lo que parecían ser todos los coches patrulla de la policía de Los Ángeles. La verja por la que había pasado el sirviente con su coche estaba cerrada otra vez. El coche de vigilancia continuaba estacionado delante de la casa vecina, aunque ahora quedaba tapado por una triple fila de luces azules que parpadeaban. Al otro lado de la verja se alzaba la moderna fortaleza donde

me esperaba un loco que retenía a un chico al que había tomado por mi hijo. Me esperaba a mí. Todos los demás que estaban allí no eran más que comparsas.

Antes de que me diera cuenta, Escobar ya se había apeado del coche y rebuscaba en el maletero. Encontró lo que buscaba: una cizalla. Se acercó con paso decidido a la verja y rompió la cerradura antes de que yo acabara de salir del coche.

Cruzamos la entrada a la carrera y seguimos por la calzada. Un camino con pavimento de ladrillo iba desde la calzada hasta la marquesina de la puerta principal. A la sombra de la lona verde oscura había un joven desconocido, vestido de una manera que me llevó a creer que se trataba de otro sirviente. Como el criado que ya conocíamos, este vestía pantalón blanco y una camisa de manga corta. Pero también llevaba pajarita.

Me detuve y desenfundé el arma. Spence se acercó a una distancia desde la cual podía escuchar sus susurros.

—¿Has visto a ese tipo antes? —me preguntó por detrás.

Sacudí la cabeza para decirle que no y comencé a caminar muy lentamente. Mantenía el arma apuntando a ese nuevo personaje que había aparecido en la escena.

El pobre hombre temblaba como un azogado. Los demás se mantuvieron unos pocos pasos más atrás mientras yo recorría todo el camino; se habían acabado mis días de quedarme en segunda fila. Con cada nuevo paso que daba, los ojos del muchacho se abrían cada vez más con un profundo terror. Me detuve a un paso de la marquesina y permanecí allí con el arma apuntando a su rostro.

—Levante las manos y baje de la galería —le ordené. Temblaba visiblemente mientras bajaba un pie y después el otro—. Acérquese.

—Cuidado, Lany —escuché que me advertía Escobar, que se encontraba detrás y a la derecha de mí.

—Siempre —le respondí en voz baja.

Entonces hice algo que sorprendió a todos, y especialmente al muchacho. Me escupí los dedos de la mano izquierda y después le froté el rostro con mi saliva mientras mantenía el arma a diez centímetros de su nariz.

—Lany, qué demonios... —dijo Spence.

—Quiero asegurarme de que es su verdadera piel.

El tembloroso sirviente estaba pálido como un fantasma; no había abierto la boca.

—¿Dónde está Wilbur Durand? —pregunté.

Sacudió la cabeza con mucha violencia.

—No lo sé —contestó.

—¿Fue usted quien llevó un par de zapatillas a la comisaría hace cosa de una hora?

—No, no hice tal cosa. —Tenía un ligero acento, quizá hispano.

Continué apuntándolo con el arma.



—¿Esta mañana llevó unos comestibles al estudio de su patrón?

Abrió los ojos todavía más y volvió a sacudir la cabeza.

—Pero sí que escuché cómo se abría y cerraba la puerta del garaje.

—¿A qué hora?

—No lo recuerdo.

—Aproximadamente.

—Sobre el mediodía, quizá eran...

Le interrumpí.

—¿Entraba o salía?

—No lo vi. Yo me encontraba en la cocina. Hay muchas maneras de entrar y salir de la casa. Yo me ocupo de mis asuntos. —Esperó unos segundos y después añadió —: Me dijeron que no le gustaba que lo molestaran. Así que no lo molesto.

Estaba aterrorizado; no conseguiríamos sacarle nada de provecho y estábamos desperdiciando unos minutos valiosísimos.

—Camine hasta la calzada y entréguese a la custodia de uno de los agentes que esperan —le ordené.

Asintió ansioso y comenzó andar. Su mirada no se apartó ni un segundo del cañón del arma mientras pasaba a mi lado con las manos levantadas. Casi se echó a los brazos de uno de los agentes que le esperaban.

Me volví hacia la puerta y contemplé la negra boca abierta de la bestia feroz que se había tragado a Jeff Samuels. «Aguanta, Jeff, solo tienes que aguantar unos segundos más. Ahora mismo voy a buscarte...».

Empuñé el revólver con las dos manos, porque de pronto me pareció que pesaba una tonelada. Spence y Escobar estaban directamente detrás de mí cuando crucé la puerta abierta. Escobar intentó adelantarse, pero puse el codo para impedirse. Escuché las carreras en el exterior; los agentes estaban rodeando la casa. La luz azul se filtraba por las cortinas; estaba encendida toda la calle. Las descargas estáticas en las radios resultaban ensordecedoras. Si Durand se encontraba en el interior, sin duda ya sabía cuáles eran nuestras intenciones.

Perfecto. Ya era hora de que se asustara un poco.

Todo me parecía irreal. Actuaba movida únicamente por el instinto: en un momento era madre, al siguiente, policía; algunas veces, las dos cosas a la vez. Directamente delante tenía la sala de estar; el resplandor naranja del atardecer entraba por el gran ventanal que daba al jardín trasero. Mientras avanzaba por el pasillo me inclinaba ante la puerta de cada una de las habitaciones y escuchaba como un zorro al acecho.

Entonces escuché el rumor de unas voces que provenían de detrás de una de las puertas cerradas. Spence y Escobar, que me pisaban los talones, también las escucharon, porque de pronto los tres teníamos apuntadas las armas al centro de la

puerta. Nos quedamos inmóviles y escuchamos con atención.

Por el plano de la distribución de la casa, sabía que había dos dormitorios a cada lado del estudio. Sin embargo, no sabía si había alguna puerta que comunicara cualquiera de esas habitaciones. Susurré: «Puertas», y señalé a izquierda y derecha. Mis compañeros me comprendieron en el acto. Spence se dirigió a la izquierda para echar una ojeada, y Escobar hizo lo mismo por la derecha.

Pero tan pronto como me dejaron sola, una delgada línea de una luz muy brillante asomó por debajo de la puerta del estudio, y después escuché una voz de hombre que decía: «Acción...».

Me convertí en una mezcla de Arnold Schwarzenegger, Clint Eastwood y Charles Bronson. Abrí la puerta de un puntapié, hice la clásica zambullida cuerpo a tierra, rodé sobre mí misma y me levanté con una rodilla apoyada en el suelo con mi *Arma Letal* en posición de disparo.

«Jeff, ¿dónde estás? Estamos aquí».

Allí estaba, muy a la derecha, atado y amordazado, y con sangre en el abdomen. Mi primera reacción instintiva fue la de correr en su auxilio, pero entonces por el rabillo del ojo vi algo que se movía. Miré a la izquierda, la luz era escasa, y allí estaba Wilbur Durand, pero esta vez como él mismo, no disfrazado como el sirviente.

Había una cámara que enfocaba a Jeff, y detrás de ella se veía al monstruo, que aparentemente estaba rodando toda aquella espantosa escena. Había un objeto oscuro que parecía ser un arma de alguna clase en una de sus manos. Levantaba el brazo lentamente y con mucha firmeza.

Demasiada firmeza.

¿Qué estaba viendo en realidad? No lo sabía. No tenía tiempo para acercarme y comprobarlo más a fondo. No obstante, los movimientos eran demasiado precisos, demasiado mecánicos, completamente inhumanos. Spence y Escobar gritaban, el uno al otro y a mí, mientras todos intentábamos entender qué era aquello a lo que nos estábamos enfrentando.

El manual, el manual, sigue lo que dice el manual; era la primera directriz en todas nuestras operaciones. Por lo tanto grité: «¡Policía, suelte el arma!», con la insensata ilusión de que funcionaría tal como se esperaba, pero el arma continuó subiendo.

Detestaba lo que el manual me decía que hiciera a continuación, pero no tenía elección. Apunté directamente a Durand y apreté el gatillo. Dos veces.

Una lluvia de fragmentos volaron por toda la habitación seguida de una espesa humareda. Pero había algo que no cuadraba, allí había un error grave; no se veía sangre alguna, ni pizca de materia gris, solo una lluvia de brillantes fragmentos. El brazo dejó de subir, pero en lugar de bajar bruscamente como tendría que haber hecho cuando la cabeza estalló, permaneció donde estaba, a media altura, en un

ángulo de cuarenta y cinco grados. Atascado.

Cuando se apagaron los ecos de los disparos, solo escuché dos sonidos: el acelerado latir de mi corazón, y un suave girar electrónico, como si una máquina se hubiera encallado en un movimiento y no pudiera pasar a la siguiente tarea.

Ya no me quedaban fuerzas para sostener el arma; bajé el brazo y me puse de pie. Mientras me acercaba lentamente a los restos de mi víctima tiroteada, mis pies pisaron trozos de plástico. El olor a vinilo quemado se mezcló con el hedor acre de la pólvora.

—Caray —exclamé, cuando apoyé la mano en el hombro de la cosa.

Acababa de matar a un Wilbur Durand animatrónico. Así que corrí a ayudar a Jeff; al menos a lo que yo creía que era Jeff, que resultó ser tan solo un maniquí que se le parecía. Un maniquí con los intestinos fuera.

No estaba preparada para las consecuencias que me produciría ver aquello. Todo, y quiero decir exactamente todo, se volvió completamente claro. Era tan real, tan perfecto... Había dolor en su rostro y la mueca era de alguien que sufría una tortura indescriptible. Spence apareció a mi lado como una centella. Creo que nunca le había escuchado maldecir de aquella manera.

—Un gran disparo —dijo—. Ahora vamos a por el tipo de verdad.

## Treinta y tres

—¿Tenéis la intención de dar, proponer, alegar, decir o presentar alguna justificación para estos crímenes, algún motivo que nos permita comprender mejor estos delitos?

—No sé qué más decir, Su Gracia, más allá de lo que ya he dicho.

Una vez más, el tribunal levantó la sesión porque no habría nuevos progresos sin algún tipo de colaboración por parte de Gilles. Con un sonoro golpe de su mazo, Jean de Malestroit fijó que las sesiones se reanudarían al día siguiente, jueves 20 de octubre, y después ordenó que abandonáramos la sala.

Él mismo desapareció en sus aposentos privados, sin añadir ni una palabra.

Ya era muy tarde cuando llamó para que retiraran la bandeja con la cena que apenas si había probado. Lo encontré en un estado de obvia distracción. Dejé pasar unos momentos antes de hablarle.

—Comprendo que tengáis muchas y muy complicadas cosas en las que pensar. Pero tened presente vuestra salud. Si no coméis, os quedaréis sin ánimos. Y me atrevería a decir que os vendría bien descansar un poco más. Quizá podríais retiraros un poco más temprano esta noche...

—Me temo que eso no sucederá durante algún tiempo. Todavía hay asuntos a los que atender. Ahora mismo tengo que ver al fraile Blouyn antes de que nos reunamos con los otros.

¿Es que todavía se esperaba que se unieran más participantes a esa concurrida justa?

—¿No os comprendo? ¿Qué otros?

La pregunta no pareció hacerle mucha gracia.

—Expertos —acabó por responder cuando el silencio comenzaba a resultar molesto.

—¿Qué clase de expertos?

—Expertos en el arte del interrogatorio.

Ahora comprendí las interminables y aburridas lecturas de los mandatos inquisitoriales de las anteriores sesiones. Servían para que la tortura fuese legal. Y terrible.

«Se ha de colocar el dedo en este aparato, Su Eminencia, y luego se hace girar la manivela. Al principio, poco a poco, para que tenga una prueba del dolor, y después las vueltas deben ser más rápidas. Cuando el hueso salga de la articulación, hablará, a menos que sea el demonio en persona. Y si no habla, entonces podréis concluir que es una prueba evidente de que está compinchado con el ángel negro».

El experto sería bien recompensado por su consejo. Que se pudiera obtener dinero con la tortura me parecía algo terrible.

—Pero... la tortura...

—¿No se ha dedicado a torturar de la forma más terrible? ¿Y a niños?

No pude responder.

—Se hará solo si rehúsa admitir aquello que ha sido demostrado con las declaraciones de los testigos. Ha jurado decir nada más que la verdad, lo ha jurado ante Dios y, sin embargo, insiste en que no cometió estos delitos. No tengo elección, hermana; tengo que sacárselo de esta manera. Dios debe quedar satisfecho.

Dios siempre debe quedar satisfecho.



Mucho antes de que cantara el gallo, abrí los ojos. Lo primero que vi fue el vestido de madame Le Barbier, colgado en la puerta como los restos de una crucifixión, que rogaba ser usado.

Había decidido decirle a mi señor Gilles que sería torturado. Quizá una vez había sido un héroe, un guerrero dispuesto a soportar toda clase de dolores y dificultades por el bien de la causa, pero ahora su única causa era seguir vivo, algo muy poco noble a la vista de los viles actos que había admitido. Se había vuelto débil y vulnerable, y yo esperaba que la amenaza del terrible sufrimiento le haría recuperar el sentido y que confesaría todo aquello que le requería Jean de Malestroit. Había llegado el momento en que todo ese terrible asunto acabara de una vez por todas, por el bien de todos. Aquella mañana solo susurré una plegaria para pedirle a Dios que hiciera cambiar de opinión a mi señor y nos evitara a todos el tener que participar en su caída.

El vestido se deslizó sobre mis hombros como una caricia. Me puse la capa y el velo, y corrí al patio. No encontré a nadie en mi silencioso recorrido por los pasillos hasta las habitaciones donde Gilles de Rais esperaba su destino, rodeado de los mayores lujos. Sin duda, mi inesperada presencia sorprendió al mismo centinela que me había recibido en la primera visita, porque había comenzado a desenvainar la espada y solo se detuvo cuando advirtió que los pasos que había escuchado eran los míos. Se encogió de hombros a modo de disculpa.

—*Je regret, madame.* Pero tenemos órdenes de reforzar al máximo la vigilancia. Sabemos que hay muchos que planean asesinar a mi señor, y todo el mundo es sospechoso.

Luego me escoltó por el pasillo donde había guardias cada pocos pasos, ninguno de los cuales nos prestó la menor atención. Cuando llegamos a la entrada de los aposentos de mi señor, se marchó sin anunciarme.

—¿Capitán, no tendríais que despertarlo?

—No es necesario, madame. Ya casi no duerme.

No se había equivocado, porque unos segundos después de la marcha del guardia y casi sin darme tiempo a quitarme la capa y el velo, Gilles de Rais apareció en la

sala. No advirtió mi presencia porque me encontraba junto a la pared. Había tenido la intención de llamarle, de hablarle de lo que le esperaba, intentar convencerlo de que lo mejor para todos sería que sencillamente confesara la verdad tal como Jean de Malestroit deseaba que hiciera.

Sin embargo descubrí en mi corazón una frialdad que nunca había conocido antes. Quizá era porque Gilles había asumido finalmente la apariencia de algo horrible; se le veía sucio y sin afeitar, con los cabellos desordenados y los movimientos más propios de un animal feroz. El gran señor, el héroe, había desaparecido para dar paso a un ser que no era más que una bestia asesina.

Se había esfumado para siempre el niño que recordaba.

Y también se había evaporado finalmente la niñera comprensiva. Sin decir ni una palabra, me volví y me escabullí silenciosamente.



Mi regreso a través del patio fue apresurado y entré en el convento sin aliento. De inmediato me salió al paso una de las jóvenes hermanas, que parecía muy agitada.

—Hermana, tranquilizaos —le rogué—. ¿Hay algún problema del que necesite ser informada con tanta prisa?

—No es precisamente un problema, madre, pero sois requerida por Su Eminencia con urgencia.

Así que mi ausencia había sido advertida.

—¿Cuánto hace que llegó su mensaje?

—No hay ningún mensaje, madre —respondió la muchacha tímidamente.

—En ese caso, ¿cómo sabéis que requiere mi presencia?

—Porque vino en persona —me informó—. No hace ni diez minutos que se marchó, muy preocupado al ver que no os pudimos encontrar.



Llamé tímidamente a la puerta que se abrió casi en el acto.

—¡Bien! —exclamó—. ¡Por fin estáis aquí!

—Eminencia, perdonadme. No sabía que necesitaríais de mis servicios a una hora tan temprana, con todas vuestras consideraciones que tenéis para...

—¿Temprana? Nos aguardan los maitines. ¿Dónde estabas cuando debías haber estado en tu habitación?

No había nada que pudiera hacer excepto mentir y confiar en que ninguno de sus espías hubiese estado vigilando los campamentos.

—Fui a los campamentos; allí reina una gran actividad desde primera hora y no corría ningún peligro.

—¿Para hacer qué, exactamente?

—Salí a caminar. Algunas veces me calma.

—Pues a mí me calma saber que estás disponible. Y a salvo. Por favor, Guillemette, ten mucho cuidado en no exponerte a ningún riesgo. Esta multitud puede ser muy explosiva, tal como hemos visto.

—Haré todo lo posible por ser más cautelosa —respondí con tono de contrición y la cabeza gacha.

—Bien. —Noté un fondo de agitación en su voz, pero no creí que sospechara de mi mentira. Le preocupaba algo diferente del todo.

—Los maitines —repitió—. Venga, no podemos demorarnos más.

Lo seguí dócilmente a la capilla privada; la iglesia estaría abarrotada con todas las personas de los campamentos, ansiosas todas de recibir algo de la santidad que atribuían a la imponente catedral. En la intimidad de la capilla, nos aliviarnos de los pecados nocturnos a través del *kyrie* y quedamos en condiciones de añadir nuevos pecados durante el día sin el miedo de perjudicar a nuestra alma. Susurré una oración especial para que se me perdonara el engaño cometido en las horas oscuras antes del alba, luego sujeté los faldones del hábito y abandoné el banco.

Me detuve como siempre en mitad de la nave y me persigné delante de la imagen de la Virgen. «Santa María, madre de Dios —recé para mis adentros—, permite que Gilles se libre de la crueldad de la tortura, y concede que este espantoso juicio termine cuanto antes, para que yo pueda ver a mi hijo».

Me volví para mirar hacia la entrada de la capilla. Un hermano desconocido se encontraba a unos pocos pasos de la entrada. Los primeros rayos del sol recortaban su espigada figura. Había algo en la silueta que invitaba al reconocimiento. Entrecerré los párpados para protegerme del resplandor, pero así y todo no lo veía bien.

—Madre —escuché que dijo el alto forastero.

Casi todo el mundo me llama madre, pero la voz, aquella voz...

Madre, escuché de nuevo. Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Jean? —susurré.

—*Oui, maman, c'est moi.*



Me abracé a él con todas mis fuerzas, lo apreté contra mí con tanto vigor y desesperación que tuve miedo de hacerle daño.

—¿Su Eminencia no te lo ha dicho?

Volví la cabeza y vi a Jean de Malestroit, que observaba el encuentro desde lejos.

—Espera aquí —le pedí a mi hijo. Caminé presurosa hacia el altar. Jean de Malestroit se volvió para simular que estaba muy ocupado con unos arreglos.

—Podrías haberme dicho algo de todo esto —le acusé.

Me miró con una amplia sonrisa.

—Pensaba hacerlo a primera hora, pero tú me privaste de ese placer —replicó.

—¿De ahí que os inquietarais al no encontrarme?

—En parte. Todo el resto fue sincera preocupación. Ahora, en cuanto a tu hijo, cuando Su Santidad escribió para proponer que las conversaciones tuvieran lugar aquí, solicité específicamente que Jean fuera enviado como integrante de la delegación. No te dije nada del cambio de planes porque no quería que te llevaras una desilusión si después no podía llevarse a cabo. —Hizo una pausa para observar mi reacción—. Espero que estés contenta.

¿Cómo podía engañar a un hombre que había hecho algo tan maravilloso por mí? Me invadió un muy fuerte sentimiento de culpa y por un fugaz instante consideré decirle lo que había estado a punto de hacer esa mañana.

Sin embargo no conseguiría sacar nada de provecho, más allá de alimentar la desconfianza.

—Muchas gracias, hermano —dije con una respetuosa inclinación—. Os estoy profundamente agradecida por haber hecho esto por mí.

Sonrió casi con picardía.

Mi obispo me descargó de cualquier servicio para que pudiera dedicarme por entero a disfrutar de la presencia de mi adorado único hijo antes de que se reuniera el tribunal, en menos de dos horas.

Había tantas cosas de las que hablar: su posición, el viaje, su salud y sus ánimos, pero después de agotar todos los abrazos y manifestaciones de alegría por el reencuentro, el hermano Jean la Drappière solo quería hablar del juicio y de los acontecimientos que lo habían precipitado; dediqué casi toda una hora a explicarle las cosas que deseaba saber, a partir de las cartas que le había enviado.

A medida que avanzaba mi relato, él se volvió cada vez más reflexivo.

—Madre —dijo en voz baja cuando acabé—, tendrías que haberme hablado de estas sospechas tan pronto como aparecieron en tu corazón.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿De qué hubiese servido? ¿Qué podías haber hecho?

—Aunque no fuese más, hubiera podido servirte de consuelo en tu angustia.

—¿Desde Aviñón?

—Tus cartas siempre son una fuente de solaz para mí, como espero que hayan sido las mías para ti.

Había ofendido a mi hijo.

—Por supuesto que sí, cariño mío; las espero con ansiedad y las leo mil veces cuando las recibo. No tienes más que preguntárselo a Su Eminencia. —Metí la mano en el bolsillo y saqué la última que me había enviado—. Mira, fíjate en lo manoseada que está. Es consecuencia de la multitud de lecturas. Me las aprendo de memoria para absorber todos tus secretos e intimidades.



En su rostro apareció una sonrisa mientras apoyaba un brazo sobre mis hombros. Sin embargo, la sonrisa no tardó en esfumarse para ser reemplazada por una expresión de profunda inquietud.

—Madre, yo también tengo que hacerte una confesión.

Muy pocas veces había visto reflejada en su rostro la angustia que veía ahora.

—Nunca dije ni una palabra de esto cuando Michel murió, pero debo decirte ahora que en aquel momento tuve pensamientos poco piadosos.

—¿Poco piadosos? No te entiendo.

—Sospeché de una persona como autora del crimen, de una persona de la que no tendría que haber pensado de esa manera.

—¿De quién sospechaste, Jean?

—De mi señor Gilles.

—¿Hay algo referente a aquellos acontecimientos que no hayas dicho a nadie? —le pregunté con una voz que apenas si resultaba audible.

—Nada de una naturaleza específica. Pero había algo muy extraño en la manera como se comportó después; lo vi como muy complacido.

—¿Complacido? ¿Que le complació la muerte de Michel?

—Creo que lo estaba.

Era una impresión que coincidía exactamente con aquello que me había manifestado Marcel.

—Ahora me toca a mí preguntarte por qué nunca dijiste ni una palabra de tus sospechas.

—*Maman*, en aquel entonces no era más que un niño.

—Tenías trece años —repliqué—. Casi un hombre. Ya te habías comprometido a seguir tu vocación.

En su rostro apareció una expresión próxima a la vergüenza, pero no solo de vergüenza, sino también de impotencia.

—No tuve el coraje de hablar contra él. Tampoco había mucho afecto entre nosotros, y todavía menos después de la muerte de Michel. No nos hablábamos más allá de lo estrictamente necesario.

—Así y todo, recuerdo muchos momentos en los que os comportabais como amigos, incluso cuando murió Michel.

—Fue más que nada algo que se hizo en tu beneficio, mamá. Un engaño, un acuerdo tácito entre nosotros. No había nada significativo en nuestra camaradería más allá de que se nos imponía obligatoriamente. Incluso me atrevería a decir que habíamos llegado a odiarnos cuando nuestros caminos se separaron. A menudo me he preguntado si todas las ventajas que me procuró mi señor en Aviñón no fueron sino consecuencia de su deseo de comprar mi silencio en este tema o porque se sentía culpable.

Permanecí callada durante unos segundos hasta que conseguí salir de mi asombro.

—No sabe lo que es sentirse culpable —afirmé— o, por lo menos, no lo sabía hasta hace muy poco.

Jean me miró con una expresión de suspicacia.

—¿Cómo es que sabes lo que siente o no en estos días?

—Hablé con él. Te lo comentaba en una carta que te envié hace unos días.

—Entonces debí cruzarme con el mensajero que la llevaba. No la recibí.

De pronto se me hizo imposible continuar sentada; me levanté y comencé a pasearme para estirar las piernas.

—Fui a verle a sus aposentos hace unas cuantas noches. Aquí mismo en el palacio. Por favor, no debes decírselo a nadie, Jean —le supliqué casi con desesperación—. Sobre todo no debes mencionárselo a Su Eminencia.

Por su expresión comprendí que no le hacía mucha gracia hacer tal promesa. Sin embargo, acabó por acceder.

—Sin duda tuvo que mostrarse furioso por tu participación en su caída.

—No sabe ni una palabra, ni lo sabrá. Le traspasé toda la responsabilidad al obispo, y él se ha encargado de que todo pareciera obra suya.

—Me resulta un tanto difícil aceptar que Jean de Malestroit se haya dejado enredar en un asunto como este.

—No es en mi beneficio que lo hace, sino por orden del duque Juan, que no quiere aparecer mezclado en todo este asunto. —Reanudé mis paseos—. No me sorprendería en absoluto saber que ambos han hecho un pacto con Dios mismo referente a la conclusión de todo esto. En cuanto a lo que se refiere a Michel, estoy confusa por todo lo que me estás contando. En la primera visita a mi señor le pregunté muchas cosas, sobre todo referentes a las muertes de los niños, y después de que admitiera ser el autor de todos aquellos asesinatos, le hablé de mis sospechas relacionadas con su participación en la muerte de Michel. Su respuesta fue inmediata. Negó cualquier participación en la misma con la mayor sinceridad. Afirmó que jamás hubiese tocado ni un solo cabello de Michel, que lo quería como a un hermano.

—Siempre hay cosas que no se dicen entre madres e hijos, mamá. Incluso se dicen mentiras. Por esa razón, sospecho que no todo lo que te haya dicho mi señor sea la verdad.

—Pues si miente, lo hace de una manera soberbia. Lo conozco desde el momento en que vino a este mundo, y te aseguro que sé muy bien cuándo está diciendo la verdad y cuándo está mintiendo.

Se escuchó el susurro de la tela de su hábito marrón cuando se levantó del banco para acercarse a mí. La borla en el extremo del cinturón que mantenía la prenda ceñida a su cintura rozó el suelo y dejó una huella en el polvo que cubría el pavimento de piedra. La limpió antes de responderme.

—Debo confesar que a mí también me gustaría ver a mi señor. Siento curiosidad por ver en qué se ha convertido desde que éramos jóvenes.

—Tú eres joven ahora mismo.

—Mamá, tengo treinta y siete años.

—Lo que digo, eres joven.

Caminé junto a mi alto y apuesto hijo, cuya inesperada presencia era como un maravilloso tónico para mi sangre. Madame Catherine Karle no podría haberme dado un mejor reconstituyente para renovar mis ánimos y fortalecer mi alma. Así y todo, no podía pasar por alto un hecho evidente: él estaba dejando atrás la etapa de la juventud. Había más que unos pocos cabellos blancos en sus sienes, aunque la tonsura hacía mucho para disimularlo. Había una incipiente barriga cuando hasta no hacía mucho su vientre había sido plano y musculoso. No pasaría mucho tiempo antes de que fuese ascendido a la posición de monseñor y entonces se vería obligado a asumir una dignidad todavía más rígida. Si bien afirmaba que su vida dedicada al servicio de Dios estaba llena de alegrías, resultaba evidente que se trataba de una alegría un tanto apagada. Me partía el corazón saber que nunca disfrutaría de toda la felicidad que hubiese podido tener, de haber llevado una vida mundana como correspondía a casi todos los primogénitos. No pude menos que preguntarme si había conocido el placer de tener a una mujer en su lecho. Sus afirmaciones de que los chicos no confiesan esos asuntos a sus madres me había llevado a reflexionar. ¿Qué otras cosas no sabía de ese hombre, que había nacido de mi vientre y que se había alimentado de mi pecho y mi corazón? ¿Qué secretos masculinos guardaba en su alma? Me preguntaba si se habría emborrachado alguna vez hasta la inconsciencia para después eructar y tirarse pedos junto a alguna hoguera, y reírse a mandíbula batiente de cualquier majadería que dijera alguno de sus camaradas, para después quedarse dormido como un tronco y levantarse a la mañana siguiente con un terrible dolor de cabeza. Su padre lo había hecho, incluso cuando ya estábamos casados, y yo estaba preñada de Jean. Yo le colmaba de reproches cuando regresaba a casa en tan penosas condiciones, pero Étienne siempre hablaba con mucho afecto de aquellos momentos, porque le encantaban el ambiente relajado y la camaradería. Estaba segura de que los amigos de Jean se parecían más al hermano Damien, un magnífico jardinero con un humor ácido, pero sin el más mínimo espíritu aventurero. Su único hermano había muerto hacía mucho, y su hermano de leche se había convertido en un personaje extraño que ninguno de nosotros podíamos comprender.

Subimos juntos los pocos escalones que conducían al vestíbulo inferior de la Tour Neuve y pasamos entre aquellos que esperaban para ser admitidos en la sala del tribunal. De vez en cuando, me detenía unos segundos para cuchichearle a algún hermano o hermana: «Es mi hijo», y después escuchar complacida las palabras de aprobación de esas buenas gentes. A Jean parecía no importarle que su madre lo

exhibiera.

Sin embargo se detuvo bruscamente y permaneció inmóvil al final del pasillo, y yo con él, porque en aquel momento acababa de aparecer en el otro extremo mi señor Gilles, quien por nacimiento había disfrutado de todos los placeres que la vida podía ofrecer, incluida la parte que debía haberle correspondido a Jean. Caminaba rodeado de un grupo de guardias, quienes se apañaban para dar la impresión de que eran una escolta de honor, y no el calabozo ambulante que eran en realidad. Mientras pasaba, el acusado miraba a todos los que estaban alineados a lo largo de su camino; éramos muchos y de los más diversos estratos sociales, pero todos permanecimos inmóviles y en el más completo silencio. Su mirada pasaba de un rostro al siguiente, sin detenerse en ninguno más allá de un par de segundos. Me miró directamente a los ojos y luego hizo lo mismo con mi hijo, sin delatar la más mínima muestra de emoción o reconocimiento.

Los ruidosos agraviados estaban allí, junto con la fascinada nobleza. Los diplomáticos y los dignatarios se sentaban codo a codo con aquellos que confeccionaban sus zapatos y lavaban sus prendas, porque todos compartían la misma fascinación por las sórdidas revelaciones que se producían todos los días, que Dios se apiade de la debilidad de nuestras almas. Delante nuestro teníamos al acusado, Gilles de Rais, quien seguramente había reclamado la ayuda del demonio después de que yo me marchara, porque había desaparecido el personaje sucio y dejado para dar paso a otro que resplandecía de gloria y poder, y que ahora parecía dispuesto a enfrentarse a sus acusadores con renovado vigor.

Jean de Malestroit y el viceinquisidor Blouyn continuaban con sus cuchicheos sin hacer el menor caso de la confusión. Me pareció que solo habían pasado unos segundos cuando Su Eminencia reclamó la atención de todos los presentes con un sonoro golpe de su mazo. Se puso de pie y miró al público por encima de la cabeza de Gilles.

—Mañana comenzaremos la sesión a la hora tercia, para escuchar las objeciones, defensas, descargos y cualesquiera otras palabras que el acusado quiera expresar en su propio beneficio. Este tribunal toma nota de que el barón Gilles de Rais, el acusado, continúa manifestando su oposición a hacerlo.

Los escribas comenzaron su labor. Se escucharon unos confusos murmullos; ¿serían aquellos todos los acontecimientos del día? Parecía imposible. Entonces Jean de Malestroit dirigió su atención directamente a mi señor Gilles.

—Hemos decidido, mi señor, después de muy profundas consideraciones, tanto legales como espirituales, que si bien hemos fijado el de mañana como el día en que haréis vuestras manifestaciones a este tribunal, procederemos inmediatamente a una sesión de tortura.

Una exclamación colectiva escapó de los labios de la multitud. Se sucedieron los

golpes del mazo para reclamar silencio. Cuando finalmente se acalló el clamor, mi señor se quedó de pie solo entre los observadores. Sus labios se movían sin articular palabra alguna, como si estuviese intentando comprender los vocablos que acababan de pronunciarse. Bien podía ser que se estuviera diciendo a sí mismo: «Una sesión de tortura, me van a torturar».

No tenía motivos para estar sorprendido.

—Ya no está lúcido —le comenté con voz grave a Jean, mientras le apretaba el brazo—. No pone ninguna objeción.

Los presentes también se dieron cuenta de esta anormal falta de respuesta y se renovaron los murmullos. Una vez más, Su Eminencia tuvo que elevar la voz para hacerse escuchar.

—Se despejará la sala para que comiencen los preparativos pertinentes.

Los gritos de protesta se levantaron de inmediato y con gran violencia, aunque no estaba claro si se protestaba contra la decisión de apelar a la tortura o la de que fuese aplicada en privado. Tan pronto como se dio la orden, los guardias de mi señor lo rodearon en formación cerrada. Otro grupo de guardias se apartó de los muros donde habían estado y comenzaron a echar a los presentes, incluidos a mi hijo y a mí.

Poco dispuesta a no estar presente, confié en que mis hábitos me ayudaran a conseguirlo, y con mi hijo pegado a mis talones, busqué una posición que me permitiera quedarme entre los últimos en salir de la sala. En la mesa de los jueces, Jean de Malestroit estaba ocupado otra vez con sus documentos, los escribas y el fraile Blouyn. Mi señor Gilles, que había salido escoltado por los guardias, volvió a la sala. Se le veía pálido y con la expresión desencajada.

Un segundo después, por una de las puertas laterales hicieron su entrada dos hombres muy fornidos y de rostros inexpresivos, cargados con sendas bolsas. Cuando las dejaron en el suelo, se escuchó un sonido metálico claro y amenazador, que nos hizo pensar en terribles instrumentos metálicos que servirían para infligir los más espantosos sufrimientos, todo en nombre de Dios Padre Todopoderoso, quien reclamaba de sus fieles que manifestaran toda la verdad a sus representantes en la tierra, algo que el acusado no había hecho hasta el momento.

Gilles de Rais escuchó el estrépito metálico de los instrumentos de tortura. Su mirada se centró directamente en aquellos dos monstruos que los habían traído. Los miró con una expresión de horror, pero solo recibió como respuesta miradas de total indiferencia. No necesitaba de ningún hechicero para que le explicara que sus días como poseedor de la verdad se habían acabado. En aquel momento, vi cómo se acababa su resistencia física; la furia desapareció de rostro y con ella la arrogancia y el desafío de su postura.

Nada de eso pasó desapercibido para Jean de Malestroit, quien manejaría la espada de la justicia con rápidos y certeros golpes. El acusado y el juez cruzaron sus

miradas para medirse mutuamente. Mi señor Gilles fue el primero en quedarse corto en la voluntad necesaria, mientras que a Jean de Malestroit le quedaban reservas más que abundantes.

Éramos los últimos de todo el público que quedaba en la sala, aparte de los propios participantes. Jean y yo nos escondimos lo mejor posible detrás de una de las gruesas columnas e intentamos convertirnos en invisibles. Desde allí vimos cómo mi señor Gilles caía de rodillas, con las manos unidas en una actitud de súplica y desesperación.

—Mi señor obispo —rogó—, posponed la tortura hasta mañana, que es la hora acordada. Por favor, os imploro que me deis de plazo esta noche para reflexionar sobre los crímenes y acusaciones que se han formulado contra mí. Mañana satisfaré vuestras demandas hasta tal punto que no será necesario recurrir a la tortura.

—Continuaremos tal cual se ha dispuesto —manifestó Su Eminencia en voz baja, como si no hubiese escuchado las palabras de mi señor.

—Por favor, honorables jueces, os suplico humildemente que meditéis un poco más sobre este asunto antes de proceder. Además, os imploro que permitáis que el obispo de Saint-Brieuc y el honorable *monsieur le President* reemplacen a mis actuales jueces a la hora de escuchar mi confesión, en beneficio de la imparcialidad.

—Os aseguro, mi señor, que vuestros actuales jueces no podrían ser más imparciales —replicó el obispo.

—Si es así, entonces por el amor de Dios, si es vuestra voluntad, permitid que tenga lugar el cambio.

Jean de Malestroit se convirtió en algo muy parecido a una estatua, con una expresión severa, pero inescrutable en su rostro. Me pregunté si se sentía desilusionado al ver que Gilles parecía dispuesto a confesar sus crímenes, pero no a él; se vería privado del placer, aunque fuese vergonzoso, de escuchar a Gilles de Rais admitir unas ofensas contra Dios y los hombres que merecían ser castigadas con su ejecución.

Su muerte, por muy cruel que fuera, no sería compensación suficiente por las monstruosidades que había cometido. Pero nadie negaría sin embargo que sería justa y correcta.

En cada uno de nosotros existe la imperiosa voluntad de respirar una vez más, sentir otro latido, probar otro bocado, ver una vez más el vuelo de un pájaro a través del azul del cielo. También Gilles de Rais, asesino, sodomita, ladrón de almas, compinche de los espíritus malignos, quería ver otro amanecer. Seguramente lo conseguiría, pero nadie le podía garantizar que dispondría de uno más. Lo sabía tan bien como cualquiera de nosotros.

—Mis señores, por favor, conceded el deseo de un hombre que muy pronto entregará su alma.

Dichas en estas conmovedoras palabras, la petición difícilmente podía ser rechazada. En el rostro de Jean de Malestroit apareció una expresión de desconuelo, como si lamentara verse privado de un placer prohibido.

—Muy bien —le escuché decir—. Que así sea. —Se volvió hacia los escribas y añadió—: Tomad nota. Designo al obispo de Saint-Brieuc y a *monsieur le President*, Pierre l'Hôpital, para que actúen como juez y vicario de la Inquisición respectivamente en lugar de mí mismo y del fraile Blouyn.

Los caballeros en cuestión se encontraban presentes, puesto que habían sido llamados en calidad de testigos de la tortura. Ahora en cambio serían parte interesada en la confesión. Se levantaron al unísono para manifestar que estaban dispuestos.

—Este tribunal da las gracias a estos hombres de honor por su esfuerzo —manifestó Jean de Malestroit que señaló hacia donde se encontraban. Una vez más, se dirigió a los escribas—: Se harán con estos procedimientos uno y varios documentos públicos, y se comunicarán debidamente.

Gilles se dejó caer en la silla; temblaba como un azogado.

—*Merci, merci bien* —dijo con una voz temblorosa y débil—. Os estoy profundamente agradecido.

Como si no hubiese escuchado sus palabras, Jean de Malestroit se enfrentó al acusado.

—Gilles de Rais, caballero, barón de Bretaña, seréis escoltado a vuestras habitaciones en la planta alta de este palacio para que se escuchen vuestras confesiones sobre los citados asuntos y artículos, a los que todavía no habéis respondido. Tales confesiones comenzarán antes de las dos; si las mencionadas confesiones no han empezado para entonces, se aplicará la tortura tal como se ha decidido. —Dirigió una rápida mirada de desilusión a los dos fornidos expertos, cuyos rostros no reflejaban expresión alguna.

»Y ahora, sin más demora, continuaremos con los procedimientos.

Tardamos seis vertiginosos minutos en llegar al estudio. El comentario de Ellen Leeds referente a la demora resonaba en mis oídos porque cada segundo que pasaba representaba otro reguero de sangre de las venas o las arterias de Jeff. La oleada de coches patrulla que nos seguían desde la casa convergieron en el aparcamiento cuando nos apeábamos de nuestro vehículo. Las puertas de los coches se abrieron para convertirse en parapetos de los policías que tomaban posiciones.

Ya había una cinta de plástico amarillo alrededor del perímetro que mantendría a los periodistas fuera de nuestro camino y les evitaría cualquier peligro. Un helicóptero de un canal de televisión permanecía detenido en el aire a tan baja altura que era prácticamente imposible hablar si no era a grito pelado; ¿qué efecto podía tener este ruido en un desequilibrado peligroso como Wilbur Durand?

El descontento que sentía se estaba convirtiendo en algo más insoportable.

—Si no se larga de aquí, lo abatiré a tiros —exclamé.

Escobar apareció a mi lado como por arte de magia.

—Si lo haces, mira sobre quiénes caerá —me gritó.

Un batallón de policías.

Polvo y trozos de porquería volaban por todas partes impulsados por el viento generado por las aspas del helicóptero. Eché una ojeada a la zona muy lentamente. Había un agente uniformado tendido en el suelo al otro lado de la cinta, a unos diez metros de distancia.

—Dios bendito, mira eso...

Yacía tumbado boca abajo en un charco de sangre que se ampliaba cada vez más. Tenía extendido uno de los brazos y no dejaba de moverlo. Su revólver estaba a casi un metro de los dedos que se movían inútilmente con la intención de empuñarlo. Un camillero pasó por debajo de la cinta con la intención de acercarse al policía caído, pero no había avanzado ni un par de metros, cuando una bala rebotó en el pavimento a un palmo de sus pies. Cada vez que un camillero o un agente intentaba auxiliar al herido, se repetía la escena. Pero ninguno de ellos fue alcanzado; solo se trataba de una advertencia.

—Sin duda está disparando para no dar —comentó Spence desde detrás de la puerta abierta de nuestro coche.

Una vez más, un camillero se agachó y comenzó a caminar hacia el herido. Esta vez el disparo fue hecho directamente contra los equipos montados en el techo de una de las unidades móviles de la televisión. Trozos de metal volaron por todas partes, y alcanzaron a varias de las personas que se encontraban más cerca. Todos corrieron a ponerse a cubierto.

—Bueno, supongo que ha quedado claro que es un buen tirador —comenté.



Era un sueño, una pesadilla, todo resultaba irreal. Sin embargo, la lógica acabó por abrirse paso entre tanta locura, y de pronto llegué a una conclusión sorprendente.

Me levanté lentamente y enfundé el revólver bien a la vista, para después acercarme a la cinta amarilla.

Spence intentó sujetarme, pero ya estaba fuera de su alcance. Escuché que Escobar gritaba mi nombre, me pedía que me agachara. Con toda la calma del mundo, me volví para decirle:

—No me va a disparar. Lo único que pretende es que me ponga al descubierto.

Ambos protestaron como un solo hombre. Escuché palabras sueltas: «gilipollecetes», «loca» y una frase completa: «Y tú que te lo crees». Sin perder la calma, respondí a sus preocupaciones.

—Quiere que entre en el estudio. No tiene la intención de dispararme hasta que lo haga.

Paso a paso me acerqué al camarada caído. Cuando me reuní con él le hice rodar para ponerlo de lado mientras él me ayudaba hasta donde le era posible; consiguió incorporarse un poco apoyado en una mano.

—¿Qué tal tienes la espalda y el cuello? —le pregunté a gritos porque el ruido del helicóptero era infernal.

—Están bien —contestó.

—Entonces, lo que haré será sacarte de aquí a rastras. Échame una mano si puedes, pero no pasa nada si no lo haces porque puedo hacerlo sola.

Sonrió débilmente y asintió. Lo tendí de espaldas y a continuación lo sujeté por debajo de los brazos. Comencé a arrastrarlo mientras él me ayudaba empujando con las piernas; debía ser terrible para él porque no dejaba de gemir. Un rastro de sangre dejó constancia de nuestro penoso avance hacia la cinta amarilla. Cuando solo faltaban un par de metros, lo solté y corrí para situarme entre él y el edificio del estudio. Dos agentes y dos camilleros se acercaron; entre todos levantaron al joven que sangraba profusamente y se lo llevaron a la seguridad de las sombras. En cuestión de segundos, una ambulancia inició una desesperada carrera hacia el hospital.

Spence y Escobar se me echaron encima, furiosos a más no poder.

—¿En qué demonios estabas pensando? Nunca más vuelvas a hacer algo como esto. Te quitarán la placa por lo que has hecho...

Estaban en un error, y yo lo sabía. Por fin era una mujer libre. Mi mayor peligro profesional ahora era que quizá llegara tarde al desfile que harían en mi honor. Me había ganado mi libertad profesional con un acto de valentía que probablemente había sido televisado en vivo y en directo a todo el mundo.

Una profunda sensación de liviandad acompañó la comprensión de que ese único momento definiría el resto de mi vida, si es que habría un resto para mi vida. Pensé

en mis hijos; en cómo se las apañarían sin mí, si finalmente llegábamos a ese punto. Tenían tías, abuelas, primos que se presentarían para cuidar de ellos, y un padre que los adoraba.

Caí en la cuenta de que nadie había comunicado nada de todo esto al padre de Jeff. Confié en que siguiera en la comisaría, aislado de lo que estaba pasando allí.

Miré a Spence. En su rostro se refugiaban la confusión, la angustia y una profunda preocupación. Nunca antes me había visto comportarme de esa manera. Sin duda se sorprendió cuando me escuchó decir:

—Manda que alguien llame al padre de Jeff y que lo traigan. No aquí; nos distraería demasiado. Pero tendría que estar a mano cuando saquemos a Jeff del estudio.

—¿Por qué no te encargas tú de ir a buscarlo, Lany? Nosotros nos ocuparemos de acabar con todo esto.

Dediqué a mi compañero una triste, pero agradecida sonrisa.

—Buen intento —le respondí—. Pero esta es mi función, y lo sabes.

—Lany, no. Por favor, no.

Me adelanté una vez más en el aparcamiento iluminado por los focos que rodeaba el estudio de Angel Films. Caminé en paralelo al rastro de sangre que había en el suelo. Cuando crucé la puerta, miré atrás por un segundo. Spence y Escobar venían hacia mí por la misma ruta. Se escucharon dos disparos; ninguno de los dos tenía la intención de dar en el blanco. No tardaron en reunirse conmigo en la recepción.

—¿Has enviado a alguien tal como te pedí? —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—Sí —respondió Spence, en un susurro casi inaudible.

—Gracias. —Le di una palmadita en el hombro. Le sonreía a Escobar—. Sois los mejores.

Durante tres segundos hicimos como si lloráramos de la emoción.

—Vale, ya está bien. Es hora de hacer el trabajo de Dios.

La puerta del estudio principal estaba abierta solo lo necesario para que viéramos que no estaba asegurada; supongo que Durand pensó que sería más fácil para nosotros entrar sin más que tener que romper la cerradura a balazos. En cualquier caso, eso es algo típico de las películas; si en la vida real se te ocurre disparar contra una cerradura, lo único que consigues es ponerte hecho un asco con esquirlas de metal y astillas, y en la mayoría de los casos la cerradura aguanta el destrozo.

La zona de la recepción estaba desierta, pero había una lámpara pequeña encendida en una de las mesas; iluminaba lo suficiente para que atravesáramos la habitación sin llevarnos nada por delante. Había cajas dispersas por todo el suelo, como si fuera un día de mudanza. Avanzamos lentamente hasta la puerta principal y nos situamos a cada lado para escuchar durante unos momentos. Las sirenas, las

radios y el ruido del helicóptero apenas si se escuchaban allí dentro debido al aislamiento sonoro. Apoyé la oreja contra la pared; mis compañeros me imitaron. Todos escuchamos con mucha atención.

Oí unos gemidos muy débiles; quizá era Jeff, y después la voz afeminada de Durand: «Tranquilo, Evan, tu madre estará aquí dentro de un segundo para salvarte, así que no tienes por qué tener miedo. Todo se acabará muy pronto».

Había dicho Evan. No Jeff. Pero ¿cómo podía saberlo, a menos que me hubiese visto con él? Cuando fueron a la exposición, tanto Kevin como el padre de Jeff estuvieron con los chicos, y todos hicieron el payaso con todos. ¿Cómo podía haberlo sabido?

—Una chapuza, Wilbur, muchacho —susurré.

Perdí todo contacto con la religión hace muchos años, pero recé con más sinceridad que nunca en toda mi vida. No para que aquello se acabara, ni tampoco para que nunca más volviera a ocurrir algo como eso, dos súplicas que podían ser consideradas razonables incluso por el dios más cruel y celoso. No pedí la absolución de mis pecados o tener otra oportunidad para ser la policía perfecta; no había tiempo suficiente para que cualquiera de estos deseos pudiera recibir gratificación.

En cambio recé para hacer puntería, para que los proyectiles que saldrían por el cañón de mi revólver alcanzaran a Wilbur Durand en el corazón, en la frente, en los riñones y en el hígado hasta que estuviera muerto y bien muerto. Respiré a fondo hasta que no quedó lugar en los pulmones para más aire, y luego le hice una señal a Spence y Escobar para comunicarles que iba a entrar.

Una vez más, abrí del todo la puerta de un puntapié; quería tener empuñada el arma con las dos manos. Había un cajón de madera de gran tamaño delante mismo de la puerta; aproveché su protección y eché una ojeada al interior. Mis ojos tardaron casi un minuto en acomodarse al brusco cambio de luz, porque allí adentro los focos estaban encendidos a la máxima potencia, sin duda como parte del plan elaborado por Durand.

Cuando finalmente conseguí ver normal, creí que estaba viendo triple. Había tres Jeff maniatados, cada uno a un poste al otro extremo del recinto y colocados en semicírculo. Los tres tenían manchas de sangre en el vientre y les colgaban los intestinos; Dios mío, los intestinos. Claro que no podía saber si eran verdaderos o de utilería.

Tampoco tenía manera de saber cuál de aquellos chicos era Jeff. No hubiese tenido dudas de haber sido Evan. Pero ninguno de ellos era Evan, a pesar de lo que creyera Wilbur.

Wilbur Durand se había situado detrás de una cámara en una posición opuesta a los tres. Me pareció que se reía.

—No está nada mal, ¿verdad, detective Dunbar? —comentó al ver mi confusión.

No le presté atención, y me centré en escuchar los gemidos de los chicos, con la idea de que la voz me ayudaría a descubrir cuál de ellos era el verdadero Jeff. Pero sin la cadencia familiar de las palabras, resultaba imposible. Aparte de los gemidos, comencé a escuchar los sonidos de otras personas que entraban en el edificio.

—No entréis aquí —grité—. No quiero interferencias.

—Bien dicho —aprobo Durand. Su voz, de por sí desagradable, sonaba ahora como si la estuviese deformando electrónicamente, y el efecto me dio dentera.

—¿Le gustó la pequeña exhibición que le dejé preparada en mi casa, detective?

—No me quedé el tiempo suficiente para apreciarla de verdad.

—Es una pena. Aunque no está bien que lo diga, fue un trabajo excelente. Todo un logro.

—Me lo supongo. Consiguió engañarme por unos momentos. A mí y a unos cuantos más. Por cierto, muy bueno lo del sirviente.

—Muchas gracias.

—De todas maneras, como ya le dije, no me quedé demasiado tiempo.

Me dirigió la más perversa de sus sonrisas.

—No esperaba que lo hiciera, cuando la escena principal se está desarrollando aquí.

Necesitaba mantenerlo distraído. Si lo conseguía, quizá a Spence o Escobar se les ocurriría algo. Durand no iba a meterse con ellos; yo era su presa. Volví a mirar a los tres chicos atados a los postes. Los movimientos no parecían en absoluto mecánicos; daban toda la impresión de ser naturales.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que eran seres humanos de verdad. ¡El muy cabrón había contratado a actores!

Reflexioné un segundo y comprendí que eso me daba una ventaja; a las personas de carne y hueso se las puede asustar de verdad.

—Si os dijo que esto era la escena de una película —grité—, os ha mentado. Estas son armas de verdad, nosotros somos policías de verdad y él os arrancará los intestinos antes de que acabe todo esto.

Dos de ellos levantaron la cabeza; cada uno miró con expresión de espanto el vientre del otro y las brillantes protuberancias que colgaban. Levanté mi placa para que la vieran con toda claridad; un acto estúpido, porque probablemente les habían dicho que era de esperar. Entonces disparé el arma contra la batería de focos colgada del techo; una lluvia de cristales cayó sobre el suelo con gran estrépito.

En aquel momento, el chico del centro y el de la derecha comenzaron a forcejear para librarse de las ligaduras.

—Es el que está a la izquierda —grité.

Era el único que permanecía inmóvil.

Miré a Durand y vi en su rostro la comprensión de que había sido aventajado, que

era el momento de sacar su as de la manga. Vi cómo levantaba el brazo y apuntaba directamente a Jeff con el arma. El movimiento era lento, preciso y absolutamente real. El arma que empuñaba tenía toda la pinta de ser una automática; si disparaba una ráfaga alcanzaría a sus tres dianas. Si disparaba en un arco por todo el recinto también nos alcanzaría a Spence, Escobar y a mí.

Spence se levantó bruscamente como un muñeco accionado por un resorte, al tiempo que gritaba:

—¡Aquí!

Durand reaccionó instintivamente; movió el brazo y lo detuvo, estaba vez con el arma apuntando a Spence. Para aquel momento yo también me había levantando mientras le gritaba: «¡Quieto, policía, suelte el arma!», pero solo para cumplir con el requisito legal que me permitiría dispararle sin problemas. Tenía toda la intención de pegarle un tiro se detuviera o no.

Sopesé todas esas consideraciones en una fracción de segundo; en cambio, Wil Durand no había recibido esta clase de capacitación. Sin duda sabía manejar un arma y era un buen tirador, pero no había aprendido a vivir con una como era nuestro caso. Nunca se había despertado en mitad de la noche para empuñar el arma oculta debajo de la almohada cuando algún gato vagabundo tumbaba un cubo de basura. No tenía una marca en la cadera donde se apoyaba la pistolera. No se inclinaba hacia la izquierda para compensar el peso del revólver que llevaba a la derecha. Por no hablar de la radio, el busca, la placa y la porra. Nunca sería una única entidad con su arma.

Comenzó a gritarnos que retrocediéramos, y cuando Spence y yo continuamos avanzando, se levantó un poco en el sillín de la cámara. El aparato lo había protegido y era lo bastante voluminoso como para impedirnos tener una línea de tiro despejada.

Esa sería nuestra mejor oportunidad para abatirlo. Instintivamente adopté una variante de la posición Weaver, con el arma sujeta con las dos manos, y los pies separados con una distancia equivalente al ancho de los hombros. Adelanté uno de los pies, de forma tal que cambiara el perfil y así me convirtiera en una diana más pequeña, algo que según los sargentos que nos entrenaban le ponía las cosas más difíciles al atacante.

Weaver o no Weaver, era un pato de feria. Vi los fognazos que salían de la boca del cañón del arma automática antes de escuchar el ruido de las detonaciones; todo esto ocurrió inmediatamente después de que yo apretara el gatillo y el proyectil se perdiera en el vacío.

—Sus disparos se han desviado a la izquierda —gritó Escobar desde algún lugar detrás de mí. Efectué otro disparo que rebotó en algo que había en una esquina de la enorme cámara, pero vi que Durand hacía una mueca y se llevaba una mano al hombro, cosa que me confirmó que había resultado herido, probablemente por un trozo de metal de la cámara.

No fue suficiente para detenerlo; levantó el arma una vez más y apuntó hacia los chicos. Se escuchó el horrible tableteo de la ráfaga, y luego disparos atrás y a la derecha.

El arma de Durand voló por los aires y fue a caer al otro lado de la habitación. La sangre brotó de su brazo. Yo apreté el gatillo una vez más y mi disparo alcanzó a Durand en el mismo brazo. Y aquello fue todo; se acabó el tiroteo.

Spence corrió hacia Durand, y Escobar fue en auxilio de los chicos mientras yo caía de rodillas. Apenas si había comido en los últimos días, pero lo poco que había comido lo devolví como una espantosa masa verde que apestaba a bilis. No sé cómo encontré la radio y me comuniqué con las unidades. Luego me levanté y con paso tambaleante me acerqué a Jeff.

Me miraba con una insoportable expresión de terror, pero estaba vivo, oh, Dios, estaba vivo, y ahora podíamos sacarlo de allí.

Me escuché a mí misma preguntarle si se encontraba bien y vi cómo sacudía la cabeza muy débilmente para responderme que no lo estaba. Todavía estaba luchando para quitarle la mordaza cuando nos vimos rodeados por un grupo de camilleros con sus equipos y su indudable competencia. Aparecieron y me apartaron sin contemplaciones. En aquel momento había dejado de ser una policía, y me había convertido en un allegado a la víctima, lo que viene a ser algo tan molesto como un grano en el culo, pero en este caso una auténtica amenaza que no hacía más que estorbar su trabajo de salvar una vida.

Spence y Escobar literalmente me cogieron por las axilas y me quitaron de en medio.

Permanecí a un lado, impotente, mientras ellos se ocupaban de un chico que había comido espaguetis en la cocina de mi casa. No tardaron más que unos segundos en determinar que Jeff era el único de los tres chicos que estaba herido de verdad. Pero los otros dos estaban en un estado de choque. Uno de ellos comenzó a levantarse; en algún lugar cerca de la entrada se escuchó la voz de Fred.

—¡No te muevas! —le gritó—. Necesitamos que quede bien claro que nuestros agentes obraron correctamente al disparar. Estoy seguro de que tú quieres colaborar con nosotros.

El chico obedeció sin rechistar.

Los destellos de los flashes se sucedían. El ruido de los obturadores comenzó a rivalizar con las aspas del helicóptero que continuaba volando sobre el edificio. Observé por el rabillo del ojo cómo acostaban suavemente a Jeff en una camilla, con tubos conectados a su cuerpo por todas partes. Se le veía pequeño, joven y terriblemente vulnerable. De pronto noté como si todo comenzara a dar vueltas; sentí una mano en el hombro. Me volví y me encontré cara a cara con Errol Erkinen.

—¿Cómo has sabido...?

—Lo están transmitiendo por todas las radios —respondió—. Tu teniente me dejó pasar cuando aparecí.

Noté cómo se me aflojaban los hombros como consecuencia del agotamiento. Su presencia hacía lícito que me derrumbara.

—Oh, Dios, qué desastre... he convertido todo esto en un auténtico desastre.

—No es necesario que digas nada —replicó—. Ahora mismo no tienes que justificar absolutamente nada. Me quedaré contigo hasta que estés en condiciones de estar sola.

Ese reforzamiento distante, del todo profesional, fue para mí más o menos como si me hubiese abrazado mi madre. Me entregué por unos instantes al consuelo de sus brazos; temblaba como un flan. Después me aparté; tenía que ocuparme de una escena, la escena del crimen, y no quería que se me escapara.

El frenesí de la actividad me devolvió las fuerzas para volver a sumergirme en todo aquello. Mientras le indicaba a uno de los fotógrafos las tomas que quería, se me acercó uno de los camilleros para comunicarme que estaban a punto de llevarse a Jeff al hospital.

La pregunta que no me atrevía a formular me la respondió él motu proprio.

—Es demasiado pronto para decir nada. —La respuesta habitual y más segura. Luego se marchó.

Miré por un instante la caótica escena del crimen, y me pregunté cómo es que se me había escapado tanto de las manos. Al final, tampoco tendría mucha importancia, porque no era necesaria para aclarar un crimen. Sabíamos qué había pasado y quién lo había hecho.

Casi sin intención vi por el rabillo del ojo cómo aseguraban los intestinos de Jeff a su abdomen. Los taparon con un plástico y luego lo pegaron a la piel.

Increíble, pensé para mis adentros. Claro que tampoco es para tanto, solo un par de palmos de tripas, tiene metros de intestinos, puede permitirse perder un par de palmos.

La esperanza es una fuerza tan poderosa...

No tuve ánimos para seguir mirando. Me acerqué al lugar donde estaban atendiendo a Durand y observé desde cierta distancia. Había decenas de miradas fijas en mí, atentas a intervenir si se me ocurría hacer alguna estupidez. Pero me mantuve apartada, sin dejar de pedir al cielo que dejara morir a Durand. Quería que alguien propusiera dejar de atenderlo con mucha discreción para que se desangrara allí mismo. Tenía el brazo derecho destrozado, y así y todo no dejaba de luchar. Gritaba como aquel cabrón de Scorpio en *Harry el Sucio* que le habían herido, que necesitaba cuidados médicos urgentes y que más valía que alguien lo hiciera, porque los muy malos y violentos policías le habían hecho daño. Cuando vio que lo estaba mirando, tuvo la cara dura de sonreírme y de sacar la lengua para moverla de la forma más

obscena posible.

Di un salto. Diez manos me sujetaron. Durand se reía, aullaba y gritaba todo al mismo tiempo. Forcejeé para librarme de mis captores, pero me inmovilizaron.

—Soltadme —grité—. Voy a matarlo, le volaré los sesos. Voy a...

Durand me superó con sus gritos.

—Me está amenazando, quiere hacerme todavía más daño.

Por fin alguien encontró el interruptor de los focos y los encendió todos a la vez. El resplandor consiguió que me rindiera. De pronto me vi empujada al asiento trasero de un coche patrulla. Erkinen se sentó a mi lado. Escuché el chasquido del broche del cinturón de seguridad, el ruido del motor que se ponía en marcha y después me hundí en algún confuso lugar donde no existía el mal, donde nada malo podía ocurrirle a ningún niño. Tendrían que acabar sin mí el trabajo en la escena del crimen.

Ataron al monstruo que respondía al nombre de Wilbur Durand a una camilla y lo trasladaron al hospital con una doble guardia. Los detectives Frazee y Escobar fueron en la ambulancia. Ya leería más tarde en el informe todo lo ocurrido, pero podía imaginármelo sin ningún problema. Spence inclinado hasta casi tocar el rostro de Durand mientras le susurraba: Tienes derecho a guardar silencio, imbécil, pero puedes hablar ahora si quieres. No me importa porque de todas maneras te daré por el culo lo que hagas. Escobar fingiría que lo apartaba en una breve interpretación de la escena del poli bueno y el poli malo, a partir de la idea de que si había alguien capaz de sacarle algo a Durand, sería el padre confesor.

Después, ya en el hospital, lo apartarían de nosotros, porque los doctores dispondrían que no podía recibir visitas ni hablar con nadie debido a razones médicas, y luego, por supuesto, aparecería Sheila Carmichael con una lista interminable de razones por las cuales no podíamos hacerle más preguntas. Aunque había sangrado en abundancia, sus constantes vitales estaban bajo control y estaba recibiendo transfusiones o sea que, por el momento, no se esperaba que muriera a consecuencia de las heridas, aunque su revés ya no volvería a ser el mismo. No es que importara demasiado; no hay pistas de tenis en la prisión, y probablemente tampoco en el infierno.

Según dijeron todos los que estaban en la ambulancia, se mostró muy lúcido durante el viaje y respondió a las amenazas de Frazee con los insultos más soeces. Ya no tenía ninguna necesidad de ocultar a la bestia que llevaba en el interior. Había descartado todos los disfraces; era el repugnante y odioso Wilbur Durand en estado puro, que disfrutaba de sus últimos momentos de libertad con despreocupación, dedicado a explicar con todo lujo de detalles los placeres de la sodomía practicada en niños secuestrados y los encantos de la evisceración.

Frazee se moría de ganas de contármelo todo.

—Durand no dejaba de gritar que su hermana lo sacaría y que entonces buscaría a



cada uno de nuestros hijos, les arrancaría las tripas y después... Dios, ni siquiera soy capaz de repetir las cosas que dijo que les haría. Solo estar en su presencia me provocaba náuseas.

También me habló del «incidente», que pasaría a formar parte de la leyenda de la división.

—En el segundo que bajamos de la ambulancia, uno de los agentes se echó sobre Durand y le dio una somanta de padre y señor mío.

Me alegró infinito saberlo.

—El problema es que había dos agentes, así que no conseguimos recordar cuál de los dos le pegó.

Ninguno de los policías incluyó en los informes que escribieron después del viaje en la ambulancia mención alguna de la supuesta paliza, a pesar de que Durand se quejó repetidamente de haber sido víctima de la brutalidad de la policía.

Tan pronto como lo sacaron de la unidad de cuidados intensivos después de amputarle el brazo, Wilbur Durand fue trasladado a una habitación preparada para alojar a criminales violentos, y lo aseguraron a la cama con grilletes y una esposa. Sin el brazo derecho, había pocas posibilidades de que incluso un hombre con sus talentos mágicos consiguiera escaparse. Los detectives de nuestra división que habían escoltado la ambulancia durante todo el trayecto hasta el hospital, se unieron a Spence Frazee a la hora de interrogar a Durand sobre el paradero de los demás niños que había secuestrado a lo largo de los años.

Wilbur se negó a decir ni una palabra.

Me pregunté cómo Moskal podía decir que Sheila Carmichael mantenía una presencia discreta en Boston, porque resultó ser toda una mujerona cuando aterrizó en Los Ángeles como si fuese el nuevo Johnnie Cochran.<sup>[3]</sup> Claro que en ese caso no se trataba de decidir si el hombre era culpable o inocente, dado que ya estaba predeterminado, sino que sería una gigantesca operación de relaciones públicas. La única pregunta que quedaba por contestar, la del castigo, sería respondida tanto en la corte de la opinión pública como en los corazones y las almas de doce ciudadanos de la calle.

Comencé a leer todo lo que encontré referente a la abogada. No era tan demoledor escarbar en los antecedentes de Sheila Carmichael como lo había sido con su hermanastro Wil Durand; había montones de biografías, citas y una enorme cantidad de artículos que había escrito para revistas de jurisprudencia. La mujer llevaba escrito un cartel que decía: quiero ser juez. Quizá la afición de su hermano a mutilar niños lo impediría, Dios mediante.

Era famosa dentro de los círculos profesionales por asumir la defensa de personas por las que nadie sentía las más mínima compasión. Este era uno de esos casos; su hermano había sido detenido en el momento en que intentaba asesinar a un niño

después de abusar de él sexualmente. Había cometido una parte de ese delito mientras alguien que se interesaba por el mencionado niño, yo misma, que al mismo tiempo era una oficial de policía veterana, estaba presente. El autor había filmado todo el acto, y la cinta había sido confiscada legalmente como prueba. Hasta el jurado más insensible lo encontraría culpable. Por no hablar de todas las pruebas que señalaban su participación en otras muchas desapariciones que se habían acumulado a través de anteriores investigaciones y que probablemente serían admitidas como válidas.

Era uno de los casos mejor documentados contra un asesino que había visto en toda mi carrera de policía, y era lógico suponer que si Wilbur no hubiese tenido una hermana que ejercía de abogada, le hubiese costado encontrar a alguno dispuesto a aceptarlo como cliente. El dinero no era el problema; el verdadero problema era el karma negativo de estar relacionado con un criminal como Wilbur Durand. Costaría Dios y ayuda que algún abogado de fama quisiera verse metido en todo esto. Dado que yo, una policía, tenía algo más que una relación pasajera con una de las víctimas, bien podía ser que en el futuro hubiera repercusiones profesionales para un abogado; ya no podría estar seguro de contar con la cooperación del departamento de Policía. Por supuesto, nadie saldría a decirlo públicamente, se supone que estamos por encima del deseo de venganza. Pero resultaría más difícil hacerse con el papeleo, se tardaría en responder a las llamadas, se extraviarían las pruebas para los clientes de cualquier abogado local que asumiera la defensa de Wil Durand.

Las ventas y el alquiler de las películas de Durand se triplicaron en menos de veinticuatro horas cuando se conoció la verdad de cómo habían sido filmadas. Los críticos se extendieron sobre su inquietante y maravilloso realismo. Todo aquello me daba ganas de vomitar. Las náuseas se veían aumentadas por la sorprendente campaña de relaciones públicas que Sheila Carmichael organizó para su hermano. Los horriblos detalles de la infancia de Wil fueron relatados con una precisión que Kelly McGrath nunca hubiese imaginado. Las relaciones con el tío Sean, los abusos sufridos a manos de su abuelo, el alcoholismo y la locura de la madre. Desde California escuchaba cómo se rasgaban las vestiduras en Boston Sur. Pero todos los personajes estaban muertos, así que ¿quién iba a protestar?

A la mañana siguiente de su arresto, Wilbur Durand fue citado en la cama del hospital y acusado de intento de asesinato de un menor en concierto con un acto de abuso sexual —el examen médico confirmó que Jeff había sido sodomizado antes de sufrir las otras heridas físicas— y por dos intentos de asesinato de un agente de policía. También fue acusado del secuestro de Nathan Leeds y de varios menores, aunque no se habían encontrado sus cuerpos, y cuando se analizaran las pruebas, probablemente del asesinato de Earl Jackson. Todos los relacionados con la preparación de las acusaciones consideraron que había pruebas físicas más que suficientes para seguir adelante sin los cuerpos.

Soportaba toda esta situación lo mejor que podía. Mis días ya no se podían clasificar como «buenos» o «malos»; las nuevas normas para mi existencia eran «horrible» o «apenas soportable». Una buena noticia que me alegró la pesadilla diaria la tuve cuando nombraron al fiscal: James Johannsen, que había llevado mis peticiones de órdenes al juez y que las había defendido con tanta habilidad y persuasión que las había conseguido, recibió el encargo de procurar que Wilbur Durand fuera condenado al máximo que establecía la ley como castigo por sus espantosos actos. Se trataba de un antiguo abogado defensor cuyo sentido del bien y del mal le había hecho imposible continuar dedicando su tremenda honradez y capacidad profesional al servicio de la escoria que cometía crímenes imperdonables. Se había pasado al bando de los buenos hacía cuestión de unos ocho años atrás. Jim era el contrincante más idóneo para enfrentarse a Sheila Carmichael, quien incluso lo hubiese pasado mal con un picapleitos cualquiera dada la contundencia de las pruebas.

Como era de esperar, Sheila atacó por todos los flancos. Cuando Johannsen presentó la petición de que se le tomara una muestra de sangre al acusado para poder hacer una comparación del ADN, presentó inmediatamente una contrarréplica basada casi exclusivamente en temas de derechos civiles. La petición de Johannsen fue admitida, aunque su triunfo se vio ensombrecido en la prensa por la solicitud de Sheila de que el acusado saliera en libertad bajo fianza. El juez escuchó en silencio, pero con una evidente expresión de repugnancia la explicación de que su hermano tenía «fuertes vínculos con la comunidad de Hollywood». Johannsen, que sabía muy bien que no había fianza posible, replicó que Durand no tendría ningún problema para pagar una fianza de un millón de dólares. Los policías que asistieron a la sesión me contaron que cuando el juez denegó la fianza, Sheila se puso hecha una fiera, momento en el que el juez se marchó a su despacho, dejándola que berreara y pateara delante de un estrado vacío.

La prueba del ADN la acabaron en un par de días. Dio un resultado positivo comparado con la muestra tomada a Jeff. Yo llevaba a Evan para que lo visitara con la mayor frecuencia posible, pero resultaba tan duro mirarle... Los problemas físicos a los que se enfrentaba eran terribles. Pero los problemas emocionales podrían ser todavía peores. Evan era un amigo leal, una constante fuente de apoyo. Pero el estrés que le provocaba era evidente.

—Se supone que tendría que haber sido yo, ¿no es así?

No podía negarlo del todo, pero tampoco tenía manera de estar segura.

—No lo sabemos —le respondí—. Durand se niega a aclarárnoslo.

La culpa de Evan por ese asunto probablemente tardaría en aflorar, pero Erkinnen me había advertido que estuviese atenta a las señales: retraimiento, malhumor, el deseo de estar solo. La preocupación por cosas macabras. Se habían acabado las

películas de terror para mi hijo; su propia realidad las había superado a todas.

Jeff no volvería a comer una pieza de fruta nunca más; la parte del intestino que le habían cortado le privaría de ese placer. Durante un tiempo tendrían que inyectarle una gran cantidad de antibióticos de todas clases para impedir las infecciones que seguramente aparecerían por haber tenido los intestinos expuestos al aire. Le había cortado noventa centímetros, que literalmente se habían secado, pero sus padres habían permitido que los médicos intentaran salvar una parte que no había resultado tan dañada.

Una bala perdida le había atravesado el riñón derecho, y se lo habían tenido que extirpar. Casi se había desangrado; los policías hicieron cola para donarle su sangre. A pesar de las múltiples transfusiones se había salvado de la muerte por los pelos. Por lo tanto, incluso si se recuperaba lo suficiente como para llevar una vida más o menos normal, nunca más podría practicar ningún deporte donde pudiera existir la más mínima posibilidad de que su único riñón pudiese resultar afectado.

Gracias a los esfuerzos de Spence y Escobar, todo el papeleo para cerrar el caso avanzó visiblemente. Se habían acabado los problemas para conseguir las órdenes de registro. Solicitaron otra para la casa, pero esta vez sabían mucho mejor lo que estaban buscando. En uno de los cajones de la cómoda de Wilbur Durand encontraron un botón.

De la camisa de Earl Jackson. Durand fue acusado inmediatamente de asesinato en primer grado en el acto de abuso sexual y secuestro del niño. Acabábamos de cortarle la cabeza.

## Treinta y cinco

Lo que sigue es la confesión de Gilles de Rais, caballero, barón de Bretaña, el acusado, hecha voluntariamente, sin coacción alguna con total libertad de palabra en la tarde del viernes 21 de octubre de 1440.

En el tema del secuestro y la muerte de muchos niños, el vicio libidinoso, sodomítico y antinatural, la cruel y horrible manera de matar, y al mismo tiempo la conjura y la invocación de demonios, las ofrendas, las inmolaciones, o sacrificios; las promesas hechas o las obligaciones contraídas con ellos por él y otras cosas citadas en los antes mencionados artículos; mi señor Gilles de Rais, acusado, voluntaria, libre y lastimeramente admitió que había cometido y perpetrado en numerosos niños los abominables crímenes, los agravios, y los pecados de homicidio y sodomía. Confesó también que había realizado la invocación de demonios, sacrificios e inmolaciones, que había hecho promesas y asumido obligaciones con los demonios además de otros delitos que confesó hace poco en presencia del mencionado señor presidente y otras personas.

Interrogado por el mencionado reverendo padre y presidente sobre el lugar y el momento en que comenzó a perpetrar los crímenes de sodomía, respondió: en el castillo de Champtocé; manifestó no saber cuándo o en qué año, pero que comenzó con sus abominables acciones alrededor del momento de la muerte de su abuelo, señor De la Suze.

A las preguntas del señor presidente referentes a quién le había persuadido a cometer dichos crímenes, contestó que había perpetrado estos actos de acuerdo con su propia imaginación e ideas, sin el consejo de nadie, guiado por sus propios pensamientos, con el único fin de satisfacer su placer y deseo carnal, y no con ninguna otra intención o cualquier otro propósito.

El señor presidente, sorprendido de que el acusado hubiese realizado las mencionadas ofensas por su propia voluntad y sin que nadie lo animase a ello, pidió de nuevo al acusado que le dijera por qué motivos y con qué intención había asesinado a los mencionados niños y había mandado incinerar sus cadáveres, por qué había entregado su alma a estos espantosos crímenes y le recomendó que se mostrara dispuesto a declarar la totalidad de estas cosas para de esta manera aliviar su conciencia, descargar su alma atormentada y asegurarse de una manera más completa el favor del más piadoso y clemente Redentor. Al escuchar estas palabras, el acusado, preso de la más viva indignación al verse requerido e interrogado de esta manera, se dirigió al señor presidente para decirle en lengua francesa: «*Hélas, Monseigneur, vous vous tormenter et moy aveques!*». (Ah, monseñor, os atormentáis a vos mismo y a mí también).

A esto, el señor presidente respondió, también en la misma lengua: «No me

atormento a mí mismo en absoluto, pero estoy muy sorprendido por lo que me habéis dicho y sencillamente no puedo darme por satisfecho con vuestras palabras. Quiero escuchar de vuestros labios toda la verdad por las razones que ya os he repetido numerosas veces».

La réplica del acusado fue: «La verdad es que no hubo ninguna otra causa, intención o fin más allá de lo que os he dicho, que es razón suficiente para matar a diez mil hombres».

Después de escuchar estas palabras, el señor presidente cesó el interrogatorio del acusado y ordenó que trajeran a la sala a François Prelati. Trajeron a Prelati a la presencia de Cilles, el acusado, y a continuación él y el acusado fueron interrogados juntos por el citado señor obispo de Saint-Brieuc sobre el tema de la invocación a los demonios, y la oblación de la sangre y los miembros de los mencionados niños, además de los lugares donde habían realizado las invocaciones y las oblacones que el acusado y Prelati acababan de confesar.

A todo esto, Gilles, el acusado, y François, respondieron que el citado François había realizado varias invocaciones a los demonios y específicamente, por orden del acusado, a uno llamado Barron, tanto en su ausencia como en su presencia, y además que el acusado admitió que había estado presente en dos o tres de las invocaciones, especialmente en los lugares de Tiffauges y Bourgneuf-en-Rais, pero que nunca llegó a escuchar o a ver a demonio alguno, a pesar de que el acusado había enviado una nota escrita y firmada de su propio puño y letra al mencionado Barron por intermediación del citado Prelati, en la cual Gilles prometía obedecer las órdenes del demonio, pero no obstante reteniendo para sí su alma y su vida. Y que el acusado prometió al antes aludido demonio Barron la mano, los ojos y el corazón de un niño, que François se suponía que debía ofrecerle, pero que el antes mencionado François no ofreció.

El señor presidente ordenó después que François Prelati fuese devuelto a la habitación donde se le tenía vigilado. Entonces, el acusado Gilles se volvió hacia François con lágrimas en los ojos y entre gemidos le dijo en francés: «¡Adiós, François, amigo mío! Nunca más nos volveremos a encontrar en este mundo; ruego a Dios para que te conceda paciencia y comprensión, y ten presente que, si tienes paciencia y fe en Dios, nos volveremos a encontrar en la inmensa gloria del paraíso. ¡Reza a Dios por mí, y yo rezaré por ti!».

Después de haber dicho esto, abrazó al citado François, que seguidamente fue escoltado fuera de la sala.

Mi hijo y yo compartimos una de las primeras copias de la transcripción de las confesiones de mi señor. Me la había entregado Jean de Malestroit, quien, al no haber estado presente, disponía de una. Ahora se estaban preparando afanosamente otras muchas copias, una tarea realizada por un pequeño regimiento de escribas, que se

inclinaban sobre los pergaminos y escribían las palabras a la máxima velocidad con que podían mover la mano.

Exhalé un profundo suspiro mientras leía aquellas secas y poco expresivas manifestaciones.

—¿Qué querrán decir con «lastimeramente» en la descripción de su discurso? ¿Acaso ha llorado, como lo hizo la primera vez que hablé con él sobre todos estos asuntos en la misma habitación donde se ha tomado debida nota de esta confesión? Si es así, no lo han incluido en estas palabras.

Sacudió la cabeza para comunicarme que él tampoco lo sabía.

—Mamá, debes tener presente que estas páginas no tienen la intención de transmitir las sutilezas de su sufrimiento. Su principal o único propósito era proteger a aquellos que han ordenado su ejecución de las iras de la familia de mi señor, y nada más.

La indignación de su familia probablemente sería tan sosa y desapasionada como la transcripción. René de la Suze difícilmente derramaría ni una sola lágrima por su hermano, pero se rasgaría las vestiduras y se echaría cenizas sobre la cabeza con el único propósito de recuperar las propiedades que mi señor había cedido para pagar sus tropelías. La pequeña Marie de Rais apenas si conocía a su padre, más allá de lo que le había dicho su madre, que tenía muchas y poderosas razones para odiarlo. En la suntuosidad de sus aposentos, ¿Gilles de Rais se había derrumbado definitivamente y había revelado sus más íntimos secretos? Casi podía escuchar su voz.

—El Gilles de la infancia vuelve a hablar en estas palabras. Las cosas que ha hecho como hombre no son muy diferentes a las cosas que hizo en la niñez, solo que más graves en su naturaleza —comenté.

Jean abandonó su silla y se apartó de mí. Se acercó a la ventana para mirar el patio durante unos momentos. Su mirada parecía muy atenta, aunque ya sabía después de mirar tantos años a través de aquella misma ventana que no había nada digno de interés. Le preocupaba algo que estaba en su propia mente.

—Me gustaría conocer tus pensamientos, hijo mío —dije en voz baja.

Escuché cómo soltaba todo el aire retenido en los pulmones y cómo después respiraba profundamente, todo con mucha deliberación. Se volvió hacia mí con una expresión preocupada en su rostro.

—Mamá —replicó—, mi señor hizo muchas cosas de una naturaleza muy grave en su juventud. Sencillamente es imposible que las sepas todas.

Intenté forzar una sonrisa.

—Tú mismo me has dicho no hace mucho que los chicos ocultan muchas cosas a las mujeres que los quieren.

—En este caso, no fue solo mi señor quien lo hizo —señaló, con un inconfundible rastro de vergüenza en la voz.

Noté un súbito malestar en la boca del estómago.

—¿Tienes algo que decirme, Jean?

—Sí, pero no es algo que me ataña personalmente, sino a mi hermano muerto hace tanto tiempo.

—¿Michel? ¿Qué fue lo que hizo y que no me reveló?

Jean permaneció callado durante unos segundos, como si no pudiese encontrar las palabras correctas para aquello que deseaba decirme.

—Fue hace tantos años —añadí—. No hay nada que no pueda perdonarte a ti o a él.

—No fue lo que hizo, sino lo que le hicieron a él, o al menos intentaron hacerle.

Tardé unos instantes en comenzar a entenderlo.

—Continúa —susurré.

—Tú sabes que hubo algo así como un distanciamiento entre mi señor y yo, que ya no quise frecuentar su compañía.

—Sí. Vuestros caminos comenzaron a separarse, y tus intereses no tenían nada que ver con los suyos. En cualquier caso lo acepté como algo natural entre...

Me interrumpió mi razonamiento lógico.

—No fue un distanciamiento natural, mamá.

—Entonces, explícame tú cuál fue el motivo. —Mi corazón comenzaba a latir cada vez más deprisa, a un ritmo frenético—. Después, quiero que me digas por qué no encontraste la manera de decírmelo antes, para que pudiera estar mejor avisada.

—No hubiese servido absolutamente para nada que supieras estas cosas. Hasta ahora.

—¿Crees que ahora me servirán?

—Ahora existe la necesidad de que sepas estas cosas. Sé que has querido bien a mi señor, aunque él haya tirado por la borda ese afecto con sus obras y su conducta. De todas maneras todavía me duele tener que hablarte de estos asuntos. No era el niño inocente que tú siempre has creído que era. Sé que tú crees que, en el mejor de los casos, no era más que un alumno mediocre a pesar de la calidad de sus profesores, que nos beneficiaron a Michel y a mí mucho más que a mi señor Gilles. Aquello fue una cuestión de aplicarse a los estudios; él, en cambio, prefirió aplicarse a otros asuntos. Le dominaba un deseo de aprender que quizá tú nunca apreciaste, porque se apasionaba por cosas que no permitía ver a nadie excepto a sus más allegados, entre los que estábamos incluidos yo mismo y Michel junto con sus primos De Sille y De Briquerville. Nunca sentí el menor aprecio por aquellos truhanes, pero no tenía otra salida que la de estar vinculado a ellos; eran sus parientes, y él los incluía entre aquellos a quienes permitía conocer su lado secreto. Tenía muy claro que ninguno de nosotros diría ni una palabra de lo que sabíamos. Michel y yo estábamos obligados a guardar silencio porque, por nacimiento, no pertenecíamos a su clase, y él ejercía una



gran influencia sobre ti, nuestra muy querida madre; no hay poder comparable en todo el mundo. De Sille y De Briquerville permanecieron callados porque sentían celos de él y tenían miedo de que perjudicara su posición en la familia, sobre todo con Jean de Craon, quien estaba tan empeñado en ver progresar a su nieto Gilles que apenas si prestaba atención alguna a sus otros nietos. A fuer de sincero, creo que con el paso del tiempo, ellos también comenzaron a disfrutar de las actividades que tenían lugar.

Comencé a levantar una mano para hacerle callar, pero acabé por bajarla. Ya era demasiado tarde; había escuchado lo suficiente como para que mi propia imaginación se centrara en el intento de llenar los huecos, y no había ninguna duda de que lo mejor era saber la verdad de una vez por todas.

Así que permanecí callada y escuché con atención las palabras de Jean. Su expresión revelaba un profundo malestar, y me pregunté cómo un hombre hecho y derecho podía padecer tanto a la hora de revelar un acontecimiento de sus años de inocencia.

No tardé mucho más en comprenderlo.

—Él era muy avezado en muchos temas que Michel y yo aún no comprendíamos. Sobre todo en lo que se refiere a lo físico. Hubo muchas veces, mamá, en las que no tenía el menor reparo en desabrocharse la bragueta y mostrarnos su... su... miembro viril. Hacía que se levantara y después nos pedía que lo admiráramos.

Hice todo lo posible por contener cualquier emoción.

—¿A qué edad comenzó a hacerlo?

—A los diez años, quizá once; comenzó no mucho antes de que a mi señor Guy lo matara el jabalí. Entonces comenzó con aquellos actos de autosatisfacción en presencia de todos nosotros. Se untaba la mano con una crema, recuerdo que en una ocasión hizo que te robara un pote de crema que tenías en tu dormitorio...

Esta revelación me causó una profunda sorpresa. Era uno de mis objetos preferidos, aunque no se trataba exactamente de la crema; tales lujos no tenían para mí la misma importancia que para las damas de alcurnia, cuyas complexiones siempre atraían las miradas de todos. Pero el recipiente en sí era de marfil con un borde de oro, una pieza con un trabajo exquisito, y yo le tenía un gran cariño porque había sido un regalo de mi marido. «¿Quién se ha llevado mi pote de crema?». Ahora mismo me veo pronunciando aquellas palabras, aunque sin el enfado que seguramente sentía en aquel momento. Había supuesto que alguno de mis hijos o mi marido habían tenido la intención de hacerme víctima de una pequeña broma. «Si me lo devolvéis ahora mismo, no me enfadaré con quien lo haya hecho». El pote había vuelto a su lugar como por arte de magia, y así se había acabado aquella pequeña tragedia. En su momento, nunca se me había pasado por la cabeza que alguien hubiese podido robarlo con tan infame propósito. Ahora el pote se encontraba sobre

la cómoda de madera junto a mi cama, casi al alcance de la mano.

—... y la utilizó toda para hacer estas cosas en él mismo. De Sille y De Briqueville hicieron lo mismo. Michel y yo intentamos dejarlos, pero no nos lo permitió. Nunca dejaba que nos marcháramos.

—¿Esto ocurrió más de una vez?

—Centenares de veces. Pero yo no podía decir palabra; tenía miedo de lo que mi señor pudiera hacerme, miedo de que tú te llevaras una desilusión conmigo.

—Tu padre podría...

Sus palabras fueron rápidas y amargas.

—Amenacé a mi señor con contárselo todo a nuestro padre. Mi señor me respondió sencillamente que él se ocuparía de que papá perdiera su posición al servicio de mi señor Guy si hacía tal cosa.

Que un chiquillo de doce años hubiese tenido que soportar tan pesada carga en silencio era algo que me horrorizaba. Que dicho chiquillo fuese mi propio hijo me resultaba del todo incomprensible. Lo contemplé con toda la compasión y el cariño de una madre, y así y todo, su expresión continuó siendo de culpa y arrepentimiento, y le costaba horrores decir una palabra.

—No podía arriesgarme a que mi familia se viera desamparada en unos momentos tan difíciles —añadió—. Así que guardé silencio, y lo mismo hizo Michel. —Hizo una pausa. Las gotas de sudor resbalaban por su frente—. Entonces mi señor comenzó a pedirme que le tocara el miembro con mis manos.

Solté una exclamación y me persigné.

—De Sille y De Briqueville ya lo estaban haciendo, pero llegó un momento en que mi señor ya no encontraba adecuadas sus atenciones; parecía cansarse de ellas demasiado pronto. Al principio me resistí, hasta que finalmente me vi obligado a hacer lo que me pedía. No mucho después, me pidió más cosas.

Crucé los brazos sobre mi pecho con todas mis fuerzas y gemí:

—Oh, qué perversidad más repugnante, qué cosa tan atroz...

—Solo hice lo que tenía que hacer, pero lo juro, no fue voluntariamente. Las cosas que me pidió que hiciera y que hice para él son contra natura, contra todo lo que es decente y bueno...

Temblaba como una hoja y su rostro se veía desfigurado por la terrible agonía de los recuerdos. Vi en sus ojos que aún quedaban muchas más cosas que decir, pero la magnitud de lo que ya había confesado era tal que había perdido toda la voluntad para acabarlo. Sencillamente añadió:

—A partir de entonces busqué todo tipo de razones para evitar su presencia hasta donde podía.

La imagen de mi hijo Jean a los doce años apareció en mi memoria. En aquel momento había sufrido un cambio. Había ocasiones en que delante de nuestros ojos

parecía como si una sombra se cerniera sobre él, pero cuando manifestaba mi preocupación, Étienne me aseguraba que era algo completamente normal en un chiquillo de su edad, que más de una vez se mostraría malhumorado y rehuiría nuestro contacto. «Recuerdo que yo también lo hacía. A mi madre le desagradaba profundamente».

«Pero evita a sus compañeros», le había dicho a mi marido. «No te preocupes tanto —había sido su respuesta—. Y por amor de Dios, Guillemette, no pretendas tenerlo amarrado a tus faldas. En algún momento tendrá que convertirse en un hombre».

De haber tenido un látigo a mi alcance lo hubiera utilizado en el acto, tal era mi vergüenza ante aquel antiguo fracaso. Se suponía que era la protectora de mi hijo, en cambio había fracasado estrepitosamente a la hora de evitar que le robaran la inocencia.

Después lo hubiera utilizado para azotar a Gilles de Rais, y que Jean de Craon se fuera al demonio.

El cansancio, el desconcierto y el horror solo sirvieron para que me aborreciera a mí misma puesto que había dejado que todo aquello sucediera. Pero a medida que lo que me había dicho mi hijo comenzaba a calar en mi mente y también en mi corazón, comenzó a aparecer una emoción del todo diferente; mi odio empezó a buscar un objetivo más adecuado. Me dominó una cólera que nunca había experimentado en toda mi vida, y la mayor parte de mi cólera estaba dirigida exactamente hacia donde debía apuntar, hacia Gilles de Rais.



No me molesté en vestirme con el vestido azul que madame Le Barbier me había prestado; ya no tenía ninguna necesidad de volver a presentarme como alguien más tratable que la abadesa en la que me había convertido y que sin duda continuaría siendo por el resto de mis días. Subí las escaleras hasta la habitación donde ahora Gilles de Rais esperaba la muerte porque no había ninguna duda de que ese sería su destino, sin preocuparme en absoluto de si estaba asustado y solo en sus últimos días, y en cambio con el fuerte deseo de que sintiera esas emociones al máximo el tiempo que le quedara.

No era suficiente que le hubiese confesado a los jueces las maldades que había cometido como hombre. Quería escuchar de sus labios los detalles de las cosas que había hecho cuando era un chiquillo. Desde la mañana aquella cuando con la excusa de «ir al mercado» había hecho una visita a madame Le Barbier no había vuelto a experimentar tanta serenidad en mi corazón, tanta fortaleza en mis pasos, tanta convicción en lo que debía suceder. Ahora había llegado el momento de las confesiones, la hora de descargar el alma. Gilles de Rais había consentido más por la

amenaza de la tortura que por su propia voluntad, tal como había quedado asentado en la transcripción; el mundo nunca sabría la verdadera dimensión de su cobardía. Jean me había confiado sus más íntimos secretos en un acto de gran amor filial, similar al amor que le había llevado a proteger la posición de su padre con su propio sacrificio cuando todavía era un chiquillo. Había comprendido que no me beneficiaría encontrarme con mi Creador, cuando llegara el momento, con una nube de engaño pendiente sobre mi cabeza.

Apenas si me di cuenta de los saludos de los guardias; por lo que ellos sabían, yo no representaba ninguna amenaza para el prisionero. El último centinela no tenía ningún motivo para suponer que pudiera llevar un arma oculta, como hubiera sospechado con cualquier otro visitante. Sencillamente golpeó con la lanza tres veces en el suelo y se marchó.

Gilles de Rais salió de su habitación cuando todavía no se había apagado el eco de los golpes, como si hubiese estado esperando la visita.

Con un extraordinario esfuerzo de voluntad, conseguí mantener una expresión normal.

—Mi señor —dije.

—Ah, madre —respondió—. Escuchar vuestra voz es como disfrutar de la gracia de Dios. Ahora disfruto de cada sonido como si fuese el último que escucharán mis oídos.

—Eso es muy sabio.

—La vuestra fue la primera que escuché: no me quejaría si estuviese destinada a ser la última.

Vería satisfecho su deseo. Hice un esfuerzo para no sacar de mi faltriquera la daga con la empuñadura de madreperla y matarlo allí mismo. Pero entonces el conocimiento que buscaba moriría con él, y mi oportunidad de encontrar un mínimo de paz se perdería para siempre.

—Mi señor —comencé—, he leído vuestra confesión. Se me alegra el corazón al saber que os habéis descargado de ese peso.

—No fue una tarea fácil —replicó—. Mirar a aquellos hombres a la cara y hablar de lo que había hecho casi destrozó mi corazón.

Mi corazón se había convertido en una piedra: no sentí la más mínima compasión.

—Mencionasteis que habíais comenzado con vuestros delitos aproximadamente cuando murió vuestro abuelo. Os confieso, mi señor, que me sorprendió saberlo.

—Me produce una profunda pena que hayáis tenido que enteraros de estas cosas, madre Guillemette.

—Efectivamente, es algo muy duro para mí. Me resulta imposible no pensar en que la influencia que ejercí sobre vos para llevaros por la senda del bien tendría que haber sido más fuerte.

—En aquel entonces era un chiquillo caprichoso. No debéis culparos a vos misma...

—Durante todo el juicio he considerado que mis propios fallos fueron la causa de vuestra equivocada conducta. Pero ahora he abandonado todas las recriminaciones.

—Metí la mano en la faltriquera y saqué el pote de marfil.

Gilles de Rais miró el objeto acusador que tenía en mi mano, y su rostro dejó de ser el de un niño mentiroso para transformarse en el ladrón cuya mano lo había robado de la cómoda. Su inquietud me resultaba deliciosa. Sin embargo, no era suficiente.

—Ahora os daré la oportunidad de que os descarguéis de más culpas —afirmé, con voz serena.

Su mirada volvió a fijarse en el pote y luego buscó la mía. Su expresión se volvió más dura.

—No hay nada más que decir —replicó.

—Mentiroso —le increpé. El mismísimo demonio estaba presente en mi voz, y Gilles de Rais se dio cuenta—. Confesádmelo todo ahora mismo o haré que las cosas resulten mucho peor para vos.

Adoptó una actitud desafiante, a pesar de mis amenazas. No parecía haber manera de descabalar al guerrero de su soberbio corcel.

—¿Con qué autoridad? —se mofó—. Mi destino es algo que solo pueden decidir los jueces.

—No tendríais ningún juez de no haber sido por mí.

Me miró, intrigado por mis palabras.

—Quizá os sorprenda saber, mi señor, que fui yo quien empezó toda esta investigación. Por supuesto, no sabía adónde me llevaría. Pero vuestros jueces tienen conmigo una deuda enorme, porque de no haber sido por mi curiosidad, no hubiesen tenido la oportunidad de haceros pasar por todo este calvario. Fui yo quien fue a ver a madame Le Barbier cuando se quejó de su pérdida y fui a Bourgneuf...

Permaneció callado mientras yo le relataba toda la historia. No pude reprimir una sonrisa de triunfo cuando acabé. No tenía ninguna obligación de comunicarle que tan solo Jean de Malestroit conocía mi participación y que él no cambiaría ni una coma de su decisión por complacerme. Me pareció justo dejarle imaginar que tenía algún poder sobre su destino.

Su mirada miró furtivamente a diestra y siniestra como si creyera que así encontraría la manera de escapar de mi presencia. Pero no había ni un solo lugar donde esconderse; los guardias se encontraban a solo unos pasos más allá y lo detendrían no importa lo que hiciera.

Acerqué el pote a su rostro, y cuando intentó volver la cabeza, se lo coloqué directamente delante de los ojos.

—Hablad —le ordené—. Decidme exactamente lo que le sucedió a Michel. No os olvidéis de un solo detalle.

La actitud de prepotencia se esfumó.

—Vos sabéis muy bien, madre, lo mucho que quería a Michel. Adoraba el suelo que pisaba; él era todo lo que yo deseaba para mí mismo. Sus cabellos rubios, la perfección de su tez, la hermosura de su sonrisa, y aquellos ojos tan vivaces y adorables, ¡era la encarnación de un ángel! ¿Cómo podía evitar desearlo?

»Sin embargo, él era bueno y puro, y se resistió a mis avances con gran vigor. Con Jean fue más fácil; me dio en parte lo que yo quería, aunque lo hubiese tenido más completamente si no se hubiera resistido. Pero Michel, el dulce Michel, era quien yo quería ser y a quien poseer, y no quiso entregarse a mí por mucho que le amenazara. Le dije las mismas cosas que a Jean, que me ocuparía de hundir a su padre en la miseria si no accedía. Él no se rindió; me dijo que su padre aceptaría la miseria antes que ver a su hijo sodomizado, que yo podía hacer lo que quisiera porque no accedería a satisfacer mis deseos bajo ninguna circunstancia.

»Lo odiaba y lo quería al mismo tiempo; detestaba su testarudez y admiraba su fuerza de carácter. Le envidiaba la fortuna de tener a un padre que le amara hasta tal extremo, mientras que el mío parecía detestarme. A medida que aumentaban sus negativas, más dispuesto estaba a poseerlo.

»Fui yo quien sacó a Michel de este mundo, madame, porque aquí no quiso ser mío. Es mi mayor ilusión pensar que lo encontraré en el otro mundo, si Dios así lo quiere. Sé que tendrá alas y una aureola refulgente, porque es lo que se merece. Para aquel entonces, yo había dejado de presionarlo para obtener sus favores; no me tenía ningún miedo y yo tenía muy pocas probabilidades de complacer mis deseos con su cooperación. Había un delicado equilibrio entre nosotros que nos permitía seguir siendo compañeros, al menos en apariencia. Si quería poseerlo como yo quería, tendría que ser por la fuerza o renunciar para siempre. Decidí que sería por la fuerza, porque no podía contenerme más. Un día le propuse que saliéramos de cacería. En un primer momento Michel no quiso ir; dijo que tenía que estudiar sus lecciones antes de que llegara nuestro tutor. Pero la excusa era una tontería. Nuestro maestro se había marchado a su casa tras la muerte de mi padre. Me hizo prometer que lo dejaría tranquilo, que no le insistiría en que me dejara tocarlo, y le di mi palabra. Pareció satisfecho. Salimos aquella mañana con puñales y hondas dispuestos a traer a casa unas cuantas perdices. Nunca nos permitían salir sin escoltas debido a la amenaza del jabalí. Mis escoltas habituales se encontraban atendiendo otros asuntos así que conseguí escaparme sin ellos, y Michel conmigo. La sensación de libertad me resultaba muy emocionante, porque casi nunca podía ir a ninguna parte o hacer algo sin tener a alguien cerca, ya fuera para corregirme o para hacerse cargo de mis necesidades. No tanto por el deseo de mis padres o de vos, mi dulce niñera, sino

porque tal era la voluntad de mi abuelo.

Levantó una mano para acariciarme la mejilla, los dedos helados de un demonio. No me moví.

—Fuimos caminando hasta el bosquecillo de robles; el arroyo estaba muy crecido y la corriente era muy fuerte debido a las fuertes lluvias de los últimos días. El suelo era fangoso, pero no representaba un gran impedimento. Nos encontrábamos solos, cosa muy poco habitual, y aunque le había dado mi palabra de que no me acercaría a él, fue algo que no pude evitar. La verdad, madame, es que no quería evitarlo. Dios me perdone, pero quería hacer con vuestro hijo las mismas cosas que me habían hecho a mí, porque cada vez me producían más placer.

—¿Quién fue el...?

—Vamos, madame, ¿es que no lo sabéis? Mi abuelo, naturalmente. La cuestión es que Michel me precedía, muy ocupado en golpear los arbustos para levantar las perdices, y yo no le quitaba los ojos de encima. Cuando llegamos a los robles me sentía tan enardecido por sus movimientos, por la elasticidad de sus músculos, por su deliciosa manera de mover los brazos, que me acerqué a él por detrás y lo abracé. ¡Oh, era muy fuerte para ser tan delgado y pequeño! Se resistió con todas sus fuerzas a mi abrazo e intentó escapar. Temí que si conseguía escapar y regresaba a Champtocé, contaría todo lo ocurrido, algo que tal vez acarrearía muy graves consecuencias. No podía permitirme que mi abuelo se enterara de lo que había intentado hacer, porque no podía imaginarme cuál sería su reacción.

»Así que silencié a Michel; no podía hacer otra cosa. Cerré mis manos alrededor de su garganta y apreté, no con el propósito de matarlo, pero sí durante el tiempo necesario para vencer la resistencia. Sin embargo, me había olvidado de un detalle. No tenía nada para atarlo mientras satisfacía mis deseos. Fue entonces cuando recordé los intestinos que había visto escapando del vientre de mi padre cuando lo trajeron después de que lo atacara el jabalí. Sabía que Michel no podría ir muy lejos si lo ataba con sus intestinos, así que desenvainé el puñal y, mientras él intentaba recuperar el aliento, le abrí el vientre, directamente a través de la camisa, para que la sangre no me salpicara. Con mucho cuidado metí la mano y le saqué una parte de las tripas. Solo necesitaba unos cinco palmos para amarrarlo a un tocón cercano, pero salió mucho más; no podía demorarme en volver a meterle dentro el sobrante. Lo hice rodar hasta ponerle boca abajo; intentó levantar un poco el culo, supongo que para evitar que los intestinos tocaran el suelo. Lo único que consiguió fue enardecerme todavía más.

»No tardé mucho; yo era joven y estaba muy excitado. Imaginé que él gritaría, pero no me brindó la satisfacción. No estoy muy seguro de hasta qué punto estaba consciente mientras yo le penetraba, pero cuando acabé y lo volví a poner boca arriba, tenía los ojos abiertos, y era tal el odio que se reflejaba en ellos que se me

partió el corazón. Me despreciaba, madame, y yo no podía soportarlo, yo lo amaba con todo mi ser, y solo deseaba que él me correspondiera.

»Se negó a sonreír; le levanté las comisuras de los labios, pero tan pronto como apartaba los dedos, en su rostro aparecía de nuevo una expresión de profundo aborrecimiento. No murió de inmediato como yo creía, aunque tendría que haberme dado cuenta de ello a la vista de lo que le había pasado a mi padre. Intenté de nuevo devolver los intestinos a su lugar; la sangre era tibia y espesa, y yo quería frotármela por todo el cuerpo para llevar su perfume. Claro que no lo hice porque me hubieran descubierto; bastante trabajo tendría en limpiarme la sangre de las manos.

»Pasó una hora, y continuaba vivo. Le hablé dulcemente la mayor parte del tiempo, y él solo me pidió que le dijera a su padre, a su madre y a su hermano que los quería mucho y que los esperaba en el cielo. En cuanto a mí, me dijo varias veces que me vería en el infierno.

»Al final lo degollé, y murió en cuestión de segundos. Para evitar que la sangre me manchara, le apreté la camisa contra el cuello. No veía lo que estaba haciendo y corté demasiado hondo. Casi le separé la cabeza del tronco; no había matado antes y en aquel momento no conocía mi propia fuerza o quizá por algún motivo mi fuerza se había centuplicado; no lo sé, tal vez fuese consecuencia de la excitación. Era patético ver cómo colgaba, y cuando comencé a arrastrar el cadáver para ocultarlo, golpeaba contra el suelo sujeta tan solo por un colgajo de piel. La posibilidad de que se perdiera me provocaba un terrible dolor, así que acabé por cortarla del todo. Enterré el cuerpo y la cabeza en un túmulo en la orilla del arroyo, porque había muchas piedras y cantos rodados, y el lugar que escogí estaba detrás de un arbusto de gran tamaño. Era imposible que alguien lo viera si no estaba muy cerca. Junté la cabeza al cuello y la até con mi pañuelo, para que parecieran estar unidos, porque me resultaba insoportable ver lo que le había hecho. Me lavé la sangre lo mejor posible en el arroyo, pero no había manera de quitarla de mis prendas. Así que cogí el puñal y me hice un pequeño corte en el brazo como una manera de justificarla. Cuando todo quedó arreglado, emprendí el camino de regreso al castillo a la carrera, y le hice señas al vigía en cuanto aparecí a la vista. Luego comencé a gritar y a balbucear que a Michel se lo había llevado un jabalí. Todo esto ya lo sabéis, madre, porque estabais en el patio cuando partieron los jinetes.

»Ya era bastante tarde, y no tardó mucho en caer la noche. Los jinetes se vieron obligados a volver, quizá una hora después de la puesta de sol, y no volvieron a salir hasta la mañana siguiente. En el fondo de mi corazón estaba seguro que habían llegado a estar a unos pocos pasos de donde se encontraba Michel, aunque tampoco lo hubiesen encontrado porque estaba muy bien escondido; al menos entonces lo estaba. Nunca entenderé cómo es que Étienne no lo encontró en sus numerosos recorridos por el bosque; en una ocasión me comentó lo extensa que había sido su



búsqueda. Creo que se alejó demasiado, convencido de que buscaba un cadáver que se había llevado un jabalí o cualquier otro animal salvaje. No fue hasta mucho más tarde que fui hasta allí para comprobar que nadie había tocado el túmulo. Vi unas cuantas piedras fuera de lugar, pero lo atribuí a la acción de alguna alimaña. Ya que la cabeza aparecía descubierta en parte, acabé de destaparla. Allí estaba el hermoso rostro de Michel, que por fin me sonreía. No me vi con fuerzas para dejarla allí, así que me la llevé.

Madame Catherine Karle y su hijo habían encontrado a Michel antes de que mi señor se llevara la cabeza. La súbita presencia de Jean de Craon había evitado que se presentaran para comunicar lo que habían descubierto, ante el temor de que el viejo malvado revelara algún oscuro secreto del pasado de la comadrona. No puedo imaginar qué secreto podía ser tan precioso como para obligarla a silenciar algo tan abominable. Su hijo no estaba dispuesto a decírmelo, y la mujer había muerto, así que nunca lo sabría.

Sin embargo, delante de mí tenía al hombre que le había arrebatado la vida a mi amado hijo, sencillamente porque él lo quería. Solo porque se le ocurrió, porque era algo que debía hacer, y él estaba allí para llevarlo a cabo.

Comencé a marearme; necesitaba recuperar el control. Me senté en aquella hermosa silla labrada donde había dejado mi capa durante la visita anterior. Guardé en la faltriquera el pote de marfil que había arrancado esa confesión de Gilles de Rais y, al hacerlo, toqué la daga que ya casi no recordaba haber traído.

Mis dedos sujetaron la empuñadura y experimenté una fuerza que superaba todo lo imaginable. El recipiente cayó silenciosamente hasta el fondo de la faltriquera mientras yo me veía a mí misma sacando la daga a la luz.

¿Era así como se había sentido mi señor con el puñal en la mano y el cuello o el blanco vientre de un niño indefenso expuesto a su ataque? Sin duda se había sentido muy fuerte y poderoso enfrentado a aquellas pobres criaturas que no podían defenderse de él ni de sus depravados compinches. Debió sentirse como Dios Todopoderoso, señor de todas las cosas a quien no se le podía negar ninguno de los placeres que soñara o viera. Con golpes fuertes y certeros, mi señor había quitado la vida a una infinidad de niños y quizá a una docena de niñas que tuvieron la desgraciada audacia de presentarse cuando él quería a sus hermanos.

Ahora yo misma, con un golpe fuerte y certero, enviaría a aquel demonio a las profundidades del infierno para toda la eternidad.

Mi señor permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, como si estuviese disfrutando con sus recuerdos. Me moví lentamente y evité que la tela de mi hábito hiciera el más mínimo ruido para no llamar su atención. Antes de sacar la daga, recé con la mayor sinceridad desde lo más profundo de mi corazón.

Dios bendito, perdóname por lo que me dispongo a hacer. Cuando llegue el día

del Juicio, recuerda que en estos momentos no soy más que tu instrumento, que es tu mano quien levanta la daga, que es tu voluntad quien la empuja. Permite que sea yo la mano de la justicia, que encuentre la diana en la garganta de este ser malvado, que te ofende a ti y a todas tus criaturas...

De pronto Gilles abrió los ojos y me miró fijamente. En su faz apareció una expresión de indecible terror y comenzó a retroceder, levantando las manos como si pretendiera protegerse el rostro.

Sin embargo, a todo esto yo no había esgrimido la daga.

—Barron. —Pronunció el nombre en voz tan baja que casi no lo escuché—. Oh, mi señor Barron, ¿por qué has venido ahora, cuando ya no queda ninguna esperanza?

¿A qué venía esta súbita locura?

—Mi señor Gilles, no soy Barron...

—Mientes, demonio. Mientes, como todos ellos siempre te dijeron que hicieras. Oh, cómo he sido tan reacio de creer que te mostrarías a mí mismo tal cual eres, porque aquí estás ahora, con el disfraz de una persona en la que siempre he confiado, pero tú eres a quien yo buscaba con François...

El contacto de la daga me resultó frío y extraño en mi mano; ya no me ofrecía el mismo consuelo de unos minutos antes cuando planeaba utilizarla en el nombre de Dios. De pronto me pareció la cosa más sacrílega de todas. Sin embargo, era incapaz de renunciar a ella.

Lo miré y vi a Satanás. No obstante, ¿era un loco y, por lo tanto, no responsable de sus actos? ¿No podía ser que estuviese intentando mostrarse como un loco para aprovecharse de mi compasión?

Ya no me importaba. Saqué la daga de la faltriquera y levanté el brazo bien alto. Era como tener la vara de Moisés en mi mano, la espada de Dios, con un poder que superaba todo lo conocido. Mi señor Gilles no se movió, simplemente se quedó donde estaba, como si quisiera dar la bienvenida a la puñalada. En sus ojos en blanco no había ninguna emoción; no parecía importarle en lo más mínimo que lo asesinara. No le importaba nada, y yo menos que nadie.

Todas mis fuerzas se concentraron en mi brazo y descargué la puñalada. Sin embargo, antes de que la daga pudiera hundirse en el negro corazón de Gilles de Rais, me cogieron por la cintura y me hicieron girar como una peonza. No había escuchado las pisadas de alguien que se acercara. Mi señor no había reclamado la ayuda de los guardias ni yo había hecho nada para llamar su atención. Fue como si estuviese bailando en el aire. Mientras me tambaleaba, mi señor aprovechó para escapar a sus habitaciones.

Un segundo después me vi en el suelo, enredada con mis propias prendas. La daga había volado de mi mano y se había clavado en la gruesa alfombra; vi cómo se movía la hoja. Me solté de la mano del atacante y me volví rápidamente para

averiguar quién era, y me encontré con la mirada de Jean de Malestroit.

Recogió la daga y me llevó hasta el pasillo. Me apoyó contra la pared para que no perdiera el equilibrio. No vi a ninguno de los guardias; seguramente les había ordenado que se alejaran unos pasos porque de ninguna manera los hubiese despachado.

—¡Guillemette! —exclamó—. ¿Se puede saber qué te ha dado?

—No lo sé.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir hacer algo así? ¿Es que has perdido el juicio? Sostuve su mirada por un instante. Luego miré el salón desierto.

—No, Eminencia. Comienzo a creer que quizá ahora por fin lo he recuperado.

El paradero de trece niños continuaba siendo un misterio. Los padres de esos chicos habían visto destruidas la mayor parte de sus esperanzas de recuperarlos sanos y salvos por la dura realidad de la muerte de Earl Jackson y del terrible rescate de Jeff. Ahora casi todos ellos dedicaron todos sus esfuerzos a presionar a las autoridades para que se emplearan al máximo con el fin de averiguar qué había pasado con sus cuerpos.

Wilbur se negaba a colaborar. Su terquedad era insultante. Pero sabíamos lo que les había hecho: estaba todo filmado. Había utilizado a cada uno de los chicos secuestrados como «actores» a la fuerza en unas películas que eran un desfile de horrores donde se mostraban las torturas y las muertes. En el estudio de Angel Films, uno de los miembros del equipo forense había encontrado una caja de seguridad, muy bien disimulada en una de las paredes, donde estaban guardados varios rollos de película separados de los demás. Siempre me preguntaré por qué Wilbur nunca le había mencionado a Sheila que existían y en el lugar donde los tenía guardados. Quizá tenía la desquiciada idea de que conseguiría salir bien librado y podría utilizarlos.

Wilbur se las había apañado para deshacerse de los cadáveres de las víctimas, pero por alguna razón inexplicable había conservado las zapatillas. No tardaron en aparecer unos cuantos distribuidores de películas para informarnos con mucha discreción de que Wilbur se había puesto en contacto con ellos con la intención de comercializar esas películas, y había presentado algunas tomas y guiones para ver si alguno estaba interesado en comprarlas. «En líneas generales todo era porno duro infantil, nos comentó uno ellos. Casi sin ningún disimulo. No estaba dentro de mi línea. Pero los efectos especiales eran increíbles, todo lo que vi parecía real. Nunca había visto nada ni siquiera parecido», afirmó.

Para los que estábamos en el secreto no era ningún mérito profesional que parecieran tan reales. Gracias a Dios, a nadie se le había ocurrido ocuparse de la promoción y la distribución. «Sencillamente era una pasada, demasiado fuerte para los canales normales —señaló otro distribuidor—. Así y todo, estén atentos, porque seguramente aparecerán copias. Hay un enorme mercado negro para todas estas porquerías».

Tenía toda la razón. La película sin título acabó convertida en un gran éxito clandestino en cuanto apareció en la red en las páginas dedicadas al sadismo y la pedofilia. Todo aquello formaba parte del gran plan de Wilbur.

Ninguno de nosotros era capaz de encontrar una explicación razonable a por qué las zapatillas significaban tanto para él. Quizá se trataba de la única cosa que todos tenían en común, que podía esconder a plena vista mientras él estaba en medio de

todo aquello. Le había tenido que complacer muchísimo ver que la gente rebuscaba entre las zapatillas sin saber en absoluto lo que tenía entre manos. Erkinen había acertado al sostener desde el principio que todos los asesinos guardan recuerdos de sus víctimas; Jeffrey Dahmer tenía una nevera llena de cabezas y un congelador donde guardaba los cuerpos troceados, por si quería «picar alguna cosa». Ed Gein, la persona real que inspiró el personaje de Buffalo Bill en *El silencio de los corderos*, llegó al extremo de despellejar y curtir trozos de la piel de sus víctimas. Lo detuvieron cuando se estaba confeccionando una chaqueta con estos tesoros. En el libro que me había prestado Erkinen —aunque no se lo crean, todavía lo tengo en mi mesita de noche— leí sobre un caballero del siglo xv, el barón Gilles de Rais, que llegó a guardar las cabezas de al parecer unas trescientas víctimas para contemplar cuál de ellas era la más hermosa.

Dios bendito.

Las zapatillas las había tenido en una caja abierta en su estudio, a la vista de todos. Era algo peligroso, y en última instancia una tontería, pero Wilbur contaba con salirse con la suya. Lo hizo durante mucho tiempo. Al final, fue este deseo de mantenerse cerca de los recuerdos de sus crímenes lo que permitió su arresto.

No consigo librarme de la sensación de que Wilbur comprendía el riesgo que corría de que lo pillaran. «Probablemente quería que lo atraparan» —me comentó Errol en una de nuestras conversaciones después de la pesadilla—. Es muy posible que cuando ocurrió le diera la bienvenida. Quizá había una parte de Wilbur Durand que aborrecía todo aquello que estaba haciendo, algún pequeño rastro de cordura y decencia que acabó empujándolo a hacer algo que permitiera su arresto.

Tal vez fuera así, aunque dicho rastro brilló por su ausencia el día que los detectives comenzaron a presionarlo en serio para conseguir información sobre el paradero de las otras víctimas.

«¿Qué otras víctimas?», fue su réplica. Y Sheila se apresuró a añadir: «No admitimos la existencia de otras víctimas».

Era una afrenta, y enfurecía a Spence y Escobar, quienes estaban ahora asignados oficialmente al caso. Se tanteó con Sheila Carmichael el tema de un cargo menor a cambio de revelar la ubicación de los cadáveres, quien escuchó atentamente, y después comunicó a la policía una vez más que su cliente no tenía nada que ver con dichas desapariciones. Para no parecer hostil, manifestó que, como su abogada, se sentía en la obligación de ir a ver a su cliente para presentarle cualquier oferta que la policía o el fiscal pudieran hacer y que, por esa única razón, le hablaría del tema, si bien no serviría de nada porque él no tenía el más mínimo conocimiento de las otras desapariciones.

«Además, ustedes ya saben que está loco —añadió—. Así que puede decir cualquier cosa. Eso es algo que no puedo predecir o controlar».

Jim Johanssen se reunió con las familias de las víctimas para explicarles las conversaciones que habían tenido lugar entre las partes. Buscaba el «permiso» de las familias para presionar en este tema con mayor insistencia. Les estaba preguntando delicadamente si le daban permiso para retirar la petición de la pena de muerte a cambio de la información que permitiera encontrar los cuerpos.

Lo sentía muchísimo por todas estas personas. El riesgo al que se enfrentaban, el que quizá tendrían que padecer durante muchos años, era que nunca descubrieran qué se había hecho de sus hijos si persistían en que se solicitara la pena de muerte para Wilbur Durand.

No sé si la venganza me hubiese parecido tan dulce como para vivir el resto de mis días en la ignorancia. El secreto de lo que les había pasado a estos chicos moriría con Wilbur Durand si lo ejecutaban. No habría broche final para trece familias, que se irían a la cama todas las noches imaginándose lo peor o con la esperanza de algo más tolerable, que el chico por obra de algún milagro continuara con vida, y que ahora se arrastrara por la fría oscuridad en un penoso intento por regresar a su casa, como un perro perdido. Era lamentable, terrible, lo peor que le podía pasar a cualquier familia. Algunas de las familias parecían avergonzadas de tratar conmigo, avergonzadas de estar dispuestas a aceptar una condena menor a cambio de la certidumbre. Comprendía lo que deseaban: un punto final. Mi conocimiento de lo que le había pasado a Jeff era uno de los más extraños regalos que me había hecho la vida. La imaginación no podía llevarme más allá. La de ellos podía y lo haría.

Cumplí con la promesa hecha a mi amiga reportera y nunca más volví a hablar con los representantes de la prensa después de aquella entrevista en exclusiva. No fue cosa fácil porque no dejaban de perseguirme. Sin embargo, ninguna de las familias estaba comprometida por la misma obligación: podían hablar libremente. Algunas de ellas lo hicieron. La verdad es que me llevé un gran disgusto cuando una de ellas vendió su historia a un periódico sensacionalista por una cantidad de dinero francamente increíble. Vender ese horror me pareció algo sencillamente repugnante. No había excusa posible.

Así que muchas veces, durante las discusiones con Johanssen, quería expresar mi parecer. Quería decirles a las otras familias: «¿Es que no lo entienden? Esto es lo que sabemos sobre este monstruo, y ustedes quieren negociar con él. Este tipo quiere toda la atención que pueda conseguir; ahora mismo está recibiendo cartas de amor y proposiciones de matrimonio de cuanta loca perversa anda suelta por ahí. Tiene a toda la prensa sensacionalista desfilando hasta su celda todos los días; van a suplicarle de rodillas que les conceda una entrevista. Ustedes lo están propiciando».

No podía hacerlo. Las normas profesionales me impedían revelar los detalles; podría perjudicar el caso si se conocía alguna parte del mismo. Además, a la vista de que algunas de aquellas personas estaban vendiendo sus historias particulares, no

podía correr el riesgo de que vendieran los secretos de la investigación.

La decisión de Johannsen de ir a por la pena de muerte fue anunciada en una muy concurrida conferencia de prensa; Sheila Carmichael no hizo muchos comentarios al respecto, aunque se las arregló para utilizar las palabras del fiscal en beneficio de su cliente. «Estamos preparados para defender a Wilbur Durand contra todos y cada uno de los cargos hasta donde nos permita la ley», manifestó en una entrevista después de hacer pública la decisión de la fiscalía. Hizo todo lo posible para meter en el jurado a las personas de moralidad más dudosa. Utilizó todas las objeciones para descartar a las abuelas, maestras, padres, o a cualquiera que tuviera una vinculación evidente con los niños. Pero ni siquiera el abogado defensor más tramposo hubiera conseguido el jurado ideal para Wilbur Durand: un grupo de doce varones solteros con una identidad sexual dudosa, carentes de valores morales y convencidos de estar por encima de la ley.

Los doce miembros y los seis sustitutos que se eligieron finalmente no tenían pinta de ser personas «dispuestas a perdonar», según se rumoreó después que había comentado Sheila. En cualquier caso, consiguió meter a dos personas opuestas a la pena de muerte en el jurado. «Estaba segura de que tendría bastante con ellas — manifestó en una entrevista cuando se conoció el veredicto—. Sin embargo, es curioso ver cómo acaban las cosas. Las estrategias que planteas no siempre funcionan tal como esperabas».

En su discurso preliminar al jurado, el juez les recalcó con toda claridad que debían condenar o absolver al acusado (en ningún momento habló de inocencia) basándose exclusivamente en los hechos del caso y que la posibilidad de que se pudiera aplicar la pena máxima no debía figurar para nada en el proceso de la toma de la decisión. También insistió en que se buscarían y se considerarían las pruebas adicionales durante el proceso de decidir la sentencia, si es que el jurado daba un veredicto de culpable, y que de ninguna manera era automático que a todos los acusados para los que se solicitaba la pena de muerte, en el caso de que fueran convictos, se les sentenciara a muerte. Asimismo, les animó a que no permitieran que sus creencias religiosas y sus opiniones políticas respecto a la pena de muerte pesaran a la hora de dar un veredicto, una advertencia que siempre se hace pero que casi nunca es tomada en cuenta.

Me eché a llorar como una cría cuando lo encontraron culpable y lo sentenciaron a muerte.

## Treinta y siete

Jean de Malestroit me confió al cuidado de uno de los guardias, con la explicación de que no me sentía bien y que no debía apartarme de allí hasta su regreso. Luego desapareció en los aposentos de Gilles, como si allí dentro no existiera ningún peligro. Cuando volvió a salir al cabo de unos minutos, su rostro mostraba una expresión tan grave como sombría.

—Me ha revelado todo lo ocurrido —manifestó mi obispo—. Que os había confesado el asesinato de Michel.

Para no caerme al suelo, me aferré a él con desesperación.

—Me provocó con su relato, sin escatimar ni uno solo de los horribles detalles. Yo le escuché, como si no pudiese hacer otra cosa. Una sarta de blasfemias y horrores que no había escuchado antes en toda mi vida.

Jean de Malestroit se persignó y luego apoyó una mano en mi frente.

—Padre nuestro que estás en los cielos —rezó fervientemente—, toma a esta mujer a tu muy especial cuidado y ofrécele consuelo, en esta su hora de la más negra desesperación. —Me acompañó a lo largo del pasillo hasta las escaleras—. Fui a buscarte a tu habitación. Jean me comunicó que te habías marchado y también me confió sus sospechas de que habías ido a ver a Gilles. Me sorprendió, pero él me dijo que ya lo habías hecho antes. Guillemette, ¿es eso verdad?

Asentí con un leve movimiento de cabeza.

—Pero... ¿por qué?

—Porque había preguntas que únicamente él podía responder. Lamento que Jean os lo dijera. No os hubiera hecho ningún perjuicio ignorar dichas visitas.

En su rostro apareció la expresión de reproche que conocía tan bien y, por una vez, me sirvió de consuelo.

—No es este el mejor momento para hablar del tema, hermana; ya tendremos más tarde todo el tiempo que haga falta para discutir a fondo estas cosas. Por el momento, me alegra que tu hijo me lo dijera. Solo Dios sabe lo que podrías haber hecho si no llego a aparecer en ese momento. Que una mujer de tu posición actúe de semejante...

—¡Al demonio mi posición! —le interrumpí sin más—. ¿Por qué siempre he de vivir de acuerdo con las normas impuestas por mi posición?

—Porque son las normas a las que nos atenemos todos, y es correcto que lo hagamos, para protegernos del terrible caos que origina vivir sin respeto a las leyes. —Hizo una breve pausa—. Me atrevería a decir que ya hemos visto lo que ocurre cuando alguien intenta vivir fuera de la ley; en el caso de mi señor, como si nunca hubiese existido. No obstante, creo que cualquier juez magnánimo te hubiera absuelto de su asesinato en vista de las circunstancias.

—¿Tal como hicieron con aquella mujer que mató a su marido, aunque él había



estado a punto de matarla a golpes?

—Aquel fue un caso del todo diferente. Lo que tú has pasado es mucho más injurioso.

—No sabéis ni la mitad de lo que he pasado.

—Todo lo contrario —replicó. Había una gran ternura en su voz—. Lo sé absolutamente todo.

—No es posible. A menos que Jean os lo dijera.

—No necesito los servicios de Jean ni de ningún otro para saber cuáles eran tus sospechas. Sé que has sospechado que mi señor era el asesino de tu hijo desde hace algunos meses. Ahora sabes sin la menor duda que él lo asesinó.

—¿Por qué no sacasteis a relucir antes el tema?

—Porque, lo mismo que tú, en mi corazón no estaba seguro de que él lo hubiese hecho hasta ahora, y porque él había cometido tantos otros crímenes que el de Michel no era necesario para condenarlo. Desde hace algún tiempo he creído que no podía haber sido de otra manera. Solo pretendía evitarte todo esto, si estaba en mis manos.

Había querido lo mismo para mí misma, con verdadera desesperación, hasta el punto de que mi propia mente lo había organizado todo para evitarlo con el sencillo procedimiento de negarme a creerlo. En algún momento a lo largo del camino del descubrimiento, la terrible verdad se había abatido sobre mí como la lluvia en el invierno, y me había helado hasta los huesos. En la medida de mis posibilidades, me había envuelto a mí misma en una tela encerada para que las horribles gotas rodaran hasta el suelo sin tocarme. Lo hicieron, y conseguí dejarlo todo a un lado durante un tiempo después de que Gilles jurara que él jamás hubiese cometido semejante atrocidad. ¿Por qué le había creído? Por las mismas razones por las que él había matado; había querido matar, y estaba en su mano hacerlo. Yo había querido creer, y estaba en mi mano hacerlo.

Permanecimos en silencio mientras bajábamos las escaleras. Cuando salimos al patio me dirigí a mi obispo.

—Muchas gracias por haber querido protegerme, pero al conocer la verdad me he sentido aliviada de su tremenda carga. He cargado con la incertidumbre de lo que le había pasado a Michel durante tantos años que quizá llegue a echarla de menos cuando ya no me pese. Allí donde una vez hubo esperanzas, ahora no habrá más que un vacío.

—Encontrarás muchas cosas para llenarlo —replicó Su Eminencia. Con una gran ternura, acomodó los cabellos que asomaban por debajo de la toca blanca que sujetaba mi velo—. Nos encargaremos de mantenerte ocupada, de eso puedes estar segura.



Jean seguramente se había recuperado del mal trance y había ido a reunirse con su grupo, porque cuando llegamos a mi habitación, ya no estaba allí.

—No sé qué hora es —dije mientras me dejaba caer en mi cama—. Nunca había sentido un agotamiento tan grande como el que experimento ahora mismo. Quizá duerma durante mucho tiempo. Pero antes de que lo haga, os lo ruego, por favor decidme, ¿qué le dijiste a mi señor cuando entraste en sus aposentos?

—No es este el momento adecuado para discutir esas cosas.

—Por favor, Eminencia, no puede haber ningún momento más adecuado que este.

Cerró la puerta y después se sentó con mucho cuidado en la silla, que era demasiado pequeña para él. Por un instante contempló el vestido azul, aunque no hizo ningún comentario.

—He llegado a un acuerdo con él. Mañana mi señor hará una confesión más amplia. Confesará que comenzó con los crímenes en la primera etapa de la adolescencia, y no en el año en que falleció su abuelo.

Al día siguiente Gilles de Rais tendría el derecho de decir todo lo que quisiera; ya se le había autorizado y ahora no se podía volver atrás. Esa sería su última oportunidad para hablar ante los representantes de Dios y justificar sus actos.

—Entonces no hablará del asesinato de Michel.

—No. Puedo pedirle que lo haga si tú lo deseas.

—No —respondí en voz baja—. Sería una agonía insoportable tener que escucharlo de nuevo. Pero estuvisteis allí durante algún tiempo; sin duda hablasteis de más cosas.

—Se hicieron otros arreglos, pero por ahora sin consecuencias y que no deben preocuparte. —Se levantó un tanto bruscamente—. Es hora de dejar que duermas. Buenas noches.

—Buenas noches, mi señor obispo.

Me quedé a solas con la amarga verdad.

Me quité todo lo que llevaba antes de meterme en la cama: el hábito, la ropa interior, la cadena de oro colgada alrededor de mi cuello. Quería verme tan pura y desnuda como había venido al mundo. Me pareció que era la única manera de sentirme aliviada de los pesares de toda la vida. Pero no fue así. Mi mente no me lo permitió.

Mis sueños fueron terribles. Me desperté varias veces, bañada en sudor, sobresaltada por las horrorosas imágenes de mi hijo decapitado. En algunas de las pesadillas, me llamaba y me perseguía, y yo intentaba escapar. En la siguiente era yo quien corría detrás de él. En algunas escenas se veían los intestinos, una masa sanguinolenta; él tropezaba con sus propias tripas, perdía el equilibrio, rodaba por el talud del arroyo hasta el pie del bosquecillo de robles y yacía allí en una espantosa agonía. En uno de los sueños, yo acunaba la cabeza, pero el resto del cuerpo había

desaparecido. Estábamos delante de una lápida, quizá la de Étienne, y las lágrimas brotaban de sus ojos sin vida, como los míos. Me desperté con el rostro bañado en lágrimas y los párpados pegados.

De nuevo mi señor lo confesó todo, pero en ese relato corrigió los errores cometidos en la confesión hecha en sus aposentos. No mencionó a mi hijo Michel por su nombre, pero sí recordó a otros niños específicamente y con todo detalle; en particular, al chiquillo de Vannes cuyo cuerpo decapitado se había resistido a desaparecer hasta que Poitou consiguió sumergirlo para siempre en la inmundicia de la letrina.

Tal como había prometido, fue más preciso a la hora de fijar cuándo había comenzado a cometer sus atrocidades. Así y todo fue incapaz de resistir la tentación de echarle la culpa a algún otro por haber escogido el camino de la perversión.

—... desde el comienzo de mi juventud, si bien es verdad que he pecado contra Dios y sus mandamientos, y ofendido al Salvador, en parte fue por la mala guía que recibí en la infancia, cuando, dejado a mi libre albedrío, me dediqué a todo aquello que me complacía y me complacía a mí mismo con todos los actos ilícitos.

»... que he pecado contra la naturaleza de muchas maneras no explicadas con todo detalle en los artículos, y que se publiquen en la lengua vernácula para todos los hombres, la mayoría de los cuales no saben latín, para que los lean y tomen buena nota. Que estos escritos sean exhibidos para mi propia vergüenza, porque será a través de esta exhibición de mis pecados que me resultará más fácil obtener el perdón de Dios y la absolución. Fue debido a lo delicado de mi naturaleza en la infancia...

Tenía al hermano Jean la Drappière sentado a un lado, y al hermano Damien al otro. Entre ambos consiguieron sujetarme cuando intenté levantarme, dominada por la furia.

Mantuve la voz baja, pero mis palabras no podían ser más claras.

—Nunca fue delicado.

—... que me entregué a los placeres y de acuerdo con mi voluntad hice todo el mal que pude. Me dirijo a todos vosotros, padres, madres y vecinos de todos los niños, para rogaros que los criéis con las mejores maneras, con los buenos ejemplos y doctrinas, que les enseñéis todas estas cosas y los corriáis si es necesario para evitar que caigan en la misma trampa en la que yo caí. Debido a estas pasiones, y para satisfacer mis deseos sensuales con deleites, me apoderé y mandé a otros que se apoderaran de muchos niños, tantos que no puedo precisar su número. Los mandé matar a todos, pero no antes de haber complacido el vicio de la sodomía a través de eyacular mi esperma en sus vientres, tanto antes como después de sus muertes. De Sille y De Briqueville estuvieron allí conmigo, lo mismo que Poitou, Henriet, Rossignol y el *petit* Robin. Los sometimos a toda clase de tormentos, les abrimos el vientre y les cortamos las cabezas con puñales, dagas y cuchillos. Algunas veces los

golpeábamos en la cabeza con un martillo o algún otro instrumento. Había veces en los que los atábamos y los colgábamos de un gancho, y mientras agonizaban satisfacía mis deseos con ellos. También algunas veces, cuando estaban en las garras de la muerte, me sentaba en sus vientres para contemplar cómo morían. Henriet, Poitou y yo nos reíamos de ellos.

»Abrazaba a los niños muertos y admiraba sus cabezas y miembros, para así saber cuál de ellos era el más hermoso. Guardé las cabezas, hasta que llegó el momento en que me vi obligado a desprenderme de la mayoría de ellas...

Exhortó de nuevo a los padres a que protegieran a sus hijos de la perdición a través de enseñarles cómo evitarla.

—A aquellos de vosotros entre los presentes que tienen hijos, os pido que los eduquéis en las buenas doctrinas y les inculquéis el hábito de la virtud durante sus primeros años... Vigilad a vuestros hijos, quienes no deben vestir con excesivos lujos ni vivir en la pereza. Mantenedlos apartados de las viandas exquisitas y del hipocrás, porque tales deseos me llevaron a una estado de constante excitación y fue entonces cuando perpetré la mayoría de mis crímenes.

En la parte final, suplicó el perdón de aquellos a quienes había hecho mal.

—Imploro a los padres y amigos de todos los niños a los que asesiné con tanta saña y crueldad, que me otorguen su perdón y que en sus oraciones rueguen por el descanso de mi alma.

Un profundo silencio siguió tras la confesión, y se prolongó hasta que Chapeillon se levantó.

—Que se fije el día para las sentencias definitivas —dijo.

—Sí —le secundó Jean de Malestroit. Su voz reflejó el mismo profundo deseo que sentía yo: que todo esto concluyera de una vez para siempre—. Nos reuniremos mañana con ese propósito. —Golpeó con la maza y a continuación se levantó. Había concluido la sesión.

Aquella fue la última confesión de mi señor Gilles.

—No creía posible que sus confesiones pudieran inquietarme todavía más —le comenté a Jean—. Sin embargo, cada vez que las escucho se clavan con más saña en mi corazón.

—Resulta muy fácil herir nuestros corazones, en vista de todo lo que se ha revelado. Que matara a mi hermano es la peor herida que podía infligirme.

—Creo que quizá la primera que te produjo tuvo la misma gravedad —le señalé—. Verte perseguido, amenazado y obligado a tocar... a someterte...

Lloraba por dentro, aunque había creído que ya no me quedaban más lágrimas por derramar. Apenas si pude pronunciar la palabra; salió como el más débil de los susurros.

—... a la sodomía. Dios mío, Jean, daría lo que fuese por volver atrás y enmendar

lo ocurrido. Podríamos habernos marchado de aquel lugar malvado para ir a cualquier otra parte.

—¿Para hacer qué, madre? ¿Para cultivar la tierra? Padre no era campesino ni ganadero. Era un soldado, y los soldados que no tienen a un señor a quien servir se convierten en bandoleros para alimentar a sus familias. No podía permitir que eso nos sucediera a nosotros. Todas nuestras esperanzas y sueños, mi educación, la ilusión de Michel de convertirse en un soldado, todo se hubiera perdido.

Tenía razón, por supuesto. Había protegido a todos los que amaba y respetaba. Pero no tendría que haber sido así. Que se convirtiera en un hombre con toda la gracia que poseía era un milagro después de lo que le habían hecho.

—Ven —le dije. Abandoné el duro banco de piedra en el que habíamos estado sentados en el patio. El viento de finales de octubre era frío y notaba todo el cuerpo helado: las manos, los pies, la nariz—. Olvidemos nuestros pesares y vayamos en busca de la alegría.

Con dicho propósito fuimos a reunirnos con el hermano Damien. El jardinero sacerdote nos había dejado inmediatamente después de finalizar la sesión del tribunal para ir a ocuparse de la selección de las manzanas. Las perfectas serían guardadas en los sótanos para el consumo durante el invierno. Aquellas que habían sufrido la desgracia de recibir un golpe irían al trapiche; el zumo, guardado en barricas de roble durante un tiempo, fermentaría. Bebería un par de vasos de aquella delicia que me ayudaría a suavizar el recuerdo de los acontecimientos del día.

En el granero flotaba un aroma delicioso cuando entramos; el aire era mucho más cálido que en el exterior, que ya presentaba el helor de finales de otoño y la promesa del frío invernal. Había barriles y montañas de manzanas por todas partes. El hermano Damien había seleccionado un par de cestos de manzanas rojas de aspecto inmejorable. Cogí una y la admiré.

—¿Para el desayuno de Su Eminencia? —le pregunté.

—Y también para la despensa del duque Juan —respondió. Echó una ojeada para controlar el desarrollo del trabajo—. Todo va bastante bien, aunque este año hemos tenido muchas distracciones. —Cogió una manzana de uno de los barriles y la dejó en otro—. No le he prestado toda la atención necesaria —comentó—. Es muy cierto que los hermanos y las hermanas han trabajado sin mí y lo han hecho de una manera irreprochable, pero si hubiese estado aquí, las cosas hubiesen salido todavía mejor.

En otras palabras, que si hubiese estado aquí para supervisarlos todo, ahora no tendría que estar pasando manzanas de un barril a otro.

—Esta ha sido una cosecha poco habitual —señalé—. Un año extraordinario.

—Esperemos no tener muchos más años como este —replicó el hermano Damien. Se persignó para recalcar sus palabras—. Sin embargo me atrevería a decir que será todavía más memorable, y muy pronto.

—¿Cómo puede ser? —pregunté.

—Me han dicho que mi señor Gilles se entrevistará de nuevo con Su Eminencia y l'Hôpital. Pretende negociar.

—¿Qué puede negociar ahora?

—Su muerte.

—Por supuesto que lo ejecutarán. Su Eminencia no aceptará de ninguna manera una condena a cadena perpetua.

—Claro que no —proclamó el hermano Damien—. Eso no es negociable. Pero dicen que lo que pretende es modificar cómo se hará la ejecución.

La cólera invadió mi alma; confié en que no se me notara. No obstante, no debió de ser así porque los jóvenes sacerdotes, mi hijo y el hermano Damien, me miraron inmediatamente.

Me tapé la cabeza con la capucha y, sin decir palabra, caminé hacia la puerta. Eché a correr hacia el castillo antes de que Jean pudiese abrir la boca.



Mi hijo, con sus piernas más jóvenes, me alcanzó, por supuesto. Pero no estaba dispuesta a permitir que me acompañara en mi visita a Jean de Malestroit. Su respuesta fue comportarse de una manera muy poco adecuada para un sacerdote, porque comenzó a maldecir y a llenarme de reproches, las acciones típicas de un hijo enojado que intenta influir en su madre. Me negué en redondo a ceder a sus persistentes intentos para convencerme.

Encontré a Su Eminencia con la cena servida. Había pergaminos por todas partes; la comida parecía no haber sido probada. La preocupación desapareció de su rostro cuando me vio entrar, y su bienvenida fue sincera.

—Creí que cenarías con tu hijo, de lo contrario te hubiera invitado.

—Hoy no tengo apetito —respondí—, y por lo que veo, vos tampoco.

—Tengo el estómago revuelto y no soporto la comida.

—Eso es comprensible, en vista de lo que me acaban de decir. ¿Es verdad que él pretende negociar para conseguir clemencia?

—Sí.

—¿Estáis dispuesto a concedérsela?

—Solo si me veo suficientemente obligado por unas circunstancias, que no puedo imaginar. A menos que ocurra algo de una naturaleza excepcional entre ahora y mañana, la sentencia será que arda en la hoguera hasta que solo queden cenizas. Después me aseguraré de que sus cenizas sean esparcidas por el viento.

Era un destino terrible, impensable para cualquiera que creyera en la vida eterna, saber que sus restos mortales se perderían para siempre confundidos con el polvo. Pero no se merecía menos.

—No soy la única cuyo descanso se verá perturbado para siempre si se le concede cualquier tipo de clemencia. No tuvo misericordia con mi hijo, ni con las legiones de hijos de los demás.

—Tú no eres la única persona con sentimientos en este asunto —afirmó en voz baja—. Sin embargo, estoy obligado a escuchar esta petición, tanto como juez como en calidad de hombre de Dios.

—¿Cuándo iréis a verle?

—El veredicto y las sentencias se promulgarán mañana. Por lo tanto, tendrá que ser esta noche.

—Os daré el mismo consejo que sin duda me daríais si fuese yo quien tuviese que subir a la cueva del demonio.

—¿Cuál es ese consejo?

—Tened mucho cuidado en que no os hechice. El demonio es un mentiroso y asume muchas formas, y una de ellas es la que está arriba.

Volví a reunirme con mi hijo, y fingimos cenar. Empujábamos la comida en nuestros platos; nos ensuciamos de grasa los dedos, pero les dimos poco uso a nuestros cuchillos. Por fin, la joven hermana que nos había servido la comida apareció para llevarse los platos casi tan llenos como antes.

Asistimos juntos al servicio de vísperas, y cuando llegó el momento de que cada uno de nosotros rezara de acuerdo con sus propios intereses y deseos, en mi oración pedí un rápido y definitivo castigo para Gilles de Rais.

—Mañana se dará a conocer el veredicto —dije mientras me levantaba—. Nosotros estaremos allí, en memoria de tu hermano y mi hijo, y de todos los niños que nos han sido arrebatados.

—Amén —dijo Jean.

Cuando salimos de la capilla, cada uno tomó su camino, él para reunirse con su grupo, y yo hacia el convento. Mientras cruzaba el patio se me acercó una joven hermana con un mensaje: Su Eminencia deseaba hablar conmigo.

Fui directamente a sus habitaciones sin perder ni un segundo.

Me invitó a sentarme, cosa que acepté, pero no había terminado de sentarme cuando le hice la primera pregunta:

—¿Cómo ha ido el encuentro?

Por la expresión tensa y afligida de su rostro, resultaba evidente que había transigido.

—Será enterrado en suelo sagrado —respondió en voz baja—. Primero lo ahorcaremos, luego lo quemaremos, pero el cadáver será retirado de las llamas antes de que se destruya. —Me miró a los ojos y esperó mi réplica.

Me tomé mi tiempo para pensar antes de decir lo primero que me viniera a la cabeza.

—Una inmolación simbólica. —Me sentía profundamente decepcionada, pero no sabía cómo expresarlo de la manera correcta—. ¿Qué pasará con los demás?

—Ha pedido que se les permita morir después de él, para que sean testigos de la ejecución y sepan con certeza que no ha escapado del castigo; cree que se merecen este tratamiento en vista de que fue él quien los convirtió en asesinos, dado que estaban a su servicio. Cree que sin su influencia, tanto Poitou como Henriette no hubiesen llevado una vida tan despreciable como la que han vivido a sus órdenes. Estuve de acuerdo en que así se haría.

Me pareció una justa dispensa para los pajes.

—¿Después los ejecutarán tal como habéis dicho?

—Así es.

No hice el más mínimo intento de disimular mi amargo desengaño.

—Habéis aceptado el trato del diablo, Eminencia. —Asqueada y furiosa, me levanté para enfrentarme a él sin más—. ¿Qué ha ofrecido? ¿La llave de un cofre lleno de oro para el duque Juan? ¿Una fórmula para la transmutación de metales que funciona de verdad? ¿El Santo Grial?

—Guillemette, no te puedo decir...

—Esperaba mucho más de vos. —Sin añadir nada más, me volví y abandoné la habitación, con unas lágrimas que me quemaban ante esta nueva traición.

Gemí y lloré durante toda la noche. Di mil vueltas en la cama y empapé las sábanas con mi sudor. A la mañana siguiente, el tribunal se reunió con el único propósito de declarar la culpabilidad de Étienne Corrilaut, también llamado Poitou, y Henriette Griart, ambos sirvientes del barón Gilles de Rais, y sentenciarlos a morir en la hoguera. Los dos miraron a la distancia, y ninguno de ellos dijo ni una palabra en su propia defensa. Se los llevaron de nuevo a las oscuras, roñosas y heladas mazmorras donde permanecerían durante el poco tiempo que les quedaba de sus despreciables vidas, mientras su astuto y malvado señor dormía envuelto en pieles al calor del fuego que ardía en la chimenea. Tal es la justicia de Dios, que no es justicia en absoluto.



El fiscal Johannsen tuvo la amabilidad de llamarme antes de que se publicara la noticia.

—Sheila Carmichael ha presentado una petición para que se reabra el caso de Jeff basada en el hecho de que usted, como supuesta víctima, también estaba implicada en la investigación —me dijo.

—¿Qué? —Estaba poco menos que atónita—. Yo no fui una víctima. Jeff es el amigo de mi hijo, no es mi hijo.

—Ella afirma que siendo usted un «íntimo» de él, ella define «amigo de la familia» como un íntimo, su empeño en investigar a Wilbur fue mucho más fuerte de lo que hubiese sido en cualquier otra situación. Creo que la palabra que utilizó en la petición fue «intenso».

—Dios santo.

—Por lo que se ve, descubrió un viejo caso donde el veredicto fue anulado porque uno de los policías que participó en la investigación también podía ser considerado como una de las víctimas. Se consideró que, debido a los prejuicios, hubo un exceso de celo por parte del investigador.

—Eso no significa nada y no se aplica en este caso. Incluso antes de que Jeff se viera implicado, yo ya estaba dedicada a esta investigación en cuerpo y alma.

—Lo sé. Pero los jueces llegan a extremos absurdos cuando se trata de casos donde hay condenados a muerte.

—¿Hay alguna posibilidad de que anulen el veredicto?

—No todos los veredictos.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto?

—Es un ardid para negociar.

—¿Qué pretende conseguir para su hermano?

—Que no lo ejecuten.

No tenía ninguna réplica para aquello.

—Supongo que el juez interpretará que es una petición absurda, lo mismo que nosotros —añadió Johannsen—. Sin embargo, nunca se sabe.

—¿Cuándo se hará pública la petición?

—Carmichael no la presentará hasta dentro de unos días. Dijo que me lo comunicaba como una cortesía profesional.

—Parece una jugada un tanto tonta. Cualquiera diría que hubiese sido mucho mejor que resultara una sorpresa, que lo pillara con la guardia baja.

—Creo que a Sheila le gusta montar el escándalo, y sentir que está en el meollo de todo el lío.

Le había prometido a Pete Moskal que lo mantendría informado de cualquier cosa

que pasara en relación a Wilbur. La mancomunidad de Massachusetts, puesto que a Durand lo habían sentenciado a muerte, no había presentado la solicitud de extradición. Me pasé toda la noche en vela, sin pensar en otra cosa que en las palabras de Johannsen; menuda parodia resultaría todo esto si Wilbur acababa salvándose. Ver que no lo ejecutaban sería para mí toda una tragedia personal.

Cuando las primeras luces de la madrugada se filtraban a través de las persianas, yo ya había tomado la decisión de esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas antes de llamar a Moskal.

Aquel día fui a la división, algo que no había hecho en el último par de semanas. El departamento me había reducido los servicios hasta nuevo aviso, pero Fred me había dicho que no tenía ninguna importancia si me presentaba o no; que me pagarían el sueldo íntegro de todas maneras. Me resultaba casi más difícil quedarme en casa que ir al trabajo; echaba de menos el lugar y el tráfigo constante. Al parecer también ellos me echaban de menos porque, en cuanto entré en la sala, todos me saludaron con mucho afecto.

Cuando acabamos de decirnos lindezas, todos volvieron a ocuparse de lo suyo. Todos menos Spence y Escobar.

—¿Cómo te van las cosas, Lany? —preguntó Escobar, con un muy sincero interés—. Se te ve un poco cansada.

Me había visto en el espejo aquella mañana. Decir: «Un poco cansada» era todo un detalle.

—No muy bien, Ben. Anoche recibí una llamada de Johannsen.

Les puse al corriente de todo lo que me había dicho.

—¡Mierda! —comentó Spence.

—¡Joder! —exclamó Escobar.

—Sí, sería toda una faena.

Nos quedamos en silencio durante unos momentos, hasta que le dije a Spence:

—Escucha, creo que es el momento de ir a hacerle una visita a Jesse Garamond. ¿A ti qué te parece?

Me miró, un tanto desconcertado por la pregunta.

—Creo que ya es hora de hacer que lo saquen de allí.

—Lany, ese tipo es un cabrón. Déjalo correr.

—Al menos quiero hablar con él.

No pareció tener muy claro que fuera correcto, pero acabó por acceder.

—De acuerdo, pero no me gusta.

Fuimos a la cárcel por la misma carretera de antes. Mientras nos acercábamos al cartel donde había visto el anuncio *Allí se comen a los niños* con la pintura roja que simulaba un chorro de sangre, cerré los ojos y no los volví a abrir hasta estar bien segura de que lo habíamos dejado atrás. Seguramente ya habían cambiado el anuncio,

pero mis ojos hubiesen descartado la realidad y hubieran visto lo que había antes. Era algo que no me veía capaz de soportar.

Spence llevaba su arma. La mía estaba guardada en uno de los cajones de la mesa de Fred, donde la había guardado cuando me la retiró. «No la necesitarás ahora que no estás de servicio», me había dicho. Al principio la había echado de menos, pero con el tiempo agradecí haber recuperado el equilibrio. Caminaba más erguida y me sentía más ligera. Ahora las caderas estaban a la misma altura. Ya no me dolía la espalda de compensar el peso. El arma se quedaría en el cajón hasta que volviera al trabajo normal. Pasamos por el control de la entrada mucho más rápido, algo que agradecí de todo corazón. No prestaron la menor atención a los guantes de látex que llevaba en el bolso porque no puedes matar a nadie con ellos, a menos que se los metas en la garganta.

Cuando nos faltaba muy poco para llegar a la sala de entrevistas, le dije a Spence: —Quiero hablar con él a solas.

Se detuvo en seco y me miró con una expresión de alarma.

—No me parece que sea muy buena idea, Lany. No se puede decir que sea un tipo precisamente encantador.

—No me pasará nada. Solo quiero estar con él a solas durante un par de minutos.

—¿Por qué, si no es mucho preguntar?

—Spence, por favor. Ahora mismo necesito que me dejes hacer a mi aire. No quiero que escuches esta conversación por si acaso alguna vez te lo preguntan.

No dejó de mirarme con una expresión de reproche.

—Por favor —insistí.

—De acuerdo —dijo como si en ello le fuera la vida.

Le envié a Pete Moskal dos artículos publicados por *Los Angeles Times*, ambos recortados mientras tenía puestos los guantes. Habían aparecido con un mes de diferencia. Humedecí el adhesivo del sobre blanco con una esponja y utilicé un sello autoadhesivo. No escribí la dirección del remitente.

El texto del primero era el siguiente:

Wilbur Durand, el asesino convicto por la muerte de varios niños, fue encontrado muerto anoche en su celda de la prisión del condado de Los Ángeles, al parecer víctima de un asesinato. Durand, un famoso productor de Hollywood y destacado experto en efectos especiales, había sido encarcelado el año pasado después de haber sido declarado culpable del asesinato en primer grado, secuestro y abusos sexuales del menor Earl Jackson, de doce años; el secuestro y violación de Jeffrey Samuels, de trece; y de varios otros cargos. La abogada Sheila Carmichael, hermana del convicto, estaba preparando una solicitud para que se reabriera el caso Samuels sobre la base de un oscuro precedente legal referente a la participación de una víctima en la investigación de un hecho delictivo. Samuels es un íntimo amigo personal del hijo de

la detective del departamento de Policía de Los Ángeles Lorraine Dunbar, cuya concienzuda investigación de una serie de desapariciones de niños aparentemente no relacionadas entre sí condujo finalmente al arresto y condena de Durand.

Según una fuente anónima de la prisión, Durand fue apuñalado repetidamente en el abdomen y después eviscerado. Las autoridades de la cárcel carecen de cualquier pista que les ayude a aclarar el asesinato y han manifestado que los reclusos mantienen un silencio absoluto sobre lo ocurrido. «Cuando ocurre algo así, siempre suele haber alguien que está dispuesto a dar información —comentó el portavoz del alcaide—, pero hasta el momento, nadie ha abierto la boca. No tenemos pistas, ni pruebas físicas, y, en este momento, ningún sospechoso».

Moskal sabía todo esto. Pero quizá el segundo artículo no había merecido la atención de los periódicos nacionales y yo quería que viera los dos juntos. El segundo decía lo siguiente:

Jesse Garamond, que cumplía condena en la prisión del condado de Los Ángeles en Lancaster, salió hoy en libertad de acuerdo con la sentencia dictada por el Tribunal de Apelaciones. Garamond había sido condenado hace tres años por la muerte de su sobrino, que tal como se ha determinado, fue una de las víctimas de Wilbur Durand, quien murió hace poco en la misma cárcel. La condena de Garamond había sido noticia en su momento porque nunca encontraron el cadáver de su sobrino. El fiscal James Johannsen explicó que las zapatillas encontradas en el estudio de Durand habían sido identificadas positivamente por la madre del niño asesinado como pertenecientes a su hijo. Estaban entre otros varios pares de zapatillas que Durand había guardado como recuerdos de sus víctimas. A partir de esta prueba, Johannsen solicitó que se pusiera en libertad a Garamond, pendiente de un nuevo juicio en el que se retirarán los cargos en su contra. Cuando lo condenaron por el asesinato de su sobrino, Garamond estaba en libertad condicional después de cumplir cuatro años de una condena de siete impuesta por abusos deshonestos, sin ninguna relación con el caso Durand.

Pete Moskal consiguió su propósito de tener a Wilbur Durand. Fue a recibir su féretro en el aeropuerto Logan.

La última vez que habíamos estado en este lugar del muelle de Santa Mónica, Errol Erkinen y yo habíamos mirado cómo tres chiquillos muy afortunados jugaban en la arena y habíamos escuchado sus gritos de entusiasmo. Yo le había comentado lo mucho que le gustaba a mi hijo Evan acudir allí. Esa vez solo se escuchaba el suave sonido de las olas que rompían en la arena y los graznidos de un puñado de gaviotas, pero si cerraba los ojos y me concentraba, veía a Evan jugando en la arena con sus dos hermanas.

Sonreí y dejé que el sol acariciara mi rostro. Erkinen, que no se perdía detalle, se dio cuenta.

—Es bueno ver que sonríes —comentó—. Es todo un progreso. ¿No te había dicho que llegaría este día?

—Sí, es verdad.

—Y que vendrán días mejores después de este.

—Supongo que tienes razón.

—Eh, claro que sí. Por eso mismo me pagaban una pasta.

Había pedido la excedencia en el departamento de Policía para dedicarse a escribir un libro. El anticipo que le habían dado le bastaba para vivir todo un año. Yo tenía muy claro que la excedencia se convertiría en permanente; que nunca volvería al departamento.

Le cogí una mano y se la apreté cariñosamente.

—Te quiero dar las gracias por todo lo que has hecho para ayudarme a salir adelante.

Me guiñó un ojo.

—Solo hago mi trabajo —replicó—, o mejor dicho lo que era mi trabajo. Vaya mundo en el que vivimos, quién hubiese dicho que terminaría de esta manera.

El sonido de las olas era sedante.

—Sabes, nunca me acabé de creer que Jesse Garamond lo haría. Era un tipejo de la peor calaña, pero no un asesino. Al menos no antes de que ocurriera todo esto. Aborrezco decirlo, pero me alegro infinito de que lo hiciera.

—Quizá Garamond no fuera un asesino, pero creo que probablemente siempre haya sido un superviviente. No me parece algo tan terrible que quisiera ver sufrir a Durand.

Había sufrido. Había más cosas de las que habían publicado los periódicos. Durand había sufrido aquellas «otras cosas» que los convictos hacían a los asesinos de niños. Garamond lo había hecho por su cuenta; solo le había pedido que, hiciera lo que hiciera, intentara conseguir información sobre el paradero de los cadáveres antes. En cualquier caso, antes o después tendrían que dejarlo en libertad; nosotros solo nos ocupamos de acelerar el proceso. Además Jesse quería cobrarse su venganza, porque había sido el crimen de Durand el que lo había devuelto a la cárcel cuando disfrutaba de la libertad condicional. Desde luego que la tuvo.

Erkinnen no conocía todos los detalles; había un acuerdo tácito entre nosotros de que solo le diría lo necesario para sentirme mejor. No creo que él quisiera de verdad conocer lo que había pasado con todo lujo de detalles.

—Han encontrado otro cadáver —le comenté—. Con este ya son nueve.

Acabaríamos por encontrarlos a todos y los entregaríamos a sus familias, gracias a la información que Jesse Garamond le había arrancado mientras le escarbaba en las ingles con la navaja.

Un cóndor apareció de pronto por el lado norte del horizonte. Se lanzó en picado

hacia el extremo del muelle y se posó en uno de los pilares. El enorme pájaro descansó un segundo; luego volvió a batir las alas y se remontó para volar en círculos en el cielo iluminado por el sol. Me imaginé al ave fénix, la representación mitológica de nuestra búsqueda de la perfección, que es la última ilusión. Por encima incluso de Wilbur Durand.

## Treinta y nueve

Mi hermoso hijo permaneció a mi lado durante todo el lunes 24 de octubre. Su consuelo y su compañía fueron las más dulces bendiciones de que podía disfrutar, y que me hacían mucha falta, porque al día siguiente llegaría el final del juicio de Gilles de Rais, caballero, barón, mariscal de Francia, en otro tiempo íntimo de reyes, duques y obispos, y ahora conocido públicamente como sodomita, asesino y destripador de niños.

Aunque su muerte era bienvenida, incluso deseada, por muchos —yo misma entre ellos—, sentí con el paso de cada minuto que le quedaba como si mi propia vida estuviese a punto de llegar a su fin. Cada vez que respiraba se apoderaba de mí el pensamiento de que era uno menos en el número finito de respiraciones que tenemos. Un indescriptible terror me heló las entrañas y me impidió realizar cualquier acción importante. Tendría que haber estado alegre ante la certeza de que mi señor estaba a punto de morir por los crímenes cometidos contra Dios, contra la naturaleza, y por encima de todo, contra niños inocentes, que siempre habían de confiar en la bondad de sus mayores.

Comprendía, en estas últimas horas de su vida, que mi sufrimiento se debía en su mayor parte a que me culpaba a mí misma por sus faltas. Esa angustia había estado presente en mi corazón desde el primer momento de esta terrible prueba, incluso durante todo el proceso de caída de mi señor, pero no había permitido que me dominara completamente hasta ahora. No parece haber una penitencia adecuada para mis fallos, pero intentaré durante el resto de mis días dedicarme a las obras de caridad, a vivir libre de pecado, a ofrecer socorro y ayuda a los niños pequeños, a distribuir las limosnas que pueda dar para que Dios vuelva a sonreírme de nuevo.

Mientras hacía la confesión de todos estos crímenes ante el tribunal, mi señor Gilles se había apresurado a señalar la culpabilidad de sus guardianes en la infancia. No obstante, una admisión más perfecta podría haber incluido su desvergonzada negativa a dominar aquellos deseos que sabía que era viles crímenes contra natura cuando solo son imaginados y no realizados, como él había hecho. No hizo mención alguna ante el tribunal de cómo había aprendido el arte de la sodomía de Jean de Craon cuando él mismo había sido el objeto de la lujuria del anciano. Tampoco dijo nada de cómo había llorado con desesperación después de cada encuentro con el viejo monstruo, casi siempre en mis brazos, aunque en aquel momento yo no había comprendido el motivo de aquellas lágrimas. Pero supongo que él, también, había deseado creer en la bondad de los mayores o, en el caso de Jean de Craon, de los más poderosos. No había sido capaz de hablar contra su abuelo de la misma manera que Henriette no lo había hecho contra el propio Gilles.

Mi señor manifestó que durante toda su vida había tenido un muy vivo recuerdo

de su madre y su padre, aunque habían sido escasas las ocasiones en las que había estado en su presencia antes de que murieran. Era tan joven cuando ambos habían abandonado este mundo... Los dos en el mismo mes. Lo mimaban descaradamente y llegaban a verdaderos excesos que, en mi opinión, solo pretendían ser una disculpa por sus frecuentes ausencias. Los regalos, el dinero, la permisividad, todo resultaba muy tentador para un chiquillo. Tales eran sus recuerdos, y no las lágrimas derramadas por el abandono. Pero tales riquezas no le habían hecho ningún bien, de eso estoy completamente segura.

El 25 de octubre, a la hora tercia, el fiscal Chapeillon se puso de pie en la sala del primer piso de la Tour Neuve y solicitó que las actuaciones llegaran a su fin. Los jueces estuvieron de acuerdo con la petición.

—Gilles de Rais —llamó Jean de Malestroit.

Mi señor se levantó, tembloroso y con el rostro ceniciento.

—Os encontramos culpable, tal como se os ha acusado, de apostasía además de invocar a los demonios con pérfidos fines. ¿Comprendéis estos cargos y nuestras conclusiones?

—Sí, Su Eminencia —respondió, avergonzado.

—También os encontramos culpable de cometer y maliciosamente perpetrar el crimen y el vicio contra natura de la sodomía en niños de ambos sexos. ¿Comprendéis estos cargos y nuestras conclusiones?

—Sí, mi señor obispo. Que Dios me perdone.

—Gilles de Rais, a partir de este momento quedáis excomulgado de la Santa Iglesia Católica y se os prohíbe participar de sus sacramentos.

No sé por qué estaba tan sorprendida: todo formaba parte de algo que ya estaba escrito. Quizá Jean de Malestroit había insistido en este pequeño drama que se estaba interpretando, para cubrir las apariencias. En cualquier caso, mi señor interpretó a la perfección el papel que le correspondía. Cayó de rodillas sin perder ni un segundo y con grandes sollozos y gemidos, suplicó que se le permitiera confesar sus pecados a un sacerdote y recibir la absolución antes de morir.

Jean de Malestroit tampoco se quedó atrás en su interpretación: era el implacable denegador de la piedad, el recto y puro defensor de la verdadera fe, al menos durante el tiempo que hizo falta para causar el efecto deseado. Con grandes muestras de sentimiento, llamó a Jean Jouvenal de la orden de los carmelitas y le pidió que escuchara la confesión de mi señor, que fue ofrecida con tanta pasión y sinceridad que Su Eminencia no pudo hacer otra cosa que acoger de nuevo a Gilles de Rais en el seno de la Iglesia.

Me pregunté una vez más qué tesoro habría ofrecido para conseguir estas ventajas.

No obstante, por extraño que resulte, cuando la historia llegó a conocimiento de



las personas alojadas en los campamentos, a casi todas les pareció correcto; más tarde, mientras mi hijo y yo paseábamos entre la multitud, escuchamos muy pocas voces de protesta y muchas que estaban de acuerdo. También estas personas, cansadas física y emocionalmente después de tantos días de juicio, sentían la necesidad desesperada de creer en la bondad de quienes estaban por encima de ellas.



A última hora de la tarde, mi señor fue conducido fuertemente escoltado hasta el cercano castillo de Bouffay, donde confesó su participación en los episodios ocurridos en Saint-Étienne-de-Mer-Morte. Pierre l'Hôpital se encargó de los últimos arreglos para que pagara la multa de cincuenta mil escudos al duque de Bretaña con la cesión de una de las pocas propiedades que le quedaban. En cuanto se firmaron los documentos, no quedó nada más que hacer que pronunciar la sentencia de muerte: sería ahorcado y su cuerpo quemado en la hoguera. La sentencia se ejecutaría sin tardanza a las once de la mañana del día siguiente, 26 de octubre.

Luego solicitó públicamente la consideración que ya había pactado con Jean de Malestroit.

—Por favor, *monsieur le President*, os suplico que se permita a mis sirvientes Henriet y Poitou que presencien mi muerte antes que la de ellos, para que vean que he recibido mi justo castigo y para que no mueran con la duda de que de alguna manera he evitado mi destino.

Se aceptó la petición. Luego, se escuchó la sentencia del Tribunal secular.

—A la vista de la confesión hecha con entera libertad por parte del acusado de los crímenes de los que ha sido acusado, y teniendo en cuenta la confesión de sus pecados y la restauración de su derecho a participar de la divina gracia de los sacramentos, por la presente se dispone que será colgado por el cuello hasta que muera y después quemado, pero que su cuerpo será apartado de las llamas antes de que se convierta en cenizas, y a continuación se le enterrará en suelo sagrado.

Después, parecía que no quedaba nada más que decir. Sin embargo mi señor manifestó una última petición. Se dirigió directamente a Pierre l'Hôpital, personaje que tenía una gran influencia en Jean de Malestroit.

—Si les complace a los muy honorables jueces y fiscales, es mi gran deseo y esperanza que se organice una muy solemne procesión, y para que así mis sirvientes y yo mantengamos la esperanza de la salvación eterna mientras caminamos hacia nuestras muertes.



No vestía sus mejores prendas, que muy pronto serían distribuidas entre los mendigos junto con el resto de sus posesiones terrenales, sino una sencilla túnica de lino gris,

atada a la cintura con una cuerda. Caminó lentamente entre una multitud de miles de personas que se habían reunido para presenciar su muerte. Jean de Malestroit seguía a los condenados bastante más atrás, y yo detrás de él, acompañada por mi hijo Jean, que no dejaba de rezar mientras nos abríamos camino hacia la plaza donde ya habían levantado los patíbulos y preparado las hogueras. Las personas que se habían congregado para la ocasión evidenciaban la más tremenda variedad de emociones y sentimientos hacia el hombre que había asesinado a sus hijos; algunas pedían que lo destriparan y le cortaran la cabeza como había hecho él con sus víctimas inocentes; otras clamaban pidiendo misericordia en su nombre porque alegaban que no estaba bien vengar la pérdida de una vida con el sacrificio de otra. No había manera alguna de explicar la conducta de los espectadores, que parecían dominados por algo próximo a la locura, cada uno de acuerdo con la firmeza de la inmovible creencia que albergaba en su corazón.

Subió los escalones del patíbulo por propia voluntad mientras sus sirvientes Poitou y Henriette lo miraban. Sus piernas se veían encorvadas y temblorosas, y en una ocasión se tambaleó; el hecho de tener las manos atadas a la espalda dificultaban su gracia y equilibrio natural. Sacudió la cabeza para apartar a aquellos dispuestos a ayudarlo. Yo lo miraba todo con unas lágrimas inexplicables que rodaban por mis mejillas, mientras este hombre que, cuando era un bebé, había mamado dulcemente de mi pecho y después, cuando era poco más que un chiquillo, había asesinado cruelmente a mi hijo, pisaba la plataforma del patíbulo y se detenía junto a la soga. Alzó la cabeza durante un segundo para contemplar el instrumento de su muerte pero ni siquiera parpadeó cuando pusieron el lazo alrededor de su cuello y lo ajustaron. Mantuvo los ojos abiertos cuando se abrió la trampilla debajo de sus pies. Durante unos segundos, pataleó y se meció como si lo empujara el viento. Quizá era el demonio Barron, quien lo había eludido durante tanto tiempo, quien ahora finalmente le tiraba de los pies.

La muchedumbre permaneció silenciosa, hasta que el cuerpo dejó de sacudirse y colgó como un saco. Entonces los gritos y aullidos de triunfo se alzaron hasta el mismísimo cielo. Encendieron la pira, y las llamas lamieron su cadáver. Cuando la túnica gris comenzó a arder, echaron cubos de agua sobre el cuerpo hasta apagar las llamas.

Colocaron el cadáver en el féretro y lo llevaron por las calles de Nantes en un carro. Los gemidos y los gritos de aquellos que marchaban en la macabra procesión apenas si se podían distinguir los unos de los otros, porque parecía haber el mismo número de personas que lloraban que los que vitoreaban.

Asistí en un estado casi de estupor al oficio en memoria de Gilles de Rais, que se celebró en la iglesia de Nuestra Señora del Carmelo al otro lado de la ciudad. A continuación lo enterraron en una tumba junto a otras personas importantes, algunas

de ellas sus antepasados. Seguramente todos ellos habían sido mejores personas que él en esta Tierra; quizá incluso se merecían la bendición de estar enterrados con tanta honra.

Pero Gilles de Rais no se lo merecía. Permanecí junto a la tumba en la que lo habían depositado hasta mucho después de que todos los demás se hubieran marchado para celebrar o llorar de acuerdo con sus preferencias, y pensé en todas las maneras posibles para profanar su sepulcro. Todavía estaba allí cuando Jean de Malestroit por fin me encontró.

—Tengo algo que debo darte —dijo.



No tengo palabras para describir lo que sentí al abrirse el paquete que me había entregado cuando entré en sus aposentos privados. Era la última cosa que me hubiese esperado, aunque no puedo decir que realmente tuviese una idea de lo que podía ser este presente. Desde luego nunca hubiese podido imaginar lo que vi cuando retiré la tela de seda que lo envolvía.

—De Rais lo había conservado todos estos años —afirmó mi obispo—. Me dijo que era la más preciada de sus posesiones, incluso más que los grimarios, los tratados de alquimia y los textos de los conjuros que había guardado tan celosamente. Jean de Craon le mandó rescatar los restos que se encontraban en la orilla del arroyo y permaneció a su lado hasta que los sepultó. Sin embargo, volvió en secreto a aquella tumba definitiva para recuperar esto.

El diente roto, aquella pequeña y encantadora imperfección; era Michel. No podía ser ningún otro.

—Dijo que el resto de los huesos los encontraríamos sin problemas, incluso me dibujó un plano. Ya he enviado a un grupo de hombres para que los recuperen.

Así que ese había sido el tesoro por el que se había aceptado el trato: una muerte mejor a cambio de mi paz. Acuné la calavera en mis brazos antes de encontrar las fuerzas para hablar y después, cuando no supe encontrar las palabras para manifestar mi agradecimiento, le pregunté:

—¿Vendréis conmigo a Champtocé? Quiero enterrarlo con su padre.

—Por supuesto. De todas maneras, hubiese insistido en ir incluso si no me lo hubieras pedido. Este no es un viaje que nadie deba hacer solo.

—Me gustaría partir con la primera luz del alba —dije.

—De acuerdo —respondió.



A la tarde del día siguiente, Jean de Malestroit y yo depositamos el cuerpo sin cabeza de mi hijo en una tumba junto a la de Étienne. Con una cierta desgana, puse la

calavera, con el cliente roto, en la posición correcta. El viejo castellano Guy Marcel nos había ofrecido los servicios de dos soldados de Champtocé con el fin de que se encargaran de mover las piedras para el entierro y después se ocupasen de tapar la sepultura. El obispo de Nantes ofició el servicio en memoria de mi hijo, un niño que por nacimiento no hubiese merecido semejante bendición de haber muerto en circunstancias no tan notables.

Pero había sido la primera víctima de Gilles de Rais; eso ya tenía una cierta importancia.

En perdonarlo, fui la última.

Y me transmitió un poco de paz.



ANN BENSON, es una escritora americana, autora de techno-thriller en el que destacan sus componentes de anticipación científica y los elementos de historia medieval. Ha sido diseñadora de bordados y abalorios durante más de veinte años, y ha trabajado para grandes empresas tales como DMC, Coats y Clark, Leisure Arts, Bucilla y muchos otros. Ann Benson tenía cuatro best-sellers en el campo del arte del bordado cuando decidió emprender algo totalmente diferente. Combinando la pasión por la historia medieval con su amor por las Ciencias Biológicas, que estudió en Upsala College y la Universidad de Massachusetts, escribió su primera novela, La plaga (The Plague Tales, 1997), que obtuvo un gran éxito entre los aficionados a la ciencia ficción y le supuso dar el salto al mercado internacional.

Vive en Amherst, Massachusetts, donde es miembro electo del comité de la escuela y trabaja como defensora de la alfabetización y la salud pública. Como miembro de la Back Bay Chorale, ha participado en la primera grabación del John Knowles Paine's St. Peter Oratorio. Es aficionada a la carpintería y construyó (literalmente) la casa en la que ella y su marido viven con sus dos hijas.

# Notas

[1] «... en cuanto a eso, alguien le dijo, maravillado, que ahí se comen a los niños pequeños...» <<

[2] Vientos cálidos y secos, a veces muy fuertes, que azotan la costa de California en verano y otoño. (*N. del E.*) <<



[3] Johnnie Cochran fue el abogado de O. J. Simpson.(*N. del T.*) <<